GEORGE SAND

HISTORIA DE MI VIDA

PRÓLOGO
DE
RAMÓN ANGUITA

eBook
ebookmundo.com

En la *Historia de mi vida,* su trabajo capital, George Sand, se nos presenta «escandalosamente» sincera, sobre todo en lo que se refiere a sus sentimientos religiosos. Las páginas que esta brillante escritora consagra a sus años conventuales, siguen siendo extraordinarias por encima de tendencias y criterios. El misticismo de la primera George Sand, iba a convertirse más tarde en un misticismo social y humanitario. Que si actualmente no interesa demasiado, constituyó un gran suceso, particularmente en Rusia. Los escritores eslavos del siglo XIX —Gogol, Dostoievski, Tolstoi, Turgueniev…— recibieron su indudable influencia.

El gran interés de *Historia de mi vida,* es asistir conducidos por la sugestión del ritmo novelístico al desarrollo de un pensamiento, que partiendo de las ideas corrientes en la época de Voltaire, se abre al sueño de una humanidad dignificada por la fraternidad y la justicia. Este libro importante de la literatura francesa de su tiempo, integra en su tono confidencial y literariamente persuasiva todo lo que a una George Sand muy distante de la que protagonizó su liberal leyenda amorosa, la preocupó como escritora representativa de una etapa evidente de transición.

George Sand

Historia de mi vida

ePub r1.0
Titivillus 06.12.16

Título original: *Histoire de ma vie*
George Sand, 1855
Traducción: Marie Douillet
Prólogo: Ramón Anguita

Editor digital: Titivillus
ePub base r1.2

más libros en Ebookmundo.com

George Sand

Amandina-Lucía-Aurora Dupin, hija de un oficial de caballería, que murió cuando su hija no contaba más que cuatro años, y de una modista parisiense, se educó prácticamente sola antes de casarse a los dieciséis años. Creció junto a su abuela, la señora Dupin de Francueil, hija natural del famoso mariscal de Francia Mauricio de Sajonia, en un ambiente campirano, enfrascada en numerosas lecturas y realizando largos paseos a caballo, para los cuales adoptó, aún muy joven, la entonces escandalosa indumentaria masculina, a la que se aficionó tanto que siguió utilizándola posteriormente al igual que otros hábitos varoniles, como el fumar pipas o grandes cigarros puros.

Luego de pasar tres felices años en el convento de las Inglesas, donde su abuela había estado encarcelada durante la revolución, regresó a Nohant; allí empezó a escribir por instinto y contrajo matrimonio con el barón Dudevant, hombre, al parecer, mediocre, vulgar, con el cual nunca pudo estar de acuerdo. Con él tuvo dos hijos, Mauricio y Solange, e interminables pleitos. Incapaz de acostumbrarse a la regularidad de la vida familiar, abandonó el hogar después de separarse del marido y pelearse con su abuela y decidió radicarse en París viviendo de su pluma.

Adoptó el nombre de George Sand y se mezcló rápidamente con el medio literario de la época romántica, donde no tardó en llamar la atención por el lirismo apasionado de sus novelas. Llevó una existencia libre hasta el escándalo; los hombres se fueron sucediendo en su vida: después de Julio Sandeau, Musset y más tarde Chopin, entre los famosos.

En medio de dolorosas crisis morales va buscando su camino. Su compañero de bohemia, el literato Sandeau le descubre su verdadera vocación; escriben en colaboración la novela *Rosa y Blanca.* Con *Indiana,* donde por vez primera emplea el seudónimo

de George Sand, inaugura su abundante producción novelística. En obras como *Lelia y Mauprat* da rienda suelta a las pasiones que agitan su vida. En ellas, y en otras semejantes, expresa también, con un lirismo un tanto declamatorio, reivindicaciones feministas y su oposición a los imperativos y prejuicios sociales.

Este período de su vida, que abarca todo el decenio de 1830 a 1840, se caracteriza por la singularidad y abundancia de su producción y por la independencia de su vida y las exaltadas y desenfadadas pasiones amorosas que vivió. Durante dos años estuvo unida a Alfredo de Musset, a quien acompañó a Italia y abandonó en Venecia. En 1837 se vinculó a Chopin con una pasión que se fue transformando poco a poco en un curioso sentimiento de protección maternal tras su permanencia en la isla de Mallorca. Son los años de su producción romántica más desenfrenada, la que, en un intento de autojustificación, glorifica el ardor de la pasión sincera que coloca al individuo por encima de las leyes de la sociedad.

A partir de 1840, influenciada por el misticismo humanitario de Felicitas de Lamennais y, sobre todo, por el del filósofo Pierre Leroux y el de Michel de Bourges, publica resonantes novelas de inspiración socialista como *El compañero de la vuelta a Francia, Consuelo, La condesa de Rudolstadt,* etc.; animada por el amor a los humildes, conmovida por su miseria denuncia la injusticia social.

Pero sus permanencias en Nohant se van prolongando cada vez más, lo que acrecienta el amor a su tierra natal. Éste, unido a los sentimientos democráticos y a sus sentimientos humanitarios que toman la forma de un vivo interés por sus paisanos de Berry, produce una serie de narraciones rústicas que quizá constituyan lo más perdurable de su obra: *El pantano del diablo, Francisco el expósito, La pequeña Fadette,* etc. Así se va completando la evolución de esta escritora que culminará, entregada a la vida familiar, componiendo novelas de carácter burgués.

Arranca, pues, la curva de su vida literaria con el romanticismo más desbocado. Amparada en la idea rousoniana de que la pasión goza de todos los derechos, de que es pura y sagrada siempre que sea sincera, presenta personajes fogosos que oponen los derechos del individuo a la ley social y que quieren vivir su vida a despecho de todas las contrariedades. Llaman virtud al coraje de seguir sus instintos e hipocresía a la sumisión a las leyes de la moral. Invocan

a la naturaleza para que los aconseje y apruebe, interpelan a Dios para ponerle de su lado y lanzan invectivas contra la sociedad que los oprime. Esta explosión de lirismo impresionó vivamente en 1835; hoy las primeras novelas de la Sand se han enfriado y nos parecen un poco ridículas.

Bajo la influencia de ideólogos socialistas renueva esta mujer sus procedimientos o, más bien, ensancha el marco de sus novelas. Maneja, dentro de la vieja intriga romántica, las reivindicaciones republicanas y socialistas que subyacen en la base de la revolución de 1848. Escribe siempre novelas apasionadas y la pasión sigue siendo exigente; pero los personajes tienen un tema extra a desarrollar en sus numerosos discursos. Alzan la voz para declarar que la sociedad está mal estructurada, que está organizada para la explotación del débil por el fuerte, que es menester romper todas las cadenas e instaurar la absoluta libertad del corazón, del espíritu y del trabajo.

Cuando cruza la edad de la sensatez se va calmando George Sand y, sin renegar de sus ideas, renuncia a las tormentas de la pasión y del socialismo combativo. En el marco de la naturaleza serena y diáfana que la rodea, y que ella ama, encuentra el secreto de una nueva manera que ha envejecido menos que las anteriores. Cuenta historias rústicas y simples. Pinta el paisaje sin precisión de los detalles, pero con un calor de afecto que lo torna sensible. Los personajes, campesinos y campesinas de alma elemental y dulce, resultan idealizados, pero no se podría asegurar que son irreales.

Es que, radicada definitivamente nuestra autora en Nohant y convertida en administradora prudente, ordenada y benéfica, y entregada a la vida familiar y, singularmente, al cuidado de sus nietos, para quienes componía comedias destinadas a los espectáculos de títeres, habíase convertido en la «bonne dame de Nohant». Allí, en ese lugar que tanto amara, falleció plácidamente el ocho de junio de 1876, entre la aflicción de sus innumerables admiradores y amigos, que veían en ella un corazón generoso y esencialmente leal, firme en la amistad e iluminado por una viva inteligencia.

Las novelas de la Sand fueron leídas por todos sus contemporáneos y ejercieron una considerable influencia. Hoy apenas son conocidas y menos las que no son más que un eco de los

delirios románticos.

Pasó el romanticismo y esas novelas pasaron con él. Quedan el seguro, aunque no muy considerable, valor de las narraciones rústicas (que junto con la obra de Balzac, inauguraron la auténtica literatura campesina y regional) y la exacta significación documental de varias novelas, animadas a veces por fragmentos auténticamente poéticos.

RAMÓN
ANGUITA

Cronología

1800

Campaña de Bonaparte en Italia. Unión de Irlanda con Inglaterra. Los franceses adquieren la Luisiana. Experiencia Socialista de Owen Fichte, El destino del hombre. Schelling, *Idealismo trascendental.* Goya, *La familia de Carlos IV.*

1804

El cinco de julio de este año, último de la República y primero del Imperio, nace en Nohant Amandina, Lucía, Aurora Dupin, hija de un oficial de caballería y de una modista parisiense.

Napoleón, emperador. Guerra entre Inglaterra y Francia. Recobran su independencia los cantones suizos. Chateaubriand, *El genio del cristianismo.* Beethoven, *Sinfonía heroica.*

1805

Su padre milita en la división Dupont, en el cuerpo del ejército comandado por el mariscal Ney. Atraviesa Flandes, Picardía, Champagne y Lorena y llega a orillas del Rhin. Participa en la batalla de Austerlitz, se le otorga la Legión de honor y es ascendido

Napoleón, rey de Italia. Batalla de Trafalgar. Batalla de Austerlitz. Moratín, *El sí de las niñas.* Schelling, *Aforismos.*

a capitán primero.

1806

Nueva campaña de su padre, en la que escolta al Emperador y asiste a la batalla de Jena. En los llanos de Polonia.

Fin del Sacro Imperio. Los franceses en Berlín. Sublevación de Miranda en Venezuela. Fichte, *Advertencia para la vida beata.*

1807

Es nombrado su padre jefe de escuadrón y el cuatro de abril se lo lleva Murat en calidad de ayudante de campo, por recomendación del Emperador. Los acompaña a la conferencia de Tilsit, regresa a Francia, vuelve con ellos a Italia. Pasa el invierno en París con su esposa e hija.

Paz de Tilsit de Francia con Rusia y Prusia. Los franceses en Portugal; inician la ocupación de España. Hegel, *Fenomenología del espíritu.* Moore, *Melodías irlandesas.*

1808

Salen de París en el mes de abril con destino a España y llegan en mayo a Madrid, donde nace su hermano ciego, que falleceráen meses después en Francia, adonde regresan atravesando una España en guerra. Muere su padre de una caída de caballo.

Guerra de independencia en España. Murat, rey de Nápoles. El Licenciado Primo Verdad en México Berzelius, *Tratado de Química.* Goethe, Primera parte de *Fausto.* Fichte, *Discursos a la nación alemana.* Beethoven, *Quinta Sinfonía.*

1809

Aprende a leer a los cinco años y le impresionan los cuentos de Perrault y la mitología clásica. Vida familiar en Nohant con su madre y los abuelos.

Chateaubriand, *Los mártires.* Irving, *Historia de Nueva York.* Lamarck, *Filosofía Zoológica.* Teoría atómica de Dalton.

1810

Viaja su madre a París poco después de que Napoleón entra vencedor en Viena. Se instalan en la calle Neuve des Maturins.

Francia se anexa Holanda y varios estados alemanes. Movimientos de independencia en América. De Stael, *Alemania.* Scott, *La dama del lago.* Goethe, *Teoría de los colores,* Goya, *Los desastres de la guerra.*

1811

Convive con su hermana Carolina, de doce años, con su abuela y con muchachas de servicio en París y en Nohant.

Campaña de Napoleón en Rusia. Constitución de Cádiz en España. Inicia Bolívar su campaña en Venezuela. Llega San Martín a Buenos Aires. Hegel, *La ciencia de la lógica.* Grimm, *Cuentos.* Byron, *Childs Harold.*

1813

Crece nuestra heroína en la adoración al Emperador, entonces en el apogeo de su gloria y su poder. Primera comunión de su hermano Hipólito. Tiene que estudiar latín y griego. Amistad con Paulina Pontcarré, que durará hasta sus respectivos casamientos. Plácido verano en Nohant.

Guerra de liberación en Alemania. Batalla de Leipzig. Regresa Fernando VII a España. Independencia de Colombia y Paraguay. Congreso de Chilpancingo en México. Austen, *Orgullo y Prejuicio.* Termina Tolsá el Colegio de Minería. Nacen Kierkegaard y C. Bernard.

1814

Observa cómo el pueblo se alegra de la próxima caída del tirano y es testigo de la entrada de los aliados en París entre besos y flores.

Abdicación de Napoleón que es relegado a la isla de Elba. Constitución de Apatzingán en México. Dictadura del doctor Francia en Paraguay. Scott, *Waverley.* Hoffmann, *Cuentos.*

Muere Fichte.

1815

Primeros sufrimientos morales. Noches de insomnio y desesperación. El General Colbert establece en Nohant su cuartel general y muy cerca de allí también Subervic; ambos generales con sus ayudantes y oficiales comen en su casa con frecuencia. Lamenta su partida.

Regreso de Napoleón de la isla de Elba. Los «Cien días». Batalla de Waterloo. Napoleón en Santa Elena. Nuevo reordenamiento en Europa. Fundación de la Santa Alianza. Fusilamiento de Morelos. Uhland, *Poesías.*

1816

Sola en Nohant con la abuela. Años de tristeza. También estudios: historia, geografía, música, literatura; estas últimas le apasionan. Comienza a escribir y festejan sus descripciones.

Independencia de Argentina. Los deportugueses en la Banda oriental del Uruguay. Constant, *Adolfo.* Hoffmann, *El elixir del diablo.* Bopps: estudios sobre las lenguas indoeuropeas. Rossini, *El barbero de Sevilla.*

1817

Una novela inédita suya: *Corambé*; ese personaje encarna su ideal religioso. Devora los libros que tiene a su alcance.

Inicia San Martín la campaña liberadora de Chile. Leopardi, *Cantos.* Ricardo, *Principios de economía.*

1818

Crece libre en el campo, dedicada al estudio, a numerosas lecturas y a largos paseos, siempre inmersa en la vida campesina, muchas de cuyas rústicas escenas trasladará más tarde a sus novelas.

Congreso de Aquisgrán, Bernadotte, rey de Suecia. Batalla de Maipú: independencia de Chile. Keats, *Endymion.* Grillparzer, *Safo,* Brakenridge, *Viaje a la América del Sur.*

1819

La interna su abuela en un convento de monjas inglesas en París. «Llegué a ser muy feliz en el convento; más de lo que había sido en toda mi vida.» Allí pasé tres años sin lamentar el pasado, sin pensar en el porvenir y saboreando mi dicha del momento.

España cede Florida a Estados Unidos. Nueva Granada se une a Venezuela con el nombre de Colombia. Scott, *Ivanhoe.* Byron, *Don Juan.* Schopenhauer, *El mundo como voluntad y representación.* El «Savannah», primer barco de vapor que cruza el Atlántico.

1820

Recibe el sacramento de la Confirmación. Sus primeros ensayos literarios en el convento son hechos en versos alejandrinos. Escribe una novela devota y otra pastoril. Confesión general y vida de fervor. Proyectos de matrimonio en París y en Nohant.

Movimientos liberales en España e Italia. Jorge IV, rey de Inglaterra. Independencia de Ecuador. San Martín en Perú. Lamartine, *Meditaciones.* Shelley, *Prometeo liberado.*

1821

Devora *El genio del Cristianismo,* que le gusta «de fondo y de forma». Un sacerdote le aconseja que siga siempre los dictados de su corazón; «el corazón no se equivoca». Lee a Locke, Condillac, Montesquieu, Bacon, Bossuet, Pascal, Aristóteles, Leibnitz, La Bruyère, Pope, Milton, Dante, Virgilio, Shakespeare, Rousseau, Byron… Intento de suicidio. Fallece su abuela a fin de año.

Comienza la guerra de liberación en Grecia. Proclaman su independencia Perú y América Central. Plan de Iguala y consumación de la independencia en México. Se crea la universidad de Buenos Aires. Quincey, *Confesiones de un fumador de opio.* Cooper, *El espía.* Saint-Simon, *Sistema industrial.* De Maistre, *Las veladas de San Petersburgo.* Weber, *El cazador furtivo.* Constable, *El carro de heno.*

1822

Encuentro con su madre y su
Independencia de Brasil; Pedro I, padre adoptivo. Ofrecimientos de
emperador. Iturbide, emperador matrimonio. Se casa, al fin, con
conde México. Descifra Champollion Casimiro Dudevant en el mes de
los jeroglíficos egipcios. Heine, septiembre.
Poesías. Schubert, *Sinfonía inconclusa.* Delacroix, *La barca de Dante.*

1823

Pasa los primeros meses en
Fernando VII restablece el Nohant y se traslada en junio a
absolutismo en España. Monroe París. Allí nace su hijo Mauricio
proclama la célebre doctrina que el 30 de ese mes. Otoño
elleva su nombre. Niepce descubre invierno en Nohant dedicada a su
los principios de la fotografía. hijo.
Beethoven, *Novena Sinfonía.*

1824

Tras una melancólica primavera
Carlos X, rey de Francia. Derecho parten hacia Plessis, donde pasa
de huelga en Inglaterra. Victorias el verano. Buscan una pequeña
de Bolívar en Junín y de Sucre en casita en los alrededores de París.
Ayacucho. Constitución y Presencia la suntuosa ceremonia
régimen presidencial en México. de los funerales de Luis XVIII en
Comienza Ranke su obra Saint-Denis. Lee los *Ensayos*
de histórica, Heredia, *Niágara.* Montaigne. Se instala en París y
Poinsett, *Notas sobre México.* pasa algunos días en el convento
Muerte de Iturbide.
de las Inglesas.

1825

Fallece el señor Dechartres y su
Nicolás I, zar de Rusia. Revueltas muerte afecta profundamente a la
decambristas en ese país. novelista, ya que en su compañía
República de Bolivia. Primer había pasado buena parte de su
ferrocarril. Pushkin, *Boris* infancia y de su juventud. Viaja
Gudonov. Olmedo, *Canto a* por el Mediodía de Francia.
Bolívar.

1826

Temporada en Burdeos, en casa de su suegro, a quien llega a querer sinceramente. Se instalan en Nohant y viajan a Mont d'Or y los Pirineos.

Rivadavia, presidente de Argentina. Cousin, *Fragmentos de filosofía contemporánea.* Fróbel, *La educación del hombre.* Manzoni, *Los novios.* Vigny, *El cinco de marzo.* Cooper, *El último mohicano.*

1827

Incidencias políticas y electorales. Alquila casa en La Chatre, donde da bailes y reuniones.

Alianza entre Inglaterra, Francia y Rusia para proteger a los griegos. Derrota turca en Navarino. Caída de Rivadavia en Argentina. Hugo, *Cromwell;* su Prefacio es uno de los más importantes manifiestos románticos. Poe, *Tamerlán,* Heine, *Libro de Canciones.*

1828

Nace, en septiembre, su hija Solange, en Nohant donde pasan el invierno.

Guerra ruso-turca. Lucha entre unitarios y federales en Argentina. Guerra entre Perú y Bolivia. Uruguay se proclama independiente. Guizot, *Historia de la civilización en Francia.*

1829

En la primavera se traslada, con su esposo y sus dos hijos a Burdeos.

Paz entre Turquía y Rusia. Da principio Balzac a su *Comedia humana.* Hugo. *Orientales.* López Soler, *Los bandos de Castilla,* primera novela histórica española. Schlegel, *Lecciones sobre filosofía del arte.* Sistema de

escritura para ciegos de Braille.

1830

Vive, casi sin interrupción, en Nohant, con ligeras escapadas a París y un viaje a Perigueux.

Luchas populares en París. Abdicación de Carlos X, a quien sucede Luis Felipe I. Independencia de Bélgica. Independencia de Grecia. Los franceses en Argel. Comte, *Curso de filosofía positiva.* Estreno de *Hernani;* batalla entre clásicos y románticos. Polémica entre Cuvier y Saint-Hilaire sobre el transformismo. Berlioz, *Sinfonía fantástica.*

1831

Vive en París con su hija y conviene con su marido en dividir su tiempo: tres meses en París y tres en Nohant. Mauricio queda bajo la vigilancia de un preceptor.

Leopoldo I, rey de Bélgica. Polonia se convierte en provincia rusa. Fusilamiento de Vicente Guerrero. Se reanudan las relaciones entre México y España y viene la marquesa Calderón de la Barca. Dumas padre, *Antony.* Bellini, *Norma.* Donizetti, *Lucía de Lamermoor.* Stendhal, *El rojo y el negro,* Zavala, *Ensayo histórico de las revoluciones en México.* Muere Hegel.

1832

Profunda y absoluta soledad moral. Por razones de economía y de comodidad comienza a vestirse de hombre. Adopta el seudónimo de George Sand. Aparece en mayo su novela *Indiana* y tres meses

Movimientos carbonarios en Italia y en Suiza. Goethe, Segunda parte *Fausto.* Irving, *Cuentos de la Alhambra.* Pellico, *Mis prisiones.* Larra. *El pobrecito hablador.* *Mickiewicz, Los peregrinos polacos.*

más tarde *Valentina.* Colabora en la *Revue de Deux Mondes,* donde publica *La marquesa y La viña.* Ingresa su hijo en un colegio.

1833

Escribe *Lelia,* sin orden ni plan preconcebido de hacer una obra para publicarla. Lee algunos fragmentos a Sainte-Beuve y éste aconseja su publicación. Le llueven críticas y calumnias. Fin de la discusión con Balzac de quien continúa siendo amiga.

Fin de la guerra turco-egipcia. Primera guerra carlista en España. Se abren las universidades cerradas por Fernando VII. Michelet, *Historia de Francia.* D'Azeglio, *Ettore Fiera-Mosca.* Ingres, *Retrato del viejo Bertin.* Gaus y Weber inventan el telégrafo eléctrico.

1834

Encuentro con Stendhal. Enamorada de Musset, viaja con él a Italia. Le traiciona en Venecia, después de cuidarle enfermo de tifus. Regresa a París. Nuevas amistades: Delacroix, David Richard, Gaubert, Calamatta, Planche, Didier.

China cierra sus puertas al comercio europeo. Lamennais, *Palabras de un creyente.* Ranke, *Historia de los papas.* Bulwer Lytton, *Los últimos días de Pompeya.* Musset, *Lorenzaccio.* Bancroft, *Historia de los Estados Unidos.*

1835

Cartas de un viajero. No es posible la convivencia con su esposo. Se abre ante ella una nueva perspectiva: la política. Bienhechora influencia de su amigo Planet.

Fernando IV emperador de Austria. Dictadura de Rosas en la Argentina. Se fundan en Uruguay los partidos «blanco» y «colorado». Tocqueville, *La democracia en América.* Strauss. *La vida de Jesús.* Gogol, *Almas muertas.* Lonnrot, *Kalevala.* Herbart, *Lecciones de pedagogía.*

Duque de Rivas. *Don Álvaro o la fuerza del sino.* Se funda el Ateneo de Madrid en España, así como diferentes periódicos y revistas literarias.

1836

Vive en París completamente aislada. Trata a dos de las más destacadas inteligencias de su siglo: Lamennais y Pierre Leroux. Pasa unos días en Bourges. Sentencia de separación de su marido: le confían la tenencia y educación de sus hijos. Por primera ocasión en su vida habita Nohant en calidad de «casa desierta». La arregla a su gusto mientras su marido presenta una contrademanda que le ocasiona mil sinsabores. Rehace la última parte de *Lelia* y la aumenta en un volumen.

Movimiento en Inglaterra en favor del sufragio universal. Texas se proclama independiente. Dickens, *Pickwick.* Mora, *México y sus revoluciones.* García Gutiérrez, *El trovador.* Mesonero Romanos, *Escenas matritenses.* Meyerbeer, *Los hugonotes.* Código telegráfico de Morse. Schopenhauer, *Sobre la voluntad de la naturaleza.* Fallece Ampère.

1837

La anima Liszt a que viaje a Suiza para pasar una temporada al lado de la condesa de Agoult. En París conoce a Eugenio Sue, a Chopin a Mickiewics, Nourrit, Schölcher. Heine, etc. Grave enfermedad de su hijo Mauricio la obliga a regresar a Nohant. Reencuentro con su madre, que fallece al poco tiempo.

Victoria, reina de Inglaterra. Guerra chileno-peruana. Hartzenbusch, *Los amantes de Teruel.* Zorrilla, *Poesías.* Espronceda, *El estudiante de Salamanca.* Dickens, *Oliver Twist.* Müller, *Tratado de Fisiología humana.* Waldeck, *Viaje pintoresco y arqueológico en la provincia de Yucatán.*

1838

Contrato definitivo con su maridoAmérica Central se fragmenta en por el cual consiente éste en quecinco pequeñas repúblicas: ella se encargue de la educaciónGuatemala, El Salvador, de sus hijos como quiera. A partirHonduras, Nicaragua y Costa de entonces vivirán en buenosRica. Los ingleses en Aden. términos. Parte con Chopin,Guerra de los pasteles entre enfermo, a Mallorca, dondeMéxico y Francia. Primeros encuentra alojamiento en ladaguerrotipos. Primera medición cartuja semiabandonada dede la paralaje de las estrellas. Valldemosa. Allí compuso elTristán, *Peregrinación de un paria.* músico sus *Preludios.* Echeverría, *El matadero.*

1839

Regresa a Nohant con Mauricio yFin de la primera guerra carlista con Chopin. Su pasión por elen España. Comienza la guerra músico se va transformando endel opio en China. Los chilenos un sentimiento de protecciónderrotan a los peruanos y maternal. De esta época data labolivianos confederados. producción desenfrenadamenteLermontov, *Un héroe de nuestro* romántica de George Sand, en la*tiempo.* Hebbel, *Judit.* Blanc, cual glorifica la autora el ardor de*Organización del trabajo.* Gioberti, las pasiones sinceras y muestra*Introducción al estudio de la* cómo sitúan al individuo por*filosofía.* Goodyear introduce la encima de las leyes de la«vulcanización» del caucho. sociedad. Henry descubre la autoinducción.

1840

A partir de este año, influida porFederico Guillermo IV, rey de el misticismo humanitario dePrusia. Guerra anglo-afgana. Lamennais y, sobre todo, por elMerimée, *Colomba.* Espronceda, filósofo Pierre Leroux, publica*El diablo mundo.* Proudhon, *¿Qué* novelas de inspiración socialista,*es la propiedad?* Thierry, *Relatos* como *El compañero de la vuelta ade los tiempos merovingios.* *Francia,* o de inspiración rústica.

1841-42

Consuelo, una novela que apareceProsigue la guerra del opio que

este año, obedece a esa último tendencia —mística— que acabamos de apuntar.

no terminará hasta el año próximo. Feuerbach, *La esencia del cristianismo.* Carlyle, *Los héroes.* Schopenhauer, *Los dos problemas fundamentales de la Etica.* Rodríguez Galván, *El privado del virrey.* Stephens, *Incidentes de viaje en la América Central, Chiapas y Yucatán.*

1844-45

En estos dos años se publican las novelas *La contesse de Rudolstadt* y *Le meunier d'Angibault,* adscritas a las mismas corrientes sociales que las inmediatamente anteriores.

Revoluciones liberales en diferentes países. Guerra de conquista en India. Guerra franco-marroquí. Gran hambre en Irlanda. Guerra entre Estados Unidos y México; Texas estado norteamericano. Kierkegaard, *El concepto de la angustia.* Marx, *Manuscritos de 1844.* Dumas, *Los tres mosqueteros.* Humboldt, *Cosmos.* Sarmiento, *Facundo.* Poe, *El cuervo.* Turner, *Lluvia, vapor y velocidad.* Cornelius, *Los jinetes del apocalipsis.*

1846

Sus sentimientos democráticos toman la forma concreta de un vivo interés por sus paisanos de Berry, a quienes aprendió a conocer desde su infancia. La primera novela en la que se reflejan estas características es *El pantano del diablo.*

Fijación de límites entre Estados Unidos y Canadá. Fernán Caballero, *La gaviota.* Von Tschudi, *Viaje al Perú.* Galle observa el planeta Neptuno previsto por los cálculos de Le Verrier.

1847

Ve la luz su novela *Francisco el Expósito,* de la misma tendencia que la anterior y la que sigue. Cada vez son más prolongadas sus permanencias en Nohant.

Termina Francia la conquista de Argel. Se funda la república independiente de Liberia. C. Brontë, *Jane Eyre.* E. Brontë, *Cumbres borrascosas.* Bello, *Gramática de la lengua española.* Descifra Rawlinson la escritura cuneiforme.

1848

Circula profusamente su famosa novela *La pequeña Fadette.* En este año son también abundantes los escritos políticos de George Sand.

Revolución en Francia. Movimientos de liberación en Italia y en Hungría. Movimientos liberales en Alemania y Austria. Guerra anglo-boer. Fin de la guerra entre Estados Unidos y México; Texas, Nuevo México y California se incorporan a los Estados Unidos. Marx, Engels, *Manifiesto comunista.* Thackeray, *Feria de Vanidades* Macaulay, *Historia de Inglaterra.* Mann, *Lecciones sobre educación.*

1851-52

George Sand ha inaugurado con las tres obras anteriores, la novela regionalista y ha encontrado, en la pintura de paisajes y de seres que le son queridos, la mejor expresión de su talento. Obra maestra de este género es *Les maîtres sonneurs,* donde ensalza el maravilloso poder de la música.

Napoleón, emperador. Fin de la dictadura de Rosas en Argentina. Primera exposición universal (Londres). Melville, *Moby Dick.* Longfellow, *La leyenda dorada.* Schopenhauer, *Parerga y Paralipómena.* Mármol, *Amalia.* Labiche, *Un sombrero de paja de Italia.* Dumas, *La dama de las camelias.* Beecher-Stowe, *La cabaña del tío Tom.*

1853-54

Ardiente defensora de la causa obrera en la doble revolución de 1848, llegó a comprometerse tanto que, cediendo a las presiones de los amigos, hubo de retirarse a Nohant y permanecer oculta durante algún tiempo. Recuerdos de 1848 en el libro del año 1853.

Guerra de Crimea entre Rusia y Turquía. Alianza defensiva entre Austria y Prusia contra Rusia. Plan de Ayutla contra Santa Ana en México. Leconte de Lisie, *Poemas antiguos.* Gobineau, *Ensayo sobre la desigualdad de las razas.* Mommsen, *Historia de Roma.* Liszt, *Rapsodias húngaras.* Viollette-Duc, *Diccionario de la arquitectura francesa.*

1855

Reside ya en Nohant, de manera fija, salvo en ocasiones de rápidos viajes a París, donde participa en los famosos «Diners de la quinzaine», junto a su viejo amigo Saint-Beuve, y con Flaubert, Taine, Renán, los Goncourt y, más tarde, Zola. En junio de esta año fecha la conclusión de su libro *Historia de mi vida.*

Alejandro III, emperador de Rusia. Caída de Sebastopol. Piamonte se adhiere a la alianza contra Rusia. Browning, *Hombres y Mujeres.* Freitag, *Debe y Haber.* Thoreau, *Walden o la vida en los bosques.* Whitman, *Hojas de hierba.* Buchner, *Fuerza y materia.* Bonheur, *La recolección del heno.* Morelli, *Iconoclastas.* Hallazgo de restos humanos prehistóricos en Neanderthal.

1857

De este año es su novela *Les beaux messieurs de Bois-Dore*, que marca el tránsito hacia el tipo de novela más realista. Ella misma adaptará más tarde esta obra para el teatro.

Sublevación de mahometanos en Delhi. Se promulga la Constitución reformista en México. Primera Internacional Socialista. Flaubert, *Madame Bovary.* Baudelaire, *Las flores del mal.* Buckle, *Historia de la civilización en Inglaterra.*

1858-59

La publicación de *Ella y él* desata una mordaz y doliente polémica. Esa novela, en efecto, refiere artísticamente su sonada relación con Alfredo de Musset, pero no tardó en suscitar protestas de parte de los amigos del poeta, ya difunto, y, en particular, de su hermano Paul en otra novela *Él y ella.* Animado de propósitos de defensa, como confiesa al final de la obra, el escritor recoge los testimonios de su hermano mayor para aclarar la verdad cuando ésta es denigrada. La obra pinta en la mujer una criatura maléfica y en el pobre amante, a quien ella pretende hacer pasar por loco y maniático para quitárselo de encima, un inocente.

China se ve obligada a abrir varios puertos a los extranjeros. Francia ocupa Cochinchina. Guerra civil en México; Juárez, presidente. Rumania se convierte en estado. Se inicia la construcción del Canal de Suez. Darwin, *El origen de las especies.* Mistral, *Mireya.* Gregorovius, *Roma y Atenas en la Edad Media.* Virchow, *Patología celular.* Gounod, *Fausto.*

1860-61

En *El marqués de Villemer,* aparecida en 1861, abundan los idilios amables en un medio burgués y mundano, bien lejos de las atrevidas tesis de sus obras de tiempos pasados. Esta novela, al igual que algunas otras, fueron adaptadas al teatro por su autora.

Política de Cavour y campaña de Garibaldi en Italia. Francia e Inglaterra contra China. Es electo Lincoln presidente de los Estados Unidos. Se forma la Confederación de los Estados del Sur de la Unión; guerra de secesión. Se descubren las fuentes del Nilo. Burckhardt, *Cultura del Renacimiento en Italia.* Palma, *Tradiciones peruanas.* Bachofen, *El matriarcado.* Garnier, Teatro de la Ópera (París).

1862

Sosegada por los años, la novelista, todavía célebre, comienza a vivir en su Berry días apacibles. Lleva a la práctica, por medio de la caridad y la beneficencia, su ideal humanitario.

Bismarck, primer ministro de Prusia. Intervención francesa en México. Fracaso de Garibaldi contra Roma. Revolución en Grecia. Hugo, *Los miserables.* Turgueniev, *Padres e hijos.*

1864-65

Sus paisanos de Berry veneran en ella a la «bondadosa dama de Nohant», así como a uno de los últimos adalides del combativo periodo inicial del Romanticismo.

Guerra de Prusia y Austria contra Dinamarca. Maximiliano de Austria, emperador de México. Fundación de la Cruz Roja internacional. Fin de la guerra de Secesión. Asesinato de Lincoln. Guerra del Paraguay. Tolstoi, *La guerra y la paz.* Newman, *Autobiografía.* Goncourt, *Renata Mauperin.* Fustel de Coulanges, *La ciudad antigua.* Sully-Prudhomme, *Poemas.* Bernard, *Introducción al estudio de la medicina experimental.* Broca, *Investigaciones antropológicas.* Wagner, *Tristán e Isolda.*

1873-75

Sus últimos años son de permanente actividad intelectual, como lo atestiguan su correspondencia y el interés que demuestra por los escritores de la nueva generación, Fromentin, About, Flaubert… Ella que jamás ha conocido la tentación del arte por el arte, ni la del realismo crudo o pesimista, defiende contra este último los «derechos

La República en España. Sublevación de Díaz en México. Revueltas en Bosnia y en Herzegovina. Wundt, *Psicología fisiológica.* Spencer, *Sociología descriptiva.* Comienza a publicar Pérez Galdós sus *Episodios nacionales.* Alencar, *El sertanero.* Taine, *Los orígenes de la Francia contemporánea.* Valera, *Pepita Jiménez.* Rimbaud, *Las*

del corazón» en la literatura. «Pensamos, escribía, que la misión del arte es una misión de sentimiento y de amor, que la novela de hoy debe reemplazar a la parábola y al apólogo de los tiempos ingenuos.»

iluminaciones. Máspero, *Historia antigua de los pueblos de oriente.* Grieg, *Peer Gynt.* Mussorgski, *Boris Godunov.* Strauss, *El murciélago.* Bizet, *Carmen.*

1876

Muere plácidamente en Nohant, entre la aflicción de sus innumerables admiradores y amigos. Los juicios sobre su obra son encontrados. Frente a la desdeñosa condena de Baudelaire respecto a la «femme Sand» brota el aprecio de Sainte-Beuve, quizá demasiado benévolo, y la devota admiración de Flaubert, quien solía llamarla en sus cartas «mon bon maître».

Termina en España la tercera guerra carlista. Guerra de Servia y Montenegro contra Turquía. Sublevación en Bulgaria. Se funda la Institución libre de enseñanza en España. Comienza la dictadura de Porfirio Díaz en México. Pérez Galdós, *Doña Perfecta.* Queiroz, *El crimen del padre Amaro.* Mark Twain, *Aventuras de Tom Sawyer.* Mallarmé, *La siesta de un fauno.* Lombroso. *El hombre delincuente.* Daudet, *Jack.* Aisla Koch el bacilo del ántrax. Bell inventa el teléfono. Se inaugura en Beyreuth el Teatro Wagner con la representación de *El anillo de los Nibelungos.*

Historia de mi vida

Capítulo I

No pienso que haya orgullo e impertinencia en escribir la historia de la propia vida y aún menos en elegir, en los recuerdos que esa vida ha dejado en nosotros, los que merezcan la pena de ser conservados. Esto, para mí, resulta por otra parte, un penoso deber, ya que nada hay tan difícil como definirse a sí mismo.

El estudio del corazón humano es de tal naturaleza, que cuanto más se adelanta en él menos claro se ve; y para ciertos espíritus activos, conocerse resulta un estudio fastidioso y siempre incompleto. Sin embargo, cumpliré ese deber; lo he tenido siempre ante mis ojos; me he prometido no morir sin hacer lo que en toda ocasión aconsejé a los demás: un estudio sincero y un examen atento de la naturaleza y de la existencia propias.

Una invencible pereza, enfermedad de los espíritus muy ocupados y, por consiguiente, de la juventud, me ha hecho diferir hasta hoy el cumplimiento de esta tarea. Culpable conmigo misma he dejado publicar sobre mí un gran número de biografías llenas de errores, tanto en el elogio como en la censura. Hasta mi nombre es una fábula en algunas de estas biografías, publicadas primeramente en el extranjero y reproducidas en Francia con fantásticas modificaciones. Interrogada por los autores de esos relatos que solicitaron de mí datos que me agradaría recordar, llegué en mi apatía a rehusar hacerlo aun a personas bien intencionadas. Experimentaba, lo confieso, una mortal repugnancia a entretener al público en el conocimiento de mi personalidad, que nada tiene de sobresaliente, cuando sentía en mi corazón y en mi cabeza personalidades más fuertes, más lógicas, más complejas, más ideales; tipos superiores a mí misma; personajes de novela, en una palabra. Creo que no se debe hablar de sí mismo al público más que una sola vez en la vida, y no reincidir.

Aun muy involuntariamente, cuando uno se acostumbra a hablar

de sí mismo, incurre con facilidad en el elogio; sin duda por una ley natural del espíritu humano, que no deja de embellecer y elevar el objeto de su contemplación. Hay elogios ingenuos que no deben asustar cuando están revestidos de formas líricas como los de los poetas, quienes tienen, sobre este punto, un privilegio especial y consagrado. Están en su derecho, y dándonos el resultado de sus sublimes emociones cumplen su misión soberana. Pero digamos también que en condiciones más humildes y bajo formas más vulgares se puede cumplir un deber serio y más inmediatamente útil. Es ciertamente imposible creer que esa facultad de los poetas consiste en idealizar su propia existencia y que haciendo de ella algo abstracto e impalpable pueda significar una enseñanza bien completa. Lo es sin duda útil y vivificante, pues todo espíritu se eleva con el de los soñadores inspirados y todo sentimiento se purifica o se exalta siguiéndose a través de las regiones del éxtasis; pero a ese bálsamo, que ellos derraman sobre nuestro desfallecimiento, le falta algo muy importante: la realidad.

He encontrado siempre que era de mal gusto hablar mucho de la propia persona. Pocos días, pocos momentos hay en la vida de los seres ordinarios que resulten interesantes o útiles de contemplar. Algunas veces, sin embargo, me he encontrado en esos días, en esas horas. Entonces he tomado la pluma para desahogar algún vivo sufrimiento que me desbordaba o alguna violenta amistad que se agitaba en mí. La mayor parte de esos fragmentos jamás han sido publicados y servirán de jalones para hacer el examen de mi vida. Solamente algunos de esos jalones han tomado forma semiconfidencial y semiliteraria en *Cartas de un viajero*: Cuando escribí esas cartas no me asustaba hablar de mí, pues no lo hacía abiertamente. Ese viajero era una ficción, un personaje convenido, masculino como mi seudónimo; viejo, aunque yo fuese todavía joven. En boca de este triste peregrino, quien en suma era una especie de héroe de novela, ponía impresiones y reflexiones más personales de las que hubiera arriesgado en una novela, donde las condiciones del arte son más severas.

Tenía entonces alguna necesidad de explayar ciertas agitaciones, sin necesidad de hablar de mí misma a mis lectores. Quizá hoy sienta menos aún esa necesidad, pueril en el hombre y peligrosa en el artista. No tengo esa necesidad porque he llegado a una edad de

calma, en la cual nada gana mi personalidad con mostrarse. Ya no gusto de descifrar los enigmas que atormentaban mi juventud. He resuelto muchos problemas que me impedían dormir. Mi siglo ha hecho brotar las chispas de la verdad que incuba. He visto y sé donde están las hogueras principales. Antes buscaba la luz en los hechos psicológicos. Era absurdo. Cuando comprendí que esa luz estaba en principios y que esos principios estaban en mí sin venir de mí, pude sin demasiado esfuerzo ni mérito entrar en el reposo del espíritu. El del corazón no lo tengo ni lo tendré jamás. Los que han nacido compasivos tendrán siempre algo que amar sobre la tierra; algo, por consiguiente, que compadecer, que servir y que sufrir. No se debe tratar de eludir el dolor, la fatiga y el miedo en cualquier edad de la vida, pues sería ello la insensibilidad, la impotencia, la muerte anticipada. Cuando se acepta un mal incurable, se le soporta mejor. En esa calma de pensamiento y en esa resignación del sentimiento no sabría sentir amargura contra el género humano que se equivoca, ni entusiasmo por mí misma, que me he equivocado tanto. No tengo, pues, ninguna atracción de lucha; ninguna necesidad de expansión que me lleve a hablar de mi presente o de mi pasado.

Pero dije que para mí representaba un deber el hacerlo. He aquí por qué. Muchos seres humanos viven sin rendirse cuentas serias de su existencia; sin comprender y casi sin indagar cuáles son los designios de Dios hacia ellos, en relación con su personalidad y con la sociedad de que forman parte. Pasan entre nosotros sin revelarse, porque vegetan sin conocerse; y aunque su destino será útil o necesario de acuerdo con los designios de la providencia, es fatalmente cierto que la manifestación de su vida queda incompleta y resulta moralmente infecunda para el resto de los hombres. La fuente más viviente y más religiosa del progreso del espíritu humano es, para hablar como en mi tiempo, la noción de la solidaridad. (Se hubiera dicho sensibilidad en el último siglo, caridad anteriormente, fraternidad hace cincuenta años y altruismo a finales de esta centuria.)

Los hombres de todos los tiempos lo han sentido así instintamente o distintivamente, y cuando un individuo se ha encontrado investido del don más o menos desarrollado de manifestar su propia vida, ha sido arrastrado a esa manifestación

por el deseo de sus prójimos o por una voz interior no menos poderosa. Le ha parecido llenar una obligación, y así era efectivamente, sea contando los hechos históricos de que había sido testigo, sea que hubiera frecuentado importantes personalidades, sea, en fin, que hubiese viajado y apreciado a los hombres y a las cosas desde cualquier punto de vista.

Hay, además, un trabajo personal que raramente se ha llevado a la práctica y que según mi criterio tiene una utilidad igualmente importante; es el que consiste en contar la vida interior, la vida del alma; es decir, hacer la historia de su propio espíritu y de su propio corazón con miras a una enseñanza fraternal. Esas impresiones personales, esos viajes o ensayos de viaje al mundo abstracto de la inteligencia o del sentimiento, relatados sinceramente y con serenidad, pueden ser un estimulante, un aliento y hasta un consejo o guía para los espíritus sumidos en el laberinto de la vida. Es como un intercambio de confianza y de simpatía que eleva el pensamiento del que relata y del que escucha. En la vida íntima, un movimiento natural nos lleva a esas expansiones a la vez humildes y dignas. Que un amigo venga a confesarnos los tormentos y las perplejidades de su situación. No tenemos mejor argumento para fortificarte y convencerte que el extraído de nuestra propia experiencia. A tal punto sentimos que la vida de un amigo es la nuestra propia y que como la vida de cada uno es la vida de todos.

«He sufrido los mismos males, he atravesado los mismos escollos, y de ellos he salido; luego, puedes sanar y vencer». Es lo que el amigo dice al amigo, lo que el hombre enseña al hombre. Y ¿quién en esos momentos de desesperación y abatimiento en que el afecto y el socorro de otro ser son indispensables, no se ha impresionado fuertemente con los desahogos de esa alma ante la que iba la suya a expansionarse? Ciertamente el alma más experimentada tiene más poder sobre la otra. En la emoción no buscamos el apoyo del escéptico, burlón u orgulloso. Hacia un desgraciado de nuestra especie, más desgraciado que nosotros, volvemos nuestras miradas y tendemos nuestras manos. Si lo sorprendemos en un momento de angustia, conocerá la piedad y llorará con nosotros. Si lo invocamos cuando está en el ejercicio de su fuerza y de su razonamiento, nos instruirá y nos salvará. Tendrá tanto poder sobre nosotros cuanto más nos comprenda; y para que

nos comprenda tendrá que responder con una confidencia a nuestra confidencia.

El relato de los sufrimientos y de las luchas de la vida de cada hombre es, pues, una enseñanza; y sería la salvación de todos si cada uno supiera juzgar lo que le hizo sufrir y conocer lo que le salvó. Con este fin sublime y bajo el imperio de una fe ardiente, San Agustín escribió sus *Confesiones,* que fueron las de su siglo y el socorro eficaz de varias generaciones de cristianos.

Un abismo separa las confesiones de J. J. Rousseau de las del Padre de la Iglesia. El objeto del filósofo del siglo XVIII es más personal; pero menos serio y menos útil. Se acusa para tener el derecho de rechazar calumnias públicas. Son, también, un monumento confuso de orgullo y de humildad, afectado, sincero y a veces encantador. Mas por defectuoso y hasta culpable que sea este escrito famoso, nos trae graves enseñanzas. Cuanto más cuesta a un mártir la persecución de su ideal, más nos impresiona y atrae ese mismo ideal. Durante mucho tiempo se han juzgado las confesiones de Rousseau como una apología puramente individual. Él se hizo cómplice de tal resultado provocándolo con las preocupaciones personales que mezcla en su obra. Hoy, no existiendo sus amigos ni sus enemigos personales, juzgamos la obra con más elevación. No se trata ya de saber hasta qué punto fue injusto el autor, ni hasta qué punto fueron crueles sus detractores. Lo que nos interesa, o que nos ilumina y nos influye es el espectáculo de su alma inspirada con los errores de su tiempo y los obstáculos de su destino filosófico; es el combate del genio ebrio de austeridad, independencia y dignidad, con el medio frívolo, incrédulo o corrompidos que atraviesa y que reaccionando sobre él a toda hora, ya por la seducción, ya por la tiranía, lo arrastró al abismo de la separación o lo empujó hacia sublimes querellas.

Si el pensamiento de las confesiones fuese bueno, si hubiera de buscar culpas pueriles y de relatar faltas inevitables, no retrocedería yo ante el público tribunal. Creo que mis lectores me conocen bastante, como escritora, para no tacharme de cobarde. En mi opinión, ese modo de acusarme no es humildad. El sentimiento público no se equivocó. La mayor parte de nuestras culpas, las culpas de las personas honestas, no son más que simplezas. Seríamos santos acusándonos de ellas ante personas deshonestas

que hacen el mal con arte y premeditación.

Sufro mortalmente cuando veo al gran Rousseau humillarse exageradamente. No desarmó a sus enemigos con sus confesiones… Perdóname, Juan Jacobo, que te censure cerrando tu libro. Al hacerlo te rindo un homenaje, puesto que esta censura no destruye mi entusiasmo y mi respeto por el conjunto de tu obra.

No quisiera relatar mi vida como una novela, como una obra de arte; pues estas cosas valen por su espontaneidad. Podría hablar sin orden y hasta incurrir en muchas contradicciones. La naturaleza humana es un tejido de inconsecuencias y desconfío de los que pretenden haberse encontrado siempre de acuerdo con el «yo» de la víspera.

Para empezar expondré mi convicción sobre la utilidad de estas memorias, que iré ilustrando con hechos a medida que el relato lo exija. No se asusten quienes me han hecho mal; me olvidé de ellos. No se regocijen, pues, los aficionados al escándalo. No escribo por ellos.

Nací el año del coronamiento de Napoleón, el año XII de la República Francesa, en 1804. Mi nombre no es María Aurora de Sajonia, marquesa de Dudevant, como afirman varios de mis biógrafos, sino María Amantina Lucila Aurora Dupin; y mi marido, Francisco Dudevant, no tiene título alguno de nobleza. Sólo ha sido subteniente de infantería y no tenía más de veintisiete años cuando me casé con él. Convirtiéndolo en un viejo coronel del Imperio, lo han confundido con M. Delmare, personaje de una de mis novelas. Es demasiado fácil hacer la biografía de un novelista transportando las ficciones de sus cuentos a la realidad de su existencia. Puede ser que nos hayan confundido con nuestros antepasados. María Aurora de Sajonia era mi abuela; y el padre de mi marido era coronel de caballería bajo el Imperio. No encuentro delicado, conveniente ni honrado que, para excusarme de no permanecer bajo el techo conyugal, se acuse a mi marido de cosas por las que no he vuelto a quejarme desde que recuperé mi independencia… Mi marido vive y no lee mis escritos ni los que se hacen sobre mí. Razón de más para que yo repruebe los ataques de que es objeto por causa mía. No pude vivir con él; nuestros caracteres y nuestras ideas diferían esencialmente. Motivos tenía para no consentir en una separación legal, de la que experimentaba, sin embargo, necesidad, puesto que

existía de hecho. Consejos imprudentes lo indujeron a provocar debates públicos que nos obligaron a acusarnos mutuamente. Triste resultado de una legislación imperfecta y que el porvenir enmendará. Desde que se acordó la separación, me apresuré a olvidar mis resentimientos. Por eso toda recriminación que se le haga me parece de mal gusto, además de que puede hacer creer en resentimientos míos de que no soy capaz.

Sentado esto, se adivina que no transcribiré en mis memorias las piezas de mi pleito. Sería penoso hablar de rencores pueriles y de recuerdos amargos. He sufrido mucho; pero no escribo para quejarme y buscar consuelo. Mis dolores no serían útiles a nadie, y sólo contaré lo que pueda interesar a todos en general. Dejo el capítulo del casamiento hasta otra oportunidad y vuelvo al de mi nacimiento.

Mis biógrafos extranjeros son particularmente aficionados a la aristocracia, pues me han atribuido un origen ilustre, sin tener en cuenta una mancha bastante visible en mi blasón. No sólo se es hija del padre, sino también de la madre. Creo, además, que estamos arraigados a las entrañas que nos llevaron tan poderosa y sacrosantamente. Luego si es cierto que mi padre era bisnieto de Augusto II de Polonia, y por ese lado resulto pariente próxima de Carlos X y de Luis XVIII, no es menos cierto que estoy vinculada al pueblo de un modo íntimo, directo y legítimo por la sangre de mi madre.

Era mi madre una pobre niña del viejo París. Su padre, Antonio Delaborde, era vendedor de canarios y de jilgueros en el muelle de los Pájaros. El padrino de mi madre se llamaba Barra, nombre que se hizo famoso entre los pajareros y que se lee todavía en el bulevar del Temple, sobre un edificio donde hay jaulas de todas dimensiones y pían y gorjean alegremente avecillas múltiples, en las que veo otros tantos padrinos y madrinas míos, misteriosos patronos con los que he tenido siempre afinidades particulares.

Esas afinidades entre el hombre y ciertos seres secundarios de la creación, son tan reales como las antipatías y los invencibles terrores que nos inspiran ciertos animales inofensivos. Es tanta mi simpatía por los pájaros, que mis amigos se han sorprendido. Los pájaros son los únicos seres de la creación sobre los cuales jamás me esforcé por ejercer fascinación; y si hay vanagloria en ello, que los

pájaros me perdonen. Heredé ese don de mi madre, que caminaba siempre en el jardín acompañada de desvergonzados gorriones, currucas ágiles y pinzones parlanchines, que venían a picotear confiadamente en las manos que les brindaban alimento.

Todos tenemos una predisposición hacia ciertos animales, o sentimos marcada prevención contra ellos. Tuve una sirvienta apasionada por los cerdos, que se desmayaba cuando los veía descuartizados en manos de un carnicero. En tanto yo, educada rústicamente, en el campo, debiendo estar acostumbrada a estos animales, he sentido un terror pueril e invencible cuando me he visto rodeada de esas bestias inmundas. Preferiría cien veces verme en medio de leones y de tigres. Los fisonomistas han hallado parecidos entre algunos animales y determinados hombres. Pero, ¿quién puede negar los parecidos morales? La grosería humana es a menudo tan baja y feroz como el apetito del cerdo, que es lo que causa más terror y asco en el hombre. Amo al perro, pero no a todos los perros. Tengo marcadas antipatías contra ciertos individuos. Me gustan éstos un poco rebeldes, audaces, retadores e independientes. Los glotones me entristecen. Son seres excelentes, admirablemente dotados, pero incorregibles en ciertos aspectos, cuando en ellos vuelve por sus fueros la grosería de las bestias. El hombre-perro no es un bello tipo.

El pájaro, lo sostengo, es el ser superior de la creación. Su organización es admirable. Su vuelo lo coloca materialmente sobre el hombre, y lo dota de un poder vital que nuestro genio aún no ha podido igualar. Su pico y sus patas poseen una destreza inusitada. Tiene instintos de amor conyugal, de previsión y de industria doméstica; su nido es una obra de arte, de habilidad, de solicitud y de lujo delicado. El pájaro macho ayuda a la hembra en los deberes de la familia. Se ocupa, como el hombre, de construir la habitación y de velar y alimentar a sus hijos. Es cantor, hermoso, tiene gracia, agilidad, vivacidad, moral y apego a lo suyo. Injustamente se ha hecho de él el tipo de la inconstancia. Es el más fiel de los animales. En la raza canina solamente la hembra tiene amor por la prole, cosa que la hace superior al macho. En el pájaro, los dos sexos, dotados de iguales virtudes, ofrecen el ejemplo ideal del himeneo. No se hable ligeramente de los pájaros. Falta muy poco para que nos igualen; y como músicos y poetas, están naturalmente mejor

dotados que nosotros. El hombre-pájaro es el artista.

Citaré un hecho que hubiera querido contar a Buffon, poeta de la naturaleza. Criaba yo dos currucas: una de pecho amarillo y otra gris. La primera, «Junquillo», era quince días mayor que «Ágata», la segunda. Quince días en una curruca equivalen a diez años para una persona joven. «Junquillo» era una niñita muy gentil, delgadita, mal emplumada, que no sabía volar más que de rama en rama y aún no comía sola, pues los pájaros que cría el hombre se desarrollan más lentamente que los que crecen en estado salvaje. Las madres currucas son mucho más severas que nosotros. «Junquillo» hubiera comido solo quince días antes, si yo hubiera tenido el acierto de abandonarla a sus propios medios. «Ágata» era una niñita insoportable. No hacía más que moverse, gritar, sacudir sus plumas nacientes y atormentar a «Junquillo»; sin embargo, era mas golosa y se esforzaba en volar hasta mí para comer hasta saciarse.

Un día escribía yo no sé qué novela que me apasionaba. Me coloqué a cierta distancia de la rama verde en que vivían armoniosamente mis dos alumnas. El tiempo estaba un poco fresco. «Ágata», medio desnuda, se había acurrucado bajo el vientre de «Junquillo», que se prestaba a hacer de madre con generosa complacencia. Aproveché la media hora que me dejaron tranquila, para escribir. Al fin se les despertó el apetito. «Junquillo» saltó sobre la silla y luego sobre mi mesa, borrando la última palabra que había salido de mi pluma.

«Ágata», no atreviéndose a dejar la rama, batía las alas y alargaba desesperadamente su pico hacia mí. Estaba yo llegando al desenlace. Por primera vez me impaciente con «Junquillo». Le hice ver que estaba en edad de comer sola, que bajo su pico tenía una excelente papilla en un hermoso platito y que no estaba dispuesta a disculpar su pereza. «Junquillo» se enfurruñó y regresó a su rama. «Ágata» le pedía, de comer con increíble insistencia… Yo miraba y escuchaba sin moverme, estudiando la emoción de «Junquillo», que parecía titubear, librando un extraordinario combate interior. Al fin, armada de resolución, vuela de un impulso hasta el platillo, trina un instante, esperando que el alimento suba solo hasta su pico; luego se decide y toma la papilla. Pero sin pensar en su propia hambre, vuelve a la rama y hace comer a «Ágata» con tanta habilidad y destreza como si hubiese sido su propia madre. Desde

ese momento no me molestaron más. La pequeña fue alimentada por la mayor, que lo hacía mucho mejor que yo, y ésta aprendió a atenderse a sí misma, poniéndose gordita, brillante y limpia. Un mes después, «Junquillo» y «Ágata», siempre inseparables, vivían en plena libertad sobre los grandes árboles de mi jardín; pero sin apartarse mucho de la casa. Todos los días, cuando hacía buen tiempo, comíamos en el jardín y ellas venían planeando sobre nuestras cabezas y se colocaban sobre nuestras espaldas, esperando que llegase la fruta para probarla antes que nosotros.

He tenido también un milano real, que era una bestia feroz para todo el mundo y con nosotros vivía en tales relaciones, que se posaba en la cuna de mi hijo y con su gran pico, cortante como una navaja, sacaba delicadamente las moscas que se posaban sobre el rostro del niño, haciéndolo con tal precaución que jamás lo despertó. Sin embargo, tenía una fuerza atroz. Un día se escapó haciendo rodar su jaula después de romperla. No había cadena cuyos eslabones no cortara. Los perros le tenían un gran terror.

Capítulo II

Sangre de reyes se mezcló en mis venas con sangre de pobres y de humildes. Y como cada uno de nosotros somos el resultado de una mezcla de razas y la continuación, siempre modificada, de una serie de tipos que se encadenan entre sí, he llegado a la conclusión de que la herencia natural, la del alma y la del cuerpo, establece una importante solidaridad entre nosotros y nuestros antepasados.

Todos tenemos antepasados, grandes y humildes, plebeyos y patricios. Antepasados viene de «patres», padres, y la palabra no tiene singular. Es cómico que la nobleza haya acaparado esa palabra, como si el artesano o el campesino no tuvieran padres detrás de ellos, como si no pudieran llevar el título de padre más que los que tienen blasón; como si los padres legítimos fuesen menos numerosos en una clase que en otra.

Lo que pienso de la nobleza de raza lo escribo en *Piccinino*, novela que hice para desarrollar en tres capítulos lo que siento sobre la nobleza. La sentencia española «cada uno es hijo de sus obras» es generosa. El hijo de sus obras vale tanto por sus virtudes como el patricio por sus títulos. Esa idea la hizo suya nuestra Revolución. Claro que además de ser cada uno hijo de sus obras, lo es también de sus padres, de sus antepasados. Al nacer, todos traemos instintos que no son más que el resultado de la sangre que nos ha sido transferida y que, si no tuviéramos voluntad, nos gobernaría como una fatalidad terrible.

No somos enteramente libres y quienes admitieron el dogma espantoso de la predestinación, hubieran debido, para ser lógicos y no ultrajar la bondad de Dios, suprimir la atroz ficción del infierno, como la suprimo yo en mi alma y en mi conciencia. No somos absolutamente esclavos de la fatalidad y de nuestros instintos. Dios nos ha dado a todos un arma poderosa con que combatirlos: el razonamiento.

Las religiones creyeron que no podían establecerse sin admitir o sin rechazar el libre albedrío de un modo absoluto. La iglesia del porvenir comprenderá que se debe tener en cuenta la fatalidad; es decir, la violencia de los instintos, el empuje de las pasiones. La teología del género humano, perfeccionada, admitirá los dos principios: fatalidad y libertad. Y hasta admito que, con el maniqueísmo, aceptará un tercer principio: la gracia. La gracia es la acción divina, siempre fecundante y siempre lista para acudir en socorro del hombre que la implora. Creo en eso, y no sabría creer en Dios sin esa fe.

Juan Jacobo Rousseau creía que todos habíamos nacido buenos, educables, y suprimía la fatalidad así; pero, ¿cómo explicaba, entonces, la perversidad general que se apoderaba del hombre en la cuna para corromperlo e inculcar en él el amor al mal? También él creía en el libre albedrío. Cuando se admite la libertad absoluta en el hombre, se debe, viendo el mal uso que hace de ella, llegar a dudar de Dios.

Admitiendo que la educabilidad o la bestialidad de nuestros instintos sea lo que he dicho, una herencia que no podemos rehusar y de la que es inútil renegar, el mal eterno, el mal como principio fatal, está destruido, pues el progreso no está encadenado por el género de fatalidad que yo admito. Ésta es una fatalidad siempre modificable, modificada, excelente y sublime; pues la herencia es a veces un don sublime al que la bondad de Dios nunca se opone.

Todavía estoy bien lejos de mi tema y mi historia corre el riesgo de parecerse a la de los siete castillos del rey de Bohemia. ¿Qué os importa, queridos lectores? Mi historia, por sí misma, es muy poco interesante. Los hechos juegan en ella el papel más insignificante. Las reflexiones la llenan. Nadie en su vida ha soñado más ni ha obrado menos que yo. ¿Acaso esperabais otra cosa de una novelista?

Escuchad: mi vida es la vuestra. Sois soñadores como yo. Todo lo que me detiene en el camino os ha detenido a vosotros. Como yo, habéis buscado la razón de vuestra existencia y habéis sentado algunas conclusiones: Comparad las mías con las vuestras. Verdad que el culto idólatra de la familia es falso y peligroso; pero las relaciones de solidaridad son necesarias en la familia. En la antigüedad, la familia desempeñaba un gran papel. Luego, el papel

exageró su importancia; la nobleza se transmitió como un privilegio y los varones de la edad media tenían tal idea de sus raza, que hubieran desdeñado las augustas familias de los patriarcas, si la religión no hubiera consagrado y santificado la memoria de las mismas. Los filósofos del siglo XVIII hicieron tambalear el culto a la nobleza; la Revolución lo derribó. Pero el ideal religioso de la familia se vio arrastrado en esa destrucción, y el pueblo, que había sufrido con la opresión hereditaria y se reía de los blasones, se acostumbró a creer que el hombre era únicamente hijo de sus obras. El pueblo se equivocó. Tiene sus antepasados, lo mismo que los reyes. Cada familia tiene su nobleza, su gloria, sus títulos: el trabajo, el valor, la virtud o la inteligencia. El hombre dotado de alguna distinción natural, la debe a alguien que le precedió, a alguna mujer que lo engendró.

No olvidéis a vuestros muertos. Transmitid la vida de vuestros padres a vuestros hijos; haceos títulos y armaduras, si queréis. Pero la llama, el pico o la podadera son tan bellos atributos como el cuerno, la torre o la campana. Os podéis dar ese gusto si así os parece. Los industriales y los financieros también se lo dan… ¡Cuántas luces se apagaron en la historia porque la nobleza quiso ser la única antorcha y la única historia de los siglos pasados! Escapad al olvido; escribid vuestra historia si habéis comprendido vuestra vida y sondeado vuestro corazón. Para eso y por eso escribo la mía y voy a contar la de mis mayores.

Federico Augusto, elector de Sajonia y rey de Polonia, fue el libertino más sorprendente de su época. No es un honor muy raro llevar un poco de su sangre en las venas, pues dicen que tuvo varias centenas de bastardos. De la bella Aurora de Koenigsmarck, gran coqueta, ante la que retrocediera hasta el mismo rey de Suecia, Carlos XII, tuvo un hijo que le sobrepasó en nobleza, a pesar de que no fue más que mariscal de Francia. Fue Mauricio de Sajonia, el vencedor de Fontenoy, bueno y valiente como su padre y como él calavera; pero más feliz, mejor secundado y más sabio en el arte de la guerra.

Aurora de Koenigsmarck recibió en su vejez una abadía protestante. La misma abadía de Quedlimburgo, de la que, más tarde, habría de ser abadesa la princesa Amelia de Prusia, hermana de Federico el Grande y amante del célebre y desgraciado barón de

Trenk. En la abadía murió y fue enterrada Aurora de Koenigsmarck.

Hace algunos años, diarios alemanes publicaron que se habían realizado búsquedas en los sótanos de la abadía, y que se habían encontrado perfectamente embalsamados e intactos los restos de la abadesa Aurora, amortajada lujosamente con un vestido de brocato verde cubierto de pedrería y con un manto de terciopelo rojo forrado con marta.

Tengo en mi cuarto, en el campo, el retrato de la dama, aún joven y de una belleza resplandeciente. Se nota que se había empolvado para posar ante el pintor. Era extremadamente morena, lo que no concuerda con la idea que nos hacemos de una belleza del norte. Sus cabellos negros como la tinta, están levantados hacia atrás con broches de rubíes, y su frente, lisa y descubierta, no tiene nada de modesta. Gruesas trenzas caen sobre su seno. Su vestido de brocado está cubierto de pedrería y el manto de terciopelo rojo, adornado con cebellina. Lo mismo que se la encontró en el ataúd. Confieso que esa belleza audaz y sonriente no me agrada y que después de la exhumación, el retrato me atemoriza un poco de noche, cuando me mira como para decirme:

«No puebles tu pobre cerebro con pamplinas, espíritu degenerado de mi orgullosa estirpe… El amor no es lo que tú crees. Los hombres jamás serán lo que tú esperas. No están hechos más que para ser engañados por los reyes, por las mujeres o por ellos mismos.»

A su lado está el retrato de su hijo Mauricio de Sajonia, hermoso pastel de Latour. Tiene una coraza deslumbrante, la cabeza empolvada y una hermosa expresión de semblante… Se parece a su madre, pero es rubio. Sus ojos azules tienen más dulzura y su sonrisa es más franca. Sin embargo, el capítulo de sus pasiones manchó a menudo su gloria. Se cuenta que entre sus aventuras tuvo una con *madame* Favar. Uno de sus últimos efectos fue la señorita Verriéres (su verdadero nombre era María Rinteau), de la ópera, que vivía con su hermana en una casita campestre, en plena Chaussée
d'Antín,
luego pleno centro del nuevo París. La señorita Verrières tuvo de aquella unión una hija, que hasta quince años más tarde no fue reconocida como hija del mariscal de Sajonia y autorizada, por un

decreto del parlamento, a llevar su nombre.

En un boletín de jurisprudencia de la época he encontrado la siguiente información:

«La señorita María Aurora, hija natural de Mauricio, conde de Sajonia, mariscal general de campos y armas de Francia, había sido bautizada como hija de Juan Bautista de la Kiviere, burgués de París, y de María Rinteau, su mujer. En vísperas de casarse la señorita Aurora ha sido colocada bajo la tutela del señor de Montglas por sentencia del Chatelet (Palacio de Justicia), del 3 de mayo de 1766. Hubo dificultad para la publicación de las amonestaciones porque la señorita Aurora no consentía ser calificada hija del señor de la Riviere y menos aún hija de "Padre y madre desconocidos". La señorita Aurora recurrió contra la sentencia del Chatelet, y la Corte, luego de reunir las pruebas necesarias, declaró que era hija natural del conde Mauricio de Sajonia y que éste la había reconocido. Luego se ordenó que el acta bautismal, inscrita en los registros de la parroquia de San Gervasio y San Proto de París, con fecha 19 de octubre de 1748, fuese reformada y que en lugar de los nombres de Juan Bautista de la Riviere y de María Rinteau, su mujer, después del nombre de María Aurora, se agregaran estas palabras: hija natural de Mauricio, conde de Sajonia, mariscal de campos y ejércitos de Francia, y de María Rinteau» («Collection de décisions nouvelles et de notions relatives a la jurisprudence actuelle, par
M. J. B.
Denisart Procureur au Chatelet de Paris». Tom. 3, pág. 704, París, 1771).

Mi abuela, que tenía un gran parecido con el mariscal de Francia, gozó de la simpatía de la sobrina de éste, hija del rey Augusto y madre de Carlos X y de Luis XVIII, la cual hizo que ingresara en Saint-Cyr a fin de que fuera educada y preparada para un buen matrimonio. Al mismo tiempo la apartaba de la madre.

Aurora de Sajonia salió de Saint-Cyr a los quince años para casarse con el conde de Horn, bastardo de Luis XV y teniente del rey en Schelestadt. Lo había visto por primera vez la víspera de su casamiento. La misma noche de la boda, los cónyuges fueron discretamente separados por sugerencias del sacerdote y del médico del conde.

De esto vino a resultar que María Aurora sólo fue nominalmente esposa de su primer marido, pues no se vieron más que en medio de fiestas principescas en Alsacia. Me contó frecuentemente mi abuela la impresión que le hizo aquella vida de pompa cuando salió del convento. Iba en una gran carroza dorada, arrastrada por cuatro caballos blancos. Las salvas de artillería asustaban tanto a Aurora como la voz de su marido. Le trajeron para que firmara, con autorización real, el perdón de unos prisioneros, que en seguida salieron de las cárceles del Estado y fueron a darle las gracias. Ella se echó a llorar. Poco después de su llegada a Alsacia, bailaba durante una fiesta a las tres de la madrugada cuando le dijeron que su marido le rogaba pasase por sus habitaciones. Fue. Al llegar junto a la puerta se detuvo, recordando que el sacerdote que la casara le había recomendado no entrar sola en el aposento de su esposo. Vio luz y gente. Un criado sostenía al conde en sus brazos. Un médico estaba a su lado: «El señor conde —le dijeron— ya no tiene nada que manifestar a la señora condesa». Ésta sólo vio una gran mano blanca cayendo sobre el borde de la cama. El conde de Horn acababa de morir en un duelo a sable. Mi abuela no podía rendir a su marido otro homenaje que el de llevar luto.

La joven viuda recobró pronto su libertad, que aprovechó para ir a ver a su madre, a la que tanto amaba.

Las señoritas de Virrières vivían desahogadamente y todavía eran hermosas. Mi bisabuela era la más inteligente y amable. Vivían agradablemente cultivando las musas, como se decía entonces. En su casa se interpretaban comedias. Aurora era de una belleza angelical y por su inteligencia estaba a la altura de los espíritus más esclarecidos de su tiempo. Tenía una voz magnífica. En su ancianidad la oí cantar trozos de los antiguos maestros italianos, acompañándose de un viejo clavicordio. Su voz, ya temblona, era ajustada y extensa. Tenía amplitud, sencillez, pureza de gusto y distinción en la pronunciación. Me hacía recitar con ella algunos dúos. Algunas veces, con sus sesenta y cinco años, su voz se elevaba con tal expresión y encantado que yo quedaba estupefacta y deshecha en lágrimas al escucharla. Entre los hombres célebres que frecuentaban la casa de su madre, Aurora conoció a Buffon, cuya compañía encontró siempre agradable y encantadora. Su vida fue alegre, dulce y brillante.

Aurora no pensó más que en cultivar las artes y su espíritu. Jamás tuvo otra pasión que el amor maternal, ni supo lo que era una aventura. Tenía una naturaleza tierna, generosa y de exquisita sensibilidad. Era un alma firme, clarividente, en cierto modo orgullosa y respetuosa de sí misma. Ignoró la coquetería, pues estaba demasiado bien dotada para tener necesidad de ella. Atravesó una época bastante libre y un mundo muy corrompido, sin dejar en ellos una pluma de sus alas. Condenada por un extraño destino a no conocer el amor en el casamiento, resolvió el gran problema de vivir serena y de escapar a toda maledicencia, a toda calumnia.

Creo que tenía alrededor de veinticinco años cuando perdió a su madre. La señorita Verrières murió una noche, al acostarse, sin estar indispuesta, quejándose de tener los pies un poco fríos cuando una sirvienta calentaba sus pantuflas, sin exhalar un suspiro. En aquel tiempo, todo era agradable y fácil; hasta el morir.

Aurora se retiro a un convento; pues tal era la costumbre cuando se era soltera o viuda joven. Para mi abuela, que tenía gustos serios y buenos hábitos, este retiro fue útil y provechoso. Leyó numerosos volúmenes y apiló citas que aún poseo y que son un testimonio del buen empleo de su tiempo. Entre las pocas cosas que le dejara su madre, figuraba un retrato de Aurora de Koenigsmarck, allí llevado por el mariscal de Sajonia, el sello de éste y una de sus tabaqueras.

El 24 de agosto de 1768, mi abuela había escrito al señor de Voltaire una carta en la que pedía ayuda:

«… Estoy dejada de lado. He pensado que quien inmortalizó las victorias del padre, se interesaría por las desgracias de la hija. A él le corresponde adoptar los hijos del héroe y de ser mi sostén, como lo es de la hija del gran Corneille. Con esa elocuencia que habéis consagrado a defender la causa de los desdichados, haréis repercutir en todos los corazones el grito de la piedad y adquiriréis tantos derechos sobre mi reconocimiento como teméis ya mi respeto y mi admiración por vuestro sublime talento».

He aquí la contestación:

«27 de septiembre de 1768, en el castillo de Ferney.

»Señora:

»Pronto iré a reunirme con vuestro padre, el héroe, y le enteraré con indignación de la situación en que se encuentra su hija. Tuve el

honor de vivir mucho con él; dignábase ser bondadoso conmigo. Es una de las desgracias que me aplastan en mi vejez: ver que la hija del héroe de Francia no es feliz en Francia. Si estuviera en vuestro lugar, iría a presentarme ante la señora duquesa de Choiseul. Mi nombre me haría abrir de par en par las puertas y la señora duquesa de Choiseul, cuya alma es justa, noble y bienhechora, no dejaría pasar tal ocasión de hacer bien. Es el mejor consejo que puedo daros… Me habéis dispensado, sin duda, demasiado honor, señora, cuando habéis pensado que un anciano moribundo, perseguido y retirado del mundo, sería bastante feliz para servir a la hija del señor mariscal de Sajonia. Me habéis hecho justicia no dudando del vivo interés que debo tomar por la hija de un tan grande hombre. Tengo el honor de ser con respeto, señor, vuestro humilde y muy obediente servidor. Voltaire, gentilhombre, de la cámare del rey.»

Es probable que la gestión no tuviera éxito, pues Aurora se decidió, hacia la edad de treinta años, a casarse con el señor Dupin de Francueil, mi abuelo, quien tenía entonces sesenta y dos.

El señor Dupin de Francueil era hombre encantador por excelencia, y recaudador general en la época en que se casó con mi abuela. Tardó ella en decidirse a casarse con él; no por razones de edad, sino porque las gentes que la rodeaban consideraban al señor Dupin de Francueil de muy poca jerarquía para la condesa de Horn. Después de dos o tres años de dudas, durante los cuales no pasó día sin que él fuese al locutorio a almorzar y conversar con ella, mi abuela premió su amor y consintió ser la señora Dupin. Para vencer cualquier oposición fueron a casarse a Inglaterra, en la capilla de la embajada, haciendo ratificar luego su unión en París.

Ella me habló a menudo de ese casamiento y de mi abuelo, a quien no llegué a conocer. Se sonreía cuando me oía decir que me parecía imposible amar a un anciano. «Un anciano —decía— ama más que un joven y es imposible no amar a quien nos ama de modo tan perfecto» y agregaba: «¿Es que se era alguna vez anciano en aquella época? La revolución es la que trajo la vejez al mundo. Vuestro abuelo, hija mía, fue hermoso, elegante, cuidadoso, gracioso, perfumado, alegre, amable, afectuoso y de carácter equilibrado hasta la hora de su muerte. Con menos edad habría sido demasiado joven para tener yo una vida tan tranquila, y no hubiese sido tan feliz con él, pues me lo hubieran disputado mucho. Con él

disfruté la mejor edad de mi vida. Jamás joven alguno hizo tan feliz a una mujer joven como lo fui yo. No nos separábamos ni un instante y jamás me aburrí a su lado. Su espíritu era una enciclopedia de ideas y de conocimientos. De día ejecutaba música conmigo; era una violinista excelente y, como era ebanista, fabricaba por sí mismo sus violines. Además, era relojero, arquitecto, tornero, pintor, cerrajero, decorador, cocinero, poeta, compositor; y bordaba maravillosamente bien. Gastó su fortuna satisfaciendo todos estos diversos instintos y haciendo numerosos experimentos, hasta que nos arruinamos del modo más amable del mundo. De noche, cuando no estábamos de fiesta, dibujaba a mi lado mientras yo bordaba, o leíamos o conversábamos con algunos amigos encantadores. En aquel tiempo no se sufrían achaques inoportunos. El que tenía la gota caminaba sin hacer muecas; ocultaba su mal por buena educación. No se tenían esas preocupaciones de negocios que desgastan interiormente y quiebran el espíritu. Se sabía llegar a la ruina sin que nada se transparentase, como los buenos jugadores pierden sin demostrar inquietud ni deseos ruines. Uno se hubiera hecho llevar medio muerto a una cacería. Se opinaba que era mejor morir en un baile o en el teatro que en la cama, entre cuatro velas o junto a unos hombres horribles vestidos de negro. Se era filósofo y no se jugaba con la austeridad que se poseía sin ostentación. Se era juicioso sin mojigatería. Se disfrutaba la vida y cuando la hora de perderla había llegado no se trataba de amargar a los demás. Mi viejo marido se despidió de mí animándome para sobrevivirle largamente y para llevar una vida feliz.»

Esta filosofía fracasó ante las expiaciones revolucionarias; y los dichosos del pasado sólo conservaron el arte de saber subir, con gracia, al cadalso, lo que ya es mucho. Pero lo que les ayudó a mostrar esa valentía fue la profunda repugnancia a una vida sin diversiones y el espanto de un estado social en el cual se debía admitir, por lo menos en principio, el derecho de todos al bienestar y al ocio.

Capítulo III

Entre los papeles de mi abuela Aurora Dupin de Francueil, encontré un manuscrito en el que hablaba así de Juan Jacobo Rousseau:

«No le vi más que una vez y jamás lo he olvidado. Vivía ya retirado, atacado de esa misantropía que fue motivo de crueles burlas por parte de los frívolos. Desde mi casamiento, no había dejado de pedir a mi esposo que me lo presentase…

»Antes de que yo viese a Rousseau, acababa de leer la *Nueva Eloísa*, y en las últimas páginas me sentí tan trastornada que prorrumpí en sollozos. No podía pensar en la muerte de Julia sin empezar de nuevo a llorar. Yo parecía enferma o loca y estaba afeándome. Mi marido me gastaba algunas bromas para distraerme; pero no consiguiéndolo, sin decirme una palabra respecto a sus propósitos, se fue en busca de Juan Jacobo y, quieras que no, lo llevó a casa. Rousseau no le habló de mí. Ni siquiera le preguntó mi edad. Yo, desprevenida, no apresuraba mi tocado. Estaba con la señora de Esparlés, mi amiga, la mujer más amable del mundo y muy linda, a pesar de ser un poco bizca y algo contrahecha. Ella se burlaba de mí porque se me había ocurrido, desde hacía algún tiempo, estudiar la osteología, cuando comenzó a dar espantosos gritos… Al querer darme unas cintas que estaban en un cajón había encontrado, entre la ropa, una mano grande y fea de esqueleto. Dos o tres veces me había llamado mi esposo; pero no me había dicho que en mi salón me esperaba el oso sublime… Cuando terminé el arreglo de mi vestido descendí con los ojos colorados e hinchados de tanto llorar… Advertí la presencia de un hombrecito bastante mal vestido y malhumorado que se levantaba pesadamente y mascullaba confusas palabras. Le miré y adiviné; grité, quise hablar y me deshice en lágrimas. Juan Jacobo, aturdido por este recibimiento, se puso también a llorar. Francueil quiso darnos ánimos con una broma y acabó llorando asimismo. No pudimos

decirnos palabra. Nos pusimos a la mesa, para cortar de una vez los sollozos. Pero no pude comer.»

Nueve meses después de su casamiento con el señor Dupin, mi abuela dio a luz al único hijo que habría de tener y el cual recibió los nombres del Mauricio (en memoria del mariscal de Sajonia) y Francisco e Isabelo. Ello fue el 13 de enero de 1778. El marqués de Polignac fue su padrino. Quiso alimentarlo ella misma, cosa que era todavía un poco excéntrica. Pero había leído el *Emilio* con espíritu religioso y quería dar buen ejemplo y cumplir con este sagrado deber. Además, tenía el sentimiento maternal extremadamente desarrollado.

Mas la naturaleza se rehusó a su deseo. No tenía leche, y tuvo que renunciar a su intento, lo cual fue para ella una violenta pena y como un pronóstico siniestro.

Recaudador general del ducado de Albret, el señor Dupin pasaba con su mujer y su hijo una parte el año en Chateauroux, habitando el viejo castillo que domina el pintoresco valle del Indre. El señor Dupin había dejado de llamarse Francueil hasta la muerte de su padre, y había establecido en Chateauroux manufacturas de géneros, repartiendo en la región sus actividades y sus dineros de manera muy generosa. Era pródigo, sensual y principesco. Tenía a sueldo una compañía de músicos, de cocineros, de parásitos, de lacayos, de caballos y de perros. Daba todo a manos llenas para el placer y la beneficencia, queriendo ser feliz y que todo el mundo lo fuese con él.

Mi abuelo murió diez años después de su casamiento, dejando en gran desorden sus cuentas con el Estado y sus negocios particulares. Mi abuela demostró que tenía buena cabeza, al rodearse de sabios consejeros y ocupándose de todo con gran actividad. Liquidó con prontitud y después de haber pagado todas las deudas, se encontró casi *arruinada;* es decir, con una renta de setenta y cinco mil libras. La revolución debía restringir muy pronto sus recursos a proporciones mínimas, casi irrisorias.

Después de haber dejado Chateauroux, vivió en un departamento de la calle de Sicilia. Tomó para educar a su hijo a un joven, a quien yo conocí de viejo y que fue también mi preceptor. Este personaje a la vez serio y cómico se llamaba Francisco Deschartres, y como había llevado el pequeño alzacuello

eclesiástico en calidad de profesor en el colegio del cardenal Lemoine, entró en casa de mi abuela con el traje y el título de abate. Pero, con la revolución, el abate Deschartres se transformó prudentemente en el ciudadano Deschartres.

Había sido buen mozo y lo era todavía cuando mi abuela le tomó a su servicio: limpio, bien afeitado y ojos vivos, tenía aspecto excelente de preceptor. Era sabio, sobrio y valiente. Poseía todas las grandes cualidades del alma unidas a un carácter insoportable y a una satisfacción de sí mismo que llegaba hasta el delirio. Tenía las ideas más absolutas, los modales más rudos, el lenguaje más jactancioso. ¡Pero qué abnegación, qué fervor, qué alma generosa y sensible! ¡Pobre gran hombre —como le llamábamos—, cómo te he perdonado tus persecuciones! ¡Perdóname tú, de igual modo, en la otra vida, todas las malas pasadas que te jugué y todas las travesuras con que me vengué de tu despotismo! Me enseñaste muy pocas cosas; entre ellas, una que no olvidaré y que me ha servido de mucho: conseguir, a pesar de mi natural independencia, soportar durante mucho tiempo los caracteres menos tolerables y las ideas más extravagantes. Mi abuela al confiarle la educación de su hijo, no presentía que tomaba para toda la vida un tirano, un salvador y un amigo.

En sus horas libres, Deschartres continuaba sus cursos de física, química, medicina y cirugía. A las órdenes del señor Desaulx, se hizo un practicante muy hábil en operaciones quirúrgicas. Más tarde, cuando Deschartres fue administrador de mi abuela y alcalde del pueblo, sus conocimientos fueron muy útiles, máxime al ponerlos en práctica generosamente, sin retribución. Tenía un gran corazón. No había noche negra y tormentosa, de calor ni de frío, y hora indebida que le impidieran acudir, a menudo muy lejos, para llevar ayuda a las chozas. Su abnegación y sus desinterés eran verdaderamente admirables. Pero era tan ridículo como sublime. En su integridad llegaba a pegar a los enfermos cuando, ya sanos, iban a su casa a llevarle dinero o regalos. Le he visto diez veces hacer rodar por la escalera a pobres diablos que le presentaban platos, pavos, liebres, etcétera, traídos en homenaje a su salvador. Esas buenas gentes se iban malhumoradas y humilladas, maltratadas y con el corazón angustiado, diciendo: «¡Qué malo es este querido y buen hombre!» Otros decían:

«Le mataría si no me hubiera salvado la vida». Y Deschartres clamaba desde lo alto de la escalera: «¡Canalla, mal criado, zopenco, miserable: te he hecho un servicio y me lo quieres pagar… No quieres ser mi deudor; quieres quedar en paz conmigo… Si no te vas pronto te mato a golpes o te pongo quince días en cama y tendrás que mandarme buscar!»

Bajo el Terror, aunque se ocupaba asiduamente de mi padre y de los intereses de mi abuela, impulsado por su pasión hacía visitas, de tiempo en tiempo, a los hospitales y a los anfiteatros de disección. El amor a la ciencia le impedía hacer muchas reflexiones filosóficas sobre las cabezas que la guillotina mandaba a los estudiantes. Un día llevaron al hospital algunas cabezas humanas. Estaban recién cortadas. Fueron echadas sobre una mesa. Se preparó una espantosa caldera, donde debían hervir para ser desarrolladas y disecadas. Deschartres tomaba aquellas cabezas y una por una las echaba al agua. En eso un alumno de medicina, alargando una a Deschartres, dijo: «Esta cabeza es de un sacerdote; está tonsurada». Deschartres reconoció, al mirarla, la cabeza de un amigo suyo a quien no había visto desde hacía quince días y del que ignoraba hubiera sido detenido.

Luego me contó la terrible anécdota. «No dije una palabra. Miraba esa cabeza de cabellos blancos. Estaba serena y hermosa todavía; parecía sonreírme. Esperé que el alumno volviera la espalda para darle un beso en la frente. Luego la puse en la caldera como las otras y la disequé para mí. La guardé cierto tiempo; pero llegó un momento en que esta reliquia era peligrosa y la enterré en un rincón del jardín. Este encuentro me hizo tanto mal que estuve mucho tiempo sin poder ocuparme de la ciencia.»

Mi padre fue un niño débil y mimado. Se le educó, al pie de la letra, entre algodones y se le permitió tal estado de indolencia que hasta llamaba a un sirviente para que le alcanzara su lápiz o su pluma de escribir. Más tarde reaccionó muy bien, gracias a Dios y se transformó súbitamente cuando el fervor por Francia le hizo acudir a su defensa.

Cuando empezó la revolución, mi abuela, como los aristócratas iluminados de su época, la vio acercarse sin terror. Estaba demasiado nutrida en los principios de Voltaire y de Rousseau para no odiar los abusos de la corte. Era una de las más ardientes

enemigas de la pandilla de la reina. Entre sus cosas he encontrado cantares, madrigales y sátiras sangrientas contra María Antonieta y sus favoritos. Personas respetables copiaban y hacían circular esos libelos. Los más honestos estaban escritos por la mano de mi abuela. Era del mejor gusto componer algún epigrama sobre los escándalos triunfantes: canciones inusitadas sobre el nacimiento del Delfín, sobre las dilapidaciones y las galanterías de la «alemana»; amenazando a la madre y al niño con el látigo y la picota… Esas canciones eran, no del pueblo, sino de los salones. He quemado algunas tan obscenas que no me hubiera atrevido a transcribir. Algunas compuestas por sacerdotes y nobles de alcurnia, me han hecho ver el odio profundo y la delirante indignación que la aristocracia tenía en aquella época a sus reyes. Creo que si el pueblo no hubiera participado en la revolución, la familia de Luis XVI hubiera corrido la misma suerte y no pasaría hoy seguramente por familia mártir.

Lamento mucho el acceso de mojigatería que me hizo, a los veinte años, quemar la mayoría de esos manuscritos. Viniendo de una persona tan santa como mi abuela, me quemaban los ojos… Eran documentos históricos que podían tener ahora gran interés y un valor respetable, por ser tal vez únicos o muy raros.

Mi abuela tuvo gran admiración por Nécker y luego por Mirabeau. Entre todas las de su época esperaba ser de las menos golpeadas por la revolución. Había adoptado la creencia de la igualdad tanto como era posible en su situación. Estaba a la altura de las ideas más avanzadas de su época. Aceptaba el contrato social de Rousseau; odiaba la superstición con Voltaire; amaba hasta las utopías generosas, y la palabra república no le disgustaba. Por naturaleza era amante, servicial, afable y veía con agrado a un igual suyo en todo ser oscuro y desgraciado. Si la revolución hubiese podido realizarse sin violencia y sin ofuscación, la hubiera seguido hasta el fin sin lamentarse y sin miedo, pues era alma muy grande la suya, y toda sus vida había amado y buscado la verdad.

Para mí la revolución es una de las fases activas de la vida evangélica. Vida tumultuosa, sangrienta, terrible en ciertas horas, llena de convulsiones, de delirios y de sollozos. Es la lucha violenta del principio de igualdad predicado por Jesús y que pasa como un hachón radiante, como una antorcha ardiente, de mano en mano,

hasta nuestros días, contra el viejo mundo pagano, que no está destruido, que no lo estará en mucho tiempo a pesar de la misión de Cristo y de tantas otras misiones divinas; a pesar de las hogueras, de los cadalsos y de los mártires.

Mas la historia del mundo se complica con tantos acontecimientos imprevistos, raros, misteriosos; las voces de la verdad se ramifican por tantos caminos extraños y abruptos, las tinieblas que propagan tan espesas sobre este eterno peregrinar; la tormenta voltea tan obstinadamente los jalones de la ruta, desde la inscripción dejada en la arena hasta las pirámides; tantos signos siniestros dispersan y extravían a los pálidos pasajeros, que no es de asombrarse que no hayamos tenido todavía historia verdadera y acreditada y que flotemos en un laberinto de errores. Los acontecimientos de ayer son tan oscuros para nosotros como las epopeyas de los tiempos fabulosos.

¿Cómo la pasión hubiera podido abstenerse en la acción y la imparcialidad dictar decisiones tranquilas cuando todo se hizo por represalias, cada uno fue a la vez víctima y verdugo y entre la opresión soportada y la opresión ejercida no hubo tiempo para la reflexión ni libertad de elección? Almas apasionadas fueron juzgadas por almas apasionadas. Como en tiempos con los husitas, eran aquellos «tiempos de duelo, de fervor y de furor».

Todas las clases sociales estaban iluminadas por el sol revolucionario hasta el día de los Estados Generales. María Antonieta, la primera cabeza de la contrarrevolución de 1792, era revolucionaria en su interior y para su provecho personal en el año de 1788, en Trianón, como Isabel II sobre el trono de España y como Victoria de Inglaterra, si ésta se hubiera visto obligada a elegir entre el absolutismo y la libertad individual. ¡La libertad! Todos la invocaban, la querían con pasión, con furor… Los reyes para sí mismos tanto como los pueblos. Pero llegaron los que la pidieron para todos y los que a consecuencia del choque de tantas pasiones opuestas a nadie pudieron darla. Durante esa epopeya sangrienta, donde cada parte reivindica los honores y los méritos del martirio, es necesario reconocer que hubo mártires en los dos campos. Unos sufrieron por la causa del pasado; otros por la del porvenir. Algunos, colocados entre esos dos principios sufrieron, sin comprender la revolución, como la noble y sincera mujer cuya

historia aquí refiero. No había pensado en emigrar; continuaba la educación de su hijo y esa labor la absorbía por completo. Aceptaba la reducción considerable que la crisis pública había hecho en sus recursos. Con los restos de su fortuna había comprado tierras en Nohant, cerca de Chateauroux. Aspiraba a retirarse a aquel lugar apacible, encantador, donde las pasiones del momento aún no se habían hecho sentir gran cosa, cuando se produjo un hecho imprevisto.

Habitaba mi abuela la casa de un señor Amonin. Éste le propuso esconder en el artesonado de una despensa gran cantidad de platería y de alhajas, pertenecientes a ambos, así como los títulos de nobleza de un señor de Villiers. Aquellos escondites, hábilmente practicados en las paredes, no podían resistir las investigaciones hechas por los mismos obreros que las habían practicado, que eran los primeros delatores.

El 5 frimario, año II (26 de noviembre de 1793), en virtud de un decreto que prohibía el escondite de riquezas retiradas de la circulación, se hizo una inspección en casa del señor Amonin. Todo fue descubierto y unos días después, mi abuela fue detenida y encarcelada en el convento de Las Inglesas, calle Focres Saint-Victor, que había sido convertido en prisión y en donde había pasado, antes de sus segundas nupcias, parte de su retiro voluntario. Sellada la casa, los objetos encontrados fueron entregados a la custodia del ciudadano Leblanc. Al joven Mauricio, mi padre, y a Deschartres, se les permitió habitar como concesión especial, una parte del departamento.

Mauricio Dupin, con apenas quince años, recibió la separación de su madre como un golpe de maza. No esperaba cosa semejante quien se había alimentado con Voltaire y Rousseau. Se le ocultó la gravedad de las circunstancias y el valiente Deschartres calló sus inquietudes. Pero este último comprendió que la señora Dupin estaba perdida si no tenía éxito en una empresa que concibió realizar y que ejecutó sin pérdida de tiempo con tanta felicidad como valor.

Sabía bien que los objetos más comprometedores habían escapado de las primeras búsquedas. Estos objetos eran papeles, títulos y cartas comprobando que mi abuelo había contribuido a un préstamo voluntario realizado en favor del conde

d'Artois,
entonces emigrado y luego Carlos X, rey de Francia. Tal vez lo había hecho por reacción contra las ideas revolucionarias, a las cuales había combatido enérgicamente hasta la toma de la Bastilla, por haberse dejado llevar por consejos exaltados o por un secreto sentimiento de orgullo de sangre, puesto que a pesar de la valla de la bastardía, era prima de Luis XVI y de sus hermanos.

Deschartres estaba seguro de que esos papeles habían sido mencionados en el proceso verbal. Trataría de sustraerlos antes de un nuevo examen de la casa que debería tener lugar al levantarse los sellos. Ello era arriesgar la libertad y la vida; pero Deschartres no dudó.

El 13 frimario, siete días después de la pesquisa en la casa de Amonin, fue visitada ésta por segunda vez, correspondiéndole el turno al departamento de mi abuela, con orden de arresto contra ella. Hubo un nuevo proceso verbal más lacónico y menos florido que el primero.

«El frimario 13, año II de la República Francesa, una e indivisible, nosotros, miembros del comité de vigilancia de la sección de Bondy, procedemos a cumplir la ley y una decisión de dicho comité, de fecha 11 frimario, disponiendo sean puestos los sellos en las ventanas y puertas de dicho departamento, así como sobre la puerta de entrada. Dejamos tales sellos bajo la vigilancia de Carlos Froc, portero de dicha casa… A continuación, nos trasladamos a la puerta de enfrente en el mismo piso, ocupada por el ciudadano Mauricio Francisco Dupin, hijo de dicha viuda Dupin, y por el ciudadano Deschartres, preceptor. Después de haber examinado los papeles de dichos ciudadanos, no encontramos nada contrario a los intereses de la República…»

Arrestada mi abuela, Deschartres se había encargado de su salvación, pues al ser llevada al convento de Las Inglesas había tenido tiempo de decirle dónde se encontraban aquellos malditos papeles, que ella había descuidado hacer desaparecer. Tenía además, una multitud de cartas que atestiguaban sus relaciones con emigrados, rehenes inocentes, pero que le podían ser imputadas como crímenes de Estado y de traición a la República.

En el proceso verbal no figuraba la existencia de un pequeño entresuelo situado sobre el primer piso y que dependía del

departamento de mi abuela, al que se subía por una escalera secreta que salía de una sala de tocador. Pero las puertas y ventanas estaban selladas y para entrar había que romper tres sellos: el de la puerta del primer piso que daba sobre la escalera de la casa, el de la puerta de la sala tocador que conducía a la escalera secreta y el de la puerta del entresuelo en lo alto de la misma escalera. La habitación del ciudadano portero, republicano muy huraño, estaba situada debajo del departamento de mi abuela y Leblanc, ciudadano incorruptible, comisionado para la vigilancia de los sellos del segundo piso, dormía en un cuarto vecino al departamento del señor Amonin, es decir, sobre el entresuelo. Armado hasta los dientes, tenía la consigna de hacer fuego sobre cualquiera que se introdujera en uno u otro departamento. El ciudadano Froc, aunque portero, tenía el sueño muy ligero y disponía de una campanilla que haría sonar en el caso de que se produjera alguna alarma.

La empresa era más arriesgada en un hombre que no tenía arte de forzar puertas y entrar sin ruido, grandes conocimientos que a fuerza de especiales y serios estudios adquieren los señores ladrones. Mas, la abnegación hace milagros. Deschartres se proveyó de todo lo necesario y esperó a que todo el mundo se hubiese acostado. Entonces se levanta, sin ruido, llena sus bolsillos con todos los instrumentos que se ha conseguido no sin peligro… Saca el primer sello, luego el segundo, en seguida el tercero. Ya en el entresuelo abre un mueble que sirve de papelera y examina rápidamente veintinueve carpetas, pues mi abuela no supo decirle dónde estaban los papeles comprometedores. No se desanima. Entresaca, examina, quema. Suenan las tres de la mañana; nada se mueve… Pero, sí… oye pasos ligeros que hacen crujir débilmente el piso de la sala. Puede ser Nerina, la perra favorita de la prisionera, que duerme cerca de la cama de Deschartres. Cuando se escucha atentamente con el corazón saltando en el pecho y la sangre zumbando en los oídos, hay un momento en que no se oye nada. El pobre Deschartres queda petrificado, inmóvil. Alguien sube la escalera del entresuelo o sufre una pesadilla. No es Nerina. Son pasos humanos. Alguien se acerca con precaución. Deschartres se había provisto de una pistola. La empuña decidido y va derecho a la puerta de la pequeña escalera. Pero sin dejar caer su brazo ya levantado con el arma… El que viene es su alumno, mi padre, su

querido Mauricio.

El niño, a quien en vano escondió su proyecto, lo adivinó; le espió y venía a ayudarle. Deschartres, aterrorizado de verle participar en tan espantoso peligro, quiere hablar, echarle; Mauricio le tapa la boca con su mano. Deschartres comprende que el menor ruido, una palabra podría perder a ambos. La firmeza del niño le hace ver que éste no cederá… Entonces, los dos, en el más completo silencio, se ponen a la obra. El examen de los papeles continúa rápidamente; se quema con prisa. Pero suenan las cuatro. Dentro de una hora el ciudadano Leblanc estará de pie y les queda más de la mitad de la tarea, además de volver a poner los sellos en su sitio para que nada se advierta. Sería necesario volver a la siguiente noche. Mauricio así lo hace comprender a su amigo… Además, Nerina empieza a aullar. Cierran todo con cuidado, dejan rotos los sellos del interior y se conforman con arreglar el de la entrada principal. Mi padre sostiene la vela y alcanza el lacre, mientras Deschartres realiza la operación con la presteza de quien ha hecho operaciones quirúrgicas más delicadas. Vuelven a sus cuartos y se acuestan intranquilos, porque durante el día pueden venir a practicar un segundo registro y encontrar todo en desorden. Además las principales pruebas de culpabilidad no habían sido destruidas.

Pero el día transcurrió sin catástrofe… A la noche siguiente, todo previsto, pudieron empezar su labor una hora antes. Los papeles fueron encontrados y reducidos a ceniza y ésta fue guardada en una caja que se hizo desaparecer al día siguiente… Los sellos fueron colocados nuevamente y los moldes restaurados a la perfección. Los dos cómplices, después de haber cumplido su generosa misión se retiraron a hora conveniente y echáronse uno en brazos de otro mezclando con alegría sus lágrimas. Creían haber salvado a mi abuela; pero la detención duró hasta después del 9 termidor.

El 16 nivoso, la Señora Dupin fue sacada de donde estaba arrestada y llevada al departamento que habitara, bajo la vigilancia del ciudadano Philidor, comisario muy humano que más de una vez se mostró dispuesto a su favor. Él atestiguó que los sellos fueron encontrados intactos. Mi abuela había sido sacada de la prisión tan sólo para asistir al levantamiento de los sellos y al examen de sus papeles. No se encontró, bien entendido, cosa contraria a los

intereses de la República, a pesar de que el examen duró nueve horas. Fue un día de alegría para ella y para su hijo, porque pudieron pasarlo juntos.

En la noche del 16 nivoso mi abuela volvió al convento de Las Inglesas y allí permaneció hasta el 4 fructidor (22 de agosto de 1794). Durante algún tiempo mi padre pudo ver a su madre unos instantes por día en el locutorio del convento. Él esperaba ese momento con un frío glacial. Dios sabe el frío que hace en ese claustro que he recorrido en todas direcciones durante tres años de mi vida, pues fui educada en ese mismo convento. La esperaba a menudo durante varias horas. Las consignas cambiaban diariamente según el capricho de los conserjes y el parecer del gobierno revolucionario. En otras épocas, el niño, delgado y débil, se hubiera enfermado allí. Pero las emociones fuertes nos dan otra salud, otro organismo. Ni siquiera se resfrió. Se hizo repentinamente como debía ser. El niño mimado desapareció. Cuando veía llegar a la verja a su pobre madre, toda pálida, aseguraba que él no tenía frío. Y por un esfuerzo de su voluntad llegaba realmente a no sentir frío. Sus estudios estaban interrumpidos. El buen Deschartres no tenía el corazón más dispuesto a dar lecciones que su alumno a recibirlas. Para el niño no estaba perdido el tiempo que formaba el corazón y la conciencia del hombre.

Capítulo IV

Suspenderé un instante aquí la historia de mis ascendencia paterna para introducir un nuevo personaje, que una rara circunstancia coloca en la misma prisión y en la misma época.

Mi madre casi no hablaba de sus antepasados, porque los había conocido poco y perdido cuando aún era niña. ¿Qué era su abuelo paterno? No sabía nada. ¿Y su abuela? menos todavía. Las generaciones plebeyas no pueden competir con las de los ricos y los poderosos de este mundo. Así hayan dado al mundo los seres más perversos o los mejores, hay inferioridad para unos e ingratitud hacia otros. Ningún título, ningún emblema, ninguna pintura conserva el recuerdo de esas generaciones oscuras que pasan por la tierra y no dejan huella. El pobre muere enteramente; el desprecio del rico sella su tumba y camina sobre ella, sin saber si es polvo humano el que pisa su desdeñosa planta. Mi madre y mi tía me hablaron de una abuela materna que las había educado y que era muy piadosa. No creo que la revolución las arruinase. Nada tenían que perder, mas sufrieron como todo el pueblo por la carestía y escasez del pan. Esa abuela era realista, Dios sabe por qué, y educaba a sus nietas en el horror de la revolución. El hecho es que ellas no podían comprender que una hermosa mañana vinieran a buscar a la mayor, que tenía entonces quince o dieciséis años y que se llamaba Sofía Victoria (y Antonieta, como la reina de Francia) para vestirla de blanco, empolvarla, coronarla de rosas y llevarla al Ayuntamiento. No sabía ella misma lo que eso significaba; pero los plebeyos notables del barrio recientemente regresados de la Bastilla y de Versalles, le dijeron:

—Pequeña ciudadana: eres la más bella del distrito. El ciudadano Collot
d'Herbois,
actor del teatro francés, te enseñará a recitar en verso, con

ademanes. He aquí una corona de flores. Te llevaremos al Ayuntamiento. Entregarás estas flores y dirás esa poesía a los ciudadanos Bailly y La Fayette, y la patria te quedará agradecida.

Victoria se fue alegremente, en medio de un coro de hermosas jóvenes a desempeñar su papel. La madre Cloquart, abuela de Victoria, siguió a su nieta con Lucía, la hermana menor, mezclándose las dos bien alegres y orgullosas en un gentío inmenso, hasta conseguir entrar en el Ayuntamiento y ver con qué gracia la perla del distrito recitaba su cumplido y presentaba su corona. El señor de La Fayette estuvo muy emocionado y tomando la corona la colocó galante y paternalmente sobre la cabeza de Victoria, diciéndole:

—Amable niña: estas flores convienen más a vuestro rostro que al mío.

Se le aplaudió y todos participaron en un banquete ofrecido a La Fayette y a Bailly. Se organizaron bailes alrededor de las mesas; pero era tan enorme el bullicio, que la buena madre Cloquart y la pequeña Lucía perdieron de vista a la triunfante Victoria y temiendo ser asfixiadas salieron a la plaza a esperarla. Pero el gentío las echó de allí y los gritos de entusiasmo las asustaron. Mamá Cloquart no era valiente; creyó que París iba a derrumbarse sobre ella, y escapó con Lucía llorando al creer que Victoria sería aplastada en esa gigantesca farándula. Pero al llegar la noche, Victoria volvió a encontrarse con ellas en su pobre casa, escoltada por una comitiva de patriotas de ambos sexos, tan bien protegida y respetada que su vestido blanco no tenía una arruga.

Probablemente en esta época, las pequeñas ciudadanas Delaborde encontraron la revolución encantadora; pero más tarde vieron pasar una hermosa cabeza adornada con largos cabellos rubios en la punta de una pica. Era la de la desgraciada princesa de Lamballe. Ese espectáculo les produjo una impresión espantosa y desde entonces juzgaron la revolución nada más que a través de tan terrible aparición.

Estaban tan pobres, que Lucía trabajaba con la aguja y Victoria era comparsa en un teatro. No sé en qué lugar llegó a cantar Victoria una canción sediciosa contra la República, bajo el Terror. Al día siguiente hicieron una pesquisa en su casa. Se encontró esa canción manuscrita, que le había dado un sacerdote llamado Borell.

La canción era sediciosa, en efecto, pero sólo había cantado una estrofa que lo era muy poco. Fue detenida en el acto, con su hermana Lucía, Dios sabe por qué y encarcelada primero en una prisión y luego en otra, de donde pasó más tarde al convento de las Inglesas, en la misma época, probablemente, que mi abuela.

Así pues, dos pobres jóvenes del pueblo estaban ahí ni más ni menos que las damas más calificadas de la corte y la ciudad. Entre tantas detenidas (unas partían a la guillotina y otras llegaban a la prisión), nada extraño debió ser que María Aurora de Sajonia y Victoria Delaborde no se conocieran. Al menos sus recuerdos mutuos no partieron de esa época. Pero es posible que Mauricio, mi padre, se pasease por el claustro transido de frío y golpeando la suela contra el piso, esperando la hora de besar a su madre, mientras que Victoria, mi madre, vagaba por el mismo claustro. Es posible que jamás se encontraran y no es, sin embargo, imposible que se hayan mirado y saludado al pasar aunque no sea más que una vez. La muchacha no habría reparado gran cosa en un escolar y el joven, preocupado por sus pesares personales, la habría visto, pero la habría olvidado un instante después. Ni uno ni otro recordaron haberse visto anteriormente cuando se encontraron en Italia varios años después.

En este punto la existencia de mi madre desaparece completamente para mí, como había desaparecido para ella misma en sus recuerdos. Sabía solamente que había salido de la prisión como había entrado, sin comprender cómo ni por qué. La abuela Cloquart, no habiendo oído hablar de sus nietas desde hacía más de un año, las había creído muertas. Estaba muy debilitada cuando las vio aparecer de nuevo ante ella; tanto que en vez de abrazarlas se asustó y las tomó por espectros.

Vuelvo a la historia de mi padre.

Las rápidas entrevistas que servían de consuelo a la madre y al hijo fueron bruscamente interrumpidas. El gobierno revolucionario tomó una medida de rigor contra los parientes cercanos de los detenidos, expulsándoles de París y prohibiéndoles volver a la capital hasta nueva orden. Mi padre se estableció en Passy con Deschartres y allí pasó varios meses. Esta segunda separación fué más desgarradora aún que la primera. Era más absoluta. Destruía las pocas esperanzas que habían podido conservar. Mi abuela estuvo

extremadamente afligida, mas consiguió disimular ante su hijo la angustia que experimentaba al besarlo, pensando que era por última vez. Él no tuvo presentimientos tan sombríos, pero quedó deshecho. El pobre niño no había dejado nunca a su madre; no había conocido jamás y nunca había previsto el dolor. Era hermoso como una flor y casto y dulce como una joven.

Tenía dieciséis años. Su salud era aún delicada y su alma exquisita. Educado por una madre cariñosa, era un ser excepcional en la creación. No pertenecía, para así decir, a ningún sexo. Sus pensamientos eran puros como los de un ángel; no tenía esa pueril coquetería, esa curiosidad inquieta, esa personalidad sombría que atormenta frecuentemente el desarrollo de la mujer. Su madre era para él objeto de una especie de culto.

Ese amor será para él un amor turbado o distraído por otras pasiones, o en lucha con la atracción dominante del amante.

Un mundo de emociones nuevas se revelará ante sus ojos maravillados; mas si es capaz de amar ardiente y noblemente, es que habrá hecho con su madre el aprendizaje sano del amor verdadero.

Encuentro que los poetas y los novelistas no han conocido bastante este tema de observación, esa fuente de poesía que ofrece ese momento rápido y único en la vida del hombre. En nuestro triste mundo actual el adolescente no existe, o es un ser educado de una manera excepcional.

Es un colegial mal peinado, bastante mal educado, infectado de algún vicio grosero que ha destruido ya en su ser la santidad del primer ideal. O si, por milagro, el pobre niño ha escapado a este peste de las escuelas, es imposible que haya conservado la castidad de la imaginación y la santa ignorancia de su edad.

Es feo, aun cuando la naturaleza lo ha hecho hermoso; lleva un traje malo, tiene aspecto vergonzoso y no mira de frente. Devora un secreto malos libros y, sin embargo, la vista de una mujer le da miedo. Las caricias de su madre le hacen enrojecer. Parece que se reconociera indigno de ellas. Los más bellos idiomas del mundo, los más grandes poemas de la humanidad, no son para él más que un tema de cansancio y de rebeldía y de repugnancia; nutrido brutalmente y sin inteligencia con los más puros alimentos, tiene el gusto depravado y no aspira más que a lo malo. Necesitará años

para perder los frutos de esa detestable educación, para aprender su lengua olvidando el latín que sabe mal y el griego del cual no sabe nada; para formar sus gustos, para tener una idea justa de la historia, para perder ese sello de fealdad que una infancia triste y el embrutecimiento de la esclavitud han impreso en su frente, para mirar francamente y llevar alta la cabeza. Entonces únicamente amará a sus madre; pero ya las pasiones se apoderan de él, y no habrá conocido nunca ese amor angelical del cual hablaba hace poco y el que es como una pausa para el alma del hombre, en medio de un oasis encantador, entre la niñez y la pubertad.

Una educación como la que recibió mi padre no podría servir de modelo. Fue a la vez muy hermosa y muy defectuosa. Interrumpida dos veces, la primera por una enfermedad, la segunda por las emociones del terror revolucionario y por la existencia precaria y desordenada que le siguió, no fue jamás completada. Mas, tal cual fue, produjo un hombre de un candor, de una valentía y de una bondad incomparables. La vida de este hombre fue una novela de guerra y de amor, terminada a los treinta años por una catástrofe imprevista. Esta muerte prematura lo deja con su figura y espíritu de hombre joven el recuerdo de los que lo conocieron y un hombre joven, dotado de un sentimiento heroico, cuya vida toda se encierra en un período heroico de la historia, no puede ser una fisonomía sin interés y sin encanto. ¡Qué hermoso tema de novela hubiera sido para mí esta existencia, si los principales personajes no hubieran sido mi padre, mi madre y mi abuela! Yo, a pesar de creer que nada hay más serio que algunas novelas escritas con amor y religión, pienso que no hay que poner en ellas ni los seres a quienes se ama, ni aquellos a quienes se odia. No me hubiera atrevido a hacer de la vida de mis padres el tema de una ficción; más tarde se comprenderá por qué.

Creo, además, que esta existencia no hubiera sido más interesante con los adornos de la forma literaria. Relatada tal cual es, significa más y resume, a causa de algunos hechos muy simples, la historia moral de la sociedad en la cual vivió.

Capítulo V

Por fin, el 4 fructidor (agosto, 1794) la señora Dupin se reunió con su hijo. El drama terrible de la revolución desapareció, por un momento, de sus ojos.

Entregados enteramente a la dicha de encontrarse nuevamente juntos, esa tierna madre y ese excelente niño, olvidando todo lo que habían sufrido, todo lo que habían perdido, todo lo que habían visto, todo lo que podía suceder aún, consideraron ese día como el más hermoso de su vida.

En su prisa por ir a Passy a besar a su hijo, la señora Dupin, no teniendo todavía los certificados que le permitiesen pasar la barrera de París y temiendo ser delatada en la puerta Maillot, se vistió de campesina y fue a tomar un barco en el muelle de los Inválidos, para atravesar el Sena y llegar a Passy caminando… Iba tan rápidamente, que Deschartres, quien también vestía de campesino, tenía dificultad en seguirla. Durante la travesía en barco una circunstancia fútil estuvo a punto de acarrearles nuevos inconvenientes. El barco se encontró lleno de gentes del pueblo que advirtieron la blancura del cutis y de las manos de mi abuela. Un valiente voluntario de la República hizo en voz alta el comentario:

—He ahí —dijo— una damita de buen aspecto que no ha trabajado mucho con seguridad.

Deschartres le contestó con torpeza:

—¿Qué te importa?

Una mujer echó mano a un paquete azul que salía del bolsillo de Deschartres y, levantándolo, dijo: «Son aristócratas que huyen; si fuesen personas como nosotros no tendrían sellos de lacre». Otra mujer, continuando el inventario de lo que contenían los bolsillos de Deschartres, arrebató al pobre pedagogo un frasco de agua de colonia, que él había comprado para mi abuela sin que ella lo supiese… Maldijo su ocurrencia cuando se dio cuenta del peligro;

sin embargo, avanzó hacia el centro del barco, ahuecando la voz y levantando los puños en actitud de amenaza contra el que se atreviera a insultar a su *comadre*. Lo echaría al río. Los hombres se rieron de la bravuconería. El barquero le contestó que arreglarían aquel asunto al llegar al desembaracadero… Las mujeres respondieron son estentóreos «¡Bravos!»

Aunque el gobierno revolucionario aflojaba abiertamente en su sistema de represión, el pueblo no abjuraba todavía de sus «derechos» y estaba pronto a hacerse justicia por sí mismo. Entonces, mi abuela, siguiendo uno de esos impulsos que son tan poderosos en las mujeres, fue a sentarse entre dos «comadres» auténticas que la injuriaban y tomándoles las manos les espetó:

—Aristócrata o no, soy una madre separada de su hijo desde hace seis meses; que creyó que no le volvería a ver y que hoy va a besarle con riesgo de su vida. ¿Queréis perderme? Matadme a la vuelta, si queréis; pero ahora no me impidáis ver a mi hijo. Pongo mi suerte en vuestras manos.

Las buenas mujeres respondieron:

—Anda, anda, ciudadana; no te deseamos mal alguno. Tienes razón en confiar en nosotras, que también tenemos hijos y les amamos.

Aquellas mujeres impidieron que se molestara más a mi abuela y que pidieran cuentas a Deschartres por su insolencia, al desembarcar. Mi abuela las besó, llorando…

Sin otras molestias llegaron a Passy, donde Mauricio, que no les esperaba todavía, casi se murió de alegría al besar a su madre. Arregló pronto sus documentos para evitarse nuevas molestias. Aún poseo certificados de residencia y de civismo, este último basado principalmente en que sus sirvientes, con Antonio, el lacayo, a la cabeza, habían sido muy valientes, según el testimonio de la sección, durante la toma de la Bastilla.

No tardaron en trasladarse todos a Nohant. Ello fue a principios del año III de la República. Nerina, la perra, murió joven por haber tenido una existencia muy agitada, en cambio, su hijo Tristán tuvo una extraordinaria longevidad. Por rara coincidencia, su carácter tierno y melancólico respondía a su nombre; fue muy mimado y vivió casi el resto de su vida con mi padre. Recuerdo haber jugado con él en los días de mi primera infancia.

El 1 de brumario del año III, octubre de 1794, mi abuela recibió de los administradores del distrito de La Chatre una carta con este epígrafe: «Unidad, indivisibilidad de la República, libertad, igualdad, fraternidad o muerte». Y seguía el texto: «A la ciudadana Dupin: Te enviamos la copia del contrato de venta que Piaron ha consentido hacerte el 3 de agosto último (al estilo antiguo) y la relación nominal de las peticiones que te formula, etc.… Saludo y Fraternidad». Lo firmaban tres destacados burgueses que se sentían orgullosos y contentos como niños grandes al tutear a la castellana de Nohant y al tratar de Piaron a secas a su ex señor, a quien hasta poco antes habían llamado señor conde Serennes.

Mi abuela sonreía y no se sentía ofendida. Observaba que los campesinos no tuteaban a esos señores y agradecía que su carpintero la tutease con toda naturalidad. Un día, encontrándose con su hijo en casa de este carpintero, que era republicano audaz e inteligente, además de recaudador de la comunal, pasaron ante la puerta dos burgueses, que estaban ebrios y creyeron una valentía insultar a una mujer y a un niño, amenazarlos con la guillotina y darse aires de Robespierre. Mi padre, que sólo tenía dieciséis años, se echó hacia ellos, agarró la brida del caballo que uno de ellos montaba y les intimó a batirse con él. Godar, el carpintero recaudador, acudió en su ayuda armado con un gran compás. Y los provocadores no encontraron mejor salida que escapar espoleando sus caballos. En 1847 les conocí y eran ardientes conservadores y dinásticos. La cólera de aquellos burgueses tenía cierto motivo. Uno de ellos, nombrado administrador de rentas de Nohant durante la ejecución de la ley relativa a los sospechosos, había juzgado oportuno apropiarse de gran parte de esas rentas y presentar cuentas erróneas a la República y a mi abuela. Ésta pleiteó y lo obligó a restituirle sus rentas. Mas el proceso duró dos años y durante ese tiempo la señora Dupin debió verse reducida a una gran penuria. Durante más de un año se vivió con lo que rendía la huerta, unos quince francos por semana. Poco a poco los asuntos se fueron arreglando. Pero, a partir de la revolución, su renta nunca llegó a quince mil libras de utilidad. Gracias a su admirable orden y a su resignación pudo hacer frente a todo. Muchas veces le oí decir que nunca fue tan rica como cuando llegó a ser pobre.

La renta de esta tierra de Nohant —donde fui educada, donde

pasé casi toda mi vida y donde desearía morir— es poco considerable. La casa es sencilla y cómoda. Aunque ubicado en el centro del valle Negro, el lugar donde está situada no es bello. Cuenta con una amplia faja de tierra para sembrados; pero el paisaje es desnudo. Sea lo que fuere, nos gusta y la queremos. Mi abuela la amó también y mi padre buscó allí dulces horas de reposo en las agitaciones de su vida. Surcos de tierra oscura y rica, grandes nogales redondos, senderitos sombreados, matorrales silvestres; un cementerio lleno de hierbas, un pequeño campanario cubierto de tejas, un pórtico de madera sin pulir, grandes olmos y casitas de labriegos rodeadas de lindas cercas, con glorietas emparradas y verdes cañaverales. Todo es agradable a la vista y caro al corazón, en un ambiente sereno, humilde y silencioso. El castillo, por así llamarle, pues es una casa mediocre de la época de Luis XVI, está contiguo a la aldea, a orillas de la plaza campestre, sin otro ordenamiento que el que corresponde a una casa rural.

Las doscientas o trescientas chimeneas de la comunal están esparcidas por toda la campiña. Los habitantes de Nohant, todos campesinos, todos pequeños propietarios, son de carácter jocoso con una máscara de gravedad. Tienen buenas costumbres, alguna piedad sin fanatismo, gran decencia en su aspecto exterior y en sus modales; son lentos en la acción, pero constantes, y se manifiestan ordenados, limpios hasta la pulcritud, francos y naturales de espíritu. Nunca los adulé. Tampoco los humillé con lo que se llaman «obras de caridad». Les he hecho favores y me los han retribuido con arreglo a sus medios, por propia voluntad y en la medida que les dictara su bondad y su inteligencia. No son aduladores ni serviles. Cada día tienen más cimentado su orgullo y se manifiestan audaces sin llegar a abusar de la confianza que se les dispensa. Tampoco son groseros. Poseen más tacto, discreción y cortesía que muchos que pasan por gente bien educada.

Veintiocho años vivió mi abuela entre ellos y sólo tuvo motivos para felicitarse de tal circunstancia. Deschartres, con su carácter irritable y su excesivo amor propio no llevó allí una existencia tan plácida. Siempre protestaba de la astucia, la picardía y la estupidez del campesino. Mi abuela reparaba sus yerros y él, por la bondad que había en el fondo de su corazón, se hizo perdonar sus ridiculeces y sus injustos arrebatos.

Pasó mi abuela varios años, con Deschartres, dedicada a la educación de mi padre y a ordenar su situación pecuniaria. Su situación moral estaba trazada en estas reflexiones que voy a transcribir. Tenía ella la costumbre de hacer resúmenes de sus lecturas y de anotar algunas de sus impresiones. Escribió:

«Europa se permite atribuir los horrores de que Francia ha sido víctima a la perversidad innata de un gran pueblo.

»¡Dios guarde a otras naciones de conocer por experiencia la furia de que son susceptibles los hombres de un país cuando ningún lazo les retiene, cuando se ha impreso a la máquina social una sacudida tan violenta que todos pierden la noción de donde están! Todo puede cambiar si el gobierno mejora, si se tranquiliza y si renuncia a mofarse de la debilidad de los hombres. ¡Ay! Vayamos en busca de la esperanza, ya que los recuerdos nos matan. Corramos hacia el porvenir, puesto que el presente está desprovisto de consuelo. Y vosotros, los que debéis cuidar el juicio de la posteridad y lo fijáis para siempre, historiadores y cronistas, interrumpid vuestros relatos para anunciar una regeneración o un arrepentimiento. No terminéis vuestro trabajo antes de poder indicar el primer resplandor de la aurora, en la lejanía de esta espantosa noche. ¡Hablad del valor de los franceses, de su heroísmo; y echad, si es posible, un velo sobre las acciones que han mancillado su gloria y han empalidecido el brillo de sus triunfos! Los franceses están cansados de desgracias. Han sido vencidos por una fuerza sobrenatural, y después de haber experimentado el rigor de una pesada opresión, sólo desean tener una situación más feliz. Sus votos están limitados y sus derechos restringidos. Estarían contentos si pudiesen esperar el término de sus inquietudes. Una terrible tiranía les ha hecho considerar la seguridad de la vida como uno de los bienes más preciados del mundo… Se han vivido tantas penas que se ha perdido la costumbre de asociarse al interés general. Los peligros personales, cuando llegan a cierto límite, trasforman todas las relaciones y el olvido de la esperanza cambia casi por completo nuestra naturaleza. Se necesita un poco de dicha para entregarse al amor de la comunidad. Hay que tener para sí algo más de lo necesario para poder aliviar la suerte de los demás…»

Los felices de ayer, los que habían dispuesto durante largo

tiempo de la felicidad ajena, debieron hacer un gran esfuerzo para acostumbrarse a un destino precario. Los mejores, mi abuela, por ejemplo se lamentaron de no tener nada para dar, y no poder aliviar los sufrimientos ajenos.

Los franceses de los ejércitos eran amigos de todo lo que había quedado en Francia. Defendían el pueblo, la burguesía y la nobleza patriota. Heroicos mártires de la libertad, tenían la misión de defender el territorio nacional. Es indudable que el fuego sagrado no se había extinguido sobre Francia, que producía en un abrir y cerrar de ojos semejantes ejércitos.

Citaré nuevos fragmentos de la correspondencia de mi padre, en los cuales la época se muestra tal cual fue en la superficie, poco después del régimen austero de la Convención: la ligereza, la embriaguez, la temeraria indiferencia de la juventud, ávida de diversiones, de lo que estuvo tanto tiempo privada; la nobleza volviendo a París medio muerta, pero prefiriendo el espectáculo del triunfo de la burguesía a la vida austera de los castillos; el lujo explotado por los nuevos poderes como medio de reacción; el pueblo mismo dando la mano a la vuelta del pasado. Francia ofrecía el extraño espectáculo de una sociedad que quiere salir de la anarquía y que no sabe todavía si se apoyará en el pasado o si contará con el porvenir para encontrar las formas que garanticen el orden y la seguridad individual.

Desde el año 1794, mi padre había estudiado mucho con Deschartres, pero no había adelantado tanto en estudios clásicos. Únicamente sacaba provecho de las lecciones de su madre. La música, las lenguas vivas, la declamación, el dibujo y la literatura lo atraían con pasión. No gustaba de las matemáticas, ni del griego, aunque toleraba un poco más el latín. La música era su estudio preferido. Su violín fue el compañero de su vida. Tenía además una voz magnífica y cantaba admirablemente. Era todo instinto, todo corazón, todo impulso, todo valor, todo confianza; amando todo cuanto era bello y dándose todo entero sin inquietarse ni del resultado ni de las causas. Más republicano que su madre, personificó la faz caballeresca de las últimas guerras de la República y de las primeras guerras del Imperio. Pero en el 96 era tan sólo un artista. He aquí una carta que recuerda el delirio musical tan bien y tan frecuentemente pintado por Hoffmann:

«24 de julio de 1796:

»Estoy en Argenton, mi buena madre. He dejado pasar un día de correo sin escribirte porque lo pasé durmiendo imagínate que el día de mi llegada encontré a todos los músicos de Chateauroux en casa del señor de Scévole. El prior de Chantone, que es un bajo muy bueno hombre muy amable, estaba también. Después de comer, nos instalamos en número de ocho, en un pabellón que está en un extremo del jardín, donde ejecutamos sinfonías de Pleyer hasta las cinco de la mañana. Al día siguiente fuimos a casa de la señora de Ligondais. A las seis, el concierto se inició con una sinfonía en la cual yo era el primer violín, porque el señor Thibault, el virtuoso del lugar, no había llegado aún. Llegó al fin y le devolví su lugar con mucho placer, pues eso se hacía difícil y podía comprometer mi reputación. Ejecuté luego un cuarteto de Pleyel; en mi vida lo hice mejor. A cada paso era interrumpido por ruidosos aplausos. Mi triunfo fue completo. Estaba de pie ante cincuenta personas. A las diez, una vez terminado el concierto, todos los músicos cenaron en casa del señor de Scévole. A los postres, el gordo prior, animado por el excelente vino de Champagne, trajo su bajo, lo puso sobre la mesa y nos hizo jurar sobre él que no nos separaríamos hasta el día. El prior se relevaba con el bajo con un señor de Chateauroux y el señor de Scévole en el alto con uno de sus vecinos. Yo interpretaba a primera vista, como un loco; nada me detenía ya. Estaba un poco mareado; volaba entre nubes de notas sin comerme una sola. Terminamos a las cinco y luego comimos. Dormí hasta mediodía y me encuentro muy bien. Adiós, mi buena madre; me llaman para ejecutar de nuevo.

»Te quiero y te beso con toda mi alma. *Mauricio.*»

Capítulo VI

Mis amigos me dicen: ¿Por qué ha hablado tan poco del mariscal de Sajonia? ¿No es acaso la figura más notable de ese pasado que usted evoca como base de sus relato? ¿No sabe usted algún hecho particular de la vida de este héroe que haya escapado a la historia? ¿Su abuela no tenía algo que contar que pudiera aclarar el carácter particular y bastante misterioso todavía para la posteridad?

No; mi abuela no tenía más que dos años cuando lo perdió; y, en sus recuerdos vagos o en los relatos de su madre, constaba que había retrocedido en el momento de ser besada por él en medio de una cena, porque despedía un olor a manteca rancia que repugnaba. Su madre le explicó que el héroe gustaba muchísimo de la manteca rancia, y que para satisfacerlo, no se encontraba nunca una bastante nauseabunda. En cuestión de cocina, todos sus gustos estaban de acuerdo. Gustaba del pan duro y de las legumbres casi crudas. Era una suerte para este hombre que pasó en guerra las tres cuartas partes de su vida.

No teniendo nociones particulares sobre el mariscal de Sajonia, lo único que tengo para contar es lo que todo el mundo sabe: que se llamaba Arminius-Mauricio y había nacido en Dresde, en 1696; que fue criado con su hermano, príncipe electoral desde Augusto III, rey de Polonia; que a los doce años huyó de la casa de su madre, atravesó Alemania a pie, fue a reunirse con el ejército de los aliados que estaba bajo las órdenes de Eugenio de Saboya y de Marlborough y que sitiaba a Lila. Se sabe que subió varias veces la trinchera con audacia y recibió de los franceses, a quienes combatía entonces, su bautismo de fuego. A los trece años, en el sitio de Tournay, el caballo que montaba fue muerto y las balas atravesaron su sombrero. En el sitio de Mons, al año siguiente, saltó entre los primeros al arroyo llevando a un soldado a cuestas; mató de un tiro a uno de sus enemigos, que había creído poder tomarlo prisionero

con toda facilidad; y con una especie de furor se exponía tanto a todos los peligros, que fue amonestado personalmente por el príncipe Eugenio. Tal era el exceso de temeridad que había desplegado.

Se sabe que en 1711 marchó contra Carlos XII; que en 1712, a la edad de 16 años, dirigió un regimiento de caballería, que le mataron el caballo que montaba, y que llevó doce veces a la carga sus regimiento casi destruido. Casado a los 17 años con la condesa Loven, padre a los 30 años de un hijo que no vivió mucho tiempo; guerreando siempre con pasión, a veces contra Carlos XII, a quien admiraba tan ingenuamente que se expuso diez veces a ser muerto o tomado prisionero para verle de cerca; a veces contra los turcos, en calidad de voluntario y por amor al arte, no regresaba al lado de su mujer más que para sufrir justos reproches por sus infidelidades. Había declarado tener gran adversión al casamiento; pero su madre no había tenido en cuenta eso cuando lo encadenó apenas salió de la infancia. Era realmente tan niño en aquella época que, después de haberse resistido obstinadamente al deseo de su madre, se decidió repentinamente a casarse porque la joven se llamaba Victoria.

Dejó a su esposa en 1720 para trasladarse a Francia, donde el regente lo hizo mariscal de campo. Mauricio hizo romper su casamiento un año después. Su mujer lloró mucho, pero se volvió a casar casi en seguida. Todo cuanto rodeaba a este joven, las costumbres de la regencia, la facilidad de romper lazos contraídos sin creencia y sin amor, su propio nacimiento, los terribles ejemplos de corrupción de su padre y de todos los lugares donde recibió educación, fueron causas de su desorden y de su precoz desmoralización. Elegido por los courlandeses duque de Courlande y Sémigalle, amado y animado por la duquesa Ana Iwanowna, que luego fue zarina de Rusia, luchó enérgicamente para conservar su principado contra las pretensiones vecinas.

Por su propia culpa perdió la protección de la duquesa Ana. Una noche que atravesaba el patio del palacio de la duquesa llevando una mujer en sus brazos, encontró a una anciana que llevaba una linterna, la cual, al verle, de miedo, gritó. Dio Mauricio un puntapié a la linterna y resbaló y rodó por la nieve con las dos mujeres. Acudió un centinela.

El asunto fue difundido. La futura zarina no lo perdonó y se vengó más tarde, diciendo de él: «Hubiera podido ser emperador de Rusia. ¡Esa aventura le ha costado muy caro!»

Las campañas de Mauricio de Sajonia en favor de Francia son bastante conocidas como para que yo hable de ellas.

Mauricio despreciaba la política de la corte inepta y frívola, en la cual se consideraba la guerra como una diversión, como una ocasión de destacarse, sin ninguna preocupación por la sangre de los soldados y por el honor del país. Cada oficial joven no piensa más que en su gloria particular, si gloria se puede llamar la vanidad culpable de salvar su regimiento y uno mismo, no solamente sin utilidad, sino a costa del perjuicio o del peligro de la campaña. Mauricio había hecho esas locuras a los quince años. Había escuchado a Eugenio cuando éste le decía: «Acostúmbrese a no confundir la temeridad con el valor», y siendo aún muy joven, había reflexionado acerca de esta amonestación; su madurez espiritual fue precoz y nadie fue más avaro que él de la sangre de los hombres a quienes dirigía. Además de ser realmente muy humano, ponía su gloria y su ciencia en prevenir los males de la guerra e impedir esos hechos sensacionales de que quería servirse la nobleza, ávida de retornar a su placeres, para obtener honores y ascensos.

Dije que el mariscal de Sajonia no tenía nada de cortesano. Hijo de rey, aspirando sin cesar a ser rey él mismo, tenía un gran orgullo. Y sin embargo no era más que un aventurero audaz, que hubiera debido contentarse con su gran título de general.

Sus obras militares (*Reveries,* notas, etc., publicadas en 1757) son muy interesantes para estudiarlas. Hubiera querido dar al soldado un equipo más sano y más cómodo; que la caballería volviera a tomar la armadura defensiva y la lanza, que la infantería adoptara el paso de los prusianos; decidir los encuentros con la bayoneta y no por el fuego; establecer una escuela de estado mayor; llegar a los grados superiores por méritos y no por antigüedad; máquinas dispuestas a formar parapetos bajo el agua, a la entrada de los puertos, para detener los barcos; crear una infantería ligera. Muy preocupado de proteger la vida y la salud del soldado, añoraba las antiguas armas defensivas. Sus vicios se mezclaban con sentimientos de humanidad. Trataba de hacer desaparecer la cruel costumbre de quemar los alrededores de las ciudades amenazadas.

Encadenaba a los espías en lugar de ahorcarlos. Algunas veces filosofa: «¿Qué espectáculo nos presentan hoy las naciones? Algunos hombres ricos, ociosos y voluptuosos labran su dicha a expensas de una multitud…, la cual subsiste únicamente mientras está al servicio de aquéllos. Este conjunto de hombres opresores y oprimidos forma lo que se llama la sociedad; y esta sociedad reúne todo lo que tiene de más vil y de más despreciable, y con eso forma su ejército. Con semejantes costumbres y con semejantes brazos los romanos nos conquistaron el universo». Mauricio quisiera que todo francés fuese soldado durante 5 años, sin excepción…

Las faltas de este héroe fueron las de su época y fruto de su educación. Íntimamente su alma era noble y hermosa, y su carácter bueno y generoso. En otro ambiente, y sostenido por otros consejos, otros principios y otros ejemplos, este Ajax homérico hubiera conquistado su gloria militar sin ninguna de las manchas acarreadas por su vida privada. «Fue vicioso, dice un historiador de su vida, porque las mujeres pusieron en ello muy buena voluntad y le ayudaron a serlo todo lo que pudieron.»

Mauricio amaba realmente a sus soldados y muy poco a las personas del ejército de la corte. Testimonio de esto es su contestación a un teniente general, quien, al proponerle el ataque de una plaza, agregaba: —Os exponéis a perder cuando más una docena de soldados.

—De acuerdo estaría —respondió el mariscal—, si fuera una docena de tenientes generales. Y volvió la espalda.

Esperó la muerte sin temor, diciendo a su médico:

—La vida es un sueño; el mío ha sido corto, pero muy hermoso.

Era, en fin, un espíritu muy exaltado y cuya excusa está en esa misma exaltación. Sus obras fueron inferiores a la actividad que había en él. Tenía necesidad de llegar a ser soberano, y como en esa época por derecho no podía serlo, sus amigos tuvieron que defenderse a menudo contra la locura que sus contemporáneos le atribuían. Si hubiese nacido cincuenta años más tarde, hubiera tal vez buscado y realizado, en alguna parte, su sueño de realeza, a no ser que Francia hubiera ahogado su ambición en el cadalso. El destino de Napoleón es como una realización superada de los ardientes sueños de Mauricio. Se sabe que el impetuoso sajón soñó con ser rey de Tabago, luego de Córcega y por último de los judíos.

Era un reformador sin luces suficientes. Hubiera pedido consejo y se hubiera iluminado; y, así como Adrienne Lecouvreur lo había iniciado en el arte del amor, algún espíritu justo y sabio hubiera podido iniciarlo en las verdaderas ideas.

Capítulo VII

Continuaré la historia de mi padre, puesto que es, sin juego de palabras, el verdadero autor de la historia de mi vida. Ese padre, a quien conocí apenas, y que ha quedado en mi memoria como una brillante aparición, ese joven artista y guerrero, ha quedado enteramente vivo en mi alma y en mi fisonomía. Mi ser es un reflejo del suyo. Si hubiese sido varón y hubiera vivido veinticinco años antes, estoy segura que hubiese obrado y sentido en todo como mi padre.

¿Cuáles eran en el año 97 y en el 98 los proyectos de mi abuela para el porvenir de su hijo?

Creo que no tenía nada pensado. Otro tanto ocurría para todos los jóvenes de su misma clase social. Mi padre podía optar únicamente entre el ejército y su hogar. Su elección no hubiera sido dudosa; mas desde el año 93 mi abuela había reaccionado, es concebible, contra los actos y los personajes de la revolución. Sin embargo, su fe en las ideas filosóficas que había producido la revolución no había sido alterada. En el año 97 escribía mi abuela al señor Heckel una hermosa carta. Hela aquí:

«Detesta usted a Voltaire y a los filósofos, porque cree que son los causantes de los males que soportarnos. Pero, ¿acaso todas las revoluciones que han desolado al mundo han sido originadas por ideas audaces? La ambición, la venganza, el ansia de conquistas, el dogma de la intolerancia, han derribado los imperios más a menudo que el amor por la libertad y el culto de la razón. Bajo el reinado de Enrique IV la fermentación de nuestra revolución no hubiera acarreado los excesos y los delirios que hemos visto, y de los cuales culpo sobre todo a la debilidad, a la incapacidad y a la falta de conducta a Luis XVI. Este rey piadoso ofreció a Dios sus sufrimientos; y su estrecha resignación no salvó ni a sus partidarios, ni a Francia, ni a él mismo. Federico y Catalina mantuvieron su

poder, y usted los admira. No atribuyamos, pues, a las nuevas ideas las desgracias de nuestros tiempos y la caída de la monarquía en Francia. No confundamos la irreligión con la filosofía. Se aprovechó el ateísmo para evitar el furor del pueblo, como en tiempos de la Liga se le hacían cometer los mismos horrores para defender el dogma. Todo sirve de pretexto para el desencadenamiento de las malas pasiones. La noche de San Bartolomé se parece bastante a las matanzas de septiembre. Los filósofos son inocentes de uno y otro crimen contra la humanidad.»

Mi padre había soñado siempre en ser militar. Se le vio, durante sus estudios, estudiar la batalla de Malplaquet en su cuartito de Passy, en la soledad de sus días, tan largos y tan bochornosos para un joven de 16 años; mas su madre hubiera querido, para secundar sus inclinaciones, el retorno de una monarquía o el apaciguamiento de una república moderada. Cuando lo veía en oposición a sus deseos, hablaba de ser artista, de componer música, de hacer representar óperas o ejecutar sinfonías. Se encontrará este deseo acompañando a su entusiasmo por la carrera militar, del mismo modo que su violín fue a menudo a las campañas junto con su sable.

En 1798 se presenta en la historia de mi padre una circunstancia fútil en apariencia, importante en realidad.

Se había relacionado con la sociedad de La Chatre. Ciudad antigua, La Chatre está situada en un valle fértil y delicioso. Por el camino de Chateauroux, en cuanto se deja tras sí una choza con nombre romántico (la casa del diablo), se baja por un largo sendero bordeado de árboles con un río limitado a derecha e izquierda por viñas y praderas, y de allí se divisa de un golpe de vista la pequeña ciudad, sombreada por el verdor de los árboles, dominada de un lado por una vieja torre cuadrada, la cual fue el castillo señorial de los Lombaud, transformado hoy en prisión; del otro lado, por un pesado y brillante campanario, cuya base sirve de pórtico a una iglesia de arquitectura antigua y maciza.

Se entra a la ciudad por el antiguo puente sobre el Indre, donde un rústico conjunto de casas viejas y de sauces añosos ofrecen un espectáculo pintoresco.

En 1798, mi padre, en unión con unos treinta jóvenes de ambos sexos y de su misma edad, representaba obras. La obra que tuvo

más éxito, y que hizo brillar en mi padre un talento de comediante espontáneo, fue un drama detestable de gran moda entonces, cuya lectura me ha impresionado mucho, como un ejemplo de color histórico: *Roberto, jefe de los bandidos.*

Ese drama no es más que una miserable imitación de *Los bandidos,* de Schiller. Fue representado en París por primera vez en 1792. Da a conocer el sistema jacobino en su esencia; Roberto es el jefe ideal de la Montaña. Es un monumento muy curioso del espíritu de la época. *Los bandidos,* de Schiller, son y significan otra cosa. Es una obra noble y grande, llena de defectos exuberantes como la juventud (pues es la obra de un joven de 21 años, como todos saben). Permitidme recordar su asunto. Un anciano débil y bondadoso, tiene dos hijos, naturalezas enérgicas y terribles. Carlos, el último de estos hijos del conde Moor, es un león generoso y valiente. Francisco, el más joven, es un lobo cobarde y pérfido.

El primero tiene el poder del bien; el segundo el del mal. Los dos tienen talento y se disputan la ternura de un padre, que debe ser la víctima de esta lucha desnaturalizada.

Carlos, librado a los desvarios de la juventud, calumniado por su hermano, quiere abandonar a sus amigos, los estudiantes que lo arrastran al desorden, para regresar al lado del padre, a quien ama y respeta en el fondo de su alma. Le escribe para pedirle perdón por sus errores y expresarle un sincero arrepentimiento. Espera su respuesta con impaciencia. Llega la respuesta del viejo Moor por intermedio de Francisco. Rehusa el perdón; es la maldición paterna. Francisco interceptó las cartas de Carlos. Fraguó otras en las cuales aquél aparecía como un bandido incorregible.

Carlos, exasperado, se entrega a las furias, el amor se trueca en odio. Maldice a Dios y a la humanidad. Se transforma en el enemigo implacable de la sociedad que lo rechaza y lo condena. Sus compañeros, colmados de deudas y rechazados como él del mundo oficial, se agrupan a su alrededor y pronuncian espantosos juramentos.

Uno de ellos, cínico y taimado, opina que deben ser bandoleros. Carlos se apodera violentamente de esta idea. Piensa crear un poder terrible para castigar a los malos y vengar a sus víctimas. Resucitará los decretos sanguinarios del tribunal secreto de la vieja Germania. Acepta ser el jefe de la empresa. Esta resolución se explica por la

situación violenta en la que se encuentran los espíritus excitados de estos jóvenes.

Carlos Moor quiere castigar a la sociedad culpable; mas, al colocarse fuera de ella, se ha arrojado fuera de la humanidad, y no puede realizar sus actos de justicia más que con la ayuda de la violencia y de la muerte. El fin justifica los medios, es la moral de los jesuitas, es también la moral del terror, como la veremos proclamada más ingenuamente en el drama francés de 1792, *Roberto, jefe de los bandidos,* imitación de *Los bandidos,* de Schiller.

Carlos Moor se da cuenta a cada paso de su fatal error. No le es posible moralizar a sus bandoleros filósofos y hacerlos dignos de la causa. Para castigar a un culpable, sacrifica 100 víctimas inocentes; para apuñalar un corazón impuro, es necesario caminar sobre cadáveres de mujeres y de niños. Las ciegas pasiones de esos hombres no pueden satisfacerse más que con la muerte y el pillaje. Uno de ellos, encontrando a Carlos Moor demasiado escrupuloso, amenaza sus días. Por otro lado, la sociedad oficial, con sus infamias y sus maldades, hace desbordar la indignación de Carlos. Su hermano, Francisco Moor, personifica el mal que corroe y destruye a esta sociedad corrompida y atea. Francisco no cree en nada. Carlos creyó en el bien, y creería todavía en él si viera reinar aquí la justicia de Dios. Protesta contra el poder de Satán, reprocha al Todopoderoso el ser demasiado indiferente para los males de la tierra, y se constituye en dispensador de la justicia. Francisco no cree en Dios ni en el diablo. Nada está bien, nada está mal para él; ahoga el débil grito de su conciencia, se burla de las creencias del género humano. Es casi más fuerte en su perversidad que Carlos en su extravío. Asesina a su padre, aplasta y tortura a sus vasallos, roba la herencia paterna, no retrocede ante ninguna traición, ante ninguna crueldad; cuando la muerte se acerca es asaltado por visiones supersticiosas y por cobardes temores; mas no por eso se convierte. Escapa de sus enemigos por el suicidio. Es la sociedad pervertida y maldita que se precipita al abismo y muere entre sus propias manos.

Carlos Moor, en presencia de tanta perversidad, detesta el mal con una rabia creciente, y sus amigos le espantan tanto como sus enemigos. Se enloquece, mata a su amante, abandona a sus cómplices, se entrega al verdugo y maldice y repudia su obra.

Todo eso encierra una gran enseñanza; es que la sociedad está perdida y que no corresponde a la desesperación hacerla revivir; para purificarla se necesita otra cosa en lugar de la espada y de la antorcha; es, en una palabra, *que el fin no justifica los medios;* y que una obra de vida no puede salir de las manos del verdugo, aunque su lucha esté bendecida por la inquisición o por Calvino, por Richelieu o por Marat, por el poder sin creencia o por la revuelta sin entrañas.

Diez años después qué este drama de Schiller hubo conmovido a Alemania y hecho presentir una tremenda sacudida de la vieja sociedad, Francia pronunciaba la decadencia de su gobierno y enviaba a sus reyes al cadalso. Luis XVI y su esposa alemana esperaban su sentencia en la prisión del Temple. Los espectáculos no habían sido suprimidos. La vida del pueblo, lejos de estar interrumpida por las emociones de ese drama demasiado real, buscaba todavía en las ficciones escénicas alimentos para su furor. Un señor Lamartelliere compuso una versión de *Los bandidos,* de Schiller, para continuar reavivando las pasiones de la multitud. Pero al resumir ese drama y al acomodarlo a los usos y costumbres de la escena francesa, cambió involuntariamente su espíritu y su conclusión: es decir, que de una obra de escepticismo y de dolor, hizo, sin molestarse, una obra de fe y de triunfo. No fue el grito de agonía de Alemania expirante; fue el canto de guerra de Francia renovada. Los estudiantes exaltados de Germania se transformaron en los filósofos de los clubes parisienses. De esta amalgama (más verosímil en el fondo de lo que se cree) resultó un drama extravagante, a veces sublime y a veces ridículo, jamás odioso; y esto es lo agradable del asunto.

En efecto, los jacobinos bandidos de *Roberto* no hacen presentir en la escena los desvarios y los crímenes que produjo su sistema. Roberto es un Carlos Moor aparente. Está limpio de todo delito, y si reina por el terror, es porque le gusta hacerse temer. Mientras que en Schiller los bandoleros arrojan a las llamas a una criatura *que tenía frío,* los bandoleros de Roberto se queman la barba para rescatar a ese niño del fuego, y le buscan un ama sana y limpia. Otorgan pensiones a la vejez, y por un poco más ofrecerían la mano a las señoras para ayudarlas a descender de los coches, entretanto se hace justicia con sus maridos o sus padres. En una palabra, no se

castiga más que a los criminales, a los malvados que el mundo oficial ha olvidado de juzgar y de mandar a la horca; se protege a la viuda y al huérfano, se lucha contra los partidarios del despotismo; pero esa lucha se realiza con admirable lealtad; jamás el inocente paga por el culpable; cada bala llega a quien está dirigida y se han vaciado los bolsillos de los usureros y de los avaros para llenar las manos de los pobres.

Nuestros padres representaban *Roberto, jefe de los bandidos* en 1798. El terror había pasado, la nube había reventado sobre sus propias cabezas; de él habían salido castigos espantosos. Los bandidos de Roberto en vano habían intentado depurar la humanidad. Ésa se despertaba en medio de ruinas humeantes, secaba apresuradamente la sangre que acababa de verter. El mundo no se había renovado, pues el enemigo estaba a nuestras puertas y llamábamos a un dictador para salvarnos. Los hombres que habían sobrepasado los rigores de Robespierre, habían asesinado a Robespierre y trataban en vano de hacer mérito de ello con respecto a la nación que los despreciaba. La conciencia de nuestros padres les gritaba la fórmula implícitamente proclamada por Schiller: no, *el fin no justificará jamás los medios.* Estaban contentos, reían. Nuestros jóvenes padres tenían prisa por vivir y olvidar sus sufrimientos; jugaban con los restos de ese pensamiento terrible, se vestían de bandidos, se apasionaban por el papel de reformadores; decían todavía con énfasis: *los tiranos no tienen amigos, su muerte es un beneficio para los que dependen de ellos; los cortesanos son cobardes,* etc., etc., y la tiranía del genio se acercaba. Los partidarios de Napoleón perecerían a millares por su gloria, y el reinado de los cortesanos iba a florecer más brillante y más insolente que bajo la antigua monarquía.

Mi padre se ciñó con alegría el cinturón del jefe de los bandidos, sus jóvenes amigos (varios habían servido ya a la República como voluntarios), y todos juntos, olvidándose de que representaban una obra jacobina, soñaron con combates prodigiosos. Esos bandidos no eran futuros descamisados, eran mariscales de Francia en formación; Roberto iba a llamarse más tarde Bonaparte.

Esas representaciones teatrales llenaron los ocios de la sociedad de La Chatre durante algunos meses, y entusiasmaron la imaginación de mi padre más de lo que su madre podía prever.

Pronto no le sería suficiente la acción escénica; iba a cambiar su sable de madera dorada por un sable de húsar.

Mi padre, jefe de bandidos en el tablado de un teatro, dirigía a húngaros y a croatas prisioneros. Dos años más tarde, él era tomado prisionero por los croatas y los húngaros, quienes no le hicieron representar obras y, en cambio, lo trataron con rudeza. La vida es una novela que cada uno de nosotros lleva en sí. Mas en medio de las irresoluciones de mi abuela por la carrera de su hijo, llegó la famosa ley del 2 vendimiario, año VII (23 de septiembre de 1798), propuesta por Jourdan, y la cual declaraba a todo francés, soldado por derecho y por deber durante una época determinada de su vida. La guerra, adormecida un tiempo, amenazaba estallar de nuevo por todas partes. Prusia dudaba en su neutralidad. Rusia y Austria se armaban con entusiasmo. Nápoles enrolaba a toda su población. El ejército francés estaba diezmado por los combates, las enfermedades y las deserciones. Imaginada y adoptada la ley de la conscripción, el Directorio la puso en ejecución, en el acto, ordenando un enrolamiento de doscientos mil conscriptos. Mi padre tenía 20 años. Desde hacía tiempo, su corazón brincaba de impaciencia; le pesaba la inacción, el joven se agitaba y formulaba votos para que un gobierno *estable,* como decía su madre, le permitiera entrar en el ejército. Poco le importaba a él la estabilidad de las cosas. Cuando las requisas obligatorias le llevaban su único caballo, decía con impaciencia: «Si yo fuera militar, tendría el derecho de ser jinete y me apoderaría de caballos enemigos para Francia, en lugar de verme a pie, como un ser inútil y débil». Sea por instinto aventurero, sea por despreocupación de temperamento, sea más bien, como sus cartas lo demuestran en todo momento, por el buen sentido de un espíritu claro y sereno, jamás echó de menos el antiguo régimen y la opulencia de sus primeros años. La gloria era para él una palabra vaga, misteriosa, que le impedía dormir. Cuando su madre pretendía probarle que no hay gloria verdadera en servir a una *causa mala,* no se atrevía a discutir, pero suspiraba profundamente y se decía por lo bajo que toda causa es buena cuando hay que defender a la patria y repeler el yugo extranjero. Probablemente, mi abuela pensaba del mismo modo, pues admiraba los grandes hechos de armas del ejército republicano y conocía a fondo Jemmapes y Valmy tanto como

Fontenoy y el antiguo Fleurus; pero no podía conciliar su lógica con el espanto de perder a su único hijo. Hubiera deseado verlo al frente de un regimiento, a condición de que nunca hubiese guerra. Al pensar en una batalla se sentía morir. No he visto jamás una mujer tan valiente para ella misma, tan débil para los demás; tan serena en los peligros personales, tan pusilánime para los peligros de aquellos a quienes amaba. Cuando yo era niña, me predicaba tan bien el estoicismo, que hubiera tenido vergüenza de gritar delante de ella cuando me lastimaba. Mas si ella asistía como testigo a un hecho de esa clase, la pobre mujer se asustaba muchísimo. Toda su vida se desarrolló en esta enternecedora contradicción; y como todo lo que es bueno produce algo bueno, como todo lo que viene del corazón obra siempre sobre el corazón, su tierna debilidad no producía sobre su hijo un efecto contrario al que tendían sus enseñanzas. Mi madre era todo lo contrario. Fuerte para ella y para los demás poseía la inestimable sangre fría y la admirable serenidad de espíritu necesarias para socorrer e inspirar confianza.

Mi padre había sido llamado a París en los últimos días del año sexto para arreglar algunos asuntos de intereses, y en los primeros días del año siete, esa terrible ley de la conscripción vino a conmoverlo como una descarga eléctrica y decidió su vida.

Él mismo lo testimonia en las cartas de su madre, de las cuales reproduzco interesantes pasajes.

«En los últimos días del año seis (1798), París.

»A la ciudadana Dupin, en Nohant.

»Por fin recibí una carta tuya, mi buena madre. Ha tardado 8 días para recorrer el camino. No es muy expeditivo. Estoy bastante tranquilo acerca de los asuntos de familia que tenemos en trámite. En cuanto a los acontecimientos, tus inquietudes me apenan; mi pobre mamá, debes ser valiente, te lo ruego. Es imposible bajo ningún pretexto, exceptuarse de la última ley, y ella me concierne especialmente. Se debe servir a la patria, y no hay ningún medio de no ser soldado. Ya no se empieza siendo oficial, se termina en eso si se puede. Beaumont me ha presentado al valiente señor de la Tour d'Auvergne,
quien, por su intrepidez, su talento y su modestia, es digno de ser el

Turena de esta época. Después de haberme examinado algún tiempo con mucha atención, me dijo:

»—*¿Es que el nieto del mariscal de Sajonia tendría miedo de actuar en campaña?*

»Esas palabras no me hicieron palidecer, ni enrojecer; y le contesté, mirándole bien de frente:

»—No, de ningún modo; pero he realizado algunos estudios, puedo adquirir cierto saber y creo servir mejor a mi país desde un grado o en el estado mayor, que en las ciegas filas del simple soldado.

»—Bien —dijo—, es cierto; hay que llegar a un puesto honorable. Sin embargo, se debe empezar por ser soldado, y he aquí lo que imagino para que seáis el menos tiempo posible y con más comodidad. Tengo un íntimo amigo, coronel del décimo regimiento de cazadores de caballo. Debéis entrar en su regimiento. Estará encantado de teneros con él. Es un hombre de una cuna *antiguamente ilustre.* Os colmará de amistad. Quedaréis como simple cazador el tiempo necesario para perfeccionaros en la equitación. Ese coronel está en la lista de los que serán ascendidos a general. Si eso se realiza, con mi recomendación os colocará cerca de él; en caso contrario, habréis estado cerca de un genio. Mas no debéis aspirar a ningún grado sin llenar previamente las condiciones prescritas; eso está en el reglamento. Debemos saber unir la gloria con el deber, el placer de servir a la patria con brillo con las leyes de la justicia y de la razón…

»Y bien mamá, ¿qué dices de esto? ¿No es hermoso ser un hombre, un valiente como la Tour
d'Auvergne?
¿No es necesario merecer ese honor por algunos sacrificios, o quisieras que se dijera que tu hijo, el nieto de tu padre Mauricio de Sajonia, tuvo miedo de realizar una campaña? ¿Es preferible un eterno y vergonzoso reposo antes que recorrer el sendero penoso del deber? Y luego, no es eso solamente, piensa mamá, que tengo veinte años, que estamos arruinados, que tengo un largo camino para recorrer, tú también, ¡gracias a Dios!, y que puedo, si llego a ser algo, devolverte un poco de la comodidad que has perdido. Ése es mi deber, ésa es mi ambición. Es evidente que un hombre que no espera que se le inscriba en un registro como una mercadería, y se

presenta voluntariamente para correr en defensa de su país, tiene más derecho a la benevolencia y al ascenso que aquél a quien se le arrastra por la fuerza. ¿Este modo de proceder no contará con la aprobación de las personas de nuestra clase? Pues estarán muy equivocadas y yo disentiré con su desaprobación. Dejémoslas que hablen; habrían procedido mucho mejor si me imitaran.

»Aquí no se cree mucho en la paz, y Beaumont me aconseja que no piense en ella. El señor de la Tour d'Auvergne me ha tomado ya simpatía; dijo a Veaumont que gustaba de mi aire sereno, y que del modo como yo le había contestado se dio cuenta de que yo era un hombre. ¿Qué dices a esto, mi buena madre? Nuestra fortuna está deshecha: ¿es necesario dejarse abatir por eso? ¿No es más hermoso levantarse sobre sus propios reveses que caer por culpa de uno, de la altura donde el azar no había colocado? Los principios de esta carrera pueden parecer desagradables únicamente a un espíritu vulgar; mas tú no te avergonzarás de ser la madre de un valiente soldado. Los ejércitos están muy bien disciplinados ahora. Los oficiales son personas de mérito, no tengas miedo. No se trata de batirme en seguida, sino de pasar algún tiempo aprendiendo. No haré un aprendizaje que comprometa mis huesos ni que haga reír a los asistentes.

»Adiós, mamá; hazme saber tu opinión sobre todas mis reflexiones, y piensa que de la pena de nuestra separación puede resultar un gran bien para nosotros dos. Adiós, otra vez, mi buena madre; te beso con toda mi alma.»

La vida de los grandes hombres modestos está inédita en gran parte. ¡Cuántos hechos admirables han tenido como testigos únicamente a Dios y la conciencia! La carta que acabo de transcribir ofrece uno que me conmueve profundamente. Me refiero a la Tour d'Auvergne, el primer granadero de Francia, héroe que poco tiempo después partió como simple soldado, aunque por sus cabellos blancos no tenía por qué sujetarse a la ley. Tenía un viejo amigo octogenario, que era sostenido por el trabajo de su nieto. La nueva ley de la conscripción obliga al joven a enrolarse; no hay ningún medio de exceptuarse. La Tour d'Auvergne

obtiene como un favor especial del gobierno, en recompensa de una vida gloriosa, partir él como simple soldado, para reemplazar al hijo de su amigo. Se va, se cubre de nueva gloria y muere en el campo del honor sin haber querido aceptar jamás ninguna, recompensa, ninguna dignidad. He ahí ese hombre, con 55 años, en lugar de un pobre joven y en presencia de otro joven, el cual duda ante la necesidad de hacerse soldado; joven niño mimado, que una madre temerosa quisiera substraer a los rigores de la disciplina y a los peligros de la guerra. Mas éste, la Tour
d'Auvergne,
parece ignorar la sublimidad de sus propio papel y no exige de nadie el mismo grado de virtud del cual él es capaz.

Es seguro que la entrevista de mi padre con este hombre que había dirigido la *columna infernal,* le hizo una impresión muy profunda. Desde ese día su actitud cambió, y encontró cierto arte para engañar a su madre sobre los peligros a los cuales se iba a ver expuesto en su nueva existencia. En cuanto a ella, nunca se resignó a las contingencias de la guerra. Testimonio de esto es lo que escribe en una carta dirigida a su hermano, el abate de Beaumont: «Detesto la gloria, quisiera reducir a cenizas todos esos laureles entre los cuales temo ver algún día la sangre de mi hijo. El gusta de lo que a mí me atormenta, y sé que en vez de tomar precauciones está siempre y hasta sin necesidad en los lugares de más peligro. Se ha mareado de ese modo desde el día en que vió por primera vez al señor de la Tour
d'Auvergne;
¡ese maldito héroe lo ha trastornado!»

Vuelvo a transcribir otras cartas. Me doy cuenta que al publicarlas arranco a veces del olvido algún detalle que honra a la humanidad.

Capítulo VIII

París, 6 vendimiario, año 7 (Septiembre, 1798).

«Te escribo, mi buena madre, de la casa de nuestro *Navarrais.* La ley de la conscripción proclamada esta mañana que ordena presentarse al batallón correspondiente dentro de los 26 días, me impide esperar tu respuesta. No te inquietes, mi buena madre. Me quedaré en Bruselas y no frente al fuego del enemigo. Probablemente tendré pronto una licencia y entonces podré verte. Voy a endosar mi dormán verde, usaré un gran sable y me dejaré crecer el bigote. Ya eres madre de un defensor de la patria y tendrás derecho a una recompensa. No me preocupa salir como simple soldado. Adiós, mi buena madre, no te aflijas, te lo suplico. Te beso con toda mi alma.»

«París, 7 vendimario (Septiembre, 1798).

»No me explico, mi buena madre, por qué no has recibido antes mis cartas. Te he escrito e todos los correos con la mayor exactitud. Esperaba todos los días tu respuesta sobre mi nuevo estado, pero aún no ha llegado. Se publica en todas las calles la conscripción y el llamamiento a los jóvenes. Este llamamiento consiste en encerrarles en prisión y obligarles a reunirse con su batallón. No te asustes por eso. Yo soy un voluntario. Tengo un gran sable, la gorra colorada y el dormán verde. En cuanto a mis bigotes, no están tan largos como yo quisiera: ya crecerán. *Se tiembla al verme.* Eso es lo que yo espero. No te aflijas, mi buena madre. Si quieres iré a verte a Nohant, antes de partir para mi destino. Mi capitán me lo ha ofrecido. Es un hombre muy galante, frío como una cuerda de pozo, pero que sabe proceder bien. Estoy seguro de ascender pronto. Siempre aspiré a ser militar; de cualquier modo hubiera tenido que separarme de ti. Es necesario, tú lo sabes, abrazar alguna carrera.

Con voluntad y valor puedo tener éxito con ésta. Soy soldado; pero, ¿acaso el mariscal de Sajonia no sirvió voluntariamente en este grado durante dos años? Tú misma reconocías que estaba en edad de buscarme una posición. Yo dudaba en la elección, porque tú temías demasiado a la guerra, mas en el fondo deseaba estar obligado por las circunstancias a seguir mis inclinaciones. El hecho se ha consumado. Sería muy feliz sin el dolor de dejarte y sin tus inquietudes, que me desgarran; te aseguro, mi buena madre, que adonde yo voy no se combate, y que a menudo tendré licencia para ir a visitarte. Tu cazador te besa con toda su alma. En el regimiento hay una vacante de trompeta, propónsela al buen Deschartres. Un beso para mi criada. Adiós, adiós, te amo.»

«París, 11 vendimiario (Septiembre, 1798).

»Recibí a la vez tus dos cartas, mi buena madre. No te preocupes por mi suerte. Ya soy soldado de la República. Tengo muy buenas recomendaciones. Y pese a lo que tú piensas sobre mis deseos de guerrear, estoy condenado a 6 meses de guarnición. Puedes dormir, pues, tranquilamente, durante 6 meses, y eso es mucho. Debo estar en Bruselas el 19 del corriente. Viajaré en la diligencia y llegaré allá como un príncipe. El gobierno nos da de 9 a 10 libras para ir de París a Bruselas. Es lo suficiente para viajar magníficamente. Según tus deseos, fui a ver al señor Fournier, quien me adelantará 6 luises. Me ha ofrecido más, por si los necesito. No hay nadie más honrado y servicial que él. Adiós, mi buena madre; te beso con toda mi alma. No dejes de saludar al vendimiador Deschartres, digno émulo de Baco y de Noé.

Un beso para la criada.»

«París, 13 vendimiarlo (Octubre, 1798).

»Te escribo en circunstancias de salir para la casa del general Beurnonville; es un amigo del señor Perrin, amigo íntimo del general, quien me presenta. Beurnonville es general en el ejército de Inglaterra al cual yo pertenezco, y por su intermedio espero obtener pronto un ascenso. Sería bueno que tú lo escribieras. Le dirás que si no me enviaste antes para la defensa de la patria, fue porque las

leyes se oponían, puesto que me habían incluido en la clase de los nobles; que finalmente el decreto de la conscripción me permite partir y que tú le pides su apoyo para mí. En todo esto nada más que la mitad es mentira; tu deseo de enviarme a la guerra. En fin, te desenvolverás muy bien, estoy seguro. Acá se habla nuevamente de la paz. Toda mi actividad consistirá en paseos. Ayer fui al Zoológico y vi los elefantes, los leones y toda su sociedad feroz. Hay un perro del tamaño de Tristán encerrado con la leona. La muerde como Tristán lo hace con la *Belle* y la hace rugir. Sin embargo, esta buena bestia lo toma con sus garras y se lo mete entre sus fauces sin hacerle ningún mal. Lo quiere con locura. ¡Qué ejemplo de generosidad para los hombres! Luego te diré cómo me fue.»

«16 vendimiarlo (Octubre, 1798).

»Estuve en casa de Beurnonville; me recibió muy bien. Como tantas otras personas, la señora de Beranger le había hablado de mí y no tuve necesidad de nombrarme. Me dará una recomendación para el general en jefe del ejército de Mayence, pues me equivoqué al decirte que formaba parte del ejército de Inglaterra. Adiós, mi buena madre; voy a la casa de un capitán para hacerme prolongar el permiso.»

«17 vendimiario, año 7 (Octubre, 1798).

»Beurnonville me dio dos cartas de recomendación. Una para el jefe de la brigada, comandante del 10.º regimiento, del cual formo parte; otra para el general
d'Harville,
inspector general de la caballería del ejército de Mayence. Me presenta a ellos como el nieto del Mariscal de Sajonia, *el modelo de todos nosotros;* pide para mí un puesto de ordenanza y luego el que ellos crean que merezco. Ya ves que mis asuntos andan bien y con semejantes recomendaciones no me pudriré en los cuarteles. No te inquietes, mi buena madre. Pronto oirás hablar bien de mí. Voy a la casa de Murinais, quien me ha prometido enseñarme a levantar planos en menos de ocho días. Eso me podrá ser útil allí y en mi carrera. Adiós, te beso con toda mi alma.»

«19 vendimiario, año 7 (Octubre, 1798).

»Por intermedio del capitán Cousseau, hoy haré visar mis documentos para llegar a Bruselas aproximadamente el 30 del corriente. Si quisiera, podría conseguir con mucha suerte reclutas para mi regimiento; pues en los paseos, en el teatro, en las calles, a cada rato se acercan a mí jóvenes y me preguntan el nombre de mi regimiento y qué se debe hacer para entrar en él. Mi uniforme es muy bonito. Consiste en un dormán verde galeado; los puños y el cuello son rojos, el kepí es negro y colorado como el penacho. Compré un hermoso sable de húsar por 33 libras. Esta noche comeré en casa de la señora de Nanteuil, e iré de uniforme; quiere hacerme conocer a un joven que desea entrar en mi regimiento. Saldríamos juntos a Bruselas.»

«20 vendimario, año 7 (octubre, 1798).

»Viajaré indefectiblemente el día 27. En casa de la señora de Ferrières me encontré con las señoritas de Fargés. El señor duque y otras personas me darán cartas de recomendación para Bruselas, pues sin otro pasaporte que mi uniforme no sería recibido en ninguna parte. Yo mismo llevaré tus cartas a Beurnonville y a mi capitán, con quien debo levantar planos estos días; porque ahora, gracias a Murinais, sé hacerlo como si no hubiera hecho otra cosa durante toda mi vida. Envíame, mi buena madre, el estuche de matemáticas, mi violín y el grafómetro. Me dices que no quieres que se sepa en Berry en calidad de qué figuro en el ejército; pero, mi buena madre es necesario que se sepa. Primeramente, ¿cuáles son los imbéciles que encontrarían mal que tu hijo sea soldado de la República? Además, para que no te molesten durante mi ausencia, es necesario que envíe a la Municipalidad un testimonio de mi actividad en el ejército, sin el cual seré considerado como desertor o emigrado, cosa que no me agrada. El señor de la Tour d'Auvergne está en campaña. Le entregaré tu carta cuando vuelva. La diligencia no invierte más que 48 horas para ir de París a Bruselas, llegaré, pues con exactitud a mi puesto.»

«23 vendimiario, año 7 (Octubre, 1798).

»¡Ah, mi pobre y buena madre, qué buena eres de haberme enviado tus diamantes! No teniendo con qué equiparme, haces como las damas romanas, sacrificas tus joyas por el bien de la patria: los haré avaluar para venderlos lo mejor posible.»

«25 vendimiario, año 7 (Octubre, 1798).

»Comí anoche con el señor de la Tour d'Auvergne en casa del señor de Bouillon. ¡Ah, madre mía, qué hombre este señor de la Tour! Si tú pudieras conversar una hora con él, no te lamentarías tanto de saberme soldado. Le entregué tu carta, la encontró encantadora, admirable y se enterneció con ella; es que es tan bueno como valiente.»

Carta de la Tour d'Auvergne a mi abuela.

«Passy, 25 vendimiario, año 7 de la República Francesa.

»Señora: Acabo de recibir en este momento la carta extremadamente halagadora que ha tenido usted la gentileza de dirigirme. No tiene usted nada que agradecerme por lo que he podido hacer por su hijo en las circunstancias molestas en que él se encuentra. Sus oficiales y camaradas son personas que me deben favores. Todos ellos me han agradecido el haberles dado al joven Mauricio como hermano de armas, el cual parece dejar traslucir que llegará a los altos destinos de su inmortal abuelo. Se han tomado medidas para que su permanencia en el ejército le sea lo más agradable posible. Esté usted tranquila, señora, en cuanto a los primeros pasos de su hijo en la carrera de las armas. La paz, en la cual creo siempre, a pesar de las apariencias contradictorias, se lo devolverá puede ser más pronto de lo que usted se atreve a esperar. Haga lugar en su corazón a este sentimiento en medio de los motivos de alarma que la ternura de una madre encuentra siempre por un hijo que se aleja de ella por primera vez. No intentaré, señora, detener sus inquietudes; son demasiado justas. No tengo la

dicha de ser padre, pero siento que lo merezco a juzgar por el afecto que su carta produjo en mí.

»Acepte, se los ruego, señora, mi homenaje más respetuoso.

Ciudadano la Tour d'Auvergne.»

«27 vendimiario, por la noche, año 7 (octubre, 1798).

»Saldré con el alba. Acabo de despedirme de mi capitán, quien a pesar de ser un hombre frío, parece quererme como un hijo. Quedó encantado con tu carta y me dio una para el jefe del escuadrón; luego me besó efusivamente. Beurnonville me ha recomendado por todos lados; él también me colma con sus bondades; me llama su *sajón*. Creo que todo esto lo debo a las cartas de mi buena madre más que a mis merecimientos. Parto, te beso, te amo. Pido al buen Deschartres, a mi criada y también a Tristán, que te distraigan, te animen y te cuiden. ¡Volveré pronto, puedes estar segura y seré feliz! —*Mauricio*.»

«Colonia, 7 brumario, año 7 (Noviembre, 1798).

»Heme en Colonia. ¡Cómo tan lejos! Figúrate que después de haber llegado a Bruselas entro en el cuarto de la 6a compañía. Se iban a sentar a la mesa para comer. Me invitan cortésmente a acompañarlos. Tomo una cuchara y empiezo a atracarme. Excepto un poco de gusto a humo, la sopa era muy buena, y te aseguro que aquí uno no se muere de hambre. Convido luego a mis camaradas con cerveza y jamón. Fumamos luego algunas pipas y somos amigos como si hubiéramos pasado diez años juntos. Suena el clarín, bajamos al patio. El jefe del escuadrón avanza, voy hacia él, le entrego la carta del capitán, me estrecha la mano; me entera de que el jefe de brigada y el general se encuentran en los primeros puestos del ejército de Mayence con la otra parte de mi regimiento. Comprendo en un segundo que no tengo nada que hacer en Bruselas y se lo digo a mi jefe, que aprueba mi decisión. Me entrega un salvoconducto para los primeros puestos, y después de dieciocho horas de amistad con mi jefe y mis camaradas, me pongo en viaje.

»Pero el destino, mi buena madre, me sirve más que la prudencia. Cuando atravesaba Colonia para dirigirme a los alrededores de Francfort, donde se halla mi regimiento, me entero de que el ciudadano
d'Harville,
general en jefe inspector de la caballería de Mayence, llegaría aquí dentro de dos días. Interrumpo mi viaje y lo espero. Todo el mundo me dice que con la recomendación de Beurnonville, su amigo, me empleará en seguida a su lado. Por los diarios te habrás enterado que hubo tumultos en Brabante a consecuencia de la conscripción. Los rebeldes se apoderaron durante algunas horas de la ciudad y de la ciudadela de Malinas; mas los franceses, a quienes nadie resiste, los vencieron matando a más de trescientos. La conscripción no era más que un pretexto. Los rebeldes querían favorecer un desembarco de los ingleses que se extienden del lado de Ostende y de Gante. Llegan tropas del ejército de Mayence y se espera que Brabante será pronto pacificada. Bendigo más y más a mi buena madre por todo lo bien que me educó. El idioma alemán me es acá muy útil; durante mi viaje en la diligencia fui el intérprete de sus ocupantes. Quedaron todos desolados cuando me apeé en Colonia.»

Por fin llega el general
d'Harville
y elige al protegido de Beurnonville como ayudante suyo. Le promete un hermoso caballo, todo equipado. Este general que se hacía llamar, por entonces, Augusto Harville, era el conde
d'Harville,
senador más tarde y caballero de honor de Josefina; había sido mariscal de campo antes de la revolución; luego de la batalla de Jemmapes, en donde su actuación no pareció muy clara, debió comparecer ante el tribunal revolucionario y tuvo la suerte de ser indultado. Su vida transcurrió, desde entonces, rodeada de fáciles halagos más que de hechos gloriosos. En 1814 votó por la caída del emperador y fue nombrado posteriormente par de Francia. Podía ser un hombre valiente y galante, pero existencias como ésta, que han estado al servicio de todas las causas, no dejan huellas muy profundas en la memoria de los hombres. El conde

d'Harville
tenía muy en cuenta la prosapia de las personas que le rodeaban. Su ayuda de cámara y pariente, el joven marqués de Caulaincourt, le indisponía contra las ideas revolucionarias. El carácter aristocrático de estos dos personajes está muy bien trazado en las cartas de mi padre, que ofrecen una pintura muy original del espíritu de reacción que aumentaba cada día en las filas del ejército. Se verá en ellas que la igualdad de derechos establecida por la revolución, se tambaleaba en la práctica.

«Colonia, 26 brumario, año 7 (Noviembre, 1798).

»… Los ayudantes de campo del general, de los cuales uno es el ciudadano Caulaincourt, me invitaron ayer a comer. La comida fue muy alegre y muy cordial. Después pasamos al alojamiento del general, quien tiene erisipela en una pierna. Me quedé solo con él durante media hora. Me habló con la soltura y la afabilidad de un personaje de otra época. Se interesó del modo como estoy alojado y alimentado; luego me dirigió mil preguntas sobre mi pasado, mi nacimiento y mis relaciones. Al saber que la mujer y la hija del general de la Marliere habían pasado el verano en tu casa, que la hija del general de Guibert se había casado con mi sobrino, que la señora Dupin de Chenonceaux había sido la mujer de mi abuelo, se puso cada vez más amable y me di cuenta de que todo ello no le era indiferente. Luego se hizo música. Había muchas figuras distinguidas de Colonia de ambos sexos, quienes, a pesar de ser alemanes, no tienen mala presencia. Luego se bailó. Y más tarde los ayudantes de campo me invitaron a cenar junto con los del general Treguier, comandante de la plaza. Tomamos champaña y ponche. Nos mareamos un poco y después nos separamos a la medianoche.

»Por esto te darás cuenta de que, aunque no tengo dinero, vivo como un príncipe. Los ayudantes de campo son todos muy amables y el ciudadano Caulaincourt me dijo de parte del general que dentro de tres o cuatro meses seré oficial.

»Se persigue siempre a los rebeldes. Se han quemado varios pueblos, entre Mans y Bruselas. Colonia está tranquila.

»Conozco ya la ciudad como si la hubiera habitado siempre. Es un conjunto muy triste y muy solemne de iglesias, conventos y

antiguas casas de ladrillos. El Rhin es por aquí muy ancho y por él circulan pequeños buques mercantes que vienen de Holanda. Hay un puente movedizo que atraviesa el río en seis minutos. Como los militares y los perros pasan gratis, yo me doy el gusto, a menudo, de atravesar en él el río.»

«Me pides que te detalle las funciones inherentes a mi cargo. Se reducen, de tiempo en tiempo, a calentarnos junto a una excelente estufa alemana, y a conversar con los señores secretarios, los cuales tampoco parecen estar abrumados por el trabajo. Con ellos salgo a comer juntos y pasear…»

«Colonia, 14 frimario, año 7 (Diciembre, 1798).

»El general, por favor especial, ha ordenado que me envíen desde la remonta de Namur uno de los mejores caballos, todo equipado ya. Como se sabe que voy a tener un lindo caballo y que éste debe recorrer sesenta leguas para llegar hasta aquí, los caballerizos y palafreneros del general me miran con veneración y me consideran ya como el mejor jinete del mundo; mi caballo será alimentado a expensas de la República, y en ese aspecto estará mejor que yo, puesto que de mi paga, que es de 6 céntimos por día, aún no he oído hablar. Vivo con la mayor economía; y las doscientas libras que tú me mandaste me vinieron muy bien. Estaba muy mal alojado y mal alimentado en casa de un señor Badorf, de donde no podía mudarme, puesto que no le había pagado; mi general tuvo la extrema bondad de saldar mi cuenta. Estoy ahora en la casa de un buen burgués, donde la comida no es muy abundante, pero es pasable, y por ahora es todo lo que se necesita. Me estoy acostumbrando a la cerveza de Flandes, la cual a pesar de su reputación, es detestable. La cocina alemana tampoco vale mucho. En Francia somos unos niños mimados en todo lo que se relaciona con la vida material.

»Ayer estuve en la catedral y escuché armoniosa música. Todas las hermosas y las elegantes de la ciudad estaban allí. Cuando llegué con mi uniforme de húsar y mi sable golpeando el pavimento, me miraron con ojos asustados. Un francés de la República es el Anticristo para los habitantes de aquí. Estos sustos se los llevan muy a menudo, pues como hay buenos organistas, cuando paso cerca de

una iglesia y oigo música, entro como atraído por una fuerza irresistible. Me pides noticias de mis bigotes. Están negros como la tinta y se ven a una distancia de cien pasos por lo menos.»

«Colonia, 23 frimario, año 7 (Diciembre, 1798).

»El amor a la patria es de dos clases. Uno es el amor de la tierra, que se experimenta en cuanto se ha pisado tierra extranjera, donde nada nos satisface, ni el idioma ni las personas, ni los modales ni los caracteres. Se agrega a eso el amor propio nacional, por el cual se encuentra todo mucho más hermoso y mejor en el suelo propio que en el extranjero. También se agrega el sentimiento militar; cualquier broma sobre mi uniforme o mi regimiento me impacienta muchísimo. Luego se encuentra el otro amor por la patria, que es otra cosa y que no puede definirse. Aunque te parezca raro, mi querida madre, siento que amo a mi patria como Tancredo; que ella sea digna o no, le doy mi vida.

»Todos hemos sentido esos amores confusamente a través del vino del Rhin…»

«Colonia, 27 frimario, año 7 (Diciembre, 1798).

»Ya que lo quieres, trataré de comprarme camisas y pañuelos, aunque las prendas que nos exigen consumen todo nuestro dinero. El general pasará pronto revista, y el señor de Caulaincourt me ha ordenado que me haga hacer botas, porque las mías no tienen las dos costuras del reglamento y las espuelas atornilladas en los tablones. Son muy rígidos en esas cuestiones. Mi gorra no estaba adornada con terciopelo y mi pluma no tenía las dieciocho pulgadas exigidas. Por suerte, mi dormán tiene las seis hileras de botoncitos plateados. Pero tuve que comprar un pantalón de paño verde. Se necesita un uniforme brillante para acompañar a los generales. Si tuviera tus hermosas martas, me haría un gorro de hulano, pues ahora está de moda y con él ganaría mucho en consideración en el ejército. Pero, no me las mandes. Las quiero para cuando sea oficial.»

«Colonia, 8 nivoso, año 7 (Diciembre, 1798).

»Acabo de enterarme de una noticia muy buena, madre. Mi regimiento, que estaba en viaje hacia Italia, vuelve a Dust, separada de Colonia nada más que por el Rhin. He trabado relación con un ayudante general llamado Guibal, quien me preguntó si mi general tenía el proyecto de hacerme oficial. Le contesté que así lo esperaba. Algunos días después, habló de mí con el general y éste le contestó que, al principio, me creía algo atolondrado; pero que ahora me conocía mejor y que se interesaba mucho por mí; y que durante su inspección elegiría el mejor lugar de instrucción en caballería y que me mandaría allí.

»Anteayer se realizó un baile muy hermoso; el general estaba con sus ayudantes. Fui a saludarlo y me recibió muy bien. Me preguntó si sabía bailar, y en seguida le di pruebas de ello. Me di cuenta de que me seguía con los ojos y que con aire de satisfacción hablaba de mí a uno de sus ayudantes.

En la fiesta estábamos colocados por orden de grado. Primero el ciudadano de Caulaincourt, luego Durosnel, por último yo.

Es una suerte para nuestras narices que no hayamos salido en inspección, pues las hubiéramos dejado en las nieves de Westfalia. Aquí también hace mucho frío. Los pobres soldados que están de guardia mueren como moscas. De modo que yo estoy muy bien, a pesar de que en mi cuarto no hay fuego y que me despierto por la mañana con los bigotes helados. Éste es el invierno más riguroso que he visto».

Capítulo IX

«Colonia, 12 nivoso, año 7 (Enero 1799).

»Es la primera vez en mi vida, mi buena madre, que paso este día sin besarte. ¡Siento que mi corazón se encoge al ver a estos buenos alemanes, muy alegres, reunirse, besarse y regocijarse en familia! Estuve hoy en la casa de unos ricos comerciantes amigos del general. El padre estaba rodeado de sus ocho hijos. El hijo mayor pinta bastante bien. Una de las chicas tocó con bastante acierto una sonata de Pleyel. La alegría y la chica reinaban allí. Únicamente yo estaba triste. Se dieron cuenta de ello, me miraron con más interés y me testimoniaron mayor amistad. Yo les agradecí mucho el haberme comprendido y haberme asociado a su dicha amortiguando el sentimiento de mi soledad.

»En este día se usa aquí una galantería desconocida entre nosotros. Consiste en hacer disparos de fusil bajo la ventana de la persona a quien se quiera dar una prueba de amistad. Se le demuestra, impidiéndole dormir, que tampoco uno duerme y se ocupa de ella. Toda la noche estuve sobresaltado porque no estaba enterado de nada y creí que los *bandoleros* habían llegado. La dueña de la pensión donde estoy tiene una hermana bastante linda y los adoradores de ésta dispararon tiros toda la noche bajo mi ventana. No pude dormir, a pesar del cansancio que tenía, ya que a la mañana había ido a pie a Mulheim para visitar mi regimiento. Mis superiores me invitaron para que vaya a menudo a comer con ellos.

»Estás muy extrañada, mi querida madre, de la consideración que te demuestran algunas personas cuando saben que eres la madre de un defensor de la patria. Tienes razón cuando me dices que han comprendido que es mejor estar en buenos términos con un cazador.

»Deseo que el virtuoso Deschartres tenga admiradores sordos y mudos, que no puedan ni escucharlo ni criticarlo, y que la

ciudadana Roumier, mi respetable criada, tenga sentimientos un poco más republicanos. Diles a ambos que los quiero mucho.»

«Colonia, 23 nivoso, año 7 (Enero, 1799)

»Recibí tu carta en Düren. Estaba entre los telegramas del general, los cuales fueron llevados desde Colonia para un mensajero especial. Habíamos inspeccionado por la mañana los dragones de la República. La revista duró cuatro horas. Durante su transcurso llovió y luego hizo mucho frío. Regresamos empapados y helados. Me preguntas si mi peinado está de moda. Nadie en el regimiento se peina de este modo; pero algunas personas, entre otras mi cuartelmaestre, encuentra que queda muy bien con el uniforme de cazador. Sin embargo, he prometido a todos que me dejaré crecer el cabello para hacerme una coleta.»

«El Rhin ha hecho unos desastres terribles. El puerto de Colonia está lleno de barcos mercantes holandeses: el hielo los apretó fuertemente unos contra otros; luego se produjo un desbordamiento que los levantó a la altura de los primeros pisos de las casas del puerto. Después heló de nuevo; más tarde, de repente, el Rhin volvió a su cauce, de modo que no habiendo quedado agua bajo el hielo éste se rompió y los barcos que habían quedado colados en alto, al nivel de las ventanas del primer piso, cayeron desde una altura de 30 pies y sufrieron grandes desperfectos. Este acontecimiento no se había visto jamás.»

«Es hoy martes de Carnaval, no hay otro día más alegre que éste. Sin embargo, estoy tan triste como para año nuevo. Estos días en que las familias se reúnen siento más mi aislamiento. Caulaincourt vino a buscarme. Creí que me daría alguna orden. No, era para disfrazarnos. Me vistieron de mujer. Caulaincourt desempeñaba el papel de mi mando y yo me llamaba señora de Pont-Volant. Salimos en tres carruajes llenos de máscaras. Visitamos todas las grandes casas de la ciudad. Estuvimos también en la residencia del general, quien me tomó por una mujer y quiso besarme. Me vi obligado a llamar al señor de Pont-Volant en socorro mío.»

«Colonia (sin fecha).

»Debo decirte, mi buena madre, que desde hace cuatro días aquí se habla mucho de mí. Figuré como testigo en un asunto que trastornó casi a los alemanes y franceses de esta ciudad. Estábamos en un baile con un compañero mío, que es rival en amores con un alemán. En cierto momento en que mi amigo y la joven conversaban, se presentó el alemán y lo insultó. Yo intervine y llevando al alemán aparte, le prometí una entrevista para el día siguiente. Mi amigo le propuso batirse a duelo.

»Ante la negativa del alemán, mi amigo le dio una bofetada. El alemán gritó y pidió socorro. Los habitantes de la casa aparecieron al instante. Mi amigo continuó aporreándolo. Salimos de la habitación. Bajamos corriendo la escalera en medio de alemanes consternados, y desaparecimos. El alemán se vistió y corrió a presentarse ante el general Jacobi. Le presentó por escrito una queja en la cual nos acusaba de haber querido asesinarle. Los alemanes se avergüenzan de la conducta de su compatriota y lo obligan a batirse. Finalmente, se concierta el duelo. Una mañana nos dirigimos todos a un lugar en los orillas del Rhin. El alemán no tenía armas porque esperaba que el asunto se arreglaría pacíficamente. Le presto mi sable. El duelo se inicia. El camarada lo acosa en forma. El alemán ofrece rendirse. Nos hacemos rogar. Dice que retirará su queja. Yo exijo que irá no solamente a retirar su queja, sino que dirá al general que nadie tuvo jamás intención de asesinarlo. Consiente y nos ruega que aceptemos su invitación para almorzar. Desde entonces, el alemán que me mira como el salvador de sus días, me colma de amabilidades; ayer, en el baile, me cedió dos veces a su compañera.

»Deseas mucho la paz, mi buena madre. Y yo tiemblo al pensar que pueda realizarse. La guerra es el único medio para mí de progresar. Si uno se desempeña eficientemente, puede ser ascendido en el campo de batalla; ¡qué placer, qué gloria! Entonces se consiguen licencias, se pueden pasar hermosos días en Nohant y con eso se está bien recompensado de lo poco que se ha hecho. Estudio ahora la teoría del escuadrón, de modo que con un poco de práctica estaré bien pronto al corriente.»

«Colonia, 20 pluvioso, año 7 (Febrero, 1799).

»Tu carta, mi buena madre, vino a completar muy bien mi día. La recibí al regresar de un paseo que hice del otro lado del Rhin con Leconte (es el nombre del cazador a quien serví de testigo en el duelo). Me llevó a visitar el barco de un comerciante amigo suyo. Es muy lindo, los camarotes son de una limpieza perfecta. Estaba lleno de mercaderías. El comerciante y todos sus tripulantes lo estaban cargando para ir a Holanda.»

En la carta que se trascribe a continuación se habla de un retrato. Como la tengo ante mis ojos, quiero decir cuál era el aspecto entonces, de este joven tan bueno.

Tenía más o menos cinco pies y tres pulgadas de alto, la figura delgada, elegante y esbelta. El cutis pálido, la nariz un poco aquilina, admirablemente dibujada, la boca inteligente y buena, las cejas y los bigotes negros y preciosos, los ojos grandes, negros, y dulces y brillantes a la vez; los cabellos abundantes y empolvados caían elegantemente sobre la frente. Esta masa de cabellos hacía resaltar más el brillo de los ojos. En suma, la figura de mi padre en esta época era de una gran delicadeza, y se concibe bien que, a pesar de su altura, el general
d'Harville
haya podido tomarlo por una mujer bajo el antifaz. Además tenía los pies chicos y las manos de un belleza perfecta.

«Colonia, 26 pluvioso, año 7 (Febrero, 1799).

»¿Cómo me encuentras, mi buena madre? Aquí todo el mundo me encontró muy bien. Hacía mucho tiempo que el retrato estaba empezado, pero el pintor debió interrumpir varias veces su trabajo.

»Estoy ahora alojado en un cuarto que tiene chimenea y todas las mañanas me traen té con pan y manteca. Estoy en calidad de pensionista impuesto por el ejército. Pero ésta es la casa de Dios. La hija del dueño de casa es muy linda y toca bastante bien el piano.

»Hay muchos cambios en nuestro estado mayor. Tus noticias acerca de nuestros trigos son muy malas. Acá están hermosos, aunque hace mucho más frío que por allá. Mi regimiento salió para Haguenau. Lo abruman con marchas y contramarchas, ¡Dios sabrá

por qué!»

Capítulo X

«Colonia, 1 germinal, año 7 (Marzo, 1799).

»Me voy para… donde mi general me envía, al depósito de remonta. Me da una carta de recomendación para el general Feraud, para que me den el mejor caballo y salgo en diligencia llevando mi montura. Volveré a caballo, en pequeñas etapas. Al regresar creo que encontraré al general preparándose para la partida, pues me parece que iremos a Coblenza o a Mayence, porque el cuartel general de Polonia está muy alejado del ejército del Danubio. Me da pena alejarme de Colonia porque debo separarme de una mujer encantadora que me hace la vida muy agradable y si nos vamos a Mayence, adiós amor, diversiones y todo lo demás. Pero, en fin, el militar es un ave de paso, y sé que aun estando muy enamorado de mi amiga, no soy el primero y no seré el último.

»El general es verdaderamente bueno, humano, caritativo, y a quien quiero mucho, a pesar de sus sermones un poco fríos y vagos.

»Adiós, mi buena madre; te beso con toda mi alma. Me voy a … allí como en todas partes pensaré en ti.»

«8 germinal.

»El general Feraud, para quien tenía yo una carta, está en París, de modo que no puedo conseguir otro caballo… Por suerte, la fortuna me sigue por todas partes. Un amigo de Colonia me dio una carta de recomendación para una hermana suya casada, que está aquí, y a quien acompaña otra hermana muy linda. Estas señoras son muy amantes de la música. Han simpatizado mucho conmigo y me exigen que vaya a almorzar todos los días, a comer, y luego vamos al teatro.

»Mis penurias no oscurecen mis ideas. Iré mañana a Jemmapes

para estudiar el plan de la batalla y poder hablar con el general d'Harville,
que estuvo en ella. Estas llanuras de Flandes están sembradas de grandes recuerdos militares. Como estoy cerca de Fontenoy, trataré de ir hasta allá. Si mi caballo pudiera andar, en pocos días recorrería y reconocería todos esos lugares ilustres donde tu padre moribundo venció a los enemigos y salvó a Francia.»

«Hervé, 25 germinal, año 7 (Abril, 1799).

»¡Dios mío! ¡Cuánto tiempo hace, mi buena madre, que no recibo noticias tuyas! Esta circunstancia es lo que más me ha contrariado durante la temporada que tuve que pasar en… No te dije que me escribieras allí porque creí volver día a día. Estoy deseoso de llegar a Colonia para leer las cartas tuyas que deben aguardarme. Como te dije, me vi obligado a permanecer en… porque mi caballo estaba enfermo y no tenía dinero para pagar la diligencia. Además, no podía pedir a nadie dinero prestado. Es cierto que pronto intimé con alguien, pero debes comprender que por ser esa persona la última a quien conocí, no podía pedirle nada.

»Te dije que M…, a cuya esposa había sido recomendado, me tomó mucha simpatía y no quería dejarme salir de su casa, donde estaba como pez en el agua. Es un hombre muy alegre y muy amable; pero como está cansado del teatro, me encargó que acompañara siempre a su mujer y a su cuñada. Los habitantes de… se preguntaban cómo un simple soldado podía ser el acompañante de estas dos personas maravillosas. M…, que gusta de las bromas, les dijo que yo era simple soldado, cierto, pero que ya me había cubierto de gloria; que volvía de la campaña de Egipto, donde había recibido heridas de consideración; que había vuelto de allí con el ayuda de campo de Bonaparte; que iba de parte de éste al ejército de Massena en el Rhin, pero como en camino mis heridas se habían abierto, me vi obligado a quedarme en su casa. Todas las personas me hacían preguntas entonces sobre la campaña de Egipto; y me vi obligado a inventar una serie de hechos. Les describía los desiertos de Pharán como si allí hubiera transcurrido toda mi vida. Inventé el relato de la muerte de un caballo, a quien los cocodrilos habían devorado los ojos. Cuando me refería a mis heridas, las querían ver

y tenía que hacer juegos malabares para desviar la conversación; en fin uno de mis oyentes, enternecido hasta las lágrimas, me pidió permiso un día de besarme.

»Llegó el momento de mi partida, M…, más amigo mío que nunca, lloró al verme en preparativos de viaje y me ofreció su ayuda pecuniaria. Yo, aun estando muy necesitado, le dije que nada me hacía falta, y salí llevando doce francos para hacer sesenta leguas sobre un pobre caballo cansado.

»Con todo, saldré del paso, pues me encuentro en Hervé, entre Aix y Lieja y aún tengo un poco de dinero. No hay como estar obligado a hacer algo para darse cuenta de que uno lo puede hacer. El viaje es un poco duro, es cierto, mas estoy bien de salud. Mi caballo es hermoso, pero como el pobre está convalesciente, apenas puede recorrer al paso seis leguas por día. En algunos lugares debo apearme y llevarlo de la rienda; ayer se cayó tres veces, y me veo obligado a pasar el día aquí para que pueda descansar.

»Al pasar por Bruselas, me encontré con el jefe de escuadrón Jacquin. Parece que nuestro regimiento ha sufrido muchos contratiempos.

»El cuartel del ejército de observación se instalará en Colonia. No te inquietes por mí; somos los canónigos del ejército. Adiós, te beso con toda mi alma. No tendré necesidad de los discursos de Deschartres para dormirme. El cansancio los reemplaza.»

«Colonia, 4 floreal, año 7.

»Por fin, mi buena madre, he vuelto a ver las murallas de Colonia. Son para mí como la tierra para el piloto después de una larga y difícil navegación. El llevar el caballo a la caballeriza significó tanto como dirigir una flota hasta un puerto.

»Estoy de nuevo aquí entonces, con cien francos menos y un dolor más. Mi rodilla me duele bastante, debe de ser un poco de reumatismo, es como si tuviera una pierna de madera; me restableceré pronto cerca de las buenas estufas de Colonia.

»Durante mi viaje soporté muchas penurias. Mis alojamientos fueron de toda categoría. En Saint-Trond dormí en la cama del general Lacroix. Los dueños de casa me ofrecieron una comida excelente. Otras veces me alimentaba con pan, queso y cerveza;

después dormía como un ángel. Ya mismo buscaba el forraje para el caballo, y a éste lo atendía como si fuera una criatura.

»Aquí el tiempo está hermoso, he pasado instantáneamente del invierno al verano, de la miseria a la opulencia, de la caballeriza a la sala.

»Permíteme decirte, mi buena madre, que tu proyecto de aumentar mi pensión para que yo pueda tener un sirviente, no es realizable. Primero, porque tú no eres bastante rica para hacer ese sacrificio; luego, que sería el hazmerreír de todo el ejército, porque nunca se ha visto a un simple soldado haciéndose lustrar las botas por un lacayo. Si te molesta saberme con el rastrillo y la horquilla en la mano, te diré para que te tranquilices que puedo hacer cuidar mi caballo por un peón del general, a quien le daría seis francos por mes.

»El general está muy amable conmigo desde mi regreso. Temía sus reproches por mi larga ausencia, mas al ver el estado de mi caballo se compadeció de mí y se rió cuando le conté todas mis tribulaciones. Estoy enternecido por la actitud del buen Saint-Jean (el cochero de su abuela), quien ha cedido parte de su dinero para que me lo puedas remitir.»

«Colonia, 27 floreal (Abril, 1799).

»El general se ocupa tanto de mí que no me deja un momento libre. Soy secretario y ordenanza. Está entusiasmado con mi escritura. Parece no ser muy exigente. El otro día me mandó a Bonn, a seis leguas de aquí, a llevar un telegrama al general Virion. Volví en el mismo día. Adiós, mi buena madre, mi excelente y querida madre. ¡Si todas las madres fueran como tú, la paz y la alegría reinarían en las familias! Te beso con toda mi alma.—*Mauricio*.»

Mauricio está tan agradecido a su madre porque ella solucionó un hecho ocurrido en la casa. Mauricio y una joven criada cedieron a los impulsos de la juventud. Nación un niño. Mi abuela alejó a la madre, proveyó a su subsistencia y guardó al niño y lo educó. Esta criatura fué más tarde el compañero de mi infancia y el amigo de

mi juventud. Lo pusieron bajo los cuidados de un ama, en una casa situada muy cerca de la nuestra.

En las cartas que continúan, se ve que mi padre recibe noticias de este niño y que lo designan entre ellos con el nombre de la *Petite Maison.* Esto no se parece a las *petites maisons* los señores licenciosos de la buena época. En este caso las entrevistas se realizan entre una abuela amante, un ama honrada y un hermoso niño, a quien se educará tan bien como a un hijo legítimo. Mis abuela había leído y apreciado a J. J. Rousseau: había aprovechado sus verdades y sus errores.

«Colonia, 19 pradial, año 7 (Junio, 1799).

»No te aflijas, mi buena madre, el general no me pierde de vista. Acaba de hablarme con mucho cariño para decirme que debo ir al depósito de remonta; porque allí debo ejercitarme en las maniobras de caballería. Cree que no me quedaré allá mucho tiempo porque entre Beurnonville, Beaumont y él están haciendo gestiones ante el Directorio para obtenerme un ascenso. Me prestará el dinero que necesito para el viaje. No te aflijas. Me verás regresar un día como oficial. Galoneado desde la cabeza hasta los pies, y entonces, los señores potentados de La Chatre te saludarán con todo respeto. Distráete, mi buena madre, viaja, ve a las termas.

»Todo lo que haces por la Petite Maison es excelente. Eres muy delicada con mi amor propio. ¡Qué buena eres, mi querida madre, y cuánto te amo!»

«Colonia, 26 pradial (Junio 1799).

»¡No te aflijas tanto, mi buena madre! Abre bien los ojos, y reconoce que no tiene motivos para alarmarte. Parto hacia Thionville, ciudad del interior, la más apacible del mundo; la amistad y la protección del general me recomiendan al jefe del escuadrón. No podré salir de allí más que con su permiso. Lástima que no puedas transformarte una temporada en húsar para que tú veas qué pocos peligros tiene mi existencia. Mis amigos piensan despedirme de Colonia con una gran fiesta. Iremos a Bonn en tres cabriolés y cinco caballos de silla.»

Capítulo XI

«Leuchstrat, 2 mesidor, año 7 (Julio, 1799).

»Dejé Colonia, como te lo había anunciado, mi buena madre, escoltado por una bullanguera y alegre juventud. El cortejo estaba precedido por Mauenoir y Leroy, ayuda de campo del general, yo iba entre los dos en la cartuchera y la carabina al hombro, montado sobre mi caballo equipado a lo húsar. A nuestro paso, los soldados de guardia presentaban armas; nadie suponía que todo este desfile era para acompañar a un simple soldado. Nos dirigimos primero hacia Brull, castillo magnífico, antigua residencia del Elector. Este lugar era muy adecuado para la celebración de los dioses. El alegre grupo almorzó y luego visitó el castillo. Es una imitación de Versalles. Los departamentos deteriorados conservan aún sus hermosos cielos rasos con pinturas al fresco. La escalera, muy amplia, está sostenida por cariátides y adornada con bajo relieves.

»Al llegar a Bonn me encontré con un joven, secretario de un comisario de guerra al cual yo había conocido en Colonia. Me llevó al día siguiente al Popeldorf, otro castillo del Elector, y a las aguas de Gottesberg. Aquello es un paraíso terrestre. De regreso a Bonn, visitamos el palacio que el Elector hizo construir en esta linda ciudad. Los jardines son hermosos; con aguas límpidas, con avenidas de naranjos desde donde se ve el Rhin y las montañas a las cuales baña. Al día siguiente, para ir a Coblenza, bordeé el Rhin, el cual se encuentra aquí rodeado de rocas amenazadoras y de montañas cortadas a pico. Varias islas hermosas salen del centro de las aguas como hermosos ramos. El camino es variado y ofrece cuadros imprevistos a cada paso. Aquí un monasterio, allá un caserío, luego rebaños, más lejos montón de barcos a vela y reductos. En Coblenza, vagaba por las calles cuando me encontré con el hermano del comisario de guerra encargado del servicio de Ehrenbreitstein. Era ésta una hermosa ocasión para ver esa famosa

fortaleza de la cual se habla tanto hoy. Figúrate, mi buena madre, que vi enormes rocas cubiertas de baluartes colmados de bocas de cañón. Grandes depósitos de bombas y balas, grandes pedazos de piedra colocados en todas las pendientes y destinados a aplastar a los asaltantes. Sobre la meseta de roca hay un patio rodeado de ocho hileras de murallas desde donde se descubre Coblenza a vuelo de pájaro y el Rhin como una cinta que rodea la roca. Esta plaza jamás había sido tomada. Somos los primeros en habernos apoderado de ella.

»Luego llegué, muy tarde, a un caserío llamado Kaiserlich. ¡Oh, mi querida madre, ahí sí que te bendije una vez más por haberme enseñado el alemán!

»Golpeo en todas las puertas, los habitantes se asoman por las lumbreras, pero a la vista de mi uniforme se encierran y se atrincheran rápidamente. Nos dan alojamiento únicamente cuando se ven obligados a ello y nos temen como al diablo. En cuanto a mí, hubiera preferido más dormir al aire libre que en esas casuchas. Pero mi pobre caballo, que no está todavía del todo bien, estaba medio muerto de hambre y cansancio. Me hice pasar por un hulano y, dando la vuelta, entro por el otro extremo del caserío y anuncio la llegada de tropas imperiales. Invento nombres alemanes, hablo del señor coronel barón del Stromberg, del príncipe no sé quién, y un buen hombre abre su puerta y nos recibe a mi caballo y a mí con mucho respeto. Salí de allí al día siguiente al alba. Mañana estaré en Treves; dentro de poco veré al general
d'Harville.»

«Thionville, 14 mesidor, año 7 (Julio, 1799).

»¡Basta, mi buena madre, deja de alarmarte, me encuentro aquí tan feliz como lo he estado en todas partes; las cosas se arreglan siempre a mi gusto! El cuartel maestre Boursier me recibe y me besa con su alegría y su franqueza acostumbrada. Me lleva ante el comandante del depósito, llamado Dupré. Es un oficial del antiguo régimen. Me invita a comer y me autoriza a no dormir en el cuartel; y me dice que espera que viviré con los oficiales. En efecto, como todos los días con ellos por treinta y seis francos mensuales.

»Por mi alojamiento pago 15 francos. Me encontré ayer por

primera vez en el centro de un escuadrón. Estaba en la primera fila, y cuando hay que formarse en tren de batalla, las dos alas se aproximan, se aprietan de derecha e izquierda con una fuerza como de 50 caballos. Mis huesos y mis músculos se están acostumbrando muy bien a todo esto.

»El título de nieto del mariscal de Sajonia, bajo el cual estoy anunciado y recomendado por todos lados, me abre el camino, mas también me impone responsabilidades, y si fuera un impertinente, mi nacimiento, lejos de salvarme, haría que me odiasen.»

«Thionville, 16 mesidor, año 7 (Julio, 1799).

»Heme aquí entre la sociedad de Thionville igual que estaba en Colonia. Hardy, el joven conscripto músico, debutó conmigo en un concierto organizado por nuestro comandante. Nos llenaron de aplausos. Nuestro comandante nos llevó también a una casa de familia donde hay jóvenes muy hermosas; allí nos divertimos mucho con juegos de salón.

»El general escribió para ordenar que me nombrará brigadier si hay un puesto vacante; como éste existe espero el nombramiento de un momento a otro; a la espera de que esto ocurra me pongo en las debidas condiciones para desempeñar tal cargo. El general ha ordenado que me coloque sobre el flanco, en el lugar del brigadier, para que me ejercite en ser eje y ala montante. Esto no es difícil y la gimnasia que me hiciste hacer durante mi infancia me sirve ahora de mucho para manejar mi carabina estando a caballo.»

«Thionville, 20 mesidor, año 7 (Julio, 1799).

»Se me ha promovido al grado de brigadier.

»Soy jefe de escuadra, es decir, de veinticuatro hombres, e inspector general de su presencia y de su peinado. En cambio no tengo ni un momento libre. Desde las seis de la mañana hasta las seis de la tarde no tengo tiempo ni de estornudar. A las seis y media alijo de los caballos hasta las siete y media. A las ocho, maniobras hasta las once y media. A mediodía se almuerza. A las dos se enseña a los conscriptos a ensillar los caballos y a manejarlos. A las tres alijo de los caballos hasta las cuatro y media, a las cinco maniobra a

pie, hasta las siete y media. A las ocho se cena. A las nueve, la última llamada. A las diez, uno se acuesta, muy cansado, y al día siguiente se empieza nuevamente. Además estoy de década, es decir, que debo ir a las cuatro de la mañana al depósito para hacer distribuir el pan a los hombres y la avena a los caballos. En fin, desde hace días soy brigadier y no he tenido un minuto libre para escribirte. Felizmente mi década termina y quedaré un poco más aliviado. Fui a Metz a la cabeza de seis cazadores conduciendo a unos conscriptos que habían pretendido esconderse para eludir el servicio militar. Las fortificaciones de Metz son soberbias; tú las conoces. Mas lo que no conoces es el amor que los habitantes de esta ciudad sienten por nosotros. Mis cazadores estaban alojados en una casa grande y hermosa. Mientras comían pidieron agua. Les trajeron un balde de agua, lo colocaron en el medio de la habitación y no quisieron alcanzarles ni un vaso. Era tratarlos como a animales. El más antiguo de los cazadores tomó el balde y arrojó el agua que contenía sobre el cocinero. Llegué cuando estaban en pleno tumulto. El cocinero vociferaba, pero yo le reprendí por su grosería. Suena la corneta. Adiós, mi buena madre. Aquí no se espera a nadie.»

«Thionville, 25 termidor (Agosto, 1799).

»Creo, mi buena madre, que no te he dicho nada de esta pequeña ciudad. Las fortificaciones son muy hermosas y adecuadas. La sociedad se reúne todos los domingos en casa de un señor Guiot, pariente del comandante. Hay cuatro o cinco mujeres bastante lindas, cantidad de viejas charlatanas, y unos cuantos viejos que hablan de política, y dos jóvenes de aspecto provinciano, quienes no han salido nunca de esta ciudad. Hay aquí una costumbre muy rara. Cuando muere en una familia un joven o una joven de más de dieciséis años, el entierro es alegre. Luego se reúnen todos los amigos y parientes y comen y beben en abundancia. Esta costumbre tiene algo de salvaje. Después de la comida se baila toda la noche; no lo hubiera creído si no lo hubiera visto con mis propios ojos.

»Los oficiales de la guarnición han dado últimamente un lindo baile al cual fui invitado. Allí tuve ocasión de hacerme simpático ante una hermosa joven a quien yo miraba hacía tiempo, pero que

no había reparado en mí. Pude bailar bastante con ella. Desgraciadamente ahora no dispongo de tiempo para verla, pues estoy siempre al lado de mis caballos y de mis soldados. El poco tiempo de libertad que me queda lo empleo para estudiar la teoría de las maniobras y las voces de mando, para no quedar mal cuando estoy frente a los pelotones. Mi grado de brigadier me libra de alijar mi caballo, pero con todo no me queda tiempo libre porque debo vigilar la ejecución de las órdenes que dan los oficiales. La disciplina es muy severa, y a pesar de los buenos modales de nuestros oficiales, la subordinación es perfecta. Estamos bajo las armas como si fuéramos prusianos… La fatalidad que quiebra las almas débiles es la salvación de quienes la aceptan. Cristina de Suecia había tomado por divisa: *Fata viam inveniunt.* "El destino guía mi camino". Yo prefiero más el oráculo de Rabelais: *Ducunt volentem fata, nolentem trahunt.* «El destino conduce a los que se dejan conducir, y arrastra a los que resisten». En una revolución son siempre las almas las que zanjan las dificultades, luchamos para defender nuestras conquistas filosóficas. Voltaire y Rousseau, tus amigos, mi buena madre, necesitan nuestras espadas.

»Adiós, mi buena madre; después de estas hermosas reflexiones debo dirigir el reparto de avena.»

«Thionville, 13 fructidor, año 7 (Septiembre, 1799).

»Siempre en Thionville, mi buena madre, en continuos ejercicios a pie y a caballo desde las cuatro de la mañana hasta las 8 de la noche. No puedo dedicar un instante a las casas ni a los entretenimientos. No puedo ver lindas mujeres. Estoy hecho un brigadier modelo, por mi exactitud y mi actividad. Lo hago y no lamento haber dejado mi vida fácil y libre. Tengo la esperanza, de acuerdo con las promesas de Beurnonville, de ser pronto mariscal de alojamientos.

»¡Qué buena eres de ocuparte tanto de la Petite Maison!

»Recibí el dinero, pagué todas mis deudas; no me queda un centavo, pero no debo nada a nadie. No me mandes nada antes del fin de mes. Aquí tengo crédito y no me falta nada.»

Capítulo XII

«Weinfelden, cantón de Thuogovie, 20 vendimiario, año 8 (Octubre, 1799).

»Una cosechas de laureles, gloria, victorias: los rusos vencidos y desalojados de Suiza en 20 días; nuestras tropas listas para entrar en Italia; los austríacos en retroceso al otro lado del Rhin… Y bien, mi buena madre, tu hijo ha tenido la satisfacción de tomar parte en esta gloria, y se ha encontrado en tres batallas decisivas. Se encuentra muy bien de salud; bebe, ríe y canta. Salta en alto al pensar que tendrá la dicha de besarte para el primero de enero próximo y depositar a tus pies, en tu cuarto de Nohant, la ramita de laurel que habrá podido merecer.

»Soy militar, quiero seguir esta carrera. Mi estrella, mi nombre, mi honor y el tuyo exigen que mi conducta sea digna y que merezca la protección que se me ha dispensado. Actualmente es imposible llegar a ser oficial sin haber guerreado. Debes convencerte de esto. Un oficial sin experiencia sería ahora el hazmerreír de sus soldados. ¿Crees que dejé Nohant con el proyecto de pasar mi vida haciéndome el interesante en las guarniciones y prestando servicio en los depósitos? No, ciertamente, siempre soñé con la guerra. Y si te he mentido algunas veces, perdóname, mi buena madre; lo hice para disipar tus temores.

»En cuanto se reiniciaron las hostilidades solicité al general que me permitiera reunirme con los escuadrones que están en el frente de batalla. Primero aceptó mi proposición, luego, enternecido por tus cartas, pretendió enviarme otra vez al depósito. Le repliqué que todas las madres pensaban más o menos como tú, y que ésta era la única oportunidad en que la desobediencia estaba permitida. Lo convencí y me autorizó para que partiera con el primer contingente ante la admiración de los soldados tomé con ellos el camino de Suiza. Como no quería enterarte de nada antes de haber recibido el

bautismo del fuego, te escribí desde Colmar la carta que fue fechada en Thionville. Nuestro viaje duró 20 días, y después de haber atravesado el cantón de Basilea nos reunimos en el regimiento en el cantón de Glaris, donde se ven montañas a pique cubiertas de negros abetos. Las cimas cubiertas de nieve perpetua se pierden en las nubes. Se escucha el estrépito de los torrentes que caen desde las rocas y el silbido del viento a través del bosque. No se oyen cantos de pastores ni mugidos de rebaños. Los habitantes se habían refugiado en el interior de las montañas con sus animales. No encontramos quien nos ofreciera ni una fruta ni un vaso de leche. Vivimos durante diez días con el detestable pan y la carne más detestable aún, de que nos provee el gobierno.

»Las hostilidades empezaron el 3 vendimiario. Atacamos al enemigo por todos lados. Se había parapetado detrás del Limmat y del Linth. El ataque empezó a las tres de la mañana. ¡Cuánto me habían hablado del primer cañonazo! Todo el mundo me había hablado de él y nadie sabía relatarme sus impresiones. A mí más que penoso me pareció agradable. Imagínate, un momento de solemne espera y luego una sacudida súbita, magnífica. Son los primeros acordes de ópera cuando uno se ha recogido un instante para esperar la “ouverture”. ¡Pero qué hermosa «ouverture» es un cañoneo en regla! Ese cañoneo, de noche, en medio de las rocas, aumenta el ruido (sabes que gusto del ruido); aquello era de un efecto sublime; y cuando el sol iluminó el paisaje y doró los torbellinos de humo, el espectáculo era más hermosos que todas las óperas del mundo.

»Desde la mañana, el enemigo replegó toda su fuerza sobre la derecha. Avanzamos hacia allá. Quedamos en posición de batalla detrás de la infantería, la cual se ocupaba de atravesar el arroyo que nos separaba del enemigo. Se construía un puente bajo el fuego. Nuestros enemigos eran rusos. Luchan muy bien. Cuando el cauce estuvo listo, tres batallones avanzaron para pasar por él. En cuanto llegaron a la otra orilla, el enemigo, en número muy superior al nuestro, se arrojó sobre ellos. Las tropas quisieron retroceder. La mitad pudo llegar a la orilla izquierda; pero en ese instante, el puente, demasiado cargado, se rompió. Los que quedaron en la orilla derecha, desesperados viendo su huida fracasada, hicieron acopio de valor y esperaron a los rusos. Se produjo una terrible

carnicería. Me estremecí, lo confieso, viendo caer a tantos hombres y me admiré ante la heroica defensa de nuestros soldados. El puente fue restablecido. Se acudió en socorro de nuestros valientes y los rusos fueron vencidos. Si ese puente no se hubiera roto, el enemigo aprovechando nuestro desorden, hubiera ganado la batalla. Como el terreno estaba pantanoso, la caballería no pudo avanzar y debimos acampar. Debíamos atravesar nuestro campamento para llevar los heridos a la ambulancia. Hubiera querido que estuviesen allí, aunque fuera únicamente durante una hora, los dueños absolutos de la suerte de las naciones.

»Los que se deciden por la guerra por motivos de interés personal y no por causas sagradas, debían tener, sin cesar, por penitencia, ese espectáculo ante sus ojos. Es horrible, no hubiera nunca imaginado que me causaría tanta impresión.

»Esa noche tuve la satisfacción de salvar la vida de un hombre. Era un austríaco. Estaba tendido al lado de nuestro fuego. Lo observé. Estaba herido solamente en una pierna pero, postrado por el hambre y el cansancio, apenas respiraba. Lo reanimé con algunas gotas de aguardiente. Todos los nuestros dormían. Fui a proponerles que me ayudaran a transportar ese infeliz a la ambulancia. Deshechos por el cansancio, se negaron. Uno de ellos me propuso terminar con él. Esta idea me sublevó. A pesar de mi cansancio, no sé de dónde saqué fuerzas para hablarles, les reproché su dureza. Por fin, dos de ellos se levantaron y me ayudaron a llevar al herido. Fabricamos una camilla y colocamos al herido en ella. Debíamos caminar media legua a través del barro para llegar hasta la ambulancia. Durante el camino se quejaron por la carga y decidieron dejarme solo con el herido. No sé qué les dije sobre la piedad que se debe a los vencidos. Los hombres no son malos en el fondo, pues la tarea era pesada y, sin embargo, mis pobres camaradas se dejaron convencer. Por fin llegamos y dejamos al herido en condiciones de recibir socorro. Emprendí el regreso con mis compañeros, más alegre, más satisfecho de lo que hubiera estado al salir de un hermoso baile o de un concierto excelente. Llego, me tiendo sobre mi capote cerca del fuego, y duermo tranquilamente hasta el día siguiente.

»A los dos días fuimos a Glaris, donde estaba el enemigo. El general Molitor, comandante de este ataque, necesitaba un hombre

inteligente. Me enviaron a mí. Por la noche, le acompañé para hacer un reconocimiento. Al día siguiente atacamos y echamos al enemigo de la ciudad. Durante esa batalla fui el ayuda de campo del general. El enemigo, en su retirada de cuatro leguas, quemó todos los puentes del Linth. A los dos días, como avanzaban sobre nuestra derecha, el general Molitor me envió a Zurich para llevar una carta al general Massena, en la que seguramente le pedía refuerzos. Hice las 20 leguas que hay desde Glaris a Zurich en nueve horas. Al día siguiente regresé en una chalupa por el lago. Bajé en Reicheville a siete leguas de Zurich. ¿Adivina con quién me encontré al poner pie en tierra? ¡Con el señor la Tour
d'Auvergne!
Estaba con el general Humbert. Me reconoce, me abraza, y yo le beso emocionado. Me presenta al general como el nieto del mariscal de Sajonia. El general me invitó a comer y me hizo acostar en su casa; lo necesitaba muchísimo, pues estaba extenuado. Al día siguiente, la Tour
d'Auvergne,
quien se dispone para regresar a París muy pronto, conversó conmigo; me habló de ti. Agregó que me será muy fácil obtener una licencia de tres semanas este invierno para ir a verte; que el Directorio nombra cinco oficiales por año y que yo podía estar entre ellos. Hablará de este asunto con Beurnonville. Él también tiene influencia sobre el Directorio, y se encargará de mi licencia. ¡De modo, mi buena madre, que podré abrazarte gracias a tu *maldito héroe*! Beurnonville podrá destinarme a su estado mayor lo que me concederá libertad para verte más a menudo.

»Dejamos Glaris hace cuatro días para instalarnos en Constanza. Llegamos durante el combate, y por la noche éramos dueños de la ciudad. Estamos descansando de nuestra fatiga en el pueblo donde te escribo. Las hostilidades están próximas a su fin. Suiza está evacuada.

»En este instante recibo dos cartas tuyas fechadas el 6 y el 9 fructidor. ¡Qué bien me siento después de haberlas leído!

»¿Quieres conocer al jefe de brigada? Se llama Ordener. Es un alsaciano de cuarenta años, alto, seco, muy serio, terrible durante el combate, jefe excelente, muy preparado en su oficio, en historia y en geografía. A primera vista se parece a "Roberto, jefe de los

bandidos”. Me recibió muy bien, gracias a la recomendación de Beurnonville.

»Recibí los ciento cincuenta francos que me mandaste a Thionville. Pagué todas mis deudas, salvo una cuenta de vino que importa treinta libras. Preferí salir sin un centavo antes que dejar deudas. No he hecho fortuna en la guerra, ya que hace cuatro meses que las tropas no han sido pagadas. Dile a Deschartres que me acordé de él durante el cañoneo y a mi criada que hubiera debido venir a cuidarme en el campamento.»

En pocas palabras recordaré cuál era la situación de Europa en aquella época. Nuestros plenipotenciarios al congreso de Rastadt habían sido cobardemente asesinados. La guerra había vuelto a empezar. Massena salvó a Francia en 25 días, en Zurich, haciendo evacuar Suiza. Suwarow se retiró detrás del Rhin. Bonaparte, de regreso de Egipto, acababa de desembarcar en Francia.

Desgraciadamente, tengo muy pocas cartas de mi abuela a su hijo. He aquí una. Está muy gastada, muy ennegrecida. Hizo el resto de la campaña sobre el pecho del joven soldado, quien pudo reintegrarla al tesoro de la familia.

«Nohant, 6 brumario, año 8.

»¡Hijo mío, qué has hecho! ¡Has dispuesto de tu suerte, de tu vida, de la mía sin mi permiso! He sufrido tormentos increíbles durante seis semanas a causa de tu silencio. Los días de correo eran días de agonía, y estaba casi más tranquila los días que no debía esperar nada. ¡Hijo mío, te deseo que no sufras nunca lo que yo he sufrido!

»Por fin ayer recibí tu larga carta. ¡La tuve largo tiempo apretada sobre mi corazón sin poder abrirla! Las lágrimas me enceguecían cuando quise leerla. Imaginé que te hubieran llevado a Holanda. Detesto ese país y ese ejército; no sé por qué. Todos esos muertos, todos esos heridos me helaban de espanto.

»Estaba muy lejos de pensar que te encontrases en el ejército victorioso de Massena. Tú le diste suerte, a tí te deben su gloria. ¡Tres batallas en quince días y estás sano y salvo, gracias a Dios!

¡Dios mío, si éstas fuesen las últimas! Concibo, hijo mío, las razones que determinaron tu entrada en la guerra. Es evidente que el señor d'Harville
te contenía por consideración hacia mí. Debes agradecérselo.

»¡Qué suerte que te hayas encontrado con el señor de la Tour d'Auvergne!
Podrá afirmar que hiciste la campaña y él, que no pide nada para sí mismo, sabrá hacer ayudar a aquellos por quienes se interesa. Yo me ocuparé de tu licencia dirigiéndome al general
d'Harville…
Se tienen más consideraciones para los caballos y los perros durante la paz que con los hombres durante la guerra. ¡Y resistes tantas fatigas! ¡Y las olvidas para salvar la vida de un desgraciado! Tu buena acción me ha enternecido profundamente. Te admiro por tu valor, tu sensibilidad; por la elocuencia que desplegaste, y comprendo que hayas dormido después tranquilamente sobre tu capote. Únicamente la virtud concede esa dicha, ¡desgraciado del que no la conoce! Tu buena acción fue única, no hubo en ella ni ostentación ni instinto de imitación. Dios sólo te veía, tu madre únicamente debía saberlo.

»Bajo este gobierno puedes hacer una carrera más rápida de lo que se hubiera podido esperar en otra época. Los hombres de hoy querrán que el descendiente de un héroe entre en la vida pública… Aún no puedo creer, como dices, que en el mes de enero podré estrecharte entre mis brazos. Todo el mundo se enterará de que venciste al enemigo. Te adorarán en La Chatre… Mi salud anda igual. Tomo agua de Vichy, que a veces me alivia… La Petite Maison anda muy bien. Está "monstruoso". Tiene una risa encantadora. A algunas personas deberé decirles que te marchaste obligado a la guerra. Encontrarían que por tu nacimiento no hubieras debido demostrar tanto entusiasmo por la República. La situación es complicada, pues debo decir bien alto a unas personas lo que a otras he de disimular. Tú, al servir a la patria, has juzgado cumplir con un deber sin parar mientes en las consecuencias…»

«Cantón
d'Appenzel,

28 vendimiario, año 8. Ejército del Danubio, 3 división.

»Desde el valle de Rhinthal, al pie de montañas cuyas cimas brillantes se pierden en las nubes, te escribo hoy, mi buena madre. Si existe un país inhabitable, miserable y detestable a pesar de su sublimidad, es éste. Los habitantes son medio salvajes. Viven únicamente de raíces y de productos lácteos, moran durante todo el año entre rocas. No tienen noción de cultura ni de comercio. Días pasados se admiraron al vernos preparar sopa, y encontraron detestable el caldo que les hicimos probar. Ayer visitamos todos los campamentos que se encuentran sobre la orilla del Rhin. Yo acompañé al general.

»Me encuentro muy bien de salud, aunque sometido a todas las guardias, a todos los vivaques y a todas las fatigas, igual que los demás. Y aunque estuviera diez veces peor no lamentaría el paso que he dado. El régimen militar me sienta mucho; he crecido bastante, todos los que han dejado de verme durante un mes se dan cuenta de ello. Tengo más cuerpo y me encuentro cada día más fuerte y más ágil.

»Aquí se cree que la llegada de Bonaparte decidirá la paz. Los rusos están casi extenuados. Los austríacos los detestan. Observa los mapas y verás nuestras posiciones; si llegamos a Rheineck será para entrar a Suavia. Me preguntas si he hecho hacer mi nuevo sello —un sable rodeado de laureles con esta leyenda: —“quiere merecerlos”—. Sí mi buena madre; yo lo dibujé y lo mandé hacer en Thionville. Me alegro mucho que te guste y lo prefieras a los escudos de armas que nos han suprimido.»

Capítulo XIII

«Alstedten, 7 brumario, año 8 (Octubre, 1799). Ejército del Danubio, cuarta división.

»Hace ocho o diez días que, por casualidad, soy ayudante del general de brigada Brunet. Con él fui al cuartel general de Soult y allí me encontré con el general Mortier, a quien había visto en Colonia en casa del general
d'Harville.
Me reconoció desde muy lejos y a través de una ventana. Durante la comida, el general Mortier relató al general Brunet mi actuación en la guerra. Maulnoir, como buen camarada me elogió y dijo que yo dominaba perfectamente el alemán. En vista de esto el general Brunet me dijo que haríamos la campaña juntos y que su mesa sería la mía.

»Anteayer fui con el ayuda de campo del general a parlamentar al campamento de los austríacos. Avanzamos por las orillas del Rhin con toques de corneta para evitar que nos cañonearan. El oficial de guardia austríaco nos hizo un gran saludo y nos dijo que vendrían a buscarnos. En efecto, llegó un barco y pasamos a la otra orilla. La conferencia se realizó entre un oficial de húsares de Granitz y el ayuda de campo del general Brunet que oficiaba como intérprete. Después de haber tratado los asuntos que nos llevaron allí, conversamos y reímos cordialmente. Bebimos a la salud de Bonaparte, del príncipe Carlos y del Directorio. Nos separamos como los mejores amigos del mundo.

»Estoy continuamente entre generales y jefes de brigada, comiendo muy bien y bebiendo mejor, pero sin un centavo en el bolsillo; esto es bastante incómodo. Cuando puedas mandarme dinero, lo diriges al ciudadano Brunet, general de brigada en la tercera división.»

El general Brunet fue un oficial superior muy distinguido. Su padre, general de la República, pereció en el cadalso en el año 1793. El joven Brunet fue nombrado general en 1794; en 1801 tomó parte en la expedición de Santo Domingo y en 1802 se apoderó de Toussaint-Louverture.

«Alstedten, 3 frimario, año 8 (Noviembre, 1799).

»Desde hace cuatro horas, mi buena madre, no estoy con el general Brunet, y te diré por qué. El general de brigada le pidió que me mandara de vuelta a mi compañía porque me iba a nombrar mariscal de alojamiento. Al despedirnos me besó, y me dijo que me veía partir con una pena enorme, y que consentía en nuestra separación porque mi ascenso así lo exigía. Me dijo también que en cuanto me ascendieran haría todo lo posible para que yo volviera a su lado. Sus ayudas de campo, sus secretarios y hasta sus sirvientes se despidieron de mí con todo cariño. Los últimos decían que me echarían de menos porque no había nadie como yo para hacer reír al general.

»Aquí estoy de vuelta en la compañía, pero no será por mucho tiempo y volveré con mi general, al lado de quien he conocido varias personas muy amables. Entre ellas se encuentra el ciudadano Lochet, comandante de la 94 semibrigada, el que reunió las tropas y les hizo hacer frente al enemigo cuando se rompió el puente durante el paso del Linth. Es un hombre altísimo, un verdadero Hércules de carácter muy alegre. Se fijó en mí, cuando después de esa acción yo lo elogié sinceramente. Desde ese día me tiene mucha simpatía.

»El otro día hubo una gran confusión. Los austríacos pasaron el Rhin mientras estábamos comiendo. Inmediatamente dieron la noticia al general y se tocó a generala; los perros ladraban, los habitantes del lugar cerraban las puertas, las mujeres y los niños gritaban. Sin pérdida de tiempo ensillo mi caballo y, por orden del general, corro hasta el puesto atacado para decir al comandante Lochet que hiciera retroceder a los austríacos hasta el Rhin mientras se le enviaban refuerzos. Marcho a lodo galope. Recorrí dos leguas. Creo que hubiera atravesado el infierno con tal de llegar. Llego sin aliento. El comandante Lochet al divisarme avanza hacia mí, con su

seriedad acostumbrada. “Mi comandante, vengo a deciros —expresé — que debéis rechazar a los austríacos hasta el Rhin.”

»El comandante ya lo había hecho; había obligado al enemigo a reembarcarse de nuevo, después de haber hecho algunos prisioneros y matado algunos hombres.

»Regresé con la noticia; pero mi caballo ya cansado por la carrera precedente y demasiado joven para soportar las fatigas de la guerra, no pudo caminar más. Tuve que llegar llevándole de la rienda. Se le hincharon las patas y fue imposible montar en él. Como los rusos podían atacarnos de un momento a otro y como yo estaba desmontado, el general me ofreció dinero para comprarme un caballo. Lo necesitaba imperiosamente, mi buena madre; ésta es una de las desgracias de la guerra. Acepté seis luises y compré el caballito tártaro, ligero como el viento y vivo como la pólvora. Ayer recorrí toda la línea para hacer prestar a las tropas el nuevo juramento. Todos está aquí muy contentos con los últimos acontecimientos.»

De mi abuela a mi padre

«Nohant, 22 brumario, año 8 (Noviembre 1799).

»Si no me hubieras escrito desde el ejército, hijo mío, me hubiera muerto de dolor y de incertidumbre; pues el señor Dupré, a quien escribí para tener noticias tuyas, no me ha contestado aún. ¡Dios quiera que te haya llegado el dinero que te mandé por su intermedio!

»De todas las personas a quienes he escrito sólo recibí contestación del señor de la Tour d’Auvergne.

»Es una carta encantadora, en la cual se interesa mucho por ti y por mí. Me dice que tu modo de ser tan cortés, tu discreción y tu afabilidad han merecido la aprobación de todos los generales a los cuales has sido presentado. Esos elogios me han llegado al corazón, hijo mío; pero lo que me ha apenado mucho es que agrega que el general Humbert ha querido hacerte prometer que lo seguirás a Irlanda. ¡No le habrás contestado afirmativamente! Ese general no sabe que eres mi único hijo. Espero que no tendrás, como él, la manía de la guerra. Sé que amas la actividad, pero también debes

amar la paz, que tan felices nos hace a todos y que es tan deseada por mí… Bonaparte es el jefe de la ciudad y del ejército. Ésta es otra revolución, que puede acarrear grandes acontecimientos. Lo que yo más deseo es la paz. Si tu capitán Coussaud, que parece una persona excelente, pudiera interceder por ti ante Massena, podrías ser oficial. En cuanto al Directorio ya no hay que pensar. Sieyes es el único que queda.»

El general Humbert, a quien se llamaba el general buen mozo, después de campañas brillantes, cayó en desgracia ante Napoleón; en 1794 se distinguió en la Vendée, en 1798, dirigió nuestra expedición a Irlanda y venció a los ingleses; en 1802 rechazó a los negros de Port-au-Prince y en 1814 se fue a reunir con los insurrectos de Buenos Aires.

«Alstedten, 13 frimario (diciembre, 1799).

»Mi ascenso no ha llegado, mi buena madre, y por correr tras él dejé al general Brunet y me encuentro con mis proyectos desvanecidos, pues acaba de comunicarme que se piensa reunir con el ejército de Italia. Esto me desconsuela.

»No he visto el puente del diablo; para ello hubiera debido llegar hasta San Gotardo. Pero he visto el lago de Zurich, el de Constanza, etc… y los glaciares de los alrededores de Glaris. En Muttenthal vi un puente suspendido a una altura de más o menos mil quinientos pies sobre el torrente. Este puente tiene más o menos 12 pies de ancho. He escalado montañas enormes, las cuales dominan valles desolados. En ellas no hay una cabaña, un ser viviente. Reina un silencio espantoso.»

Carta de la Tour
d'Auvergne
a mi abuela

«Passy, 23 frimario, año 8.

»Señora:

»A mi regreso de Montreuil recibí vuestra amable carta. Es usted

demasiado agradecida por la dicha que uno tiene de serle útil en algo. Colocado en la lista de los hombres queridos por la patria, y cuyo nombre no puede pronunciarse sin recibir tributo de admiración y reconocimiento, se puede esperar que el nieto del gran Mauricio a su regreso del ejército será tenido en cuenta por el gobierno. Aumenta también mi esperanza las palabras que os dirigió el general Beurnonville. Supe también que el general d'Harville
había pedido al general Mortier la licencia para vuestro hijo…»

«París (sin fecha).

»Aquí me tienes, atado en París, hasta que me hayan presentado a Bonaparte. Ésta es la voluntad del señor de la Tour d'Auvergne.
Quiere que vaya a encontrarme contigo siendo ya oficial. La presentación debe realizarse dentro de tres o cuatro días. Quisiera que realizaras tu proyecto de venir a París. La señora de Maleteste te ofrece un departamento en su casa. Encontré en la misma casa donde viven los Rodier un departamento muy lindo en el segundo piso; tiene dos dormitorios, salón, "boudoir", comedor, etc., por trescientas libras. Si recibieras pronto nuestras rentas, eso te convendría. Tu presencia acá, mi buena madre, adelantaría mucho mis asuntos, pues no he visto jamás que alguien pudiera resistirse a tus modales y a tus palabras.»

La buena madre fue a París. La presentación a Bonaparte tuvo lugar. Recibió promesas de ascenso a condición de participar en la guerra y distinguirse en ella. El joven no pedía otra cosa. El general Lacuée pidió que fuera agregado al estado mayor del ejército.

Mi padre pasó el invierno en París con sus madre, entregado a la música y a las reuniones con los amigos. Bonaparte consolidó su poder con una rapidez extraordinaria y por los medios más naturales: la satisfacción dada a todos los intereses perseguidos durante diez años de luchas formidables y de anarquía disolvente. Sabido es todo lo que hizo este hombre genial para consolidar el estado moral y material de Francia en el transcurso del año 1800.

La alianza con Rusia y con España. La línea del Rhin afianzada por las campañas de Moreau y los hechos caballerescos de Lecourbe y Richepanse; nuestro ejército llevado por ellos hasta las puertas de Viena; el cruce de San Bernardo, los austríacos vencidos en Montebello y Marengo; Massena entrando en Génova como vencedor a los quince días de haber salido de allí a consecuencia del más glorioso de los sitios; la alianza firmada con el Papa; Nápoles obligado a pedir gracia; el paso del Mincio. Austria obligada a separarse de Inglaterra, y aceptar las condiciones de paz en Egipto, la admirable campaña de Kléber en Heliópolis; los Estados Unidos reconciliados con nosotros y uniéndose, como Suecia y Rusia, a la liga marítima contra Inglaterra. Tales son los acontecimientos grandiosos y maravillosos que, gracias a Napoleón, ayudado de varios generales ilustres, llenaron este año memorable. Los resumo aquí sin orden. No escribo historia; la atravieso en pos de un castigo ocular y de algunos de estos hechos famosos; y este testigo, que los sintió con la energía de la juventud, continuará relatándolos con la simplicidad y el encanto que no siempre se encuentra cuando se relata para el público.

El año 1800 vió caer a tres héroes: Kléber, Desaix y la Tour d'Auvergne.

Los dos primeros aureolados por el genio de las grandes operaciones militares; el tercero, arrojado por gusto y por elección en una vida tan agitada como poco brillante, gloria modesta y pura que acerca al ideal por exceso de desinterés. El primer granadero de los ejércitos de la República murió en el campo del honor el 28 de junio de 1800, en un combate heroico cerca de Neubourg. El ejército entero lo lloró. Mi padre lo sintió profundamente.

A fines de floreal el autor de mis días obtuvo el pase al primer regimiento de cazadores, con la promesa de hacer la campaña con el general Dupont, como ayudante de estado mayor.

«Lyon, 25 floreal, año 8 (Mayo, 1800).

»Llegué anoche, mi buena madre. Antes de acostarme comí opíparamente. Espero aquí, hasta mañana, la partida del correo para Génova. Sin embargo, la noche me pareció muy larga. Me despertaba a cada rato creyéndome todavía a tu lado. Todo el

mundo me asegura aquí que el estado mayor no está ya en Génova sino en Lausana. Estoy hasta ahora poco satisfecho con Lyon. Los muelles del Ródano son muy pintorescos, pero la ciudad con sus casas altas y sus calles estrechas es triste, sombría y sucia. Hay tanta población y movimiento como en París; pero es un movimiento triste; es la agitación del trabajo y no la del placer.»

«Lausana, 28 floreal (Mayo 1800).

»Mi buena madre, corro en pos del estado mayor. Éste ya no se encuentra en Génova. En ese lugar me incorporé a una caravana formada por seis oficiales. Salimos mañana por la mañana y creo que comeremos en el convento de San Bernardo. Por fin voy a ver al gran San Bernardo y te diré si la decoración de Freydeau se parece a la naturaleza y si los monjes cantan tan bien como Cherubini los hace cantar en París.»

«Cuartel general Verres, 4 pradial.

»Por fin me encuentro aquí. Fue bastante complicado viajar a través de montañas, desiertos espantosos y pueblos devastados. Nos encontramos con el cuartel general en el fuerte de Bard, el cual nos impide entrar en Italia: estamos ahora en medio de los precipicios del Piamonte. Ayer me presenté ante el general Dupont. Me recibió muy bien. Me encuentro en un lugar donde nos morimos de hambre. Noto que desde que estoy aquí los ayudas de campo y el ayudante general son más amables conmigo que con otras personas. Atravesé el monte San Bernardo. La realidad sobrepasa a las descripciones y las pinturas. La víspera dormí en el pueblo de San Pedro, el cual se encuentra al pie de la montaña; a la mañana, en ayunas, salí para llegar al convento, que está situado tres leguas más arriba, es decir en la región de los hielos y de la escarcha. Estas tres leguas se recorren entre la nieve, a través de las rocas. No hay una planta ni un árbol; cuevas y abismos a cada paso. Varias avalanchas caídas la víspera hacían el camino intransitable. Caímos varias veces con la nieve hasta la cintura. A través de estos obstáculos media brigada llevaba sobre las espaldas sus cañones y sus bagajes y los levantaban de roca en roca. Fue el espectáculo más

extraordinario que se pueda imaginar el que ofrecía la actividad, la resolución, los gritos y los cantos de este ejército. Dos visiones se encontraban reunidas en esas montañas. Las dirigía el general d'Harville.

¡Estaba helado! Con él me encontré al llegar al convento. Fue muy amable conmigo. En ese momento no pensaba más que en desayunarme. No acepté su invitación porque deseaba quedarme con mis compañeros de viaje. Conversé con el prior durante la comida muy frugal que nos hizo servir. Me dijo que su convento era el lugar habitado más alto de Europa.

»Me mostró los perros que le ayudaban a buscar las personas perdidas en la nieve. Bonaparte los había acariciado una hora antes y yo lo imité. Después de habernos despedido de él bajamos hasta llegar al valle de Aosta, en Piamonte. En cuanto llegué, corrí al palacio del cónsul para ver a Leclerc. La primera persona a quien encontré fue Bonaparte. Corrí hacia él para agradecerle mi nombramiento. Me interrumpió bruscamente para preguntarme quién era. "El nieto del Mariscal de Sajonia".

»"¡Ah sí! ¡Ah bueno! ¿En qué regimiento está usted?". «Primero de cazadores». «¡Ah, bien; pero no está acá! ¿Está usted, pues agregado al estado mayor?» «Sí, general» «Está bien, tanto mejor; estoy contento de verle». Y volvió la espalda… Estoy de golpe agregado al estado mayor y con el consentimiento de Bonaparte, sin esperar los *famosos y mortales tres meses.*

»Te dije que nos encontrábamos ante el fuerte de Bard el cual nos impedía el paso a Italia, mas se tomó la resolución de rodearlo, de modo que el cuartel general se establecerá mañana en Ivrea.»

«Pradial, año 8 (sin fecha).

»Estamos en Milán; y si continuamos en este tren pronto estaremos en Sicilia. Bonaparte ha transformado el estado mayor general en una vanguardia de las más ágiles. Nos hace correr como liebres. Te hablé del fuerte de Bard. Bonaparte, apenas hubo llegado, ordenó el asalto del mismo. Pasa revista a seis compañías. "Granaderos, dijo, hay que subir allí esta noche, y el fuerte es nuestro". Algunos instantes después fue a sentarse sobre la punta de una roca, lo seguí y me coloqué detrás de él. Todos los generales de

división lo rodeaban. Loison le hacía objeciones sobre la dificultad que representaba el escalar rocas bajo el fuego del enemigo.

»Bonaparte no quiso escuchar nada. El asalto estaba ordenado para las dos de la mañana. Yo no tenía orden de ir allí. Pero después de comer y haberme despedido de mis compañeros regresé a Bard. Se llega a ese fuerte por un largo valle bordeado de rocas inmensas cubiertas de cipreses. La noche estaba oscura y el silencio que reinaba en ese lugar salvaje no estaba interrumpido más que por el ruido de un torrente que corría en las tinieblas por los cañonazos sordos de alejados del fuerte. Avanzo rápidamente. Escucho ya más distante los cañonazos. Pronto diviso el fuego, veo dos hombres acostados detrás de una roca. Me indican dónde estaba el general Dupont. Estaba sobre el puente de la ciudad de Bard. Me acerco a él.

»Se hizo avanzar seis piezas de artillería y cañones al pie del fuerte. Los ayudantes de campo del general las acompañaron y yo los seguí. Cuando estábamos en medio de la ciudad cayeron tres granadas. Entramos en una casa abierta, y después de la explosión volvimos escoltados por granadas y cañonazos. El ataque no tuvo resultado. A la mañana siguiente salimos para Ivrea. Fuimos por un camino peligrosísimo. Varios de los nuestros cayeron en los abismos. Un caballero de Bonaparte se rompió una pata. Después de muchas fatigas llegamos al llano, y el general Dupont, viéndome muy cansado, me dio un caballo para montar. Continué con los ayudas de campo, con los de Bonaparte y los de Berthier, y en medio de esta comitiva brillante, un ayudante de campo del general Dupont, llamado Morin, tomó la palabra y dijo: “Señores, entre treinta ayudantes del estado mayor, el señor Dupin, llegado anteayer, y sin tener aún caballo, es el único que estuvo con el general en el ataque del fuerte.”

»Los otros se habían quedado prudentemente acostados. Debo decirte que tal como lo supuse a mi llegada, este estado mayor no vale nada.

»Se da el título de ayudante a cualquiera. El estado mayor se depura a medida que avanzamos. En las diferentes plazas por donde atravesamos quedan los más inservibles. Lacuée se equivocó al alabarte las ventajas de este empleo. Estamos mucho menos considerados que los ayudantes de campo. Corremos como

ordenanzas, no estamos con el general y tampoco comemos con él.

»Cuando llegamos a Ivrea vi que tendría que darme prisa para obtener un caballo. Caminé rápido hasta los puestos de vanguardia. Por quince luises obtuve un caballo por el cual hubiera pagado treinta en París. Es un húngaro salvaje, que pertenecía a un capitán enemigo. Es de color gris. Sus patas son de una finura y de una belleza incomparables. Su mirada es de fuego. Muerde como una bestia salvaje a todos los que no conoce, y no se deja montar más que por su amo. Me costó mucho convencerlo: ese pillo no quería servir a Francia. Corre como el viento y salta como una cabra.»

Capítulo XIV

El señor Dupin de Francueil tenía 60 años cuando se casó con mi abuela. Se había casado en primeras nupcias con la señorita Bouilloud, de la cual tenía una hija. Esta hija se casó con el señor Dupin de Chenonceaux, con el cual había tenido dos hijos, René y Augusto, a quienes mi padre amó como a hermanos.

Fragmento de la carta que mi padre escribe a uno de sus sobrinos:

«… Devastamos un país admirable. La sangre, la carnicería, la desolación nos siguen. Nuestras huellas están marcadas por muertos y ruinas. La terquedad de los austríacos nos obliga a cañonear todo. Soy el primero en lamentarme de esto y, sin embargo, soy también el primero en apasionarme por las conquistas y la gloria y en desear impacientemente que se luche y que se avance… Si se pudiera elegir la existencia, yo viviría cerca de mis queridos sobrinos y los haría rabiar de la mañana a la noche.»

De Mauricio a su madre

«Stradella, 21 pradial.

»Corremos como demonios; ayer atravesamos el Po y castigamos al enemigo. Estoy muy cansado, ando siempre a caballo, encargado de misiones delicadas y penosas; me he desempeñado hasta ahora bastante bien, te daré más detalles cuando disponga de tiempo. Por esta noche, te beso y te digo que te amo.»

«Cuartel general, Torre de Garófalo, 27 pradial, año 8.

»Después del glorioso hecho de Montebello, llegamos el 23 a Voghera. De allí salimos al día siguiente a las seis de la mañana guiados por nuestro héroe, y a las cuatro de la tarde llegamos a las llanuras de San Julián. Allí encontramos al enemigo, lo atacamos, lo vencimos y lo arrinconamos bajo los muros de Alejandría. La noche separa a los combatientes. El primer cónsul y el general en jefe se alojan en una granja de Garófalo. Nosotros nos acostamos en el suelo, sin comer, y dormimos.

»A la mañana siguiente, el enemigo nos ataca. Era en un frente de dos leguas. El cañoneo era ensordecedor. Nunca se había visto al enemigo tan fuerte en artillería. Hacia las nueve, la carnicería era tal, que dos columnas de heridos y de gente que los llevaban se había formado en el camino de Marengo a Torre de Garófalo. Nuestros batallones eran rechazados de Marengo. Las balas caían de todos lados. Una rozó el lomo de mi caballo. El estado mayor delibera sobre lo que se debe hacer. Me envían al ala izquierda con el ayudante general Stabenrarth. En el camino encontramos un pelotón del 1.º de dragones. El jefe avanza tristemente hacia nosotros. Nos muestra los doce hombres que lo acompañan y que son el resto de los que formaban su pelotón por la mañana. Una bala aturde de tal modo a mi caballo que se echa sobre mí. Me zafé de él ágilmente. Lo creía muerto; por suerte, no estaba más que aturdido y se levantó en seguida. Nos reunimos con el ala izquierda. Está retrocediendo. Como mejor pudimos, formamos un batallón. Apenas terminamos con esto, vemos una columna de soldados que huye a todo correr; el general me ordena hacerlos detener. Era un asunto muy difícil. Se oían gritos espantosos; un polvo denso nublaba el ambiente. En este instante me paro en medio del camino y grito: “¡Alto a la cabeza!” Reanudo la marcha; no veo un jefe, ni un oficial. Encuentro a Caulaincourt, el joven, herido en la cabeza, y huyendo, llevado por su caballo. Por fin, encuentro un ayuda de campo. Nos esforzamos para detener el desorden. Bajo del caballo, formo un pelotón. Quiero formar otro, mas apenas había empezado, el primero ya se había deshecho. Abandonamos la empresa y corremos a reunirnos con nuestro general en jefe. Vemos que Bonaparte se bate en retirada.

»Eran las dos. La consternación era general, los caballos y los hombres estaban extenuados por el cansancio. Los heridos llenaban

los caminos.

»Veía ya el Po y el Tesino, los cuales tendríamos que atravesar nuevamente, en un país donde cada habitante es enemigo nuestro, cuando en medio de estas tristes reflexiones, un ruido consolador reanimó nuestro espíritus. La división Dexaix y Kellerman llega con trece cañones. Se rehacen las fuerzas, se detiene a los que huyen. Se produce el encuentro con el enemigo y éste huye a su vez. Se carga con alegría. Nos apoderamos de ocho banderas, seis mil hombres, dos generales y veinte cañones. La noche nos impide aumentar nuestro botín.

»A la mañana siguiente el general Melas manda un parlamentario. Es un general; se le recibe en el patio de nuestra granja al son de la música de la guardia consular y se le presentan armas. Trae proposiciones. Nos ceden Génova, Milán, Tortona, Alejandría, Acqui; en fin, una parte de Italia y el Milanesado. Se reconocen vencidos. Comeremos hoy en el alojamiento de ellos en Alejandría. Dictaremos órdenes desde el palacio del general Melas. Los oficiales austríacos vienen a pedirme que interceda por ellos ante el general Dupont. Esto es muy cómico: hoy el ejército francés y el ejército austríaco forman uno solo.

»Esta noche el general Stabenrarth, nombrado para la ejecución de los artículos del tratado, y con el cual estuve en la mañana de la batalla, me dijo, apretándome la mano, que estaba contento conmigo, que yo había sido como un diablo bueno y que el general Dupont estaba enterado de todo. En efecto puedo decirte, mi buena madre, que estuve muy sereno todo el día bajo las balas.

»Tenemos un número enorme de heridos y como casi todos lo fueron por balas de cañón, muy pocos se salvarán. Cien de ellos fueron alojados ayer en el cuartel general y esta mañana el patio estaba lleno de muertos. La llanura de Marengo está cubierta de cadáveres en un espacio de dos leguas. El aire es irrespirable, el calor espantoso. Mañana salimos para Tortona; me alegro mucho, pues además de morirse de hambre uno aquí, sería imposible quedarse a causa de la infección. ¡Y qué espectáculo; uno no se acostumbra a eso!

»A pesar de esto, estamos todos muy bien dispuestos, ¡así es la guerra! Los ayudas de campo del general me demuestran mucha amistad. Se terminó la inquietud, mi buena madre; ya llega la paz.

Duerme sobre tus dos orejas. Pronto descansaremos sobre nuestros laureles. El general Dupont me hará teniente. Me olvidaba casi de comunicártelo. Como su ayuda de campo ha sido herido, ya le reemplazo ahora.

»Adiós, mi buena madre; estoy deshecho por el cansancio y voy a acostarme sobre la paja. Te beso con toda mi alma.

»También escribiré a mi tío Beaumont.»

Carta de Mauricio a su tío

«Al ciudadano Beaumont, en el hotel de Bouillon, muelle Malaquais, París. Turín… mesidor, año 8 (Junio o julio, 1800).

»¡Pim, pam, puf, patrata! ¡Adelante! ¡Suena la carga! ¡En retirada! ¡En batería! ¡Estamos perdidos! ¡Victoria! ¡Sálvese quien pueda!… Muertos, heridos, brazos quebrados, prisioneros, caballos; una confusión; un bochinche magnífico, he ahí, mi bueno y amable tío, en dos palabras, el panorama nítido y claro de la batalla de Marengo, de la cual vuestro sobrino volvió en muy buena salud. Después de haber sido empujado él y su caballo por el paso de una bala de cañón y de haber sido obsequiado durante quince horas por los austríacos por el fuego de treinta cañones y de más de treinta mil fusiles. Sin embargo, todo no es tan brutal, pues el general en jefe, contento por mi sangre fría y del modo como reuní a los que huían para llevarlos otra vez al combate, me nombró teniente en el campo de batalla de Marengo. Ahora, cubierto de gloria y de laureles, después de haber comido en casa de papá Melas y de haberle dado nuestras órdenes en su palacio de Alejandría, volvimos a Turín con mi general, nombrado ministro extraordinario del gobierno francés, y damos leyes al Piamonte; nos alojamos en el palacio del duque de Aosta y tenemos caballos, coches, diversiones, buena mesa, etc. El general Dupont ha licenciado a todo su estado mayor; ha conservado únicamente sus dos ayudas de campo y a mí, de manera que soy el único agregado al ministro. Desgraciadamente, la guerra está terminada; mala suerte, pues con tres o cuatro rodadas por el polvo en los campos de batalla hubiera llegado a general. Sin embargo, no pierdo la esperanza. Cualquier día de estos, los asuntos se embrollan otra vez y nos desquitamos del tiempo perdido. No se enoje conmigo, mi buen tío, por haberme

quedado tanto tiempo sin escribirle. Pero nuestras carreras, nuestras conquistas, nuestras victorias, absorbieron todo mi tiempo. En adelante seré más exacto. No me costará mucho hacerlo, puesto que no tendré más que seguir el impulso de mi corazón; él me lleva siempre hacia mi buen tío, a quien beso con toda mi alma.

»Ruego al señor de Bouillon que acepte el homenaje de mi respeto. *Mauricio.»*

En una tercera carta sobre la batalla de Marengo, dirigida a los jóvenes Villeneuve, mi padre agrega algunas circunstancias omitidas ex profeso en sus otras cartas: «Vuestro respetable tío, después de haber sido acariciado por una bala, derribado por otra con su caballo; después de haber recibido un culatazo que le hizo escupir sangre durante una hora, se curó corriendo todo el día al trote y al galope, etc… Además, mis amigos, si no me hice matar, no es mía la culpa… El detalle de todas mis penurias sería demasiado largo, pero imaginamos lo que debe ser quedarse sin comer en llanuras ardientes durante tres días…»

De Mauricio a su madre

«A la ciudadana Dupin, calle de la ville
l'Eveque,
número 1305, Faubourg Honoré, París, Turín, 10 mesidor, año 8 (Junio, 1800).

»Ya tengo mi despacho de teniente. El general Dupont se lo solicitó al general en jefe, quien lo redactó él mismo, del modo siguiente: "Nombro al ciudadano Dupin, teniente en el campo de batalla de Marengo." ¡Qué linda fecha! ¡Me falta un paso para ser capitán y no diez años como algunas personas decían!

»El que te lleva y te remite mi carta es el mejor y el más amable de los jóvenes de la tierra; fue nombrado jefe de escuadrón sobre el campo de batalla. Es Laborde, ayuda de campo de Berthier, cuyo caballo fue muerto en Marengo y que casi lo aplastó. Es muy apreciado por el cónsul y por todos los generales.»

«Turín, 10 termidor, año 8.

»Como el general Jourdan nos reemplaza en Turín, Morin y yo fuimos enviados anteayer a Milán para conversar con el general Massena. Éste nos recibió muy bien y nos mandó decir al general Dupont que sería siempre muy bien recibido por él como camarada. Por consiguiente, si la guerra vuelve a empezar, como Massena dijo durante la comida, dirigiremos una división. Todo eso me agradaría mucho, pues nunca he estado más ávido de combates y de gloria. Además, considerando bien las cosas, nuestro oficio es muy tonto cuando no se combate. Cuando no se mata a nadie, parece que se nos preguntara qué hacemos con nuestros sables y nuestros uniformes, y somos considerados como los seres más inútiles de la sociedad. Mas, en cuanto el peligro amenaza nuestro territorio, se nos proclama vengadores, sostenedores, héroes de Francia. Somos como los abrigos, de los cuales uno se sirve cuando hace frío y se olvida cuando el tiempo está bueno.

»Milán es un ejemplo de la abundancia, del lujo y de los placeres. El coso es brillante como lo eran en otra época nuestros bulevares. Cuatro hileras de coches lo recorren todas las noches. Los bailes son hermosos, y en Milán, como en París, los emigrados respiran aire nativo. En el teatro grande se representaba *El barbero de Sevilla.* Quedé encantado. El trozo que canta Almaviva, disfrazado como profesor de música es maravilloso.

»A mi regreso, el general me interrogó largamente sobre nuestro viaje. En la casa se alegraron infinitamente al recibirnos. Se había hecho correr la voz de que nos habían asaltado en el camino. En efecto, estuvimos en peligro. En la víspera de nuestro viaje, hubo dos coches asaltados y un correo muerto. Morin y yo nos habíamos preparado muy bien para la defensa. Nuestro coche era una calesa descubierta y muy alta, de modo que, desde lejos, podíamos vigilar el camino y apuntábamos. Cada uno teníamos un fusil, dos pistolas y nuestros respectivos sables. Todos estos preparativos no fueron inútiles. En Buffalora, el jefe de postas puso dificultades para darnos caballos, diciendo que seríamos asaltados. Eran las once de la noche. No tuvimos en cuenta sus temores y partimos. Al cabo de una hora de marcha, como yo miraba continuamente de derecha a izquierda, vi que de un paso estrecho salían algunos hombres, en seguida apunto sobre ellos. Morin procede en la misma forma;

nuestra actitud les atemoriza. Forman estos hombres parte de una banda bien organizada, pero no aguerrida. Si se les deja atacan en pleno día. Si no se les teme, huyen en la oscuridad. No se concibe que, en un país tan rico, sus habitantes sean bandidos. Algunos de ellos realizan sus hazañas, a veces, a unos pocos pasos de sus casas.»

«Milán… fructidor, año 8 (Septiembre, 1800).

»Hace mucho que no te escribo, mi buena madre; pero es que hemos estado muy ocupados durante la última temporada en Turín para poner en orden los asuntos de nuestro ministerio.

»Y en Milán debimos realizar muchas visitas con el general Dupont, que continúa siendo muy amable conmigo. Tus cartas han contribuido mucho a ello. Formo parte de todos sus viajes, de todas sus diversiones.

»Acaba de ser ascendido a teniente general. Dirige el ala derecha del ejército, formada por 18,000 hombres. Salimos mañana por la noche para Bolonia. Nuestro tiempo transcurre entre paseos en coche y en comidas. Por la noche vamos al coso y al teatro; éste es magnífico. Los *ballets* están muy mal bailados, pero los decorados son espléndidos. La cantante y el tenor son admirables. En resumen, por obligación debo divertirme, pero me divierto en grande. La vida en Milán es muy agradable; mas dos meses pasados entre placeres no adelantan en nada. Es como si se hubiese dormido durante este tiempo; y, en cambio, dos meses de vida de campamento pueden hacerme capitán. Adiós, mi buena madre; te beso con toda mi alma.»

Capítulo XV

«Bolonia, 24 fructidor, ejército de Italia. Libertad, igualdad. Cuartel general en Bolonia, 17 fructidor, año 8 de la República Francesa, una e indivisible. Dupont, teniente general, al ciudadano Dupin, agregado al estado mayor, ala derecha del ejército.

»Deseo, mi querido Dupin, que en cuanto reciba esta carta se dirija inmediatamente a Bercello. Allí debe enterarse de los medios que hay para atrevesar el Po, desde Cremona hasta ese punto. Debe prevenir a la administración de Bercello que llegarán tropas pertenecientes al ala derecha del ejército; la misma noticia la comunicará en Guastalla, a fin de que ambas localidades se preparen para la subsistencia de dichas tropas. Trate de enterarme de cuál es la posición general de su ejército y cuántas son las fuerzas de la guarnición de Mantua. Después de esto vaya usted a Bolonia o a mi cuartel general, si es que he dejado esa plaza. Hágase acompañar por un gendarme y tome en camino todas las escoltas que le sean necesarias. Es esencial saber si los austríacos tienen intenciones hostiles. Si puede usted conseguir algunos espías, hágalo o, si no, envíemelos. Amistosos saludos. *Dupont*.»

De Mauricio a su madre

«Bolonia, 24 fructidor.

»Te envío esta carta de mi general, para que te des cuenta de que mi conducta inspira confianza, puesto que entre seis ayudantes, he sido elegido para cumplir una misión delicada.

»Cumplí lo mejor posible la tarea que me encomendó el general. Recorrí en tres días todo el frente. Llegué ayer y por la noche tuve la satisfacción de ver mi parte ya en manos del general en jefe. Estoy muy satisfecho porque amo la guerra cuando comprendo los

movimientos y las causas de la misma. Ya que la educación ha despertado en mí algunas luces, las consagro a mi país.

»Atravesé los Estados del duque de Parma y me creí en el año 88. Por todas partes vi flores de lis, sombreros bajo el brazo, etc. Eso parece muy raro en estos días. En las calles nos miraban como si fuéramos animales raros. En las miradas leíamos una mezcla de terror y de odio. Todo eso era muy cómico. Poseer los prejuicios, la estupidez y la cobardía de nuestros realistas de París.

»Fui a visitar la academia de pintura y el inmenso teatro, que fue construido en una forma semejante a la de los circos antiguos. En él no se representa nada desde hace dos siglos; está en ruinas. Mas todavía es admirable.

»En Bolonia visité la galería de San Pedro, una de las más famosas colecciones de Italia. Allí están las más hermosas obras de Rafael, de Guido de Guerchin y de Carrache. Estuve también visitando la torre inclinada, que tiene 140 pies de alto, con una base de nueve pies; y luego la Santa plancha pintada, según creen, por San Lucas. Le han construido una iglesia magnífica sobre la primera saliente del Apenino. Se llega a ella por una hermosa galería de una legua y media de extensión. Tiene grandes arcadas regulares costeadas por personas poderosas que desean conquistar el paraíso. Todas esas bellezas clásicas y religiosas no me han impedido en Bolonia el apreciar la excelencia de las mortadelas. Como no te puedo mandar una de ellas, elegí para ti un camafeo de ágata. No será muy antiguo, pero me pareció muy lindo.»

«Florencia, 26 vendimiario, año 9 (Octubre, 1800).

»Acabamos de romper la tregua. En tres días nos apoderamos de Toscana, y de la hermosa y deliciosa ciudad de Florencia. El señor de Sommariva, sus famosas tropas y sus terribles campesinos armados, han huido al aproximarnos nosotros. Con el general Dupont, comandante de la expedición, atravesamos los Apeninos, y ahora descansamos con toda comodidad bajo los olivos, los naranjos y los limones que bordean las orillas del Arno. Nuestra entrada en Florencia fue muy cómica. El señor de Sommariva mandó a nuestro encuentro a varios parlamentarios encargados de decirnos que haría desarmar a los campesinos si deteníamos nuestra marcha; pero que

si persistíamos en entrar en Florencia, se haría matar junto a los muros de la misma. A pesar de sus promesas y de sus amenazas, continuamos nuestra marcha. Cuando hubimos llegado a algunas millas de Florencia, el general Dupont me envió, bajo el nombre de general Jablonowski y con un escuadrón de cazadores, para enterarme si el enemigo defendía la plaza. Llegamos militarmente al trote, con el sable en la mano. No encontramos resistencia. Entramos en la ciudad y nadie nos detiene. En una esquina nos encontramos frente a frente con un destacamento de coraceros austríacos. Nuestros cazadores quieren combatir con ellos. El oficial austríaco avanza hacia nosotros con el sombrero en la mano, nos explica que él y su piquete forman la guardia de policía y que está obligado a quedarse en la ciudad. Una razón tan poderosa nos desarma, y le rogamos cortésmente que vaya a reunirse con el resto del ejército austríaco. Llegamos a la plaza grande; allí los diputados del gobierno nos reciben. Establezco el cuartel general en el mejor barrio y en el más hermoso palacio de la ciudad. Voy en busca del general Dupont y juntos entramos triunfalmente en la ciudad.

»Esa misma noche hay función en la gran ópera, nos reservan los mejores palcos y nos envían buenos coches para llevarnos; estamos, pues, como dueños de casa… Nos quedaban por tomar dos fuertes. Mandamos decir a los dos comandantes que les enviaríamos los coches necesarios para evacuar sus guarniciones. Espantados por tan *terrible* comunicación se rinden en el acto. Esta capitulación nos causó muchísima gracia. Los austríacos han llevado de Liorna la famosa Venus, el Fauno, el Mercurio y cantidad de emperadores y emperatrices de Roma. Los bellos edificios hormiguean en esta ciudad, llena de obras de arte. Los puentes, los muelles y los paseos tienen un distribución semejante a los de París; mas Florencia tiene la ventaja de estar situada en un valle admirable por su aspecto y su fertilidad. Imagínate qué hermoso nos parece todo esto después de salir de los Apeninos…

»Estaremos muy bien si dura esta situación, pero si las hostilidades con los austríacos vuelven a empezar, marcharemos del lado de Ferrara y llegaremos de nuevo a las áridas orillas del Po.

»Ya ves, mi buena madre, que mi vida es muy activa. No quiero separarme del general Dupont, quien me aprecia mucho. Soy su hombre de confianza. Uno de los ayudantes de campo es Jorge La

Fayette. Somos muy amigos y con él formamos el grupo alegre. La señora de La Fayette y su hija están ahora en Chenonceaux. La Fayette y yo hacemos hermosos proyectos paras reunimos en Chenonceaux con nuestras queridas madres en cuanto la paz sea un hecho. Muchos cariños al buen Deschartres; ya que ahora es *alcalde de Nohant,* le hago una gran reverencia y lo beso con todo mi corazón.»

Capítulo XVI

«Roma, 2 frimario, año 9 (Noviembre, 1800)

»Dos días después de mi última carta, el general Dupont me mandó a Roma para llevar unos telegramas al Papa y al comandante en jefe de las tropas napolitanas. Salí con un camarada parisiense y después de treinta y seis horas de marcha llegamos a Roma. Fue una gran extrañeza en el pueblo ver llegar solos a dos franceses uniformados. Nuestra entrada en la ciudad eterna fue muy cómica. Toda la multitud nos seguía, y si hubiéramos querido exhibirnos por dinero, hubiéramos ganado una fortuna. Los romanos son personas inmejorables… El Santo Padre nos recibió con demostraciones inequívocas de amistad y consideración y regresamos muy satisfechos de nuestro viaje. Vimos todo lo que es posible admirar, tanto en antiguo como en moderno. Como me agradan las ascensiones, me entretuve en escalar la parte exterior de la bola de la cúpula de San Pedro. Me dijeron que casi todos los ingleses que vienen a Roma hacen otro tanto; esto me convenció de que mi empresa fue muy seria.

»Adiós, mi buena madre, me llaman para subir al coche. ¡Adiós Roma!»

«Bolonia, 5 frimario, año 9 (Noviembre, 1800).

»Te debes haber dado cuenta, mi buena madre, por el estilo *prudente* de mi carta anterior, que te escribí convencido que media hora más tarde la leería el secretario de Estado, monseñor Consalvi, el cual, a pesar de demostrarnos confianza y amistad, nos espiaba con toda la fuerza de su poder.

»Habíamos ido a Roma nada más que para llevar dos cartas: una al Papa, para pedirle la libertad de personas detenidas por opiniones políticas, y la otra al comandante en jefe de las fuerzas

napolitanas para que notificaran a su gobierno que volvíamos a solicitar la devolución del general Dumas y del Señor Dolomieur, y que, en caso de una negativa, las bayonetas francesas estaban listar para obtener lo que deseaban. Aunque no éramos más que portadores de despachos, nos creyeron enviados para provocar una insurrección y para armar a los jacobinos. Por este motivo, nos hicieron acompañar continuamente por dos oficiales napolitanos, quienes con el pretexto de hacernos respetar no se separaron de nosotros ni un instante. Nos rodearon de trampas y de espías; se hizo reforzar la guarnición; corrió el rumor de que llegarían los franceses. El rey de Cerdeña, que se encontraba en Nápoles, en el acto se fue a Sicilia. El secretario de Estado temblaba al vernos en Roma. Para atemorizarnos, nos repetían sin cesar que temía nuestro asesinato, y que sería prudente que nos sacáramos nuestros uniformes.

»Nos dimos cuenta de que todo esto era una comedia y nos quedamos tranquilamente para esperar la respuesta del rey de Nápoles. La esperamos durante doce días y durante ese tiempo, nuestra conducta y nuestros modales, nos atrajimos la simpatía general. Recibimos y devolvimos la visita de todos los embajadores. Una tarde visitamos al Papa. Allí nuestros uniformes de húsares hicieron gran efecto. El Papa, en cuanto nos vio, se levantó de su sitial, nos estrecho las manos, y nos hizo sentar a su derecha y a su izquierda. Luego tuvimos con él una conversación muy seria y muy interesante sobre la lluvia y el buen tiempo. Al cabo de un cuarto de hora, después que se informó bien de nuestras edades, nombres y grados, le presentamos nuestros respetos: nos dio nuevamente la mano, solicitó nuestra *amistad,* se la concedimos bondadosamente y nos separamos muy contentos uno y otros. Era ya hora, pues empezaba a tentarme de risa al vernos, mi camarada y yo, dos húsares insignificantes, sentados majestuosamente a la derecha y a la izquierda del Papa.

»Al día siguiente fuimos presentados en casa de la duquesa Lanti. Allí había una cantidad enorme de gente.

»Me encontré con el viejo caballero de Bernis y con el joven Talleyrand, ayudante de campo del general Dumas. Mi conocimiento con esos dos personajes causó gran efecto entre los romanos y por eso reconocieron que no éramos bandidos llegados a

la ciudad con la misión, de incendiarla. El general Dupont nos había dado mucho dinero para que representáramos dignamente a la nación francesa. Teníamos coches, palcos, caballos, comidas y conciertos en nuestro alojamiento. Al tratarnos nos decían *Excelencias.* Nos divertíamos tanto, que regresamos sin un centavo. Esta vez servimos a la patria muy cómodamente. Los romanos nos admiraron por nuestra magnificencia y los pobres agradecieron nuestra liberalidad. Esto último es un placer de príncipes, y con seguridad, es el más agradable de todos.

»El secretario de Estado tuvo la amabilidad de ponernos en comunicación con el anticuario más sabio de Roma para que nos hiciera ver todas las maravillas. He visto tantas que he quedado atontado. Confieso que me aburrieron mucho y que, a pesar del entusiasmo de los romanos, prefiero San Pedro de Roma a todos esos montones de ladrillos viejos.

»Finalmente, el anuncio de la reiniciación de las hostilidades puso término a nuestras grandezas. Escribimos al señor Dumas comunicándole que el deseo de reunirnos con nuestras fuerzas no nos permitía esperar más tiempo la respuesta del rey de Nápoles. Salimos acompañados por los dos oficiales napolitanos quienes no nos dejaron hasta nuestros puestos de vanguardia. El señor de Dumas al despedirse muy amablemente, agradeció nuestra conducta. Acabamos de llegar a Bolonia después de tres días y tres noches de marcha. El general Dupont Está del otro lado del Po. Mañana estaré con él. Espero que iremos a Venecia. Tengo la seguridad de que venceremos por todos lados al enemigo.

»Nuestro nombre siembra el temor desde la batalla de Marengo. Cariños para el amigo Deschartres. Dile que vi las ruinas de las casas de Horacio y de Virgilio y el busto de Cicerón y que dije a esos manes ilustres: “Señores, estudié vuestras vidas con mi amigo Deschartres, y vuestras obras sublimes me valieron más de un: *trabaje usted, está usted soñando*”».

«Asola, 29 frimario, año 9 (diciembre, 1800).

»Desde que estamos en Asola, no hacemos más que andar para reconocer los puestos enemigos. A nuestro regreso nos encontramos con amigos alegres y nuestras tertulias se prolongan hasta muy

entrada la noche. Me dirás que debería acostarme temprano. Mas si fueras del temple de un soldado sabrías que el cansancio engendra la excitación y que estamos serenos únicamente ante el peligro. En los demás momentos parecemos locos, y tenemos necesidad de serlo. Debo darte una buena noticia. Soy ayudante de campo del general Dupont. Acabo de recibir mi despacho. Por fin, estoy en un puesto encantador, considerado, estimado y amado… ¡Sí, amado, por una mujer maravillosa! Sabes que en Milán yo estaba enamorado; tú lo adivinaste. A veces creía que mi amor era correspondido, otras dudaba. Trataba de aturdirme y no quería pensar más en ella.

»Esta persona se encuentra aquí, nos hablábamos poco. Nos mirábamos apenas. Estaba como despechado. Ella se muestra orgullosa, aunque es tierna y apasionada. Esta mañana durante el desayuno se oyeron cañonazos a lo lejos. Por orden del general corrí a la caballeriza a buscar mi caballo para ir a enterarme de lo que ocurría. En el momento de subir a él, me doy vuelta y la veo detrás de mí, mirándome con temor, interés y amor. Tuve el impulso de abrazarla, pero eso no era posible en medio del patio. Me limité a estrecharle la mano y saltando sobre mi noble corcel me lancé al camino. Rápidamente llegue al lugar de donde había partido el ruido. Los austríacos habían sido rechazados después de una escaramuza iniciada por ellos. Cuando regresé trayendo la noticia al general, *ella* estaba aún ahí. ¡Ah, cómo me recibió! ¡Y qué alegre fue el almuerzo! ¡Qué delicadas atenciones tuvo para mí! Esta noche, por una casualidad inesperada, me encontré solo con ella. En seguida le dije cuánto la amaba, y ella, deshaciéndose en lágrimas, se echó en mis brazos. Luego corrió a encerrarse en su cuarto. Quise seguirla. Me rogó y ordenó que la dejara sola. Y yo, amante sumiso, le obedecí. ¡Que dulce es ser amado, tener una buena madre, buenos amigos, una hermosa amante, un poco de gloria, buenos caballos y enemigos para combatir! Poseo todo eso, y lo mejor de todo, es mi buena madre.

»Acaban de sonar las cuatro y el general me pidió que lo despertara a esa hora. Adiós, te beso mil veces.— *Mauricio*.»

Por primera vez el joven acaba de experimentar los primeros

síntomas de una pasión duradera. Esta mujer, de la cual acaba de hablar con mezcla de entusiasmo y de ligereza, este agradable amorío, iba a apoderarse de toda su vida y arrastrarla a una lucha contra sí mismo; lucha que fue tormento, la dicha, la desesperación y la grandeza de sus últimos ocho años. Desde ese instante, ese corazón simple y bueno abierto hasta entonces a todas las expresiones exteriores, a una benevolencia enorme, a una fe ciega en el porvenir, a una ambición que no tiene nada de personal y que se identifica con la gloria de la patria; ese corazón ocupado por un solo afecto, el amor filial, fue dividido, es decir, desgarrado por dos amores casi inconciliables. La madre, feliz y orgullosa, que no vivía más que de ese amor, fue atormentada por la envidia, sentimiento natural en el corazón de la mujer frente a un trance semejante. Debo decir que aquella francesa encantadora, que había estado en prisión en el convento de Las Inglesas en la misma época que mi abuela no era otra más que mi madre, Sofía Victoria Antonieta de Laborde; digo sus tres nombres de bautismo porque los usó sucesivamente durante el transcurso agitado de su vida; y sus tres nombres son como un símbolo del espíritu de la época. Durante su infancia prefirieron probablemente para ella el de Antonieta, que era el de la reina de Francia; luego el de Victoria, que prevaleció durante las conquistas del imperio. Desde su casamiento con ella, mi padre la llamó siempre Sofía.

Sin duda, mi abuela hubiera preferido para mi padre una compañera de su clase social; mas no se afligió seriamente por lo que en esa época en un círculo se llamaba un mal casamiento. No tenía muy en cuenta el nacimiento, y en cuanto a la fortuna sabía privarse de ella; pero no obstante esto tuvo que esforzarse para aceptar una nuera cuya juventud había sido muy azarosa por la fuerza de las circunstancias. Éste era un punto muy difícil de resolver; y mi padre lo resolvió con su amor sincero y profundo. Llegó un día en que mi abuela también se rindió; pero no estamos ahí todavía, y tengo que contar muchos dolores antes de llegar a esa parte de mi relato. Conozco muy imperfectamente la historia de mi madre antes de su casamiento. Diré más tarde cómo ciertas personas creyeron obrar prudentemente y en favor al contarme cosas que hubiera deseado ignorar y cuya autenticidad no pude comprobar.

El principio de aristocracia ha penetrado tanto en el corazón humano que, a pesar de nuestras revoluciones, existe todavía bajo todas sus formas. Se necesitará todavía mucho tiempo para que el principio cristiano de la igualdad moral y social domine en las leyes y en el espíritu de las sociedades. El dogma de la redención es el símbolo del principio de la expiación de la rehabilitación. Nuestras sociedades reconocen ese principio en teoría religiosa, y no en la práctica; es demasiado grande, demasiado hermoso para ellas. Y, sin embargo ese algo divino que está en el fondo de nuestras almas nos lleva, en la práctica de la vida individual, a violar el árido precepto de la aristocracia moral; y nuestro corazón, más fraternal, más igualitario, más misericordioso, más justo y más cristiano que nuestro espíritu, nos hace amar a menudo a seres a quienes la sociedad considera indignos y degradados.

Cuando mi abuela vio que su hijo se casaba con mi madre se desesperó. Pero le bastó poco tiempo para darse cuenta de que una naturaleza privilegiada sacude fácilmente sus alas y puede levantar vuelo en cuanto se le ofrece espacio libre. Fue buena y afectuosa para la mujer de su hijo.

Sin embargo, los celos maternales siguieron viviendo. Si estos tiernos celos fueron un crimen, Dios únicamente puede condenarlos, pues escapan a la severidad de los hombres y, sobre todo, a la de las mujeres.

Desde Asola, es decir desde fines del año 1800 hasta la época de mi nacimiento en 1804, mi padre también debía sufrir intensamente al tener que repartir un alma entre su querida madre y su mujer amada. Reanudaré el relato de la vida de mi padre desde Asola, cuando escribió a sus querida madre, con fecha 29 frimario; fecha que señala uno de los más grandes acontecimientos militares de la época: el paso del Mincio.

El señor de Cobentzel estaba en Lunelle negociando con José Bonaparte. Entonces fue cuando el primer cónsul quiso decidir las irresoluciones de la corte de Viena por un golpe audaz; hizo pasar el Inn al ejército del Rhin dirigido por Moreau, y el Mincio al ejército de Italia dirigido por Brune. Moreau ganó la batalla de Hohenlinden, y el ejército de Italia hizo retroceder a los austríacos y

así terminó la guerra, obligando al enemigo a evacuar la península. Esta operación fue dirigida por Brune de un modo deplorable. Dejó parte de su ejército abandonado, sin socorro, en una lucha desigual contra el enemigo. Descontento con el entusiasmo que había llevado al general Dupont a atravesar el río con diez mil hombres, impidió que Suchet lo socorriera en el momento oportuno; felizmente, viendo a Dupont en peligro, desobedeció las órdenes de Brune y envió el refuerzo necesario. Esta falta de visión del general en jefe costó la vida a varios millares de intrépidos soldados y la libertad a mi padre. Arrastrado por su valor y demasiado confiado en su estrella fue hecho prisionero por los austríacos. Al día siguiente de la batalla, mi padre dejaba el escenario de la guerra y a sus amigos listos para regresar a Francia y besar a su madre y amigos, mientras él partía a pie hasta un largo y penosos retiro.

Este acontecimiento lo separaba también de la mujer amada, y mi pobre abuela quedó sumida en una desesperación espantosa. Este hecho tuvo además consecuencias para toda la vida de mi padre quien, desde 1794, había olvidado lo que era el sufrimiento, el aislamiento, la mortificación y la reflexión.

Puede ser que un cambio decisivo se operase en él. Desde esa época fue más desconfiado y más serio en su modo de pensar, aunque aparentemente conservara su carácter alegre. En el tumulto y el entusiasmo de la guerra hubiera podido olvidar a Victoria. En cambio, encontró su imagen fatalmente ligada a todos sus pensamientos en los duros momentos de ocio intelectual durante su cautiverio. Nada predispone más a una gran pasión como un gran sufrimiento.

«Padua, 15 nivoso, año 9 (Enero).

»No te inquietes, mi buena madre. Había pedido a Morín que te escribiera; por lo tanto, sabrás ya que estoy prisionero. Estoy ahora en Padua y camino para Gratz. Espero que pronto habrá un intercambio de prisioneros. Por ahora no puedo decirte nada más; espero que pronto te anunciaré mi regreso. Adiós, te beso con toda mi alma. Beso también al buen Deschartres y a mi criada.»

Estas palabras estaban destinadas a tranquilizar a su pobre madre. La cautividad fue más larga y más dura de lo que esta carta anunciaba. Durante los dos meses que transcurrieron sin que recibiera noticias de su hijo, mi abuela fue presa de grandes sufrimientos. La pobre no durmió un instante y se alimentó únicamente con agua. A la vista de los alimentos, se echaba a llorar y gritaba desesperadamente: «¡Mi hijo se muere de hambre; puede ser que en este momento se esté muriendo, y quieren ustedes que yo pueda comer!». No quería tampoco acostarse. «Mi hijo se acuesta en el suelo, decía; tal vez no le dan ni paja para acostarse. Tal vez estaba herido cuando lo tomaron prisionero.[1] No tiene ni un pedazo de tela para cubrir sus heridas.» A la vista de su cuarto, de su sillón, del fuego de su chimenea, de todo el bienestar de su vida, hacía amargas comparaciones y sus imaginación le hacía exagerar las privaciones y los sufrimientos que su querido hijo estaría soportando. El pobre Deschartres se esforzaba vanamente para distraerla. Además, estaba él, por su parte, tan triste que daba lástima verlos de noche junto a la mesa de juego, mover las cartas sin saber lo que hacían y sin saber cuál de los dos había ganado o perdido la partida. Por último, a fines de ventoso, Saint-Jean llegó a todo galope. Fue la única vez que, con ayuda de su espuela de plata, hizo galopar a su manso caballo blanco. Al oír el ruido inusitado de su caminar jadeante, mi abuela se sobresaltó corrió a su encuentro y recibió la carta siguiente.

«Conegliano, 6 ventoso, año 9 (Febrero, 1801).

»¡Por fin estoy libre; respiro! Éste es para mí el día de la dicha y de la libertad. Tengo la esperanza firme de volverte a ver, de besarte dentro de poco y todo lo que he sufrido está olvidado. Desde este momento todas las diligencias que haga serán para ir a reunirme contigo. Los detalles de mis infortunios sería demasiado largo contarte. Te diré únicamente que, después de haber estado dos meses prisionero, caminando siempre por los desiertos de Carintia y de Carniola, fuimos llevados hasta los confines de Bosnia y de Croacia; cuando íbamos a entrar en la baja de Hungría, un acontecimiento feliz nos hizo retroceder; y yo, que había sido apresado entre los últimos, fui liberado entre los primeros. Estoy

ahora en el segundo puesto francés, donde encontré una cama, cosa que no había usado desde hace tres meses, pues antes de haber sido tomado prisionero, ya hacía un mes que no me desvestía para dormir y, desde entonces hasta ahora, he dormido sobre paja. A mi regreso supe que el general Dupont había sidos amonestado por culpa de un hombre cuya incapacidad no tardará en ser reconocida; el intrépido paso del Mincio dirigido por Dupont, despertó la envidia de ese personaje. Quise también ver al general Watrin, pero también ha sido trasladado a Ancona. Como no tengo caballo ni equipaje, debo dirigirme al general Maurnier para ver si él me permite reunirme contigo.»

«París, 25 germinal, año 9 (Abril, 1801).

»Después de muchas penurias en Ferrara y en Milán, me puse en camino con Jorge La Fayette. En Milán encontré al general Watrin quien, aunque con mucha dificultad, me hizo cobrar mis sueldos atrasados.

»A pesar de haber volcado cuatro veces, a pesar de los malos caminos, de los malos caballos, de los malos coches y de los bandidos, llegamos sanos y salvos a París.

»Estuve ya con mis sobrinos, con mi tío y con mi general. Todos me recibieron con gran cariño. Al pasar por nuestra casa, mi corazón se oprimió al pensar que tú no estabas allí. El general Dupont al verme me estrechó en sus brazos con el mayor afecto y sus ojos se llenaron de lágrimas. Durante la comida me elogió mucho. Morin estaba loco de alegría. Después de tantos peligros esta recepción tan amistosa fue muy agradable para mí y me enterneció. Es muy grande la unión que existe entre compañeros de armas. Mil veces desafían la muerte juntos. Somos verdaderos hermanos y la gloria es nuestra madre. Pero yo, además, tengo otra más cariñosa, más sensible y a quien amo con toda mi alma. En ella pienso cuando mi general y mis amigos me dicen que están orgullosos de mí.

»Yo quería reunirme contigo inmediatamente, mas Beaumont me dice que vendrás a París, que el estado de tus finanzas te lo permite. Pernon te ha encontrado otro alojamiento en la calle
Ville-l'Eveque.

Ven pronto, mi buena madre, o corro a buscarte.»

De Mauricio a su amiga, sin fecha ni indicación de lugar.

«A la señora…

»¡Ah, qué feliz y desgraciado soy a un mismo tiempo! No sé qué hacer ni qué decir. Mi querida Victoria: sé que te amo apasionadamente, he ahí todo. Veo que estás en una posición brillante y que yo no soy más que un oficialito al cual una bala puede deshacer antes de haber hecho fortuna en la guerra. Mi madre, arruinada por la revolución, apenas puede sostenerme y actualmente, recién liberado, despojado de todo, más parezco un muerto de hambre que un hijo de familia. Me amas, sin embargo, mi querida amiga, y con excepcional abnegación has puesto tu dinero a mi disposición. ¿Por qué acepté yo esta ayuda? A pesar de mi seguridad de devolvértelo, sufro espantosamente con esta situación. Éste no es un reproche, Victoria, y no lo será jamás. Si hubiera sabido que tú no eras casada, que todo ese lujo no te pertenecía… Me equivoco; no sé lo que digo. Te pertenece, puesto que el amor te lo dio; mas pienso en las cosas que *él* podría pensar. ¡Lo mataría! Te amo y estoy desesperado. Eres libre, puedes abandonarlo cuando quieras, no eres feliz con él, es a mí a quien amas, y quieres seguirme, quieres perder una posición desahogada para compartir mis penurias. Sí, ya sé que eres el ser más orgulloso, más independiente y más desinteresado. Sé además que eres una mujer adorable. Mas no puedo tomar ninguna resolución. No puedo aceptar un sacrificio tan grande, tal vez nunca pueda retribuírtelo. ¡Y además, mi madre me llama y yo deseo ardientemente verla al mismo tiempo que me enloquece la idea de perderte! Sin embargo, es neceado decidirse por algo y te pido que no decidas aún. No hagas nada que sea irreparable. Iré a pasar una temporada al lado de mi madre y te enviaré inmediatamente lo que me has prestado. No te enojes, ésta es la primera deuda que quiero pagar. Si persistes en tu resolución, nos encontraremos en París; pero hasta entonces reflexiona bien y, sobre todo, no me consultes. Adiós; te amo con todas mis fuerzas y tan triste estoy que casi añoro la época en que triste te evocaba en los desiertos de Croacia.»

De Mauricio a sus madre.

«París, 3 floreal, año 9 (Abril, 1801).

»A la señora Dupin, en Nohant.

»Salgo el lunes para ahí. Al fin podré estrecharte entre mis brazos. Todas estas cartas, todas estas respuestas son de una lentitud insoportable. Me arrepiento de haberlas esperado y de haber desperdiciado el más dulce momento de mi vida. París ya me aburre. No sé qué me pasa, desde hace algún tiempo no me encuentro bien en ninguna parte; en Nohant, a tu lado, encontraré la calma que necesito. Mis camaradas, Merlin, Morin y Decouchi han salido también de viaje. Nuestro general quedará solo. No se dice nada todavía de las próximas operaciones militares. Espero, sin embargo, que al hacerlo no quedarán en el olvido los laureles de Mincio. Sobre esos laureles sangrientos depositamos nuestras almas. ¿Será necesario que los valientes oficiales y soldados sacrificados allí para conquistar la paz, salgan de la tumba para pedir venganza contra los cobardes calumniadores? No te das idea de lo que se dice sobre el general en jefe (general Brune) para disimular la terrible indiferencia con que dejó asesinar a nuestros valientes. Hasta se han atrevido a decir, entre otras cosas, que me dejé tomar prisionero para entregar al enemigo el plano y la marcha del ejército. ¡Adiós, mi buena madre! Arreglaré mi equipaje. Te beso con toda mi alma. ¡Qué contento estaré al ver al buen Deschartres y a mi criada!—*Mauricio*.»

Capítulo XVII

Que se me permita, para esbozar algunos hechos amorosos designar a mis padres por sus nombres de pila. Éste es un capítulo de novela, aunque real en todos sus puntos. Mauricio llegó a Nohant en los primeros días de mayo en 1801. La campaña de Italia lo había cambiado más que la de Sauza. Estaba más alto, más delgado, más fuerte, más pálido. A pesar de la alegría de los primeros días al encontrarse con su madre, a veces se quedaba pensativo y atacado por una secreta melancolía. Un día que fue a realizar visitas a La Chatre, se quedó más tiempo que de costumbre. Al día siguiente, con un pretexto cualquiera, volvió allí y en la misma forma continuó unos días más. Por último confesó a su madre, ya inquieta, que Victoria había llegado para reunirse con él. Había dejado todo por ese amor libre y desinteresado. Ante el repudio que encontró en su madre debió disimular la intensidad de su afecto. Al verla seriamente alarmado por el escándalo que semejante aventura produciría en esa pequeña ciudad, prometió que convencería a Victoria para que regresara a París. Pero para convencerla, debía prometerle que la seguiría o que se reuniría muy pronto con ella, y en esto residía la dificultad. Debía elegir entre su madre y su amante, engañar o desesperar a una o a otra. La pobre madre creía que su hijo se quedaría con ella hasta el momento de reintegrarse a sus funciones. Ese momento podía estar muy alejado, puesto que toda Europa trabajaba en favor de la paz y tal era, en esa época, el único pensamiento de Bonaparte. Victoria había sacrificado todo por él. No quería más dicha que la de vivir a su lado, sin prever el mañana. ¿Pero era éste el momento de dejar a su madre después de una campaña durante la cual había llorado y sufrido tanto? Más que la lucha entre dos amores había una lucha entre dos deberes. Fue Deschartres quien zanjó la dificultad con un proceder inadecuado, pero con el cual libró al joven de los escrúpulos que lo ataban.

Una mañana, sale de Nohant antes de que su alumno se haya despertado, se dirige a La Chatre y llega a la posada de la Tete Noire, cuando la joven viajera dormía aún. Se presenta como un amigo de Mauricio Dupin. La joven se viste rápidamente y lo recibe. Sin inmutarse ante su gracia y su belleza, la saluda con la torpeza que le caracteriza e inicia un interrogatorio en forma. La joven, divertida por el aspecto del que la interroga y no sabiendo de quién se trataba, contesta primero con dulzura, luego jovialmente y, por último creyéndolo loco, acaba por reírse. Entonces Deschartres, que hasta ese momento había adoptado un tono magistral, se encoleriza y habla rudamente y con insolencia. De los reproches pasa a las amenazas. La insulta y le ordena regresar a París ese mismo día, amenazándola con hacer intervenir a las *autoridades constituidas,* si no prepara su equipaje cuanto antes.

Victoria no era tímida ni paciente. A su vez ofende y se burla del pedagogo. Más rápida que prudente en la réplica, dotada de una facilidad de palabra que contrasta con el tartamudeo de Deschartres, provocado por su cólera, fina y mordaz como una verdadera parisiense, lo empuja valientemente hasta la puerta, se la cierra en las narices y a través de la cerradura le promete irse ese mismo día, pero con Mauricio. Deschartres, furioso, va en busca del alcalde. La posada de la Tete Noire fue rápidamente invadida por respetables representantes de la Autoridad, quienes se encontraron ante una jovencita, hermosa como un ángel, que lloraba sentada en la orilla de su cama, con los brazos desnudos y los cabellos sueltos.

Ante este espectáculo estos señores, menos feroces que el pedagogo, terminaron por enternecerse, dijeron a Deschartres que no tenía derecho a ofender a esta joven y le insinuaron que se retirara, mientras ellos persuadirían a la joven para que por su propia voluntad abandonara la ciudad. Todo se arregló amigablemente, de común acuerdo con Mauricio, a quien fue difícil calmar en el primer momento, pues estaba indignado con su preceptor. Felizmente, Deschartres estaba ya lejos. Rudo y torpe como era, aumentaría una vez más los tormentos de la madre de Mauricio, haciéndole un espantoso retrato de la *aventurera.* Entre Victoria y Mauricio quedó convenido que él iría a reunirse con ella en París a los pocos días. Cuando él se encontró con su madre, ésta estaba irritada contra él y de acuerdo con Deschartres. En ese

primer momento tuvo la intención de partir inmediatamente para evitar una escena violenta con su amigo. La señor Dupin, asustada ante el enojo de ambos, no se opuso. Mauricio reaccionó y prefirió convencerla de que necesitaba salir de Nohant para distraerse un poco y evitar una ruptura dolorosa y violenta con Deschartres. Iría a pasar unos días a Blanc, en casa de su sobrino Augusto de Villeneuve, de allí pasaría a Courcalles, donde se encontraba René, su otro sobrino. «En algunos días —le dijo—, volveré serenado; Deschartres ya lo estará también, tu pena se habrá disipado y no tendrás por qué estar inquieta, ya que Victoria se ha ido.»

Tal como lo había anunciado, Mauricio fue a Blanc y desde allí escribió a sus madre.

«Blanc, pradial, año 9 (Mayo, 1801).

»Madre mía, tú y yo sufrimos. Alguien, sin quererlo, lo reconozco con buena intención, nos ha hecho mucho mal. Desde el Terror, ésta es la pena más grande de mi vida. Si entonces sufríamos, por lo menos no había discusiones entre nosotros; hoy, en cambio, estamos divididos.

»Pero razonemos un poco, mamá. ¿Cómo es posible que mi inclinación hacia tal o cual mujer signifique una injuria para ti y un peligro para mí, que deba inquietarte y afligirte hasta las lágrimas? Es decir, que cuando encuentro personas agradables, ¿debo desempeñar el papel de un Catón? Eso está bien para Deschartres, por su edad y porque tal vez nunca encontró la ocasión para pecar, sea dicho esto sin malicia. Ya no soy un niño, y puedo juzgar muy bien a las personas que me inspiran afecto. Entre las mujeres hay mujerzuelas, según las palabras de Deschartres. Lo sé, pero ese mote no puede aplicarse a una mujer de corazón. El amor purifica todo. Si el amor ennoblece a los seres más abyectos, con más razón a aquéllos cuya única desgracia consiste en haber sido arrojados al mundo sin apoyo, sin recursos y sin guía. ¿Por qué una mujer abandonada ha de ser considerada culpable al haber buscado consuelo y sostén en el corazón de un hombre honrado? Te preocupa que haya abandonado a un hombre que la amaba y que la rodeaba de bienestar y de placeres. Mas, ¿la amó hasta el punto de darle su nombre y de comprometer su provenir por ella? No. Por lo

tanto, cuando supe que estaba en libertad de dejarlo, no me remordió el haber obtenido su amor. ¿Temes que me case con ella? Si yo me casara con ella es porque mi estimación sería tan grande como mi amor. Aún no he pensado en ello; soy demasiado joven para hacerlo y mi vida actual no me permite tener mujer e hijos. Victoria tampoco piensa en ello. Se casó, siendo muy joven; su marido ha muerto y le ha dejado una hijita por quien debe trabajar para sostenerla. No tendrá, pues, interés en querer casarse con un pobre diablo como yo.

»Augusto y su mujer quieren que me quede aún dos o tres días con ellos. Son en extremo amables y cordiales conmigo. ¡Ellos sí que son felices! Se aman, no tienen ambiciones, no proyectos… ¡mas tampoco tienen gloria!, y cuando se ha probado ese vino, es muy difícil beber agua pura. Te beso con toda mi alma y te amo más de lo que tú crees.»

«Argenton (sin fecha).

»Me quedé en Blanc un día más de lo que pensaba y aquí me tienes, en Argenton, en casa de nuestro buen amigo Scévole… Temo la paz. Deseo participar nuevamente en combates, con una intensidad que no comprendo y que no puedo explicar. Luego pienso que al querer alelarme de ti te preparo nuevos sufrimientos. Esta idea envenena la del placer que experimentaría en medio de las batallas y de los campamentos. ¿Es que no hay felicidad en este mundo? Empiezo a darme cuenta de esto; como un loco que soy, lo había olvidado.»

Una cariñosa carta de mi abuela hizo volver a Mauricio al redil por algunos días. Deschartres lo recibió con expresión taciturna y bastante arrogante, y viendo que Mauricio no se acercaba para besarlo, dio media vuelta y fue a regañar al jardinero por un almácigo de lechugas. Un cuarto de hora más tarde se encontraron frente a frente en una avenida del jardín. Mauricio vió que el pobre pedagogo tenía los ojos llenos de lágrimas. Se arrojó en sus brazos. Ambos lloraron sin decirse nada y regresaron tomados del brazo al lado de mi abuela, la cual se alegró mucho de verlos reconciliados.

¡Mas Victoria escribía! Apenas si en esta época sabía escribir lo suficiente como para hacerse comprender. Había recibido, por toda educación, las lecciones elementales de un viejo capuchino que enseñaba *gratis* a leer y a recitar el catecismo a los niños pobres. Algunos años después de su casamiento, escribía cartas de las cuales mi abuela admiraba la espontaneidad y la espiritualidad. Pero en la época de la cual estoy hablando, se necesitaban los ojos de un amante para descifrar ese pequeño enigma, y comprender los impulsos de ese sentimiento apasionado que no podía expresar. Comprendió, sin embargo, que Victoria estaba desesperada; que se creía despreciada, traicionada y olvidada. Hizo entonces, proyectos para un viaje a Courcelles; se produjeron nuevos temores y nuevos llantos. Partió y escribió.

«Coucelles, 28 pradial (Junio 1801).

»Llegué aquí anoche, mi buena madre, después de haber viajado en un mal coche. Mi viaje fue muy triste. Tu dolor, tus lágrimas, me perseguían como un remordimiento, y, sin embargo, mi corazón me decía que no era culpable, pues todo lo que me pides es que te ame y yo sé que le amo. Pero, ¿por qué te afliges tanto? Esta joven no ha pensado jamás en que yo me casaría con ella. Te prometo que nunca más tendré amantes a tu vista y que no te hablaré más de mis aventuras. Sufriré un poco al hacerlo, pues estoy tan acostumbrado a decirte todo lo que me pasa, que no puedo tener secretos para ti.»

«París, 7 mesidor (Junio, 1801).

»Como lo previste, no pude dejar de venir a París, a pasar unos días, Estuve con Beaumont y con mi general. Este último sale mañana para el Limousin. Dentro de una quincena estará de vuelta y me prometió pasar por Nohant, donde te ayudaré a recibirlo. Mi hermosa yegua Pamela sale mañana para Nohant. Esta mañana estuve con Oudinot, quien pedirá para mí el grado de capitán. Creo también que cobraré mis sueldos, de este modo podré comprarme un traje para ir a visitar al cardenal Consalvi, que ha venido para llevar a cabo el concordato. Parece que le costó mucho trabajo decidirse para este viaje y que creía marchar a la guillotina cuando

dejaba Roma.»

«París 30 mesidor (Julio, 1801).

»El señor… es un loco o un sinvergüenza. Acabo de tener con él una conversación violenta en presencia de mi tío, y la carta que vas a recibir borrará, espero, el doloroso efecto de la que tuvo la audacia de escribirte. Se retracta de todas sus acusaciones contra mí. Por cierto, yo había previsto lo que ha sucedido y esperaba este nuevo golpe para que colmara nuestras penas. En su carta verás que reconoce que el dinero que Victoria me había prestado se lo devolví a los quince días, y que todo lo que ella le había sacado para disfrutar conmigo era un diamante de poco valor que conservó por inadvertencia y que también se lo había devuelto antes de conocer sus calumnias. Este señor confiesa también ahora que procedió así por despecho.»

Carta del señor Beaumont a la señora Dupin

«París, 30 mesidor.

»No se inquiete, mi buena hermana; todo se ha arreglado bien. Mauricio es un hombre de corazón. Ya lo sabíamos, pero yo no conocía su sangre fría, su mesura perfecta, su sentimiento de las conveniencias, ese arte para dominarse impropio de su edad. Yo esperaba un duelo. Mauricio me prefirió a sus amigos para asistir a la explicación. Le confieso que no iba allí con un sentimiento muy cristiano, pues ese general no es más que un cobarde, y no temía nada por nuestro muchacho. Todo fue cuestión de palabras violentas, es cierto, pero con las cuales se conformó este señor. Los hechos, además, lo condenaban; él mismo lo confesó. Continúa enamorado de la joven, y durante la ausencia de Mauricio, trataré de reconciliarlos, porque será mejor para ella volver a él que aventurarse con Mauricio. Además, sus temores son bastante fundados. Ella es encantadora. Es muy espiritual y posee verdadera sensibilidad, lo cual es todavía más peligroso. Quédese usted en paz, yo los vigilaré; su hijo la ama con ternura y, al vigilarlo, usted lo gobernará siempre. Me parece más prudente disminuirle sus inquietudes antes que demostrárselas.»

El tío Beaumont, anteriormente abate y coadyuvante en el arzobispado de Burdeos, hijo de la señorita Verrières y del duque de Bouillon, nieto de Turenne y pariente, por consecuencia, del señor de la Tour
d'Auvergne,
era un hombre muy inteligente y de mucho sentido común. Había tenido, siendo joven, una existencia brillante y agitada. Era hermoso, de una belleza ideal; rebosante de alegría, valiente como un teniente de húsares, poeta como… *el almanaque de las musas;* voluntarioso y débil, es decir, manso e irascible. Retirado del movimiento y del ruido, vivió apaciblemente después de la revolución y no se mezcló con los que se habían unido a ella. Desde entonces una mujer gobernó su vida y le hizo feliz. Fue siempre el amigo fiel de mi abuela, y para mi padre fue algo así como un padre y un camarada.

Nunca alentó la pasión de Mauricio, pero tampoco trabajó eficazmente para hacerla desaparecer, y cuando Mauricio se casó con Victoria, consideró a ésta como su propia hija y lo único que hizo fue tratar de acercarla a mí abuela.

Mauricio volvió a Nohant en los primeros días de termidor (últimos días de julio de 1801), y allí se quedó hasta fin de año.

Resumamos este año de 1801, que acabamos de recorrer con mi padre, y donde se verá cómo la vida general influye sobre la de los individuos.

El año 9 es en realidad el último de la República. Desde los principios de este período, la guerra da a Bonaparte la idea más exacta de su importancia, el sentimiento de su poder más que el de los peligros que puede correr y una confianza extraordinaria en su destino personal. La gloria es para él como una religión. Hubiera podido detenerse el 18 brumario en sus concepciones gubernamentales.

Poco a poco, Francia pierde su fe en ella misma para no creer más que en Bonaparte. Fue el gran error de Napoleón creer que a fuerza de dádivas, concesiones, seducciones e imparcialidad aparentes sembraría la conformidad general. No supo hacer una sociedad nueva que pudiera existir por sí misma y pudiera sobrevivir a su jefe. Le aceptaron tan rápidamente que no tuvo tiempo de echar raíces; por eso le sacudieron demasiado pronto con

ingratitud. En 1815, este hombre que, como Luis XIV, creía encarnar a Francia, se encontró con que no era más que un hombre a quien Francia abandonaba. Napoleón fracasó, en su concepción, no por falta de genio ni de patriotismo, sino por falta de una religión social. Puso en juego, vanamente, su magnífica inteligencia, y construyó una obra efímera, sobre la cual no pudo quedar en pie. El año 1800 había sido glorioso y grande. En él sus facultades llegaron a su apogeo. En 1801 empezó a corromperse en las relaciones diplomáticas. La paz que quería dar al mundo era prematura. Los intereses individuales y la avidez industrial la reclamaban. Pero, después de muchas negociaciones y conversaciones, el industrialismo inglés, herido en su afán de lucro, asustó al pueblo británico y le hizo añorar la guerra al día siguiente de haberse firmado la paz.

No duró ni dos años esta paz tan sabiamente trabajada. Y como los tratados no ponían en juego más que intereses, intereses inmorales en su esencia, desnaturalizaron el espíritu de aquellos tratados. Lo mismo sucedió con todos lo tratados que firmaron las potencias.

En vano habíamos organizado hábilmente la liga de los neutrales. Inglaterra rompe nuestra alianza en Copenhague con un golpe brutal e impetuoso. Durante seis meses se tratará de negociar la paz con Inglaterra. Resultado de estas negociaciones será la pérdida de Egipto. En julio, nuestra marina se cubre de gloria en Algeciras. Esta gloria es vana, son sacrificios perdidos. El 4 de agosto, nuestros marinos se traban en combate heroico frente a Bolonia contra la flotilla de Nelson. Lo único que ganamos fue el mantenimiento de nuestras conquistas y haber garantizado la protección a nuestros aliados.

La paz se firma, pero nadie depone las armas, y la guerra se organiza por todos lados en proporciones que asombrarán al mundo. Los ingleses visitan París. Se abren nuestros salones. Fox conversa con Bonaparte. Se dan cuenta que les separa un abismo. Los ingleses comprenden que, en cuanto avidez, sólo somos niños a su lado, y que con paciencia y persistencia nos vencerán en el terreno de la astucia.

Ya mi padre, que se aburre en la inacción, necesitará aturdirse en nuevos combates. Condenado al reposo, no es feliz porque siente

que la vida general se enfría a su alrededor. Pronto lo veremos, burlón e indignado, asistir a las intrigas de la nueva corte, y no sabiendo qué hacer con su juventud, con su pasión, con su ideal, su vida será presa de un amor exclusivo. Necesitaba aventuras, cosas difíciles y meritorias que llevar a cabo. Se casará con una mujer del pueblo, es decir, que continuará aplicando las ideas igualitarias de la revolución en su propia vida. Luchará en su propia familia contra los principios aristocráticos, contra el mundo del pasado. Desgarrará su corazón, pero habrá realizado su sueño.

Capítulo XVIII

Mauricio, después de haber pasado el fin del verano y el otoño al lado de su madre, en Nohant, volvió a París a fines de 1801. Escribió con la misma exactitud que en el tiempo pasado. Pero sus cartas no son las mismas. No es tan expansivo, y su preocupación parece a veces un poco forzada. Evidentemente, la pobre madre tiene una rival. Sus tiernos celos han hecho florecer el mal que ella temía.

Fragmentos de cartas

«París, 14 frimario, año 10.

»El general Dupont será designado para la inspección de infantería. De modo que nuestro único trabajo será comer, y percibiremos nuestros sueldos entre los muros de París. Nuestras campañas se realizarán desde ahora en Campo de Marte o en los Campos Elíseos. Estamos en muy buenos términos con el *patrón grande*. El mío le llevó ayer un plano detallado de la batalla de Marengo. Fue muy bien recibido y comió allí.»

«28 frimario.

»Partiremos pasado mañana para las Ardenas, y los preparativos más importantes se realizan en casa de mi general. Allí hay un verdadero arsenal. No se ven más que cuchillas, bayonetas, fusiles de doble caño, barriles de pólvora. Nos preparamos para hacer una gran matanza de lobos y jabalíes. Nuevos Hércules, sin otra cosa mejor que hacer, limpiaremos nuestra tierra de bestias salvajes. París y sus delicias que han debilitado nuestro coraje.»

«4 nivoso.

»Estaría ya en las Ardenas, mi querida madre, mas en el momento de subir al coche llega un mensaje del general Murat, a consecuencia del cual debimos permanecer en París. Parece que el cónsul ha proyectado algo para nosotros.»

«París, 30 germinal, año 10.

»Los diarios te habrán hecho un relato completo de las fiestas del concordato. Yo estaba en el cortejo, a caballo, con el general Dupont, puesto que él, como todos los generales que estaban actualmente en París, había recibido orden de integrarlo. Todos estaban allí como perros apaleados. Desfilamos en medio de las aclamaciones de una multitud más encantada por el brillo militar que por la ceremonia en sí. Pamela (su yegua) y yo, dorados de la cabeza a los pies. El legado iba en coche y la cruz delante de él en otro coche.

»Nos apeamos ante la puerta de Notre Dame. Entramos a la iglesia al son de la música militar. Los tres cónsules avanzaron debajo del palio, en silencio y bastante torpemente, hasta el estrado que les había sido designado. No se entendió una palabra del discurso del señor de Voisgelin. Estaba al lado del general Dupont, detrás del primer cónsul; disfruté con la belleza del espectáculo y con el tedéum. En el momento de la elevación, los tres cónsules pusieron rodilla en tierra. En cambio, los cuarenta generales que estaban detrás de ellos ni se movieron. Al salir de la iglesia, cada cual se fue por su lado, quedando nada más que los regimientos en el cortejo. Yo quedé cansadísimo y con fiebre…

»Vi a Corvisart, médico del primer cónsul. Me prometió que dentro de dos o tres días podré viajar para Nohant, antes de salir para nuestro cuartel general. Besos para el edil (Deschartres). Hubiera quedado muy bien en la ceremonia con su banda y sus ayudantes.»

«París, 18 floreal (Mayo, 1802).

»Me voy el miércoles, mi buena madre, y llegaré a Nohant el viernes si me envían los caballos a Chateauroux. Ya ves que Nohant

no está en el extremo del mundo. Mi fiebre ha desaparecido. Mandé al diablo a Corvisart porque venía a verme todos los días cinco minutos, pensaba en sus asuntos al tomarme el pulso y me cobraba seis francos por cada visita. Consulté a un curandero que me trató a lo Deschartres. Casi me mandó al otro mundo, pero ahora estoy muy bien. Te llevo dos vestidos en lugar de uno, como tú me habías pedido. No quiero que uses harapos, mientras a mí me obligan a estar cargado de dorados.»

Después de un mes de permanencia al lado de su madre, Mauricio sale de Nohant. Pasa dos o tres días en París y luego se reúne con su general en Charleville; allí va a establecerse Victoria. Al mismo tiempo mi abuela expresaba a su hijo el deseo de verle casado, y esta inquietud de ella, provocada por la soltería del joven, hacía despertar en éste el deseo de unirse a la mujer amada, Victoria, contra los deseos de su madre, que aspiraba a otra partido para él. Una mañana se reúne con Victoria en el jardín del Palais Royal. Apenas se habían encontrado, Deschartres, desempeñando el papel de Medusa, se presenta ante ellos. Mauricio no se enoja por eso y le propone al viejo pegajoso comer los tres juntos. Deschartres acepta. No era un epicúreo, pero le gustaban los vinos finos y no se los mezquinaron. Victoria lo trató con tanta dulzura y él, al llegar al postre, pareció humanizarse. Cuando llegó el momento de separarse, como mi padre quería acompañar a su amiga, Deschartres se puso mustio nuevamente y se marchó tristemente a su hotel.

La estadía de mi padre en Charleville fue muy monótona para él, hasta que su amiga se le reunió. Se alejaron en casa de unos honrados burgueses donde pagaban una módica pensión. Dijeron que estaban casados secretamente, pero no era así. Desde ese momento no se separaron más y se consideraron ligados indisolublemente. Ese lazo de unión fue el nacimiento de varios niños, de los cuales uno solo vivió algunos años y murió dos años después de mi nacimiento. Mi abuela ignoraba todo eso…

«11 mesidor, Bellevue, cerca de Sedán.

»Estamos siempre en las alturas de Givonne, cerca de Sedán. El general, que es muy amante de la caza, se encuentra aquí muy a gusto y pasamos nuestro tiempo corriendo por los bosques y los campos, aun cuando el tiempo es espantoso. Me he provisto de un piano y él sería mi consuelo si pudiera aprovecharlo, mas no puedo hacerlo puesto que me paso el tiempo corriendo de un lado para otro.»

«Charleville, 16 mesidor (Julio).

»Estamos aquí desde hace cuatro días y después de haber dejado los placeres campestres, nos encontramos en medio del torbellino mundano. La sociedad local se entretiene mucho jugando a los naipes y se desesperan por ganarse unos a otros un escudo. Yo me aburro en grande. No sé quién dijo que yo era un joven encantador. Ahora han cambiado de opinión. Me aburría menos en Bellevue. Me has divertido mucho con la alocución del arzobispo de… Era de esperar que estos buenos príncipes de la iglesia agradecieran al Estado con amenazas y anatemas todo lo que aquél ha hecho por ellos… Se reprocha a los tribunales revolucionarios su lenguaje bárbaro, sus ideas sanguinarias, sus castigos y amenazas continuas; y ahí están los pretendidos apóstoles de la religión, de la paz y de la misericordia injuriándonos y amenazándonos con la cólera celestial. Si pudieran condenarnos a algo más terrible que las llamas eternas, lo harían.»

«Charleville, 27 mesidor.

»Al no existir los peligros reales, busqué los imaginarios; por eso entré en la francmasonería. La ceremonia tuvo lugar ayer. Me encerraron frente a frente con esqueletos; me hicieron subir hasta un campanario y simularon arrojarme de allí. Me hicieron descender a un pozo y después de doce horas, decidieron hacerme la última prueba. Me encerraron en un sarcófago. En medio de cantos fúnebres, me llevaron a una iglesia durante la noche, me metieron en una fosa y me cubrieron de tierra. Después de esto se retiraron. Al cabo de algunos instantes sentí una mano que me tiraba de un zapato, y mientras la invitaba a respetar a los muertos,

le di un buen puntapié. El ladrón de zapatos fue a dar cuenta de que yo aún vivía. Entonces vinieron a buscarme para hacerme conocer los secretos más importantes. Como antes del entierro me habían permitido redactar mi testamento, había legado la celda en la cual estuve encerrado al coronel del decimocuarto regimiento; la soga con la cual me bajaron allí al coronel del cuarto regimiento de caballería para que la usara al ahorcarse, y los huesos de los cuales estaba rodeado, a un hermano que me había zarandeado todo el día por sótanos y altillos. Lo que me divirtió muchísimo, cuando todo estuvo terminado, fue la indignación de Morin contra un individuo que estaba muy extrañado ante mi serenidad.»

«Charleville, 1 termidor (Julio).

»A mi general le ha dado por interesarse por mi ascendencia con respecto a tu familia. Cuando supo que habías sido reconocida por un decreto del parlamento y que el rey de Polonia era tu abuelo, no puedes imaginarte el efecto que le produjo. Me abruma con sus preguntas. Desgraciadamente como nunca me he ocupado de eso, no puedo trazarle mi árbol genealógico. Está muy interesado en saber si somos parientes de los Levenhaupt. Es necesario que me ilustres sobre todo esto. Quiere enviarme a Alemania con cartas de recomendación del ministro del interior y de los generales Moreau y Macdonald, para que me reconozcan como el único retoño del gran hombre. A mí no me interesa nada de eso, pero no quiero contrariar demasiado a Dupont, porque pretende que con mi nombre debo ser ascendido a capitán. Yo creo haber merecido el ascenso por mí mismo, mas, a pesar de esto, lo dejaré que proceda como quiera. ¿Recuerdas aquella época en que no aceptaba protección de ninguna clase? Eso ocurría antes de que yo fuera militar, estaba lleno de ilusiones y creía que con ser inteligente y valiente se haría carrera. La República había hecho nacer en mí esas ilusiones; actualmente creo que nada ha cambiado y que todo anda como con el antiguo régimen.

»La carrera brillante de algunos hombres, de Caulaincourl entre otros, es debida, con seguridad, a las recomendaciones. Yo no haré antesalas, pero si mis amigos obtienen por mí lo que yo merezco, los dejaré obrar.

»Recibí una carta de Deschartres. Es muy amable y gentil. En ella desarrolla un cursillo de moral, especial para egoístas y tontos. ¿Cómo es posible que un hombre de tanto corazón y tan abnegado no sepa aconsejar más que sandeces? Dile de mi parte, que esa vida de monje que él lleva, no puede inspirarle en nada que convenga a mi edad, a mi estado y a mis opiniones. A pesar de todo eso, lo quiero mucho, pero es necesario que sepa que, respecto a ciertas cosas, no tendrá nunca influencias sobre mí. Además, le contestaré a él mismo, muy pronto, con la franqueza necesaria entre amigos. Que te cuide, que te haga compañía, que arregle tu jardín y te haga comer fruta buena, que administre bien su comuna y lo perdonaré.»

De Mauricio a su preceptor

«Charleville, 8 termidor, año 10.

»Al señor Deschartres:

»Es usted muy amable, amigo mío, al preocuparse tanto por mis asuntos. Sin embargo, su celo, por mejor intencionado que sea, va a veces demasiado lejos; reconozco en usted el derecho de ocuparse de mis negocios y de mi salud. Éste es el derecho del efecto y lo soportaré aun cuando me hiera; mas la intensidad de ese interés por mí hace a usted ver el peligro donde no existe. Cuando, por ejemplo, usted me pronostica que a los 30 años tendré todas las enfermedades de la vejez y que entonces estaré inhabilitado para cosas de importancia, y todo eso porque a los 24 años tengo una amante, usted no me asusta. Usted se equivoca cuando pone como ejemplo a mi abuelo, puesto que él fue el prototipo de la galantería y con todo eso ganó la batalla de Fontenoy a los cuarenta y cinco años. Aníbal era un tonto cuando dormía en Capua con su ejército; nosotros, los franceses, no somos nunca más valientes que cuando acabamos de dejar los brazos de una linda mujer. En cuanto a mí, creo ser más arreglado y más moral dedicándome al amor de una sola mujer, que si cambiara todos los días por capricho, o dedicándome a mujerzuelas, por las cuales no experimento ninguna atracción. Usted se empeña en tratar de mujerzuela a la persona a quien yo amo. Se ve que usted no sabe lo que es una mujerzuela ni lo que es una mujer. Yo enseñare a usted la diferencia que hay entre una y otra.

»Una mujerzuela es una mujer que vende su amor. Hay muchas de ellas en el gran mundo, a pesar de llevar nombres ilustres; no viviría ni ocho días con ninguna de éstas. En cambio, una mujer que se ata a uno sin el interés del dinero, una mujer que os guarda la más estricta fidelidad, y que cuando uno quiere asegurarle cierta cantidad de dinero para librarla de la miseria indigna, arroja el dinero al suelo y luego lo quema; no, cien veces no, una mujer como ésta no es una mujerzuela, y merece que se la ame fielmente, seriamente y que se la defienda contra todo el mundo. Sea cual fuere el pasado de una mujer así, únicamente un cobarde podría reprochárselo. Si muchas de las santas del paraíso se hubieran visto rodeadas por todos los medios habidos de seducción, abandonadas y en la miseria, veríamos si todas hubieran apreciado tan bien como lo han hecho mujeres como la que usted condena.

»Está usted muy equivocado, amigo mío, y esto es todo lo que tengo que decirle para rebatir sus consejos, que usted cree buenos y que yo no considero tales. No necesito que usted me recuerde el cariño que debo tener por mi madre. Jamás olvidaré cuánto le debo. Mi amor y mi veneración por ella están al abrigo de todo. Adiós, mi querido Deschartres, beso a usted con todo mi corazón.»

De Mauricio a su madre

(Sin fecha.)

«Si, mi buena madre. Estoy disconforme con el giro que tienen las cosas. Los cambios ocurridos en la vida pública no prometen nada bueno (consulado vitalicio). Es una vuelta completa al antiguo régimen y en razón de la estabilidad de las primeras funciones del Estado no habrá medio de progresar. Verás que no podrás alegrarte mucho tiempo por esta especie de restauración monárquica y, en cuanto a mí se refiere lamentarás las contingencias de la guerra. Mi puesto no es desagradable; en tiempo de guerra es brillante, porque nos expone al peligro y nos obliga a la actividad. Mas en tiempo de paz es bastante tonto y, en nosotros sea dicho, poco honorable. Dependemos de todos los caprichos de un general. Somos como especie de lacayos. En la guerra no es al general a quien obedecemos, sino a la patria, puesto que él la representa.

»Estoy tan mortificado con todo que deseo ardientemente volver

a mi regimiento y, para lograrlo, escribiré a Lacuée.»

«Charleville, 20 fructidor (Septiembre).

»Regresamos ayer. Para recorrer los desiertos de Ardenas, habíamos formado una especie de caravana, cinco coches y un enorme furgón lleno de víveres y de camas para las señoras, puesto que cuatro de ellas nos acompañaban. La excursión hubiera sido muy agradable si no hubiera sido por la inquietud del general, quien después de haber cazado desde las cuatro de la mañana hasta las seis de la tarde, quería viajar durante la noche, para encontrarse al día siguiente en otro lugar situado a ocho o diez leguas de distancia. De modo que en lugar de divertirse, uno se perdía durante la noche y se rodaba en las zanjas. Un coche volcó y cuatro personas que iban en él están heridas. En la guerra todo esto sería magnífico, pero aquí es ridículo. Lo que ocurre es que queriendo adelantarse a todo el mundo y atacando dos horas antes, por culpa del general, el resultado de la caza es siempre insignificante. Algo así debió ocurrir en Mincio. Todos estábamos tan locos y tan apurados como él, y ello de nada nos sirvió.»

«Charleville, primer día complementario del año 10.

»El obispo de Metz, a cuya diócesis pertenece nuestra división, ha interrumpido nuestra cacería. Debimos acompañar el palio, de gran parada, hasta la catedral, escuchar misa y el tedéum y luego soportar un pastoral del gran vicario. Hoy damos una gran comida a Monseñor, el cual simpatiza mucho conmigo por *mi aspecto decente.*

»Mañana, antes que amanezca, salimos otra vez de cacería. Por suerte, ya que era necesario, me intereso nuevamente por esta actividad, como me ocurría en Nohant, *cuando yo era joven.* Soy ahora uno de las más hábiles y de los más infatigables. Regresaremos para el primero vendimario porque debemos hacer unas maniobras.

»Durosnel me ha escrito para explicarme el decreto que nos concierne a nosotros, los ayudantes de campo. No pertenecemos ya a nuestros regimientos. Nos ponen en la categoría de sirvientes, peor que eso, puesto que no podemos cambiar de amo. Por el

contrario, los ayudantes de estado mayor conservan toda su libertad. Esto es muy inconsecuente y aparentemente está hecho para favorecer a unos cuantos.»

Capítulo XIX

No pasaré más adelante en la historia de mi padre sin echar una mirada sobre los principales acontecimientos del año 10: el Concordato, el Consulado vitalicio y la firma de la paz.

Es evidente que estos tres actos de la política de Bonaparte son tres aspectos de un mismo pensamiento, de una voluntad personal. Los dos primeros constituyen la preparación del tercero. Por medio de la paz se concilia con la burguesía. Por medio de la religión se conquista la antigua nobleza y el respeto y la confianza de las masas. De ese modo la paz y la religión no son más que medios para preparar el advenimiento del poder absoluto. Pronto romperá los tratados y volverá a tomar las armas para mantener su dictadura; pronto hará comprender a la iglesia que si la temió un instante, no la respetó jamas, y que debe inclinarse ante él.

Ni los cuerpos legislativos ni el ejército deseaban la religión como institución política. La burguesía no defendió sus principios e hizo callar sus creencias y sus simpatías para salvar sus intereses. El ejército se irritó y se burló más abiertamente.

El Concordato es una de las más fatales desviaciones en la gloriosa carrera de Napoleón. Preparó el despotismo hipócrita de la restauración. Es un acto esencialmente político, pues el primer cónsul no creía en la religión y rehusaba consagrar por la iglesia su casamiento con Josefina, en el momento en que abría las puertas de la catedral de París al legado del Papa.

Es necesario que la religión se establezca por la fe y no por la obligación, por el libre examen y no por razón de Estado. Ningún hombre tiene derecho de imponer una religión a sus semejantes si no la han comprendido y aceptado libremente.

Si hubo en la historia un momento oportuno para discutir este problema de la religión, fue precisamente en la época en que Bonaparte tramitó el Concordato. La revolución había echado todo

por tierra. La anarquía, la inmoralidad del Directorio, habían hecho nacer en toda alma sana y honrada la idea de que si es bueno repudiar un falso principio religioso, la ausencia de toda religión constituye una situación monstruosa.

Hay mentiras históricas, que cada uno repite sin profundizar en ellas, y al decir esto pido perdón al señor Thiers; nos engaña porque se engaña a él mismo cuando afirma que la mayoría de los franceses aceptó el Concordato con alegría y que Bonaparte demostró en esta circunstancia más inteligencia, oportunidad y habilidad que nadie.

No; no es cierto que la mayoría de los franceses fuese indiferente a este gran problema, tener una religión o no tenerla: *ser o no ser,* como dice Hamlet. Es cierto que se saludó con indiferencia al cortejo romano que entraba en Francia por decreto del primer cónsul. La gente estaba deslumbrada por la sorpresa. Cada uno guardaba en sí el derecho de creer, de negar o de buscar. Las cosas quedaron, en este sentido, en el mismo estado. La religión católica no provocó una sola conversión y tuvo la triste y pobre virtud de acostumbrar a los franceses a no pensar en ella seriamente.

Esa aparente indiferencia se debía a la multiplicidad y a la diversidad de las ideas, sin saber cuáles deberían ocupar en primer término la atención de las personas que estaban echando las bases de una nueva sociedad. De 1798 a 1802 ese espíritu público estuvo incierto y turbado, y como en los tiempos del escepticismo extremo, cada uno creyó salir de su turbación, dejando que el hombre del destino, que el hombre prodigioso, como se llamaba entonces a Napoleón, obrara como le pareciera. Pero el hombre prodigioso, el hombre del destino, a pesar de su inteligencia prodigiosa, no comprendió todo el partido que podía sacar de una sociedad dispuesta de ese modo con respecto a la verdad moral. No vio que una nación tan profundamente conmovida por las nuevas ideas era capaz de producir algo más grande que el imperio de un hombre y, que si ese hombre hubiera respondido siempre al llamado de la Providencia hubiera podido poner sus excepcionales facultades al servicio de una reforma religiosa que hubiera sido la expresión del progreso de Francia. Su gran inteligencia se nubló el día en que dejó de comprender que la revolución debía abrirnos caminos en todas direcciones en lugar de hacernos volver hacia atrás.

Bonaparte quería orden y disciplina y tenía razón; mas hubiera

podido establecer ese orden sin destruir la idea republicana y sin ahogar el sentimiento republicano.

Bonaparte no comprendió o no quiso comprender. Estos *ideólogos,* pensaba, se disciplinarán únicamente obedeciendo. Necesitó la ayuda de sus sacerdotes para hacerles respetar la antigua jerarquía. No vio en la reparación hecha a la Iglesia más que un medio para hacer aceptar sus conquistas a las viejas monarquías de Europa, a Italia, especialmente, a la cual había transformado en República esperando poder reinar en ella y transformar a la ciudad de los Papas en la herencia de su delfín.

Napoleón no vio más que el lado material de las cosas. Se preocupó únicamente del nombramiento de los obispos, de las condiciones necesarias para la actuación de los sacerdotes, etc. No solucionó la faz espiritual del problema porque no tenía fe. Por el Concordato, Napoleón resucitaba el antiguo divorcio entre el poder espiritual y el poder temporal. Al hacerlo cometió una falta grave y no comprendo cómo no previo las consecuencias de la misma. Las clases extremas que debían disponerse a su favor con el restablecimiento del culto oficial, se pondrían del lado del clero descontento para considerar al Papa oprimido como un mártir y al emperador como un tirano y un impío. Con el Concordato, la restauración monárquica se hacía, tarde o temprano, inevitable.

Si Napoleón hubiera querido habría creado una verdadera fuerza representativa, que le hubiera sido fiel y le hubiera preservado de marearse con el poder, sin ponerle trabas por eso en la marcha providencial de su genio. El jefe actual del Estado (Luis Felipe. Esto está escrito en 1847) lo ha comprendido muy bien y ha resuelto con más habilidad el problema.

Mi padre no pretendía ser filósofo, a pesar de la educación filosófica que había recibido. Se creía indiferente a toda religión, a toda doctrina y como todos los hombres de su edad, como todos los de su época sobre todo, se dejaba llevar, sin reflexionar, por la vida exterior.

Mi padre murió a los treinta años; en mis recuerdos vagos como en el recuerdo cariñoso y casi entusiasta de sus amigos queda como un hombre joven, y yo que voy envejeciendo, veo en él por la memoria y la imaginación, un muchacho como mi hijo, el cual se aproxima a la edad que mi padre tenía, a fines del Consulado,

cuando llegué al mundo. Al leer su vida escrita por él mismo, día a día, en sus conversaciones familiares con su madre, recibo las profundas enseñanzas que me hubiera dado de haber vivido. Observo que todas las épocas de sus vida que se relacionan con la vida circundante y el contragolpe que recibe del mundo exterior, son de un alcance muy serio no sólo para mí, sino también para todos.

Así, lo veo desde la infancia sufriendo durante la revolución a consecuencia de lo que sufre sus adorada madre; pero jamás maldice las ideas generadoras de la revolución. Por el contrario, aprueba y bendice la caída de los privilegiados. Lo veo amar a su patria y mirar la guerra y la gloria, como la proclamación de las conquistas morales de la filosofía de la época. Lo veo, más puro, más consecuente, más cristiano y más filósofo, aun cuando ama a una joven a la cual valora más porque ha sufrido algo. Reconoce que su amor la ha purificado y lucha intensamente y sufriendo muchísimo para rehabilitarla. Lleva tan alto el respeto y el amor de la familia que, hasta deshace el corazón de su madre y el suyo propio para legitimar por el casamiento los hijos de su amor. Esta conducta no es la de un ateo, y si se expresa con ligereza y menosprecio cuando habla del culto oficial, distingo en el fondo de su alma y en la dirección de sus actos los principios victoriosos del Evangelio.

Capítulo XX

«Charleville, 1.º vendimiario (Septiembre 22 de 1802).

»Tu carta me llena de alegría. A pesar de que estás enojada conmigo, tu cariño es el mismo. Soy digno de él, mi buena madre. Temía que por culpa de nuevas calumnias, la ternura de tu corazón se hubiera debilitado. ¡Y ese Deschartres me ha escrito cantidad de páginas durante el mes pasado para probarme, con su cortesía acostumbrada, que yo era un hombre deshonrado y cubierto de barro! Le perdono todas estas cosas de lodo corazón, porque sé que un motivo noble le hace proceder de este modo. Aún no le he contestado, pero lo haré y junto con mi carta irá un buen fusil de doble cañón para que te haga comer perdices, si no es demasiado torpe.

»De acuerdo con los nuevos decretos debo quedarme con Dupont. Te equivocas, mi buena madre, cuando hablas de los *primeros* y de los *últimos*. Bajo las armas no hay últimos; no lo es siquiera el pobre soldado. El que cumple con su deber nunca es despreciado. Pero, en cambio, donde no hay primeros es en las antesalas de los generales. Allí todos son lacayos, y eso no me resulta. Las cosas han cambiado mucho desde hace un año. Sea porque estamos en paz, o por cualquier otro motivo, mi puesto me desagrada muchísimo. Trato de resignarme, porque creo que a mí, personalmente, nadie tratará de humillarme. Si eso ocurriera, preferiría dejar la carrera militar antes que perder mi dignidad.

»No iré ni a las Indias ni a América; es cierto que por momentos la pena y el alcohol han hecho pasar esta idea por mi cabeza. Esta idea no podía tomar cuerpo en mi espíritu, sabiendo que aflige y envenena tu vida. Ahora, vayamos al asunto que te preocupa tanto. Sí; he vuelto a ver a Victoria en París. Estuve con ella todo el invierno pasado; ya que quieres saber la verdad, te la digo. No tengo por qué avergonzarme de este amor. Es cierto también que

Victoria está aquí; a petición suya la hice entrar en una casa de modas, donde trabaja ahora. Ya ves que no la he traicionado ni abandonado; reconozco tu buen corazón, mi querida madre, puesto que después de haber temido tanto que yo fuera demasiado generoso con esa persona, ahora te espantas con la idea de que pueda ser ingrato con respecto a ella. La mediocridad del ambiente en el que ella vive, debe probarte que es muy distinta a lo que tú te habías imaginado. Ella y yo estamos muy satisfechos uno de otro.

»Debo confesarte otra cosa. Jugué una noche en la casa de un tío de Morin y perdí 25 luises. Es la primera vez que tocaba los naipes y será la última. Me endeudé para pagar ese compromiso, por eso este mes he andado casi sin dinero. Ésta ha sido una buena lección para mí: la tendré en cuenta de aquí en adelante.»

«Charleville, 19 vendimiario.

»Desde hace quince días andamos en gira; acabamos de inspeccionar toda la división. En casi todos los regimientos encontré oficiales con quienes combatí en Suiza y en Italia. Tuvimos gran alegría al encontrarnos nuevamente. En Verdun estuve en el 1.º de Cazadores. El coronel me manifestó su pena por no tenerme en su regimiento. Comimos juntos, luego estuvimos en un baile y nos separamos como buenos amigos. En Saint-Michel inspeccionamos el regimiento de Durosnel. Estuve encantado al encontrarme nuevamente con él. Recordando todas nuestras viejas historias del tiempo en que estuvimos juntos en Colonia, nos divertimos muchísimo. En Barsur-Ornain tuvimos un incidente con los señores turcos. Su alteza al embajador de la Puerta Sublime había llegado a la posta, con toda sus turquería, en diez coches y se había adueñado de los caballos que había en ella. Como hacía tres horas que estaban detenidos para hacer sus abluciones, nuestro jefe de la posta tomó seis de esos caballos porque nosotros lo necesitábamos. Los turcos protestaron; llegó el general y se produjo un gran desorden. Luego queríamos comer, pero no había nada, porque los turcos pretendían comerse todo. Habían preparado el asador y nos apoderamos de él. El embajador y el general tuvieron una entrevista digna de gentiles hombres. Nos separamos sin habernos comprendido mutuamente. Los turcos, estupefactos, se quedan sin una parte del almuerzo y con

seis caballos menos. Al día siguiente revistamos el 16 de Caballería. Dos días después realizamos una cacería de lobos y matamos. Después de esto emprendimos el viaje a Chalons. Dupont sube en su coche con el prefecto y dos o tres autoridades municipales; yo subo en otro con el coronel M… El coronel quiso manejar. De repente llegamos a una pendiente rápida marcada por huellas profundas. El coronel quiere obligar a los caballos a aminorar la marcha y no lo consigue. Me uno a su esfuerzo y al tirar de las riendas, éstas se rompen; viendo que nos vamos a caer en un arroyo, salto a tierra para tratar de detener a los caballos; mas como el terreno es muy desigual, me caigo y la rueda de atrás pasa sobre mi pierna. Nada me quebré. El coronel saltó un instante después que yo y se dislocó la muñeca. Cuando ya el coche iba a caer en el arroyo, los caballos se detuvieron. Al día siguiente salimos para Charleville. Mi pierna anda mucho mejor.»

«Sillery (sin fecha).

»Tú lo quisiste y lo exigiste y a pesar de toda mi desesperación le obedecí. Victoria está en París. Para alejarla de este modo tuve que proveerme de dinero. El pagador de la división me adelantó 60 luises. En el momento de la partida ella me devolvió mi dinero. Desesperado corrí a buscarla, volvimos juntos y nos quedamos tres días sin separarnos. Le hablé de ti. Le dije que cuando tú la conozcas mejor la aceptarás. Se resignó y se fue. No creo que soportar semejantes pruebas sea el remedio oportuno para curarse de una pasión. Haré por ti todo lo que mis fuerzas me permitan, pero te ruego que no me hables tanto de ello. No longo suficiente serenidad para contestarte.

»Es completamente falso que ella se encuentre nuevamente al lado del señor… Un comandante de batallón amigo mío llegó a París y me ha dicho que está trabajando en una casa de moda. Ésa es la verdad.»

Mi padre extrañaba muchísimo a Victoria e hizo todo lo posible para ir a reunirse con ella en París. Para eso tuvo que pretextar que su presencia era necesaria allí para obtener su ascenso. Su madre

debió escribir al general Dupont para que éste le permitiera ausentarse. A ella le dijo que en París vería a su antiguo enemigo, Armando Caulaincourt (duque de Vicente) y que estaba seguro de que le ayudaría. «Él me molestó siempre mucho y yo nunca lo herí con mis contestaciones. Siempre fui leal con él. Creo que él lo reconoció. Nunca lo creí ni perverso ni tonto y puede ser que ahora, que él está en buena posición, quiera hacer algo por mí.»

Mauricio quiere también ver al general d'Harville, a Ordoner, a Eugenio Beauharnais, Lacuée, Macdonald y por último a su amigo Laborde, ayudante de campo de Junot. Satisfacía así el deseo de sus madre que deseaba verle más cerca del primer cónsul. Hizo algunas diligencias, y no obtuvo éxito, pues estaba demasiado preocupado con su amor y era además demasiado orgulloso para llegar a ser un cortesano de suerte. Pensaba mi padre estar solamente unos días en París con su amiga, consolarla por la pena que le había causado al hacerla salir de Charleville y separarse luego. Mas sin duda la encontró triste, asustada y enferma. Entonces sacrificó las amorosas exigencias de su madre y sus esperanzas de ascenso y se quedó cinco meses a su lado, escribiendo siempre a su madre y prometiéndole siempre su próxima llegada a Nohant.

Transcribo algunos fragmentos de las cartas que mi padre escribió lechadas en París, desde el 15 frimario al 5 floreal.

«… Por fin estuve con Caulaincourt. No me equivoqué en cuanto a su actitud: me recibió muy cordialmente, me preguntó por ti y cuando le dije que deseaba pertenecer a la guardia del cónsul no me dio tiempo de pedirle su ayuda porque me la ofreció espontáneamente. Me recomendó que en todas mis cartas hiciera notar especialmente que soy el nieto del mariscal de Sajonia. Como yo me admirara de que no se tuvieran en cuenta mis méritos en Suiza y en Marengo, me contestó que el *presente* es lo que tiene en cuenta, aunque el *pasado* es de mucho mayor importancia.»

«… Augusto (De Villeneuve, su sobrino) se vistió ayer con ropas adecuadas a su empleo de tesorero de la ciudad de París. Tenía traje

negro, espada, etc., y al verlo nos causó mucha gracia. Tiene una hermosa figura, lleva muy bien su traje, pero resulta muy raro ver nuevamente los trajes de la época pasada. René quiere ser prefecto del palacio y su mujer dama de honor. Parece que el primer cónsul fue muy amable y muy galante con ella.»

«… Te envío un sombrero de castor gris a la última moda… René fue a Saint-Cloud a ver a la señora Bonaparte, Su mujer fue muy bien recibida.»

«Mándame los botones de acero y diamantes que eran de mi padre. Se los ofrecí a René para que se los ponga en su traje de terciopelo con que irá a Saint-Cloud para hacer méritos.

»No he recibido ninguna respuesta sobre mi pedido de ascenso; no me ha sido posible entrevistarme con Caulaincourt. Apolline (esposa de René de Villeneuve) habló de mí en casa del primer cónsul; Ordener, que se encontraba allí, hizo mi elogio ante Eugenio de Beauharnais y Clarke…»

«T… está en buenos términos con el gobierno. Ayer recibió la visita de Le Marrois, ayudante de campo de Bonaparte, quien le preguntó en nombre de aquél, cuál era el puesto que quería desempeñar. Yo me alegro mucho por él que es tan bueno y tan amable. Pero, ¿no te parece muy raro eso de obtener un puesto importante sin ir a pedirlo? Eso hace germinar en mí el deseo de abandonar mi carrera para ir a Nohant a plantar repollos. Lo haré si la guerra no empieza de nuevo; quiero servir a Francia pero no a una corte. El estado militar está tan envilecido que ya no me animo a llevar mi uniforme con el cual estaba tan orgulloso antes.»

«Ayer almorcé con Caulaincourt. Me dijo que él mismo había colocado mi solicitud en la carpeta del primer cónsul, y que también le había hablado de mí, mas que aquél le había contestado: “Ya veremos eso”».

«Caulaincourt habló por mí nuevamente al primer cónsul. A éste se le había extraviado mi solicitud; debo presentar otra. ¿Podré esperar algo? ¡Ah, si este gran hombre supiera los deseos que tengo de mandarlo a paseo! ¡Y cómo me molesta estar a sus servicio sin ninguna gloria! Si nos la diera otra vez, haría las paces con él. Desgraciadamente eso tiene muy poca importancia para él en este momento.

»Pasé la noche en casa de Cambaceres. Toda Europa estaba ahí. Había más de cuatrocientos coches en la calle.»

«Te aseguro que mis diligencias marchan muy bien. Creo que el primer cónsul no tiene motivos para negar mi pedido. El señor de Lauriston presentará mi solicitud. Caulaincourt también me asegura que esta vez tendré éxito. Augusto me presentó ayer en la casa del cónsul Lebrun. Fui recibido con mucha amabilidad.»

«René reunió en un almuerzo a varias personalidades. Estaban Eugenio Beaucharnais, Adrien de Mun, milord Stuart, la señora de Luis Bonaparte, la princesa Olgorouky, la duquesa de Gordon. Era un honor de Eugenio, que está enamorado de lady Georgina, considerada en el gran mundo como una belleza. Esa unión no se realizará porque Bonaparte no quiere. Al dejar la mesa fuimos a pasear al *jardín des plantes.* Eugenio distribuía luises por todos lados con la misma facilidad con que otros hubieran dado unos centavos. Nos hacía los honores del paseo y por poco decía el *jardín de mi padre,* en lugar de decir el jardín del rey…»

Capítulo XXI

Después de haber pasado tres meses con su madre, a quien acompañó a lomar las aguas de Vichy, mi padre regresó a París, llamado por un decreto de los cónsules. Se empezaba a hablar de la expedición de Inglaterra. Mi padre no tenía ningún deseo de volver a Charleville…

El primero termidor escribía:

«Franceschi, primer ayudante de campo de Massena, quiere que me acerque a éste porque él dirigirá el ejército de las costas o el de Portugal y yo preferiría esta situación antes que volver a Charleville.»

Mauricio ruega a su madre que escriba al general Dupont comunicándole que él no puede presentarse en Charleville porque se encuentra enfermo.

Él escribe:

«… En cuanto a nuestros asuntos de dinero no quiero que me consultes para nada. Considero el dinero como un medio, nunca como un fin. Todo lo que tú hagas será sabio, justo y excelente para mí. Ya sé que cuanto más tengas más me darás; pero no quiero que por un pedazo de más o de menos de tierra te prives de algo. Me espanta la idea de *heredar* de ti.»

«Salgo para Sedán, por donde pasará Bonaparte. Debemos ir a su encuentro. A pesar de mi *enfermedad* estaré allí. No sé si de su entrevista con Dupont saldrá algo bueno para mí; hace tres años que soy teniente, mientras mis camaradas han ascendido todos. Aparentemente son más hábiles que yo, aunque yo tenga más méritos que muchos de ellos.»

«Llegué ayer a Charleville. Dupont está un poco burlón y no se ha preocupado por mi *enfermedad.* Esperamos a Bonaparte de un momento a otro. Se hacen grandes preparativos. Los militares se preparan para la gran revista. Las autoridades civiles preparan los discursos. Los burgueses jóvenes forman una guardia de honor. Haremos simulacro de batalla y nuestras maniobras se desarrollarán en la llanura. La iluminación del primer día terminará con todas las velas de la ciudad; por suerte, al día siguiente habrá luna llena.»

«Dupont no cumplió las promesas que me había hecho. Durante los 8 días que estuvo con el primer cónsul no encontró un momento para hablarle de mí. Caulaincourt, que acompañó a Bonaparte a Sedán, quedó extrañadísimo por la indiferencia de Dupont. Entonces me habló confidencialmente sobre las variantes que se producen en las ideas del primer cónsul. Parece que el invierno pasado, cuando éste oyó hablar de mí como del nieto del mariscal de Sajonia, le dijo: "No necesito de esa clase de personas por hoy". Ahora, en cambio, ese título me favorecería, porque el primer cónsul ha cambiado de modo de ver. Ya ves, mi buena madre, qué perjudicial es el depender de la política o del capricho de un hombre. Ocurre como *antes.* Los servicios y los méritos no se tienen en cuenta. Además en Sedán nos ocurrió algo ingrato. En el momento del desfile, después que nosotros nos habíamos retenido, trasmitiendo las órdenes, Dupont nos ordenó retirarnos y dijo que lo hacía en nombre del primer cónsul. Nosotros los ayudantes de campo, nos sentimos heridos, pues parece que no nos consideraba como del ejército. Comprenderás que estoy harto de este grado. Mis camaradas me aprobaron cuando determiné dejar a Dupont y venirme a París.»

Mauricio inicia desde los primeros días del año 12 tentativas serias para entrar en el ejército de línea. Dupont se arrepiente de haberle ofendido y pide para él el grado de capitán. Lacuée, Caulaincourt, el general Berthier, el señor de Segur, suegro de Augusto de Villeneuve, hacen también diligencias para ayudar al éxito de ese pedido. Ahora tiene Mauricio un motivo serio para quedarse en

París. Escribe siempre a su madre y en sus cartas se burla de los cortesanos.

Mi padre no obtuvo nada, y su madre hubiera deseado en ese momento que renunciara al ejército. La voz del honor le impidió tomar esa determinación, porque la guerra parecía probable. Pasó con su madre los primeros meses del año 12. Como el proyecto de guerra con Inglaterra parecía cada vez más inminente, Mauricio fue a reunirse con Dupont.

«Campamento de Ostrohow, 30 frimario, año 12 (Diciembre, 1803).

»Aquí me tienes en una especie de granja donde he instalado el cuartel general mientras espero al general Dupont. Ostrohow es un pueblo encantador, situado sobre una altura desde donde se domina Boulogne y el mar. Nuestro campamento está dispuesto a la romana. Es un cuadrado perfecto. Hice el croquis del mismo esta mañana y coloqué en él las posiciones de las otras divisiones que bordean el mar; todo se lo mandé a Dupont. Vivimos en el barro. No tenemos camas buenas para descansar, ni buen fuego para secarse, ni sillones para descansar, ni comida adecuada, ni una buena madre que nos cuide con cariño. Mi ocupación consiste en correr todo el día para distribuir las tropas que llegan, mojarme, embarrarme y subir y bajar a la costa cien veces por día. Es el cansancio de la guerra, pero la guerra despojada de todos sus encantos. No hay esperanza de tiroteo y de la gran expedición no se dice ni una palabra, es como si nunca fuera a realizarse.

»Pasaremos nuestro invierno sobre la paja. No me quejo por esto cuando veo a nuestros pobres soldados que están casi acostados en el barro. Thiers afirma que los soldados estaban muy bien alojados en sus casuchas y que no les faltaba nada. Tal debía ser, en efecto, la intención de Bonaparte; pero los hechos no están siempre de acuerdo con los proyectos escritos y éstos son los documentos cuando se escribe la historia oficial. Sería el caso de dar vuelta así el proverbio: “Los soldados mueren, los escritos quedan”.

»Los ingleses nos visitan todos los días con sus barcos. Desde la costa les mandamos bombas y balas que se pierden en el agua. Ellos nos contestan de la misma manera. Esto parece una comedia. De tiempo en tiempo, nos ejercitamos en remar. Los ingleses nos

persiguen, nos retiramos y desde nuestras baterías les mandamos ruidosos saludos. El mar me sienta muy bien y tengo gran apetito. Últimamente fuimos a almorzar a la casa de un general amigo. Partimos a caballo con la marea baja siguiendo la orilla del mar. Quisimos regresar a las seis de la tarde por el mismo camino y, como la marea subía, las olas nos interrumpían el paso en muchos lugares. Dupont, que camina siempre adelante, cayó en un pozo con su caballo y creyó ahogarse. A Bonaparte le ocurrió lo mismo el día de su partida para Boulogne. Todo su séquito se precipitó para socorrerlo, mas él montó rápidamente otra vez a caballo.»

«Campamento de Ostrohow, 7 pluvioso, año 12 (Enero, 1804).

»Últimamente casi todo nuestro cuartel general pudo ser víctima de mi afición por la navegación. Durante el almuerzo relaté con entusiasmo cómo se pescan arenques. Dupont quiso ver con sus ojos el espectáculo. Aunque el viento era bastante fresco, le convencí para embarcarse. El almirante me prestó su barco. Nos embarcamos con viento bastante fuerte y marea alta. Casi volábamos sobre las olas. Estábamos casi a la altura del cabo
Gris-Nez
y ya veíamos las marsopas saltar a flor de agua alrededor de nuestro barco. Sabes que cuando esos animales aparecen, en la superficie del agua es que el mal tiempo se acerca. En efecto, el viento se había puesto demasiado frío, y cuando íbamos a virar se levantó de repente con furia y nos arrojó dos leguas mar adentro. Tuvimos tiempo de plegar nuestras velas. Montañas de agua nos rodeaban y caíamos los unos sobre los otros en nuestro débil barco. La situación se hacía crítica. El timonel cortaba las olas con una destreza admirable. Los que no estábamos mareados, remábamos con todo entusiasmo. En fin, después de haber corrido mil peligros logramos entrar en el puerto a las 9 de la noche, rendidos de cansancio, como puedes imaginarte. No te hablo de nuestros asuntos militares porque está prohibido dar noticias sobre ese renglón.»

«Cuartel general, Ostrohow, 30 pluvioso, año 12.

»Anteayer, en el momento en que yo empezaba a escribirte, doce

cañonazos me interrumpieron. Era el preludio de un cañoneo que duró todo el día, entre nuestras baterías y la flota inglesa. El espectáculo era magnífico, toda la orilla estaba iluminada por el fuego. A pesar de los dos mil cañonazos disparados de un lado y de otro, no perdimos ni un solo hombre. Las balas enemigas pasaban sobre nuestras cabezas y se perdían en el campo sin herir a nadie.»

«Ostrohow, 25 ventoso, año 12 (Marzo, 1804).

»Se realizó aquí una fiesta muy hermosa en honor del general en jefe y de su esposa. Yo fui nombrado director de orquesta. Compuse contradanzas, etc.»

«Fayel, 17 germinal (Abril, 1804).

»Estamos instalados en una casa a la cual se le llama pomposamente castillo. Es el lugar más triste que uno puede imaginarse, a cinco leguas de Boulogne, cuatro de Montreuil y una de Etaples. El horizonte está limitado a lo lejos por el mar y por dunas de arena, de las cuales se levantan verdaderos torbellinos cuando sopla el viento del oeste. Desde hace algunos años esa arena ha cubierto las tierras cultivadas y esteriliza todo lo que toca. Al salir del castillo de Fayel nos creemos en Arabia. Esta morada perteneció al celoso Fayel, quien hizo comer a su mujer el corazón de Coucy. Como aquí vive un señor Fayel y su mujer es muy linda, tratamos a ésta con todo respeto en memoria de las tradiciones de la familia. Dupont se aburre cordialmente.»

«Fayel, 12 pradial.

»Recibimos la visita del ministro de guerra, quien nos hizo maniobrar en línea en todo el campamento de Montreuil. Como Dupont era el jefe de la línea, tuve la suerte de hacer más o menos veinte leguas al galope, ya que debíamos recorrerla de derecha a izquierda unas cuarenta veces. Luego, durante cuatro días, dimos unas carreras enormes para entendernos sobre la redacción de una nota que nos vemos obligados a presentar al primer cónsul, para suplicarle quiera aceptar la corona imperial y el trono de los

Césares.

»¡Qué locura considerable! Luego anduvimos otra vez en carreras para hacerla firmar en los diferentes regimientos. Nadie se enoja por esto, pero todo el mundo se sonríe.

»Mientras Mauricio escribía así a su madre, Victoria, desde ahora Sofía (se había acostumbrado a llamarla así) se había reunido con él en Fayel. Yo estaba por llegar al mundo en el campamento de Boulogne, mas sin darme cuenta de ello, y pocos días después vería la luz sin advertirlo tampoco. Este accidente de dejar el seno de mi madre me ocurrió en París el 16 mesidor, año 12, un mes justo después del día en que mis padres se unieron indisolublemente. Mi madre, dándose cuenta de que mi nacimiento estaba próximo, quiso volver a París, y mi padre la siguió allí el 12 pradial. El 16 se casaron secretamente en la Municipalidad del segundo distrito. El mismo día mi padre escribió a su madre: "París, 16 pradial, año 12. Estoy en París porque Dupont, considerando que ya tengo cuatro años de teniente, ha comprendido que tengo el derecho de ascender a capitán. Quería brindarte la sorpresa de llegar a Nohant, pero una carta de Dupont que recibí esta mañana con una recomendación para el primer puesto vacante, me retiene aquí algunos días. Si no obtengo esta vez lo que deseo, me hago monje."

Mi padre tenía en ese momento la vida y la muerte en su alma. Acababa de cumplir con su deber hacia la mujer que lo amaba sinceramente y que lo iba a hacer padre una vez más. Dije ya que había dado a luz varios niños durante esta unión, y que en el momento del nacimiento de otro, había querido santificar su amor con un lazo indisoluble. Mas si era feliz y estaba orgulloso de haber obedecido a ese amor, le dolía engañar a su madre y desobedecerla en secreto, como hacen los niños a quienes se maltrata. Ése fue su error, pues lejos de estar oprimido y maltratado, hubiera podido obtener todo lo que quería de su tierna y bondadosa madre si le hubiera hablado con firmeza y le hubiera dicho la verdad.

Le faltó valor, y no fue por falta de franqueza.

Trató de escribirle a sus madre y no pudo mandarle más que las diez líneas que transcribí anteriormente. Luego tomó en sus brazos a mi hermana Carolina, juró amarla tanto como al hijo que iba a

nacer y preparó su partida para Nohant, donde quería pasar ocho días con la esperanza de poder confesar todo y de hacer aceptar lo que ya había ocurrido.

Fue una esperanza vana. Habló primero del estado en que se encontraba Sofía, y mientras acariciaba a mi hermano Hipólito, el niño de la *petite maison,* hizo alusión al dolor que había experimentado al enterarse del nacimiento de esa criatura, cuya madre se le había hecho tan indiferente. Habló del deber que el amor exclusivo de una mujer impone a un hombre honrado, y de lo vergonzoso que sería el abandonar a una mujer que ha dado pruebas de tanta abnegación. Al oír las primeras palabras, mi abuela se deshizo en lágrimas, y sin discutir nada, se sirvió de su argumento de costumbre, argumento pérfidamente amoroso y de una personalidad conmovedora: «Si amas a una mujer más que a mí —le dijo—, es que ya no me amas. ¿Dónde están los días de Passy, dónde está el afecto exclusivo que me profesabas entonces? ¡Cómo añoro aquella época en que me escribías!: ¡Cuando regreses a mi lado, no me apartaré de ti ni un día, ni una hora! ¡Por qué no me habré muerto como tantos otros en el 93! ¡Me hubieras conservado en el corazón tal cual yo era entonces y así yo nunca hubiera conocido una rival!»

¿Qué contestar a un amor tan apasionado? Mauricio lloró, nada contestó y calló su secreto.

Regreso a París sin haber dicho nada y vivió sereno y retirado en su modesto hogar. Mi buena tía Lucía estaba en vísperas de casarse con un oficial amigo de mi padre. Los cuatro se reunían con algunos amigos para celebrar algunas fiestas de familia. Un día que habían formado un baile y en que mi madre vestía un lindo vestido de color rosa y mi padre tocaba en su fiel violín de Cremona (conservo aún ese viejo instrumento al son del cual yo vi la luz) una contradanza de su creación, mi madre, sintiéndose indispuesta, dejó de bailar y se retiró a su cuarto. El baile continuó. Poco rato después mi tía Lucía entró en la habitación de mi madre y en seguida gritó:

—¡Mauricio, venga, venga; tiene una hija!

—Se llamará *Aurora*, como mi pobre madre, que no está aquí para bendecirla, pero que la bendecirá un día —dijo mi padre recibiéndome en sus brazos.

Era el 5 de julio de 1804, el último año de la República y el primero del Imperio.

—Ha nacido con música y en medio del color rosa; será feliz —dijo mi tía.

Capítulo XXII

Todo lo que precede fue escrito durante la monarquía de Luis Felipe. Reanudo este trabajo el 1 de julio de 1848 y reservo para otro momento de mi relato lo que he visto y experimentado durante este intervalo.

He vivido, he aprendido y he envejecido mucho durante este corto lapso, y puede ser que mi apreciación actual de todas las ideas que llenaron mi vida se resienta con esa tardía y rápida experiencia de la vida general.

Si hubiera terminado mi libro antes de esta revolución, él hubiera sido otro; hubiera sido la obra de un solitario, de una criatura generosa, pues mis estudios sobre la humanidad los había hecho solamente sobre seres excepcionales, a quienes examiné a mi antojo. Desde entonces he andado mucho por el mundo y perdí las ilusiones de mi juventud.

Llegué, pues, al mundo el 5 de julio de 1804 y llegué como hija legítima, cosa que hubiera podido no ocurrir, de haber respetado mi padre los prejuicios de su familia; y eso fue para mi una dicha, porque mi abuela no se hubiera ocupado de mí con el amor que después lo hizo y hubiera estado yo privada después de un bagaje de ideas y de conocimientos que fueron mi consuelo más tarde en las luchas por la vida.

Yo era muy sana y durante mi niñez prometía ser muy hermosa, promesa que luego no cumplí. Tal vez yo tuve la culpa de esto, pues a la edad en que la belleza florece me pasaba las noches escribiendo y leyendo. Mi pobre madre, que apreciaba la belleza antes que todo, me lo reprochaba ingenuamente muy a menudo. Yo nunca pude esclavizarme al cuidado de mi persona. Gustándome el arreglo, me han parecido siempre insoportables los refinamientos de la coquetería. Jamás he comprendido que haya que privarse de trabajar para tener la vista descansada, no correr al sol para no

estar quemada ni con la piel envejecida antes de tiempo; llevar guantes para renunciar a la destreza de las manos y no caminar en burdos zuecos para no deformarse los pies. Aunque no fui completamente rebelde, no pudieron llegar a dominarme. No tuve nada más que un instante de lozanía y nunca fui hermosa. Mis rasgos, sin embargo, eran bastante bien formados, mas nunca pensé en realzarlos. El hábito de soñar, contraído casi desde la cuna, me dio una expresión desvaída. Con cabellos, ojos y dentadura normales, no fui fea ni hermosa en mi juventud, cosa que considero ventajosa porque la fealdad inspira prevenciones en un sentido y la belleza en otro. Es preferible tener un rostro que no deslumbre ni espante. Por eso yo me he encontrado siempre bien con mis amigos de ambos sexos. He comenzado por hablar de mi físico para no tener que ocuparme más de él. En el relato de la vida de una mujer, este aspecto concerniente a la belleza, de prolongarse indefinidamente, podría espantar al lector. En este sentido me he ceñido a la costumbre de describir exteriormente el personaje que actuará en escena; hubiera debido tal vez no hacerlo, pero consulté antecedentes y comprobé que hombres muy importantes lo habían hecho. Sería una presunción no satisfacer la curiosidad, un poco simple, del lector. Si me atengo a los actos que figuran en mi pasaporte, diré que mis ojos son negros, como el cabello; la frente común, el cutis pálido; nariz recia, mentón redondo, boca mediana y de altura cuatro pies y diez pulgadas; señas particulares, ninguna.

Ignoro cuáles fueron los motivos que obligaron a decir a ciertas personas, que pretendían haberme visto nacer, que por razones de familia, fáciles de adivinar en un casamiento secreto, no tenía yo la edad que me atribuían. Según esta versión, había nacido yo en Madrid en 1802 ó 1803 y mi acta de nacimiento era la de un niño que nació después que yo y que murió al poco tiempo. Como los libros de registro civil no eran tan rigurosos como lo son actualmente, ese relato no era tan inverosímil como ahora parece. Por otra parte, como me dijeron que mis padres no me dirían la verdad sobre este punto, jamás los interrogué. Y quedé convencida de que había nacido en Madrid y que tenía uno o dos años más de los que yo acusaba. En esa época leí rápidamente la correspondencia de mi padre con mi abuela, y una carta mal fechada e intercalada a propósito en la colección de 1803 me

confirmó en ese error, el cual se desvaneció cuando pude examinar la correspondencia con mayor detención. En fin, un puñado de cartas desprovistas de interés para el lector, pero de gran importancia para mí, me dieron la pauta de mi identidad. Nací en París el 5 de julio de 1804 y soy yo *misma,* cosa que me resulta muy agradable, pues es muy molesto deber dudar de su nombre, de su edad y de su país. Durante quince años dudé de mi identidad, sin pensar que en unos viejos cajones inexplorados encontraría la verdad. En esto, como en todo lo que me concierne personalmente, me dejé llevar por mi pereza natural.

Mi padre había hecho correr sus amonestaciones en Boulogne-sur-Mer, y se casó en París a escondidas de su madre. Eso fue posible porque el nuevo código que regía desde la revolución dejaba una puerta abierta para eludir los actos respetuosos. Era un momento de tradición entre la vieja sociedad y la nueva, y el engranaje de las leyes civiles no funcionaba con la debida regularidad.

Mi madre era normalmente un ejemplo de esta situación transitoria. Era piadosa y lo fue siempre, sin llegar a la exageración. Mas, lo que había creído durante su infancia siguió creyéndolo durante toda su vida, sin tener en cuenta las leyes civiles y sin pensar que un acto realizado ante la autoridad municipal pudiera reemplazar a un sacramento. No tuvo escrúpulos por las irregularidades que facilitaron su casamiento civil; en cambio, cuando se trató del casamiento religioso, fue muy exigente e insistió tanto que, mi abuela, a pesar de su oposición, debió asistir a él. Hasta entonces mi madre no se creyó cómplice en la rebeldía de su marido, respecto a mi abuela; y cuando le decían que la señora Dupin estaba muy enojada con ella, acostumbrada a contestar: «Verdaderamente, eso es muy injusto, y ella no me conoce. Díganle que no me casaré por la iglesia con su hijo mientras ella no lo consienta.»

Mi padre, viendo que no podría vencer nunca ese prejuicio simple y respetable, tenía el mayor deseo de hacer consagrar su matrimonio por la iglesia. Hasta entonces le preocupaba que Sofía, no considerándose casada, tomara alguna terminación contraria a su felicidad. No dudaba de ella en cuanto al cariño y a la fidelidad. Pero, en cambio, tenía accesos tremendos de orgullo cuando él le

hacía entrever la oposición de su madre. Entonces ella hablaba de irse y vivir del producto de su trabajo en compañía de sus hijos, demostrando así que no quería recibir limosna ni perdón de esa orgullosa *gran señora.* Cuando Mauricio quería persuadirla de que su casamiento contraído era indisoluble y que su madre, tarde o temprano, lo aprobaría, contestaba: «No, el casamiento civil no significa nada, puesto que permite el divorcio. La iglesia no lo permite. No estamos casados y tu madre no tiene nada que reprocharme. Me basta que nuestra hija (yo ya había nacido) tenga la suerte asegurada. En cuanto a mí, nada te pido y no tengo por qué enrojecer ante nadie.»

Mi padre tenía veintiséis años y mi madre treinta cuando yo llegué al mundo. Mi madre no había leído jamás a Rousseau y tal vez no había oído hablar mucho de él, cosa que no le impidió amamantarme, como lo hizo con todos sus hijos. Mas para ordenar mi relato, debo continuar con la historia de mi padre, cuyas cartas me sirven de referencias, pues, como es de imaginarse, mis propios recuerdos son posteriores al año 12.

Como dije en el capítulo anterior, mi padre pasó quince días en Nohant después de su casamiento, y no encontró la oportunidad de confesarle a mi madre el paso que había dado.

Volvió a París con el pretexto de continuar sus diligencias para obtener el grado de capitán y encontró a todos sus parientes y relaciones muy bien vinculados con la monarquía: Caulaincourt era gran caballerizo del emperador; el general
d'Harville
era gran caballerizo de la emperatriz Josefina; el buen sobrino René, chambelán del príncipe Luis; su mujer, dama de compañía de la princesa, etc. Esta última presentó a la señora de Murat la hoja de servicios de mi padre y la señora de Murat la guardó en su corsé, cosa que hizo decir a mi padre, con fecha 12 pradial del año 12: «Aquí ha retornado la época en que las señoras disponen de los ascensos, y que el corsé de una princesa promete más que un campo de batalla.»

El 16 mesidor del año 12, mi padre escribe a mi abuela:

«Recibí tu amable carta para Lacuée. Se la llevé al momento.

Estaba en Saint-Cloud. Mi solicitud debe ser vista por el emperador la semana próxima. Por otra parte, nuestra familia sigue su camino: el señor de Segur acaba de ser nombrado gran dignatario del Imperio y gran maestro de ceremonias, con cien mil francos de sueldo, más cuarenta mil como consejero de Estado. René entra en funciones. El príncipe tendrá una guardia. Apolline me promete hacerme entrar en ella. Me parece un sueño absurdo, por lo brillante, pero no lo ambiciono. Prefiero la actividad de la guerra y lograr mi ascenso con merecimientos. Si yo fuera capitán, tú podrías venir acá. Podría comprar un cabriolé para hacerte pasear, te cuidaría y te haría olvidar todas nuestras tristezas, y sin Deschartres seríamos todavía más felices, como antes, estoy seguro. Te quiero tanto, a pesar de lo que tú digas, que terminarás por creerlo. El viaje del emperador me hace postergar mi viaje hasta el mes de setiembre. Entonces iré para tus vendimias, y si Deschartres se hace todavía el importante, lo meteré dentro de una cuba.»

«1.º termidor, año 12.

»El emperador salió de viaje anoche, y tú me creerás en viaje para Boulogne. En cambio, me preparo para ir a verte. Decouchy se encargó de hacerle comprender a Dupont que mi presencia es más necesaria aquí que allá. René se ha hecho cargo de sus funciones de chambelán. Presenta a los embajadores al príncipe, hace los honores del palacio y vigila el protocolo en las ceremonias. Las tareas de Apolline consisten en llevar vestidos, muy elegantes y en prodigar cuidados delicados a la princesa, a quien acompaña como una confidente de tragedia.»

La respuesta el emperador a la solicitud de ascenso presentada por mi padre, consistió en decirle que los que pertenecían al estado mayor, como él, deberían esperar por lo menos un año. Mi padre participó de la mala suerte común y no fue a visitar a su madre, muy a pesar suyo esta vez, pues tuvo una violenta escarlatina. Durante su enfermedad. René escribió a mi abuela para tranquilizarla e involuntariamente se le escaparon algunas indiscreciones sobre mi nacimiento, del cual creía que estaba

informada. En sus cartas no habla del casamiento, pero atribuye la mala suerte de Mauricio en su carrera militar a todo lo que él se preocupa por Sofía.

Mi abuela, asustada e irritada por las insinuaciones involuntarias de René, escribió una carta muy amarga a su hijo y le provocó una reagravación en su estado. Su respuesta está llena de ternura y de dolor.

«10 fructidor (Agosto, 1804).

»Dices, mi buena madre, que soy un ingrato y un loco. ¡Ingrato, jamás! En cambio, loco puede ser que me vuelva ahora que estoy tan enfermo de cuerpo como de espíritu. Tu carta me ha dolido más que la respuesta del ministro, puesto que me acusas por mi mala suerte y quisieras que hubiera hecho milagros para conjurarla. No puedo hacer milagros respecto a intrigas y adulaciones. En esto bien puedes ser tú la culpable, ya que desde niño me enseñaste a despreciar a los cortesanos. Si vivieras en París, sabrías que el nuevo régimen es peor que el antiguo y no me acusarías de ser digno. Si la guerra hubiera durado más tiempo, habría conquistado mis ascensos; pero en las antesalas no sé lograrlos. Me reprochas, también, que no te hablo de mi vida privada. ¡Tú lo has querido! ¿Como lo haré, si cuando digo la primera palabra me acusas de ser un mal hijo? Estoy obligado a callarme y a decirte una sola cosa: te quiero y no quiero a nadie más que a ti.»

Mi padre pasó seis semanas en Nohant, sin que su secreto saliera de sus labios, pero con todo fue adivinado. A fines del brumario, año 13 (noviembre, 1804) mi abuela escribió al alcalde del distrito quinto:

«Una madre, señor, no tendrá necesidad, sin duda, de justificar ante usted el título con el cual se presenta para solicitar su atención. Razones poderosas me hacen temer que mi único hijo se ha casado en París recientemente sin mi consentimiento. Soy viuda; él tiene veintiséis años, está en el ejército, se llama Mauricio Francisco

Isabel Dupin. La persona con la cual ha podido contraer matrimonio ha llevado diferentes nombres; creo que el que le pertenece es el de Victoria de Laborde. Debe ser un poco mayor que mi hijo; ambos viven juntos en la calle Meslée No. 15, en la casa del señor Marechal.

»Como supongo que esta calle queda en su distrito, me tomo la libertad de hacerle estas preguntas y de confiarle mis temores. Esta mujerzuela, no sé cómo llamarla, antes de vivir en la calle Meslée, habitaba, en nivoso último, en la calle de la Monnaie, donde tenía una tienda de modas. Desde que vive en la calle Meslée, mi hijo ha tenido de ella una niña nacida, creo, en mesidor e inscrita con el nombre de Aurora, hija de Dupin y de… La inscripción puede darle a usted algún dato sobre el casamiento si es que existe precedentemente, como lo creo, a causa del apellido que se ha dado a la niña. Algunos indicios me hacen presumir que el casamiento pudo haberse realizado en pradial último. Tengo el honor de escribir a un magistrado, puede ser a un padre de familia; ese doble título no me hará esperar vanamente una respuesta, tan pronto como le sea posible y de una discreción inviolable, sea cual fuere el resultado de las diligencias que le solicito. Tengo el honor, etc. — *Dupin.»*

Segunda carta de la señora de Dupin al alcalde del distrito quinto.

«Al confirmar mis temores, señor, usted ha desgarrado mi corazón y por mucho tiempo éste no podrá recibir los consuelos que usted quiere volcar en él; pero no estará cerrado al reconocimiento y aprecio que sus palabras merecen. Sin embargo, espero de usted algo más. Mi corazón no dice que mi hijo debe ser muy culpable para que haya creído deber ocultarme el acto más esencial de su vida. Ése es el misterio que usted puede ayudarme a desentrañar. Hasta ahora usted es el único depositario, y no me atrevo a confiar a ninguna persona de mi amistad en París, de lo que mi hijo no se ha atrevido a revelarme… Sin embargo, debo saber quién es esta nuera que él ha querido darme.»

Es fácil ver por esta carta que mi abuela deseaba estudiar las

posibilidades de anular el casamiento. No ignoraba tanto, como lo simulaba parecer, los nombres y antecedentes de su nuera. Aparentaba ignorar todo para que no se tradujeran sus intenciones, y si hacía presentir una especie de perdón, que todavía no estaba dispuesta a acordar, era por temor a encontrar en el alcalde del distrito que los había casado un auxiliar complaciente de ese casamiento. Por eso no se dirigía a él directamente, sino al alcalde del distrito 5, aunque sabía muy bien que la calle Meslée no estaba en esa jurisdicción. Su habilidad de mujer fue su consejero, y confieso que esta pequeña conspiración contra la legitimidad de mi nacimiento, me parece, también, de una legitimidad incontrovertible.

Por su parte, mi padre, aconsejado probablemente por una persona avezada, pues él solo hubiera caído en la celada tendida por la ternura materna, debía querer ocultar su casamiento hasta el momento en que la oposición de mi abuela se hubiera calmado. Se engañaba, pues, uno a otro, y se escribían como si no hubiera pasado nada. Digo que se engañaban, y sin embargo, no se mentían. El único artificio era el silencio que los dos guardaban en sus cartas sobre el principal motivo de sus preocupaciones.

Capítulo XXIII

De Mauricio a su madre

«Fin de brumario, año 13 (Noviembre, 1804).

»Creo que no iré por el momento a Fayel, pues el general Suchet me hizo el honor de detener su coche expresamente ayer para hablarme; me dijo que todos los generales de división iban a ser llamados para asistir a la ceremonia de la coronación y que probablemente Dupont también vendría. Se espera a Su Santidad mañana. Mis trabajos líricos tienen acá un éxito que no me esperaba en Nohant. Me piden la romanza del *Divorcio.* El que se entusiasma mucho con ella es Saint-Brisson. Está aquí para la coronación como presidente del cantón y realiza sus visitas a las diez de la noche con medias de seda y a caballo.»

«París, 7 frimario, año 13 (Noviembre, 1804).

»Estaba por salir para Fayel y perder la ceremonia de la coronación, cuando el mariscal Ney me comunicó que acababan de llamar urgentemente a Dupont. Éste llegó, en efecto, la víspera del gran día. Estamos en términos muy amistosos. Luego presencié la ceremonia. Vi uno, dos, tres, cuatro, cinco regimientos; húsares, coraceros, dragones, carabineros y mamelucos; uno, dos tres, cuatro cinco, seis, siete, ocho nueve, diez, once, doce trece, catorce coches con seis caballos cada uno y llenos de figuras de la corte; un coche; con diez espejos lleno de princesas; el coche del archicanciller y, por fin, el del emperador: ocho caballos blancos admirables, enjaezados y adornados hasta el primer piso de las casas. El coche tiene diez espejos. Sobre la imperial de la carroza lleva una corona rodeada de águilas. Por delante y detrás de ella treinta pajes. El emperador estaba en el fondo, a la derecha; la emperatriz a la

izquierda. En la parte delantera, los príncipes José y Luis. A caballo, alrededor de dicha carroza, los mariscales Monsey, Soult, Murat y Davoust. Caballos de mano cubiertos de drapeados de oro y gualdrapas relumbrantes, llevados con dos riendas de seda y oro por mamelucos a pie, vestidos con la mayor munificencia. El coche del Papa con ocho caballos blancos empenachados. El Papa solo en el fondo. Dos cardenales vis a vis. La cruz de oro, llevada delante del coche, por un orgulloso gordo en traje de ceremonia y con un bonete cuadrado montado sobre una mula. Veinte carrozas más, parecidas a las primeras, todas con las armas y las libreas del emperador, transportaban el resto de los cortesanos.

»En Notre Dame, el trono, cerca de la puerta, representando un arco de triunfo bastante pesado y cuyo estilo griego desentonaba con el estilo gótico de la iglesia; la emperatriz, sentada un poco más abajo que su esposo. Los príncipes, dos gradas más abajo. Las tribunas, a derecha e izquierda, adornadas por drapeados, ocupadas por el Consejo de Estado, el cuerpo legislativo, los presidentes de cantón, los príncipes extranjeros y los invitados oficiales. En la nave, los oficiales principales de la Legión de Honor.

»Después de la misa, el emperador bajó del trono con la emperatriz, seguido por los príncipes y las princesas. Atravesaron la iglesia con paso grave para acercarse al altar. El Papa puso óleo en la frente y en las manos del emperador y de la emperatriz; luego Bonaparte se levantó, tomó la corona que estaba en el altar, se la puso él mismo sobre la cabeza y pronunció en alta voz el juramento de sostener los derechos de su pueblo y de mantener la libertad del mismo. Regresó a su trono y se cantó el Tedeum. Después, de regreso, iluminaciones magníficas, bailes, fuegos artificiales, etc. Todo era muy hermoso, imponente; la pieza bien puesta en escena y los grandes papeles bien desempeñados. ¡Saludos para la República! Tú no la lamentas, mi buena madre, ni yo tampoco por lo que ha sido, pero sí por lo que debió ser, por lo que era en mis sueños de niño.

»Ejecutaron mi “overtura” en casa de Augusto, con los músicos de Feydeau. La presenté como obra de un amigo mío, y fue comparada con la música de Haydn. Tuve un éxito que estaba lejos de esperar.

»Mi Aurora está muy bien de salud y es hermosa. Estoy

encantado de que me hayas preguntado por ella».

Se ha visto por la carta precedente que mi existencia estaba aceptada por la buena madre y que no podía disimular su interés por mí; y, sin embargo, no aceptaba el casamiento y con el abate Andrezel trataba de encontrar pruebas de nulidad.

El abate Andrezel llegó a París con todos los poderes necesarios. Este señor era uno de los hombres más espirituales y más amables que yo he conocido. Había hecho no sé qué traducciones del griego y era considerado como un sabio. Había sido rector de la Universidad y censor durante la Restauración. Era un poco libertino. Por lo tanto, le resultaba algo penoso encargarse de una misión tan grave como la que le había confiado mi abuela. Sin embargo, trabajó con mucha actividad. De sus consultas resulta indisoluble el matrimonio.

Mientras el abate Andrezel hacía sus diligencias en París y mi abuela escribía, a su hijo, desde Nohant, sin demostrarle pesar ni irritación, mi padre, siempre mudo con respecto al asunto del casamiento, le daba detalles de sus asuntos:

«28 frimario, año 13.

»Llego de Montreuil. Debí estar allí antes del 30 y presentarme ante el inspector durante las revistas para poder recibir el sueldo. A mi regreso encontré a René muy entusiasmado en favor mío. Comió con Dupont y su príncipe y hablaron extensamente de mí. El príncipe se extrañó mucho de que yo no hubiera adelantado en mi carrera. Le seré presentado y ha dicho que se interesará por mí. Desgraciadamente, su influencia no es mucha actualmente; en cambio, si fuera su mujer la que interviniera en mis asuntos, creo que tendría mucho más éxito. Dupont se casa con la señorita Bergon. Es muy amante de la música, según se dice. Le ha comprado esta mañana un piano de 4.000 francos y un arpa de 150 luises. Estoy encantado; puede ser que cuando tenga esposa con quien discutir nos dejará más tranquilos.»

«5 de enero, 1805.

»En Montreuil pude comprar un espléndido piano de cuatro pedales. Sus valor es de treinta y cinco luises y lo conseguí por dieciocho. Lo encontré en la casa de un señor Grevin, empresario de ataúdes de todas las parroquias de París. Había recibido ese piano como pago de una cuenta y no sabía qué hacer con él.»

Otros fragmentos de cartas

«Aurora quedó muy complacida con el beso que le di de tu parte. Si pudiera hablar o escribir, te desearía un feliz año nuevo. Aún no habla nada, pero te aseguro que lo piensa. Adoro a esta criatura; perdóname este amor, no perjudica en nada mi amor por ti; por el contrario, me hace comprender mejor y apreciar más todo lo que tú me amas. El príncipe José será nombrado rey de Lombardía y Eugenio Beauharnais rey de Etruria. Se habla de una próxima guerra.»

«París, 9 ventoso.

»El emperador es el único que hace los nombramientos. Él sabe lo que quiere hacer. Quiere rodear su familia y su persona de cortesanos arrancados del antiguo régimen. No tiene necesidad de complacer a oficialitos como yo, que han hecho la guerra con entusiasmo y de los cuales no hay nada que temer. Debemos consolarnos. Viena, la guerra y todo lo demás cambiará todo esto. Serviremos para algo cuando haya que hacer fuego, y entonces tal vez se acordarán de nosotros.

»En medio de tus reproches siempre reaparece tu cariño. No sé quién te ha dicho que yo estaba en la miseria y te inquietas por ello. Es cierto que el verano pasados viví en una buhardilla y que mi hogar de poeta y de enamorado contrastaba con los dorados de mi uniforme militar. No acuses a nadie por esas dificultades pecuniarias, de las cuales no te hablé y de las que no me quejaré. Una deuda que yo creía pagada y cuyo importe había pasado a manos deshonestas, fue la causa de ese desastre, ya reparado con mi sueldo. Vivo ahora en un departamentito muy agradable y no me falta nada.»

Aquí terminan las cartas de mi padre a su madre. Sin duda, le escribió muchas otras durante los cuatro años que vivió y durante los cuales estuvieron varias veces separados. Pero esa correspondencia ha desaparecido, ignoro por qué y cómo. Para continuar la historia de mi padre, no me queda más que su hoja de servicios, algunas cartas escritas a su mujer y vagos recuerdos de mi niñez.

Mi abuela llegó a París sin avisar a Mauricio, con la intención de hacer anular el casamiento de su hijo, esperando además que él consentiría en ello, pues jamás lo había visto resistirse a sus lágrimas. Empezó a consultar al señor Deseze sobre la validez del casamiento. Este señor realizó consultas con otros abogados célebres y llegó a la conclusión de que el casamiento tenía nueve oportunidades contra diez de ser declarado válido por los tribunales, que mi partida de nacimiento era correcta y que, aunque se anulara el casamiento mi padre se vería en el deber de llenar nuevamente las formalidades debidas y contraer matrimonio con la madre del hijo que había legitimado. Mi abuela se encontró probablemente aliviada de la mitad de su dolor al tener que renunciar a sus veleidades hostiles. Quiso, a pesar de todo, pasar unos días sin ver a su hijo, sin duda con el objeto de ver llegar a su fin las resistencia de su propio espíritu y conseguir nuevos informes sobre su nuera.

Mi padre se enteró de que su madre estaba en París; comprendió que lo sabía todo y me encargó a mí la defensa de su causa. Me tomó en sus brazos, subió a un coche, se detuvo ante la casa donde mi abuela se alojaba, con pocas palabras se conquistó la buena voluntad de la portera y me confió a esta mujer, la cual desempeñó así la misión que se le había confiado: Subió al departamento de mi abuela y, con cualquier pretexto, pidió hablar con ella. Una vez en su presencia le habló de no sé qué cosa; mientras hablaba se interrumpió para decirle: «—¡Vea usted, señora, qué linda es mi nieta!» «—¡Oh, sí; es muy lozana y fuerte!» —dijo mi abuela mientras buscaba su bombonera. Y en seguida, la buena portera me depositó sobre las rodillas de mi abuela, quien me ofreció golosinas y empezó a mirarme con admiración y muy emocionada. De repente me alejó de sí, gritando: —«¡Usted me engaña, esta criatura no es suya; ya sé quien es!»

Asustada por el movimiento que me rechazaba, parece que me puse a llorar con verdaderas lágrimas, las cuales causaron mucho efecto.

—«Ven, mi amorcito —dijo la portera tomándome en sus brazos —, aquí no te quieren, vámonos.»

Mi pobre abuela quedó vencida. «¡Déme esa niña! —dijo—. ¡Pobrecita; ella no tiene la culpa! ¿Quién la trajo?» «—Su señor hijo, él mismo, señora; espera abajo, voy a devolverle su hija. Perdóneme si la he ofendido; yo no sabía nada. Creí que le causaría un gran placer». —«Vaya, vaya, mi querida, no estoy enojada con usted —dijo mi abuela; vaya a buscar a mi hijo y déjeme la niña.»

Mi padre subió las escaleras de cuatro en cuatro. Me encontró sobre las rodillas, contra el pecho de mi buena abuela, quien lloraba y trataba de hacerme reír. No me contaron lo que pasó entre ellos, y como yo no tenía más que ocho o nueve meses, no tomé nota de nada. Es probable que lloraron juntos. Mi madre, que fue quien me contó esta primera aventura de mi vida, me dijo que cuando volví a su lado tenía en mi mano un hermoso anillo con un gran rubí, que mi abuela se había quitado de su mano, encargándome que lo colocara en las manos de mi madre, cosa que mi padre se encargó de hacerme cumplir.

Algún tiempo transcurrió sin que mi abuela consintiera en ver a su nuera. Mas como ya se había propagado la noticia de que su hijo había hecho un mal casamiento y que su oposición a la nuera podía redundar en perjuicio de Mauricio, vino a entrevistarse con Sofía. Ésta la desarmó por sus lindos modales y sumisión espontánea. El casamiento religioso fue celebrado en presencia de mi abuela y, después, una comida de familia selló oficialmente la adopción de mi madre y la mía.

Ambas mujeres procedieron de modo excelente; adoptaron para su trato los dulces nombres de madre y de hija. Si el casamiento de mi padre provocó un pequeño escándalo entre las personas de la intimidad de la familia, en cambio el mundo frecuentado por mi padre aceptó a mi madre sin pedirle informes de sus abuelos o de su fortuna.

Mi madre no se sintió jamás humillada ni honrada por encontrarse entre personas que podían creerse superiores a ella. Se burlaba con delicadeza del orgullo de los tontos y de la vanidad de

los nuevos ricos y sintiéndose muy del pueblo, se creía más noble que todos los patricios y los aristócratas de la tierra. Tenía el hábito de decir que los de su raza eran de sangre más roja que los demás y que sus venas era más anchas.

Mi madre no era una intrigante audaz. Su actitud era tan reservada que parecía tímida. Con las personas que le inspiraban respeto era atenta y encantadora; pero su verdadera naturaleza era alegre, amiga de dar bromas, activa y, sobre todas las cosas, enemiga de la afectación. Odiaba las grandes comidas, las tertulias de etiqueta, las visitas frívolas. Era mujer de hogar y amante de los paseos rápidos y animados. Vivió siempre retraída.

Como mi padre pensaba del mismo modo, ambos se entendieron siempre muy bien. En ninguna parte estaban más felices que en su hogar. A mí me han legado ese secreto salvajismo por el cual el mundo se me hace insoportable.

Todas las diligencias de mi padre para obtener un ascenso no tuvieron resultado. Debió regresar al campamento de Montreuil; mi madre se reunió con él en la primavera de 1801 y pasó dos o tres meses allí durante cuyo tiempo, mi tía Lucía se encargó de mi hermana y de mí. Esta hermana, de la cual hablaré mas tarde, no era hija de mi padre. Me llevaba cinco o seis años y se llamaba Carolina. Mi tía Lucía tenía una hijita nacida cinco o seis meses después que yo. Es ésta mi querida prima Clotilde, mi mejor amiga de toda la vida. Mi tía vivía entonces en Chaillot, donde mi tío había comprado una casita. Alquilaba un burro para hacernos pasear en él. Nos colocaban sobre la paja de unos canastos destinados a llevar las frutas y legumbres al mercado, Carolina en uno, Clotilde y yo en el otro.

En este tiempo el Emperador iba camino de Italia y se encontró frente a frente con Inglaterra, Austria y Rusia… Todo el ejército estaba reunido a orillas del canal de la Mancha y esperaba el momento de la invasión a Inglaterra, mas el Emperador, viendo su fortuna traicionada en el mar, cambió todos sus planes en una noche.

Capítulo XXIV

El almirante Villeneuve, en lugar de salir de El Ferrol y de caer sobre Brest, se había dejado bloquear en Cádiz y había hecho fracasar el proyecto de la invasión a Inglaterra. Rusia y Austria firmaron una alianza y pusieron cincuenta mil hombres en pie de guerra. Inglaterra proveía a cada una de las potencias coaligadas un subsidio de quince mil libras esterlinas por cada diez mil hombres. La adhesión de Génova a Francia fue el pretexto aparente de la ruptura de la paz continental. Napoleón resolvió quedar a la defensiva en Italia y tomar la ofensiva en Alemania.

En veinticuatro días, los ejércitos reunidos en el campo de Boulogne atravesaron secretamente Francia y se colocaron a orillas del Rhin. Bernadotte, dejando a Hanover y Marmont a Holanda, se colocó a orillas del Danubio. El emperador se puso a la cabeza de estos ciento ochenta mil hombres, los cuales recibieron el nombre de gran ejército.

El cuerpo mandado por el mariscal Ney, y del cual formaba parte la división Dupont, dejó sus acantonamientos de Montreuil, atravesó Flandes, Picardía, Champagne, Lorena, y llegó a orillas del Rhin el 23 o el 24 de septiembre de 1805. Todos marcharon con entusiasmo sin igual. Hacía cinco años que esos soldados no combatían y era la primera vez que Napoleón, como emperador de Francia dirigía sus ejércitos.

Carta de mi padre a mi madre

«Haguenau, 1 vendimiario, año 14 (22 de septiembre, 1805).

»Acabo de llegar con Decouchys para preparar el alojamiento de nuestra división. Comemos con el mariscal Ney. Nos advirtió que haremos veinte leguas sin desensillar, que pasaremos del Rhin y que

nos detendremos en Dourlach, donde enfrentaremos al enemigo. Disfruto interiormente al ver la cara de sufrimiento de muchas personas muy valientes y muy importantes en época de paz. Los caminos están llenos de coches con personas de la corte, pajes, chambelanes y lacayos; todos viajan con medias de seda blanca. ¡Cuidado con las salpicaduras de barro!

»No temas mis infidelidades, pues por mucho tiempo deberé tratar únicamente con personas del sexo masculino. El inquieto debería ser yo, si no tuviera fe en tu amor y no conociera toda su intensidad. Ah, si me volviera celoso, lo sería hasta de una mirada de tus ojos, y por el menor motivo me convertiría en el más desdichado de los hombres; mas se encuentra muy lejos de mí esta injuria a nuestro amor. Recibí, querida mía, tu carta de Sarrebourg. ¡Qué amorosa es nuestra Aurora!»

Otra carta a la misma.

«Nuremberg, 29 vendimiado, año 14.

»Estamos aquí, querida mía, desde ayer por la noche… Hemos apresado a casi todo el ejército austríaco; han quedado apenas algunos en libertad para llevar la noticia y el espanto hasta Alemania. El príncipe Murat, nuestro jefe, está muy satisfecho de nosotros, y mañana o pasado mañana debe pedir para mí y para otros oficiales de la división la Cruz al Emperador…

»No recibo noticias tuyas. ¿Habrás recibido el dinero que te mande? ¿Estará bien mi querida Aurora?

»Mañana partimos para Ratisbona, adonde llegaremos dentro de tres días.»

Después de la rendición de Ulm, Napoleón se dirigió rápidamente hacia Viena, siguiendo el valle del Danubio, el camino obligado de todas las invasiones.

El grueso del ejército marchaba por la orilla derecha del río. Las divisiones Gazán y Dupont marchaban por la orilla izquierda al mando del general Mortier. A varias leguas de Viena, el cuerpo de

la orilla izquierda se encontró de repente en presencia del enemigo: era el ejército ruso de Kutusof, quien había pasado el Danubio y se dirigía a Moravia. La división Gazán, arrastrada por el impulso de Murat, el cual avanzaba demasiado rápidamente hacia Viena por la orilla derecha, había dejado un intervalo entre ella y la división Dupont. Mortier, sorprendido, y comprendiendo que ante él estaba todo un ejército, se vio obligado a retroceder hasta Diernstein. Pero encontró este punto ocupado por quince mil rusos. Se reanudó en la oscuridad el combate que se había iniciado durante la mañana. Estos cinco mil héroes estaban completamente rodeados por ejércitos enormes. Nadie pensó en capitular. Algunos oficiales aconsejaron a Mortier que se embarcara solo y atravesara el río antes de que el enemigo se apoderara de un trofeo tan valioso como lo era un mariscal de Francia. «No —respondió el ilustre mariscal— no me separaré de tan valientes soldados. Nos salvaremos o pereceremos todos juntos». Allí estaba, espada en mano combatiendo, a la cabeza de sus granaderos. De repente se oyen grandes descargas en la retaguardia de Diernstein. Es la infatigable división Dupont, la cual, enterada de la enojosa posición del mariscal, había redoblado la marcha para entrar en combate. Los soldados se precipitaron sobre los rusos y las dos columnas se juntaron en Diernstein. Los cinco mil hombres de la división Gazán que habían resistido todo un día a treinta mil rusos habían quedado reducidos a dos mil quinientos. Napoleón recompensó generosamente a las dos divisiones Gazán y Dupont. Después de la campaña se establecieron en Viena para restablecerse de las heridas y de las fatigas.

De mi padre a mi madre

«Viena, 30 brumario, año 14.

»Querida mía, éste es el día más feliz de mi vida. Devorado por la inquietud, extenuado por el cansancio, acabo de llegar a Viena. Corro inmediatamente al correo. Encuentro una carta tuya y tiemblo de dicha al leer las dulces expresiones de tu ternura.

»Después de haber combatido como un buen soldado; después de haber expuesto cien veces mi vida para el éxito de nuestras armas, después de haber visto morir a mi lado a mis más queridos

amigos, he experimentado el dolor de ver que nuestros brillantes hechos de armas son ignorados, desfigurados y atenuados por la parte del ejército que no vale nada…

»Mi madre me escribe que no te faltará nada y que puedo estar tranquilo.

»Se habla de mandarnos pronto de vuelta a Francia, pues la guerra termina por falta de combatientes. Los austríacos no se atreven a medirse con nosotros. Los rusos están en plena derrota. Aquí nos miran estupefactos. Esta ciudad es bastante insípida. Me aburro como en una prisión. Las personas ricas han huido, los burgueses tiemblan y escapan. Se dice que dentro de tres o cuatro días marcharemos hacia Hungría para terminar de deshacer los restos del ejército austríaco y apresurar el fin de la guerra.»

Esta marcha hacia Hungría culminó en la batalla de Austerlitz el 4 de diciembre de 1805.

Mi padre obtuvo la cruz de la Legión de Honor y fue nombrado capitán del primero de los cazadores el 30 frimario, año 14 (20 diciembre, 1805). Regresó a París, luego nos llevó a su regimiento, de guarnición no sé dónde. Cuando se fue para la campaña de 1806 escribía a su madre a Tongrés, en casa del cuartel-maestre del regimiento. Probablemente realizó un viaje a Nohant en ese intervalo. Las únicas noticias que tengo de él en esa época están en sus cartas. Se esperaba que la campaña que había terminado en Austerlitz con tan brillante victoria, aseguraría la paz a Europa. Sin embargo no fue así. Prusia, que desde 1792 no actuaba, volvería a empezar las hostilidades contra Francia. Toda Europa se sorprendió ante esta determinación tan temeraria como imprevista del gabinete de Berlín. Un ejército prusiano invadió Sajonia; Napoleón consideró la guerra como declarada, y salió de Mayence en los últimos días de septiembre para entrar a la cabeza del gran ejército. Allí se separo de la emperatriz y de su corte y se dirigió a Wurtzbourg acompañado únicamente por su casa militar. Mi padre se encontraba en Mayence, a la llegada de Napoleón.

De mi padre a mi madre

«Primlingen, 2 de octubre de 1806.

»Desde hace tres días he recorrido treinta y seis leguas con mi compañía para escoltar al emperador. Durante el camino me dirigió varias preguntas sobre el regimiento y en la última, como el ruido del coche me impedía escuchar a pesar de que lo repitió tres veces, contesté al azar: “Sí, señor.”

»Lo vi sonreír y juzgo que dije una tontería muy grande. ¡Si me diera una pensión por idiota o por sordo quedaría consolado al regresar a tu lado!»

La repentina llegada de Napoleón a Wurtzbourg modificó los proyectos de los jefes del ejército prusiano. Ellos habían pensado tomar la ofensiva sin esperar los refuerzos que Rusia les había prometido. Sin embargo, el rápido avance de Napoleón los intimidó y se quedaron en las fuertes posiciones que ocupaban detrás del bosque de Turingia.

El ejército francés se puso en marcha. Murat y Bernadotte vencieron al cuerpo de ejército del general Tauenzien. Lannes vencía al príncipe Luis en Saalfeld, y los fugitivos informaron a los ejércitos prusianos localizados detrás de Jena el fin trágico de ese príncipe y la dispersión de su ejército.

El 13 de octubre, Napoleón llegaba a Jéna, ocupada ya por Lannes. Los dos ejércitos estaban frente a frente. No relataré aquí la memorable batalla de Jéna. El fuerte ejército prusiano fue completamente derrotado.

Diez días después, Napoleón entraba en Berlín. Como el rey Federico Guillermo había rechazado el armisticio que se le ofreció, y se dirigía al encuentro de los rusos que estaban en camino para socorrerlo, el emperador se dirigió hacia Polonia. Fue recibido entusiastamente por los polacos, quienes empezaban a tener esperanzas de liberación. El ejército francés llegó a los alrededores de Varsovia en los primeros días de diciembre.

Napoleón tenía la intención de instalar sus cuarteles de invierno en las orillas del Vístula, después de haber rechazado a los rusos. Su ejército fue al encuentro de los rusos, los venció en Pultusk y los hizo retroceder más allá del río Narew con grandes pérdidas.

Hacia el 25 de enero, los rusos volvieron a tomar la ofensiva y el

30, Napoleón estaba a la cabeza del gran ejército. Al enterarse de su avance, el general ruso Benningsen se replegó sobre Eylau, donde tuvo lugar esa sangriente batalla que honró tanto a vencidos como a vencedores. Napoleón tuvo la ventaja de quedar por algún tiempo libre de la vecindad del ejército ruso.

De mi padre a mi madre

«7 de diciembre de 1806.

»Desde hace quince días, querida mía, recorro los desiertos de Polonia, a caballo desde las cinco de la mañana, y después de haber andado hasta la noche, no encuentro más que una pobre choza humeante donde apenas puedo obtener un montón de paja para descansar. Hoy acabo de llegar a la capital de Polonia y puedo por fin poner una carta en el correo. Se están haciendo negociaciones en Posen. Es muy probable que nuestros éxitos determinen que los rusos pidan la paz. Mañana pasamos el Vistula. Yo deseo recibir un buen sablazo que me deje estropeado para siempre y me obliguen a volver a tu lado. En el siglo en que vivimos un militar puede esperar reposo y dicha doméstica únicamente si pierde los brazos o las piernas. En el ejército todos desean una suerte como ésa. Mas el maldito honor nos retiene a todos en nuestros puestos.»

Mi padre fue nombrado jefe de escuadrón y el 4 de abril de 1807, Murat lo llevó a sus lado en calidad de ayudante de campo. Deschartres me ha contado que lo hizo por recomendación del emperador.

«Rosemberg, 10 de mayo de 1807, cuartel general del gran duque de Berg.

»Después de haber corrido durante tres semanas y de haber dado al príncipe pruebas de mi *savoir faire,* llego acá y encuentro dos cartas tuyas, una del 23 de marzo y la otra del 8 de abril. La primera me mata. El reproche más cruel que me diriges es decirme que no me acuerdo de Carolina, y que te espantas al pensar en el porvenir de esa niña. ¿Acaso alguna vez he dejado de considerarla

como mi hija? ¿He hecho alguna distinción entre ella y nuestros hijos? ¿Desde la primera vez que te vi, he dejado un solo instante de adorarte y de amar todo lo que te pertenece, tu hija, tu hermana, en fin, todo lo que tú amas? Me colmas de reproches como si te abandonara por el único placer de recorrer el mundo. Te juro por mi honor que no he pedido ningún ascenso, que el duque me llamó a su lado sin que yo tuviera la menor sospecha de lo que iba a suceder, y que vi alejarse, con muchísima pena, el día en que debíamos volver a reunirnos. ¿Te diré más? Casi rehusé pues no tenía fuerzas de permanecer más tiempo alejado de ti. ¿Mas te parece que hubiera cumplido con mi deber hacia ti, hacia mi madre que ha sacrificado su comodidad por mi carrera militar, hacia nuestros hijos, nuestros hijos, *nuestros tres hijos*,[2] quienes pronto necesitarán recurso de su padre?

»¿Dices que soy ambicioso? Si no estuviera tan triste, me reiría con ese cargo que tú me haces. Mi única ambición es reparar las injusticias que la sociedad y el destino hicieron contigo; quiero asegurarte una existencia honorable y ponerte al abrigo de la desgracia, por si una bala me atraviesa en el campo de batalla…

»Por nuestro hogar trabajo, combato, acepto una recompensa, y aspiro a tener un regimiento, porque entonces no te apartarás más de mí y tendremos una casa tranquila, sencilla e íntima, como la deseamos.»

En el mes de junio del mismo año mi padre acompañó a Murat, y éste a Napoleón a la conferencia de Tilssit. Regresó a Francia en el mes de julio, mas nos tardó en seguir nuevamente a Murat y al emperador a Italia, donde éste iba a nombrar nuevos reyes y príncipes.

El emperador llegó a Milán el 21 de noviembre. Se dieron fiestas brillantes en su honor. Asistió la corte de Baviera. Eugenio fue nombrado príncipe de Venecia y designado sucesor de la corona de Italia, si no hubiera descendencia imperial masculina.

Luego, el emperador fue a Venecia, adonde fue llamado el rey José, quien pasó seis días con Napoleón. En sus conferencias hablaron de las ventajas que podrían obtener de las divisiones que existían en la familia reinante de España. Nada fue decidido al

respecto.

El 11 llegó el emperador a Mantua. Allí se reunió con Luciano. Éste se había separado en 1804 de su hermano, no por disentimiento político, sino por un casamiento que desbarataba los cálculos dinásticos de Napoleón. Ambos hermanos se vieron con gran afecto, pero la entrevista debía poner nuevamente sobre el tapete la causa que había originados la ruptura. Napoleón hizo ofrecimientos brillantes para obtener un divorcio: el trono de Nápoles o de Portugal para Luciano, el casamiento de su hija mayor con el príncipe de Asturias, el ducado de Parma para su mujer. Nada convenció a Luciano. Prefirió su dicha doméstica a los brillantes ofrecimientos de su hermano.

«… El emperador llegó el 24 a Alejandría y contempló la llanura de Marengo iluminada por antorchas. Después de haber visitado las imponentes obras de fortificaciones que harían de Alejandría la plaza más fuerte de Europa, se dirigió rápidamente al monte Cenis, adonde llegó el 29, y estuvo de regreso en las Tullerías el 1 de enero de 1808. Todos sus pensamientos se volvieron entonces hacia España.»[3]

Desde ahora me guiarán mis propios recuerdos, y como no tengo la pretensión de escribir la historia de mi época fuera de la mía propia, diré de la campaña de España únicamente lo que he visto con mis ojos, en una época en que los objetos exteriores, extraños e incomprensibles para mí, empezaban a impresionarme como cuadros misteriosos. Empezaré a relatar mi vida desde el momento en que tengo conciencia de ella.

Capítulo XXV

He aquí el primer recuerdo de mi vida, y es muy lejano. Tenía dos años. Una criada me dejó caer de sus brazos sobre la punta de una chimenea. Me asusté y me herí en la frente. Esta sacudida del sistema nervioso abrió mi espíritu al sentimiento de la vida; veo todavía el mármol rojizo de la chimenea, mi sangre que corría y el rostro asustado de mi criada. Recuerdo también la visita del médico, la sanguijuela que me pusieron detrás de la oreja, las inquietudes de mi madre y la despedida de la criada a causa de su ebriedad.

No es raro entonces que recuerde perfectamente el departamento que ocupábamos un año más tarde en la calle Grande-Bateliére. De allí datan mis recuerdos precisos y casi sin interrupción. Las horas pasadas en mi cunita sin dormir, en las cuales me entretenía en observar algún pliegue de las cortinas o alguna flor de papel de las paredes; el vuelo de las moscas y su zumbido que tanto me entretenían; y la visión doble de los objetos, circunstancia ésta que no puede explicar.

Mi madre se ocupó desde muy temprano de mi desarrollo y mi cerebro no opuso ninguna resistencia. A los diez meses caminaba, hablé bastante tarde, pero en cuanto empecé a decir algunas palabras, aprendí a hablar en seguida. A los cuatro años, mi prima Clotilde y yo sabíamos leer. Nuestras madres fueron nuestras maestras. Nos enseñaron también a rezar, y a recitar de memoria las fábulas de Lafontaine. Las supe sin entender una sola palabra de ellas. Hasta los quince o dieciséis años no comprendí su belleza.

Los primeros versos que escuché son éstos, que mi madre me cantaba con la voz más dulce y fresca que se pueda concebir:

«Allons dans la grange
voir la poule blanche

pour ce cher petit enfant
que pond un bel oeuf
d'argent».

La rima no es perfecta, mas a mí eso no me interesaba. En cambio, estaba muy impresionada por esta gallina blanca y por ese huevo de plata que me prometían todas las noches, y que yo no me acordaba de reclamar a la mañana siguiente.

No he olvidado la creencia absoluta que yo tenía en Nochebuena de ver aparecer al buen Papá Noel, con barba blanca, por la chimenea. A medianoche debía venir a depositar en mis zapatitos el regalo que hallaría al despertarme a la mañana siguiente. ¡Cómo me emocionaba al ver el paquete de papel blanco! Papá Noel nunca dejaba de empaquetar cuidadosamente su regalo. Corría descalza para buscar mi tesoro. Nunca era un regalo hermoso, pues no éramos ricos. Era un dulce, una naranja o simplemente una hermosa manzana madura, mas eso me parecía tan lindo, que apenas me atrevía a comerla. La imaginación desempeñaba su papel y ella es toda la vida del niño.

No apruebo a Rousseau cuando dice que se debe suprimir lo maravilloso por estar reñido con la verdad. El razonamiento y la incredulidad llegan demasiado pronto por si solos. Hay que dar a los niños lo que conviene a su edad. Mientras necesitan de lo maravilloso, hay que proporcionárselo. Cuando empiezan a cansarse de ello, no hay que prolongar el error. Sería obstaculizar el progreso natural de su inteligencia. Suprimir lo maravilloso de la vida del niño, es proceder contra las leyes de la naturaleza. ¿La infancia no es en el hombre un estado misterioso y lleno de prodigio inexplicable? ¿Antes de formarse en el vientre de su madre, el niño no ha tenido otra existencia en el vientre impenetrable de la divinidad? ¿La parcela de vida que lo anima, no procede de un mundo desconocido al cual debe retornar? ¿Quién puede decir por qué un objeto nuevo le alegra o le atemoriza? ¿Quién le inspira la noción de belleza y de fealdad? Nunca se atemoriza ante una flor o un pajarito; en cambio, un muñeco deformado o el grito desagradable de un animal le asustan. Esta atracción o esta repugnancia se manifiestan en el niño cuando no entiende aún el lenguaje humano. Hay, pues, en él, algo anterior a todas las nociones que la educación puede darle y ése es el misterio esencial

de la vida humana.

El niño vive en un medio donde todo es prodigioso. No se le hace ningún favor al apresurar sin discernimiento su apreciación de todas las cosas que llaman su atención. Es bueno que él trate de aprender las cosas por sí mismo, durante ese período de la vida en que nuestras explicaciones podrían provocarle errores funestos e incidir para siempre en la rectitud de su juicio y, por consecuencia, en la moralidad de su alma.

¿La vida del individuo no es, acaso, el resumen de la vida colectiva? Quien observe el desarrollo del niño, el paso a la adolescencia, a la virilidad y a todas nuestras transformaciones hasta llegar a la edad madura, asiste a la historia abreviada de la raza humana, la cual ha tenido también su infancia, su adolescencia, su juventud y su madurez. La poesía la fábula son la verdad, la realidad relativa de los tiempos primitivos. Es una ley eterna que el hombre tenga su infancia, así como la humanidad ha tenido la suya, y como la tienen todavía las razas apenas rozadas por nuestra civilización. El salvaje vive en un ambiente maravilloso: no es un idiota, ni un loco, ni un bruto; es un poeta y un niño.

Una vez me regalaron un precioso polichinela. Primero me asusté de su figura, sobre todo a causa de mi muñeca, a la cual quería mucho y que me figuré corría grave peligro estando cerca de ese monstruo. La encerré en el ropero y consentí jugar con el polichinela. En el momento de acostarme, quisieron guardar el muñeco en el ropero junto con mi muñeca, mas yo me opuse y debieron dejarlo dormir sobre la estufa, como era mi deseo.

Durante la noche tuve un sueño terrible: Polichinela se había levantado. Su joroba se estaba quemando y corría persiguiéndonos a mi muñeca y a mí, arrojándonos llamas. Mis gritos despertaron a mi madre. Mi hermana, que dormía a mi lado, se dio cuenta de lo que me atormentaba y llevó al polichinela a la cocina diciendo que no era un muñeco para una chica de mi edad. No lo volví a ver. La impresión imaginaria que en el sueño había recibido de la quemadura me duró cierto tiempo, tanto que la sola vista del fuego me producía terror.

Íbamos a Chaillot a visitar a mi tía Lucía. Como yo era muy perezosa para caminar, una noche, al regresar, para decidirme a caminar, mi madre me amenazó con dejarme sola en medio de la

calle. Era en la esquina de la calle Chaillot y los Campos Elíseos; y en ese momento una viejecita encendía un farol. Yo, persuadida de que no me iban a abandonar, me detuve y mi madre caminó algunos pasos para ver qué haría yo al quedarme sola. La vieja, que había escuchado nuestra conversación, me dijo con voz cascada: «Ten cuidado conmigo, pues junto a las chicas malas y las encierro en el farol toda la noche».

Parecía que el diablo hubiera dictado a aquella mujer las palabras que más podían espantarme. No recuerdo haber experimentado más miedo que esa noche. El farol, con su reflector luminoso, tomó en seguida a mis ojos proporciones fantásticas, y me veía ya encerrada en esa prisión de cristal, consumida por la llama que hacía brotar a voluntad el polichinela de mis sueños. Corrí hacia mi madre dando unos gritos terribles. La risa de la vieja me causó un estremecimiento nervioso, como si me levantaran para colgarme de una linterna infernal.

El miedo es el sufrimiento moral más grande de los niños.

En la calle Grande-Bateliére tuve entre mis manos un viejo resumen de mitología, que conservo todavía y que tiene grandes grabados; los más cómicos que se pueda uno imaginar. Yo contemplaba con gran interés y admiración aquellas ilustraciones grotescas. Por ella, aunque no sabía leer, aprendí bien pronto el significado de las fábulas antiguas. A veces, me llevaban a ver las sombras chinescas del eterno Serafín y las representaciones mágicas del bulevard. Mi madre y mi hermana me contaban los cuentos de Perrault, y cuando éstos tocaban a su fin inventaban otros que me parecían magníficos. También me hablaban del paraíso y me deleitaban con lo más lindo y más fresco que tiene la alegoría católica.

Mi madre no se preocupaba de presentarme como verdaderas o como simbólicas las nociones de lo maravilloso que me impartía a manos llenas siendo artista y poeta sin saberlo. Creyendo en su religión en lodo lo que existe de bello y de verdadero y rechazando todo lo que era sombrío y amenazador, me hablaba con toda seriedad, ya se tratara de las tres gracias o de las nueve musas o de las virtudes teologales, o de las vírgenes prudentes.

Sea por educación, inspiración o predisposición, el gusto de la novela se apoderó de mí apasionadamente antes de saber leer con

corrección. Por propio impulso yo no leía, era perezosa por naturaleza. En los libros buscaba únicamente las ilustraciones; mas todo los que aprendía por los ojos y por las orejas, entraba en ebullición dentro de mi cabecita y con eso soñaba, hasta el punto de perder a menudo la noción de la realidad y del medio en que me encontraba. Como mi madre no tenía sirvienta, se libraba de mí reteniéndome en una prisión que ella misma había inventado: cuatro sillas de paja. Apoyaba mis codos sobre los asientos y jugaba con mis uñas con una paciencia milagrosa; pero al ceder así a la necesidad de ocupar mis manos, necesidad que ha persistido siempre en mí, componía en alta voz cuentos interminables a los cuales mi madre llamaba mis novelas.

En mis cuentos había muy pocas personas mala y nunca ocurrían grandes desgracias. Lo curioso era la duración de estos relatos, y la continuación de los mismos, pues cada día volvía a tomar la historia en el momento donde la había interrumpido la víspera. Puede ser que mi madre, al escuchar maquinalmente, y hasta a pesar de ella, estas largas divagaciones, me ayudara sin proponérselo en la continuación de mi relato. Recuerdo con qué entusiasmo me entregaba a los juegos que simulaban un hecho verdadero. Con mi prima Clotilde y otras criaturas de mi edad, inventaba juegos que halagaban mi fantasía. Simulábamos batallas y huidas a través de los bosques. Una de nosotras se perdía, las otras la buscaban y la llamaban. Estaba dormida bajo un árbol, es decir, bajo el canapé. Una de nosotras se perdía, las otras la buscaban y la llamaban. Estaba dormida bajo un árbol es decir, bajo el canapé. Una de nosotras era la madre de las demás o el general, pues la impresión militar de fuera penetraba hasta nuestro nido, y más de una vez me creí ser el emperador y dirigía tropas en un campo de batalla. Parece que mi padre no podía soportar esta representación microscópica de las escenas de horror que veía en la guerra. Nos reprochaba esos juegos de varones que nos agradaban tanto; es cierto que mi prima y yo estábamos ávidas, de emociones viriles. Algunas veces, estando en Chaillot, creía estar en nuestra casa en París y viceversa. Debía realizar a menudo un esfuerzo para darme cuenta del lugar en donde me encontraba, y he visto que mi hija siendo niña tuvo esas mismas ilusiones.

Creo no haber vuelto a ver la casita de Chaillot desde 1808; pues

después de nuestro viaje a España me quedé en Nohant, hasta que mi tío vendió su pequeña propiedad al Estado, por encontrarse en el lugar donde debía levantarse el palacio del rey de Roma.

Esa casita de Chaillot era de lo más modesta. Mas a la edad que yo tenía entonces me parecía un paraíso. El jardín, sobre todo, era para mí un lugar de delicias, pues era el único que yo conocía. Mi madre vivía muy estrechamente, casi pobremente, trabajando. No me llevaba a las Tullerías para lucir «toilettes» que no teníamos. Salíamos de nuestro modesto hogar algunas veces para ir al teatro, cosa que a mi madre le agradaba mucho, y, lo más a menudo, para ir a Chaillot, donde éramos muy bien recibidas. En cuanto yo me encontraba en ese jardín, me creía en la isla encantada de mis cuentos. Clotilde, que podía disfrutar el sol durante todo el día, era más lozana y más alegre que yo. Era la mejor de nosotras dos, la más sana y la menos caprichosa; yo la adoraba, a pesar de algunas disputas provocadas siempre por mí y a las cuales ella contestaba con burlas que me mortificaban mucho. Así cuando estaba descontenta conmigo, en lugar de llamarme Aurora, me decía *horreur;* esta injuria me exasperaba. Sin embargo, la vista de las flores disipaba pronto mi enojo.

Allí vi los primeros hilos de la virgen, blancos y brillantes con el sol de otoño; mi hermana me explicó, muy sabiamente, cómo la santísima Virgen hilaba ella misma esos lindos hilos en su rueca de marfil. No me atrevía a romperlos y me inclinaba mucho para pasar por debajo de ellos. Allí también vi por primera vez las mariposas.

Un día, un gran rumor que llegaba de afuera interrumpió nuestros juegos, se oía gritar «¡Viva el emperador!» El emperador pasaba, en efecto, a cierta distancia, y oíamos el trote de los caballos y la emoción de la multitud. Nosotros no pudimos ver nada, mas aquello fue muy hermoso en mi imaginación, y recuerdo que con todas nuestras fuerzas gritábamos: «¡Viva el emperador!» ¿Sabíamos qué era el emperador? No lo recuerdo, mas es probable que debíamos oír hablar mucho de él. Poco tiempo después adquirí una noción más clara de lo que él significaba; debía ser a fines de 1807.

Pasaba revista cerca de la Magdalena. Mi madre me levantó en sus brazos, para que yo pudiese verlo. Al sobresalir sobre las cabezas vine a llamar la atención del emperador; y mi madre gritó:

«¡Te ha mirado, recuerda eso, eso te traerá suerte!» Creo que el emperador escuchó esas ingenuas palabras, pues me miró de frente y creo ver todavía una sonrisa en sus rostro pálido, cuya fría severidad me había impresionado primeramente. No olvidaré jamás sus rostro y sobre todo esa expresión de su mirada. En esa época estaba bastante grueso y pálido. Quedé como magnetizada un instante por esa mirada clara, tan dura en el primer momento y en seguida tan benevolente y tan dulce.

También vi al rey de Roma cuando era niño, en los brazos de su nodriza. Estaba en una ventana de las Tullerías y se reía con los transeúntes; al verme se rió con más ganas, por el efecto simpático que los niños se causan unos a otros. Tenía un bombón en su manita y lo tiró hacia mi lado. Mi madre quiso alzarlo, mas el guardián que vigilaba la ventana no le permitió avanzar un paso más allá de la línea que él vigilaba.

En vano la gobernanta le indicó que ese bombón era para mí. Eso no entraba probablemente en la consigna de tal militar y se hizo el sordo. Me resentí mucho por ese proceder y me fui preguntando por qué ese soldado era tan poco amable. Ella me explicó que tenía el deber de vigilar a ese precioso niño y de impedir que nadie se le acercara demasiado porque había personas mal intencionadas que podrían dañarlo. Esa idea de que alguien quisiera hacer un mal a un niño me pareció terrible.

El recuerdo que data de mis cuatro primeros años es el de mi primera emoción musical. Habíamos ido con mi madre a visitar a alguien en un pueblito próximo a París. El departamento estaba situado muy alto y desde la ventana no veía más que los techos de las casas vecinas y mucho cielo. Pasamos allí parte del día, mas yo no presté atención a nada, pues estaba muy preocupada con una flauta que ejecutaba una cantidad de piezas que me parecieron admirables. El sonido partía de una buhardilla lejana. No se me escapaba una sola modulación del instrumento, tan agudo de cerca y tan dulce a la distancia. Yo estaba encantada. Me parecía escucharlo como en un sueño. Por primera vez, comprendía vagamente la armonía de las cosas exteriores; mi alma estaba igualmente maravillada por la música y por la belleza del cielo.

Capítulo XXVI

Si cada uno de mis lectores, al leerme evoca con placer las primeras emociones de sus vida, si se siente otra vez niño durante una hora, ni él ni yo habremos perdido el tiempo; pues la niñez es buena, cándida, y los mejores seres son aquellos que guardan más o que pierden menos ese candor y esa sensibilidad primitivos.

Recuerdo muy poco a mi padre antes de la campaña de España. Estaba ausente durante largos intervalos. Pasó a nuestro lado el invierno de 1807 a 1808, pues recuerdo vagamente tranquilas comidas, durante las cuales mi padre simulaba comer con gran entusiasmo algún postre, seguramente muy modesto, para reírse de mi gula desilusionada. Recuerdo también que con su servilleta anudada y plegada de distintos modos hacía muñecos que semejaban un monje, un conejo y un títere, cosas que me causaban mucha gracia. Creo que me mimaba muchísimo. Me han dicho que durante el poco tiempo que podía pasar en familia era tan feliz que no quería separarse de nosotros ni un instante, que jugaba conmigo durante días enteros y, que a pesar de lucir su gran uniforme, no tenía vergüenza de llevarme en sus brazos por la calle y por los bulevares.

Seguramente yo era muy feliz, porque era muy querida; éramos pobres y yo no me daba cuenta de ello. Mi padre tenía entonces un buen sueldo y hubiéramos podido encontrarnos en una situación holgada, si los gastos que le provocaban sus funciones de ayudante de campo de Murat no hubieran sido tan excesivos. Mi abuela se sacrificaba también para que él pudiera ostentar el lujo que se exigía entonces, y, a pesar de todo, tenía deudas por los caballos, trajes y equipos. Mi madre fue acusada a menudo de haber provocado, por su desorden, la mala situación de la familia. Recuerdo tan netamente nuestro hogar en esa época, que puedo afirmar que no merecía ninguno de esos reproches. Tendía las

camas, limpiaba el departamento, zurcía la ropa y hacía la comida. Era una mujer de un valor extraordinario. Durante toda su vida se levantó con el alba y se acostó a la una de la mañana, y no recuerdo haberla visto jamás ociosa. Nadie nos visitaba, excepto nuestra familia y el excelente amigo Pierret, quien tenía para mí la ternura de un padre y los cuidados de una madre. Es el momento de hacer la historia y el retrato de este hombre inapreciable a quien recordaré toda mi vida.

Pierret era hijo de un pequeño propietario de Champagne, y desde joven estaba modestamente empleado en el tesoro. Era el más feo de los hombres. Tenía una gruesa nariz aplastada, boca chica y ojos muy pequeños. Sus cabellos estaban rizados y su piel era tan blanca y tan rosada que siempre pareció joven. A los cuarenta años se enojó mucho porque en la alcaldía, siendo testigo de mi hermana, le preguntaron si ya era mayor de edad. Por la expresión cándida de su fisonomía se prestaba a ese equívoco. Tenía gustos muy prosaicos. Gustaba del vino, de la cerveza, de la pipa, del billar y el dominó. Cuando no estaba con nosotros pasaba el tiempo en un bar del «faubourg» Poisonniére. Su vida transcurrió, pues, en un círculo muy oscuro y monótono. Sin embargo, fue feliz. ¿Y cómo hubiera podido no serlo? Quien lo conoció lo amo y nunca la idea del mal rozó sus alma honrada y simple.

Era muy nervioso y, por consiguiente, susceptible; pero nunca hirió a nadie con sus palabras. Nadie se da idea de la cantidad de exabruptos que tuve que soportarle. Pateaba y se ponía rojo, mientras con un lenguaje poco protocolar, lanzaba los más vehementes reproches. Mi madre tenía la costumbre de no prestarle atención en esos momentos. Se contentaba con decir: «¡Ah, aquí está Pierret rabiando; podremos ver unas lindas muecas!» Y en seguida Pierret, olvidando su enojo, se ponía a reír.

Me había visto nacer y me había dado de comer. Esto es suficiente para dar una idea de su carácter. Como mi madre estaba extenuada por la fatiga, una noche, por propia iniciativa, me sacó de mi cuna, me llevó a su casa donde me tuvo durante quince o veinte noches, durmiendo él apenas (tanto se preocupaba por mí) y me hacía tomar leche y agua azucarada con tanta solicitud, cuidado y limpieza como lo hubiera hecho la mejor de las nodrizas. Todas las mañanas me llevaba nuevamente a mi casa; y por la noche

volvía a buscarme. No le importaba que todo el barrio viera que él muchacho de 22 ó 23 años, hubiera tomado a su cargo semejante tarea. Me consideró siempre como a una criatura.

Había trabado relación con mis padres en los días en que yo nací. Una parienta suya vivía en la calle Meslée, al lado de mis padres. Esta mujer tenía un niño de mi edad a quien descuidaba, y éste, privado de su alimento, lloraba todo el día. Mi madre entró en el cuarto donde el pobrecito se moría de hambre, le dio de mamar, y continuó ocupándose de él sin decir nada. Pierret, al visitar un día a sus parienta sorprendió a mi madre en esa ocupación, se enterneció y se dedicó a ella y a los suyos por siempre. Se encargó de todos los asuntos de mi padre, le libró de todos los acreedores de mala fe y de todas las preocupaciones materiales de las cuales entendía muy poco. Él elegía los criados, arreglaba las cuentas, cobraba sus sueldos y le hacía llegar dinero hasta cualquier lugar donde la guerra lo hubiera llevado. Mi padre no salía nunca para una campaña sin decirle: «Pierret, te recomiendo mi mujer y mis hijos, y si no vuelvo, piensa que esto es para toda la vida.» Pierret tomó esta recomendación al pie de la letra, pues nos consagró su vida después de la muerte de mi padre. Se quiso calumniar su amistad con nosotros, más semejante suposición es un ultraje a su memoria.

Cuando quedó decidido nuestro viaje a España, Pierret hizo todos los preparativos. No era ésta una empresa muy prudente para mi madre, pues estaba encinta y quería llevarme con ella. Mi padre anunciaba una prolongada permanencia en Madrid y creo que mi madre estaba un poco celosa y se dejó entusiasmar por una ocasión que se le presentó. La mujer de un proveedor del ejército a quien ella conocía salía en coche para Madrid y le ofreció compartir el viaje.

El único protector de ambas señoras era un conductor de doce años.

Creo que no sufrí mucho al separarme de mi hermana, que quedaba en pensión, y de mi prima Clotilde; como no las veía todos los días no me daba cuenta de que esta separación pudiera ser más larga que las otras. Lo que verdaderamente me entristeció durante los primeros momentos del viaje, fue el haber dejado mi muñeca en un departamento desierto.

Salvo el pensamiento de mi muñeca, que me persiguió durante algún tiempo, no recuerdo nada del viaje hasta las montañas de Asturias, pero todavía experimento la admiración y el terror que me causaron esas grandes montañas. Los bruscos virajes del camino en medio de ese anfiteatro, cuyas cimas cerraban el horizonte, comprimían mi corazón y a cada rato me angustiaban. Me parecía que estábamos encerrados entre esas montañas y que no podríamos continuar nuestro camino ni volver atrás. Por primera vez vi en la orilla del camino zarcillos en flor. Esas campanillas rosadas, delicadamente rayadas de blanco, me gustaron mucho. Mi madre me abría instintivamente el mundo de lo bello asociándome desde mi más tierna edad a todas sus impresiones: así cuando había una hermosa nube, un hermoso efecto de sol o una corriente de agua clara.

Al ver las campanillas en flor, me dijo: «Aspira su aroma y no lo olvides».

Cada vez que respiro flores de zarcillos recuerdo las montañas españolas y la orilla del camino donde las recogí por primera vez.

Recuerdo otra circunstancia que no olvidaré jamás: estábamos en un lugar bastante llano y no lejos de lugar habitado. La noche era clara, mas los grandes árboles que bordeaban el camino la oscurecían por momentos. Estaba sobre el asiento del coche con nuestro acompañante de doce años. El postillón aminoró la marcha de sus caballos, se dio vuelta y gritó a este muchacho: «Diga a estas señoras que no se asusten, tengo buenos caballos». Mi madre escuchó esas palabras y asomándose por la portezuela vio tres personajes, dos sobre un lado del camino y el otro enfrente.

«Son ladrones, gritó mi madre, postillón, vuelva atras. Yo veo sus lusiles». El postillón se rió. No contestó nada, castigó a los caballos y pasó rápidamente delante de los tres personajes inmóviles. Cuando los caballos excitados y muy asustados, hubieron recorrido una larga distancia, el postillón los puso al paso y bajó para hablar con las viajeras. «Y bien señora, dijo, ¿habéis visto los fusiles? Debían tener alguna mala intención, pues se quedaron de pie desde que nos vieron. Mas yo conliaba en mis caballos. Si nuestro coche hubiera volcado en ese lugar lo hubiéramos pasado muy mal, Eran tres grandes osos de montaña, mi querida señora.»

Yo no tuve miedo; había conocido osos en mis cajas de

Nuremberg. Les había hecho devorar algunos personajes perversos de mis novelas improvisadas y nunca se habían atrevido a dañar a mi buena princesa, con quien yo me identificaba sin darme cuenta.

Aprendí lo que era la muerte en otra posada donde me dieron una paloma viva entre las cuatro o cinco que habían destinado para nuestra comida. Esta paloma me causó transportes de alegría y ternura. Nunca había tenido un juguete tan hermoso, y un juguete vivo, ¡qué tesoro! Pero pronto me demostró que un ser viviente es un juguete incómodo, pues se escapaba y era insensible a mis besos. Aunque le decía las palabras más lindas, no me escuchaba. Eso me cansó y pregunté a nuestro acompañante dónde estaban las otras palomas. Me contestó que las estaban matando. «Bueno, dije yo, quiero que la maten a ésta también.» Mi madre quiso hacerme renunciar a esta idea cruel, pero como yo persistía en mi idea y lloraba y gritaba, le dijo a su compañera:

«Esta niña no debe darse cuenta de lo que pide; cree que morir es dormir.» Me tomó de la mano y me llevó a la cocina donde estaban matando las palomas. No sé cómo realizaban esa tarea, pero vi el movimiento del pájaro que moría violentamente y su convulsión final. Proferí unos gritos desgarradores y lloré amargamente creyendo que mi pájaro había corrido igual suerte Mi madre, que lo tenía bajo su brazo, me lo mostró, y yo me quedé encantada. Sin embargo, cuando a la hora de la comida nos presentaron las palomas en un plato, no quise probarlas.

A medida que avanzábamos, el espectáculo de la guerra se hacía más terrible. Pasamos la noche en un pueblo que había sido incendiado la víspera, y en la posada donde descansamos quedaba únicamente una sala con una mesa y un banco. Lo único que había para comer eran cebollas. Yo me conformé con ellas; en cambio mi madre y su compañera no las probaron. No se atrevían a viajar de noche. La pasaron despiertas y yo dormí sobre la mesa donde me habían arreglado una cama con los almohadones del coche. Me es imposible precisar cuál era la época de la guerra de España en ese entonces. Creo que habíamos salido de París en el mes de abril de 1808 y que el terrible 2 de mayo se produjo en Madrid cuando atravesábamos España para llegar allí. Cuando dejamos París no hacía calor; pero apenas estuvimos en España el calor nos aplastó.

Recuerdo también una circunstancia que me llamó mucho la

atención. En Burgos encontramos una reina que no podía ser otra que la reina de Etruria. Se sabe que la partida de esta princesa fue la primera causa del movimiento del 2 de mayo en Madrid. La encontramos cuando se dirigía a Bayona, a donde el Rey Carlos IV la llamaba a fin de reunir a toda su familia bajo la protección del águila imperial.

En la posada donde nos habíamos detenido para comer, había un relevo de posta, y en el fondo del patio un jardín bastante grande. En un rincón de ese patio en una jaula, había una urraca que hablaba, cosa que fue para mí un motivo de admiración. Decía en español algo que significaba «mueran los franceses, o muera Godoy». Yo distinguía distintamente la primera palabra, «muera, muera», Nuestra acompañante me dijo que estaba enojada conmigo y que me deseaba la muerte. Me extrañé tanto de oír hablar a un pájaro, pensé que debía sentir lo que él decía y temí muchos a esa especie de genio malhechor que golpeaba con su pico los barrotes de la jaula mientras repetía «¡muera, muera!»

Un nuevo acontecimiento me distrajo. Un coche grande, seguido de dos o tres más, acababa de entrar en el patio y con toda rapidez eran cambiados los caballos. Las personas del pueblo trataban de entrar en el patio gritando; «¡La reina, la reina!» Mas el posadero y otras personas las repetían diciendo: «No, no es la reina.» Sin embargo, una persona de la casa me acercó al coche principal, haciéndome observar: «¡Mire, la reina!»

Yo experimenté viva emoción porque en mis novelas había siempre reyes y reinas y yo me los representaba como seres de una belleza extraordinaria y vestidos con gran lujo. Sin embargo, esa pobre reina a quien yo miraba, tenía un vestido blanco muy ajustado, según la moda de la época, y muy amarillento por la tierra del camino. Su hija, la cual me pareció tener ocho o diez años, estaba vestida como ella y ambas me parecieron bastante feas. Tenían aspecto triste e inquieto. Oí que mi madre decía: «Ahí va otra reina que huye.» En efecto, esas reinas huían dejando a España en poder del extranjero. Iban a Bayona a buscar la protección de Napoleón. Esta reina de Etruria era hija de Carlos IV y se había casado con su primo, el hijo del anciano duque de Parma. Napoleón, queriendo apoderarse del ducado, había dado en cambió a los jóvenes esposos el título los reyes de Toscana.

Mas todo iba a quedar en suspenso, a consecuencia de la impotencia política de Carlos IV.

Esta reina, cuando yo la vi, estaba bajo la protección francesa. Extraña protección que la arrancaba así al amor tradicional del pueblo español, consternado por ver partir a todos los miembros de la familia real, en medio de una lucha terrible y decisiva contra el extranjero. En Aranjuez, el 17 de marzo, el pueblo, a pesar de su odio hacia Godoy, había querido retener a Carlos IV; en Madrid, el 2 de mayo, había querido retener al infante don Francisco de Paula y la reina de Etruria y el 16 abril, en Vitoria, había querido retener a Fernando.

En aquella época yo no comprendí nada de la escena que relato, pero siempre recordé la fisonomía sombría de esta reina fugitiva. La nación española estaba cansada de esos soberanos ineptos, mas, con todo, prefería quedarse con ellos y no con el genial extranjero. Parecía haber tomado por divisa la palabra enérgica que Napoleón decía siempre en ese sentido más restringido: «Es necesarios lavar la ropa sucia en familia.»

Llegamos a Madrid en el mes de mayo sin haber experimentado ningún incidente grave, cosa milagrosa, pues ya España estaba sublevada en varios puntos.

Mi madre olvidó sus terrores y sus sufrimientos al ver a mi padre, y mi fatiga se disipó al contemplar los magníficos departamentos donde íbamos a instalarnos. Era el palacio del Príncipe de la Paz y allí me pareció que mis cuentos de hadas se habían hecho realidad. Murat ocupaba el piso inferior de ese mismo palacio, el más rico y el más confortable de Madrid, pues había protegido los amores de la reina y de su favorito. En él había más lujo que en el palacio del rey legítimo. Nuestro departamento estaba situado, creo, en el tercer piso. Era enorme; enteramente tapizado de damasco de seda carmesí. Las cornisas, las camas, los sillones, los divanes, todo era dorado y a mí me pareció oro macizo, de acuerdo siempre con los cuentos de hadas. Otra maravilla para mí fue un espejo gracias al cual me veía caminar por las alfombras, y donde no me reconocí primero, pues nunca me había visto así, desde la cabeza hasta los pies, y no tenía noción de mi estatura, la cual, por mi edad, era bastante poca. A pesar de todo, me encontré tan alta que me asusté. Estos hermosos departamentos eran de muy

mal gusto, a pesar de la admiración que me causaban. Por lo menos estaban muy sucios y llenos de animales domésticos, entre otros había conejos que se metían por todos lados. Había uno, blanco como la nieve, con ojos como rubíes, que se hizo muy amigo mío. Se instaló en un rincón de mi dormitorio, detrás del espejo. Era de bastante mal carácter, y muchas veces quiso rasguñar a las personas que lo querían echar. En cambio, siempre fue muy dócil conmigo y se quedaba largos ratos sobre mi falda cuando yo le contaba cuentos. Pronto tuve a mi disposición una cantidad de hermosos juguetes; eran los que habían abandonado los infantes de España y se encontraban ya bastante destruidos y terminé la destrucción de los mismos pues mi padre tomó dos o tres personajes de madera pintada y se los llevó a mi abuela en calidad de objetos de arte. Todo el mundo los admiraba. Después de la muerte de mi padre, no sé cómo volvieron a caer en mis manos.

Ya había visto a Murat en París y había jugado con sus hijos, mas no conservaba ningún recuerdo de él. Cuando en Madrid le vi con su lujosos uniforme me causó gran impresión. Le llamaban el príncipe, y como en los cuentos de hadas los príncipes siempre son los protagonistas, creí estar en presencia del príncipe Fanfarinet. Yo lo llamaba así muy naturalmente sin darme cuenta que le dirigía una crítica. Mi madre tuvo que luchar mucho para quitarme esa costumbre. Me acostumbraron a llamarlo *mi príncipe*, al hablarle, y me tomó mucha amistad.

Cada vez que debía presentarme ante él me hacían vestir un uniforme. Éste era una maravilla. Tenía un dormán blanco con galones y botones de oro, un abrigo blanco de pieles con un forro negro echado sobre la espalda y un pantalón amarillo con adornos y bordados de oro a la húngara. Tenía también botas de marroquí rojo, espuelas doradas, sable y cinturón con presillas de seda carmesí e hilitos de oro.

Al verme vestida como mi padre, Murat, halagado por esta atención de mi madre, me presentó a las personas que lo rodeaban como su ayuda de campo y nos admitió en su intimidad. Ese hermoso uniforme me martirizaba. Había aprendido a llevarlo muy bien. Hacía arrastrar mi sable sobre los mosaicos del palacio, mi abrigo flotaba sobre mi espalda del modo más conveniente, pero la piel me daba mucho calor y estaba muy contenta cuando al volver a

nuestras habitaciones, mi madre me ponía la ropa española de la época, un vestido de seda negro, bordeado por un fleco de seda y la mantilla negra bordeada por una banda de terciopelo.

Murat cayó enfermo. Se dijo que era a consecuencia de su vida desarreglada, cosa que no era cierta. Sufría de inflamación intestinal como gran parte de nuestros soldados, y sufría violentos dolores, aunque no guardaba cama. Se creía envenenado y no tenía paciencia para soportar su mal. Sus gritos repercutían en todo el palacio, donde nadie dormía tranquilamente. Recuerdo haber sido despertada por esos gritos y que gritaba, entre sollozos: «¡Matan a mi príncipe Fanfarinet!» Se enteró él de mi dolor y por esto me tomó aún más cariño. Una noche subió a nuestro departamento y se acercó a mi cama. Mi padre y mi madre estaban con él. Regresaba de una cacería. Murat colocó a mi lado un cervatillo. Me desperté y vi esa linda cabecita que se inclinaba contra mi rostro. Abracé al cervatillo y me dormí de nuevo sin poder dar las gracias al príncipe. Al día siguiente al despertarme, Murat estaba otra vez a mi lado. Mi padre le había contado qué espectáculo formaba la criatura y el animalito durmiendo juntos y él había querido verlo. Mi madre me dijo que Murat lamentaba no poder hacer representar ese grupo por un artista. Mis primeras caricias fueron para el cervatillo, quien parecía querer devolvérmelas, pues el calor de mi camita lo había tranquilizado. Lo tuve algunos días y lo amaba apasionadamente. Creo que murió por estar lejos de su madre, y una mañana que no lo vi más me dijeron que se había ido a reunirse con su madre en el bosque y que allí sería muy feliz.

Nuestra permanencia en Madrid duró alrededor de dos meses y, sin embargo, me pareció extremadamente larga. Allí no tenía ningún niño de mi edad para distraerme, y como mi madre debía salir con mi padre, me quedaba sola al cuidado de una sirvienta madrileña. Ésta me dejaba sola en cuanto mis padres salían. Mi padre tenía un sirviente llamado Weber. Era un hombre buenísimo, que venía a menudo a cuidarme; mas este buen alemán me hablaba un lenguaje ininteligible y despedía tan mal olor, que yo me descomponía cuando él me llevaba en sus brazos. Yo le decía; «Weber, te quiero mucho y vete.» Weber, dócil, me obedecía. Cuando se dio cuenta que yo me quedaba muy tranquila, me encerraba en el departamento y salía. Conocí, pues, por primera vez

el placer de quedarme sola; estaba tan feliz con esto que me apenaba cuando veía volver a mi madre.

En cuanto me quedaba sola en ese gran departamento lo recorría libremente, me colocaba ante el espejo y ensayaba poses teatrales.

Cuando estaba cansada de bailar y de representar las obras de mi imaginación, me iba a la terraza, que se extendía a todo lo largo del palacio y era muy amplia y hermosa.

Nunca vi gente en ella. Es probable que después de la insurrección del 2 de mayo no se dejara circular al pueblo alrededor del palacio del general en jefe. Lo único que vi fueron soldados franceses y algo mejor aún para mi imaginación: los mamelucos de la guardia. No me cansaba de mirar aquellos hombres bronceados con sus turbantes y sus lujosos trajes orientales.

La plaza estaba a menudo desierta y aun durante el día reinaba en ella el mayor silencio. Un día ese silencio me asustó y llamé a Weber, que pasaba en ese momento por la plaza. Weber no me oyó, mas una voz semejante a la mía repitió su nombre desde el otro extremo del balcón. Eso llamó mi atención y como yo no sabía que eso era el eco, hice toda clase de ensayos para comprender lo que sucedía. Llamé a mi madre, la voz repitió la llamada, me llamé a mí, lo hice en diferentes tonos de voz y siempre el eco contestaba. Como no comprendía nada me imaginé que había una persona conmigo en la terraza, pero como no veía a nadie se me ocurrió una rara explicación. Pensé que yo era doble y que a mi alrededor había otro yo invisible para mí, pero que me veía siempre puesto que siempre me contestaba. Tuve deseos de ver ese doble. Lo llamé cien veces y siempre me contestaba. Me enloquecía sin darme cuenta de ello. Fui interrumpida por la llegada de mi madre, y no sé por qué en lugar de interrogarla no le dije una palabra del asunto que me preocupaba.

¿La vida imaginativa está más desarrollada en los niños que la afectiva? No recuerdo haber pensado en mi hermana, en mi buena tía, en Pierret, en mi querida Clotilde, durante mi permanencia en Madrid.

Creo que la vida afectiva se reveló en mí cuando mi madre dio a luz en Madrid.

Me habían anunciado la próxima llegada de una hermanita, y desde hacía varios días veía a mi madre reposando. Un día me

mandaron a jugar a la terraza. No escuché ningún quejido; mi madre soportaba con mucho valor el mal físico y daba a luz muy rápidamente; sin embargo, esta vez sufrió varias horas, pero me alejaron de ella. Después, mi padre me llamó y me mostró un niñito. Apenas llamó mi atención. Mi madre estaba tan pálida y con sus rasgos tan contraídos que casi no la reconocí. Luego me asusté y corrí llorando a besarla. Quería que me hablara, que contestara a mis caricias y como me alejaron de ella para que descansara, me desesperé creyendo que se iba a morir. Volví a la terraza llorando y no pudieron lograr que me interesara por el recién nacido. El pobre chiquito tenía ojos de un azul claro, muy raros. Al cabo de algunos días mi madre se inquietó por la palidez de sus pupilas, y escuché a menudo a mi padre y a otras personas pronunciar ansiosamente la palabra *cristalino.* Al cabo de quince días, no había más dudas; el niño era ciego. No se quiso enterar de ello a mi madre. La dejaron en la duda. Se le dijo que ese cristalino se podría formar en los ojos del niño. Se dejó consolar y el pobre cieguito fue amado y mimado con tanta alegría como si su existencia no hubiera sido una desgracia para él y para los suyos. Mi madre lo alimentaba, y tenía apenas dos semanas cuando debimos regresar a Francia a través de España en llamas.

Capítulo XXVII

Cartas de mi padre a su madre

«Madrid, 12 de junio de 1908.

»Después de mucho sufrimiento, Sofía ha dado a luz esta mañana a un hermoso niño que grita como un loro. La madre y el niño se encuentran bien. Antes de fin de mes el príncipe parte para Francia. El médico del emperador que atendió a Sofía dice que estará en condiciones de viajar con su hijo dentro de doce días. Aurora está muy bien. Pondré todos nuestros efectos en un coche que acabo de comprar para esto, y tomaremos el camino de Nohant, adonde pienso llegar hacia el 20 de julio. Este proyecto, mi buena madre, me colma de alegría. El bautismo de mi recién nacido se celebrará para las fiestas de Nohant. ¡Hermosa ocasión para hacer sonar las campanas y para que baile el pueblo! Inscribiré a mi hijo en Francia, porque no quiera que tenga nada que ver con los notarios y los sacerdotes españoles.»

Siendo todavía Príncipe de Asturias, Fernando VII, muy amable entonces con Murat y sus oficiales, había regalado a mi padre después que éste llenó una misión en Aranjuez, un terrible caballo. Fue un regalo funesto. Mi padre confesaba que era el tínico caballo al cual no podía montar sin cierta emoción. Ésta era una razón más para querer dominarlo.

Salimos de Madrid en los primeros días de julio. Murat fue a tomar posesión del trono de Nápoles.

Lo que más recuerdo es el sufrimiento de sed, de calor abrasador y de fiebre que tuve durante todo ese viaje. Avanzábamos muy lentamente a través de las columnas del ejército. Estando una noche con mi madre, vimos el cielo, todavía iluminado por el sol que se ponía, atravesado por haces luminosos: «Mira, me dijo: es una batalla; tal vez tu padre está allí.»

Yo no concebía qué era una verdadera batalla. Me representaba enormes fuegos artificiales, algo muy alegre y triunfante, como una fiesta o un torneo. Los cañonazos y sus grandes curvas de fuego me alegraban. Asistí a eso como a un espectáculo. No sé a quien dijo mi madre entonces: «¡Qué felices son los niños, porque no comprenden nada!»

Nuestro coche había sido requisado para llevar heridos o personas más importantes que nosotros, y debimos andar parte de nuestro camino en carreta con los equipajes y soldados enfermos. Atravesamos al día siguiente el campo de batalla y vi una extensa llanura cubierta de restos informes.

Mi madre se tapaba la cara porque el aire era irrespirable. Yo no me daba bien cuenta de lo que era todo eso y preguntaba por qué había tantos trapos en el camino. Por último la rueda chocó con algo que se rompió haciendo un extraño crujido. Mi madre me retuvo en el fondo de la carreta para que no mirara; era un cadáver.

Junto con la fiebre, experimenté pronto otro sufrimiento que también sentían los soldados enfermos que viajaban con nosotros: era hambre, excesiva, enfermiza, casi animal. La sarna empezó por mí, se contagió a mi hermano, a mi madre más tarde y a otras personas, a las cuales llevamos ese triste fruto de la guerra y de la miseria.

Del palacio de Madrid, con sus camas doradas, con alfombras de Oriente y cortinados de seda, habíamos pasados a carretas inmundas, a pueblos incendiados, ciudades bombardeadas, caminos cubiertos de muertos y zanjas donde buscábamos un poco de agua para calmar nuestra sed abrasadora.

Atravesamos un campamento francés y allí vimos un grupo de soldados que tomaban la sopa con gran apetito; mi madre les rogó que me dejaran comer con ellos. Aquella sopa me pareció exquisita. Al cabo de un rato uno de los soldados dijo a mi madre tímidamente: «Le ofreceríamos sopa, pero puede ser que usted no pueda comerla porque el gusto es un poco fuerte.»

Mi madre se acercó y vio un caldo muy grasiento, donde flotaban algunas cosas negras; era una sopa hecha con pedazos de vela.

En la frontera encontramos a algunos amigos y volvimos a nuestro coche. En Fuenterrabía tomé un baño y me encontré luego

muy bien. Mi madre me frotaba con azufre desde los pies hasta la cabeza, luego me hacía tomar unas bolitas de azufre envueltas en manteca y azúcar.

No sé por qué se le ocurrió a mi madre regresar por mar a Burdeos.

Alquilamos una chalupa. Costeamos la orilla.

Al llegar a nuestro destino una tormenta de viento nos alejó de la orilla y vi que el piloto y sus dos ayudantes estaban muy afligidos. Mi madre tuvo miedo; mi padre se puso a maniobrar, mas cuando ya habíamos entrado en el Gironda chocamos con un banco de arena y el agua empezó a entrar en el barco. Parecía que se iba a pique. Mi padre se sacó la ropa y preparó un chal para atar a sus dos hijos sobre su espalda: «Quédate tranquila, dijo a mi madre; te tomaré con un brazo, nadaré con el otro y nos salvaremos los cuatro.»

Mi padre, después de habernos puesto en lugar seguro, había regresado a la chalupa, para salvar nuestro equipaje, el coche y la embarcación.

Me quedé admirada por su valor, su agilidad y su fuerza.

Llegamos a Nohant en los últimos días de agosto. La fiebre me consumía de nuevo; ya no tenía hambre. La sarna seguía su curso, una sirvientita española que habíamos tomado en el camino y que se llamaba Cecilia, también se había contagiado. Mi madre estaba mucho mejor, en cambio mi pobre hermanito no seguía bien.

Yo había visto a mi abuela otras veces, aunque no la recordaba. Me pareció muy alta; y su rostro blanco y rosado, su aire imponente, su invariable vestido de seda oscura (según la moda del imperio, que no había querido modificar), su peluca rubia y rizada sobre la frente, y su gorrito redondo con una escarapela de puntilla en medio, hicieron de ella para mí un ser aparte.

Era la primera vez que llegábamos a Nohant mi madre y yo. Después que mi abuela hubo besado a mi padre, quiso besar a mi madre también; mas ella se lo impidió, diciéndole: «¡Ah, mi querida mamá!; no nos toque ni a mí ni a mis pobres hijos. No sabe usted cuántas miserias hemos padecido. Estamos todos enfermos.»

Mi padre se puso a reír, y poniéndome en los brazos de mi abuela, observó: «Imagínate que estos chicos tienen una erupción y que Sofía se imagina que tienen sarna.»

«Sarna o no, exclamó mi abuela yo me encargo de ésta. Vaya usted a descansar con el chiquito, pues ha hecho usted una campaña superior a sus fuerzas.»

Me llevó a su cuarto, y sin ninguna repugnancia por el estado horrible en que yo estaba, esta mujer excelente, tan delicada y tan coqueta, me colocó sobre su cama. Esa cama y esa habitación me hicieron el efecto de un paraíso. Las paredes estaban tapizadas con tela de Persia a grandes ramos; todos los muebles eran del tiempo de Luis XV. Yo no me atrevía a instalarme en un lugar tan hermoso, pues me daba cuenta de la repugnancia que debía inspirar y me sentía humillada por esto. Pero olvidé pronto mi humillación debido a las caricias y a los cuidados con que me colmaron. La primera persona a quien vi al lado de mi abuela, fue un chico gordo de nueve años que entró con un enorme ramo de flores y que me lo arrojó en la cara con gesto amable y alegre. Mi abuela me dijo: «Es Hipólito, bésense, hijos míos». Nos besamos con mucho gusto y pasé muchos años con él sin saber que era mi hermano. Era el niño de la *Petite Maison.*

Mi padre lo tomó por el brazo y lo llevó ante mi madre, quien lo besó, lo encontró hermoso y le dijo: «Éste también es mío, como Carolina es tuya», y fuimos educados juntos bajo las miradas de mi madre y de mi abuela.

Vi a Deschartres también ese día por primera vez. Tenía pantalones cortos, medias blancas, polainas de tela, un traje de color almendra muy largo y una gorra con fuelle. Me examinó gravemente y como era muy buen médico le creyeron cuando dijo que yo tenía sarna. Aseguró que la enfermedad había perdido su intensidad y que mi fiebre provenía de exceso de cansancio.

Después de dos horas de reposo pasadas en la cama de mi abuela, yo me fui a correr por el jardín de Hipólito. Recuerdo que hacíamos pasteles de barro. Luego él los llevaba sin que nadie los viera y los ponía en el horno y se divertía mucho cuando las sirvientas al retirar el pan y las galletas se encontraban con nuestros pasteles de barro y se enojaban.

El gran jardín y el aire sano de Nohant, me repusieron pronto. Mi madre me daba siempre azufre.

Para hacer desaparecer después su gusto buscaba luego los alimentos más ácidos, y creyendo que los niños adivinan lo que

necesitan, viendo que yo siempre chupaba fruta verde, puso limones a mi disposición, y los comía enteros con la piel y las semillas.

No sé si la sarna es un certificado de buena salud, pero lo cierto es que nunca más estuve enferma, aunque en mi vida he cuidado a muchos enfermos contagiosos y a otros atacados de sarna a quienes nadie se atrevía a acercarse; y nunca me ha sucedido nada.

Mientras yo me restablecía, mi pobre hermanito Luis empeoraba rápidamente. La sarna había desaparecido, pero la fiebre lo consumía. Estaba lívido y sus pobres ojitos apagados tenían una expresión de tristeza indecible.

Empezaba a amarlo al verlo sufrir.

El 8 de septiembre, un viernes, el pobre cieguecito, después de haber gemido durante largo tiempo en la falda de mi madre, se puso frío. No se movía más. Deschartres vino y lo sacó de los brazos de mi madre: estaba muerto.

Triste y corta existencia, de la cual, gracias a Dios, no tuvo noción. Al día siguiente lo enterraron; mi madre disimuló sus lágrimas delante de mí.

Hipólito fue encargado de entretenerme en el jardín. Apenas me di cuenta de lo que ocurría en la casa.

Por la noche, mi padre y mi madre, ya en su cuarto, lloraron juntos y hubo entre ellos una escena, que mi madre me relató 20 años después. Mi madre pensaba que la desdichada criaturita podía haber sido enterrada con vida.

—¡Ah, ese modo cristiano de enterrar los cadáveres es lo más salvaje que yo concibo! —dijo mi padre.

—Los salvajes, decía mi madre, cuelgan a sus muertos, disecados, de las ramas de un árbol. Preferiría ver la cuna de mi hijito muerto colgada de un árbol del jardín antes de pensar que se pudrirá en la tierra. —Y agregó, sugestionada por la reflexión de mi padre: ¡si en realidad no estuviera muerto!

Mi padre combatió primero este pensamiento, mas pronto se apoderó también de él…

Se levanta, se viste, abre las puertas con cuidado, toma una pica y corre al cementerio… Empieza a cavar. Como no tenía luz se equivocó y descubrió el cajón de un hombre que había muerto pocos días antes. Volvió a cavar y encontró el cajoncito…

Mas al tratar de retirarlo apoyó con fuerza el pie sobre el otro

ataúd y éste, arrastrado por el vacío profundo que había hecho a sus lado, se levantó ante él, lo golpeó en la espalda y lo hizo caer en la fosa. Dijo luego a mi madre que había experimentado un terror y una angustia inexpresables al sentirse empujado por ese muerto y arrojado en la tierra sobre los despojos de su hijo. Era valiente; ya se sabe. Sin embargo, su frente se cubrió de sudor frío. Ocho días después sería sepultado en esa misma tierra que había removido para exhumar el cuerpo de su hijo. Recobró su serenidad, arregló nuevamente la tierra y nunca persona alguna se percató de lo que había ocurrido. Llevó el cajoncito a mi madre, que lo abrió un momento. El pobre niño estaba bien muerto, mas mi madre se complugo en hacerle un último arreglo: perfumó al pequeño cadáver, lo envolvió con la mejor ropa que tenía, y lo volvió a colocar en su cuna para hacerse otra vez la ilusión de que dormía. Luego a instancias de mi padre, pusieron otra vez al niño en el cajón recubierto de rosas. El cajón fue tapado y llevado al jardín, al lugar que mi madre cultivaba, y fue enterrado bajo un viejo peral. Al día siguiente, mi madre, ayudada por mi padre, reanudó sus trabajos de jardinería. Todos se extrañaron de verlos tan entretenidos, a pesar de su tristeza. Ellos solos sabían el secreto de su amor por ese pedazo de tierra. Al pie del peral habían formado un montículo cubierto de musgo con un senderito en caracol para que yo pudiera subir y sentarme allí. ¡Cuantas veces, en efecto, subí, jugué y trabajé allí sin pensar en que eso pudiera ser una tumba! El peral existe aún. Está muy hermoso y durante la primavera extiende sus sombrillas de flores rosadas sobre esa tumba ignorada. La hierba y las flores son los verdaderos mausoleos de los niños. Detesto los monumentos y las inscripciones; creo que en eso me parezco a mi abuela, quien no quiso nada de eso para su hijo querido, diciendo con razón que los grandes dolores no necesitan ser expresados, y que los árboles y las flores son los únicos ornamentos que no irritan al espíritu.

El viernes 17 de septiembre mi padre montó sobre el terrible caballo que le regalara Fernando VII, para visitar a nuestros amigos de La Chatre. Allí comió y paso la velada. Advirtieron que se esforzaba por estar alegre como siempre y que por momentos estaba taciturno y preocupado. La muerte reciente de su hijito le ocupaba el pensamiento, y trataba de no comunicar sus tristeza a sus amigos.

Mi madre estaba siempre celosa, y sobre todo de las personas que ella no conocía. Sintió despecho al no verlo llegar temprano, tal como se le había prometido, e ingenuamente se quejó de ello a mi abuela. Al fin, se acostó y se durmió como una persona razonable. ¡Pobre mujer, qué despertar la esperaba!

Hacia media noche, mi abuela empezaba a inquietarse sin decir nada a Deschartres, con quien prolongaba la partida de pisquet, pues quería besar a su hijo antes de irse a dormir. Por fin, sonaron las doce y ya se había retirado a sus habitación, cuando le pareció oír en la casa un movimiento inusitado. Había caminado una vez en su vida para dar una sorpresa a su hijo, en Passy, al salir de la prisión. Caminó por segunda vez el 17 de septiembre de 1808. Fue para ir a buscar el cadáver de su hijo, a una legua de la casa, a la entrada de La Chatre. Partió sola. Con sus zapatos de tela, sin chal, tal como se encontraba en ese momento. Deschartres había llegado antes que ella. Ya había comprobado la muerte de mi pobre padre.

He aquí cómo ocurrió este funesto accidente:

Al salir de la ciudad, cien pasos después del puente que marca la entrada a la misma, el camino hace una curva. En ese lugar, al pie del decimotercer álamo, habían dejado ese día un montón de piedras y los escombros. Mi padre corría al galope al dejar el puente. Montaba su fatal Leopardo. Weber, a caballo también, lo seguía diez pasos más atrás. En la curva, el caballo de mi padre chocó contra el montón de piedras en la oscuridad. No se cayó, mas asustado y estimulado tal vez por las espuelas, se levantó haciendo un movimiento tan violento que el jinete lúe arrojado y cayó a diez pies más atrás. Weber no oyó más que estas palabras: «¡A mí, Weber!… ¡Estoy muerto!» Encontró a su amo de espaldas en el suelo. No tenía ninguna herida aparente; mas se había roto las vértebras del cuello y ya no existía. Lo llevaron a la posada vecina y lo socorrieron rápidamente, mientras Weber, aterrorizado, había ido al galope a buscar a Deschartres.

En el lugar fatal, punto final de su carrera desesperada, mi pobre abuela cayó como ahogada sobre el cuerpo de su hijo. Saint Jean se había apresurado a uncir los caballos a la berlina y llegó a colocar en ella a Deschartres, el cadáver y a mi pobre abuela que no quería separarse de él.

Fue Deschartres quien me relató, más tarde, lo sucedido en esa

noche fatal, de la cual mi abuela nunca pudo hablarme. Me dijo que todo lo que el alma humana puede sufrir, sin deshacerse, lo había sufrido durante ese trayecto en el cual la pobre madre, echada sobre el cuerpo de su hijo, no dejaba oír más que un gemido semejante al de la agonía.

No sé lo que sucedió hasta el momento en que mi madre se enteró de esa espantosa noticia. Eran las seis de la mañana y yo estaba levantada. Mi madre se vestía, tenía una falda y una bata de noche blancas y se peinaba.

La veo aún en el momento en que Deschartres entró en su habitación, con su rostro tan pálido y tan desfigurado que mi madre comprendió en seguida. Deschartres no lloraba. Tenía los dientes apretados y no podía pronunciar más que palabras entrecortadas: «Se ha caído…; no, no vaya, quédese acá, piense en su hija…; sí; es grave, muy grave…» y, finalmente, haciendo un esfuerzo le dijo en un tono que no olvidaré durante mi vida: «¡Está muerto!» Luego tuvo una especie de risa convulsiva, se sentó y se deshizo en lágrimas. Veo aún el lugar de la habitación donde nos encontrábamos. Es la misma donde yo duermo y donde escribo el relato de esta lamentable historia. Mi madre cayó sobre una silla, recuerdo su cara lívida, sus cabellos negros esparcidos sobre su pecho, sus brazos desnudos que yo cubría de besos; escucho sus gritos desgarradores. Estaba como sorda a los míos y no sentía mis caricias. Deschartres le dijo:

«Mire usted esa niña y viva para ella.»

No sé lo que pasó después. Recuerdo lo que sucedió unos días después, cuando me pusieron mis vestidos de luto. Todo ese negro me impresionó mucho. El mismo día, vi a mi abuela, a Deschartres, a Hipólito y a todos los de la casa vestidos de negro. Tuvieron que explicarme que era a causa de la muerte de mi padre, y entonces hice sufrir mucho a mi madre diciéndole estas palabras: «¿Acaso papá se ha muerto otra vez hoy?»

Parecía que yo había comprendido lo que era la muerte, pero aparentemente no la creía eterna. No podía concebir una separación absoluta y volvía poco a poco a mis juegos y a mi alegría con la inconsciencia propia de la infancia.

Mi abuela me buscó una compañera de mi edad. Su criada, Julia, le propuso traer una sobrina suya; y pronto Úrsula, ése era su

nombre, fue vestida de luto y traída a Nohant. Pasó varios años conmigo. Más tarde y durante algún tiempo dirigió mi casa después de mi matrimonio; luego se casó ella también y ha vivido siempre en La Chatre. Nunca nos perdimos de vista y nuestra amistad es cada vez más solida.

Tiene ahora cuarenta años de edad.

Desde hacía algún tiempo yo estaba sola con mi madre. Mi abuela y ella tenían necesidad de mimarme para consolarse de su pena y yo abusaba de esa situación.

Úrsula se enfrentó a menudo y cuando yo la atacaba con las manos y las uñas, ella contestaba con los pies y los dientes. Úrsula comía en nuestra mesa. Dormía en nuestro cuarto y a menudo, conmigo en la cama grande. Mi madre la quería mucho, y cuando tenía jaqueca, las manitas frescas de Úrsula, pasadas durante mucho tiempo y con mucha dulzura sobre su frente, la aliviaban. Yo estaba un poco envidiosa por los cuidados que ella prodigaba a mi madre, pues yo tenía siempre las manos ardientes y aumentaba la jaqueca de mi madre.

Nos quedamos dos o tres años en Nohant, sin que mi abuela pensara en regresar a París y sin que mi madre tomara decisión alguna. Mi abuela quería que mi educación le fuera confiada y que no me apartara más de ella. Mi madre no podía abandonar a Carolina, que estaba en pensión y no le era posible separarse de uno o de otra de sus hijas. Después de haber hecho cálculos, no le quedan a mi madre más que 2.500 libras de renta, y esto no era muchos para dar una buena educación a sus dos hijas. Mi abuela se ataba cada día más a mí, a causa del notable parecido que tenía con mi padre. Mi voz, mis rasgos, mis modales, mis gustos, todo en mí le recordaba a su hijo cuando era niño, tanto que a veces al verme jugar se ilusionada y me llamaba Mauricio y al hablar de mí decía *mi hijo.*

Tenía gran interés en desarrollar mi inteligencia, de la cual esperaba mucho. No sé por qué yo comprendía todo lo que ella me enseñaba, pero eso debía ser porque lo decía con mucha claridad y muy bien. Yo prometía, además, disposiciones musicales, las cuales le recordaban la infancia de mi padre, y volvía a sentirse joven madre cuando me daba sus lecciones. A menudo he oído a mi madre plantearse este problema: «¿Será mi hija más feliz aquí que

conmigo? La herencia de su padre puede disminuir, si sus abuela le pierde cariño al no verla.» Resultó de eso que desprecié el dinero, antes de que supiera lo que significaba. La idea de la herencia, unida a la de deber separarme de mi madre, me aterrorizaba. De modo que en cuanto estaba sola con ella, la cubría de caricias y le suplicaba no *cambiarme* por dinero *a mi abuela.* Amaba mucho a esta abuelita tan dulce que siempre me hablaba para decirme cosas agradables; pero eso no podía compararse con el amor apasionado que comenzaba a sentir por mi madre y que ha dominado toda mi vida, hasta en época en que circunstancias más fuertes que yo, me han hecho dudar entre estas dos madres, celosas una de otra, por mí como lo habían sido a causa de mi padre.

Hasta la edad de cuatro años, hasta mis viaje a España, había querido a mi madre instintivamente y sin saberlo; luego mi vida afectiva se desarrolló con la edad. A la muerte de mi padre empezaba a sentirme subyugada por ese afecto, cuando el proyecto de separación vino a sorprenderme en *mi edad de oro.*

Mi madre y mi abuela, esas dos mujeres tan distintas exteriormente por su educación y sus costumbres, se habían aceptado una a otra, a pesar del odio que se habían tenido al querer disputarse el amor de mi padre mientras él vivía. Después de su muerte, el dolor las aproximó y el esfuerzo que habían hecho para amarse dio su fruto. Mi abuela no podía comprender las pasiones vivas y los instintos violentos, mas era sensible a la gracia, a la inteligencia y a los impulsos sinceros del corazón. Mi madre poseía todo eso, y mi abuela la observaba a menudo con curiosidad, preguntándose por qué mi padre la había amado tanto. Descubrió en Nohant que mi madre era una gran artista, fracasada por falta de educación. No sé en qué hubiera podido destacarse, pero tenía aptitudes maravillosas para todas las artes y todos los oficios. Mi abuela le reprochaba su ortografía bárbara. Ella se puso a leer con atención y poco tiempo después escribía casi correctamente y con un estilo tan agradable, que mi abuela admiraba sus cartas. No conocía las notas, mas como tenía una voz encantadora, de una ligereza de una frescura incomparables, mi abuela se complacía en escucharla. En Nohant, no sabiendo cómo llenar sus largas horas, mi madre se puso a dibujar. Lo hizo instintivamente y después de haber copiado con precisión algunas laminas, hizo retratos a la

pluma y a la «gouache», cuya simpleza tenía siempre gracia y parecido. Bordaba con una rapidez tan increíble, que hizo a mi abuela en pocos días un vestido de percal bordado enteramente de arriba hasta abajo. Hacía todos nuestros vestidos y nuestros sombreros, cosa que no era de admirar puesto que había sido modista. Tenía mucho gusto y era muy rápida para confeccionar… Y en todo era tan activa que admiraba a mi abuela, un tanto perezosa y poco hábil con sus manos, como eran entonces las grandes señoras. Siempre estaba dispuesta para hacer cualquier clase de tareas. Si el clavicordio estaba descompuesto, sin conocer su mecanismo, arreglaba las cuerdas, pegaba las teclas y lo afinaba. Hubiera podido hacer zapatos, muebles y cerraduras. Me abuela decía que era un hada y yo creo que era cierto.

No se vanagloriaba por su inteligencia, ni se daba cuenta de que la poseía. Estaba segura de su belleza sin enorgullecerse de ello, y decía ingenuamente que no estaba celosa de la belleza ajena porque se sabía bien dotada de ese respecto.

Con todo, era un persona muy difícil de manejar. Era enteramente irascible y para calmarla había que simular estar irritado. La dulzura y la paciencia la exasperaban y el silencio la enloquecía. Nunca pude enojarme con ella y sus arrebatos me afligían sin ofenderme demasiado. Estaba llena de contrastes; por esos fue muy querida y muy odiada.

Avara con ella misma, era pródiga para los otros. Regateaba por una miseria y de repente daba demasiado. Tenía unas ingenuidades admirables. Era astuta como un zorro. Mentía sin saberlo, con la mejor buena fe del mundo.

Capítulo XXVIII

En el primer período de mi vida, no conocí de mi madre más que su amor por mí, amor inmenso que más tarde confesó haber combatido para resignarse a nuestra separación; mas este amor no era de la misma naturaleza que el mío. Yo era más cariñosa, ella más apasionada. He sido siempre muy deferente con ella y ella repetía hasta el cansancio, que no había una persona más dulce y más amable que yo, lo cual era cierto únicamente con respecto a ella. Yo era insoportable con los demás y muy sumisa con ella, porque me complacía en serlo. Mi madre era entonces mi oráculo; era ella quien me había dado las primeras nociones de la vida. Cuando se daba cuenta de que había sido demasiado severa conmigo, me tomaba en sus brazos, lloraba y me colma de caricias. Me decía hasta que se reconocería culpable que temía haberme hecho mal, y yo estaba tan feliz de volver a encontrar su ternura, que le pedía perdón por los golpes que me había dado. En cambio, si mi abuela me hubiera tratado con la centésima parte de esta rudeza, yo me hubiera rebelado. Sin embargo, la temía mucho más; una sola palabra suya me hacía palidecer; no le hubiera perdonado la menor injusticia, mientras las de mi madre me pasaban inadvertidas y aumentaban mi amor por ella.

Deschartres era el principal obstáculo para el completo entendimiento entre mi madre y mi abuela. No dejaba pasar la menor ocasión para reavivar los antiguos rencores. No perdonaba a mi madre que hubiera desbaratado su influencia en el espíritu y el corazón de su querido Mauricio. La contradecía y trataba de molestarla por cualquier cosa; luego se arrepentía y se esforzaba en reparar su grosería con amabilidades torpes y ridículas. A veces parecía enamorado de ella. (¿Quién sabe si no lo estaba?)

Mi madre recibía de tan mal modo sus galanterías y le hacía expiar sus culpas con tan punzantes burlas, que siempre volvía a

surgir en él el antiguo odio, aumentado por el despecho de las nuevas luchas.

Después de comer jugaban los tres a los naipes y Deschartres, que pretendía dominar todos los juegos y que en realidad jugaba a todos muy mal, perdía siempre.

Debido a la vida tranquila y ordenada y al aire puro que respiraba, me fui robusteciendo y al cesar la excitación nerviosa que me dominaba, mi carácter se hizo alegre. Se dieron cuenta de que yo no era peor que los demás chicos. Por otra parte, me quedó tanta repugnancia hacia los medicamentos, que había tomado la costumbre de ocultar mis pequeñas indisposiciones.

Recuerdo haber estado a punto de desmayarme mientras jugaba y haber luchado contra el malestar con un estoicismo del cual no sería capaz ahora. Es que en esa época estaba sometida al saber de Deschartres y era la víctima de su sistema, que consistía en administrar emético por cualquier motivo. Era su panacea universal. Yo he sido siempre de temperamento bilioso, mas si hubiera tenido toda la bilis de la que quería librarme Deschartres, no hubiera podido vivir. Por otra parte, mi madre creía en las lombrices, una de las preocupaciones médicas de aquella época. Todos los míos tenían lombrices y se les llenaba de vermífugos, espantosos remedios negros que causaban náuseas y hacían perder el apetito. Además, para abrir nuevamente el apetito, debía tomar ruibarbo. A esto debía agregar el terror que había quedado en mi madre con respecto a la sarna; y a la menor picadura que yo tuviera, me volvía a dar azufre con todos los alimentos.

Hacía los cinco años aprendí a escribir. Mi madre me obligaba a hacer largas páginas de palotes. Pero como ella también escribía como un gato, hubiera yo borroneado mucho papel antes de saber escribir mi nombre si no hubiera buscado por mí misma un medio de expresar mi pensamiento con otro signo. Estaba muy cansada de copiar todos los días un alfabeto. Quería escribir oraciones y yo sola redactaba cartas a Úrsula, Hipólito y mi madre. Mi ortografía era simple y llena de jeroglíficos. Mi abuela sorprendió una de esas cartas y la juzgó muy graciosa. Dijo que era maravilloso cómo había logrado yo expresar mis ideas. Ella opinaba, con razón, que se pierde mucho tiempo al pretender que los niños escriban con hermosa letra, mientras no saben para qué sirve la escritura. Mucho

tiempo escribí con letras de imprenta y no recuerdo cómo llegué a emplear la escritura corriente. Lo que recuerdo es que yo miraba atentamente las palabras escritas en los libros. Contaba las letras y no sé, gracias a qué instinto aprendí yo sola las reglas principales. Cuando, más tarde, Deschartres me enseñó gramática, el aprendizaje fue muy rápido, pues cada lección no hacía más que confirmar lo que ya había observado y aplicado. Al aprender a escribir sola llegué a comprender lo que leía, pues había sabido leer antes de poder comprender el significado de las palabras y el sentido de las frases. Así pude llegar a leer sola un cuento de hadas.

Encontré en Nohant los cuentos de la señora de Aulnoy y de Perrault en una vieja edición que fue mi deleite durante cinco o seis años. ¡Ah, qué hermosas horas pasé con el *Pájaro azul, Pulgarcito, Piel de asno, El caballero afortunado. La laucha bienhechora,* etc.! Creo que no hay nada comparable, en nuestra ulterior vida intelectual, a esos primeros goces de la imaginación. Empecé a leer también un resumen de mitología griega, y lo hacía con gran placer porque se asemeja en algo a los cuentos de hadas. Sin embargo, algunos me desagradaban, porque en todos esos mitos los símbolos, a pesar de su poesía, son sangrientos y yo prefería los desenlaces felices de mis cuentos. Sin embargo, las ninfas, los céfiros, el eco, todas esas personificaciones de los misterios de la naturaleza, inclinaban mi mente hacia la poesía.

En nuestro cuarto, las paredes estaban tapizadas con un papel verde oscuro muy grueso y pegado sobre tela. Este medio de aislar los papeles de las paredes aseguraban un espacio libre a las lauchas y allí ocurrían escenas de otro mundo, carreras descabelladas, gritos misteriosos y ruidos confusos. Pero es no me preocupaba mucho. Lo que atraía mi atención era la franja de papel decorado que rodeaba los paneles. Representaba una guirnalda de hojas de vid que se abría por intervalos para enmarcar una serie de medallones donde silenos y bacantes reían, bebían y bailaban. Sobre cada una de las puertas había un medallón que representaba figuras distintas. La que veía por la mañana al despertarme era una ninfa. Me gustaba muchísimo. Mi primera mirada era para ella. Parecía reír y querer invitarme para ir a correr y divertirme en su compañía. Enfrente de ella, y a la cual yo veía desde mi mesa de trabajo o de noche al hacer mis oraciones, estaba una bacante de aspecto grave. Esas dos

figuras representaban la primavera y el otoño. Yo notaba un contraste entre ambas. Una era alegre y a otra triste; una indulgente y la otra severa.

Al llegar el invierno, mi madre cambió mi cama de lugar para acercarla a la chimenea, desde donde únicamente veía a mi temible ménade. Yo no conté a nadie mis temores, pero como me parecía que aquella diableja me miraba obstinadamente, tapé mi cabeza con las cobijas. Fue inútil. En medio de la noche salió de su medallón, se deslizó a lo largo de la puerta y caminando hacia la puerta de enfrente trató de sacar de allí a la hermosa ninfa. Ésta daba unos gritos desgarradores; la otra rompió el papel hasta que la ninfa salió de allí a la hermosa ninfa. Ésta daba unos gritos desgarradores; la otra rompió el papel hasta que la ninfa salió de allí y corrió por el cuarto. La bacante la persiguió, entonces la ninfa se precipitó en mi cama para esconderse entre la cortinas de la misma. Hasta allí la persiguió, entonces la ninfa se precipitó en mi cama para esconderse entre las cortinas de la misma. Hasta allí la persiguió la malvada y nos atravesó a las dos con la lanza afilada que tenía en la mano. Grité, me revolví y mi madre acudió a socorrerme. Yo, medio dormida todavía, continuaba viendo a la bacante y mezclando lo real y lo quimérico; observé que ésta se atenuaba y se alejaba a medida que mi madre se acercaba…

A la noche siguiente volví a preocuparme por esos personajes y lo mismo sucedió durante mucho tiempo. De día no les daba ninguna importancia, pero en cuanto anochecía no me atrevía a quedarme sola en ese cuarto. Tenía casi ocho años y todavía no podía mirar tranquilamente a la bacante antes de dormirme.

La permanencia de mi tío abuelo, el abate de Beaumont, en Nohant, fue un gran consuelo para mis dos madres; una especie de retorno a la vida. Era de un carácter alegre, un poco despreocupado, una inteligencia notable, llena de recursos y de fecundidad. Era a la vez egoísta y generoso y su personalidad amable y seductora. Fue el anciano más hermoso que he visto en mi vida. Tenía la piel blanca y fina, la mirada dulce y los rasgos regulares y nobles de mi abuela. Usaba pantalón corto de satín negro, zapatos con hebillas y cuando se podía su gran abrigo de seda violeta, parecía un solemne retrato de familia. Amaba el lujo y su mesa era tan refinada como su apetito. Era déspota e imperioso

de palabra; dulce, liberal y débil en los hechos. He pensado a menudo en él al trazar el retrato de cierto canónigo en mi novela *Consuelo*.

Como él, bastardo de un gran personaje, era goloso, impaciente, burlón, enamorado de las bellas artes, magnífico, ingenuo y malicioso; al mismo tiempo irascible e indulgente.

Mi tío abuelo no tenía prejuicios respecto de las mujeres. Con tal que fueran hermosas y buenas, no les pedía cuentas de su nacimiento ni de su pasado. Por eso aceptó íntegramente a mi madre y le prodigó durante toda su vida un afecto paternal. La juzgaba bien y la trataba como a un niño de buen corazón y de mala cabeza. La consolaba y la defendía enérgicamente cuando se era injusto con ella y la reprendía con severidad cuando ella era injusta con los demás. Fue siempre un mediador justo y persuasivo entre ella y mi abuela. La preservaba de las ocurrencias de Deschartres.

El alegre modo de ser de este amable anciano era una bendición en medio de nuestras amarguras domésticas.

La serenidad y la alegría del tío abuelo parecieron un tanto chocantes los primeros días. Sin embargo, él lamentaba sinceramente la muerte de su querido Mauricio; pero quería distraer a aquellas dos mujeres desoladas, y logró su intento.

Con él cambió un poco el ambiente de la casa. Proyectó hacernos representar una comedia para la fiesta de mi abuela. La gran habitación contigua al cuarto de mi madre fue convertida en sala de espectáculos. Preparamos un escenario colocando tablas sobre unos barriles. Mi tío abuelo recortó, pegó y pintó los decorados. Escribió la obra y nos enseñó nuestros papeles, nuestros cantos y nuestros ademanes. Se encargó de ser el apuntador y Deschartres, con su flauta, era la orquesta. A mí me hicieron ensayar el bolero español, que hacía tres años que no lo bailaba. La obra no era larga ni complicada. Hipólito, por ser el de más edad y el más adelantado, era el que más hablaba; pero cuando el autor vio que Úrsula era la que mejor recitaba, alargó su parte y la niña pudo lucirse en todo su verdadero temperamento. Dirigió a mi abuela un cumplido muy largo y una cantidad de canciones. Yo también bailé con mucho aplomo mi bolero e improvisé una serie de pasos y de piruetas que hicieron reír muchísimo a mi abuela. Eso era lo que se

buscaba, pues hacía tres años que la pobre mujer ni se sonreía. Mas de repente, como asustada de ella misma, se deshizo en llanto y entonces me arrebataron a mi delirio coreográfico y me depositaron en sus rodillas y recibí de ella mil besos regados con lágrimas. Mi abuela empezó a enseñarme música. A pesar de sus dedos medio paralíticos y de su voz cascada, cantaba aún admirablemente bien y cuando se encerraba en su cuarto para ejecutar a solas alguna vieja ópera, yo estaba encantada si me permitía quedarme a su lado. Me sentaba en el suelo bajo el viejo clavicornio, en donde su perro favorito me dejaba un pedazo de alfombra y ahí me hubiera quedado la vida entera por lo mucho que me encantaba su voz. Había conocido mucha música de calidad. Había conocido a Gluck y Piccini y sabía de memoria fragmentos de Leo, Hasse y Durante. No gustaba de lo que llamamos ahora el rococó. Su gusto era puro, severo y grave.

Tuvo tanta habilidad para enseñarme los primeros rudimentos de música que ésta me pareció muy fácil. En cambio, más tarde, cuando tuve maestros, ya no comprendí nada y me cansé de ese estudio, para el cual creí no tener disposiciones. Después comprendí que la culpa de mi despego por la música era de mis maestros y que si siempre me hubiera dirigido mi abuela hubiera adelantado mucho porque este arte me impresiona y me transporta más que cualquier otro.

Capítulo XXIX

Recuerdo que en las noches de invierno, mi madre nos leía cuentos de Berquin, o las *Veladas del castillo* de la señora de Genlis, y otros fragmentos de libros que no recuerdo. Yo escuchaba muy atenta. Estaba sentada a los pies de mi madre, delante del fuego y había, entre el fuego y yo, un pequeño biombo adornado con tafetán verde. Veía el fuego a través de ese tafetán usado y al guiñar los ojos, las ascuas me parecían pequeñas estrellas. Entonces, poco a poco, perdía el sentido de lo que leía mi madre. Una serie de imágenes se perfilaba delante de mí y venían a fijarse sobre el biombo verde. Eran bosques, prados, arroyos, ciudades de extravagante arquitectura; palacios encantados y jardines en los cuales había millones de pájaros azules, dorados y purpúreos que se dejaban coger como si fueran flores. Había también rosas verdes, negras, violetas y, sobre todo, azules. Parece que la rosa azul fue también durante mucho tiempo el sueño de Balzac. Se dice que tanto los niños como los poetas están enamorados de lo que no existe. Veía también bosques iluminados, chorros de agua, profundidades misteriosas, puentes chinescos, árboles cubiertos de frutos de oro y de pedrerías. En fin, todo el mundo fantástico de mis cuentos se hacía evidente. Un día, esas apariciones se hicieron tan complejas que me parecieron reales, y pregunté a mi madre si ella las veía. Me sacudió sobre sus rodillas cantando, para que yo volviera en mí. No sé si fue para alimentar mi imaginación demasiado excitada, pero ella imaginó una diversión pueril y encantadora para mí.

En nuestra propiedad hay bosquecillos con matas y árboles. Mi madre eligió un lugar donde el sendero caracoleado llevaba a una especie de claro. Con la ayuda de Hipólito, mi criada Úrsula y yo, arregló el sendero. Lo bordeó con violetas y primaveras que prosperaron tanto que invadieron todo el bosque. En aquel claro se

colocó un banco bajo las lilas, y allí íbamos a estudiar nuestras lecciones cuando hacía buen tiempo. Mi madre llevaba su labor y nosotros, después de haber estudiado, con piedras y ladrillos, construíamos edificios a los cuales dábamos nombres pomposos. Era el castillo del hada, el de la bella durmiente, etc. Un día, mi madre, viendo que realizábamos esfuerzos infructuosos para nuestras construcciones, dejó la labor y nos dijo: «Saquen de ahí esas piedras. Vayan a buscar otras bien cubiertas con musgo y cascotes rosados, verde y caracolitos; que todo sea muy lindo. De lo contrario, no les hago nada.»

Úrsula y yo nos pusimos a la búsqueda de esos tesoros que hasta entonces habíamos pisoteado sin darnos cuenta. Primero todo nos había parecido bueno, mas pronto se estableció la comparación. Notamos las diferencias y poco a poco nada nos pareció digno de nuestra futura construcción. Nuestra criada debió acompañarnos hasta el arroyo para encontrar hermosos cascotes de esmeralda y coral que brillan bajo las aguas. En nuestros terrenos hay cuarzo soberbio, amonita y petrificaciones antediluvianas de gran belleza y variedad. En casa teníamos un asno, el mejor asno que he conocido. No sé si en su juventud había sido malicioso como todos sus semejantes, porque ya estaba viejo, muy viejo y no tenía rencores ni caprichos. Caminaba con paso grave y mesurado; respetado por su mucha edad y sus buenos servicios, no recibía jamás correcciones ni reproches y si era el más irreprochable de los asnos se puede decir también que era el más feliz y el más estimado. Nos colocaron a Úrsula y a mí en unos canastos que pendían de sus flancos y hacíamos grandes paseos. Al regresar volvía a su libertad habitual. Erraba siempre por los patios, por el pueblo o por el jardín y nunca cometía torpezas. A veces penetraba en la casa, iba hasta el comedor y hasta el departamento de mi abuela, quien lo encontró un día en su «toilette» con la nariz aplastada sobre una caja de polvo y aspirando el aroma con toda seriedad. También había aprendido a abrir las puertas y como conocía perfectamente toda la planta baja, buscaba a mi abuela por toda la casa porque sabía que ella le daría siempre una golosina. Era indiferente a las bromas, estaba por encima de los sarcasmos y parecía todo un filósofo. No le gustaba la soledad.

Todos los días llevábamos al asno para nuestras búsquedas de

piedras y regresaba con los canastos bien provistos. Mi madre elegía las más hermosas y las más raras y cuando tuvo suficiente cantidad de materiales empezó a construir con sus manitas fuertes y hábiles una gruta de piedras.

¡Una gruta! No teníamos ni idea de lo que eso significaba. La nuestra llegó a tener unos cinco pies de altura y dos o tres de profundidad.

Aquello era muy lindo, pero no bastaba; necesitábamos una fuente de agua y una cascada, pues una gruta sin agua viva es un cuerpo sin alma. Pero no había ni el menor hilo de agua en el bosquecillo. Mi madre no se amilanó por tan poco. Un gran tacho que servía para jabonar la ropa fue enterrado hasta los bordes en el interior de la gruta. Plantas y flores escondía el hondo y lo llenamos con agua límpida que renovábamos todos los días. Pero ¿y la cascada? «Mañana tendréis la cascada, dijo mi madre, pero no centréis a ver la gruta antes de que yo os llame; porque el hada debe intervenir en esto y tengo miedo de que se contraríe al caer que sois tan curiosas.»

A la hora fijada vino a buscarnos. Nos llevó por el sendero hasta la gruta, nos prohibió mirar detrás de la misma y poniéndome una varilla en la mano, me dijo que golpeara en el centro de la gruta porque allí había un orificio del cual salía una caña de sauce. Al tercer golpe de la varilla, el agua salió con tanta abundancia del orificio que nos mojó completamente a Úrsula y a mí. Luego cayó en forma de cascada hasta el tacho que habíamos colocado en la gruta, eso duró dos o tres minutos y luego se detuvo, cuando terminó el agua del recipiente que tenía mi criada para tal efecto. La ilusión duró poco, pero fue tan completa y deliciosa que no creo haber experimentado más sorpresa y admiración cuando vi las grandes cataratas de los Alpes y de los Pirineos.

Los paseos en burro nos alegraban muchísimo; en él íbamos a misa todos los domingos, y llevábamos nuestro desayuno para comerlo después en el viejo castillo de Saint-Chartier, contiguo a la iglesia. Este castillo estaba cuidado por una anciana, que nos recibía en las amplias salas abandonadas de la vieja mansión y mi madre se complacía en pasar allí una parte del día. El castillo tenía un aspecto imponente; salas enormes, chimeneas colosales y cantidad de escondites. Es célebre en la historia de nuestra región. Fue

ocupado por los ingleses. Es un gran cuadro franqueado por cuatro torres enormes. El propietario, cansado de gastar para conservarlo, quiso derribarlo para vender los materiales. Se consiguió sacar el armazón y derribar todos los tabiques y paredes interiores. Pero no pudieron echar abajo las torres construidas con argamasa romana, y tampoco las chimeneas. Están todavía en pie, se levantan en el aire sin que nada desde hace treinta años haya podido despojarlas de uno solo de sus ladrillos. Es una ruina magnífica que desafiará al tiempo y a los hombres durante muchos siglos. La base es de construcción romana y el cuerpo del edificio, de los primeros tiempos del feudalismo.

Llegó el momento en que las cuestiones de familia quedaron arregladas y mi madre firmó el convenio para dejar mi educación en manos de mi abuela. Yo había demostrado tanto desagrado por este arreglo que no se me habló más del miedo desde el momento en que quedó convenido. Trataron de aislarme poco a poco de mi madre, para que yo no me diera cuenta. Luego se fue sola a París, porque deseaba ver a Carolina.

Como yo también iría a París con mi abuela al cabo de quince días, y ya se estaban haciendo los preparativos para ese viaje, no tuve demasiada pena cuando me separé de mi madre. Me decían que en París viviría muy cerca de su casa y que la vería todos los días. Sin embargo, experimenté cierto terror al encontrarme sola. También debí separarme de mi criada, a quien amaba mucho, porque salía de la casa para casarse. Esta excelente mujer vive aún y viene a visitarme a menudo trayéndome frutas de su serbal, árbol bastante raro en nuestra región, y de proporciones enormes. Ese serbal es el orgullo de Catalina, su dueña. Mi buena criada ha formado una familia numerosa. He tenido ocasión de hacerle algunos favores. Es una dicha poder ayudar en su vejez al ser que nos cuidó durante nuestra infancia. Ella era muy dulce y muy paciente. Toleraba y hasta admiraba mis niñerías. Lloró al despedirse de mí, a pesar de que me dejaba por un marido excelente, inteligente y además rico. Esta nueva separación me hizo reflexionar y empecé a sufrir por la ausencia de mi madre. Sin embargo, no estuve más de quince días separada de ella, aunque

estos días han quedado más grabados en mi memoria que los tres años que acababan de transcurrir y tal vez más que los otros tres que le siguieron, a pesar de que mi madre estuvo otra vez conmigo.

Mi abuela, dándose cuenta de mi melancolía, trataba de distraerme con el trabajo. Al darme sus lecciones era mucho más indulgente que mi madre respecto a mi escritura y al recitado de las fábulas. Ya no había reprimendas ni castigo. Queriendo hacerse amar, me elogiaba y me daba más bombones que de costumbre. Pero el corazón del niño es un pequeño mundo tan raro e inconsecuente como el del hombre. Mi abuela era para mí más severa y más imponente en su dulzura que mi madre con sus arrebatos. Hasta entonces y había sido cariñosa con ella. Desde ese momento, y eso duró mucho tiempo, me sentía fría y reservada en su presencia. Sus caricias me incomodaban o me daban deseos de llorar porque me recordaban los abrazos apasionados de mi madre. Mi abuela me besaba solamente y me trataba como a una persona mayor; tanto era su deseo de que yo adquiriera buenos modales. No debía arrastrarme por el suelo ni reír fuertemente y usar guantes y hablar en voz baja con Úrsula. Cada uno de mis impulsos era reprendido con mucha dulzura, pero me decía «usted» y eso significaba mucho. «Hija mía, camina usted como una campesina; ha perdido usted sus guantes; usted es demasiado grande para hacer semejante cosa.» ¡Demasiado grande! Tenía siete años y nunca me habían dicho que era grande. Eso me provocaba un miedo espantoso de haber crecido de repente después de la partida de mi madre. También debía aprender una serie de cosas que me parecían ridículas. Debía saludar con una reverencia a las personas que venían de visita. No debía ir a la cocina ni tutear a los sirvientes para que ellos tampoco me tutearan. A mi abuela debía hablarle en tercera persona: «Mi buena abuelita, ¿quiere permitirme ir al jardín?»

Mi abuela sabía que dominándome por una serie de observaciones severas desarrollaría mi obediencia sin lágrimas. En realidad, esto se hizo en pocos días.

Pero mi querida abuela quería ser respetada y al mismo tiempo muy amada. Recordaba la infancia de su hijo y deseaba vivirla de nuevo conmigo. ¡Ay!, eso no dependía de mí ni de ella. No se daba cuenta de la cantidad de años que nos separaban. A pesar de la

bondad infinita, de todo el bien que me hizo, me atrevo a decir que una abuela anciana e inválida no puede ser madre y el gobierno de un niño en manos de una persona de edad es algo que va en contra de la naturaleza. Dios sabe lo que hace cuando detiene a cierta edad la fecundidad de la mujer. El niño, cuando empieza la vida, necesita a su lado a una persona joven.

A mí me entristecían los modales solemnes de mi abuela. Su dormitorio sombrío y perfumado me provocaba jaqueca y bostezos espasmódicos. Temía al frío, al calor, al viento y hasta al sol. Cuando me decía: «Juegue tranquilamente», me parecía que me encerraba con ella en una caja grande. Me daba láminas para que las contemplara y a mí me provocaban vértigos. Si oía un perro ladrar o el canto de un pájaro, me estremecía; hubiera querido ser el perro o el pájaro. Caminaba lentamente y esta incapacidad de movimiento me impacientaba muchísimo. Tenía un miedo espantoso de volverme como ella y cuando me ordenaba que me quedara quieta a su lado me parecía que me moría. Tuve por ella una veneración moral, unida a una repulsión física invencible. La pobre mujer se dio cuenta de mi frialdad y quiso vencerla con reproches, que no sirvieron nada más que para aumentarla. Ha sufrido mucho por eso y puede ser que yo haya sufrido más que ella, porque no podía obrar en otra forma. Luego, una gran reacción se produjo en mí cuando mi espíritu se desarrolló y ella reconoció que se había equivocado al juzgarme ingrata y obstinada.

Capítulo XXX

Salimos para París a principios, creo, del invierno de 1810 a 1811, pues Napoleón había entrado como vencedor en Viena y se había casado con María Luisa durante mi primera permanencia en Nohant. En esa época se necesitaban tres días para llegar a París. Mi abuela no podía pasar la noche en coche y cuando había andado 25 leguas por día en su gran berlina, quedaba deshecha. Este coche de viaje era una verdadera casa rodante. Las personas de edad y refinadas se cargaban de detalles para la mayor comodidad del viaje: provisiones de boca, golosinas, perfumes, naipes, libros, itinerarios, dinero, etcétera. Parecía que nos embarcábamos para un mes. Mi abuela y su criada, entre mantas y almohadones, estaban extendidas en el fondo del coche; yo ocupaba el banco de adelante, y a pesar de encontrarme muy cómoda, me era muy difícil contenerme en un espacio tan pequeño. Mi salud era perfecta; pero no debía tardar en desmejorar entre Chateauroux y Orleans. Es necesario atravesar toda la Sologne, región árida, sin grandeza y sin poesía.

El viaje me resultó divertido. Sin embargo, no hay nada más triste ni monótono que el trayecto de París, cuyo clima siempre ha sido malo para mí.

Atravesar el bosque de Orleans no tiene ahora ninguna importancia. En mi infancia, en cambio, era algo imponente y temible. Los árboles sombreaban el camino durante un recorrido de dos horas y los coches eran detenidos a menudo por los bandidos. Los postillones debían apresurarse para atravesarlo antes de la noche; pero nosotros, a pesar de todo lo que se hizo, nos encontrado en el bosque en plena noche. No sé por qué no me atemorizaban los bandidos; pero tuve un miedo espantoso cuando oí que mi abuela decía a Julia: «Ahora los robos no son muy frecuentes aquí y el bosque está muy podado a orillas del camino en comparación de lo

que era antes de la revolución. Yo he tenido suerte, porque nunca nos ocurrió nada en nuestros viajes y, sin embargo, mi marido y los criados iban siempre armados cuando lo atravesábamos. Los robos y las muertes eran muy frecuentes. Cuando los bandidos eran apresados, se los ahorcaba en los árboles del camino, en el mismo lugar donde habían cometido el crimen; de modo que a cada lado del camino y a poca distancia uno de otro se veían cadáveres colgados de las ramas y balanceados por el viento. Cuando se hacía muchas veces el mismo camino se conocía a todos los ahorcados. Cada año se encontraban cadáveres nuevos, cosa que prueba que el ejemplo no servía de mucho.»

Mi abuela creía que yo dormía durante ese lúgubre relato. Yo estaba muda de espanto y un sudor frío recorría mi cuerpo. Era la primera vez que me representaba la muerte en una forma tan terrible; me crujían los dientes de miedo. Este terror me duró mucho tiempo y volví a experimentarlo con igual intensidad cada vez que atravesé el bosque, hasta que tuve quince o dieciséis años.

En París nos instalamos en un hermoso departamento en la calle Neuve des Mathurins. El mismo daba sobre amplios jardines. Estaba amueblado como antes de la revolución. Era todo lo que había salvado del naufragio y era muy lindo y muy confortable. El dormitorio de mi abuela estaba tapizado en damasco celeste; por todos lados había alfombrado y mucho fuego en las chimeneas. Nunca había estado tan bien alojada y todo me admiraba, puesto que en Nohant nuestra instalación era menos confortable. Yo, educada en el pobre cuarto de la calle Gran-de-Bateliere, no necesitaba todo ese confort y no disfrutaba con él, aunque mi abuela hubiera querido que yo lo apreciara más.

Vivía y sonreía únicamente cuanto mi madre estaba a mi lado. Ella venía a verme todos los días y mi pasión aumentaba en cada nueva entrevista. La devoraba con mis caricias, y la pobre mujer, viendo que mi abuela sufría con eso, trataba de contenerme y se abstenía ella misma en sus expresiones. Nos permitían salir juntas, aunque esto no estuviera de acuerdo con el programa a seguir para llegar a desligarme de ella.

Mi madre se desesperaba al ver que mi abuela me vestía como a una viejecita. Con los abrigos usados de ella hacía los míos, de modo que yo siempre estaba vestida con colores oscuros. Mis

cabellos, muy dóciles, se rizaban naturalmente humedeciéndolos un poco. Mi madre insistió tanto que, al fin, consiguió peinarme a *la china.* Era un peinado espantoso y debió haber sido inventado para los rostros que no tiene frente. Se levantaba el cabello hacia lo alto, perpendicularmente y se enroscaba en la parte superior de la cabeza. Además de ser feo era doloroso; se necesitaban ocho días de dolores atroces antes de que el cabello tomara la dirección debida. Además se ajustaba tan fuerte que se tenía la piel de la frente estirada y los ojos como los de los chinos. Me sometí ciegamente a ese suplicio, porque mi madre lo deseaba y le gustaba verme así.

Mi abuela me encontraba horrible y estaba desesperada, pero creyó oportuno no enojarse por tan poca cosa con mi madre. Salía con ésta todos los días o comía con ella y me separaba únicamente a las horas de dormir.

No nos habíamos visto con Carolina desde mí partida para España y parece que mi abuela había exigido que no tuviéramos más contacto entre nosotros.

Carolina tenía 12 años. Estaba en pensión y cada vez que visitaba a nuestra madre le suplicaba que la llevara a la casa de mi abuela para verme. Mi madre eludía siempre su ruego. La pobre chica nada comprendía y no pudiendo contener su impaciencia de verme, aprovechó un día la ausencia de nuestra madre, pidió a la portera que la acompañara y llegó muy contenta a mi casa.

Yo jugaba melancólicamente sobre la alfombra de la sala, cuando mi criada entreabrió la puerta y me llamó en voz baja. Mi abuela parecía dormir en su sillón. En el momento en que yo salía en puntillas levantó la cabeza y me dijo severamente: «¿Adónde va usted con tanto misterio, hija mía?» «No sé —le repuse—, es la criada que me llama.» «Entre Rosa. ¿Qué quiere usted? ¿Por qué llama usted a mi hija?» La criada termina por decir: «Es la señorita Carolina que está ahí.»

Ese nombre tan puro y tan dulce provocó una reacción extraordinaria en mi abuela. Habló con toda dureza, cosa que le sucedía muy raramente: «Qué se vaya esa niña inmediatamente y que no vuelva nunca más. Sabe muy bien que no debe ver a mi hija; mi hija no la conoce y yo tampoco y en cuanto a usted, Rosa, si trata de introducirla aquí nuevamente, se tendrá que ir de esta casa.» Rosa, asustada, desapareció; yo me quedé afligida y

arrepentida de haber sido un motivo para que mi abuela se enojara tanto. Mi extrañeza al verla en ese estado me impidió en el primer momento pensar en Carolina. Pero de repente escucho un sollozo ahogado y un grito desgarrador, el cual penetra en mi alma y despierta la voz de la sangre. Es Carolina que llora y que se va desesperadamente, humillada, herida en su orgullo y en su amor por mí.

En seguida la imagen de mi hermana se reanima en mi memoria, creo verla tal cual era en la calle Grande-Bateliere y en Chaillot, menuda, dulce, modesta y amable, esclava de mis caprichos, cantándome para hacerme dormir, o contándome cuentos de hadas. Me echo a llorar y corro a la puerta; es demasiado tarde, ya se ha ido; mi criada llora también y me recibe en sus brazos. Mi abuela me llama y quiere sentarme en sus rodillas; yo me resisto, huyo de sus caricias y me arrojo al suelo gritando: «¡Quiero irme con mi mamá, no me quiero quedar aquí!» No quise escuchar las palabras de mi abuela, ni de Julia y me llevaron a la cama. Me pasé toda la noche gimiendo y suspirando en sueños. Sin duda, mi abuela pasó una mala noche.

Al despertar encontré sobre mi cama una muñeca que había deseado mucho la víspera, por haberla visto con mi madre en una juguetería, y de la cual había hecho una gran descripción a mi abuela cuando regresé del paseo. Era una negrita que reía y mostraba sus dientes blancos y sus ojos brillantes. Tenía un vestido de «crepe» rosa bordeado de una franja plateada. Me había parecido admirable y esa mañana, antes de que yo despertara, mi pobre abuela había mandado a buscar la muñeca para satisfacer mi gusto y distraer mi pena. En efecto, mi primer movimiento fue de gran placer; tomé la muñeca en mis brazos, su linda risa provocó la mía y la besé lo mismo que una joven mamá besa a su recién nacido. Mas de repente recordé lo que había sucedido la víspera, pensé en mi madre, en mi hermana, en la severidad de mi abuela y arrojé la muñeca lejos de mi. Pero como la pobre negrita seguía riéndose la volví a tomar en mis brazos, la acaricié, abandonándome a la ilusión de un amor maternal excitado más vivamente en mí, ya que debía reprimir el amor filial. De repente tuve un vértigo, dejé caer a la muñeca y me descompuse tanto que mis criadas se asustaron.

Durante varios días estuve bastante enferma con sarampión. Una

noche tuve una visión muy desagradable. Habían dejado una lámpara en mi cuarto; mis dos criadas dormían y yo tenía mucha fiebre, al mirar la lámpara vi que se formaba un gran hongo bajo la mecha de la misma. De repente se transformó en un hombrecito que bailaba en medio de la llama. Salió de allí y se puso a girar rápidamente y a medida que giraba seguía creciendo hasta llegar a transformarse en un gigante cuyos pasos sonaban sobre el suelo y cuya cabellera rozaba el piso. Proferí unos gritos espantosos y acudieron a mí para tranquilizarme; con todo, esta aparición se repitió nuevamente y duró hasta que fue de día. Es la única vez que recuerdo haber delirado.

Capítulo XXXI

Cuando mi fiebre desapareció escuché que Julia y Rosa hablaban de mi enfermedad y de las causas que la habían agravado.

Antes debo decir algo sobre estas dos personas con las cuales, para dicha mía, estuve muy ligada durante mi infancia.

Rosa había estado ya a nuestro servicio en vida de mi padre, y mi madre, apreciándola, y habiéndola encontrado sin colocación en París, convenció a mi abuela para que la tomara como niñera mía. Era fuerte, activa y decidida. En los viajes resultaba muy útil a mi abuela porque sabía hacer de todo, no se olvidaba de nada y en caso de necesidad hasta hubiera dirigido el coche. Mas tenía un defecto: era violenta y brusca. Me quería mucho, y, sin embargo, sus exabruptos me martirizaron bastante durante mi infancia. Julia era todo lo contrario. Suave, educada, paciente, aunque no franca. Era una mujer de espíritu superior. Habiendo llegado a Nohant sabiendo apenas leer y escribir, leyó allí toda clase de libros. Primero fueron novelas, cosa que apasiona a todas las criadas, por eso pienso mucho en ellas cuando escribo. Luego leyó libros de historia, y después obras filosóficas. Conocía a Voltaire mejor que mi abuela y comprendía muy bien *El Contrato Social* de Rousseau. Estaba muy enterada de todas las intrigas de las cortes de Luis XIV, Luis XV, Catalina de Rusia, María Teresa y Federico el Grande; y cuando uno no recordaba algún parentesco de los señores franceses con las grandes familias de Europa, se le podía preguntar, porque sabía todo eso de memoria. Hablaré mucho de ella, porque es bastante lo que me ha hecho sufrir, y los chismes que de mí hacía a mi abuela me causaron más dolores que los gritos y los golpes de Rosa. Julia me desagradaba porque odiaba a mi madre.

En resumen, en nuestra casa estaba el grupo adicto a mi madre, representado por Rosa, Úrsula y yo, y el de mi abuela, formado por Deschartres y Julia. Debo decir en elogio de estas dos criadas que, a

pesar de sus distintas opiniones, fueron siempre muy amigas entre ellas y que Rosa respetó y sirvió fielmente a mi abuela. Ambas la cuidaron abnegadamente hasta su último día.

Afirmaba Julia: «Esta chica está loca de querer tanto a su madre y su madre no la quiere. No ha venido una sola vez a verla desde que está enferma.»

«Su madre, decía Rosa, ha venido todos los días a preguntar por ella, y no quiso entrar porque está de por medio Carolina.»

«Es igual, contestaba Julia, hubiera podido ver a su hija sin hablar con la señora; ha dicho al señor de Beaumont que tenía miedo de contagiarse con el sarampión.»

«Se equivoca usted, Julia —replicó Rosa—; eso no es cierto; tiene miedo de llevarle el contagio a Carolina; ¿por qué quiere usted que las dos niñas se enfermen a la vez? Basta con una.»

Esa explicación me hizo mucho bien y calmó mi deseo de besar a mi madre. Ésta vino al día siguiente y me habló a través de la puerta. «Vete —le dije—, no entres. No quiero que Carolina se enferme por mí.» «¿Has visto? —dijo mi madre a la persona que estaba con ella—, ella sí que me conoce bien. No me acusa. Por más que hagan, nadie le impedirá amarme.»

De acuerdo con estas escenas se ve que al lado de mis dos madres había personas que repetían todo lo que ellas decían y que les envenenaban la existencia. Mi pobre corazón de criatura empezaba a sufrir por esa rivalidad. En cuanto estuve en condiciones de salir, mi abuela me abrigó bien y me llevó a casa de mi madre, adonde no había ido desde mi regreso a París. El departamento era chico, oscuro y bajo, pobremente amueblado, y el puchero hervía en la chimenea de la sala.

Todo estaba muy limpio, pero revelaba pobreza. Carolina nos abrió la puerta. Me pareció linda como un ángel. Sostuvo con dignidad y aplomo el encuentro con mi abuela, se sentía en su casa; me besó con entusiasmo, me hizo mil caricias, mil preguntas, luego ofreció tranquilamente un sillón a mi abuela, diciéndole: «Siéntese usted, señora Dupin, haré llamar a mi mamá, que está en la casa de una vecina.» Luego, habiendo comisionado a la portera, se sentó cerca del fuego, me tomó en sus rodillas y se puso a hacerme preguntas y a acariciarme sin preocuparse para nada de la gran dama que tanto la había ofendido. Mi abuela había preparado

seguramente algunas palabras para tranquilizar a esa niña; en cambio, cuando vio que no tenía por qué, creo que experimentó cierto malestar porque observé que mascaba tabaco repetidamente.

Mi madre llegó en seguida, me besó apasionadamente y saludó a mi abuela con mirada seca y llanamente. Ésta comprendió que debía dar alguna explicación. «Hija mía, dijo con mucha calma y dignidad, creo que usted habrá comprendido mal mis intenciones con respecto a las relaciones que deben existir entre Carolina y Aurora. Nunca he pensado reprimir a mi nieta en sus afectos. Nunca me opondré a que venga acá y a que Carolina y usted vayan a casa. Hagamos lo posible, hija mía, para que no haya malos entendidos entre nosotras.» Era evidente que no siempre había sido tan justa y que viendo que mi corazón tenía más memoria y más sentimiento de lo que ella pensaba, había renunciado a sus malos propósitos. Su explicación hábil y precisa, cortó de raíz las recriminaciones. Mi madre le contestó: «Me alegro mucho, mamá.»

Y hablaron de otra cosa. Mi madre había entrado con la tempestad en el alma y, sin embargo, como de costumbre, ante la firmeza cortés de su suegra, había debido plegar sus velas y entrar en el puerto. Al cabo de unos instantes, mi abuela se fue para continuar sus visitas diciendo que yo me quedaría allí hasta que ella volviera a buscarme. Era ésta una delicadeza más para demostrar que no pensaba molestar y espiar nuestras expansiones. Pierret llegó para acompañarla hasta el coche. Mi abuela lo trataba con deferencia en recuerdo de todo lo que éste había querido a mi padre.

Carolina jugaba conmigo y me enseñó a construir con hilos entrelazados entre sus dedos y los míos, una serie de figuras, que se llamaban la cama, el barco, las tijeras, etc. Las hermosas muñecas y los lindos libros de cuentos de mi abuela me parecían insignificantes comparándolos con estos juegos que me recordaban mi infancia, pues siendo yo aún muy niña, tenía todo un pasado, con recuerdos y dolores; una existencia triste que ya no debía volver más. Tuve apetito. No había allí dulces, nada más que la clásica olla. Sin embargo, comí con gran entusiasmo. Estaba como un viajero que llega a su casa después de muchas tribulaciones. Mi abuela vino a buscarme. Mi corazón se encogió. Comprendí que no debía abusar de su generosidad. Le seguí sonriente, pero con los

ojos llenos de lágrimas. Mi madre no quiso tampoco abusar del permiso de llevarme a su casa. Me llevaba únicamente los domingos, días en que Carolina estaba libre; creo que todavía estaba en pensión o aprendiendo a grabar música, ocupación que tuvo hasta su casamiento y que le reportó cierto provecho.

Esos domingos felices, tan impacientemente esperados, pasaban como un sueño. A las cinco, Carolina salía para ir a comer a la casa de mi tía Marechal, y mamá y yo nos encontrábamos con mi abuela en la casa de mi tío Beaumont. Era un vieja costumbre de la familia muy agradable esa comida semanal que reunía invariablemente a los parientes y amigos. Mi tío abuelo tenía una cocinera consumada. A las cinco en punto llegábamos mi madre y yo, y encontrábamos ya reunidos alrededor de la chimenea, a mi abuela, el tío Beaumont y la señora de Marlière. Esta señora ha sido muy nombrada en las cartas de mi padre. Su marido, el general de la Marlière, había muerto en el cadalso. Era una persona muy buena, alegre, expansiva, conversadora, abnegada, burlona y un poco cínica en su decir. En su juventud no era nada piadosa. Con la restauración se hizo devota y vivió hasta la edad de 98 años, creo que en olor de santidad. Era un mujer excelente, sin prejuicios, y como era la única amiga de mi abuela que no tuvo reparo en aceptar a mi madre, le demostré más confianza y amistad que a las otras.

El departamento de mi tío estaba situado en la calle Negaud, era una casa de la época de Luis XIV. Las ventanas eran altas y largas, mas había tantas cortinas, biombos, drapeados y tapices para defenderse del aire exterior, que todas las habitaciones eran sombrías como sótanos. El arte de preservarse del frío en Francia había empezado a perderse bajo el Imperio.

Las personas ancianas que conocí en esa época, y que no hacían vida social, vivían casi siempre en su dormitorio. Tenían una sala amplia y hermosa en la cual recibían visitas una o dos veces al año. Mi tío abuelo y mi abuela, que no hacían vida social, hubieran podido eximirse de ese lujo, aunque eso les hubiera parecido poco decoroso. El mobiliario de mi tío era todo de estilo Luis XIV. Tenía pinturas hermosas y muebles de Boule de un gran esplendor.

Cuando entraba en la casa de mi tío, creía estar en un santuario y como la sala estaba siempre cerrada le pedía a la señora Bourdieru que me dejara entrar con ella. Entonces, cuando las

personas mayores jugaban a los naipes después de comer, me llevaba a la sala y me dejaba allí un rato, recomendándome bien que no me subiera a los muebles y que no dejara caer pedazos de vela en el suelo. Yo colocaba el candelero sobre una mesa y me paseaba en esta amplia sala apenas iluminada. Me complacía al contemplar el brillo de los dorados, los grandes pliegues de las cortinas y al comprobar el silencio y la soledad de este ambiente. Veía confusamente los grandes retratos de Largiller y los cuadros de los maestros italianos que cubrían las paredes. Esta posesión ficticia de las cosas me bastaba.

Nunca he deseado la posesión real de un palacio, coches, alhajas y objetos de arte; me he conformado recorriendo una hermosa mansión, viendo pasar un coche elegante, tocando hermosas alhajas y contemplando las creaciones del arte y de la industria donde se revela la inteligencia del hombre bajo cualquier forma. Y nunca he sentido la necesidad de decir: «Esto es mío.»

Me ato a las cosas heredadas de seres queridos que ya no existen; entonces soy avara, aunque el valor de los mismos sea muy escaso, y confieso que sufriría mucho si tuviera que vender los muebles de mi cuarto porque son todos de mi abuela y me la recuerdan en todos los instantes de mi vida.

Amo el lujo; pero no lo creo necesario para mí.

No he nacido para ser rica y si no fuera porque los malestares de la vejez empiezan a hacerse sentir, viviría muy cómodamente en una casucha del Berry con tal que fuera limpia, con tanta alegría como en un palacio italiano. No he comprendido nunca por qué los artistas de mi época tienen tanta necesidad de lujo y ambición de fortuna. El que puede vivir sin lujo y crearse una vida de acuerdo con sus gustos, con poca cosa es artista, puesto que lleva en él el don de poetizar las cosas. El lujo me parece recurso de personas tontas.

Mi tío era goloso, a pesar de que comía poco. Durante la comida la conversación versaba sobre motivos culinarios. Mi abuela, que era también muy delicada para comer, tenía sus recetas sobre el modo de hacer una crema o una tortilla. A mí, esas largas comidas analizadas y saboreadas con tanta solemnidad me aburrían en grande. He comido siempre muy pronto y pensando en otra cosa. La velada me parecía muy larga. Mi madre jugaba a los naipes con las

personas mayores, cosa que no la divertía; mi tío jugaba muy bien y no se enojaba como Deschartres, y la señora de la Marlière ganaba siempre, porque hacía trampas.

Ella misma decía que el juego sin trampas la cansaba mucho.

Más tarde, observé que la mayor parte de las mujeres hacen trampas en el juego y son deshonestas en cuestiones de interés. Lo he observado en mujeres ricas, piadosas y consideradas. Ese defecto, que se puede observar hasta en mujeres jóvenes, ¿proviene de un deseo innato de engañar o de una voluntad que quiere sustraerse a la ley del azar? ¿Esto no proviene acaso de que la educación moral es incompleta? El honor se entiende de dos modos en el mundo; para los hombres son cuestiones de honor el valor y la lealtad en las transacciones pecuniarias; en cambio, el honor de las mujeres estriba en su pudor y en la fidelidad conyugal.

Capítulo XXXII

Me aburría mucho en la compañía de mi abuela y de sus amigas, *las viejas condesas* y, sin embargo, no sufría aún; era muy querida, y siempre lo fui durante toda mi existencia. No me quejo de ésta, a pesar de sus dolores; pues el dolor más grande debe ser el de no inspirar afecto. Mi desgracia consistió en ser herida por el exceso de esos mismos afectos, que muchas veces revelaban poca delicadeza, justicia o moderación. No veo donde está el *catecismo del amor;* bajo todas sus formas domina nuestra vida entera: amor filial, amor fraternal, conyugal, paternal o maternal, amistad, beneficencia, caridad, filantropía. El amor es nuestra vida. El amor escapa a todas las leyes, a todas las direcciones, a todos los consejos, a todos los ejemplos y a todos los preceptos.

No obedece más que a sí mismo y se transforma en tiranía, celos dudas, exigencias, obsesión, inconstancia, capricho, voluptuosidad o brutalidad, castidad o ascetismo, abnegación sublime o egoísmo huraño, el mayor de los bienes o el mayor de los males, según la naturaleza del alma que lo posee.

No se podría hacer un catecismo para rectificar los excesos del amor porque el amor es excesivo por naturaleza y lo es aún más cuando es casto y puro.

A menudo, las madres hacen a sus hijos desgraciados de tanto amarlos, impíos por tanto desearlos creyentes, temerarios por hacerlos prudentes, e ingratos por quererlos cariñosos y agradecidos. Unos pretenden que no hay amor sin celos, otros que el verdadero amor no conoce la duda ni la desconfianza. Vivimos como ciegos y si los poetas han puesto una venda sobre los ojos del amor, los filósofos no han sabido todavía quitársela.

En los primeros días de la primavera, arreglamos nuestro equipaje para regresar al campo. Mi abuela invitó a mi madre para que volviera a Nohant con nosotros.

Esta parte del año 1811 pasada en Nohant fue, creo, una de las pocas épocas de mi vida en que conocí la felicidad perfecta. Fue una temporada sin disgustos y la prueba de esto consiste en que no me ha quedado de ella ningún recuerdo en particular. Sé que Úrsula estuvo conmigo, que mi madre tuvo menos jaquecas que antes y que si hubo disgustos entre ella y mis abuela me lo supieron ocultar muy bien.

La casa también estuvo un poco más alegre que la temporada anterior. El tiempo no hace desaparecer los grandes dolores, pero los mitiga. Casi todos los días veía a una o a otra de mis dos madres llorar a escondidas. Con todo, esas lágrimas probaban que por quien lloraban no era como antes el único objeto de sus pensamientos. Las penas, cuando están en su mayor intensidad no tienen crisis; se vive en continua crisis.

La señora de la Marliére pasó un mes en Nohant con nosotros. Era muy divertido verla en sus tratos con Deschartres. No tenía tanta gracia como mi madre, pero era prudente en sus bromas. Sabía también aceptarlas. Tenía muy buen carácter.

Úrsula y yo teníamos cada una nuestro jardincillo.

El espíritu de propiedad es tan innato en el ser humano, que el niño necesita por lo menos cuatro pies cuadrados de tierra para que ame realmente esa tierra cultivada por él y cuya extensión es proporcionada a sus fuerzas. Eso me ha hecho pensar que el comunismo debería reconocer siempre la propiedad individual; que se la restrinja o se la extienda en cierta medida de acuerdo con las necesidades de las épocas en que se vive, lo cierto es que la tierra que el hombre cultiva es tan de su propiedad como su ropa. Esa necesidad del hombre de tener una propiedad no trae aparejada la de extensión, pues cuanto más chico es el terreno que le pertenece más lo cuida. Un noble veneciano no ama tanto su palacio como el campesino del Berry ama su casucha, y el capitalista que posee leguas cuadradas disfruta menos con ellas que el artesano que cultiva su alhelí en su buhardilla.

Napoleón estaba en el apogeo de su gloria, de su poder, en toda la plenitud de su influencia mundial. El genio iba a comenzar a declinar. Hechos grandiosos habían conquistado una paz opulenta y

grandiosa, pero ficticia. El volcán rugía sordamente en toda Europa, y los tratados del emperador no servían nada más que para dar tiempo a las antiguas monarquías de proveerse de hombres y armas.

Su grandeza ocultaba su vicio original: esa profunda vanidad aristocrática de advenedizo que le hizo cometer todos los errores. La vanidad, el más mezquino de sus errores, no había podido alterar en él la lealtad, la confianza, y la magnanimidad naturales. Hipócrita para las cosas pequeñas, era ingenuo en las grandes. Orgulloso en los detalles, exigente en ínfimas cuestiones de etiqueta, no conocía su propio mérito ni su verdadera grandeza. Era modesto en cuanto a su genio. Todas las faltas que han precipitado su caída, como hombre de guerra y como hombre de estado, tuvieron origen en la confianza que dispensaba al talento y a la probidad de los demás. Se confió demasiado a los traidores que lo rodeaban, y creyó en el agradecimiento de los que debían favores. Durante toda su vida fue burlado y traicionado.

Su casamiento con María Luisa había sido un mal paso y debía acarrearle desgracias. Hasta las personas más tolerantes y que más amaban al emperador decían en voz baja, lo recuerdo bien: «Es un casamiento por interés; no se repudia a la mujer amada y de quien se es amado.» Con todo, a pesar de reprobarlo, el emperador era amado todavía por el pueblo. Los grandes nunca lo adularon tanto como entonces y, sin embargo, habían empezado a traicionarlo. El nacimiento del hijo del emperador había entusiasmado enormemente a la pequeña burguesía, a los soldados, a los obreros y a los campesinos. No hubo una casa, rica o pobre, palacio o cabaña, donde no se tuviera el retrato del retoño imperial con veneración, fingida o sincera. Las masas son siempre sinceras. El emperador se paseaba a pie, sin escolla, en medio de la multitud.

Cuando Rusia se encontró armada, Bernadotte dio la señal de una inmensa y misteriosa traición. Los espíritus sagaces vieron llegar la tormenta. La carestía de los artículos afectados por el bloqueo continental contrariaba al pueblo.

En medio de la opulencia aparente de la nación, faltaban cosas imprescindibles para la vida. Cuando se cansaban de protestar contra Inglaterra las quejas caían sobre el emperador, sin amargura, es cierto, pero con tristeza.

Mi abuela no le tenía gran simpatía. Tampoco se la había tenido

mi padre. Con todo, en los últimos años de su vida le había tomado cierto afecto.

Decía a mi madre: «Me quejo de él, porque gusta de los cortesanos y eso es digno de un hombre de su condición. Mas a pesar de sus errores con respecto a la revolución, le quiero. No le temo, y en eso reconozco que vale más de lo que aparenta.»

Las amigas de mi abuela nos traían a cada rato alguna palabra del señor de Talleyrand contra su amo. Que el emperador había golpeado a la emperatriz, que se había insolentado con el padre, que tenía miedo, que ostentaba valentía. Otro día, se decía que estaba loco, que había escupido en la cara al señor de Cambaceres. Luego, que su hijo había muerto al nacer y que el pequeño rey de Roma era hijo de un panadero de París.

Lo notable de todo esto es que, en medio de todas esas calumnias sobre el emperador, no se deslizaba ningún recuerdo para los Borbones exilados. Yo escuchaba todo esto. Nunca oí pronunciar los nombres de los pretendientes al trono de Francia y cuando esos nombres llegaron a mis oídos, en 1864, fue la primera vez que los oí.

Mi madre era como el pueblo, admiraba y adoraba al emperador en esa época. Yo era entonces como mi madre y como el pueblo. Lo que no se debe olvidar es que las personas que fueron fieles al emperador, fueron las que no le debían ningún servicio y no estuvieron ligadas a él por ningún interés material, tanto en sus desastres como en su fortuna. Salvo raras excepciones, todos los favorecidos por él fueron ingratos.

Creo que en ese año o en el siguiente, Hipólito hizo su primera comunión. Mi hermano vistió ropa nueva ese día. Se puso un traje de género verde con pantalones cortos y medias blancas.

El día en que Hipólito tomó su primera comunión el cura le invito a desayunarse después de la misa. Como el chico no sabía mucho catecismo, mi abuela, que deseaba apresurar su primera comunión, había rogado al cura que fuera un poco indulgente con él, diciendo que su memoria era bastante floja. El señor cura había sido indulgente, en efecto, e Hipólito fue a llevarle un regalito: doce botellas de vino moscato.

Aquel viejo cura tenía mucha simpatía por mí. Yo tenía casi treinta y cinco años y aún decía de mí: «Aurora es una niña a quien he querido siempre.» Y escribía a mi marido: «En fin, señor tómelo como usted quiera; pero quiero mucho a su mujer.»

El hecho es que tuvo hacia mí un afecto paternal. Durante veinte años, todos los domingos vino a comer conmigo. Algunas veces, iba yo a buscarlo mientras me paseaba. Un día me lastimé un pie al caminar, y no hubiera podido volver sola, si el cura no me hubiera llevado en ancas sobre su yegua; hubiera estado más acertada manejando yo y estando él en ancas, pues, como era tan anciano, se dormía con el movimiento del caballo. Andábamos de este modo por el camino, yo entregada a mis reflexiones, cuando me di cuenta que el animal, después de haber aminorado su marcha, se detenía para comer pasto y que el cura roncaba con todo entusiasmo. Por suerte, la costumbre de andar a caballo le había hecho hábil jinete y lo era aunque durmiese…

Después de haber comido y bebido copiosamente, se volvía a dormir al lado del fuego y sus ronquidos hacían temblar los vidrios. Luego se despertaba y me pedía que tocara algo al clavicordio. No podía decir piano, porque la expresión le parecía demasiado moderna. Algunas horas antes de morir, dijo al criado que yo había mandado para preguntar por él: «Dígale a *la Aurora* que no me mande nada más, y que la quiero mucho a ella y a sus hijos.»

La mayor prueba de afecto que uno puede recoger es la de haber ocupado el pensamiento de un moribundo. Puede ser que en eso hay algo de profético, que debe inspirar confianza o temor. Cuando la superiora de mi convento murió, entre sesenta alumnas que le interesaban más o menos igualmente, no recordó más que a mí, siendo yo una de las que menos amaba. «Pobre Dupin, decía en su agonía, cuánto la compadezco porque se le muere su abuela» Creía que ella era mi abuela que se estaba muriendo. Eso me dejó una gran inquietud y un temor supersticioso de que me ocurriera alguna desgracia. Hacia los siete años, pasé a ser alumna de Deschartres. Durante mucho tiempo no tuve motivos para quejarme, porque así como era rudo con Hipólito, fue sereno y paciente conmigo. Por eso, hice rápidos progresos con él, porque explicaba clara y concisamente cuando estaba sereno. En cambio, en cuanto se impacientaba, se hacía difuso e ininteligible. Maltrataba el pobre

Hipólito, quien, sin embargo, tenía facilidad para aprender y una memoria excelente. No se daba cuenta de que las lecciones muy largas exasperaban a mi hermano. Confieso que éste era insoportable. No pensaba más que en romper, destruir y dar bromas a todo el mundo. Un día echaba leños encendidos en la chimenea para hacer un sacrificio a los *dioses infernales,* y de ese modo incendiaba la casa. Otro día ponía pólvora en un tronco de árbol para que explotara estando en el fuego y lanzara el puchero al medio de la cocina. Según él, eso era un estudio sobre la teoría de los volcanes. Otras veces ataba una cacerola a la cola de los perros y se complacía con sus gritos de espanto y sus carreras desordenadas por el jardín. Otras veces colocaba las patas de los gatos dentro de cáscaras de nueces y se reía al verlos deslizarse, caer y volver a caer cien veces por los pisos. Yo tomaba parte en sus inventos en la medida que mi temperamento más tranquilo me lo permitía.

Otra de nuestras diversiones dañinas consistía en fabricar lo que los chicos de nuestro pueblo llamaban trampas para perros. Es un agujero que se llena con barro y se tapa con una ligera capa de ramas secas. Un día fue Deschartes quien cayó en la trampa. Éste estaba siempre impecablemente vestido; llevaba medias blancas, pantalones cortos y lindas polainas de género, pues presumía por su pie y su pierna. Caminábamos detrás de él para disfrutar mejor con el espectáculo. De repente cae hasta las rodillas adentro de un barro amarillento, admirablemente preparado para teñir sus medias. Hipólito se hizo el asombrado y toda la furia de Deschartres cayó sobre Úrsula y sobre mí, pero como no le teníamos ningún temor, estábamos ya muy lejos antes de que él hubiera podido calzar nuevamente sus zapatos. Como Deschartres castigaba cruelmente a mi pobre hermano, habíamos convenido entre los tres que Úrsula y yo apareceríamos como autoras de las travesuras inventadas por Hipólito.

Un día que Deschartres había ido al pueblo a vender animales, Hipólito, que se encontraba estudiando en el cuarto de aquél, se disfrazó con toda la ropa del *gran hombre.* Con esa indumentaria se paseaba de largo en largo por el cuarto, con los pies hacia afuera y las manos cruzadas en la espalda imitando al pedagogo. Luego imita su lenguaje, inicia una demostración en el pizarrón, se enoja, balbucea, trata a su alumno de ignorante y de zopenco, se asoma a

la ventana y apostrofa al jardinero por el modo como corta los árboles, le critica, le injuria y le amenaza; todo de acuerdo con el modo de Deschartres. El jardinero, que era un hombre simple y crédulo, tal vez porque estaba muy lejos o porque los modales estaban muy bien imitados, creyó que era el pedagogo y empezó a contestarle y a murmurar. Cuál sería su estupor cuando a pocos pasos de él vio al verdadero Deschartres que no perdía ni un gesto ni una palabra de su sosias. ¡Deschartes hubiera debido reírse de la ocurrencia, pero no soportaba que uno se burlara de su persona! Subió sin ruidos hasta su cuarto, y abrió la puerta en el momento en que Hipólito decía a un Hipólito supuesto: «Usted no trabaja nada, ¡esa letra parece de gato! ¡Pin, pan! ¡Usted es un animal!» Deschartres agarró al verdadero Hipólito y le dio una buena sacudida.

Aprendía yo gramática con Deschartres y música con mi abuela. Mi madre me hacía leer y escribir. No me hablaban de religión, a pesar de que me hacían leer la historia sagrada. Me dejaban en libertad de creer o de rechazar los milagros de la antigüedad. Mi madre me hacía rezar a su lado, y después que yo había terminado, ella continuaba de rodillas durante largo rato. A pesar de esto no se confesaba nunca y comía carne los viernes. En cambió, no faltaba nunca a misa el domingo. Mi abuela no era católica. Odiaba a las personas piadosas y al catolicismo. Creía en esa especie de religión natural preconizada y poco definida por los filósofos del siglo XVII. Rechazaba, con desdén, todo los dogmas. Tenía gran estima por Jesucristo y admiraba el Evangelio como una excelente filosofía.

En mi infancia, mi instinto se inclinaba más hacia la fe ingenua y confiada de mi madre que hacia el examen crítico y frío de mi abuela. Sin que se diera cuenta, mi madre era poética en su sentimiento religioso y yo necesitaba poesía; lo que deseaba no era esa poesía artificial y lograda después de madura reflexión, sino la que está en el hecho mismo.

Yo amaba lo maravilloso con pasión y mi imaginación no se conformaba con las explicaciones que me daba mi abuela. Leía con igual placer los prodigios de la antigüedad judía y los de la pagana. Me sucedía como con los cuentos de hadas.

El sentimiento religioso reviste diferentes matices según los individuos. Y no atacaré la devoción, como hacía mi abuela, a causa

de los vicios de la mayor parte de los devotos. La devoción es una exaltación de nuestras facultades mentales, como la ebriedad lo es de nuestras facultades físicas. Cualquier vino marea, cuando se bebe demasiado, y la culpa no es del vino. Muchas personas beben gran cantidad y se encuentran cada vez más lúcidas. En cambio otros, con una pequeña dosis se idiotizan o se enfurecen. En resumen, creo que el vino hace aparecer lo que hay de bueno o de malo en nosotros y daña a los que tienen cabeza débil y carácter irritable.

La exaltación religiosa, sea cual fuere el dogma en que se apoye, es un estado sublime del alma, y puede ser odioso o miserable según la naturaleza del recipiente donde fermente tan ardiente licor. Esta sobreexcitación de nuestro ser hace de nosotros santos o bandidos, mártires o verdugos. No es culpa del cristianismo el que los católicos hayan inventado la inquisición y las torturas. Lo que me choca en los devotos en general es la ausencia de lógica entre sus vidas y sus opiniones. Toman y dejan lo que les conviene. Cuando yo era piadosa no me disculpaba nada. Pedía a mi conciencia permiso para el menor de mis actos. Si lo fuera ahora, no sería intolerante para con los demás, y en cambio, lo sería conmigo misma. Nunca he comprendido a las mujeres de sociedad que van al baile, al teatro, que muestran sus espaldas, que coquetean y que, sin embargo reciben los sacramentos, asisten a todas las ceremonias del culto y se creen ejemplos de devoción.

A los siete u ocho años conocía mi idioma. Me hicieron pasar a otros estudios y escribir mucho; se ocuparon de mi estilo, pero no me corrigieron las incorrecciones que había en él. En los exámenes salía airosa en las pruebas que me presentaban de acuerdo con mi edad, en cambio más tarde cuando me vi librada a mi propia redacción, me encontré a menudo en apuros. Al salir del convento, volví a estudiar francés y como doce años más tarde, cuando quise escribir para el público, me di cuenta de que no sabía nada; estudié nuevamente, y este estudio, tal vez demasiado tardío, no me sirvió de nada. Todavía estoy aprendiendo mi idioma mientras lo practico, y temo no llegar a saberlo bien. La pureza, la corrección, son una necesidad de mi espíritu, sobre todo ahora, y cuando cometo un error, no es nunca por negligencia ni distracción: es por ignorancia.

La desgracia provino de que Deschartres, haciendo suyo el prejuicio de la época, creyó que para perfeccionar el conocimiento

de mi idioma debía enseñarme el latín. Aprendí todo lo que quisieron. Mas el francés, el latín y el griego que se enseña a los niños hacen perder demasiado tiempo, sea porque el método para enseñar es malo, sea porque son idiomas muy difíciles, o sea porque el estudio de un idioma cualquiera es demasiado largo y árido para un niño. En cuanto a mí, desperdicié el tiempo aprendiendo mal el latín, cuando hubiera podido emplearlo en aprender bien el francés; por suerte dejé muy temprano mis estudios de latín, de modo que, aunque sé muy poco de francés, mis conocimientos del idioma son mayores que los de la generalidad de los hombres de mi tiempo.

He oído decir a muchos hombres que han perdido su tiempo y el amor al estudio en el colegio.

Capítulo XXXIII

Dábamos clase en el cuarto de Deschartres. Mis lecciones eran cortas; en cambio, las de mi pobre hermano duraban toda la tarde, porque debía estudiar y preparar sus ejercicios bajo la vigilancia del pedagogo. Es cierto que si no lo vigilaban no abría un libro. Se iba por el camino y no aparecía en todo el día.

Lo que lo martirizaba eran las matemáticas. Deschartres le enseñaba también música. Como la flauta era su instrumento favorito, Hipólito debió aprender a tocar; le habían comprado una flauta de boj y Deschartres, con la suya de marfil y ébano, le propinaba unos buenos golpes en los dedos cada vez que daba una nota en falso.

Cuando yo tomaba mis lecciones al lado de Hipólito, de codos sobre la mesa y jugando con las moscas cuando no la miraban, Úrsula estaba siempre ahí. Deschartres simpatizaba con esa niña tan segura de sí misma que se le enfrentaba y le replicaba con toda propiedad. Como todos los hombres violentos, Deschartres gustaba de la resistencia abierta y se volvía manso y débil con aquellos que no lo temían. Hizo mal Hipólito de no decirle nunca de frente que era injusto y cruel. Si una sola vez lo hubiera amenazado con quejarse a mi abuela o con dejar la casa, Deschartres se hubiera corregido; en cambio, el niño le temía, lo odiaba y se consolaba únicamente con la venganza. Con frecuencia, en medio de la clase, Deschartres debía salir de la habitación para atender otros asuntos de la casa. Se aprovechaban esas ausencias para reírse de él. Hipólito tomaba la flauta de ébano e imitaba con gran talento a su profesor. En efecto, no había nada más ridículo que Deschartres tocando la flauta. Ese instrumento es ridículo en sí y lo era más en las manos de un personaje tan solemne y antipático. Además, lo manejaba con extrema presuntuosidad, redondeaba los dedos con elegancia, meneaba su cuerpo gordo y plegaba los labios con

afectación.

Úrsula, que se portaba muy bien durante las clases, en los entreactos saltaba por todos lados, hojeaba todos los libros, pateaba todos los zapatos de Deschartres y se reía hasta rodar por el suelo con las gracias de Hipólito. Deschartres tenía sobre los estantes de su biblioteca una cantidad de sobres con semillas de distintas clases para hacer experimentos en cultivos. Nos esmerábamos en mezclarle todas esas semillas tan bien separadas por él. De modo que las plantas crecían al revés y cosechaba alfalfa donde había sembrado nabos.

En el cuarto de Deschartes había de todo: remedios para curar las enfermedades humanas y de los animales, recetas de medicamentos, de comidas, licores y venenos. Tenía también elementos de magia y eso nos interesaba mucho. Hipólito había oído decir una vez a Deschartres que poseía una fórmula para hacer aparecer al diablo. Muchas veces tratamos de encontrarla, y siempre debimos interrumpir la búsqueda, al sentir los pasos de Deschartres en la escalera. Un día que Deschartres había salido de caza, Hipólito vino a buscarnos. Creía haber encontrado en un libro mágico la famosa receta. Debíamos decir ciertas palabras, y trazar con tiza unas líneas en el suelo. La emoción aumentaba en nosotros a medida que avanzábamos en la experiencia. El primer signo de éxito debía ser una llama que aparecería sobre ciertas cifras y figuras. No teníamos mucha fe porque Hipólito era ya bastante escéptico, y yo sabía ya por mi abuela y mi madre que la existencia del diablo es una mentira. Úrsula tuvo miedo y salió del cuarto. Nos quedamos solos Hipólito y yo y continuamos trabajando. A pesar nuestro la imaginación se encendía y esperábamos un prodigio. Pensábamos que nos detendríamos en cuanto las llamas aparecieran, porque no teníamos interés en ver aparecer a Lucifer.

—¡Bah! —decía Hipólito—, está escrito en el libro que borrando rápidamente ciertas cifras el diablo no aparece. Hay que evitar que sus ojos salgan afuera, porque en cuanto él mira hay que hablarle.

—¿Y qué le diremos? —repuse yo.

—Que se lleve a Deschartres con su flauta y sus libracos.

Terminamos la experiencia y el diablo no apareció, como tampoco la llama. Quedamos un poco desilusionados.

Durante el invierno de 1811 a 1812, vi a mi madre en París con

menos frecuencia. Me acostumbraban poco a poco a que me alejara de ella, y por su parte ella se dedicaba más a Carolina, que no tenía abuela que la mimara. Esta vez tuve placeres y distracciones adecuados a mi edad. Me hicieron trabar amistad con Paulina Pontcarré, nieta de la señora de Fargés, amiga de mi abuela. Continuamos siendo muy amigas hasta la época de nuestros respectivos casamientos.

Paulina era una niña rubia, delgada, un poco pálida, vivaz, agradable y muy alegre. Era más educada que yo, caminaba con más gracia y no perdía los guantes y el pañuelo. En mi casa teníamos ambas profesores de escritura, baile y música.

Comíamos frecuentemente en la casa de la señora de Fargés, abuela de Paulina, donde nos encontrábamos con varios niños mayores que nosotras, pero con quienes jugábamos alegremente. También me veía con mi querida Clotilde.

Hipólito estaba medio pupilo. Tomaba lecciones de baile y de escritura con nosotras. Diré algo de nuestros profesores.

El señor Gogault, profesor de baile, era bailarín en el teatro de la Ópera. Nos torcía los pies para colocarlos hacía afuera. Algunas veces Deschartres asistía a la lección, y sobre las indicaciones del profesor agregaba las suyas. Nos decía que bailábamos como osos o como loros. Nosotros, que criticábamos el caminar presuntuoso del pedagogo y que nos reíamos del andar ridículo del señor Gogault, en cuanto éste se iba volvíamos a caminar con los pies hacia adentro.

El profesor de escritura era capaz de echar a perder las mejores disposiciones a causa de su sistema. Insistía en obtener correctas posiciones de los brazos y del cuerpo, como si el escribir fuera un ejercicio coreográfico. Se necesitaba *gracia* en todo. El señor Lubin había inventado diversos instrumentos para obligar a sus alumnos a tener la cabeza derecha, el codo libre, tres dedos de la mano derecha alargados sobre la pluma y el meñique extendido sobre el papel para que sostuviera el peso de la mano. Para la cabeza una especie de corona de ballena; para el cuerpo y las espaldas, un cinturón que se unía por detrás, a la corona por medio de una cincha; para el codo una barra de madera que se atornillaba a la mesa; para el índice de la mano derecha, un anillo de latón soldado a otro más chico por el cual pasaba la pluma.

La profesora de piano, señora de Villiers, era en cambio, una mujer joven, vestida de negro, paciente y de modales distinguidos.

Además, yo tenía para mí sola una profesora de dibujo, la señorita Greuze; una buena persona, aunque no sabía enseñar.

Ocupábamos entonces un departamento en la calle Thiroux, número 8, un entresuelo bastante elevado y amplio. En él había una gran sala donde nunca se entraba. El comedor daba a la calle. Mi piano estaba entre las dos ventanas.

El dormitorio, que en realidad era la sala de mi abuela, daba sobre un patio-jardín. Allí había un gran pabellón estilo Imperio, donde vivía, creo, un ex proveedor del ejército. Este señor nos permitía jugar en el jardín. En el piso de arriba vivía la señora Perier. En el segundo vivía el general Maison, soldado advenedizo, cuya fortuna era respetable y que fue uno de los primeros en abandonar al emperador en 1814. Sus coches, sus ordenanzas, sus mulas cubiertas de equipajes (no sé si salía para España o si volvía de allí en esa época) llenaban el patio y la casa de ruido y de movimiento. Me parece difícil que un campesino pueda pasar de la miseria a la riqueza sin extremar su avaricia. Ocupamos este departamento de la calle Thiroux hasta 1816.

De tiempo en tiempo veía a los sobrinos de mi padre, y a sus respectivas familias. Iba sobre todo a la casa de René, cuyo hijo Séptimo no me era simpático. Mi abuela deseaba mi casamiento con él o con su primo Leoncio, hijo de Augusto. Mas como yo no era un partido suficientemente rico, ni ellos ni sus padres pensaron en tal proyecto. Yo me enteré de estos sueños de mi abuela por los comentarios de las criadas. Leoncio me gustaba como un niño puede gustar a otro; era alegre, vivaz y atento. Séptimo, en cambio, era frío y taciturno. Que fuera con uno u otro, yo me aterrorizaba pensando en esa unión, porque desde la muerte de mi padre sus primos no veían a mi madre y la criticaban mucho. Por lo tanto, estaba muy a disgusto en la compañía de los Villeneuve, a pesar de que los quería; y algunas veces, mientras jugaba con ellos, tenía muchos deseos de llorar. La hermana de Séptimo, Ema, hoy señora de la Roche-Aymon, era agradable, dulce y sensible. La esposa de René de Villeneuve era una de las mujeres más hermosas de la corte imperial. En esa época figuraba como dama de honor de la reina Hortensia. René era chambelán del rey Luis y uno de los hombres

más amables que he conocido.

Lo quise como a un padre. Luego en su ancianidad me llamó a sus brazos y acudí de todo corazón.

Hipólito no se quedó mucho tiempo en la pensión donde Deschartres lo había instalado. Al ver mi abuela que no progresaba, lo llevó de nuevo a Nohant con nosotros.

Durante el invierno se hicieron los preparativos para la campaña de Rusia. En todas las casas que visitábamos encontrábamos militares que se despedían de sus familiares. No se pensaba que habría que penetrar en Rusia. Se estaba tan acostumbrado a la victoria que ya se tenían seguros los tratados gloriosos que habrían de firmarse en cuanto se atravesara la frontera. Nadie pensaba en lo riguroso del clima ruso; recuerdo que una vieja señora quería regalar todos sus abrigos de piel a un sobrino suyo, teniente de caballería, y éste se reía mucho por tal ocurrencia. Joven y seguro de sí mismo, decía que con su sable entraría en calor durante la guerra. Aquel joven habrá añorado más de una vez las pieles de su vieja tía, durante la fatal retirada.

Las madres de quienes partían se quejaban de la infatigable actividad del emperador. Maldecían al *conquistador*, al *ambicioso,* mas nunca dudaron del éxito. Que Napoleón fuera vencido, era cosa que pensaban únicamente aquellos que lo traicionaban. Las personas honestas, aunque lo odiaran, tenían absoluta confianza en él. Recuerdo haber oído decir a una de las amigas de mis abuela: «Y bien; cuando nos hayamos apoderado de Rusia, ¿qué haremos con ella?» Otros decían que proyectaba la conquista del Asia y que la campaña de Rusia era el primer paso hacia China. «Quiere ser el dueño del mundo, decían; no respeta los derechos de las naciones. ¿Dónde se detendrá? ¿Cuánto estará satisfecho? Es intolerable; siempre tiene éxito.»

Llegamos a Nohant en la primavera de 1812; mi madre vino a pasar parte del verano con nosotros. Me encontré con gran alegría, nuevamente con Úrsula, quien se iba a la casa de sus padres, mientras nosotros estábamos en París.

Ese verano de 1812 fue muy plácido. Todos los domingos, las tres hermanas de Úrsula venían a pasar el día con nosotros. La mayor, a quien se llamaba con el apellido de familia feminizado (La Godignonne) era de una bondad angelical. Nos enseñaba juegos y

nos divertíamos muchísimo. Al terminar el día yo estaba muy cansada. Ya me había acostumbrado al estudio y con los juegos me aburría mucho.

Nos visitábamos con familias amigas de mi abuela y cuyos hijos fueron mis amigos en la infancia y lo son actualmente. Eran los hijos del capitán Fleury, el joven Duvernet y Gustavo Papet, que era mucho más joven que yo. Siempre me gustaron los niños y a muchos de esos amigos que ahora aparentaban más edad que yo, los he llevado en brazos.

En medio de nuestros juegos y de nuestros sueños dorados, las noticias de Rusia, recibidas en otoño, dieron la nota lúgubre. Empezábamos a escuchar la lectura de los diarios, y el incendio de Moscú me impresionó como un gran acto de patriotismo. El modo de guerrear de los rusos es inhumano y no tiene semejanzas con el de ninguna otra nación libre. Devastan sus campos, queman sus casas, dejan hambrientas vastas regiones para que no encuentren nada en ellas los enemigos; sería heroico si el pueblo hubiera obrado por propia voluntad; en cambio, el zar ruso, que se atreve a decir, como Luis XIV, *el Estado soy yo,* no consultaba al pueblo. Esa multitud oprimida hubiera sido más feliz en manos de nuestro ejército victorioso, que obedeciendo las órdenes salvajes de un rey que no tenía noción del derecho humano.

La autoridad de Napoleón empezó a representar nuevamente, desde el momento de nuestros desastres en Rusia, la individualidad, la independencia y la dignidad de Francia. Se equivocaron los que pensaron lo contrario durante la lucha de nuestras fuerzas con la coalición.

Tenía ocho años cuando escuché por primera vez debatir el problema del porvenir de Francia. Hasta entonces consideraba mi nación como invencible, y el trono imperial era para mí como el trono de Dios. Uno se criaba en esa época llevando en sí el orgullo provocado por las victorias de las armas francesas. Ser francés era un título, un honor; el águila era divisa de la nación entera.

Capítulo XXXIV

Los chicos se impresionan a su modo con las desgracias públicas. A nuestro alrededor no se hablaba más que de la campaña de Rusia. Lo que más nos preocupó fue que durante quince días no se supo nada ni del emperador ni de su ejército. Era para mí incomprensible que un ejército de trescientos mil hombres y que un hombre como Napoleón hubieran desaparecido en la nieve. Sufría yo sueños rarísimos: que tenía alas y atravesaba el espacio y que mi vista, sumergiéndose en el horizonte, descubría las estepas rusas cubiertas de nieve; planeaba, me orientaba en el aire, y por fin descubría las columnas errantes de nuestras infelices legiones; las guiaba hacia Francia, les mostraba el camino, pues lo que más me preocupaba era que se dirigieran al Asia, hundiéndose cada vez más en los desiertos. Cuando volvía en mí, estaba cansada por el largo vuelo que había hecho. Mis ojos quedaban cegados de tanto contemplar la nieve; tenía frío, hambre, y al mismo tiempo experimentaba gran alegría por haber salvado al ejército francés y su emperador. El 25 de diciembre supimos que Napoleón estaba en París. El ejército quedaba detrás, en una retirada horrible y desastrosa. Los sufrimientos y las desgracias de la misma, se supieron bastante tiempo después. Los boletines del gran ejército y los diarios decían solamente una parte de la verdad. Por cartas particulares, cuyos detalles se divulgaban rápidamente y se comentaban con avidez, y por relatos de los que escaparon al desastre, se supo más tarde lo que había ocurrido.

Un joven, que salió para esta campaña, creció más de una cabeza durante esas marchas pausadas y esas fatigas sin nombre. Su madre, al no oír hablar de él, lo lloraba por muerto. Un día, un bandolero de gran estatura y extravagantemente vestido, entra en su cuarto, cae ante ella y la toma en sus brazos. Lanza ella un grito de terror y luego de alegría: era su hijo. Tenía una larga barba

negra y como pantalón, la enagua de una pobre cantinera que murió de frío en el camino… Ese mismo joven murió poco tiempo después de un modo parecido al de mi padre. Su caballo desbocado chocó con una carreta. El emperador, al tener conocimiento de este desgraciado accidente, dijo:

—Las madres sostienen que hago matar a sus hijos en la guerra; ésta es una muerte de la cual nada tengo que reprocharme. ¡Es como la del capitán Dupin! ¿Tengo yo, acaso, la culpa de que lo matara un mal caballo?

Esa comparación entre el señor de… y mi padre demuestra la maravillosa memoria del emperador. Éste se hallaba en guerra nuevamente. Ese estado de guerra en el exterior era considerado ya como una cosa normal. Se había comentado su abatimiento después del regreso de Moscú. Las victorias de Lutzen, Dresde y Bautzen levantaron los ánimos.

Durante el verano pasaron por Nohant muchos prisioneros. Un día de sofocante calor vimos uno, joven y rubio, que se sentó en una grada del pabellón. Le hablamos, y nos contestó: «No comprendo.» Era todo lo que sabía decir en francés. Por medio de señas le pregunté si tenía sed. Me contestó señalando el agua de la calle con signo de interrogación. Le hicimos comprender que no era buena para tomar y que nos esperara. Corrimos a buscar una botella de vino y un buen pedazo de pan, sobre los cuales se precipitó con gran alegría. Cuando se sintió satisfecho apretó nuestras manos varias veces. Tenía los ojos llenos de lágrimas, y con mucho esfuerzo llegó a decirnos: «Niños buenos.»

Muy emocionados relatamos el hecho a nuestra querida abuela. Se echó a llorar pensando en que su hijo había estado en la misma situación en Croacia. Luego, como por el camino pasaban nuevas columnas de prisioneros, hizo llevar al pabellón gran cantidad de vino y de pan. Mi hermano y yo, muy contentos, hicimos de cantineros hasta la noche. Aquellos pobres hombres eran educados y muy amables y nos demostraban gran agradecimiento por el pan y el vino que les brindábamos. Para demostrarnos su alegría se agrupaban y nos cantaban cantos tiroleses que me entusiasmaron. Todos los prisioneros alemanes fueron tratados con la buena voluntad y la hospitalidad propia de los habitantes del Berry; y se conquistaron las simpatías con sus cantos y sus valses. Trabaron

amistad con las familias de los lugares donde se establecieron posteriormente y algunos hasta se casaron allí.

Úrsula venía a visitarme todos los domingos, y habíamos quedado tan amigas que todos los sábados yo le escribía una carta para recordarle que debía venir al día siguiente y le mandaba siempre un regalito. Éste era alguna insignificancia hecha por mí. Úrsula encontraba todo magnífico y las conservaba como reliquias de amistad. Un día quedé muy sorprendida y mortificada al notar que ya no me tuteaba. Creí que su cariño por mí había disminuido y cuando me reafirmó su amistad pensé que se burlaba de mí. Entonces debió confesarme que su tía Julia le había prohibido esa familiaridad. Exigí a Úrsula que me tuteara cuando estuviésemos solas. Ella no consintió, porque temía que se le escapara un *tú* en presencia de su tía Julia. Traté de decirle de *usted* para establecer nuevamente entre nosotros la igualdad. Ella se apenó mucho y me dijo: «Ya que a usted no le prohíben tutearme, siga haciéndolo y yo me quedaré muy contenta.» Entonces yo le decía: «Ya ves que de nada sirve ser rico; impide que a uno le quieran.» «No crea eso —replicó Úrsula—, usted será siempre la persona a quien amaré más en el mundo; no me interesa que sea rica o pobre.» Esta excelente muchacha mantuvo su palabra. Aprendió después el oficio de sastre y es una de las mujeres más laboriosas y razonables que conozco.

Ese verano tuve una gran pena, porque mi abuela no quiso que durmiera en el mismo cuarto que mi madre. Me decía que era demasiado grande para dormir en el diván. Yo sabía que éste era muy chico, mas, en cambio, había lugar para mí y para mi madre en la gran cama amarilla donde había nacido mi padre y que usaba mi madre cuando estaba en Nohant. (Es la misma que uso yo ahora.) Cuando dormía con mi madre en esa cama, creía ser un pájaro junto al seno maternal, me parecía que dormía mejor y que mis sueños eran más lindos allí.

A pesar de la prohibición de mi abuela, durante varias noches tuve la paciencia de esperar hasta las once, hora en que mi madre entraba en su cuarto. Entonces me levantaba sin hacer ruido, dejaba mi cuarto en puntas de pie y me iba a la cama con mi madre, quien no tenía valor para rechazarme y quedaba muy contenta al dormirme con mi cabeza en su pecho. Mi abuela tuvo sospechas o fue advertida de lo que pasaba por Julia, su confidente. Subió y me

sorprendió en el momento en que yo dejaba mi cuarto; regañó a Rosa porque me había dejado salir de mi cuarto. Mi madre oyó ruido y apareció en el corredor. Hubo, entre ellas, un cambio de palabras bastante duro; mi abuela pretendía que no era sano ni puro que una chica de nueve años durmiera al lado de su madre. Oí que mi madre replicaba: «Si aquí alguien falta a la castidad, es usted con semejantes ideas. Es perjudicial hablar demasiado pronto de esas cosas a los niños; se les hace perder la inocencia y si es así como usted educa a mi hija, hubiera hecho mucho mejor dejarla bajo mi dirección. Mis caricias son más honestas que sus pensamientos.»

Lloré durante toda lo noche. Me parecía estar atada a mi madre por una cadena de diamantes y que mi abuela trataba en vano de romperla; la cadena me ajustaba cada vez más y parecía ahogarme. Hubo mucha frialdad y tristeza en mis relaciones con mi abuela durante unos días. Ella se daba cuenta que cuanto más trataba de apartarme de mi madre, más perdía mi afecto; y no tenía más remedio que hacer las paces con mi madre para reconciliarse conmigo. Me lomaba en sus brazos y sobre sus rodillas para acariciarme. Apartándome de ella le dije: «Ya que ello no es casto, no quiero besarla.» Nada contestó; se levantó y dejó su cuarto con más agilidad de la que tenía habitualmente. Su actitud me extrañó y hasta me inquietó después de un momento de reflexión; la seguí por el jardín; y vi que seguía el camino que costea la pared del cementerio y se detenía ante la tumba de mi padre. No sé si ya he dicho que mi padre había sido colocado en una fosa hecha bajo la pared del cementerio, de modo que su cabeza quedara en nuestro jardín y los pies en el lugar santo. Dos cipreses, unos rosales y algunos laureles indicaban su sepulcro, que es ahora también el de mi abuela. Se había detenido ante esa tumba, hasta la cual raras veces tenía el valor de llegar, y lloraba amargamente. Quedé vencida; corrí a su lado, apreté sus rodillas contra mi pecho y le dije unas palabras que más de una vez ella recordó: «Abuela, yo la consolaré.» Me cubrió de lágrimas y de besos y al momento fue conmigo al encuentro de mi madre. Se besaron sin decirse nada y la paz quedó sellada por algún tiempo.

Yo hubiera debido tratar de reconciliar a las dos mujeres, después de cada discusión. Un día lo comprendí y me animé a proceder en esa forma. En cambio, en la época de la cual me ocupo

ahora, era demasiado niña para permanecer imparcial entre ambas. He necesitado treinta años para ver la situación con justicia y claridad y para querer a una y a otra en la misma forma.

En el invierno siguiente estuvimos poco tiempo en París. En el mes de enero de 1814, mi abuela, asustada por el avance de la invasión, vino a refugiarse en Nohant, punto central de Francia y, por consiguiente, más al abrigo de los acontecimientos políticos.

El emperador estaba de regreso en París después de la retirada de Leipzig; la fortuna le abandonaba. Lo traicionaban y engañaban por todos lados. En París, las palabras del señor de Talleyrand corrían en todas las bocas: «Es el comienzo del fin.» Estas palabras que oía repetir diez veces por día, me parecieron primero tontas, luego tristes y por último odiosas. Pregunté quién era el señor de Talleyrand y supe que debía su encumbramiento al emperador. Pregunté si sus palabras eran un lamento o una broma, y me contestaron que eran una burla y una amenaza; y que el emperador las merecía muy bien por ser un ambicioso y un monstruo. En ese caso pregunté, ¿por qué Talleyrand aceptó algo de él?… Desde primero de año, se decía que los cosacos habían atravesado el Rhin y el miedo acalló el odio por una temporada. Un día, en casa de la señora Dubois, quedé admirada oyendo hablar a un muchachito de trece o catorce años:

—«Como decía, los rusos, los prusianos, los cosacos están en Francia, ¿y los dejan llegar hasta París?» —«Si, respondían los demás, los extranjeros vienen para castigar al tirano y librarnos de él.» «¡Pero son extranjeros!, decía el valiente niño y, por lo tanto, enemigos nuestros. Si no queremos al emperador debemos echarlo nosotros mismos; no debemos permitir que lo hagan nuestros enemigos; es una vergüenza. Debemos batirnos con ellos.» Este niño habló admirablemente bien, nadie lo reconoció, excepto yo, que por mi poca edad era incapaz de decir una sola palabra. Eran unos cobardes los que vitoreaban a los aliados. Yo no me preocupaba mucho por el emperador, pues tenía en cuenta lo que decían personas inteligentes como mi abuela, el tío Beaumont, el abate de Andrezael o mi misma madre, cuando opinaban que la vanidad había sido su perdición.

La gente en general, a pesar de lo que se alegraba de la próxima caída del tirano, tenía a los cosacos y muchas personas ricas huían

de París. La señora de Beranger estaba tan asustada, que mi abuela le ofreció alojamiento en Nohant y ella aceptó. Yo quedé indignada porque eso impedía que mi madre fuera con nosotros. Si en realidad era peligroso quedarse en París, debía ser mi madre quien saliera de allí. Empezó a germinar en mí la idea de la rebelión y pensé en quedarme con ella para morir a su lado si fuera necesario. Dije lo que pensaba a mi madre, ella me calmó y me dijo: «Aun cuando tu abuela quisiera llevarme, no consentiría en ir. Debo quedarme al lado de Carolina. Mas tranquilízate, no hay peligro. El emperador y nuestras tropas no dejarán que los enemigos lleguen a París. Ésas son esperanzas de *condesa vieja.* El emperador vencerá a los cosacos en la frontera. Cuando todos ellos hayan sido exterminados, la vieja Beranger vendrá a París para llorarlos y yo iré a verte a Nohant.»

Partimos para Nohant con mi abuela en una gran calesa. La señora Beranger, su criada y su perrita nos seguían en una gran berlina tirada por cuatro caballos. El viaje fue bastante difícil. El tiempo era espantoso. El camino estaba cubierto de tropas, carros, municiones…

En la Sologne encontramos soldados que parecían venir de muy lejos, tenían sus ropas hechas harapos y estaban hambrientos. No mendigaban; se morían de hambre y no querían confesarlo. Nos seguían con aire suplicante. Teníamos un pan en el coche; se lo di al que estaba más cerca de mí. Dio un grito espantoso y se arrojó tan rápidamente sobre él, no con las manos, sino con los dientes, que casi me muerde la mano. Otros compañeros lo rodearon y entre todos devoraron el pan. Era un espectáculo desesperante y no pude retener mis lágrimas. Les dimos todos los víveres que llevábamos.

Por último llegamos a Nohant; mas apenas estuvimos instaladas, mi abuela se enfermó gravemente. Deschartres, Rosa y Julia cuidaron a mi abuela con gran abnegación. Yo me di cuenta de que la quería más de lo que pensaba. Estuve muy triste durante toda su enfermedad. La señora de Beranger se fue cuando mi abuela quedó fuera de peligro. Ésta era mujer altanera e imperiosa, en quien no pude descubrir nunca un rasgo de espiritualidad.

Tenía la costumbre de ajustarse tanto el corsé que a la noche estaba colorada como una remolacha y los ojos se le salían de las órbitas. Opinaba que yo tenía la forma de un pedazo de madera y que necesitaba moldearme. Por consiguiente, me mandó hacer un

corsé y ella misma me lo ajustó tanto la primera vez que casi me desmayé. En cuanto estuve lejos de su presencia corté rápidamente el cordón; se dio cuenta de lo que había hecho y me volvió a apretar, más fuerte aún. Entonces me fui al sótano y eché el corsé en una vieja barrica de vino. Nadie fue a buscarlo allí. Lo buscaron por todas partes…

Llegó una carta de una de las amigas de mi abuela, la señora de Pardaillán, quien decía: «Los aliados entraron en París. No hubo pillaje. Dicen que el emperador Alejandro nombrará rey al hermano de Luis XVI.»

Mi abuela, después de reflexionar, comentó: «Debe de ser el que tiene el título de monseñor. Era una mala persona. Bueno, hija mía, nuestros primos están en el trono, pero con esto no tenemos por qué alabarnos.»

Ésa fue su primera impresión. Luego, dominada por los que la rodeaban, creyó en las promesas de la restauración. Pero esa convicción no duró mucho tiempo.

Yo esperaba con ansiedad carta de mi madre; por fin llegó una. Mi pobre mamá había estado en gran peligro. Una de las balas de cañón lanzada sobre París había caído sobre la casa que ella habitaba en la calle Bassedu-Rempart. Había agujereado el techo, luego atravesó dos pisos y se había detenido en el cielo raso de la habitación donde ella estaba. Ella y Carolina huyeron de París, creyendo que la ciudad sería en pocas horas un montón de escombros. No ocurrió tal cosa; pudo volver tranquilamente a su casa, después de consternarse con la entrada de los bárbaros, a quienes las señoras besaban y coronaban con flores.

Capítulo XXXV

Mi madre pasó un mes con nosotros y luego regresó a París porque Carolina debía salir del pensionado donde estaba. Yo me puse tristísima y mi madre trataba de darme valor; pero ya no podía engañarme, pues yo ya me daba cuenta de cuál era la situación nuestra en la familia. La admisión de Carolina en ella hubiera arreglado todo, pero en ese aspecto mi abuela era inflexible.

Mi madre sufría mucho en Nohant, moralmente se ahogaba, debía reprimirse continuamente. Mi preferencia evidente hacia ella irritaba a mi abuela, quien había cambiado mucho en su modo de ser a consecuencia de su enfermedad. Su susceptibilidad era excesiva. Julia adquiría cada vez más influencia sobre ella. Tal vez mi madre hubiera soportado todo eso por mí, de no haber tenido la preocupación de Carolina. Yo lo comprendía. No quería que una hija se sacrificara por la otra.

El terror se apoderó de mí cuando vi que mi madre preparaba su equipaje. Yo pensé que ella no volvería; me eché en sus brazos y le pedí que me llevara con ella. Trató de hacerme comprender la situación: «Tu abuela puede reducir mi pensión a mil quinientos francos si te vienes conmigo, seremos tan pobres, tan pobres, que no lo podrás soportar y querrás volver a Nohant.» «¡Jamás, jamás, grité; seremos pobres pero no nos separaremos nunca, trabajaremos, seremos felices y nadie impedirá que nos amemos!»

—Puede que sea cierto lo que dices —respondió mi madre con la simplicidad de un niño—. Hace tiempo que el dinero no constituye la dicha y con seguridad que si estuvieras conmigo en París sería mucho más feliz en mi pobreza que aquí donde nada me falta. Mas temo que un día me reproches haberte privado de una buena educación, un buen casamiento y una hermosa fortuna.

—No, prefiero morir antes que tener todas esas cosas. Amo a mi abuela, y quiero cuidarla, pero no quiero vivir con ella; no deseo ni

su castillo ni su dinero. Que se los regale a Hipólito, o a Úrsula o a Julia, ya que la quiere tanto; yo prefiero ser pobre a tu lado; nadie es feliz sin su madre.

No sé qué otras cosas dije. Lo cierto es que mi madre se convenció ante mi elocuencia.

—Escucha —me dijo—, tú sabes lo que significa la miseria para las jóvenes. Yo sé, y no quiero que Carolina y tú soporten lo que yo tuve que pasar desde los quince años, cuando me encontré huérfana y en la miseria. Si yo me muriera tú volverías con tu abuela y, entonces, ¿qué sería de tu hermana? Sin embargo, hay un medio para arreglar todo esto: trabajaremos. Trataré de instalar un negocio de modas. Tú sabes que he sido modista y que hago los sombreros y los tocados mejor que las cotorras que tan mal arreglan a tu abuela y que le cobran un ojo de la cara por cualquier mamarracho. No me instalaré en París, necesitaría demasiado dinero; en cambio, haciendo economías durante algunos meses y con algún dinero que me presten mi hermana o Pierret, podré instalarme en Orleans. Tu hermana es hábil; tú también, y aprenderás ese oficio antes que el griego y el latín del señor Deschartres. No somos princesas, viviremos con poco gasto y más tarde la llamaremos a Úrsula para que se quede con nosotras. Haremos economías y dentro de algunos años podré dar a cada una de vosotras ocho o diez mil francos y podéis casaros con honrados obreros que os harán más felices que los marqueses y los condes. Total, nunca te encontrarás cómoda en la alta sociedad. Siempre te reprocharán ser la nieta de un vendedor de pájaros. Es cosa resuelta, guarda bien el secreto. Al regreso me detendré uno o dos días en Orleans para informarme y ver los locales que se alquilan. Cuando todo esté arreglado te escribiré por intermedio de Úrsula o de Catalina y, después, vendré a buscarte. Anunciaré mi resolución a tu abuela; soy tu madre y nadie puede quitarme mis derechos sobre ti; ella se enojará, pero eso no me interesa; saldremos de aquí y cuando ella pase con su carroza por las calles de Orleans verá un cartel con grandes letras que diga: «Señora viuda de Dupin, modas.»

Este proyecto me trastornó. Casi tuve un ataque de nervios. Saltaba por el cuarto gritando, riendo y llorando. Mi pobre madre, en ese momento, era sincera; creía poder llevar a cabo su resolución; sino, no hubiera envenenado mi imaginación con un

proyecto falso. Me quedé tan contenta con sus palabras que mi alegría llamó la atención de mi abuela durante la comida. Mi madre me dijo algunas palabras al oído para que disimulara mi emoción. Fui tan discreta que ni entonces ni nunca, nadie adivinó mi secreto. Sin embargo, a medida que la noche avanzaba, me pareció que mi madre perdía seguridad. La noté triste y preocupada. Los niños no tienen dudas, mas cuando ven que aquellos en quienes confían vacilan, se desesperan y tiemblan como briznas de hierba. Me mandaron a la cama.

Mi madre me había prometido ir a mi cuarto antes de acostarse, pero yo temí que no lo hiciera y me quedé levantada; es decir, salté de la cama en cuanto Rosa me dejó para ayudar a Julia en el dormitorio de mi abuela.

Tuve miedo de que nos vigilaran y entonces preferí escribirle una larga carta. Puse a prueba todo mi ingenio para encender la vela en el fuego semiapagado de la chimenea y escribí en hojas arrancadas a un cuaderno. Veo todavía mi carta y la escritura infantil que yo tenía en esa época.

Escribí con todo entusiasmo y mi corazón se volcó en esas líneas. Tengo la impresión de que nunca una pasión más profunda fue más ingenuamente expresada. (Mi madre guardó esa carta durante mucho tiempo como una reliquia.)

¿Mas, cómo entregársela, si subía la escalera acompañada por Deschartres? Me decidí y entré en el cuarto de mi madre sobre las puntas de los pies. Coloqué mi carta detrás del retrato de mi abuelo. Para advertir a mi madre de la presencia de la carta, coloqué adentro de su gorro de noche, un papelito que decía: *sacude el retrato.*

Regresé a mi cuarto y me quedé sentada en la cama, esforzándome para no dormirme. Por fin, sonaron las doce. Deschartres subió primero y cerró las puertas con la majestuosa lentitud propia de él. Un cuarto de hora después llegó mi madre. Esperé un rato más. Cuando ya no oí, abrí la puerta y fui al cuarto de mi madre. Ella leía mi carta y lloraba. Me estrechó sobre su corazón y tuve el dolor de comprobar que había perdido la firmeza de su actitud anterior. Se lamentaba de haberme ilusionado. Me decía que debía acostumbrarme a quedarme con mi abuela. Como yo insistía con tanta vehemencia en mis ruegos me dijo que si mi

abuela no me llevaba a París, vendría a buscarme al cabo de tres meses. Eso no era suficiente para tranquilizarme. Le rogué que me dejara una carta, detrás del retrato, para alentarme a leerla todos los días.

Después que me lo prometió regresé a mi cama. No pude dormir; estaba desesperada. Lloré amargamente y amaneció sin que hubiera podido cerrar los ojos.

Oí que las puertas se abrían, que bajaban los paquetes; Rosa se levantó, no me atreví a decirle que estaba despierta.

Cuando oí los pasos de mi madre en el corredor, no pude aguantar más, salté de mi cama y me eché en sus brazos. Me reprochó cuánto la hacía sufrir, ya que le dolía tanto el dejarme. Partió.

Cuando oí que el coche que la llevaba se iba, rompí a llorar en tal forma que Rosa no pudo contener las lágrimas. Ese dolor era demasiado fuerte para mí y hubiera podido enloquecerme si Dios, habiéndome destinado para sufrir, no me hubiera dotado de una fuerza física extraordinaria. En cuanto me levanté corrí a la habitación de mi madre, me eché en su cama y besé mil veces su almohada.

Durante el día pude entrar nuevamente en esa habitación sin que me vieran, pero por más que sacudí el retrato del abuelo, no encontré ninguna carta. Éste fue otro rudo golpe para mí.

Ya no lloraba, empezaba a experimentar otro dolor. Pensaba que mi madre no me quería tanto como yo a ella. Era injusta, pero en el fondo se revelaba en mí una verdad que después debía confirmar. Mi madre tenía por mí, como por todas las personas a quienes amó, más pasión que ternura. En su alma se hacían como grandes lagunas de las cuales no se daba cuenta. De tanto haber sufrido, necesitaba a veces olvidar; en cambio yo parecía ávida de sufrimiento.

En esa época tenía por compañero de juegos a un pequeño campesino, dos años menor que yo, a quien mi madre enseñaba a leer y a escribir. Era muy agradable y muy inteligente. Me impuse la obligación de continuar su instrucción y obtuve de mi abuela el permiso para que el niño viniera todos los días a las ocho de la mañana. Yo exigía a mi alumno que se diera cuenta del sentido de las palabras. Eso provocaba gran cantidad de preguntas de su parte y explicaciones de la mía.

El día de la partida de mi madre, encontré a Liset, diminutivo de Luis en berrichón, llorando. Me dijo que lloraba por la partida de *madame Maurice.* Me puse a llorar con él y desde entonces le profesé amistad verdadera. No era alegre, ni escandaloso. Le gustaba conversar conmigo y cuando yo estaba triste se quedaba mudo y me seguía en silencio.

Los días pasaron, las semanas también y no recibí ninguna carta especial de mi madre. No me dio a entender nada en sus cartas acerca de nuestro proyecto. Con gran desconsuelo debí resignarme a pasar el invierno en Nohant. Para consolarme proyecté ir sola, a pie, desde Nohant hasta París.

En ciertos momentos ese proyecto me parecía realizable, pensaba en comunicárselo a Liset porque estaba segura de que me acompañaría. No temía la distancia enorme que debía recorrer, ni el frío, ni ningún otro peligro; únicamente no me resignaba a pedir limosna en el camino, puesto que necesitaba un poco de dinero. Para obtenerlo, empecé a coleccionar algunas alhajas y objetos de poco valor. Aparté un collar que mi padre había regalado a mi madre; era de ámbar amarillo. Había oído decir a mi madre que por él mi padre había pagado dos luises. Esa suma me parecía considerable. Además, tenía un peinecito de coral, un brillantito del tamaño de una cabeza de alfiler, una bombonera de carey rubio adornada con un pequeño círculo de oro y algunos restos de alhajas desprovistos de valor que mi madre y mi abuela me habían dado para adornar mi muñeca. Coloqué todos esos *objetos valiosos* en un rincón del cuarto de mi madre y yo los llamaba *mi tesoro.* Pensé que con eso podría emprender la marcha y que procedería como las princesas errantes de mis cuentos de hadas; cada vez que tuviese hambre pagaría con una perla de collar o con un pedacito de oro.

En el camino encontraría un orfebre a quien podría vender la bombonera, el peine o el anillo. Cuando aseguré la posibilidad de la huida me quedé más tranquila. Empezaba a sufrir tanto que, en cualquier momento, me hubiera escapado si no hubiera ocurrido un nuevo accidente a mi abuela.

Un día, en medio del almuerzo, tuvo un vahido, cerró los ojos, se puso pálida y quedó inmóvil y petrificada durante una hora. Aquello era una especie de catalepsia. Su vida, desprovista de movimiento, había desarrollado en ella un germen de parálisis,

enfermedad de la cual moriría más tarde y que se anunció con varios amagos como ése. Deschartres consideró esa dolencia muy grave y al oírle hablar cambiaron mis proyectos.

Volví a sentir gran afecto por mi buena abuela; experimentaba el deseo de quedarme a su lado y cuidarla, y temía provocarle la menor contrariedad. Empecé a reprocharme mis propósitos insensatos. Mi madre parecía querer hacérmelos olvidar, ya que por sus parte me escribía muy poco.

En una carta me decía: «Corre, juega, camina, piensa en cosas agradables, cuídate mucho y ponte fuerte, si quieres que yo me quede tranquila y me consuele un poco de estar separada de tí.» Renuncié a mi huida. Para no pensar más en ella saqué el maldito tesoro de su escondite, y se lo di a mi criada para que me lo cuidara. Mi abuela había quedado bastante desmejorada después de su enfermedad. Podía leer y escribir; en cambio su razonamiento era más débil. Se dejaba influenciar demasiado por los criados y es el momento de decir algo sobre las relaciones entre amos y criados. No se debe enterar a éstos por más respetables que sean, de los asuntos de familia. Tal restricción no puede ser considerada como un prejuicio aristocrático. No creo que haya amos y criados. No se puede ser amo de un hombre libre que puede abandonarnos en cuanto está descontento con uno. La verdadera palabra para designar a un sirviente es la de doméstico y se debe tomar en su sentido literal, *empleado de la casa* (domus). Esa persona obtiene un empleo en una casa, según sus aptitudes y de acuerdo con el trato establecido, sin plazo determinado. Si la conveniencia es mutua se puede vivir muchos años bajo el mismo techo; de lo contrario es fácil separarse. No estoy de acuerdo en ser demasiado blando con los criados, considerando que se sienten humillados por la función que desempeñan. Si se sienten humillados por *servir* es porque les falta dignidad; yo no veo por qué *sirven* entonces.

Encargarse del manejo de una casa, de su salubridad y de su limpieza, de la preparación de los alimentos, del trabajo del jardín o de una caballeriza es trabajar, desempeñar una función; no es servir. Eso es distinto a subir detrás de un coche, atar los zapatos del dueño y tantas otras cosas que uno puede hacer por sí solo. Veo con placer que esa clase de servidumbre escasea cada vez más; que la gente trata de reducir esos servicios personales y que progresa la

igualdad en las costumbres. Nada es, pues, denigrante en las funciones domésticas si el funcionario conoce bien sus deberes y sus derechos. Los altercados diarios, las injusticias pasajeras serían menos graves si de una y otra parte conocieran el verdadero sentido de la igualdad. Cuando el criado se deja envilecer para aprovecharse luego del arrepentimiento o del cansancio del amo, es despreciable. Un pasado absurdo e indignante ha creado una raza de hombres a quienes se ha insultado apodándolos lacayos. Esos términos son casi desconocidos en el campo, donde los granjeros y agricultores tienen empleados a quienes tratan como a personas de su familia.

La enfermedad de mi abuela había amenguado la firmeza y la serenidad de su carácter. La salud moral se había debilitado por la física. Mi abuela no podía soportar ya el movimiento de los niños. Por eso yo me quedaba cada vez más quieta a su lado. Se daba cuenta que tal cosa me podía ser perjudicial y entonces me pedía que me alejara de ella.

Dormía tres horas de siesta y luego se encerraba con Julia, quien le daba fricciones, baños de pies y otros cuidados que duraban varias horas, de modo que yo la veía en las horas de las comidas y después de comer, cuando jugaba un rato con ella a las cartas.

Mi abuela miraba mi cuaderno de deberes cada dos o tres días y con el mismo intervalo me daba una corta lección de clavicordio. Deschartres me daba lecciones de latín que cada vez eran más insoportables y lecciones de versificación francesa, que me descomponían. Y, además, un poco de griego y de botánica. Nada de eso me gustaba. Para conocer la botánica (que no es una ciencia al alcance de las niñas) es necesario conocer el misterio de la generación y la función de los sexos. Como es de presumir. Deschartres nada me explicaba sobre ese punto. La botánica, entonces, se reducía para mí a ciertas clasificaciones arbitrarias y a una nomenclatura griega y latina que constituía para mí un árido trabajo de memoria. Me repetía en voz baja los que muchas veces había oído decir a mi madre. «¿Para qué sirven todas esas sandeces?» Ella, en su ingenuidad, tenía buen sentido y yo poseía el instinto salvaje de un espíritu muy lógico y muy positivo, sin saberlo.

Capítulo XXXVI

Quiero describir mi estado de ánimo encontrándome librada a mis propios pensamientos, sin guía de ninguna clase, sin poder conversar con nadie que me entendiera y sin expansiones. Tenía necesidad de vivir y el estar solo no es vivir. Hipólito se hacía cada vez más revoltoso en sus juegos. Yo me cansaba muy pronto en su compañía y nuestros entretenimientos terminaban siempre con alguna susceptibilidad de parte mía y algún mal modo de parte suya. Sin embargo, nos queríamos y siempre nos hemos querido. Era tan positivo como yo romántica y, sin embargo, había en él cierto sentido artístico y cierta agudeza en sus observaciones jocosas que respondían a las mías. Observaba e imitaba con mucha gracia a todas las personas que nos visitaban. Yo necesitaba estar alegre y nadie ha sabido hacerme reír más que él. Pero como también necesitaba conversación seria y reposada, mi alegría con él se trocaba pronto en enojo y en lágrimas. Mi hermano opinaba que yo tenía mal carácter; más tarde reconoció su error; lo que me sucedía era que me aburría muchísimo, que tenía una profunda pena y no podía confiarle mis cuitas por que se hubiera burlado de mí, como se burlaba de todo, hasta de la tiranía y de las rudezas de Deschartres. Mi abuela me reprochaba mi pereza, mi frialdad con ella y mi ceño preocupado. Yo me sentía herida por esos reproches. Me acusaban de tener demasiado amor propio.

Hasta entonces Rosa había tenido buenos modales conmigo. Creo que era como esas gallinas que cuidan con cariño a sus pollitos, mientras estos pueden dormir bajo el ala materna, y que los tienen a picotazos en cuanto empiezan a volar y a andar solos. A medida que yo crecía, me trataba con más dureza. Como deseaba complacer a mi abuela y era la responsable de mi salud física, en cuanto yo hacía la menor imprudencia me dejaba atontada con todas las cosas que me decía. Si un vestido se me desgarraba, si mis

zuecos se rompían, si me rasguñaba al caer entre las malezas, me pegaba, primero con bastante moderación, luego más fuerte, y más tarde con toda su alma para hacerme sentir su autoridad y por haberse acostumbrado a ser violenta. Si lloraba, me pegaba más fuerte, y si hubiera gritado, creo que me habría matado, porque cuando llegaba al paroxismo del enojo se enceguecía. Abusó de mi bondad, pues si no la hice echar (mi abuela no le hubiera perdonado el haberse atrevido a levantarme la mano), es porque la quería, a pesar de su mal carácter. Yo soy así; soporto durante mucho tiempo lo intolerable. Es cierto que cuando mi paciencia ha llegado a su límite rompo para siempre. La quería y me dejaba castigar porque sabía que amaba a mi madre. Era con la única persona de mi casa con quien podía recordarla. Me hablaba siempre de ella con admiración y ternura. No era bastante inteligente para darse cuenta de que el dolor me consumía y que ésa era la causa de mis distracciones, mis negligencias y mis enojos; en cambio, cuando yo me enfermaba, me cuidaba con gran ternura. Se hubiera arrojado en las llamas o en el mar para salvarme; nunca me expuso a los reproches de mi abuela y siempre me preservó de ellos. Hasta hubiera mentido para evitarme un correctivo. Sin embargo, sus golpes me ofendían muchísimo. En cambio, los de mi madre me disgustaban porque ella se había enojado conmigo. Cuando una bofetada suya sacudía demasiado mis nervios y se me llenaban los ojos de lágrimas, me escondía para que no me vieran llorar. Hubiera hecho mejor al gritar y sollozar. Rosa era buena y se hubiera arrepentido al enterarse de que sus golpes me hacían sufrir. Durante tres o cuatro años no pasé día sin recibir unos golpes, y cada vez experimentaba un sufrimiento más íntimo. Experimentaba una amarga satisfacción en protestar interiormente y a toda hora contra mi destino y me obstinaba en amar únicamente a mi madre ausente, que parecía abandonarme. No quería abrir mi corazón a mi querida abuela, criticaba la educación que recibía y la dejaba ignorar los errores de la misma, considerándome un pobre ser predestinado a la esclavitud y a la injusticia.

Que no me pregunten por qué habiendo podido vanagloriarme de mi sangre aristocrática me he sentido atraída siempre por los oprimidos. Esa tendencia se desarrolló en mí por la presión de las circunstancias exteriores, antes de que me obligaran a ello el

estudio de la verdad y el razonamiento de la conciencia.

Mi abuela, después de haberse resistido un poco, se había sentido atraída por las ideas de su casta y se había vuelto partidaria del *antiguo régimen.* Después de la larga tensión provocada por el régimen grandioso y absoluto del emperador, el desorden que siguió a la restauración tenía algo parecido con la libertad. Los liberales hablaban mucho y se soñaba con un sistema político y moral hasta entonces desconocido en Francia. El sistema constitucional, desconocido por todos; un reinado sin poder absoluto.

El emperador Alejandro era el gran legislador, el filósofo de los tiempos modernos, el nuevo Federico el Grande, el hombre de genio por excelencia. Mandaron su retrato a mi abuela y ella me lo dio para que le hiciera poner un marco. Su aspecto no me gustó. A pesar mío, recordaba siempre los hermosos ojos claros de *mi emperador*, que se habían detenido en los míos. En los primeros días de marzo, nos llegó la noticia de que Napoleón había desembarcado y marchaba hacia París, luego de evadirse de la isla de Elba. Mi abuela no pensaba como sus amigas, que le escribían: «Debemos alegrarnos; esta vez lo ahorcarán o por lo menos lo encerrarán en una jaula de hierro.» Mi abuela pensó de otro modo y nos dijo: «Estos Borbones son unos incapaces y Bonaparte los echará para siempre. ¿Cómo pueden creer que los generales que traicionaron al emperador no los traicionarán a ellos?»

No recuerdo qué ocurrió en Nohant durante los *cien días.* Estaba cansada de oír hablar de política y no me daba cuenta del significado de todos esos cambios de opinión. Cada día llegaban noticias de la entrada triunfante de Napoleón en las ciudades que atravesaba; muchos que habían gritado: «¡Abajo el tirano!», volvían a ser bonapartistas. Yo pensaba que todo el mundo estaba loco y volví a experimentar el sueño que tuve cuando la campaña de Rusia. Me vi de nuevo con alas y me acercaba al emperador para pedirle cuentas de todo el mal y de todo el bien que de él se decía.

La presencia de los enemigos en París hacía imposible la existencia de las personas que no estaban de acuerdo con ellos. Mi madre se vino a Nohant a pasar el verano con nosotros. Hacía como ocho meses que no la veía. Mi alegría fue enorme al encontrarme con ella. A su lado mi vida se transformaba. Rosa perdía su autoridad sobre mí y con muy buena voluntad se olvidaba de sus

rudezas. Más de una vez pensé quejarme a mi madre por los malos tratos que me daba esa mujer, mas ella no temía la llegada de mi madre y se alegraba con toda su alma de volver a ver a *madame Maurice.* Al verla preparar el cuarto con tanta solicitud y contar los días y las horas que faltaban para su llegada, yo le perdonaba todo; no solamente no traicioné el secreto de sus violencias, sino que hasta tuve el valor de negarlas, cuando mi madre entró en sospechas. Un día mi hermano y yo nos habíamos embadurnado las manos, la cara y los vestidos con una pasta verde que habíamos fabricado para cazar pájaros. De repente vi llegar a Rosa; mi primer impulso fue el de escaparme.

Mi madre me acosó a preguntas sobre la causa de mi temor, provocado por la presencia de Rosa. Tuve que llegar hasta a mentir por primera vez para no delatar a mi criada.

Rosa no supo nunca lo que yo había hecho por ella. Se dulcificó mientras estuvo mi madre en Nohant; más tarde, me hizo pagar cara mi flojedad hacia ella. Tuve el orgullo de no decirle nada de lo ocurrido y, como de costumbre, soporté en silencio y resignada la opresión y los ultrajes.

Un espectáculo imponente y lleno de emociones me desligó del sentimiento de mi propia existencia durante una parte del verano que mi madre pasó conmigo en 1815. Fue el paso y el licenciamiento del ejército del Loira. Se sabe que después de haberse servido de Davoust para engañar a este noble ejército, después de haberle prometido completa amnistía, el rey publicaba el 24 de junio una ordenanza por la cual debían comparecer ante el consejo de guerra: Ney, La Bedoyère y algunos militares más, muy queridos en el ejército y en Francia. Otros eran condenados al destierro. El príncipe de Eckmühl había renunciado porque su posición de generalísimo del ejército del Loira no era sostenible. Fue reemplazado por Macdonald, quien debía encargarse del licenciamiento de esas tropas, trasladando a Bourges su cuartel general.

Hasta entonces, confieso que no podía diferenciar el espíritu de partido del espíritu nacional. Me asustaban los instintos bonapartistas que se despertaban en mí cuando oía maldecir, calumniar y envilecer todo lo que había visto respetar la víspera.

Mi abuela opinaba que una monarquía moderada por

instituciones liberales, un sistema de paz duradera, el retorno del bienestar, de la libertad individual, de las artes y de las letras, serían más beneficiosos a Francia que el reinado del zar. Creía que en cuanto pasara la cólera europea contra Francia, se entraría en una era de calma y de seguridad bajo el gobierno de los Borbones, a quienes no amaba, pero a quienes consideraba como la garantía de un porvenir mejor. Decía que sin ellos nuestra nacionalidad estaba perdida; que Bonaparte la había comprometido seriamente al pretender extenderla demasiado; que si no se hubiera forzado la caída del emperador, la situación de Francia hubiera sido desastrosa después de haber perdido la guerra; que Francia hubiera sido desmembrada y sus habitantes hubieran debido tomar la nacionalidad de los países a los cuales quedaban anexados. Mi madre se dejaba convencer por ese razonamiento y yo la imitaba. Estaba algo desilusionada del Imperio y ya resignada a la restauración, cuando un día ardiente de verano vimos relumbrar en todas las faldas del valle Negro las gloriosas armas de Waterloo. Fue un regimiento de lanceros, diezmado por ese gran desastre, el primero que se instaló en nuestra campiña. El general Colbert estableció su cuartel general en Nohant; el general Subervic ocupaba el castillo de Ars, situado a media legua de Nohant. Todos los días esos generales, sus ayudantes de campo y una docena de oficiales principales, almorzaban o comían en nuestra casa. El general Subervic era, entonces, buen mozo, muy galante con las señoras, alegre y juguetón con los niños. Como yo me había familiarizado, por su culpa, demasiado con él y al jugar me había dado un tirón de orejas un poco fuerte, me vengué con una broma cuyo alcance no medí. Fabriqué una escarapela blanca y con un alfiler la coloqué sobre la escarapela tricolor de su sombrero. Todo el ejército usaba todavía los colores del Imperio. Fue a La Chatre con esa escarapela y se extrañó de ver las miradas que todos los oficiales y los soldados echaban a su sombrero. Por último, un oficial le preguntó la explicación de esa escarapela; como él no comprendiera nada, se sacó el sombrero y vio lo que había en él. Inmediatamente adivinó quién podía ser la autora de esa broma. Volví a ver a este buen general en 1848, después de la revolución y cuando acababa de aceptar la cartera de guerra. No había olvidado ninguna de las circunstancias de su paso por Nohant en 1815, me

reprochó lo de la escarapela blanca y yo le recordé su tirón de orejas.

Al oír hablar a mi abuela y al observar su aspecto distinguido, se notaba que pertenecía al partido realista. Se suponía en ella más entendimiento con este partido que el que realmente sentía. Era la hija del mariscal de Sajonia. Había tenido un valiente hijo en el ejército y, por lo tanto, brindaba hospitalidad amable y delicadas atenciones a esos *bandidos del Loira,* en quienes veía a los hermanos de armas de su hijo. Además, como mi abuela inspiraba respeto afectuoso, esos oficiales se abstenían de decir en su presencia una sola palabra que pudiera herir sus opiniones. Un día Deschartres, que no sabía medir sus palabras, excitó un poco al general Colbert. Sus ojos negros comenzaron a despedir llamas, sus mejillas se colorearon y no pudo contener su indignación:

—¡No, no hemos sido vencidos! —exclamó—. Hemos sido traicionados y continuamos siéndolo… Quieren licenciarnos porque somos la última esperanza de la patria; pero podemos desobedecer esa orden por considerarla un acto de traición y una injuria. Esta región es excelente para organizar la resistencia y se podría formar aquí una nueva Vendée patriótica. ¡Aj, el pueblo, los campesinos! —añadió levantándose con un cuchillo en la mano—, ya lo veréis unirse a nosotros. Podremos quedarnos varios meses escondidos en los caminos y en los campos. Durante ese tiempo Francia entera se sublevará; y si nos abandonaran, será mejor morir gloriosamente, defendiéndose, antes de caer bajo el yugo enemigo.

Deschartres no decía ya nada, mi abuela tomó al general por el brazo, le sacó el cuchillo de la mano, le obligó a sentarse y todo eso con un modo tan cariñoso y tan maternal que él se emocionó. Tomó las manos de la anciana señora, las cubrió de besos, pidiéndole perdón por haberla asustado, y, como su dolor sobrepasara a su odio, rompió a llorar. Lloramos todos, salvo Deschartres, a quien un cierto respeto ante la desgracia cerraba la boca. Mi abuela llevó al general a la sala.

—Mi querido general; en nombre del cielo —le dijo—, desahóguese, llore; pero no vuelva a repetir esas cosas ante otras personas. Yo respondo de las que me rodean, pero en estos tiempos es exponer vuestra cabeza hablar en esa forma.

—Usted me aconseja prudencia, querida señora —le dijo.

—Debía aconsejarme temeridad, en cambio. Esto es un segundo Waterloo, pero un Waterloo vergonzoso. Un poco de audacia nos salvaría.

—La guerra civil —exclamó mi abuela—; quiere usted que comience una nueva guerra civil en Francia. Napoleón sacrificó su orgullo antes de recurrir a esa solución. Sepa que nunca lo quise, pero lo admiré el día en que prefirió abdicar antes que enfrentar a unos franceses contra otros. El mismo desaprobaría hoy vuestra tentativa. Siga su ejemplo.

Sea porque esas razones impresionaron al general, o sea porque más tarde reflexionara en una forma parecida a la de mi abuela, el asunto fue que se calmó en tiempo de los Borbones.

Una mañana, mientras almorzábamos con varios oficiales lanceros, se habló del valiente coronel Sourd, caído según se creía en Waterloo. Todos lamentaban su desaparición, porque había sido un héroe en la guerra y un hombre excelente en la intimidad.

—¡Pobre Sourd! —dijo el general—; lo recordaré toda mi vida.

Mientras decía estas palabras, la puerta se abre. Un oficial mutilado, faltándole un brazo, con la cara vendada, aparece y corre hacia sus compañeros. Todos se levantan, un grito se escapa de sus pechos, se precipitan sobre él, lo besan, lo abrazan, lo interrogan; todos lloran y el coronel Sourd termina con nosotros ese almuerzo que había empezado con su elogio fúnebre.

Al cabo de unos días, los oficiales salieron de Nohant. Mi abuela estimaba tanto al general Colbert, que lloró cuando se fue. Todos los oficiales habían sido tan amables con nosotros que lamentamos su partida. A medida que el licenciamiento se realizaba, mi interés por ellos desaparecía, porque yo me daba cuenta que con preferencia se preocupaban más por el porvenir que por el pasado. Muchos ya se habían alistado en las filas de la restauración. Mi abuela los felicitaba por esa actitud. Ese entusiasmo realista repugnaba a mi madre; y a mí, por consiguiente.

Era un espectáculo imponente ese desfile continuo del ejército por nuestro valle. Todos los caminos estaban cubiertos por esas nobles falanges que desfilaban en orden y en medio de un silencio mortal. Era la última vez que debíamos ver esos uniformes tan hermosos, esas caras bronceadas, esos orgullosos soldados tan terribles en los combates, tan humanos y tan disciplinados durante

la paz. Podíamos pasearnos a cualquier hora mi madre y yo por todos lados, sin temer el menor insulto.

Pasó también el regimiento de mi padre. Algunos oficiales que lo habían conocido entraron en casa y quisieron saludar a mi abuela y a mi madre. Los recibieron entre sollozos. Un oficial del cual olvidé el nombre, exclamó al verme: «¡Ah!; ésta es la hija, el parecido con su padre es asombroso.» Me tomó en sus brazos y besándome me dijo; «La vi muy chiquita en España; su padre era un valiente militar y bueno como un ángel.»

He dicho que mi hermano era muy observador y muy oportuno por su edad. Comentaba conmigo sus observaciones y consideramos que la reconciliación del nuevo gobierno con el ejército empezaba por los grados más altos. Así, cuando pasaban las últimas tropas, los oficiales superiores exhibían con aire satisfecho estandartes con flores de lis bordadas (decían) por la duquesa de Angulema. Los oficiales de menor grado dudaban todavía. Los suboficiales y los soldados eran francamente bonapartistas; y cuando recibieron la orden de cambiar la bandera y la escarapela, vimos quemar águilas cuyas cenizas fueron bañadas por las lágrimas. Cuando terminó el desfile nos sentimos muy tristes. Habíamos asistido a los funerales de nuestra nacionalidad y al entierro de la gloria. En mi abuela se reavivaron los recuerdos; mi madre, al ver esos jóvenes y brillantes oficiales, se había dado cuenta de que no podía amar de nuevo y que su vida, joven aun, transcurriría en la soledad y en la pena. Deschartres tenía la cabeza deshecha por haber debido distribuir diariamente centenas de alojamientos. Nuestros criados estaban extenuados de haber servido día y noche a más de cuarenta personas, durante dos meses; las precarias finanzas de mi abuela y su sótano quedaron resentidos; mas como gustaba hacer los honores de la casa, comprobó sin quejarse que las rentas de un año habían desaparecido.

De tanto andar con los soldados, en mi hermano se había despertado el deseo de ser militar y no se le podía hablar de estudios. Yo estaba aburrida de no hacer nada, pues desde muy joven el ocio ha sido para mí cansador.

Con todo, me costó mucho reanudar el estudio. El cerebro necesita ejercicio moderado, pero continuado. Nohant no era ya tan íntimo como en el pasado; las autoridades de la ciudad vecina

habían sido reemplazadas por realistas entusiastas que visitaban a mi abuela.

Mi primo René de Villeneuve vino a visitarnos en otoño. Mi abuela le habló del porvenir de mi hermano y René la entusiasmó para que lo hiciera entrar en un regimiento de caballería, donde esperaba poder ayudarlo para que hiciera carrera. Mi hermano saltó de alegría pensando que tendría un caballo y botas durante toda su vida. Algún tiempo después, Hipólito iba a reunirse con su regimiento de húsares a Saint-Omer. Mi madre regresó a París y a principios del año 1816 me encontré sola en Nohant con mi abuela, Deschartres, Julia y Rosa. Entonces transcurrieron para mí los años más largos y melancólicos de mi vida.

Capítulo XXXVII

No puedo seguir mi vida como un relato continuado, pues hay mucha inseguridad en mi memoria, con respecto al orden de los pequeños acontecimientos ocurridos. Sé que pasé en Nohant, sin ir a París, los años 1814, 15, 16 y 17. Resumiré mi desarrollo moral durante esos cuatro años.

Los únicos estudios que me agradaron realmente, fueron la historia, la geografía, la música y la literatura. Podría reducir todavía esas preferencias a la literatura y a la música, pues lo que me apasionaba en la historia no era esa filosofía que la teoría moderna del progreso nos ha enseñado a deducir del encadenamiento de los hechos.

En la época en que yo aprendí historia, no se tenía noción de orden ni de conjunto en la apreciación de los hechos. Hoy, el estudio de la historia, puede ser la teoría del progreso. Nos hace asistir a la infancia de la humanidad, a su desarrollo, a sus ensayos, a sus esfuerzos y a sus conquistas sucesivas. En la teoría del progreso, Dios es uno solo, como la humanidad es también una sola. No hay más que una religión, que una verdad anterior al hombre, coeterna con Dios y cuyas diferentes manifestaciones en el hombre y por el hombre, son la verdad relativa y progresiva de diversas fases de la historia. No hay nada más simple, nada más grande, nada más lógico. Con esta noción, con este hilo conductor en una mano: la humanidad *eternamente progresiva;* con esta antorcha en la otra: *Dios eternamente revelador y revelable,* no es posible perderse en el estudio de la historia de los hombres, puesto que es la historia de Dios en sus relaciones con nosotros.

En mi época, se estudiaban por separado varias historias, que no tenían ninguna relación entre ellas. Por ejemplo, la historia sagrada y la historia profana eran contemporáneas una de otra. Había que estudiarlas sin saber si existía alguna relación entre ellas. ¿Cuál era

la verdadera, cuál la falsa? Las dos estaban llenas de milagros y de fábulas igualmente inadmisibles para la razón. Más aún porque el Dios de los judíos era el único verdadero Dios. Nadie me lo explicaba y yo estaba en libertad de rechazar al Dios de Moisés y a Jesús, tanto como al dios de Homero y de Virgilio.

Saber por saber era el verdadero objeto de mi educación. No era cuestión de instruirse para mejorar, para ser feliz o más hábil. Se aprendía para estar en condiciones de conversar con las personas instruidas, para poder leer los libros que uno tenía en su biblioteca y para ocupar el tiempo. Yo necesitaba otro motivo, otro estimulante. Si me hubieran dicho que al estudiar agradaba a los seres queridos, y se hubiera apelado a mi obediencia y a la conciencia del deber, hubiera comprendido esas insinuaciones. Nunca conocí la rebelión contra los seres amados y acepté siempre la dominación natural impuesta por la edad y por la sangre. He ahí por qué mi abuela y mi madre y las religiosas de mi convento dijeron que yo era muy suave, a pesar de mi testarudez irreductible. Empleo la palabra «suave» porque me ha sorprendido ver que todas empleaban esa expresión para describir mi carácter de niña. Yo no era suave, ya que no cedía interiormente. Mas, para no ceder en los hechos hubiera sido necesario que yo odiara; y, por el contrario, amaba. Eso prueba que yo prefería el afecto al razonamiento y que al obrar obedecía más a mi corazón que a mi cabeza.

Por afecto a mi abuela, estudié con entusiasmo todo lo que me aburría: versos, cuya belleza no comprendía; latín, que me parecía insípido; la versificación, que era como una camisa de fuerza impuesta a mi inclinación poética; la aritmética, tan opuesta a mí, que hacer una suma me descomponía… Por complacerla, estudié también historia; ahí mi sumisión quedó recompensada, porque la historia me agradó muchísimo. La disfruté bajo el aspecto puramente literario y romántico. Me apasionaron las grandes figuras, las hermosas acciones, las raras aventuras, los detalles poéticos; y para mí fue un placer relatar todo eso y darle forma adecuada en mis resúmenes.

Poco a poco me di cuenta de que mi abuela, encontrando mis composiciones bien escritas en relación con mi edad, no consultaba el libro para ver si mi versión era fiel. Al comprobar esto, dejé de llevar los libros para que mi abuela controlara y al escribir aumenté

mis apreciaciones personales. Fui más filósofa que mis historiadores profanos, y más entusiasta que mis historiadores sagrados. Dejándome llevar por mi emoción y no preocupándome de estar de acuerdo con la opinión de mis autores, daba a mis relatos el color de mis pensamientos y hasta forma agradable a algunos asuntos áridos. No alteraba los hechos esenciales, mas cuando un personaje insignificante o poco descripto caía bajo mi mano, obedeciendo a una necesidad artística invencible, le daba rasgos particulares, que deducía bastante lógicamente de su papel o de la naturaleza de su acción dentro del drama general. Incapaz de someterme ciegamente al juicio del autor, si no rehabilitaba lo que él condenaba, trataba por lo menos de explicarlo y de excusarlo; y, si lo encontraba demasiado frío, dejaba correr mi imaginación en términos que causaban gracia a mi abuela por la exageración simple de los mismos. También aprovechaba la oportunidad para deslizar algunas descripciones en medio del relato. Para eso me bastaba una frase corta del texto o una indicación escueta. Mi imaginación hacía lo demás: intervenía el sol, la tormenta, las flores, las ruinas, etc. Es cierto que no siempre disfrutaba de esta disposición poética y a veces me limitaba a copiar textualmente las páginas del libro. Eso sucedía en momentos de pereza y de distracción. Me desquitaba de ellos con placer cuando la inspiración surgía de nuevo en mí.

En la misma forma procedía con la música. Estudiaba los trozos que debía ejecutar ante mi abuela; en cambio, cuando estaba sola los arreglaba a mi paladar; agregaba frases, cambiaba formas e improvisaba cuando me parecía bien. Empezaba a cansarme con la música que me enseñaban. Mi abuela creyó que ya no podría dirigirme y me puso bajo la dirección del organista de La Chatre. Este señor Gayard sabía música, mas no la sentía. Tenía un aspecto ridículo. Vestía siempre ropas del antiguo régimen, a pesar de no tener cincuenta años de edad. Con él progresaba aparentemente; en realidad, no aprendía nada y perdía el respeto y el amor por la música. Me traía música fácil y tonta y, según él decía, brillante. Por suerte, a pesar suyo, de vez en cuando se deslizaban trozos hermosos, sonatas de Steibelt, páginas de Gluck, Mozart y estudios de Pleyel y Clementi. Prueba de que yo sentía la música es que sabía distinguir en ella lo que realmente valía, y lo tocaba con un sentimiento que agradaba a mi abuela, pero que no era apreciado

por el organista.

No me hicieron practicar el canto y, sin embargo, ahí estaba mi vocación. Experimentaba gran placer al improvisar en prosa o en verso recitados o fragmentos de melodía lírica, y me parecía que con el canto hubiera podido expresar mis sentimientos y mis emociones. Cuando estaba sola en el jardín, cantaba todas mis acciones. «Rueda, rueda, carretilla mía; creced, creced, hierbas que riego; lindas mariposas posaos sobre mis flores», etc.; y cuando estaba melancólica pensaba en mi madre ausente, componía endechas en tono menor, que no terminaba nunca, pero que adormecían poco a poco mi tristeza o me provocaban lágrimas que me aliviaban.

Hacia los doce años empecé a escribir. Hice varias descripciones. Una del valle Negro, visto desde cierto lugar a donde iba a pasear y en una noche de claro de luna, en verano. Recuerdo que mi abuela dijo a todos los que quisieron oírla que era una obra de arte. A pesar de los imprudentes elogios de mi abuela, no me sentí orgullosa por ese éxito. Desde entonces tengo la convicción de que ningún arte puede reproducir el encanto de la naturaleza, ni la fuerza y la espontaneidad de nuestras emociones íntimas. El entusiasmo, el ensueño, la pasión, el dolor, no pueden ser exactamente reproducidos por el arte, sea cual fuere éste y sea cual fuere el artista. Pido perdón a los artistas: los venero y los quiero, pero nunca he encontrado en ellos lo que me ha dado la naturaleza. El arte me parece una aspiración eternamente impotente e incompleta, cosa que ocurre en todas las manifestaciones humanas. Sentimos el infinito y no podemos expresarlo. El arte moderno se ha dado cuenta de este tormento de la impotencia y ha tratado de extender sus procedimientos en música y en literatura. El arte ha creído encontrar en las nuevas formas del romanticismo un nuevo poder de expansión. Con todo, el alma humana no se eleva más que relativamente y la sed de perfección, la necesidad de infinito quedan eternamente ávidas e insatisfechas. Ésta es para mí una prueba irrefutable de la existencia de Dios. Aspiramos a un ideal; ese deseo tiene un objeto. Ese objeto no está a nuestro alcance, es el infinito, es Dios.

El arte es un esfuerzo más o menos feliz para manifestar emociones que sobrepasan toda expresión. El romanticismo no ha

hecho progresar el límite de las facultades humanas. Una serie de epítetos, un diluvio de notas, un incendio de colores no expresan más que una forma elemental y simple.

Sin embargo, el arte tiene manifestaciones sublimes y no podría vivir sin consultarlas continuamente; cuanto más grandes son esas manifestaciones, más excitan en mí la sed de algo mejor; de un algo más que nadie puede darme y que no puedo encontrar yo sola, porque para expresar ese más y ese mejor se necesita algo que no existe para nosotros y que el hombre tal vez nunca encontrará. Jamás he quedado satisfecha con lo que he escrito, ni con mis primeros ensayos de los doce años, ni con los trabajos literarios de mi vejez; y en esta confesión no hay modestia de mi parte. Cada vez que he visto y sentido algún tema artístico, he esperado y he creído ingenuamente que podría expresarlo tal como se presentó. Me entregué a mi labor con entusiasmo, hasta con vivo placer y al escribir la última página he dicho:

«¡Oh; esta vez he logrado lo que deseaba!» Pero, ¡ay!, nunca he podido volver a leer un trabajo mío sin decirme: «No es esto; lo había soñado y sentido en otra forma; esto es frío, no he dicho lo que pensaba.» Y si la obra no hubiera sido propiedad del editor, la hubiera dejado en un rincón con el proyecto de rehacerla y después de eso me hubiera olvidado por completo de ella.

Enviaron a mi madre una de mis descripciones para que apreciara mis progresos; ella me escribió: «Tus hermosas frases me han causado mucha gracia; espero que no continuarás hablando de ese modo.» El juicio que hizo de mi creación poética no me mortificó; encontré que tenía razón y le contesté: «Quédate tranquila, madre mía; no seré presuntuosa y cuando quiera decirte que te quiero, que te adoro, te lo diré sencillamente, como lo hago ahora.» Dejé de escribir, mas el deseo de inventar y de componer me siguió atormentando. Necesitaba la ficción y continuamente gestaba alguna novela.

Tenía veinticinco años cuando, viendo a mi hermano escribir mucho, le pregunté qué era lo que hacía. «Quiero escribir —respondió— una novela moral en el fondo y cómica en la forma; pero no sé escribir, me parece que tú podrías redactar lo que yo esbozo.» Me hizo partícipe de su plan, que encontré demasiado raro y cuyos detalles me disgustaron. Le pregunté desde cuándo sentía la

necesidad de escribir una novela. «Siempre la tuve, contestó; cuando pienso en ella, me apasiona y me divierte a veces tanto que me río solo. En cambio cuando quiero escribirla en orden, no sé por dónde empezar. No encuentro la expresión acertada, me impaciento, me canso, quemo lo que acabo de escribir y me quedo tranquilo por unos días.»

—¡Qué equivocado estás —le dije—, al querer dar forma determinada a tu fantasía! No te das cuenta que la combates y que si renunciaras a echarla de ti continuará siempre en tu cerebro, activa, alegre y fecunda. ¿Por qué no procedes como yo, que nunca he tratado de dar forma a mis creaciones?

—¡Ah!, ¿es que padecemos de la misma enfermedad, escarbas también en el vacío? ¿Sueñas también como yo? Nunca me lo habías dicho. —Yo estaba disgustada por haberme traicionado, pero no podía desdecirme. Hipólito, al confiarme su misterio, tenía el derecho de saber el mío y le conté lo que voy a contar aquí.

Desde mi primera infancia tuve necesidad de crearme un mundo interior conforme con mis gustos, un mundo fantástico y poético; poco a poco tuve necesidad de crear también un mundo religioso o filosófico, es decir, moral o sentimental. Hacia los once años leí la *Ilíada* y *Jerusalén libertada.* ¡Qué cortos me parecieron! Me entristecí y me enfermé de pena por haberlos terminado. Ya no sabía qué más leer; no sabía cuál de esos dos poemas debía preferir; comprendía que Homero era más hermoso, más grande, más simple; pero Tasso me interesaba y me intrigaba más. Era más romántico, más de acuerdo con mi época y mi sexo. En él había situaciones que hubiera deseado continuaran siempre. Herminia en medio de los pastores, por ejemplo, o Florinda librando de la hoguera a Olinda y Sofronia. ¡Qué cuadros encantados desfilaban ante mis ojos! Yo me apoderaba de esas situaciones; los personajes pasaban a ser de mi pertenencia; les hacía obrar o hablar y cambiaba la continuación de sus aventuras de acuerdo con mis gustos, no porque creyese proceder mejor que el poeta, sino porque me cansaban sus cuestiones amorosas y yo las deseaba de acuerdo con mis sentimientos, es decir, entusiastas únicamente de religión, guerra o amistad. Prefería la marcial Clorinda a la tímida Herminia; su muerte y su bautismo la divinizaban a mis ojos. Mi odio recaía en Armida y despreciaba a Reinaldo.

Sobre estos personajes de novela planeaba el Olimpo cristiano; sobre la obra de Tasso como sobre la «Ilíada», los dioses del paganismo; y por la poesía de esos símbolos se apoderó de mí la necesidad de un sentimiento religioso. Ya que no me enseñaban religión, me di cuenta de que necesitaba una y la creé a mi antojo.

Religión y novela crecieron conjuntamente en mi alma. He dicho que los espíritus más románticos eran los más positivos y aunque esto parezca una paradoja, lo sostengo. La inclinación romántica es una manifestación del ideal.

Heme, pues, siendo criatura soñadora, cándida, aislada, abandonada a mí misma, persiguiendo un ideal y no pudiendo crear un mundo, una humanidad idealizada sin colocar en la cima a un Dios, el ideal mismo.

Ni Jehová ni Júpiter me bastaban. Hice lo que la humanidad había hecho antes que yo. Busqué un mediador, un intermediario, un Dios-hombre, un amigo divino de nuestra raza desventurada. Me preparaban para la primera comunión y yo no entendía absolutamente nada del catecismo. El Evangelio y el drama divino de la vida y de la muerte de Jesús me arrancaban en secreto torrentes de lágrimas. Yo no podía creer en los milagros de Jesús, pero amaba esa divinidad; y me dije: «Ya que toda religión es una ficción, hagamos una novela que sea una religión o una religión que sea una novela. Yo no creo en mis novelas, pero ellas me proporcionan tanta dicha como si en realidad creyera en las mismas.»

Una noche soñé con un personaje y un nombre. El nombre no significa nada; es únicamente una conjunción de sílabas. Mi fantasma se llamaba Corambé y ese nombre le quedó. Lo tomé como título de mi novela y como Dios de mi religión.

Al hablar de Corambé empiezo a relatar mi vida poética, ya que este personaje ocupó durante mucho tiempo mi imaginación; y relataré también mi vida moral, que se auna con ella. Corambé era la encarnación de mi ideal religioso.

De todas las religiones que había estudiado como motivo histórico ninguna me satisfacía completamente, si bien en todas había algo que me atraía. Jesucristo era para mí superior en perfección a todos los demás; pero la religión que me prohibía, en nombre de Jesús, amar a los demás dioses, filósofos y santos de la

antigüedad, se me hacía desagradable. En mis ficciones necesitaba la unión de la *Ilíada* y la de *Jerusalén.* Corambé era puro y caritativo como Jesús; radiante y hermoso como Gabriel; pero como yo necesitaba algo de la gracia de las ninfas y de la poesía de Orfeo, tenía formas menos austeras que el dios de los cristianos y un sentimiento más espiritual que los dioses de Homero. Además debía revestir, de tiempo en tiempo, formas de mujer; porque lo que yo más había amado hasta entonces y lo que más había comprendido era una mujer: mi madre.

Había diosas paganas que me gustaban: la sabia Palas, la casta Diana, Iris, Hebe, Flor, las Musas y las Ninfas. No quería que en mi religión faltaran esos seres encantadores. Corambé debía tener, por lo tanto, todos los atributos de la belleza física y moral: el don de la elocuencia, el encanto poderoso de las artes y, sobre todo, la magia de la improvisación musical. Quería amarlo como a un amigo, como a una hermana, y adorarlo como a un dios. No quería temerlo, y por eso deseaba que tuviera algunos de nuestros errores y debilidades. Titulé libro o canto cada una de sus fases humanas, pues era hombre o mujer cada vez que tocaba la tierra, y algunas veces el dios todopoderoso.

En cada uno de estos cantos (creo que mi poema llegó a tener por lo menos mil, sin que yo escribiera jamás una sola línea) una cantidad de personajes nuevos se agrupaban alrededor de Corambé. Mi sueño llegó hasta una especie de alucinación y yo parecía sentirme fuera del mundo real. Éste formó parte también de mi fantasía. Lo adapté a ella.

En el campo, mi hermano, Liset y yo teníamos varios amigos de ambos sexos con quienes jugábamos, corríamos y paseábamos. Mis preferidas eran María y Soledad, hijas de nuestros granjeros. Casi todos los días durante mis horas de recreo corría a la granja y encontraba a mis amigas ocupadas en cuidar las ovejas, buscar los huevos, recoger las frutas, etc. Yo las ayudaba con todo entusiasmo; así tenía el placer de quedarme con ellas. María era una criatura muy juiciosa y muy simple. Soledad, en cambio, era muy voluntariosa. Mi abuela era partidaria de que yo corriera con ellas, pero no concebía cómo podía estar a gusto en compañía de chicas tan ignorantes. Mas yo sabía cuál era la razón de esta amistad. En esa granja mi novela hallaba campo propicio para desarrollarse. Mi

imaginación transformaba allí un montículo de tres pies en una montaña, algunos árboles en un bosque. El sendero que iba desde la casa hasta el prado era para mí el camino que llevaba hasta el fin del mundo; la chacra rodeada de viejos sauces, un abismo o un lago. Mis personajes obraban, corrían y soñaban. María y Soledad eran para mí dos ninfas vestidas de aldeanas, que preparaban todo para la llegada de Corambé.

También tenía como amigo a un cuidador de cerdos, que se llamaba Plaisir. Aquellos animales siempre me inspiraron temor y como Plaisir tenía mucha autoridad sobre ellos, yo lo respetaba. Se sabe que es peligrosa la compañía de un tropel de esos animales. En ellos está muy desarrollado el instinto de solidaridad. Si uno solo se siente ofendido, da un grito de alarma y todos los demás se agrupan a su alrededor, se echan sobre el enemigo común y lo obligan a buscar salvación; no se puede pensar en correr porque el cerdo flaco es uno de los más infatigables corredores. Plaisir había domado de tal modo al jefe del tropel, al que nuestros pastores llaman el *cadi,* que lo montaba con maestría salvaje.

Walter Scott no desdeñó introducir un cuidador de cerdos en *Ivanhoé.* De haber conocido a Plaisir hubiera sacado gran provecho de él. Era un ser primitivo y talentoso en su rusticidad. Mataba los pájaros a pedradas con gran destreza. Estaba vestido durante todo el año con una blusa y un pantalón de cáñamo, prendas que, al igual que sus manos y sus pies, habían adquirido el color y la dureza de la tierra; como su tropel, se alimentaba de raíces. Yo lo comparaba con el gnomo de las glebas, que es una especie de diablo entre el hombre y el duende, entre el animal y la planta. Para mí era aún más fantástico cuando entonaba el canto de los porqueros, que es un canto raro y que como el de los pastores de nuestros prados, debe de ser sumamente antiguo.

Corambé, tomó la forma de un cuidador de cerdos. Era pobre y polvoriento como Plaisir, pero de él se desprendía un rayo por el cual reconocía su condición de dios desterrado. Los pájaros eran silfos que lo consolaban con su hermoso lenguaje.

Construí una especie de altar a Corambé, al pie del árbol principal del jardín. Me postraba ante él y pensaba qué sacrificios podía ofrecer a mi divinidad. Matar animales o insectos me pareció bárbaro e indigno de su dulzura ideal. Entonces se me ocurrió hacer

todo lo contrario; es decir, restituir la vida y la libertad a todos los animales cautivos. Liset me conseguía pájaros. Yo los colocaba en una caja sobre el altar y después de haber invocado al genio de la libertad y de la protección, los soltaba. A medida que mi poema se materializaba aumentaba la exaltación de mi fantasía. Mi culto estaba tan cerca de la devoción como de la idolatría, pues mi ideal era igualmente cristiano y pagano.

Desgraciadamente (felizmente puede ser para mi pobre cerebro que comenzaba a trabajar demasiado con este problema), mi templo fue descubierto. Desde el momento en que otros pasos hollaron ese santuario, Corambé no lo visitó más. Las dríadas y los querubines lo abandonaron. Me pareció que mis ceremonias y mis sacrificios eran sumamente pueriles. Destruí el templo con el mismo cuidado con que lo había edificado. Al pie del árbol cavé un pozo y en él enterré los adornos y restos de mi altar.

Capítulo XXXVIII

De los doce a los trece años, crecí tres pulgadas y adquirí una fuerza excepcional. Era más o menos de la altura de mi madre, pero muy fuerte y capaz de soportar marchas y fatigas. Mi abuela terminó por comprender que yo necesitaba hacer ejercicios y andar al aire libre. Durante dos años, en los cuales lloré y soñé más que nunca, corrí y anduve incansablemente. Mi cuerpo y mi espíritu se ponían en actividad alternativamente. Devoraba los libros que ponían a mi alcance y luego saltaba por la ventana, si ésta se encontraba más cerca de mí que la puerta, y corría por el jardín o por el campo como un potro en libertad. Amaba con pasión la soledad y la compañía de otros niños de mi edad. Sabía en qué campo, en qué prado, en qué camino encontraría a Fanchón, Pierrot, Liline, Rosette o Sylvain. Hacíamos estragos en la zanja, en los árboles, en los arroyos. Cuidábamos los rebaños; es decir, los descuidábamos, ya que mientras los corderos y las cabras pastaban, nosotros bailábamos o merendábamos con galletas, queso, pan moreno, etc.; ordeñábamos las cabras, las ovejas, las vacas y hasta las yeguas, cuando éstas no eran muy ariscas. Asábamos patatas sobre la ceniza. Las peras y las manzanas silvestres, las ciruelas y las moras eran deliciosas para nosotros.

Cada estación tenía sus atractivos. En tiempo del heno, ¡qué alegría poder rodar sobre las parvas! Todas mis amigas y todos mis camaradas campesinos venían a cosechar con los obreros en nuestros prados. Yo los ayudaba y les daba todo lo que podían llevar. Deschartres se enojaba; decía que los acostumbraba mal, que me arrepentiría un día de haber dado tanto y de haber permitido que tomaran lo que era mío. En esa época, Deschartres quiso hacerme conocer las ventajas que reporta el ser propietaria. No sé si es porque yo estaba predispuesta o por falta de habilidad del profesor, lo cierto es que, por reacción, me hice *comunista.* Creía

que la igualdad de las riquezas era ley de Dios, y que todo lo que la fortuna daba a uno lo rodaba a otro. Esa idea mía se modificó más tarde de acuerdo con las necesidades morales de la vida. Ese ideal quedó en mí como un sueño de felicidad paradisíaca cuando más tarde practiqué la religión católica, ese sueño que tuvo como base la lógica del Evangelio. Expuse ingenuamente mi utopía a Deschartres. No le pareció peligrosa y se tomó el trabajo de discutirla metódicamente.

—Ya cambiará usted de parecer —me decía— y llegará a despreciar demasiado a la humanidad, para querer sacrificarse por ella. Pero desde ahora es necesario combatir esos instintos de prodigalidad que hereda de su padre. Usted no tiene la menor idea de lo que es el dinero; se cree rica porque ve a su alrededor tierra que le pertenece, sembrados que maduran y animales que le reportarán todos los años un montón de dinero. Eso no significa que sea rica. A su buena abuela le cuesta bastante mantener el tren de la casa.

Me llevaba luego a visitar nuestras propiedades, porque debía yo darme cuenta del valor de mi fortuna y de cuáles eran mis gastos y mis rentas. Yo lo escuchaba con aire complacido, pero cuando quería hacerme repetir sus lecciones sobre la propiedad, comprobaba que no lo había escuchado o que me había olvidado de lo que él decía. Sus cifras no tenían significado para mí. Tomé tal aversión a la posesión de la tierra, que estoy tan ignorante a los cuarenta y cinco años como a los doce. Lo confieso con vergüenza: no distingo mis tierras de las del vecino. Yo he adorado siempre la poesía de las escenas campestres y Deschartres se empeñaba en no dejarme ver en ellas lo que a mí me agradaba. Si admiraba el aspecto imponente de los bueyes, debía escuchar toda la historia de los mismos, desde su adquisición. ¡Adiós, poesía, ideal serenidad de mi buey Apis, rey de los prados! ¡Adiós, visiones ideales que me transportaban a tiempos y lugares remotos!

Cuando yo quería ir para un lado, Deschartres me llevaba para otro. Sí durante el camino, Deschartres, con su anteojo de larga vista, veía gansos en algún trigal, debíamos escalar la cuesta y bajo el ardiente calor del verano ir a espantar a esas aves. Luego se sorprendía a algún muchacho robando frutas de un árbol. Y al asno del vecino que había franqueado el cerco y se hartaba con nuestro

heno. Delitos como éstos había que reprimir continuamente. Si mi abuela se enteraba del asunto, me daba dinero para que a escondidas de Deschartres entregara al culpable el importe de la multa. Esto tampoco me agradaba; no satisfacía mi ideal de igualdad fraternal. Al perdonar a esos campesinos creí humillarlos. Me chocaba su agradecimiento y trataba de hacerles comprender que lo único que hacía era justicia. Maldecía la casualidad que me había hecho nacer en una clase social más elevada. Hubiera deseado ser pastora, llamarme Naniche o Pierrot y poder llevar mis animales por los caminos sin preocupaciones y sin temer un porvenir que me parecía tan complicado y tan antipático. Pensaba que la fortuna que heredaría no me serviría más que de estorbo; y no creo haberme equivocado.

Me sentía también inclinada a cultivar mi inteligencia, a pesar de que consideraba que la ciencia era pura vanidad. De repente, en medio de mis diversiones campestres, experimentaba un fuerte deseo de encontrarme sola o de leer un libro; y pasando de un extremo a otro, con actividad febril me entregaba a los libros durante varios días. Era difícil definir mi carácter: turbulenta hasta la locura; seria y tranquila hasta la tristeza.

Deschartres se había dulcificado mucho desde la partida de mi hermano. Pero, a veces me amenazó con pegarme; yo estaba siempre en guardia dispuesta a no permitírselo.

Un día me arrojó un grueso diccionario de latín por la cabeza. Me hubiera matado si no me inclino rápidamente. No dije nada; recogí mis cuadernos y mis libros, los puse en el armario y me fui a pasear. Al día siguiente me preguntó con afectada tranquilidad, haciendo como si hubiera olvidado el incidente, si había hecho mi versión en latín:

—No —le dije—, ya estoy harta de latín y no quiero aprender más.

No me habló ya del asunto y el latín quedó olvidado. Esta aventura no me impidió amarlo. Como ambos éramos francos no podíamos estar enemistados.

En otoño e invierno nos divertíamos más, pues los niños del campo están más desocupados. Estos niños que viven en contacto con la naturaleza sin comprenderla, tienen la facultad de ver con los ojos del cuerpo todo lo que les presenta la imaginación.

Una de las creencias de nuestro valle Negro es la existencia de un ser fantástico, terrible en su aspecto y en sus actos, al que llamaban la «gran *bestia*».

Durante largo tiempo creí que esa bestia existía. Suponía que esa bestia era noctámbula y anfibia; y que el terror impedía que los campesinos la observaran y describieran bien.

Tardé mucho tiempo en convencerme de que ese animal no existía. Sin embargo, el campesino no hace perdurar esas mentiras por el placer de transmitir un error. El campesino es un animal primitivo. No tiene la misma organización que el hombre de la ciudad, animal más civilizado y más razonable, aunque menos poeta y menos sincero. La historia del campesino está hecha a base de tradición y de leyenda. Es así como Juana de Arco escuchaba realmente las voces celestiales que le hablaban. Era una alucinada y, sin embargo, no estaba loca. Los hombres rústicos que me han contado sus *apariciones* no son locos, ni cobardes; aseguran haber visto a la bestia y agregan que aún la ven. Las leyendas cobran cuerpo en su imaginación y en cualquier hecho imprevisto creen ver una manifestación sobrenatural a la que relacionan con sus creencias o supersticiones.

Fui testigo de una de esas alucinaciones. Volvía de Saint-Chartier acompañada de un monaguillo, a quien el cura había mandado para que me acompañara y llevara unas palomas en una canasta. Era un muchacho de unos catorce años; alto, fuerte, sano, de espíritu tranquilo y muy despierto. Eran las tres de la tarde de un día hermoso de verano. Atravesamos los campos y los prados caminando tranquilamente por los senderos. El muchacho se detuvo para arreglar uno de sus zuecos y me dijo: «Siga caminando que en seguida la alcanzaré.» No había caminado treinta pasos cuando lo vi llegar pálido y con los cabellos erizados. Había dejado sus zuecos, la canasta y las palomas en el lugar donde se había detenido. Creyó haber visto un hombre espantoso que lo amenazaba con un palo. En esa época tenía diecisiete o dieciocho años y no era miedosa. «Debe ser —dije— un pobre vagabundo muerto de hambre, vamos a ver de qué se trata.» No quiso acompañarrúe, porque estaba convencido de que aquello no era *un hombre humano* sino *un hombre hecho como una bestia.* Me encaminé sola hacia aquel lugar. El valor que demostré en tal ocasión no lo hubiera tenido tres años antes; porque

en esa época vivía entre los pastores, que me habían transmitido algo de sus temores. Aunque no creía en los fantasmas, estaba vivamente impresionada. En aquel entonces me turbaban los cuentos que oía de boca de los habitantes de la región. En mis novelas he relatado muchas de esas escenas rústicas, pero no he podido relatar en cambio esas historias maravillosas y absurdas que se escuchaban con tanta emoción. El sacristán tenía su poesía peculiar: revestía con lo maravilloso las cosas que eran de su dominio, sepulturas, campanas, la lechuza, el campanario, los ratones, los murciélagos, etc.

No hay animales insignificantes ni objetos inanimados que el campesino excluya de sus relatos, y el cristianismo de la Edad Media es tan fecundo en personificaciones mitológicas como lo fueron las religiones anteriores. Yo escuchaba esos relatos con avidez, lo cual era un mal para mí, porque luego no podía dormir.

Me ha gustado siempre el invierno en el campo. Nunca he comprendido por qué los ricos han hecho de París un lugar de fiestas en la estación del año más enemiga de bailes, de *toilettes* y de diversiones. La naturaleza nos invita en invierno a la vida de familia, reunidos alrededor del fuego.

Los ingleses ricos lo comprenden bien y pasan el invierno en sus castillos. En París se imaginan que la naturaleza permanece muerta durante seis meses, sin embargo, los trigales empiezan a crecer en otoño y el *pálido sol* del invierno es el más vivo y el más brillante del año.

Durante el invierno mi abuela me permitía instalar *mi sociedad* en el gran comedor, entibiado por una vieja estufa. Mi sociedad estaba formada por algunos chicos de los alrededores.

En esa época me anunciaron que haría mi primera comunión.

Aprendí el catecismo como un loro, sin tratar de comprenderlo ni pensar en burlarme de los misterios, pero muy decidida a no creer en ellos y a olvidar todo en cuanto el *asunto hubiera terminado,* como decían en mi casa. La confesión me repugnó, aunque el cura respetó, debo decirlo, la ignorancia de mi edad y no me dirigió ninguna de esas preguntas infames con las que, a menudo, un sacerdote hiere, conscientemente o no, el pudor de la niñez. Yo conocía algunos de mis errores, pero no me parecieron suficientes como para que el señor cura se contentara con ellos. Había mentido

una vez a mi madre para disculpar a Rosa y luego muy a menudo a Deschartres en beneficio de Hipólito. Sin embargo, no era mentirosa y no tenía necesidad de serlo. Había sido un poco golosa, pero de ello hacía mucho tiempo. Había sido irritable y violenta, cosa que ya no ocurría. ¿De qué podría acusarme, además de haber preferido el juego al estudio, haber perdido mis pañuelos y desgarrado mis vestidos, cosas que mi criada calificaba como de *terrible criatura*? El sacerdote se conformó con mis pecados y por penitencia me ordenó recitar la oración dominical al salir del confesionario. Dicha penitencia me pareció muy dulce, pues tal oración es hermosa, sublime y sencilla; y la dirigí a Dios con todo mi corazón. Con todo, me sentí muy humillada por haberme arrodillado ante un sacerdote por tan poca cosa.

Nunca se llevó a cabo con más rapidez una primera comunión. La víspera del día fijado para la ceremonia pasé la tarde y la noche en la casa de una encantadora amiga nuestra. Tenía dos hijos menores que yo. Había también otros niños; yo me divertí enormemente, pues jugamos mucho y me fui a dormir tan cansada que no me acordé para nada de la solemnidad del día siguiente. Llegó mi abuela. Se había decidido a asistir a mi primera comunión, después de mucho meditarlo; pues no había puesto los pies en una iglesia desde el casamiento de mi padre. La señora Decerfz me dijo que le pidiera su bendición y perdón por todos los malos ratos que podía haberle ocasionado. Así lo hice y mi querida abuela me besó y me llevó a la iglesia. En cuanto estuve allí empecé a considerar qué era lo que iba a hacer; aún no había pensado en ello. ¡Estaba tan asombrada al ver a mi abuela en la iglesia! El sacerdote me había dicho que era necesario creer, que si no se cometía un sacrilegio; yo no deseaba ser sacrilega y no me sentía impía; mas no creía. Mi abuela había impedido que yo creyese y, sin embargo, me había ordenado comulgar. Yo me preguntaba si ambas no estaríamos cometiendo una hipocresía; y, a pesar de mi apariencia serena y seria, me sentí muy incómoda en esa situación.

De repente pensé algo que me calmó. Recordé la cena de Jesús y estas palabras: «Éste es mi cuerpo y ésta es mi sangre» y las vi como una metáfora; Jesús era demasiado grande y demasiado santo para haber querido engañar a sus discípulos. Los había convidado a una comida fraternal y los había invitado a probar juntos el pan en

memoria suya. Al encontrarme en la mesa de comunión al lado de una pobre mendiga anciana, quien recibió devotamente la hostia antes que yo, tuve la primera explicación de estos ágapes de la igualdad, cuyo símbolo había desconocido o falsificado la Iglesia.

Salí muy tranquila de la santa mesa. Ocho días después me hicieron tomar la segunda comunión y luego no me hablaron más de religión, como si nada hubiera sucedido.

Para las grandes fiestas me mandaban a La Chatre para que asistiera a las procesiones y a los oficios. Yo no dejaba pasar esas ocasiones por mi afán de estar en la casa de la familia Decerfz, donde me recreaba con los chicos y embarullaba todo, rompiendo los muebles y las muñecas, y sacudiendo, a veces, a los niños, demasiado débiles para mis modales de campesina.

Cuando volvía a casa, cansada de tanto ejercicio, me sumergía en mis accesos melancólicos. Me entregaba a la lectura. Mi abuela me pedía que trabajara ordenadamente. Nada hay más parecido al artista que el niño. Tiene sus temporadas de trabajo y de pereza, deseos ardientes de producción y de ocio.

Llegó a La Chatre un conjunto de artistas ambulantes, bastante bueno entre paréntesis, y representó melodramas, comedias, vodeviles y óperas cómicas. Había buenas voces, un primer cantor y dos cantantes bastante buenos.

La primera vez que fui a la función de La Chatre, nuestros antores ambulantes representaron *Alina, reina de Golconda.* Regresé transportada de alegría y sabiendo casi toda la ópera de memoria, canto, palabras, acompañamientos y hasta los recitados.

Vi muchas otras obras, todas lindas, fáciles y alegres como eran las operetas de ese tiempo. Me entregué con todo entusiasmo a la música, cantaba todo el día y durante la noche lo hacía soñando. La música había poetizado todo para mí. No me daba cuenta de la miseria de los decorados y de lo absurdo de los trajes; mi imaginación y el prestigio de la música suplían todo lo que faltaba.

Soy bastante vieja y, sin embargo, en muchos aspectos Dios me ha concedido la gracia de permanecer niña. Los espectáculos me divierten algunas veces como si aun tuviera doce años. Los que son más de mi agrado son los ingenuos… Somos una raza desventurada y tenemos necesidad de olvidar las cosas de la vida real con las mentiras del arte; cuanto más miente, más nos divierte.

Capítulo XXXIX

A pesar de todas esas diversiones, vivía en mi corazón el recuerdo de mi madre ausente. Recordaba sus promesas, aunque ella parecía haberlas olvidado. Protestaba en secreto contra mi suerte, que mi abuela quería asegurar. Despreciaba la instrucción, el talento y la fortuna. Deseaba ver a mi madre. Estaba resuelta a compartir su suerte; ser pobre, ignorante y trabajar con ella. Los días en que esta idea me dominaba descuidaba mis lecciones, debo confesarlo. Me regañaban y entonces mi resolución se hacía más obstinada. Un día recibí una reprimenda más fuerte que de costumbre. Al salir del cuarto de mi abuela, arrojé al suelo mi libro y mis cuadernos; y creyéndome sola, exclamé: «Si, es cierto, no estudio porque no quiero. Tengo razones, las sabrán más tarde.»

Julia estaba detrás de mí. «Usted es una niña mala —me dijo—, y lo que piensa es peor que lo que hace. Se le perdonaría su mala conducta si fuera por pereza o por naturaleza; pero, como lo hace por mala voluntad, merecería que su abuela la echara de aquí y la mandara con su madre.»

—¡Mi madre —exclamé— mandarme a la casa de mi madre! ¡pero si eso es todo lo que pido y lo que más deseo!

—Vamos, no piense en eso —me contestó Julia—; habla así porque está enojada. Me guardaré muy bien de repetir esas palabras a su abuela: de lo contrario; usted se arrepentiría más tarde de lo que ha dicho.

—Julia —le respondí con vehemencia—: la oigo muy bien y la conozco. Sé que cuando usted promete callarse es porque está decidida a hablar. Sé que cuando usted me interroga con dulzura es para arrancarme la verdad de lo que pienso y transformarlo a los ojos de mi abuela. Lo que tengo en el corazón usted lo sabrá y la autorizo para que lo repita. Quiero irme al lado de mi madre y no separarme más de ella. Es a ella a quien amo y la amaré siempre. A

ella sola quiero obedecer.

Julia acudió a repetir a mi abuela todo lo que yo había dicho. Cometió una mala acción porque le desgarraba el corazón, que ya no tenía fuerzas para luchar. El menor dolor reavivaba en ella el recuerdo de su hijo y sus celos contra la mujer que le había disputado el corazón de ese hijo adorado y que ahora le disputaba el mío.

Julia vino después a anunciarme que debía quedarme en mi habitación: «No verá usted más a su abuela, ya que la detesta. Dentro de tres días saldrá para París»

—Usted miente, le dije, yo no detesto a mi abuela, la quiero; pero amo más a mi madre y sí vuelvo a ella daré gracias a Dios, a mi abuela y a usted misma.

Subí a mi cuarto y pasé tres días sin ver a mi abuela. Me hacían bajar para comer cuando ella ya había terminado de hacerlo. Los criados parecían consternados; pero como mi aspecto era tan altivo, nadie se atrevió a dirigirme la palabra. Nadie me hizo estudiar durante el tiempo de mi expiación.

Pasé esos tres días dialogando con Corambé. Le contaba mis penas y él me consolaba encontrando bien mi actitud. Yo creía sufrir por el amor de mi madre, por el amor de la humanidad y de la pobreza. Habían querido humillarme aislándome como a un leproso en donde habitualmente todo me sonreía y lo único que consiguieron fue que cada día estuviera más satisfecha con mi actitud. Comparaba mi desgracia con la de los personajes históricos que había leído y me comparaba con los grandes ciudadanos condenados al ostracismo a causa de sus virtudes.

Mas el orgullo es una compañía poco agradable y me cansé de él cierto día. «Esto es muy tonto, pensé; no preparan mi partida, por lo tanto no piensan mandarme con mi madre. Quieren poner a prueba mi resistencia. No saben apreciar cuánto deseo vivir con ella, y es necesario que lo vean. Continuaré impasible. Cuando vean que no cambio de parecer me harán partir y entonces podré hablar con mi abuela; le diré de tan buen modo que me perdonará y me devolverá su amistad.»

Al momento traté de entrar en su cuarto y al encontrar la puerta cerrada me fui al jardín. Allí encontré a una pobre mujer anciana, a quien se había permitido recoger la leña que estaba en el suelo. Me

puse a ayudarla y busqué una podadera para hacer cortar las ramas secas de los árboles que estaban a mi alcance. Yo era fuerte como una campesina y pronto derribé muchas ramas. Nada hay que entusiasme más que el trabajo físico cuando una idea o un sentimiento embargan el espíritu. Llegó la noche y yo estaba aún en plena tarea preparando para la anciana una provisión semanal en lugar de la provisión diaria que a duras penas hubiera podido reunir. Me había olvidado de comer y nadie me llamó para tal efecto. Cargué sobre mis espaldas una gavilla de leña bien pesada y la llevé hasta su casucha, que quedaba en el extremo de la aldea. Estaba sudando y sangrando, pues la podadera me había herido las manos y las espinas me habían rasguñado la cara.

Llegué a la casucha de la buena mujer cuando las primeras estrellas brillaban en el cielo, que aún estaba rosado.

—¡Ah, preciosa mía —me dijo—, qué cansada está usted, se enfermará!

—No —le contesté—. Pero, como he trabajado mucho para usted, espero que me dará un poco de pan, porque tengo gran apetito.

De su pan negro me cortó un gran pedazo, que comí sentada sobre una piedra, delante de la puerta, mientras ella hacía rezar a sus hijitos y los acostaba.

Cuando regresé a casa, después de haber creído que nadie se acordaría de mí, encontré a Rosa muy inquieta por mi ausencia. Además, desde que yo estaba en penitencia, me trataba con dulzura y parecía triste. A la mañana siguiente me despertó temprano.

—Vamos —dijo—, las cosas no pueden continuar en esta forma. Tu abuela está muy apenada; ve a pedirle perdón y besarla.

Me acompañó hasta la habitación de mi abuela. Yo iba con buena voluntad, aunque no me sentía culpable y no pensaba renunciar a separarme de ella. Sin embargo, en los brazos de mi pobre y querida abuela, me esperaba la más cruel, la más desgarradora y menos merecida de las penitencias.

Como yo me pusiera de rodillas junto a su cama y le tomara las manos para besárselas, con tono vibrante y amargo me dijo:

—Quédese de rodillas y escúcheme atentamente, porque lo que le voy a decir, usted no lo ha escuchado nunca y nunca más lo volverá a oír de mis labios. Son cosas que se dicen una sola vez en

la vida, porque no se olvidan. Por desconocerlas una yerra y se malogra a sí misma.

Después de este preámbulo, que me hizo estremecer, se puso a relatar su vida y la de mi padre. Luego la de mi madre, desprovista de toda piedad y de inteligencia. En la vida de los pobres existen desgracias y fatalidades que los ricos no comprenden nunca. Hubiera podido revelarme esta terrible historia sin intentar despojarme del respeto y el amor que me unían a mi madre. Por último, mi pobre abuela, extenuada por el largo relato, con la voz apagada, los ojos húmedos e irritados, dejó escapar la espantosa palabra: mi madre era una mujer perdida y yo una criatura ciega que quería echarme en un abismo.

Aquello fue para mí como una pesadilla; tenía la garganta apretada, cada palabra era como un puñal que entraba en mi pecho; sentía gotas de sudor en mi frente; quería interrumpirla, irme, rechazar esa espantosa confidencia; no podía, estaba clavada sobre mis rodillas.

Por último, me levanté sin decir una palabra, sin implorar una caricia, sin importarme lo más mínimo el perdón y regresé a mi cuarto. Encontré a Rosa en la escalera.

—Y bien, me dijo, todo ha terminado.

—¡Sí, todo está terminado, terminado para siempre! —le dije.

La besé efusivamente, corrí a mi cuarto y me arrojé en el suelo retorciéndome de desesperación.

Las lágrimas no me aliviaron. He oído decir siempre que el llanto alivia.

Nunca me ha ocurrido; no sé llorar. En cuanto las lágrimas acuden a mis ojos, los sollozos anudan mi garganta, me ahogo, mi respiración se mezcla con gritos y gemidos; y, como aborrezco dar espectáculos de dolor, he pensado en quedarme muerta; y así he de morir probablemente algún día, si alguna desgracia me sorprende estando sola. Tal cosa no me inquieta, pues hay que morir de algo y cada uno lleva en sí la circunstancia que ha de serle fatal. Probablemente la peor de las muertes, la más triste y la menos deseable es la que eligen los cobardes: morir de vejez.

Cuando me repuse un poco no quise que me creyeran enferma. Bajé para almorzar y me esforcé para comer. Me dieron mis cuadernos y simulé trabajar, pero, los párpados me quemaban de

acres y ardientes que habían sido mis lágrimas.

Tenía una jaqueca espantosa; ya no pensaba, no vivía, todo me era indiferente.

Sentía como una enorme quemadura interior y un gran vacío en el corazón. Experimentaba gran desdén por el universo entero y por la vida.

Si mi madre era despreciable y odiosa, yo, fruto de sus entrañas, también lo era. Yo no sé cómo no me hice mala a partir de ese momento.

Me habían causado un dolor espantoso que podía ser irreparable. Habían tratado de secar en mí las fuentes de la vida moral, de la fe, del amor y de la esperanza.

Felizmente para mí, Dios me había criado para amar y para olvidar.

Para vivir he debido tener siempre el deseo de hacerlo por alguien o por alguna cosa. Esa necesidad de desarrolló en mí desde la infancia por la fuerza de las circunstancias, por mis afectos contrariados.

No me sonreía la idea de entrar algún día en posesión del castillo y de la fortuna calculada por Deschartres. Para lo único que deseaba el dinero era para realizar largos viajes. Sobre todo ahora, que ya no podía pensar en vivir para mi madre. Proyecté llegar hasta el Etna, al monte Gibel, a América y hasta la India. Luego traté de vivir sin pensar en nada, sin temer, ni desear nada.

Pasaron algunos meses de los cuales recuerdo muy poco porque en ellos mi vida fue completamente vacía. Mi abuela comprendió que yo desmejoraba física y moralmente y me dijo: —Hija mía, usted no tiene sentido común. Es inteligente y hace todo lo posible para parecer tonta. Podría ser agradable a la vista y en cambio trata de afearse cada vez más. Su cutis está quemado y sus pies se le deformarán con los zuecos. Su cerebro se deforma como su persona. A veces contesta con monosílabos y otras habla como una cotorra. Era usted una niñita encantadora y debe tratar de no ser una joven absurda. No tiene usted buen porte, ni gracia, ni discreción. Todo eso debe cambiar. Aquí no hay profesores que puedan dirigirla. He resuelto que entre usted en un convento y para eso vamos a París.

—Veré a mi madre —exclamé.

—Sí, la verá —contesto fríamente mi abuela—, y después se

separará de ella y de mí el tiempo necesario para completar su educación.

Sea, pensé yo; no sé como será el convento. Pero, como aquí me aburro bastante, tal vez mi vida sea más agradable allí.

Así sucedió. Con mi apasionamiento acostumbrado volví a ver a mi madre.

Yo conservaba una última esperanza; que ella encontrara ridícula e inútil mi permanencia en el convento y que me llevara a vivir con ella. No sucedió así y como yo nunca tuve voluntad propia, entré en el convento sin temor y sin repugnancia.

En París vi nuevamente a Paulina de Pontcarré y su madre. Mi abuela, inducida por la señora de Pontcarré, eligió para mí el convento de Las Inglesas, donde ella había estado encarcelada durante la revolución.

Un día de invierno me hicieron vestir el uniforme del colegio, arreglaron mi ajuar y un coche nos llevó hasta la calle Fossés-Saint-Victor. Después de esperar unos instantes en el locutorio, se abrió una puerta de comunicación, pasamos por ella, y ésta se cerró detrás de nosotros. Estaba enclaustrada.

Este convento pertenece a una de las comunidades británicas que se reunieron en el exilio para rogar y pedir a Dios la conversión de los protestantes. Las comunidades religiosas quedaron en Francia y los reyes católicos volvieron a tomar el cetro en Inglaterra vengándose de sus enemigos en forma poco cristiana. La tradición del convento decía que la reina de Inglaterra, Enriqueta de Francia, hija de nuestro Enrique IV y esposa del desgraciado Carlos I, había venido frecuentemente con su hijo Jaime II, a rezar en nuestra capilla y a curar las llagas de los pobres que se agolpaban a su paso.

Todas las monjas eran inglesas, escocesas o irlandesas, así como los dos tercios de las pensionistas y parte de los sacerdotes que oficiaban en el convento.

En ciertas horas del día había orden terminante de hablar únicamente en inglés. Las religiosas se dirigían a nosotras siempre en ese idioma.

En el claustro y en la iglesia estaban enterrados católicos de la vieja Inglaterra, muertos en el exilio. En el cuarto de la superiora y en su locutorio particular había retratos de príncipes y prelados ingleses. La bella y galante María Estuardo, reputada de santa por

nuestros castos monjes, brillaba allí como una estrella. Todo era inglés en esta casa y cuando uno había franqueado su reja parecía que había atravesado el canal de la Mancha. Yo, pobre campesina del Berry, quedé como aturdida durante unos días. Fuimos recibidas por la superiora, la señora Canning, una mujer de cincuenta o sesenta años, bella a pesar de su pronunciado volumen, y de modales muy desenvueltos. Más tarde comprobé que era amada y respetada por todas las religiosas y las pupilas. A primera Vista su mirada no me gustó y me pareció dura y astuta. Murió más tardé en olor de santidad.

Mi abuela, al presentarme, dijo con cierto orgullo que yo era más instruida de lo que correspondía a mi edad. Pero, como no tenía costumbre de trabajar con método, como no sabía una palabra de inglés, como no comprendía bien el desarrollo de la historia y nada sabía de filosofía, me sentí muy aliviada cuando la superiora dijo que, como yo no había recibido el sacramento de la confirmación, debía entrar en la clase inicial.

La superiora llamó a una de las niñas de mejor conducta, me recomendó a ella y juntas fuimos al jardín. No me sentí intimidada. Me puse a mirar por todos lados y a recorrer el jardín como un pájaro que busca donde colocar su nido.

Me alegré cuando supe que las alumnas podían encargarse del cuidado de algún rincón del jardín.

Se organizó una partida de marro y me pusieron en uno de los bandos. Mi abuela, al verme jugar, quedó satisfecha.

Luego me llamó para despedirse de mí. El momento le parecía solemne y empezó a llorar al besarme. Me emocioné algo, pero, pensando que debía poner al mal tiempo buena cara, no lloré. Entonces mi abuela, mirándome de frente, me apartó de sí, exclamando: «¡Ah, corazón insensible; se alejó de mí sin ningún dolor!» Y salió con la cara escondida entre sus manos.

Quedé estupefacta, porque creía haber procedido bien y que ella quedaría conforme al comprobar mi valor y mi resignación.

Más tarde supe por mi madre que mi abuela, al salir del convento, había ido a visitar al tío Beaumont y que llorando le contó cómo había sido nuestra despedida; y que éste le había contestado: «Es bastante triste estar en el convento. ¿Preferiría usted que se hubiera dado cuenta de eso? ¿Cuál ha sido su delito

para que usted le imponga la reclusión y sobre eso lágrimas? Mi buena hermana: la ternura maternal es a menudo egoísta, y nosotros hubiéramos sido muy desgraciados si nuestra madre nos hubiera querido como usted ama a sus hijos.»

Cuando mi madre me relató esta escena me alegré de estar en el convento; experimenté la necesidad imperiosa de descansar después de tantos desgarramientos morales; estaba cansada de ser la manzana de la discordia entre las dos personas que más amaba. Hubiera deseado que ellas se olvidaran de mí.

Llegué a ser muy feliz en el convento; más de lo que había sido en toda mi vida. Creo que era la única niña satisfecha entre todas las que estábamos allí. Todas añoraban su familia, no únicamente por estar separadas de los padres, sino porque extrañaban la libertad y el bienestar. Yo también notaba una diferencia material entre mi vida en Nohant y la del convento. Además del pupilaje, el clima de París y el régimen siempre igual del convento, que considero funesto para el desarrollo del organismo humano, me desmejoraron pronto y me debilitaron.

Fuera de eso, pasé tres años allí sin lamentar el pasado, sin pensar en el porvenir y saboreando mi dicha del momento; situación que comprenderán todos los que han sufrido y que saben que la única felicidad humana para ellos consiste en estar libres de males excesivos. Salíamos dos veces por mes y dormíamos fuera del convento únicamente el primero del año. Las demás pupilas tuvieron vacaciones; yo no, porque mi abuela prefirió que no interrumpiera mis estudios, a fin de que mi permanencia en el convento fuese más corta. Pasé dos años enclaustrada. Recibíamos las visitas en el locutorio y el profesor particular nos daba clase estando él del lado de afuera de la reja y nosotros en el de adentro. Nunca me pareció rigurosa mi cautividad y como había un gran jardín, me parecían cómicas las precauciones que se tomaban para impedirnos ver la calle. Esas precauciones eran un estímulo para el deseo de obtener la libertad, a pesar de que las calles que rodeaban al convento no tenían ningún atractivo. Sin embargo, todas espiábamos por las rendijas de las puertas del claustro o por entre los desgarrones de las telas que tapaban las ventanas. Durante esos años mi espíritu se modificó en una forma imposible de prever. En el primer año fui, más que nunca, la niña terrible que se había

perfilado en Nohant, porque el transtorno que reinaba en mis afectos me impulsaba a aturdirme en mis picardías. En el segundo año se despertó en mí una emoción ardiente y agitada; y en el tercer año mi devoción fue más serena, firme y alegre. El primer año mi abuela me regañaba mucho en sus cartas; en el segundo se atemorizó por mi devoción, y en el tercero pareció más satisfecha, aunque dejaba traslucir cierta inquietud.

Capítulo XL

En la clase inferior éramos más de treinta alumnas amontonadas en una sala pequeña de techos bajos. Las paredes estaban tapizadas con papel amarillo huevo muy feo. El cielo raso estaba sucio y deteriorado; había bancos y mesas asimismo sucios; una estufa que humeaba y despedía un olor mezcla de gallinero y de carbón, y un crucifijo de yeso. El piso estaba muy viejo. Allí debíamos pasar dos tercios del día en verano y tres cuartos en invierno; estábamos entonces en invierno.

El niño que estudia siente en él todas las necesidades del artista que crea. Debe respirar aire puro, moverse a gusto y renovar a su paladar sus pensamientos por la apreciación del color y de la forma. Al encerrar en un cuarto desnudo, malsano y triste, al niño que ha contemplado la naturaleza, se ahogan su corazón y su espíritu tanto como su cuerpo.

Además de rodear la infancia de cosas agradables e instructivas, habría que confiarla únicamente a seres de corazón y de espíritu selecto. Por eso no comprendo cómo nuestras religiosas habían puesto para dirigir nuestra clase a una persona como la señorita D. Era gorda, encorvada, desaseada, beata, tozuda, irascible, dura hasta la crueldad, taimada, vengativa. Desde que la vi me pareció un ser repugnante, era sincera en su devoción, pero tan exaltada que se hacía intolerable. En sus relaciones con nosotros, su austeridad se hacía feroz. Se complacía en castigar. Simulaba salir de la clase para escuchar detrás de la puerta lo malo que decíamos de ella. Luego nos castigaba del modo más humillante.

Pronto me sentí empequeñecida y desesperada bajo la dirección de esta señorita. En seguida le fui antipática y me di cuenta que iba a tener que tratar con una naturaleza tan violenta como la de Rosa, aunque sin la bondad y la franqueza de ésta. Nuestras mejores horas eran las que pasábamos con otra religiosa.

Procedían mal las religiosas al ocuparse tan poco de nosotras directamente. Las amábamos; todas eran distinguidas, poseían encanto y solemnidad. El hábito nos gustaba muchísimo. Les hubiera sido muy fácil ocuparse de nosotras, ya que estaban enclaustradas; pero pretendían que no tenían tiempo; y era cierto, puesto que sus oraciones les ocupaban largas horas. Ése es el gran inconveniente de los colegios de niñas; las maestras civiles simulan ser apóstoles delante de las religiosas y embrutecen y exasperan a las niñas. Nuestras religiosas hubieran tenido mucho más mérito, ante Dios, ante nuestros padres y ante nosotras mismas, si se hubieran ocupado más de nuestra educación y de la salvación de nuestra alma (como decían ellas), en lugar de preocuparse tanto por la salvación de las suyas.

La monja que nos dictaba clase de religión era la madre Alipia: pequeña, redonda, rosada como una manzana madura que empieza a arrugarse. No era cariñosa, pero era justa. El primer día me interrogó sobre cuál era el lugar donde se encontraban las almas de los niños muertos sin ser bautizados. Como yo no lo sabía, contesté audazmente que estaban en el seno del Señor.

—¿En qué piensa usted y qué está diciendo, desdichada niña? —exclamó la madre Alipia; y me volvió a repetir la pregunta.

Una de mis compañeras, compadecida por mi ignorancia, me dijo a media voz:

—¡En el limbo!

Como ésta era inglesa, no entendía yo su pronunciación.

—En el Olimpo —contesté riéndome.

—«¡For shame!» (¡qué vergüenza!) —exclamó la madre Alipia—. ¡Usted se está riendo durante el catecismo!

—¡Perdón, madre —repuse—; no lo hice a propósito!

Creyó en mi palabra y se apaciguó; pero me ordenó hacer la señal de la cruz. Desgraciadamente, yo no sabía hacer la señal de la cruz. Rosa me había enseñado a tocar el hombro derecho antes que el izquierdo y mi viejo cura no había reparado en ello. Ante semejante enormidad, la madre Alipia se horrorizó. Yo me sentí humillada, y me esforcé por no reírme; la religión del convento me pareció tan tonta y tan ridícula que determiné no tomarla en serio.

Ingresé en las filas de los diablos. Recibían este nombre las alumnas que no querían ser piadosas. Éstas eran llamadas las

prudentes. Entre ambos grupos había otro intermediario formado por las tontas, que festejaban las travesuras de los diablos, bajaban los ojos y se callaban en cuanto aparecían las maestras. Entre ellas siempre había una que contestaba: «Yo no fui.»

Pronto ese «yo no fui» fue completado por las más cobardes con un «fue Dupin o fue G.».

G. era la figura más simpática y excéntrica de todo el convento: una irlandesa de once años, más alta y más fuerte que yo, que ya tenía trece. Por su voz grave, su audacia, su carácter independiente e indomable, la llamaban «el varón». Era orgullosa, sincera, valiente, inteligente, poco coqueta y de actividad exhuberante. Despreciaba profundamente todo lo falso y lo cobarde. Cuando yo entré al convento, Mary G. me pegó un golpe en la espalda como para matar a un buey. Sin inmutarme y riéndome, se lo devolví en la misma forma. Mi reacción le gustó y me dijo:

—Mírame y haz lo que yo hago.

La madre Alipia entraba a la clase con sus libros y sus cuadernos. Mary aprovecha ese momento y sin tomar ninguna precaución sale y va a sentarse al claustro desierto, donde unos instantes después voy a reunirme con ella.

—¿Qué pretexto pusiste para salir?

—Ninguno; hice lo que tú.

—Muy bien —contestó—; hay compañeras, en cambio, que piden permiso para estudiar el piano, para ir a la capilla, por sentirse indispuestas. Para mí la mentira es una cobardía. Yo salgo, entro, me interrogan, no contesto nada. Me dan una penitencia, no me importa, y hago todo lo que quiero.

—Me parece muy bien.

—¿Entonces quieres ser diablo?

Ante mi asentimiento, nos dimos la mano.

Convinimos que en el último recreo de la tarde saldríamos de la clase con otros diablos, haríamos una escapada. Ignoraba yo a dónde iríamos. Esperé la noche y la comida con gran impaciencia. La salida del refectorio provocaba siempre un momento de confusión. Entonces los diablos aprovechaban para escaparse y reunirse en el claustro de la izquierda. Me encontré, pues, en las tinieblas con mi amiga Mary G. y otras niñas. Entre ellas, se encontraban Isabel C. y Sofía C., ambas tenían dos o tres años más

que yo. Isabel era rubia, alta, más grande que linda, alegre, burlona aunque buena, y se destacaba en el dibujo. Componía con toda facilidad temas complicados en un abrir y cerrar de ojos. Agrupaba personajes cómicos con cierta maestría. A veces eran procesiones de monjas que atravesaban un claustro gótico o un cementerio a la luz de la luna. Las tumbas se abrían, los muertos se levantaban. Se ponían a bailar. Los monjes entraban al baile y se perdían en la noche junto con los espectros. Otras veces dibujaba monjas con piel de cabra o con botas Luis XIII, con enormes espuelas. El romanticismo aún no había empezado y ella ya dibujaba de acuerdo con sus cánones. También hacía caricaturas de todas las religiosas, pupilas, sirvientas, profesores y visitas del convento.

Sofía era la gran amiga de Isabel. Era una de las chicas más bellas del convento. Tenía una silueta fina y flexible. Su cabeza se movía con gracia. Tenía hermosos ojos, piel aterciopelada y cabellos negros y brillantes. Era buena y sentimental, exaltada en la amistad, implacable en la aversión que manifestaba por un desdén mudo e invencible.

Cuando nos reunimos en el claustro vi que todas estaban armadas: una tenía un pedazo de madera, otra unas pinzas, etc. Como yo no tenía nada, tuve la audacia de entrar en la clase, de apoderarme de una barra de hierro que servía para avivar la estufa y fui a reunirme nuevamente con mis compañeras, sin que nadie hubiera reparado en mí. Entonces emprendimos la expedición. Debíamos *liberar la víctima.* Ésta era una leyenda tradicional del convento, que se transmitía de generación en generación, *de diablo a diablo,* desde hacía tal vez dos siglos; era una fantasía que tal vez tuvo su fondo de realidad en un principio y que ya en mi época respondía a un necesidad de nuestra imaginación. En alguna parte había una prisionera, o varias prisioneras encerradas en un lugar impenetrable, sea en una celda escondida en el espesor de los muros o en un calabozo situado bajo las bóvedas de los inmensos subterráneos que se extendían bajo el monasterio y bajo gran parte del barrio Saint-Victor. Había en realidad, una verdadera ciudad subterránea, que nunca pudimos llegar a recorrer enteramente. Aseguraban que esos subterráneos ocupaban medio París, que seguían hasta Vincennes, y que se podía llegar por ellos hasta las catacumbas y hasta las termas de Juliano. Esos subterráneos

encerraban un mundo de tinieblas, de terrores y de misterios. Por eso debíamos penetrar en ellos, a pesar de ofrecer la empresa muchas dificultades y de las penitencias terribles que recibiríamos si nuestro secreto era descubierto.

Esa noche me llevaron a una parte muy antigua y muy averiada del convento. Nos introdujimos en un corredor bordeado por una rampa de madera que daba sobre un lugar cuya salida no se conocía. Una escalera bajaba hasta esa región ignorada, pero una puerta de roble impedía la entrada de tal escalera. Para evitar ese obstáculo debíamos caminar sobre las balaustradas carcomidas. Debajo de ellas había un vacío oscuro del cual no se podía apreciar la profundidad. Con todo, empezamos a bajar la escalera y nos encontramos al pie de la misma en una especie de vestíbulo sin salida. La pared es lisa y revestida de yeso. Isabel dice que en el lugar más oscuro suena a hueco. Es un pasillo cerrado, seguramente corresponde al famoso escondite. Isabel asegura que oye gemidos confusos y rechinar de cadenas. ¿Qué debemos hacer? Muy sencillo: hay que demoler la pared.

Habíamos conseguido destruir bastante el yeso, la cal y las piedras cuando sonó la hora de la oración. Teníamos tiempo únicamente para empezar nuestra peligrosa ascensión, separarnos y llegar a tientas a las clases. Quedamos convenidas en encontrarnos al día siguiente, a la misma hora, en ese lugar.

No recuerdo si ese día notaron nuestra ausencia y si nos pusieron en penitencia por tal causa. Tantas veces lo estuvimos, que ningún hecho de esa clase ha quedado por fechas en mi memoria. Muy a menudo pudimos continuar impunemente nuestra obra. La búsqueda del gran secreto continuó durante todo el invierno que yo pasé en la clase de las pequeñas. Continuamos deteriorando el muro y paralizamos nuestra empresa al encontrarnos con travesanos de madera. Luego, sin perder la esperanza, hurgamos en 20 lugares distintos, aunque el éxito no nos acompañó. Un día proyectamos buscar sobre los tejados alguna ventana que tal vez pudiera ser la entrada superior de ese mundo subterráneo tan soñado. Había muchas ventanas que no sabíamos a qué lugar daban. Íbamos a estudiar en un cuartito colocado bajo los tejados. Aprovechábamos ese momento para proseguir nuestra aventura. Un día saltamos por la ventana, saltamos de pendiente en pendiente e hicimos como los

gatos, cosa que era más imprudente que difícil. El peligro, en lugar de detenernos, nos estimulaba a proseguir el camino.

En esta manía de buscar la víctima había algo de tonto y de heroico: de tonto, porque debíamos suponer que esas religiosas a quienes admirábamos por su dulzura y por su bondad estaban torturando a alguien, y de heroico, porque todos los días arriesgábamos nuestra vida para liberar a un ser imaginario. Nos dimos cuenta que una de las ventanas que podíamos alcanzar con un salto bastante peligroso era la del cuarto de Sidonia Macdonald, hija del célebre general. Yo me apresuré demasiado a saltar; por casualidad no caí desde una altura de treinta pies. Pero me lastimé bastante las rodillas, y con el talón hundí una parte de la ventana y rompí unos cuantos vidrios, que cayeron con un ruido espantoso cerca de las cocinas. En seguida oímos los gritos de las hermanas conversas. La hermana Teresa indicaba como culpable del desastre a «Whisky», el gato de la madre Alipia. En cambio, la hermana Elena aseguraba que era una chimenea que acababa de derrumbarse. Esa discusión nos causó mucha risa, a pesar de encontrarnos en una posición sumamente incómoda y empezamos a imitar los maullidos de «Whisky» y de su familia, para que la atención de las monjas se concentraran en ellos. Luego entramos impetuosamente en el cuarto de Sidonia. Se asustó y dio algunos gritos. Hicimos lo posible por calmarla, porque de lo contrario, si las monjas oían, acudirían para ver qué era lo que pasaba. En un instante nos dispersamos todas.

Necesitaba toda esta excitación romántica para luchar contra el régimen del convento, que me era bastante pernicioso. La comida era conveniente; en cambio, sufríamos espantosamente el frío. Aquel fue un invierno muy riguroso. Nos levantábamos de noche, a las seis de la mañana. Nos lavábamos en un agua helada. Yo estaba llena de sabañones y los pies hinchados me sangraban en los zapatos demasiado estrechos. El frío me dejaba como paralítica durante la primera parte del día. Asistíamos a misa con la luz de las velas, temblábamos en nuestro banco o dormíamos mientras estábamos en actitud de recogimiento. A las siete nos desayunábamos con un pedazo de pan y una taza de té. Al entrar a clase despuntaba el día. Yo empezaba a entrar en calor a las doce. Me resfriaba muy seguido y sufría dolores agudos en todo el cuerpo;

dolores que seguí sufriendo durante quince años.

A pesar de mi cara pálida, de mis aspecto débil y de estar dominada por el frío, vivía muy alegre. Me reía poco, pero la risa de mis compañeras me reconfortaba el corazón. Las diabluras no me hacían saltar de alegría; pero, en cambio, ponía yo el broche de oro siempre a ellas y era muy festejada, sobre todo por las tontas, que nunca me odiaron.

Ocurría a menudo que toda la clase fuera castigada por una travesuras de uno de lo diablos o por la torpeza de una tonta. Las tontas no se traicionaban entre ellas y, en cambio, hubieran traicionado a lo diablos.

Todas temblaban ante Mary G. y ante Isabel. En cambio, a mí me temían y las conquisté definitivamente librándolas de las penitencias colectivas. En seguida que la maestra decía: «Toda la clase está en penitencia, si no descubre a la culpable», yo me levantaba y decía: «Soy yo». Mary siguió mi ejemplo y todas nos quedaron muy agradecidas.

Como mi abuela pensaba partir de París, obtuvo permiso para que yo saliera dos o tres jueves seguidos. La superiora no se atrevió a decirle que mi aplicación era malísima y que *el gorro de noche* era mi tocado habitual. Tal vez temía que, sabiéndolo, me sacara del convento.

En vísperas de la partida de mi abuela, se descubrió una diablura mía que provocó un gran escándalo en el colegio. Así como hablaba poco, escribía mucho y enviaba periódicamente a mi abuela una especie de diario donde relataba nuestras travesuras y las penitencias que nos daban. Mi abuela se divertía mucho con él. Nuestras cartas eran depositadas en la antesala de la superiora, cerradas las que iban dirigidas a los parientes o tutores. Como la creí sincera, seguí enviando mi correspondencia con toda tranquilidad. Sin embargo, el volumen y la frecuencia de mis envíos inquietaron a la reverenda madre. Durante varios días abrió mi cartas y las leyó.

La superiora me llamó y me reprendió enérgicamente. Yo permanecí impasible. Me prometió luego que callaría mis *calumnias* y que guardaría el secreto de esas cartas. Yo no tenía ningún interés en que tal cosa ocurriera. Le contesté que tenía un borrador de mi carta, que lo haría llegar a mi abuela y que sostendría ante

cualquiera lo que había escrito. Además, pediría a mi abuela que me sacara del convento, puesto que en él se faltaba a las promesas contraídas.

La superiora me ordeno retirarme mientras me acribillaba con amenazas e injurias. Yo no deseaba dejar el convento. Mi abuela llegó en ese momento. La superiora, previendo que yo diría la verdad, dio las cartas a mi abuela y le dijo que todo lo que yo decía eran mentiras. Creo que mi abuela dijo que aquello era un abuso de confianza y que me sacaría inmediatamente del colegio. Al cabo de un rato me llamaron al locutorio; mi abuela me besó como de costumbre y no me dirigió ningún reproche. Luego la superiora me anunció que pasaría a la clase de las grandes, ya que en la de las pequeñas. Mary y yo juntas hacíamos demasiado desorden. Pasé a la clase de las grandes, a donde ya me habían precedido Isabel y Sofía; y juré a Mary que continuaríamos siendo amigas hasta la muerte.

Capítulo XLI

El día en que entré en la clase de las grandes fue uno de los más felices de mi vida. Siempre he sido muy sensible a la luz. Me entristezco en una atmósfera sombría. La clase grande era muy amplia; tenía varias ventanas, de las que algunas daban al jardín. En ella había una buena chimenea y una estufa. Se anunciaba la primavera; los castaños estaban brotando y sus racimos rosados parecían candeleros. Creí entrar al paraíso.

La maestra de esta clase era una persona muy buena en el fondo, a pesar de tener modales bastante raros. La llamaban la condesa, por su porte aristocrático. Se alojaba en un departamento situado en la planta baja. Desde una ventana de la clase podía ver lo que sucedía en su departamento. Con ella vivía el único objeto de sus amores, un viejo loro desplumado, al que acosábamos con desprecios e insultos. El loro pegaba agudos gritos en cuanto se aburría. En seguida la condesa corría a la ventana, y si un gato merodeaba por los alrededores, se olvidaba de todo y salía precipitadamente de la clase para ir a acariciar a su adorado animal. Durante ese tiempo bailábamos sobre las mesas o dejábamos la clase para emprender algún paseo por el sótano o por tejados. La condesa era una persona de cuarenta o cincuenta años, de muy buena familia (lo decía a cada rato), sin fortuna y poco instruida. Nunca tuve motivos para quejarme de ella y me arrepiento de haberme reído de su aspecto presuntuoso. Ella me defendía a mí ante las religiosas. Pero los chicos son ingratos y la burla les parece un derecho inalienable.

La señora Eugenia vigilaba la clase. Era una mujer alta, de porte noble, afable dentro de su solemnidad. Su rostro, rosado y arrugado como el de casi todas las monjas, hubiera parecido hermoso sin la expresión de orgullo y de burla que la hacía antipática de primera intención. Era más arrebatada que severa y se dejaba llevar por

antipatías personales. Fue afectuosa únicamente conmigo. Ese afecto asombró a todas mis compañeras de clase.

El arzobispo de París debía confirmarnos unos días más tarde. Entraríamos en retiro bajo la vigilancia de la señorita D. Ésta rehusó recibirme y dijo que hiciera mi retiro sola, en el cuarto que me indicaran las religiosas. Entonces la señora Eugenia salió en mi defensa y dijo que lo haría en su celda. La madre Alicia vino a reunirse con nosotras. Yo entré en la celda mientras ellas quedaron en el corredor y comprendí lo que ambas conversaban en inglés. Convinieron que yo no era detestable, sino buena, aunque era más prudente aplazar mi confirmación. La señora Eugenia conversó, creo, con la superiora. Al cabo de una hora recibí la visita de la señorita D. Creo que la superiora o el confesor la habían amonestado. Estaba dulce como la miel y quedé asombrada por sus modales cariñosos. Me anunció que mi confirmación se realizaría al año siguiente, pero que antes de entrar en retiro con las demás niñas deseaba quedar en paz conmigo.

Le dije que la disculpaba y que obedecería todo lo que ella quisiera decirme con buenos modales e indulgencia. Me besó, cosa que no me causó gran placer, y con eso quedamos en paz para siempre.

Al año siguiente fui confirmada e hice el retiro bajo la atención de esta misma señorita D. Tuvo conmigo muchos mimos. Nos hacía largas lecturas, que desarrollaba y comentaba conmigo con elocuencia ruda y a veces atrayente.

La madre María Agustina, hermana de la madre Alipia, a quien las alumnas llamaban Poulette era la ecónoma del convento. Todas la queríamos muchísimo. Rezongaba de un modo maternal y cariñoso. Nos vendía golosinas o nos concedía crédito cuando no teníamos dinero; con frecuencia dichos créditos, por olvido, no se pagaban y la buena madre tampoco reclamaba el pago. Esta buena mujer estaba siempre alegre. Nos colgábamos de su cuello para besarla en las mejillas, y nunca se enojó por las bromas que le dábamos. La madre María Eugenia fue superiora del colegio durante cinco o seis años; luego pidió que la relevaran del cargo porque estaba casi ciega.

Mi profesora de inglés era la madre María Winifred, miss Hurst cuando novicia. Todos los días pasaba una hora en su celda. Me

dictaba sus clases con claridad y paciencia. La quería mucho. Siempre que he leído a Shakespeare o Byron en su idioma original he pensado en ella, agradeciéndole de todo corazón sus buenas lecciones.

La hermana Ana José era muy dulce y afectuosa, aunque poco inteligente. No sabía hablar dos palabras seguidas. Se le confundían las ideas cuando quería expresarlas. Preocupada con lo que quería expresar, decía unas palabras por otras y dejaba trunca una frase para empezar la siguiente. Obraba tal como hablaba. Hacía cien cosas a la vez y ninguna bien. Por sus abnegación y su dulzura parecía especial para las funciones de enfermera, que desempeñaba. Sin embargo, procedía sin discernimiento al administrar los remedios y al cuidar a las enfermas. Luego corría para buscar alguna droga a la farmacia, en lugar de bajar la escalera la subía, o viceversa. Se pasaba la vida perdiéndose y tratando de encontrar otra vez el camino.

Dedico las últimas líneas a la monja que más he amado, la madre María Alicia. Era la mejor, la más inteligente y la más amable del convento. No tenía aún treinta años cuando yo la conocí. Era muy hermosa, a pesar de su nariz grande y su boca muy chica. Sus grandes ojos azules, bordeados de pestañas negras, eran los más hermosos, los más francos y los más dulces que he visto en mi vida. Toda su alma generosa, maternal y sincera, y toda su existencia abnegada, casta y digna, estaba en sus ojos. Se les hubiera podido llamar, en estilo católico, espejos de pureza. Durante largo tiempo tuve la costumbre de noche, de pensar en esos ojos cuando me sentía oprimida por visiones terroríficas, que me perseguían aun estando despierta. Había en ella algo de ideal. Y el verla, aunque fuera un instante, inspiraba una súbita simpatía respetuosa. Era humilde y modesta. Había nacido con todas las virtudes y con todos los encantos, desarrollados después por la vida religiosa bien entendida que llevaba. Su voz era agradable y su pronunciación de una distinción exquisita, tanto en francés como en inglés. Nacida en Francia, de madre francesa y educada en ese país, poseía la dignidad británica sin la rigidez propia de la misma y la austeridad religiosa sin dureza.

Muchas religiosas adoptaban una pupila como hija; es decir, que se preocupaban de ella de un modo maternal. Esa maternidad

consistía en pequeños cuidados particulares y en reprimendas cariñosas o severas, según fueran oportunas. A la ahijada le era permitido ir a la celda de su madrina, pedirle consejo o protección, tomar el té algunas veces con ella, ofrecerle algún regalito en su día y finalmente podía decirle que la quería. Todas las chicas querían ser hijas de Poulette o de la madre Alipia. También deseaban serlo de la madre Alicia, pero esto era muy difícil de conseguir, porque, como secretaria de la comunidad y encargada de todo el trabajo de escritorio de la superiora, tenía muy poco tiempo libre.

Yo concebí esa ambición como cosa de una persona ingenua que no tiene duda alguna. Sin titubear fui a decírselo, sin pensar en lo que me esperaba.

—¿Usted? —me dijo—. ¿Usted, el diablo más temible del convento? ¿Quiere usted hacerme padecer? ¿Usted, niña terrible? Yo creo que usted está loca o que me tiene rencor.

—Bueno —le contesté, sin desconcertarme—: podría ensayar. Tal vez me corrija por cariño hacia usted y llegue a ser una persona formal.

—Está bien —me contestó—; acepto esa tarea con la esperanza de que usted se corregirá; con ello me proporciona usted un medio bastante penoso para hacer penitencia. Pero, si después de haberme tomado tanto trabajo no consigo mejorarla, ¿me ayudará por lo menos?

La madre Alicia se resignó con su nueva misión, y mis compañeras, asombradas ante semejante adopción, me decían:

—Tú sí eres feliz. Eres el diablo en persona, continuamente haces travesuras, y con todo la madre Eugenia te protege y la madre Alicia te quiere. ¡Has nacido con estrella!

Mi afecto por esta monja era, sin embargo, más serio de lo que se creía y de lo que ella misma imaginaba. Mi única pasión había sido mi madre y aún lo era; pero respondía a mi cariño a veces con demasiada exaltación y otras con muy pocas demostraciones de cariño, y desde que yo estaba en el convento parecía querer detener mis impulsos cariñosos. En cuanto a mi abuela, parecía resentida conmigo, porque yo había aceptado con buena voluntad la reclusión en el convento.

Yo necesitaba una madre capaz, y empezaba a comprender que el amor maternal, para ser considerado por el hijo como un refugio,

no debe ser una pasión celosa. A pesar de mi alegría aparente y de mis travesuras, tenía siempre mis horas de ensueños dolorosos y de sombrías reflexiones, de las cuales no conversaba con nadie. A veces estaba tan triste en medio de mis locuras, que me fingía enferma porque ya no podía soportar más aquellas expansiones. Era *diablo,* más por comodidad que por gusto. Me hubiera trasformado en *prudente* si los diablos lo hubieran querido. Yo los amaba, me hacían reír, me hacían olvidar mis cosas… Pero cinco minutos de severidad de la madre Alicia me sentaban mucho mejor. Si hubiera podido vivir en la sala de labor de las monjas o en la celda de mi querida madre, al cabo de tres días no hubiera podido tolerar ni comprender que una se divirtiera andando por los techos y por sótanos. Tenía necesidad de amar a alguien y que ese alguien ocupara un lugar superior en mis pensamientos; que pudiera venerarlo y rendirle en mi corazón un culto asiduo. Ese alguien se personificaba en María Alicia. Era mi ideal, mi santo amor, la madre elegida por mí. Después de la oración de la noche me dirigía yo a su celda, donde podía quedarme hasta cerca de las nueve. Al sonar esa hora debía yo estar en mi dormitorio.

—Vamos —me decía, abriéndome la puerta—, ya llega mi tormento.

Era su saludo habitual y el tono con que lo decía era tan amable, su sonrisa tan cariñosa y su mirada tan dulce, que yo me encontraba muy alentada para la entrevista. Y añadía:

—¿Qué me cuenta de nuevo hoy? ¿Se ha portado bien?

—No.

—Sin embargo, no tiene su gorro de noche.

—Lo tuve únicamente dos horas esta tarde.

—¡Ah, muy bien! ¿Y esta mañana?

—Esta mañana lo tenía puesto cuando estábamos en la iglesia y me escondía detrás para que usted no me viera.

—No tema; no la miro con tal de no ver ese gorro. ¿Cuándo cambiará de conducta?

—Por ahora, todavía no puedo.

—Entonces, ¿qué es lo que busca de mi?

—Vengo a verla y a que usted me riña.

—¿Se divierte usted con esto?

—No; no me divierte, sino que es un buen remedio para mí.

Entonces me corregía y yo apreciaba sus consejos. La escuchaba respetuosamente, con el aspecto de una persona muy decidida a cambiar la conducta y, sin embargo, no pensaba en ello.

—Espero que usted cambiará —me decía—; ya se cansará de hacer tonterías y Dios hablará a su alma.

Me tomaba por la espalda y me meneaba como para que el diablo saliera de adentro de mi cuerpo. Luego sonaba la hora de la despedida y me despachaba riéndose. Yo me iba a mi dormitorio llevando como por influencia magnética, dentro de mí algo de la serenidad y del candor de esta hermosa alma.

También recuerdo especialmente a dos hermanas conversas, la hermana Teresa y la hermana Elena. La hermana Teresa era mujer de edad, alegre, brusca, burlona y adorablemente buena. Me había apodado Madcap. No sabía una sola palabra de francés. Tenía predilección por los *diablos* y no los temía.

Se ocupaba de la destilación del agua de menta, industria muy perfeccionada en nuestro convento. Cuando estaba dedicada a sus trabajos parecía una bruja de Macbeth alrededor de sus hornos. A veces, estaba inmóvil como una estatua, sentada al lado del alambique, donde el exquisito brebaje pasaba gota a gota; leía la Biblia en silencio o murmuraba sus oficios con voz monótona. En su ruda vejez era hermosa como un retrato de Rembrandt. Un día en que se encontraba muy absorbida, me acerqué a ella en puntillas. Cuando me vio en medio de sus frascos y de todas aquellas cosas frágiles debió capitular y tolerar mi presencia. Era tan buena que me cobró afecto, y desde entonces pude estar a su lado muchas veces. Al ver que yo no era torpe, me dejó que la ayudara porque el olor de la menta le provocaba jaquecas. A mí ese perfume me encantaba. La otra conversa, la hermana Elena, era fámula del convento. Como después de la madre Alicia es a ésta a quien más he querido, hablaré de ella en tiempo oportuno. En general, yo encontré mucha bondad para conmigo en mi convento. ¿Cómo no recordar con amor esos años, los más tranquilos y los más felices de mi vida?

Capítulo XLII

Cuando Isabel partió para Suiza, Sofía y yo nos hicimos inseparables.

También fui muy amiga de Fannelly de Brisac, una rubia fresca como una rosa. Por su fisonomía viva, franca y buena era un placer mirarla. Tenía magníficos y largos bucles que caían sobre sus ojos azules y sobre sus mejillas ovaladas. Estaba en continua actividad; no sabía caminar sin correr ni correr moderadamente. Hablaba sin cesar. Era todo corazón y fue la compañera más amable y más cariñosa que tuve. Encontré en ella un tesoro de bondad y la dulzura de un ángel dentro de la impetuosidad de un diablo. Después de salir del colegio la perdí de vista y, sin embargo, estoy convencida de que Fanelly me quiere siempre. «Mi tía», me llamaba. No era posible estar triste o pensativa a su lado. Para mí representaba la salud y la vida del alma y del cuerpo. Me complacía mucho con su cariño y debo confesar que esta niña fue el único ser del cual me he sentido amada a toda hora, siempre con la misma intensidad y el mismo placer. Supo transformarme, hacerme alegre y apartarme de mis abatimientos.

En el convento se tenía la agradable costumbre de establecer y respetar una clasificación dentro de las amistades. Esto prueba que la mujer nace celosa y que quiere hacer valer sus derechos en los afectos. Se preparaba la lista de las relaciones más o menos íntimas; se las clasificaba por orden a las iniciales de los nombre preferidos se leían en los cuadernos o en las tapas del pupitre, como los signos y colores que se divisan en los escudos de armas. Si se había ocupado el primer lugar, no se podía borrar la persona que estaba en él para poner otra. En mi lista de la clase de las grandes, Isabel Clifford esta en primer término; luego Sofía Cary, en tercer lugar Fannelly, y el cuarto lugar fue ocupado por Anna Vié. Durante un año no tuve otras amigas. El nombre de la madre Alicia coronaba

toda la lista, brillaba sobre ella como un sol. Las iniciales de mis cuatro compañeras formaban la palabra Isfa y estaba colocada sobre todos los objetos de mi uso personal.

Anna Vié, mi cuarto afecto, era muy inteligente, alegre, burlona, maliciosa, de palabra ágil; fea y pobre; huérfana, tenía como único apoyo a un tío viejo, griego de nacimiento, a quien conocía poco y temía mucho.

Durante largo tiempo proyectamos que se acompañaría a Nohant cuando yo me instalara nuevamente allí. Mi abuela alentó ese proyecto, que no se pudo realizar por oposición del tío de Anna.

La volvía a ver pocas veces después de nuestra salida del convento. Se casó con un señor Desparbes de Lussan, de la familia de la señora Lussan, que era íntima amiga de mi abuela. Después de casada, tuve el dolor de comprobar más tarde que había cambiado mucho en su modo de ser con respecto de mí. Sin embargo, yo no era aún «George Sand»; era católica aún y tan desconocida que nadie pensaba en hablar mal de mi. Poco tiempo después no volví a saber más de ella.

Durante mucho tiempo viví en mi condición de diablo, sin ocuparme de nada serio. Aprendía italiano, un poco de música y dibujo. Me aplicaba únicamente en el inglés, porque estaba deseosa de saberlo y porque la vida en el convento no era completa si no se dominaba ese idioma. Allí reanudé mis ensayos literarios. Todas mis compañeras hacían otro tanto, y las que no tenían imaginación pasaban el tiempo escribiéndose cartas unas a otras; cartas encantadoras por su ternura e ingenuidad, y que estaban prohibidas como si hubieran sido mensajes de amor.

Digamos de paso que el gran error de la educación monástica consiste en exagerar la castidad. Debíamos pasear en grupos de tres; no podíamos besarnos y se alarmaban por nuestras correspondencias inocentes. Las prohibiciones hubieran agudizado nuestra malicia, de haberla tenido. Yo me hubiera sentido muy ofendida con ellas, de haber conocido el motivo que las provocaba. Pero la mayor parte de nosotras, educadas sencilla y castamente en el seno familiar, atribuíamos ese sistema al deseo de las monjas de que nos ocupáramos únicamente del amor de Dios.

Mis primeros ensayos literarios en el convento, fueron hechos en verso alejandrinos. Deschartres me había enseñado las reglas de la

versificación. Yo pretendía encontrar un sistema nuevo para escribir: prosa rimada, conservando cierto estilo, sin preocuparme de la rima y de la censura. Luego escribí una novela cristiana y devota, a pesar de mi poca devoción en aquella época. En esa novela, el héroe y la heroína se encontraron por primera vez en el campo, a los pies de una imagen ante la que oraban. Se admiraban recíprocamente. Por consejo de Sofía, debían llegar a amarse; pero, después de haberles descrito hermosos y perfectos en un lugar encantador, a la caída de la tarde, a la entrada de una capilla gótica sombreada por grandes robles, no pude describir las primeras emociones del amor. En cambio, los hice muy piadosos, aunque tampoco conocía la piedad. Mis dos protagonistas, después de varios capítulos de viajes y aventuras, se consagraron a Dios cada uno por sus lado: ella se hizo monja y él sacerdote. Sofía y Anna encontraron mi novela bien escrita. Mas declararon que los protagonistas eran aburridos. Luego escribí una novela pastoril y como me pareció peor que la anterior, un buen día encendí la estufa con ella. A ratos perdidos, continuaba, para mí sola, mi novela Corambé.

Mi abuela llegó a París a mediados del segundo invierno que pasé en el convento. Salí con ella algunas veces. Mi aspecto de colegiala le gustó menos aún que el de campesina. Seguía yo siendo muy distraída. No había adquirido ninguna gracia en el andar, a pesar de las lecciones de baile que nos daba el señor Abraham, ex profesor de María Antonieta. Sin embargo, este señor hacía todo lo posible para que adquiriera los modales dignos de una corte. Llegaba vestido con levita, «jabot» de muselina, corbata blanca, pantalones cortos, medias negras de seda, zapatos con hebilla, peluca, un anillo con diamante en un dedo y una bolsita en la mano. Tenía alrededor de ochenta años; delgado gracioso, elegante, con una hermosa cabeza, toda arrugada, donde se veían las venas sobre una frente amarilla como una hoja en otoño, pero fina y distinguida. Era el hombre más educado y más solemne del mundo. Después de habernos enseñado los pasos usuales, nos enseñaba los movimientos y reverencias necesarios para nuestro posible presentación en la corte. Otras veces nos enseñaba cómo debíamos actuar en una reunión social. En este código de la educación francesa todo estaba previsto. Nosotras nos destornillábamos de risa

y cometíamos mil torpezas para impacientar al profesor. Luego, cuando estaba por terminar la clase, hacíamos correctamente todo lo que nos indicaba y el buen hombre se retiraba satisfecho. Cuanto más afectadas nos poníamos, él quedaba más conforme.

A pesar de todo esto, yo estaba encorvada y mis movimientos eran siempre bruscos y naturales, además odiaba los guantes y las grandes reverencias. Mi pobre abuela me reñía muchísimo por todos esos defectos. Yo debía hacer un esfuerzo muy grande para que no se diera cuenta de la impaciencia que me provocaban sus reprimendas. Sin embargo, creo que mis modales no eran ni inoportunos ni groseros. En esa época no sabía de qué hablar con mi abuela. Ya me presentaban jóvenes, que podían ser presuntos candidatos para el matrimonio y yo ni siquiera reparaba en ellos. Tenía yo el aspecto de una señorita, pero mi cerebro era el de una criatura y me trataban como a un persona mayor. Mi abuela procedía en esta forma por el cariño que me profesaba. Se sentía envejecer y morir poco a poco. Quería casarme; asegurarse que no caería bajo la tutela de mi madre y trataba de despertar en mí el amor por la sociedad, la desconfianza hacia mi familia materna y mi alejamiento del medio plebeyo en el que temía que yo cayera nuevamente. Mi carácter, mis sentimientos y mis ideas se negaban a secundarla. Por respeto y por amor no decía nada. La amaba y sufría en silencio. Mi madre parecía haber renunciado a ayudarme en esta lucha muda y dolorosa. Se burlaba siempre del gran mundo. Era muy cariñosa conmigo, me admiraba como a un prodigio y no se preocupaba para nada de mi porvenir. Yo me sentía desesperada por ese abandono, después de la pasión que me había demostrado en mi primera infancia. Ya no iba más a su casa. Vi a mi hermana uno o dos veces durante estos dos o tres años. En los días de salida visitaba a *las viejas condesas,* con mi abuela. Todas me eran muy antipáticas, excepto la señora de Pardaillan. Comíamos en casa de los primos Villeneuve o en la del tío Beaumont. Cuando empezaba a sentirme a gusto con mi familia debía regresar nuevamente al colegio.

Un acontecimiento muy agradable para mí fue el encontrarme en posesión de una celda para mí sola. Todas las alumnas mayores

tenían cada una la suya. Únicamente yo me quedé durante mucho tiempo en el dormitorio general, porque se temían mis diabluras nocturnas. Yo ansiaba vivamente tener un rincón para mí sola. No tener una hora de soledad durante el día o la noche es algo muy desagradable para quienes desean soñar o meditar. Mi celda era la peor del convento: una buhardilla situada en el extremo contiguo a la iglesia. La celda vecina a la mía estaba ocupada por Coralie Le Marrois, austera, piadosa, temerosa y simple. A pesar de la diferencia de gustos, ambas nos entendíamos bien; traté de no molestar su sueño y salía sin hacer ruido para encontrarme con Fannelly y otras compañeras para pasearnos de noche por el altillo y el coro de la iglesia.

Mi celda tenía unos diez pies de largo por seis de ancho. Desde mi cama tocaba con la cabeza el techo inclinado. Al abrirse la puerta chocaba contra la cómoda y, para cerrarla, desde adentro debía colocarme en el hueco de la ventana. Dicha ventana daba sobre un desaguadero en forma de alero que me tapaba la vista del patio. En cambio, dominaba una parte de París sobre los castaños del jardín. De noche, con la luz de la luna disfrutaba de un espectáculo admirable. El reloj de la iglesia sonaba muy cerca de mí; primeramente me costó trabajo acostumbrarme a él; luego fue para mí un placer despertarme al son de su timbre melancólico y escuchar seguidamente el canto de los ruiseñores. Mi mobiliario se componía de una cama de madera, una vieja cómoda, una silla de paja, una raída alfombra y una pequeña arpa Luis XV, en la que había ejecutado mi abuela y que yo manejaba un poco mientras cantaba. Como me habían permitido estudiar arpa, todos los días gozaba de una hora de libertad para ello y aunque muchas veces no lo hacía, esa hora de soledad y de ensueño se me hizo imprescindible.

Los gorriones, atraídos por los pedazos de pan que yo ponía a su disposición, entraban sin temor y venían a buscar las migajas sobre mi cama. Aunque esta pobre celda era un horno en verano y una heladera en invierno, la quise con pasión y recuerdo haber besado sus paredes antes de dejarla para siempre. De día miraba las nubes, las ramas de los árboles y el vuelo de las golondrinas. De noche escuchaba los rumores lejanos y confusos de la gran ciudad que se mezclaban con los ruidos del suburbio. En cuanto el día asomaba,

despertaban los ruidos del convento. Nuestros gallos cantaban y nuestras campanas llamaban a maitines; los mirlos de jardín repetían hasta el cansancio sus frases musicales, luego subían hasta mí las voces monótonas de las religiosas que salmodiaban el oficio. En el patio subían las voces roncas de los proveedores contrastando con las de las monjas; y, por último, las llamadas estridentes de la monja María Josefa, que corría de cuarto en cuarto para despertarnos, ponían fin a mi contemplación auditiva. Dormía poco, y deseaba hacerlo en el momento en que tenía que levantarme. Añoraba mi despertar en Nohant, cuando nadie me apuraba para que me levantara.

Por fin, llegó la época en que un gran cambio se operó en mí. Me hice piadosa; eso ocurrió de repente. El único amor violento que había experimentado era el amor filial y me había dejado cansada y deshecha. Mi cariño por la madre Alicia era tranquilo; necesitaba una pasión ardiente. Tenía entonces quince años. Necesitaba un amor fuera de mí y no conocía a nadie sobre la tierra a quien pudiese amar con todas mis fuerzas.

Sin embargo, no buscaba a Dios. El ideal religioso vino a mi encuentro y se apoderó de mí como por sorpresa.

Escuchábamos misa todos los días a las siete; volvíamos a la iglesia a las cuatro de la tarde y consagrábamos media hora a la meditación, a la oración o a alguna lectura piadosa. Otras bostezaban, dormitaban o conversaban cuando las maestras no las miraban. Por no saber qué hacer tomé un libro que aún no me había dignado abrir. Era un resumen de la vida de los santos; lo abrí al azar. Caí sobre la leyenda excéntrica de San Simeón, de la cual se burló Voltaire y que se parecía más a la historia de un fakir hindú que a la de un filósofo cristiano. Esta leyenda me hizo sonreír primero, luego me interesó; la releí más atentamente y la encontré más poética que absurda. Al día siguiente leí otra historia y luego continué la lectura con vivo interés. No creía en los milagros, pero admiré la fe, el valor y el estoicismo de los confesores y de los mártires.

En el fondo del coro había un hermoso cuadro del Ticiano. Representaba a Jesús en el jardín de los olivos, en el momento en que cae desfallecido en los brazos de un ángel. Este cuadro estaba colocado frente a mí y de tanto mirarlo terminé por adivinarlo más

bien que comprenderlo. Había un solo momento del día en que más o menos veía los detalles del mismo, era en invierno, cuando el sol, al declinar, iluminaba con un rayo el manto rojo del ángel y el brazo desnudo y blanco de Cristo. Mientras seguía contemplando el cuadro, buscaba el sentido de esta agonía de Cristo, el secreto de ese dolor voluntario tan espantoso y comenzaba a presentir en él algo más profundo y más grato que todo lo que me habían explicado. Yo también me entristecía intensamente y quedaba como herida por una piedad y un sufrimiento desconocidos. Algunas lágrimas acudían a mis ojos, las secaba rápidamente porque me daba vergüenza estar emocionada sin saber por qué.

Otro cuadro más visible representaba a San Agustín bajo la higuera, con el rayo milagroso sobre el cual estaban escritas las palabras, *Tolle, lege,* esas misteriosas palabras que el hijo de Mónica creyó oír salir del follaje y que le decidieron a abrir el Evangelio. Busqué la vida de San Agustín, especialmente venerado en mi convento. Me agradó muchísimo su lectura por la sinceridad y entusiasmo que hay en ella. De allí pasé a la de San Pablo y el «¿Por qué me persigues?» me impresionó vivamente. El poco latín que Deschartres me había enseñado me servía para comprender parte de los oficios. Me puse a escucharlos y en los salmos recitados por las religiosas encontré una poesía y una simplicidad admirables. En fin, me decidí a releer atentamente el Evangelio.

Un día andaba, al anochecer, por los claustros. Mis compañeras estaban en el jardín. Yo estaba sola y me aburría; sin embargo, no deseaba encontrarme con mis compañeras. Vi que algunas religiosas y pupilas se dirigían a la iglesia. Yo no sabía qué hacer. Las diabluras me parecían ya monótonas, debía encauzar mi vida por otro camino; transformarme en *seria* o en *tonta.* Las serias eran demasiado frías y las tontas demasiado cobardes. Pero ¿y las devotas, las fervorosas, eran felices? No; su devoción era sombría y enfermiza. Los diablos les creaban mil contrariedades, mil indignaciones. Además, en cuestión de fe ocurre como en el amor. Cuando se busca no se encuentra. Aparece cuando menos se lo espera. Además, la fe no se tiene cuando se quiere; no la tengo ni tendré jamás… Al discurrir así veía pasar personas en dirección a la capilla. Tuve curiosidad por saber en qué actitud y con qué recogimiento rezaban en la soledad; mi curiosidad aumentó al ver

una vieja pensionista del convento, bajita y deforme, que se dirigía a la capilla semejando más una bruja que corre al aquelarre que una piadosa al santuario de Dios. «Veamos, me dije, qué hace este pequeño monstruo en su banco.» La seguí y con ella entré en la iglesia. Me decidí a entrar porque en ese momento lo hacía sin haber pedido permiso. Es curioso que la primera vez que entré por propia voluntad en una iglesia, lo hice como acto de indisciplina y de burla.

Capítulo XLIII

Apenas puse los pies en el templo me olvidé de la vieja jorobada. Mis ojos no la siguieron. Me sentí turbada y encantada por el aspecto que ofrecía la iglesia durante la noche. Era un largo rectángulo, sin estilo, de paredes blanqueadas y semejante por su simplicidad a un templo anglicano. El altar, muy modesto, estaba adornado por hermosos candelabros y flores siempre frescas.

El ante coro donde nos encontrábamos estaba cubierto de sepulturas, sobre cuyas lápidas se leían los nombres de monjas muertas antes de la revolución y de varios personajes eclesiásticos y laicos. Se decía que el que iba a la iglesia a media noche veía levantarse esas lápidas; y que los muertos aparecían con sus cabezas descarnadas pidiendo con mirada ardiente oraciones para la paz de sus almas. A pesar de la oscuridad que reinaba en la iglesia no me sentí apesadumbrada. Estaba iluminada únicamente por la pequeña lámpara de plata del santuario, cuya llama blanca se reflejaba sobre el mármol del pavimento como una estrella en el agua inmóvil. La puerta situada en el fondo estaba abierta a causa del calor, así como una de las grandes ventanas que daban al cementerio. En el ambiente se percibía perfume de madreselvas y de jazmines. Se respiraba una calma, un recogimiento y un misterio que yo no conocía. Quedé en contemplación sin pensar en nada. Poco a poco, las raras personas que había en la iglesia se habían retirado. Una religiosa atravesó el ante coro y fue a encender una vela en la lámpara del santuario. Era alta y solemne. No pude reconocerla, porque las monjas, al entrar en la capilla, tenían siempre el velo caído sobre la cara. Su caminar lento y silencioso, su larga y profunda prosternación sobre el pavimento y el incógnito de esta religiosa, que parecía un fantasma listo para entrar en las lápidas funerarias, me causó una emoción mezcla de terror y de arrobamiento. La poesía del santo lugar penetró en mi imaginación.

No sé qué era lo que pasaba en mí. Respiraba una atmósfera de una suavidad indecible, más con el alma que con los sentidos. De repente, no sé qué sacudida me conmovió; ante mis ojos pasa como una luz blanca y me siento envuelta por la misma. Creo oír una voz que murmura a mi oído: *tolle, lege.* Me vuelvo, creyendo que es María Alicia la que me habla. Estaba sola.

No me hice ninguna ilusión; no creí en un milagro. Me di cuenta de que aquello había sido una alucinación. No quedé aturdida ni asustada. Unicamente sentí que la fe penetraba en mí, como lo había deseado, por el corazón. Estuve tan agradecida, tan maravillada, que un torrente de lágrimas inundó mi rostro. Me di cuenta de que amaba a Dios, que mi pensamiento abrazaba y aceptaba plenamente ese ideal de justicia, de ternura y de santidad, que yo nunca había negado, pero que jamás me había encontrado en comunicación directa. Veía un camino amplio, inmenso, sin límites, abrirse ante mí; deseaba de todo corazón penetrar en él.

La hermana que venía a cerrar la iglesia oyó gemir y llorar; vino hacia mí sin reconocerme, tampoco la reconocí a ella. Me levanté rápidamente y salí sin mirarla. A tientas tomé el camino de mi celda.

Esa noche dormí extenuada por el cansancio, pero en un estado de indecible beatitud. Al día siguiente, *la condesa,* que por casualidad se había dado cuenta de mi ausencia durante la oración, me preguntó dónde había pasado la tarde. Yo no era mentirosa y sin titubear, le contesté:

—En la iglesia.

Me miró asombrada, se dio cuenta de que yo decía la verdad y se quedó callada. No busqué a la madre Alicia para abrirle mi corazón. No dije nada a mis amigas los diablos. Estaba como avara de mi alegría interior. Esperaba impacientemente la hora de la meditación en la iglesia. Mi devoción tuvo el carácter de una pasión. Acepté todo, creí en todo sin combatir, sin sufrimiento, sin lamentarme y sin falsa vergüenza.

Al cabo de unos días, Ana Fanelly, notando mi silencio y viendo que yo iba a la iglesia todas las tardes, me dijo estupefacta:

—¿Cómo, mi querida *Calepin,* es que te has vuelto piadosa?

—Sí, así es.

—No es posible.

—Te doy mi palabra de honor.

—Bueno —contestó—; no trataré de sacarte esa idea de la cabeza. Creo que sería inútil; eres una naturaleza apasionada. No podré seguirte en ese terreno. Soy más fría; razono y creo que nunca podré tener entera fe.

—¿Me querrás menos por esto?

—Te conformarías más fácilmente si eso sucediera. La devoción absorbe y compensa todo; mas como estimo muchísimo tu sinceridad continuaré siendo tu amiga pase lo que pase.

Sofía no se dio gran cuenta de mi cambio. Las diabluras estaban pasando de moda. Además Sofía era un diablo melancólico y también tenía sus cortos acceso de devoción, mezclados con profundas crisis de tristeza, que no quería confesar.

Fannelly me evitó el trabajo de confesarle mi cambio.

—Y bien; te has vuelto seria —me dijo—. Si tú eres feliz, eso basta, y si lo quieres yo también caminaré. Soy capaz de hacerme piadosa para parecerme a ti y para estar siempre contigo.

Encontré a Luisa de la Rochejaquelein en uno de los claustros, después de mi conversión; como era mucho más razonable y más instruida que yo quise saber qué efecto causaba en ella esa noticia.

—¿Qué pensarías de mí —le pregunté—, si supieras que he abrazado la religión?

—Te diría —respondió— que has hecho muy bien y que te quiero ahora más de lo que te quería antes.

Mary volvió de Inglaterra en esa época. Entró nuevamente en la clase de las pequeñas e hizo otra vez tantas diabluras que sus padres tuvieron que sacarla del convento poco tiempo después. Se burló de mi devoción y cuando nos encontrábamos me hacía objeto de sarcasmos muy cómicos.

Mi conversión repentina absorbió todo mi tiempo. Fui a buscar a mi confesor para pedirle que me reconciliara con el cielo. Era un sacerdote anciano; el más paternal, el más sencillo, el más sincero y el más casto de los hombres. Sin embargo, era un jesuíta, *un padre de la fe,* como se decía desde la revolución. En él todo era rectitud y caridad. Se llamaba el abate de Premord.

—Padre —le dije—, usted sabe que hasta ahora nunca me he confesado bien. He venido aquí por obligación, todos los meses, como me ordenaban. Por eso usted nunca me dio la absolución y yo

no se la pedí. Hoy se la pido porque quiero arrepentirme y confesarme de verdad. Debo decirle que no sé cómo empezar porque no recuerdo haber cometido pecados voluntariamente; he vivido, he pensado y he creído de acuerdo como me educaron.

—Espere, hija mía; veo que esto será un confesión general y que tendremos mucho para conversar. Siéntese… Cuénteme sencilla y tranquilamente toda su existencia, tal como la recuerda; tal como la concibe y la juzga. No arregle nada, no busque ni el bien ni el mal de sus acciones y de sus pensamientos; no vea en mí un juez ni un confesor; háblame como a un amigo: Le diré luego lo que tenga usted que alentar o corregir para salvación de su alma, es decir, por su dicha en esta vida y en la otra.

El relato de mi vida duró más de tres horas. El sacerdote me escuchó atentamente, con interés paternal; varias veces vi que se enjugaba unas lágrimas, sobre todo cuando le expliqué cómo había obrado la gracia en mí, en el momento en que menos lo esperaba. Al terminar yo de hablar, me dijo:

—Su confesión está hecha. Si la gracia no la ha iluminado antes, la culpa no es suya. Ahora debe tratar de no perder el fruto de las saludables emociones que ha experimentado. Arrodíllese para recibir la absolución.

Cuanto terminó de pronunciar la fórmula sacramental, añadió:

—Vaya en paz; puede comulgar mañana; quédese tranquila y alegre, y no se preocupe en vanos remordimientos. Dé gracias a Dios porque ha abierto su corazón.

Al día siguiente, 15 de agosto, día de la Asunción, comulgué. Tenía quince años y no había recibido ese sacramento desde mi primera comunión en La Chatre.

Aquel día de verdadera primera comunión me pareció el más hermoso de mi vida, ya que me sentí tan llena de fe y tan segura de ella. No sé cómo hice para rezar. Rezaba a mi modo, ponía mi alma a los pies de Dios y con ella mis lágrimas, mis recuerdos, mis afectos, mis buenos proyectos para el porvenir y todos los tesoros de una juventud que se consagraba enteramente a una dicha inalcanzable, a un sueño de amor eterno. Jesús, tal como los místicos lo han interpretado, es un amigo, un hermano, un padre cuya presencia eterna, cuya solicitud infatigable, cuya ternura y cuya mansedumbre infinita no pueden compararse con nada.

El verano pasó para mí en la más completa beatitud; comulgaba todos los domingos y a veces dos días seguidos. Me parecía milagrosa esa identificación completa con la divinidad, yo ardía como Santa Teresa; ya no comía, no dormía y caminaba sin darme cuenta; me obligaba a austeridades sin ningún mérito, puesto que nada tenía que inmolar, cambiar o destruir en mí. Usaba en el cuello un rosario de filigrana como cilicio. Sentía la frescura de las gotas de sangre y eso me producía una sensación agradable y no un dolor. Vivía en éxtasis. Mi cuerpo era insensible. Mi pensamiento tomaba un desarrollo insólito. ¿Era el pensamiento? No; los místicos no piensan. Sueñan sin cesar, contemplan, se queman, se consumen como lámparas.

Creo que las personas que no han experimentado esta enfermedad sagrada no me comprenderán. Me había hecho seria, obediente y laboriosa sin ningún esfuerzo. Las religiosas me trataban con gran afecto.

María Alicia continuó siendo angélicamente buena conmigo. No me demostró más afección que antes de mi conversión; y esa fue una razón para que mi afecto por ella aumentara. Al gustar la dulzura de esta amistad maternal, tan pura y tan segura, saboreaba la perfección de su alma.

En cambio, la madre Eugenia, que había sido muy indulgente mientras yo era diablo, se hizo más severa conmigo, a medida que me fue viendo más razonable. Un día, yo estaba absorta en mis ensueños piadosos y no había oído una de sus órdenes. Me colocó el gorro de noche. Aquello no me mortificó; yo tenía conciencia de ser inocente. Por otra parte, la madre Eugenia seguía demostrando la preferencia que tenía por mí. Si yo estaba enferma o triste, por la noche llegaba hasta mi celda para interrogarme; lo hacía fríamente, hasta parecía burlarse un poco de mí. Pero ese rasgo lo apreciaba yo mucho, puesto que ella jamás se molestaba por nadie.

En esa época de mi primer fervor hice amistad con la hermana Elena, de quien tengo el más dulce y caro recuerdo.

Un día que atravesaba el claustro la vi casi desfalleciente, sentada sobre la última grada de la escalera, entre dos baldes de agua sucia. El peso de los mismos y el olor que exhalaban habían vencido sus fuerzas. Estaba pálida y bañada en sudor frío; parecía tuberculosa. Todas las pupilas se alejaban de ella porque sus

vestidos despedían olores desagradables. Era fea y pecosa; y en ella se adivinaba un dolor reprimido. Corrí hacia ella, la sostuve en mis brazos y no sabía qué hacer para socorrerla. Quise llamar a alguien en su auxilio. Tuvo fuerzas para impedírmelo y levantándose pretendió tomar nuevamente su carga; pero como no tenía fuerzas, terminé yo la tarea. Al cabo de un rato la encontré con la escoba en la mano pretendiendo limpiar la capilla.

—Eso es un suicidio —le dije—, y Dios prohibe buscar la muerte, aunque sea trabajando.

—Quiero morir —replicó—; estoy condenada por los médicos. Prefiero reunirme con Dios dentro de dos meses que dentro de seis.

Ante mi insistencia tuvo que consentir en que la ayudara en la limpieza de la iglesia. Al día siguiente la encontré cuando iba a tender las treinta y pico camas del dormitorio. Me preguntó si quería ayudarla, no tanto para aliviarla de su trabajo, sino porque mi compañía empezaba a serle agradable. Cuando el trabajo estuvo terminado nos sentamos a descansar y me dijo:

—Ya que usted es tan amable, podría enseñarme un poco de francés, pues necesito saberlo para poder dirigir a las sirvientas francesas.

Yo accedí a ello y me alegré porque la petición significaba que la hermana Elena no pensaba ese día en la muerte. Quedamos en que por la tarde iría a su celda para darle la primera lección. Llegué hasta allí con cierto recelo, pues los vestidos inmundos de la pobre monja me repugnaban bastante. Recibí una sorpresa agradable al entrar en la celda; porque la encontré sumamente limpia y con aroma de jazmín que subía desde el patio hasta su ventana. Ella estaba también muy aseada; tenía un hábito nuevo y sus objetos de uso personal, bien acomodados sobre una mesa, atestiguaban que era cuidadosa de su persona.

Vio en mis ojos cierta extrañeza y me dijo:

—He aceptado esta función tan desagradable de limpiar el convento porque me espantan la suciedad y los malos olores. Cuando llegué a Francia me causaron muy mal efecto el desaseo y el descuido que reinaban en esta casa. Creí que no me acostumbraría jamás a vivir en un lugar tan descuidado. Por eso, pedí que me destinaran a este trabajo, porque así haría más méritos para mi salvación.

Dijo todo esto riéndose, pues era muy valiente y se mostraba siempre satisfecha. Luego, con lenguaje simple y rústico, pero grandioso en su ingenuidad, me contó su historia:

«Soy una campesina escocesa, mi padre tenía una posición bastante holgada. Éramos muchos hermanos. Yo cuidaba los rebaños y me ocupaba de los quehaceres domésticos. Amaba el campo y me parecía imposible poder vivir en una ciudad. Un sermón que escuché me inspiró el deseo de consagrarme a Dios. Ese sermón predicaba el renunciamiento y la mortificación. Pensé que lo más agradable a Dios y lo más cruel para mí sería abandonar el campo, perder mi libertad y separarme para siempre de mi familia. En seguida, me resolví a tomar esa determinación. Me entrevisté con el sacerdote que había predicado y, cuando le comuniqué mi vocación, no quiso creerme y me llevó ante el obispo para que él examinara si mi vocación era verdadera. Cuando éste vio que yo dejaba toda mi felicidad por amor a Dios, me dijo que tenía una gran vocación, pero que debía obtener el consentimiento de mis padres. Mi padre, al oírme expresar el deseo de entrar en un convento, me dijo que me mataría. “Y bien, le contesté si usted me mata, iré al cielo antes de lo que pensaba”. Mi madre y mis hermanas me reprocharon lo que ellas creían mi ingratitud. Yo me afligí al oírlas, pero comprendí que éste era el comienzo del martirio que debía soportar por el amor de Dios.

»Cuando llegó el día en que yo debería partir me encerraron en mi cuarto y me ataron con cuerdas a los pies de la cama. Por fin, mi madre y una de mis tías, temiendo que mi padre me matara, trataron de convencerle para que me dejara partir. “Que se vaya, dijo, pero que sepa que lleva mi maldición.” Y salió de casa sin mirarme. Al quedarme sola con las mujeres y los niños de la casa, todos se pusieron de rodillas a mi alrededor para que renunciara a mi viaje, y yo les decía. “Más, aún no sufro tanto como quiero”. Por último, viendo que todos los ruegos eran inútiles, el preferido entre mis sobrinitos, acostándose sobre el umbral de la puerta, dijo: “Deberás caminar sobre mi cuerpo para salir.” Yo pasé sobre él. Durante largo rato después de haber salido de mi casa oí los gritos y los sollozos de mi madre, de mis tías y de todos los pequeños. Volví la cabeza y les mostré el cielo, levantando un brazo sobre mi cabeza. Mi familia, que no era impía, me comprendió. Entonces

proseguí mi camino y me di vuelta nuevamente cuando estuve bastante lejos. Miré el humo y el techo de mi casa. No lloraba y llegué tranquila hasta donde estaba el obispo. Unas señoras piadosas me acompañaron aquí.»

Esta historia, simple y terrible, aumentó mi entusiasmo por la religión y me inspiró gran cariño por sor Elena. Vi en ella una santa de la antigüedad. Ruda, ignorante, fanática y serena como Juana de Arco o como Santa Genoveva.

Le tomé las manos y exclamé:

—Creo que usted me indica el camino que debo seguir, ¡seré religiosa!

—Muy bien —me dijo con la confianza y la rectitud de un niño —; será usted hermana conversa como yo y trabajaremos juntas.

Me pareció que el cielo me hablaba por boca de esta inspirada. Por fin había encontrado a la santa de mis sueños. Me pareció más humana y más divina que las otras monjas. Más humana porque sufría; más divina porque amaba el sufrimiento. Su historia me hacía temblar y aumentaba mis deseos de sacrificio.

No tardé en confiar mi proyecto a la madre Alicia. La digna y razonable mujer me dijo sonriendo:

—Si esta idea le es grata, siga alimentándola en su corazón; pero no la tome muy en serio. Se necesita más valor del que usted piensa para tomar semejante determinación. Su madre y su abuela no consentirían en ello. Dirán que nosotras la hemos aconsejado y eso no está en nuestra intención ni en nuestro modo de obrar. Nunca alentamos vocaciones en cierne; esperamos que ellas se desarrollen. Usted no se conoce a sí misma.

Las dudas de la madre Alicia sobre mi vocación me mortificaron un poco. Y cuando trataba de conversar nuevamente con ella sobre mi sed de sacrificio por Dios, me decía:

—Hija mía; si usted, quiere hacer méritos por el dolor, ya encontrará suficiente cantidad en el mundo. Tenga en cuenta que una madre de familia, por el solo hecho de haber dado a luz a sus hijos, ha sufrido y ha trabajado más que nosotros. Los sacrificios de una buena madre y una buena esposa son superiores a los que se hacen en la vida de claustro. No atormente su espíritu y espere que Dios la inspire cuando esté en edad de elegir estado. Él sabe mejor que usted y que yo lo que le conviene. Si usted desea sufrir, quédese

tranquila; ya la vida se encargará de proporcionarle el martirio que usted pretende encontrar en el convento.

La actitud firme y serena de esta religiosa me preservó de hacer votos imprudentes que pesan algunas veces para toda la vida sobre conciencias timoratas.

Sin embargo, continuaba ayudando a sor Elena en su rudos trabajos y consagrándole mis recreos del día para darle su lección de francés. Ella no dudaba de mi vocación. Le parecía que sería muy fácil obtenerme una licencia especial para que pudiera entrar en el convento de Las Inglesas, a pesar de que en él no había monjas de nacionalidad francesa. Confieso que no podía soportar la idea de entrar en otro convento fuera de éste, y eso era una prueba de mi falta de vocación.

Construíamos ambas castillos en el aire. Pensaba que podría llamarme madre María Agustina, y que podría tener una celda vecina a la suya. También cultivaríamos juntas el jardín. Había continuado yo manifestando mi amor por la tierra. Por eso me entretenía en dirigir los trabajos de cultivo de las alumnas más pequeñas, las que por tal causa me estiman mucho. En la clase de las grandes se burlaban un poco de mí. Ana me encontraba embrutecida y Paulina de Pontcarré, mi amiga de la infancia, que había entrado al convento hacía seis meses, decía a su madre que yo me había imbecilizado y que no podía vivir más que al lado de la hermana Elena y de las chicas de siete años.

Sin embargo, tenía una amistad que debía realzarme en la opinión de las compañeras más inteligentes, puesto que era con la persona más capaz del convento. Se trataba de Elisa Auster, que es hoy superiora de un convento de Cork, en Irlanda. Elisa era de una belleza incomparable. Tenía un perfil griego de líneas exquisitas. Su cutis parecía hecho de lirios y de rosas, sus cabellos castaños eran soberbios, y sus ojos azules muy dulces y de gran penetración. La mirada y la sonrisa revelaban en ella la ternura de un ángel, y la frente derecha y el ángulo facial muy pronunciado, un gran poder y un gran orgullo. Desde su más tierna edad se había inclinado a la piedad. Siempre se mantuvo firme en su resolución de ser religiosa. Mantenía en su corazón una amistad de carácter exclusivo con una religiosa de un convento de irlanda, sor María Borgia de Chantal, quien alentó siempre su vocación y con quien se reunió más tarde al

tomar los hábitos. Conservo aún un recuerdo del afecto que tuvo por mí: se trata de un pequeño relicario, que esa misma religiosa le había regalado. Le tenía tal apego que me hizo prometer que nunca me separaría de él y he sabido mantener esa palabra. Elisa era la primera en todos los estudios y procedía en esa forma porque quería estar más tarde en condiciones de dirigir la educación de las jóvenes irlandesas que estarían a su cuidado. Yo trataba de prestar la mayor atención posible; pero, en realidad, desde que era piadosa, no había hecho más progresos que cuando era diablo. Mi único objeto consistía en someterme a la regla del convento y como mi misticismo me ordenaba sacrificar todas las vanidades del mundo, no pensaba que una hermana conversa tuviera necesidad de saber piano, dibujo e historia. Por lo tanto, después de tres años de estar en el convento, salí de él más ignorante de lo que había entrado. Hasta había perdido el amor por el estudio. La devoción me absorbía enteramente. Cuando lloraba durante una hora en la iglesia, quedaba deshecha todo el día.

En Nohant había despreciado el estudio porque quería ser obrera al lado de mi madre y en el convento lo despreciaba porque me parecía una ocupación demasiado mundana y quería ser sirvienta, junto a la hermana Elena. Sin lucha me estaba extenuando con mis expansiones piadosas. Empezaba a sentirme enferma y pronto el malestar físico cambió el aspecto de mi devoción.

Capítulo XLIV

Disfrutaba de una libertad absoluta. Las religiosas me asociaban a sus quehaceres y entretenimientos: estaba con ellas en sus horas de costura, las acompañaba en el momento de tomar el té, ayudaba en la sacristía, cantaba al son del órgano y, por último, estaba con ellas hasta en el cementerio, lugar prohibido a las pupilas. Ese cementerio, situado entre la iglesia y la pared del jardín de los Escoceses, no era más que un campo de flores sin tumbas y sin epitafios. Era un lugar delicioso, sombreado por hermosos árboles. En las tardes de verano era asfixiante el perfume de los jazmines y de las rosas; en el invierno, durante la nieve, las violetas y las rosas de bengala sonreían sobre aquella mortaja inmaculada. He pasado allí horas deliciosas, soñando sin pensar en nada concreto. Cuando era diablo entraba al cementerio para recoger las pelotas de goma que descuidadamente dejaban caer allí los escoceses. Ahora, soñaba con una muerte anticipada, con una existencia contemplativa; elegía mi lugar en el campo santo y me imaginaba estar extendida allí, por ser el único lugar del mundo donde mi corazón y mis cenizas podían descansar en paz.

En aquella época murió la madre Alipia de un catarro pulmonar endémico, que puso en peligro la vida de otras religiosas. Yo no tenía gran cariño por la madre Alipia; pero la apreciaba, por su rectitud y su espíritu justo. Su muerte fue muy lamentada. Su hermana Poulette, que la cuidaba como enfermera, demostró un valor admirable en su dolor hasta el punto de caer desvanecida en la enfermería el día del entierro. Éste fue hermosamente triste y poético; los cantos, las lágrimas, las flores, la ceremonia en el cementerio, los pensamientos sembrados inmediatamente sobre su tumba, el dolor profundo y resignado de las monjas; todo parecía imprimir un sello de santidad y un encanto secreto a esta muerte serena, a esta separación de un día, como decía la buena y valiente

Poulette.

Esc día, mientras estábamos en la capilla, se oyó un grito desgarrador. Elena no se mueve y, luego, cae por tierra; y la vemos retorcerse en terribles convulsiones. Sus ojos extraviados miraban de un lado a otro, como si estuvieran perseguidos por un espectro. Por fin, me explicó que había sufrido mucho, porque como su cuarto estaba separado únicamente por un tabique de la sala donde había muerto la madre Alipia, sin querer había asistido a la agonía de la misma. Me dijo que era presa de terrores involuntarios e inexplicables. El fantasma de la muerte estaba ante ella en todo su horror. El sufrimiento, materializado ante sus ojos, había sacudido demasiado su imaginación.

No sé por qué sus palabras me desagradaron. Encontré raro y desagradable que mi santa Elena, el prototipo de la fuerza moral y del valor, se hubiera turbado tanto ante la muerte augusta y solemne de un ser sin mancha de pecado. Yo nunca había temido a la muerte. Mi abuela me la había hecho considerar con gran serenidad filosófica. Por primera vez se me apareció como algo sombrío a través de la impresión enfermiza de Elena. Su terror se me contagió y, por la noche, al atravesar un pasillo, me pareció ver la sombra de la madre Alipia. Apenas pude reprimir un grito; me avergoncé de mí misma. Ese terror me pareció una impiedad y quedé tan disconforme con Elena como conmigo.

Sentí tristeza. Una tarde entré a la iglesia y no pude rezar. Fueron vanos mis esfuerzos para reanimar mi espíritu; desde hacía algún tiempo me sentía enferma, tenía espasmos estomacales insoportables y no podía dormir ni comer.

Es difícil poder soportar a los quince años las austeridades que yo me imponía. Me di cuenta de que el período de exaltación religiosa había terminado. Por primera vez desde que era piadosa tuve dudas, no sobre la religión, sino sobre mí misma. Estaba convencida de que la gracia divina se retiraba de mí. Me acordaba de estas terribles palabras: «Son muchos los llamados y pocos los escogidos.» Creí que Dios no me amaba porque mi amor por él no era suficientemente intenso. Caí en una sombría desesperación. Conté mi desventura a la madre Alicia. Ella sonrió y me quiso demostrar que el estado de mi espíritu debía responder a algún trastorno físico y que no debía darle mayor importancia:

—Todos sufrimos esos desvanecimientos del alma —me dijo—. Acéptelos con espíritu humilde y ruegue para que esta prueba termine. Si usted no ha cometido ninguna falta grave, quédese tranquila.

Murmuraba yo contra el objeto de mi adoración, y como una amante celosa e irritada le hubiera dirigido amargos reproches. Golpeándome el pecho, me decía:

—Sí, yo debo tener la culpa; debo haber cometido una falta grave y mi conciencia endurecida ha rehusado hacérmela conocer.

Rebusqué en mi conciencia buscando ese pecado con increíble rigor. Como no lo hallaba, me convencí de que una serie de pecados veniales podía equivaler a uno mortal. Durante un mes o dos viví continuamente en medio de ese suplicio.

Una devota no puede comulgar sin angustia, porque entre la absolución y el momento de comulgar cree haber cometido algún pecado. El pecado venial no hace perder el valor de la absolución; un fervoroso acto de contrición devuelve al alma su limpieza y se puede recibir a Dios. En cambio, si el pecado es mortal hay que abstenerse de comulgar, so pena de cometer un sacrilegio. El remedio consiste en acudir en seguida al director espiritual o en su defecto a cualquier sacerdote. Éste es un remedio tonto; el abuso verdadero de una institución cuya idea primitiva fue grande y santa. ¿Si se ha cometido un pecado mortal en el momento o en la víspera de la comunión, no es mejor esperar una expiación más larga, una reconciliación más difícil que la que se produce en cinco minutos de confesión ante el sacerdote?

Los primeros cristianos no lo hubieran entendido así; ellos, que en la puerta del templo se sometían a un confesión pública antes de creerse redimidos de sus faltas; ellos, que se sometían a pruebas terribles y a largos años de penitencia. La confesión entendida de este modo podía y debía transformar un ser. El vano simulacro de la confesión secreta, la corta exhortación del sacerdote, esa penitencia que consiste en decir alguna oración, ¿es acaso la institución pura, eficaz y solemne de los primeros tiempos? El valor social de la confesión es muy restringido, porque el secreto de la misma provoca más inconvenientes que ventajas para la seguridad y la dignidad de las familias. No impone al creyente un respeto suficientemente profundo y un arrepentimiento duradero. Su afecto

es más o menos nulo sobre los cristianos tibios y tolerantes. Cuando el sacerdote y el penitente son sinceros, la confesión puede ser un socorro, pero la debilidad humana, el espíritu dominador e intrigante del clero, la fe perdida en el mismo seno de la iglesia, han probado que los beneficios de esta institución desviada de su objeto y desnaturalizada por dejadez secular, son muy escasos, mientras que sus peligros y el mal que producen son habitualmente enormes.

Tuve la dicha de encontrar un sacerdote digno, que fue para mí durante mucho tiempo un amigo tranquilo y un consejero prudente.

El abate de Premord se engañó durante una temporada con mis confesiones: Yo me acusaba de frialdad, de relajamiento, de impiedad, de tibieza en mis prácticas religiosas. Me predicaba la perseverancia. Un día en que yo me acusaba con más energía y lloraba amargamente, me interrumpió con brusquedad y me dijo:

—No la comprendo, y temo que usted se está enfermando. ¿Me autoriza a que informe de su conducta a la superiora o a alguna otra persona que usted me indique?

Como terminé por darle mi asentimiento, quedamos en que volveríamos a hablar un rato después.

Cuando me encontré nuevamente con él, me dijo sonriendo:

—Ya sabía yo que usted estaba loca y enferma; y eso influye en su imaginación. Usted está triste y sombría. Sus compañeras ya no la compadecen; si usted continúa de esta forma, se hará odiar y temer y el ejemplo de sus sufrimientos y de sus agitaciones impedirá más conversiones en lugar de atraerlas. Su madre piensa que el régimen de la escuela la está matando y su abuela cree que aquí la están fanatizando. Y yo exijo que salga usted de esta exageración. Quiero que viva plenamente y libremente de cuerpo y de alma; y como en los escrúpulos que la turban hay mucho orgullo, aun a pesar suyo, le doy como penitencia el retornar nuevamente a los juegos y a las diversiones propias de su edad. Pronto volverá a tener buen apetito y dormirá bien; y cuando su cuerpo se sienta más fuerte, su cerebro apreciará mejor cuál es la importancia de esas faltas que usted se cree en el deber de confesar. Quiero que dentro de ocho días me digan que un gran cambio se ha operado en usted. Quiero que sea amada y respetada por todas sus compañeras; no únicamente por las prudentes, sino también por las que no lo son.

Hágales comprender que la fe es un santuario del cual se sale con la frente serena y el alma indulgente. Recuerde que Jesús dijo a sus discípulos que no debían imitar a los fanáticos e hipócritas que se cubren de cenizas y que tienen su corazón tan impuro como el rostro. Que debían ser agradables a los hombres para que ellos amaran la doctrina que enseñaban.

Y el buen hombre, dejándome estupefacta, trastornada y espantada con lo que me había ordenado, me despidió. Sin embargo, obedecí; porque la obediencia pasiva es el primer deber del cristiano, y reconocí bien pronto que a los quince años no es muy difícil volver a saborear las diversiones. Poco a poco volvía a jugar, primero displicentemente, luego con placer y, por último, con pasión, pues el movimiento físico era una necesidad de mi edad y de mi organismo. Mis compañeras estuvieron encantadas con mi cambio de modo de ser. Ocurrió todo lo que mi buen director espiritual me había predicho. Rápidamente recobré la salud moral y física. Mis pensamientos me serenaron; al interrogar mi corazón, lo encontré tan sincero y tan puro, que la confesión fue una corta formalidad para lograr después el placer de comulgar. Gusté entonces el indecible bienestar que el espíritu jesuíta sabe dar a cada naturaleza, según su inclinación y su alcance.

Transcurrieron unos seis meses, que han quedado en mi memoria como un sueño y con los cuales quisiera encontrarme nuevamente en la eternidad para mi modelo de vida en el paraíso. Mi espíritu estaba tranquilo; mis ideas eran alegres. A toda hora veía el cielo abierto ante mí. La virgen y los santos me sonreían y me llamaban. Vivir o morir me era indiferente. La tierra era un lugar de espera, donde todo me ayudaba e invitaba para lograr mi salvación. Ya no rezaba tanto como en la época anterior; me lo habían prohibido. Comulgaba todos los domingos y días de fiesta con una increíble seguridad de corazón y de espíritu. Era libre como el aire, en esa dulce y amplia prisión conventual. De haber pedido la llave de los subterráneos, con seguridad la hubiera conseguido. Era la niña mimada de todas las religiosas y de todas las compañeras, antiguas y nuevas. Esto prueba que es muy fácil ser perfectamente amable cuando uno se siente perfectamente feliz.

Mi retorno a la alegría fue como una resurrección de la clase de las mayores. Las diabluras tomaron otra forma; el ambiente se hizo

travieso, en él no había espíritu de rebelión, ni se trataba de eludir el deber. Se trabajaba durante las horas reglamentarias y nos divertíamos en los recreos como nunca lo habíamos hecho. Los diablos se dulcificaron, las prudentes se alegraron y las tontas sentaron juicio.

Ese gran progreso se logró por medio de diversiones en común. Entre varias alumnas improvisábamos pequeñas comedias. Como yo, gracias a mi abuela, tenía más cultura que mis camaradas y cierta facilidad de comediógrafa, fui la directora del conjunto. Elegí los actores, encargué los trajes; y fui muy bien secundada. El lado de la clase que daba sobre el jardín fue destinado al teatro. Nuestros primeros ensayos fueron tolerados por la condesa, luego se entusiasmó con ellos y alentó a la madre Eugenia y a las otras madres para que asistieran a esas diversiones. Las monjas se divirtieron y aprobaron nuestros espectáculos.

Rápidamente nuestras representaciones progresaron mucho. Con viejos biombos hicimos los telones. Cada alumna trajo de su casa materiales para los trajes. Adopté el traje Luis XIII, porque era el que más conciliaba con la decencia y con las posibilidades que teníamos para caracterizarnos.

La superiora nos anunció un día que asistiría a nuestra representación y que prolongaría por primera vez nuestra diversión hasta media noche. Sobre mí pesaba una grave responsabilidad. Debía hacer reír a la superiora y alegrar a toda la comunidad sin cometer la menor ligereza, porque de lo contrario nuestro teatro podía ser clausurado.

Felizmente, conocía bastante bien todo Molière y, suprimiendo la parte amorosa, se podían encontrar escenas cómicas para desarrollarlas durante una velada. *El enfermo imaginario* me ofreció todo lo que yo deseaba. No lo recordaba exactamente. Molière estaba prohibido en el convento. Yo recordaba bastante la idea principal, como para no apartarme demasiado del original. Ni las religiosas ni las alumnas conocían nada de Molière. Estaba segura de que la obra tendría para todas el atractivo de la novedad. En cuanto ella empezó, vi que la superiora no podía contener la risa y que la madre Eugenia y las demás monjas estaban divertidas. Ese éxito, obtenido desde las primeras escenas, nos alentó. Al terminar el espectáculo me llenaron de elogios por mi espiritualidad y la

alegría de la obra. No podía decirles que el autor de la obra era Molière. Además, nadie había leído nada de él y, por otra parte, las monjas tal vez se hubieran opuesto a que se representara en el convento algo de ese autor. Me sentí mortificada al oír tantos elogios, pero pude comprobar que mi vanidad no se había sentido halagada con ellos. Las representaciones continuaron todos los domingos. De todos los rincones de mi memoria extraje plagios e imitaciones y los arreglé de acuerdo con los medios y la conveniencia de nuestro teatro. Esta diversión aumentó la camaradería entre nosotras; la necesidad de ayudarse unas a otras para divertirnos en común engendró la bondad, la condescencia y una ausencia total de rivalidad. La alegría se contagió a los caracteres más concentrados y a las devotas más melancólicas; y siguió en aumento hasta que algunas inconscientes la hicieron degenerar en revuelta. Era la época de la restauración entonces y se produjo una epidemia de rebeliones en todos los liceos, pensionados y establecimientos educativos de ambos sexos. Como esas noticias nos llegaban una tras otra, las alumnas más turbulentas se preguntaban:

¿No tendremos nosotras también revuelta? ¿Seremos las únicas en no seguir la moda?

La condesa, que tenía un poco de miedo, se hacía cada vez más severa. Las monjas parecían preocupadas (creo que nuestros vecinos, los escoceses, se habían insubordinado). Y se proyectó simular una rebelión para asustar a las monjas y, sobre todo, a la condesa. A mí nada me comunicaron, porque no querían ponerme en apuros de conciencia. Un atardecer estábamos todas sentadas alrededor de una larga mesa, mientras la condesa, en un extremo de la misma, remendaba ropa. A una señal determinada, la palabra «¡revuelta!» se dijo en voz alta varias veces. La pobre mujer creyó que el momento fatal había llegado y salió corriendo de la clase para ir a encerrarse en su cuarto. Arrojamos por la ventana los candelabros, las velas y los bancos. Durante una hora estuvimos haciendo un gran desorden, sin que nadie apareciera para imponer disciplina. Por fin oímos la voz de la superiora, que llegaba con un batallón de monjas. A nuestra vez tuvimos miedo, porque, como la queríamos, nos disgustaba ser castigadas como si en realidad nuestra revuelta hubiera sido verdadera. En seguida ordenamos la

clase lo mejor que pudimos y nos pusimos de rodillas y empezábamos la oración en el momento en que la superiora, después de titubear un poco, entraba en la clase.

La condesa fue considerada como visionaria. María Josefa, la sirvienta que arreglaba la clase por la mañana, no se quejó por la fractura de algunos muebles y de algunas velas. Nos guardó el secreto y ahí terminó nuestra revolución.

El carnaval se acercaba y preparábamos una representación teatral extraordinaria. Todo estaba listo; pero un acontecimiento político vino a trastornar nuestra fiesta. El duque de Berry fue asesinado en la puerta de la Opera por Louvel. Este crimen aislado, caprichoso como todos los actos de delirio sanguinario, sirvió de pretexto para persecuciones y para un cambio de política en el reinado de Luis XVIII. La noticia fue dramáticamente comentada al día siguiente en el convento. Fue el único tema durante ocho días. Todas las circunstancias de esta tragedia real y doméstica, embellecidas, ampliadas y poetizadas por los diarios monárquicos, llenaron nuestros recreos de suspiros y lágrimas. Casi todos pertenecíamos a familias realistas o bonapartistas. Las inglesas, que eran la mayoría, tomaban parte en el duelo real por principio. Además, el relato de una muerte trágica y las lágrimas de un familia ilustre eran tan emocionantes, para nosotras, como una obra de Corneille o de Racine, No nos decían que el duque de Berry había sido brutal y depravado. Nos lo describían como un héroe, como otro Enrique IV, y a su mujer como una santa.

Yo era la única que luchaba contra ese pesar general. Seguía siendo bonapartista y no lo ocultaba, sin que por eso discutiera con nadie. En ese tiempo los bonapartistas eran considerados liberales. Yo no sabía qué era liberalismo; me decían que era lo mismo que el jacobinismo, del cual tampoco sabía nada. Pero me dijeron que el liberalismo había influido en la muerte del duque de Berry; entonces dije:

—Seré todo lo que ustedes quieran, menos liberal.

Y me dejé colocar en el cuello una medalla recordatoria del duque Berry. Ocho días de luto y tristeza era mucho para un convento de niñas. Una noche, alguien hizo una mueca; otra sonrió, una tercera dijo una broma y la risa se hizo general. Poco a poco nos entregamos de nuevo a nuestras diversiones.

Mi abuela estaba en París. No tenía por qué disgustarse conmigo, puesto que mi conducta era excelente. Se dio cuenta de mi sencillez y que mi falta de coquetería no quedaba mal a los dieciséis años. Sin embargo, tenía una nueva preocupación, después de haber sabido que yo conservaba el secreto deseo de hacerme religiosa. El convento era para mí el paraíso. No era pensionista ni monja, sino algo intermedio entre ambos estados, y gozaba de una libertad absoluta. Las religiosas, viéndome tan alegre, empezaban a creer en mi vocación. Únicamente la madre Alicia y el abate Premord desconfiaban de ella y me decían más o menos lo mismo:

—Mantenga ese deseo, si usted gusta; mas no haga votos imprudentes. Nada de promesas secretas a Dios y, sobre todo, no diga nada a su familia hasta que no esté bien segura. Su abuela desea que usted se case. Si dentro de dos o tres años no quiere casarse, entonces podremos hablar nuevamente sobre su intención de entrar en el convento.

Yo hubiera persistido en mi devoción de no haber dejado el convento; pero tuve que dejarlo y disimular ante mi abuela mi pena mortal al abandonar aquel lugar. Tuve un mes para prepararme para esta separación y cuando el momento llegó aparecí serena y satisfecha ante mi pobre abuela. En cambio mi corazón estaba desolado y lo estuvo durante mucho tiempo.

Poco antes de mi salida murió la madre Canning. Yo había llegado a respetarla, pero nunca me había sido muy simpática. Ella, en cambio, me nombró durante su agonía. Esta mujer supo dirigir el convento. Lo dejaba en situación floreciente, con un número considerable de alumnas y con buenas relaciones en el mundo social. Esta situación próspera no duró mucho. La madre Eugenia fue nombrada superiora y no tuvo condiciones directivas. Al poco tiempo pidió que la relevaran del puesto. El convento había decaído mucho. Este establecimiento había llegado a su mayor esplendor en tiempos del Imperio y de Luis XVIII. Allí se educaron las niñas de las más grandes familias de Francia y de Inglaterra. Después de esa época, se inició el reinado de la burguesía y oí que las viejas condesas acusaban a la madre Eugenia por haber dejado penetrar en el convento al tercer estado. Las personas de la alta sociedad retiraron a sus hijas por esta causa. Los colegios más aristocráticos fueron entonces el Sacre-Coeur y la Abbaye-aux-Bois. Sin duda, los

burgueses se sintieron humillados de que sus hijas no se codearan con los nobles y no tuvieron interés en que se educaran allí. Tal vez, también, el espíritu volteriano del reinado de Luis Felipe hizo disminuir la inscripción en los colegios religiosos. Lo cierto fue que al cabo de algunos años, el convento estaba en decadencia. En 1847 había resurgido algo, pero nunca llegó al esplendor de la época en que yo me eduqué.

Capítulo XLV

No recuerdo cuáles fueron las impresiones de mis primeros días en París, después de haber salido del convento. Mi abuela, a quien con mucha pena veía muy cambiada y muy debilitada, hablaba de su muerte, próxima según ella, con gran serenidad filosófica. Luego agregaba, enterneciéndose y estrechándome sobre su corazón:

—Hija mía, debo casarte bien pronto, porque te dejo. Piensa que me iré desesperada si te dejo sin guía y sin apoyo en la vida.

Yo también estaba desesperada con ese proyecto. Sin embargo, vi pronto que no se ocupaba mucho del mismo. La señora de Pontcarré proponía algún candidato, y mi tío Beaumont otro, la señora Pontcarré me hizo conocer a su protegido. Luego me preguntó mi opinión y le contesté que me había parecido feo. A pesar de todo parece que era muy buen mozo; y como yo no le había mirado, la señora de Pontcarré me trató de tonta. Me tranquilicé totalmente viendo que se hacían los preparativos para nuestro regreso a Nohant; oí también que mi abuela decía que, como me encontraba muy niña, era mejor esperar unos meses más antes de hacer nuevas tentativas. Quedé libre de esa ansiedad; mas luego experimenté otro dolor. Confiaba en que mi madre vendría a Nohant con nosotros. No sé qué habría sucedido entre ella y mi abuela, lo cierto fue que cuando le pregunté a aquélla si nos acompañaría me contestó:

—Regresaré a Nohant cuando mi suegra haya muerto.

Sentí que todo se derrumbaba nuevamente en mi existencia. No me atreví a formular preguntas. Temí oír otra vez las recriminaciones antiguas. Mi piedad y mi ternura filiar me prohibían escuchar la menor murmuración de parte de una o de otra. En silencio traté de reconciliarlas; con las lágrimas en los ojos se besaron delante de mí, pero esas lágrimas eran de sufrimiento contenido y de reproche mutuo. Mi madre me consoló:

—No te apenes; ya nos volveremos a ver y puede ser antes de lo que tú crees.

Esta alusión obstinada a la muerte de mi abuela era desgarradora para mí. Traté de hacérselo ver.

—Como quieras —dijo mí madre irritada—; si la quieres más que a mí, es una felicidad para ti, puesto que ahora le perteneces en cuerpo y alma.

—Le pertenezco de todo corazón por agradecimiento y por abnegación —le contesté—, pero no en cuerpo y alma contra usted. Y si ella exige que yo me case, lo aceptaré siempre que sea, lo juro, con un hombre que no rehuse ver y honrar a mi madre.

Esta resolución hubiera debido ser tenida en cuenta por mi madre. Pero ella no comprendía mi corazón. Éste era demasiado sensible y demasiado tierno para su naturaleza sin matices. No tuvo nada más que una sonrisa enérgica e indiferente para decirme:

—Si, lo creo; no me inquieto por eso. No pueden casarte sin mi consentimiento. Me perteneces y aun cuando consiguieran rebelarte contra mí, sabré hacer valer mis derechos.

Mi madre, exasperada, parecía dudar de mí y dejar caer su amargura en mi pobre alma dolorida. Comencé a presentir que en ese carácter generoso, pero indomable, había algo raro, y en sus ojos negros algo terrible que por primera vez me atemorizó.

Mi abuela, por contraste, estaba caída y quejosa:

—¿Qué quienes, hija mía? —me hablaba—, tu madre no puede o no quiere agradecerme los esfuerzos enormes que he hecho y que hago todos los días para que sea feliz. Creo haber procedido siempre bien; en cambio, ella lo hace en una forma tan dura que ya no puedo aguantar más. ¿Por qué no me deja morir en paz? ¡Tiene tan poco tiempo para esperar!

Al ver que yo quería replicar, añadía:

—Ya sé lo que quieres decirme: hago mal en entristecer tus dieciséis años. No pensemos más en esto. Ve a vestirte; esta noche iremos a los Italianos.

Yo tenía mucha necesidad de distraerme, pero no sentía deseos de ello ni tenía fuerzas para hacerlo.

Rosa se había casado y debía alejarse de nosotros para instalarse en La Chatre en cuanto estuviéramos de regreso en Nohant. Estaba impaciente por reunirse con su marido, con el que se había

desposado la víspera del viaje a París. No ocultaba su alegría, y me decía con una pasión que me llenaba de miedo:

—Quédese tranquila; ya le llegará el turno.

Llegamos a Nohant en los primeros días de la primavera de 1820 y encontré que estaban renovando los papeles y las pinturas de mi cuarto. Me instalaron provisionalmente en la habitación de mi madre. Allí nada había cambiado; y dormí deliciosamente en la gran cama que me recordaba toda la ternura y los sueños de mi infancia. Vi entrar el sol en ese cuarto desierto, en el que había llorado tanto. Los árboles estaban en flor, los ruiseñores cantaban y a lo lejos oía el clásico y solemne canto de los labradores, que resume y caracteriza toda la poesía clara y tranquila del Berry. Mi despertar, sin embargo, fue una indecible mezcla de alegría y dolor, ya eran las nueve de la mañana. Por primera vez, desde hacía tres años, había dormido hasta tarde sin escuchar la campana del Angelus y la voz chillona de María Josefa, que me arrancaba a la dulzura de mis últimos sueños. Podía quedarme aún una hora más en la cama, sin que nadie me dijera nada. Abrí la ventana y regresé a la cama. Al mismo tiempo que el perfume de las plantas, la juventud y la vida llegaban hasta mí, pero el sentimiento de porvenir desconocido me embargaba de inquietud y tristeza profundas. No sé a qué atribuir esa falta de esperanza tan poco en relación con las ideas alegres y la salud física de la adolescencia. Experimenté este dolor tan fuertemente que aún lo recuerdo con nitidez después de tantos años. No sé por qué recuerdos de la víspera o por qué aprehensiones del mañana derramé lágrimas amargas en un momento en que hubiera debido estar tan feliz por encontrarme nuevamente en el hogar paterno. Con todo, experimenté muchas satisfacciones. En lugar del triste uniforme de sarga, una bella criada me trajo un fresco vestido de color rosa. Tenía libertad para arreglar mis cabellos, sin que la madre Eugenia me dijera que era indecente descubrirse las sienes. En el desayuno encontré todas mis golosinas preferidas. El jardín era un ramo inmenso. Todos los criados y todos los campesinos vinieron a saludarme. Besé a todas las mujeres del lugar. El lenguaje berrichón sonaba a mis oídos como una música amada. Los perros, mis viejos amigos que la noche anterior me habían ladrado, me reconocían y me colmaban de caricias con sus miradas inteligentes. Parecía que

pedían perdón por su falta de memoria de la víspera. Por la tarde, Deschartres, que había estado no sé dónde, llegó con su traje de siempre, sus polainas y su gorra de fuelle. El pobre hombre no había pensado en mi cambio físico y mientras yo le saltaba al cuello, él preguntaba por Aurora, sin reconocerme, y me llamaba señorita. Al igual que los perros, me reconoció al cabo de un cuarto de hora.

Todos mis compañeros de infancia habían cambiado tanto como yo. Lisette estaba empleado en otra parte. No le vi y murió poco tiempo después. Cadet era criado ayudante. Servía la mesa y decía ingenuamente a Julia, que le reprochaba por romper todas las jarras:

—En la semana pasada sólo he roto siete.

Fanchón era pastora en nuestra casa. Marís Aucante había sido elegida reina de la belleza del pueblo. María y Solange Croux eran ya jóvenes encantadoras. También me visitó Úrsula. Durante tres días mi cuarto estuvo lleno de visitas. Todos, como Deschartres, me llamaban señorita. Algunos se sentían intimidados ante mí. Eso me hizo sentir mi aislamiento. El abismo de la jerarquía social se había ahondado entre nosotros que de niños nos creíamos iguales. Más que nunca lamenté el haberme separado de mis compañeras de colegio. Durante algunos días me entregué de lleno al placer de correr por el campo y de volver a mirar todos mis lugares preferidos. El arroyo, las plantas salvajes, los prados en flor. Este ejercicio, del que había perdido la costumbre, y el aire primaveral me calmaron tanto que, durante varias noches, dormí deliciosamente bien; con todo, pronto se me hizo pesada la inacción de mi espíritu, y traté de emplear bien el día. Consagré una hora a la historia, otra al dibujo, otra a la música, otra al inglés y una al italiano. Al cabo de un mes no había hecho más que resumir mis escasos estudios del convento. Entonces llegaron la señora de Pontcarré y mi querida Paulina.

Paulina a los dieciséis años, como a los seis, era la hermosa indiferente que se dejaba querer. Su carácter era encantador, como su figura, sus manos, sus cabellos de ámbar, sus mejillas de lirios y de rosas. Mas, como su corazón nunca se manifestaba, no puedo decir si esta amable compañera fue amiga mía.

Su madre era muy distinta. Tenía un alma apasionada y un

espíritu brillante. Cantaba muy bien. Su conversación trasuntaba alegría. Era muy cariñosa en sus modales y muy activa. Contaba los años de mi padre y habían sido amigos en su infancia. Mi abuela hablaba de su hijo con ella.

Con toda naturalidad yo pasaba más tiempo con Paulina y su madre que con mi abuela, que estaba siempre en su sillón. Ella misma me pedía que durante el día hiciera largos paseos con esta señora y que aprovechara las excelentes directivas musicales de la señora Pontcarré. Cuando creíamos saber bien un trozo musical, tratábamos de que mi abuela nos escuchara. Más de una vez encontramos la puerta de su cuarto cerrada. Nuestra compañía le resultaba un poco cansadora, porque éramos demasiado jóvenes y vivaces para ella. La pobre mujer se apagaba dulcemente, aunque no nos diéramos cuenta de su estado. En las horas de las comidas aparecía en la mesa con el rostro ligeramente coloreado, sus diamantes en las orejas y luciendo su figura elegante en un abrigo entallado; conversaba animadamente y siendo esclava del saber vivir amable, disimulaba sus frecuentes desfallecimientos y parecía disfrutar una saludable ancianidad. Durante mucho tiempo disimuló una sordera progresiva y hasta sus últimos momentos trataba de no decir su edad. Sin embargo, se iba, como decía a menudo Deschartres. Éste tampoco creía tal cosa y esperaba morir antes que ella. El menor ruido la molestaba. No podía soportar la luz del día y después de haber conversado con las visitas una o dos horas, necesitaba encerrarse en su habitación a descansar.

Me extrañó mucho, por lo tanto, cuando un día me dijo que la descuidaba para dedicarme por completo a la señora de Pontcarré y a su hija. Esos reproches me parecieron injustos, y quedé consternada. Tal injusticia en un corazón tan bueno y tan recto, hacía el efecto de que se trataba de un acceso de demencia triste y dulce. También me reprochó que yo parecía hablar en secreto con mis amigas y querer ocultarle algo a ella. Le confesé que desde hacía ocho días estábamos construyendo un teatro y ensayábamos una obra para el día de su fiesta. Pero que prefería malograr la sorpresa antes de que creyera en mi falta de afecto. Le dije que, si ella quería, estaba dispuesta a abandonar el ensayo para pasar todo el día a su lado. Entonces exclamó:

—No, no, no quiero; la señora Pontcarré aprovecharía la

oportunidad para lucir a su hija y tú, como siempre, quedarás eclipsada por ella.

Yo no comprendía lo que me decía. Nunca Paulina y yo habíamos pensado en una posible rivalidad. Creo que tampoco lo había pensado la señora Pontcarré; en cambio mi pobre abuela estaba celosa de la belleza de Paulina, y también sufría con el cariño que me demostraba la señora de Pontcarré. Más de una vez se repitieron estas escenas de celos y en medio de algunas lágrimas y pequeñas tormentas familiares, ahogadas por imposición del saber vivir, llegó el día de la fiesta de mi abuela. El teatro revestido de follaje natural, estaba encantador, En la obra, yo era el novio de Paulina y como no sabía lo que era la timidez, interpreté mi papel con tanta naturalidad que mi abuela quedó muy conforme, a pesar de que Paulina brillaba con el encanto de su belleza y todos los atavíos propios de su sexo.

Poco tiempo después la señora de Pontcarré y su hija partieron de Nohant. Yo me afligí al verlas partir y, sin embargo, me sentí aliviada, porque sin ellas quererlo habían sido la causa de mis disgustos con mi abuela.

Hipólito llegó con licencia; en el primer momento estuvimos algo intimidados uno frente a otra. Era ya un apuesto cuartel maestre de húsares, domador de caballos, que se permitía bromear con Deschartres como lo había hecho con mi padre. Pronto reanudamos nuestra antigua amistad y corríamos y paseábamos juntos, como si nunca nos hubiéramos separado. Él me hizo conocer el placer de montar a caballo. Este ejercicio debía influir mucho sobre mí carácter y mis costumbres espirituales. El curso de equitación fue muy rápido. Según Hipólito, todo consistía en caer o no caer del caballo. Como lo corriente era caer del caballo, buscaríamos un buen lugar, para que la caída no fuera dolorosa; y me llevó a un prado cubierto de espeso pasto. Él montó al «General Pepe». Éste era un hermoso caballo, hijo del fatal «Leopardo» y al cual yo, en mi entusiasmo por la revolución italiana, había bautizado con el nombre del héroe, que más tarde fue mi amigo. A mí me había destinado una yegua llamada «Colette», a la que se había llamado en principio «Señorita Deschartres», por ser alumna de nuestro preceptor. Tenía cuatro años y nunca había sido montada. Parecía tan mansa que, mi hermano, después de haberle

hecho dar varias vueltas por el prado, creyó que andaría bien y me colocó sobre ella.

Hay un Dios para los locos y para los niños. «Colette» y yo, tan novicias una como otra, teníamos todas las probabilidades de no marchar de acuerdo y separarnos violentamente. Nada de eso ocurrió. Desde ese día vivimos y galopamos catorce años juntas. No sé si habiéndolo pensado hubiera llegado a sentir miedo, pero mi hermano no me dejó tiempo para reflexionar. Castigó vigorosamente a «Colette», quien debutó con un galope frenético, acompañado por corcovos y sacudidas terribles. Mi hermano me había aconsejado:

—Agárrate a las crines, si quieres; pero no largues las riendas y no te tires.

Puse toda mi atención y mi voluntad para no caer de la montura. Me agarraba al caballo como podía y al cabo de una hora, deshecha y despeinada y, sobre todo mareada, había adquirido la confianza y la presencia de espíritu necesarias para mi educación ecuestre. «Colette» era un ser superior dentro de su especie. Delgada, fea, grande y sin gracia mientras estaba en reposo, estando en movimiento adquiría belleza, gracia y flexibilidad. Tenía una fisonomía salvaje y ojos hermosos.

En ocho días aprendía a guiarla. Su instinto y el mío marchaban de acuerdo. Saltábamos vallas y zanjas. Atravesábamos aguas profundas, y yo, la mosca muerta del convento me había transformado en algo más temerario que un húsar y más robusto que un campesino.

Mi abuela no pareció sorprendida con mi metamorfosis, porque —decía— se repetían en mí los contrastes experimentados durante la adolescencia de mi padre. Es raro que queriéndome tan intensamente nunca se asustara al verme andar a caballo. Mi madre, en cambio, siempre que me veía montada, escondía su cara entre las manos mientras gritaba que terminaría mis días como mi padre. Mi abuela contestaba a los que pedían razones de sus tolerancia a ese respecto, con la anécdota del marino y del ciudadano.

«—¿Cómo, señor, puede ser usted marino cuando su padre y su abuelo, han muerto en el mar? Yo en su lugar nunca subiría en un barco.

»—Y sus padres señor, ¿dónde han muerto?

»—En sus camas, gracias a Dios.

»—En ese caso y en su lugar, yo nunca me acostaría en una cama.»

Mi hermano retornó a su regimiento. Quedé sola durante todo el invierno con mi abuela y Deschartres.

Hasta entonces, a pesar de haber estado en agradable compañía, había luchado en vano contra una profunda melancolía: la añoranza del convento. No podía aburrirme, puesto que tenía mi día bien repartido, pero todo me disgustaba cuando comparaba mi vida actual con los plácidos y regulares días del claustro. Mi alma, ya cansada desde la infancia, aspiraba al reposo y allí había gustado un año de quietud absoluta. Había olvidado todo el pasado y había entrevisto el provenir parecido a ese presente. Mi corazón se había acostumbrado a querer a muchas personas a la vez y a comunicarles o recibir de ellas un continuo alimento amistoso y alegre. Le he dicho, pero lo volveré a decir una vez más al enterrar el sueño de mi vida claustral en mis recuerdos: la existencia en común con seres amables y amados es el ideal de la dicha.

Una hermosa pasión ensancha el alma. ¿Qué pasión es más hermosa que la de la hermandad evangélica? En aquel ambiente me sentí vivir. Alejada de allí me debilité día a día espiritualmente, y, sin darme cuenta de lo que me pasaba, experimentaba un vacío espantoso, un cansancio de todas las cosas y de todas las personas que se encontraban a mi alrededor.

Mi abuela era la única exceptuada; mi afecto por ella se desarrollaba intensamente. La estaba comprendiendo; comprendía el secreto de sus debilidades maternales, veía en ella la mujer nerviosa y delicadamente susceptible, que hacía sufrir porque sufría ella misma de tanto amar. Veía los contrastes que existían entre su espíritu bien dotado y su carácter débil. Era un mujer superior por su instrucción, su razonamiento, su rectitud y su valor para las cosas importantes, y una mujercita débil en los pequeños dolores de la vida ordinaria: Yo amé las debilidades de esta naturaleza complicada cuyos defectos eran nada más que el exceso de cualidades exquisitas. Desgraciadamente, fue muy corto el tiempo en que pude aprovechar su influencia moral y su preparación

intelectual. Como ya no tenía de quien estar celosa por mí (también lo habría estado de Hipólito) era adorable al estar a solas. Sabía tantas cosas, razonaba tan bien y se expresaba con una simplicidad tan elegante, que su conversación era el mejor de los libros.

Pasamos juntas las últimas tardes de febrero leyendo una parte de «*El genio del cristianismo*», de Chateaubriand. No gustaba del estilo de este escritor y el fondo le parecía falso, pero las numerosas citas de la obra le sugerían juicios admirables sobre las obras de arte de las que le leía fragmentos. Una noche, expresándole cuán feliz me encontraba con sus enseñanzas, me contestó:

—Deja de leer, hija mía; lo que me lees es tan raro que tengo miedo de estar enferma y de escuchar otra cosa de lo que tú lees. ¿Por qué me hablas de muertos, de campanas, de tumbas? Haces mal al querer hablarme de cosas tristes.

Me detuve espantada, porque acababa de leerle una página muy agradable. Se repuso pronto y me dijo:

—Mira; creo que he dormido y he soñado, mientras tú leías. Estoy muy débil; dame las cartas y juguemos.

Jugó con su lucidez y su atención de costumbre. Luego meditando un instante, habló:

—Ese casamiento no te convenía y estoy contenta de haberlo deshecho.

—¿Qué casamiento?

—Es un hombre inmensamente rico, pero tiene cincuenta años y un gran sablazo en la cara. Es un general del Imperio. No sé dónde te ha visto. En el convento tal vez. ¿Lo recuerdas?

—Absolutamente.

—Desea casarse contigo, con dote o sin ella, pero… ¿Se concibe que hombres de Bonaparte tengan prejuicios como nosotros? Como primera condición imponía que no debías volver a ver a tu madre… Me hizo leer una carta de mi primo René de Villeneuve. Éste le decía cuánto lamentaba su negativa; y la quería convencer de que un casamiento con un hombre de tanta edad no era ningún inconveniente, ya que en él encontraría elevada posición, fortuna y consideración que no podrían hallarse en hombres jóvenes. Le pedía también que fuéramos a París en marzo, porque ese viaje era de gran interés para mí.

—Y bien, mamá —pregunté yo—, ¿iremos a París?

—Si, hija mía; iremos dentro de ocho días. Mas, quédate tranquila; no quiero oír hablar de ese casamiento. No me ofusca tanto la edad como la condición que ha impuesto ese señor… Te conozco ahora y lamento no haber sabido juzgar antes tu situación. Amas a tu madre por deber y por religión, como la amabas por costumbre y por instinto en tu infancia. Creí deber ponerte en guardia, porque te hubieras dejado llevar por tus sentimientos generosos. Tal vez me equivoqué al decírtelo en un momento de dolor y de irritación. Me di cuenta de tu sufrimiento. En ese momento me parecía que debías saber la verdad por boca mía. Si crees que he exagerado algo o que he tratado demasiado duramente a tu madre, olvida mis palabras. Debes saber que, a pesar de todo el mal que me ha hecho, reconozco sus cualidades y su buena conducta desde la muerte de tu pobre padre… Temí verte primero demasiado enceguecida; luego me asustó tu devoción. Ahora estoy tranquila; te veo piadosa, tolerante y amante de los goces intelectuales. Me apena no tener tu devoción; pues veo que tu fe extra es una fuerza que no está en tu naturaleza y que no me ha parecido superior a tu edad…

Besé a mi abuela y viéndola perfectamente serena y lúcida me retiré a mi cuarto dejándola al cuidad de sus dos criadas.

Apenas había pasado una semana en verdadera intimidad con mi abuela cuando reconocí que no había aprendido nada en el convento. El deseo de conformarla me empujó más que mi curiosidad o mi amor propio, a instruirme un poco. Sufría al oírle decir que mi educación religiosa era embrutecedora, y a escondidas estudiaba algo para que mis conocimientos fueran supuestos como obra de las religiosas. Emprendía de ese modo algo imposible para mí. Quien está desprovisto de memoria no puede llegar a instruirse. Me costaba un trabajo terrible poner un poco de orden en mis nociones de historia. Ya estaba olvidando el inglés que me había sido tan familiar como mi idioma. Para estudiar me quedaba leyendo y escribiendo desde las diez de la noche hasta las tres de la mañana. Dormía cuatro o cinco horas; salía a pasear a caballo antes del despertar de mi abuela; me desayunaba con ella y luego le hacía música y la acompañaba durante todo el día, pues insensiblemente se había acostumbrado a ello. Le leía los diarios o me quedaba dibujando en su cuarto, mientras Deschartres se los leía. Tal lectura

me era particularmente odiosa. No sé por qué me entristecía profundamente esa crónica diaria del mundo real. Me sacaba de mis sueños. Creo que la juventud vive de la contemplación del pasado y esperando lo desconocido.

La noche de su alucinamiento auditivo, cuando me retiré a mi cuarto, no estudié; dejé la ventana abierta y ejecuté en el arpa. Luego sentí frío y me acosté pensando en cuán dulce había sido la expansión de mi abuela. Por primera vez respiraba ampliamente, porque podía querer igualmente a mis dos madres. Luego pensé en el casamiento, en el hombre de cincuenta años y en el próximo viaje a París. Por primera vez me sentí optimista. Me pareció que había obtenido ascendiente sobre mi abuela y que podría escapar a sus deseos de casarme pronto; que poco a poco vería por mis ojos y me dejaría vivir libre y feliz a su lado, y que, después de haberle consagrado mi juventud, podría cerrarle los ojos sin que me exigiera la promesa de renunciar al claustro.

Me dormí, por lo tanto, muy tranquila. A las siete de la mañana, Deschartres entró en mi cuarto y al abrir los ojos presentí una desgracia en los suyos. Me anunció que mi abuela había querido levantarse durante la noche y había caído con un ataque de apoplejía y de parálisis. Julia la había encontrado en el suelo, fría, inmóvil y sin conocimiento. Ahora estaba en su cama; había entrado en calor y estaba un poco reanimada; mas no se daba cuenta de nada y no hacía movimiento alguno. Pasamos el día cuidándola. Volvió en sí, recordó haberse caído y se quejó del golpe que se había dado. La sangría le dio un poco de movilidad, y por la noche su mejoría fue tan visible que el viejo doctor se despidió muy tranquilo. En cambio, Deschartres no pensaba lo mismo. Mi abuela me pidió que le leyera el diario y pareció escuchar la lectura del mismo. Luego pidió las cartas y no pudo tenerlas en la mano. Entonces empezó a divagar. Asustada, pregunté a Deschartres si deliraba.

—Desgraciadamente no, me respondió; no tiene fiebre, es reblandecimiento…

Estas palabras cayeron sobre mí espantosamente. Fueron más dolorosas que el anuncio de la muerte. Quedé tan trastornada, que salí de la habitación y me refugié en el jardín donde caí de rodillas queriendo rezar, aunque no lo pude hacer. Regresé; Deschartres se

había enternecido con el dolor y me habló así:

—No debe usted enfermarse, ella la necesita. Tenga valor. Pasó la noche divagando dulcemente. A la mañana siguiente se durmió profundamente hasta la noche. —Ese sueño era un nuevo peligro que había que combatir. El médico y Deschartres la hicieron reaccionar, pero al despertarse estaba ciega. Al día siguiente los objetos colocados a su derecha creía tenerlos a su izquierda. Otro día perdió la memoria de las palabras. En fin, después de una serie de fenómenos raros y de crisis imprevistas entró en convalecencia. Su vida estaba momentáneamente salvada. Tenía horas de lucidez. Sufría poco, pero estaba paralítica y su cerebro debilitado entraba en la faz anunciada por Deschartres. Su hermosa inteligencia estaba muerta. Hubo muchas fases en el estado de mi pobre enferma. Durante el verano creimos en su total restablecimiento, pues recobró su espíritu, su alegría y hasta un poco de memoria. Apoyada en nuestros brazos iba hasta el comedor donde comía con apetito. Se sentaba en el jardín a tomar sol; escuchaba, a veces, la lectura del diario y se ocupaba de sus asuntos y de su testamento. Al entrar el otoño decayó nuevamente y terminó su vida, sumiéndose en un sueño letárgico, el 25 de diciembre de 1821.

Mucho viví, pensé y cambié durante los diez meses de la enfermedad de mi abuela.

Capítulo XLVI

El azar había decidido que al cumplir yo diecisiete años cesaran por algún tiempo para mí las influencias exteriores, y que me perteneciera a mí misma, enteramente, para transformarme para mi bien o mi mal, en lo que sería el resto de mi vida.

Mi abuela paralítica no tuvo ya, ni en sus momentos más lúcidos, el menor ascendiente intelectual sobre mí. Mi madre, a pesar de sus ruegos, no vino a Nohant; dijo que el estado de mi abuela podía prolongarse infinitamente y que ella no podía separarse de Carolina. Deschartres, abatido primero y resignado después, pareció cambiar enteramente de carácter con respecto a mí. Puso en mis manos contra mi oposición todos los poderes que mi abuela le había otorgado y exigió que yo llevara la contabilidad de la casa y que diera todas las órdenes. Me trató como a una persona de edad madura, capaz de dirigirse a sí misma y a los demás.

Era fiarse demasiado de mi capacidad.

No tuve dificultades para mantener el orden establecido en la casa. Todos los criados eran fieles. Deschartres continuaba dirigiendo los trabajos del campo, de los cuales yo no entendía nada, a pesar de todos los esfuerzos que él había hecho para encariñarme con ellos.

El pobre Deschartres hizo todo lo posible para distraerme y reanimarme. Quiso que «Colette» me perteneciera enteramente y puso a mi alcance todas las potrancas y los potrillos que había en nuestras propiedades para que variara de cabalgadura cuando quisiera. Él los ensayó primero, cosa que le costó más de una caída; tuvo que convenir que yo era un jinete más hábil que él. Se tenía tan derecho y tan acompasado a caballo que se cansaba muy pronto. Quiso que Andrés fuera mi escudero o más bien mi paje, y me suplicó que todos los días hiciera un paseo a caballo por el

campo.

Tomé la costumbre de hacer todas las mañanas ocho o diez leguas a caballo en cuatro horas; me detenía algunas veces en una granja para tomar leche, luego andaba a la ventura, exploraba la región y pasaba por lugares reputados intransitables. Andrés, muy bien aleccionado por Deschartres, no decía una palabra mientras andábamos. No comenzaba a estar locuaz hasta que no nos deteníamos para comer y yo le exigía que compartiera mi mesa. Me entretenía con sus reflexiones simples en el lenguaje berrichón. En estos paseos, contemplaba esa sucesión lenta o rápida del paisaje, ya sombrío, ya delicioso, y encontraba bandadas pintorescas de pájaros o rebaños de animales, u oía el dulce ruido del agua… Me hice enteramente poeta y poeta por gusto y por carácter, sin darme cuenta de que lo era y sin saberlo. Donde no buscaba más que una expansión física encontraba una inextinguible fuente de goces morales que me reanimaban y me renovaban cada día con más fuerza. De no haber tenido que volver al lado de mi pobre enferma hubiera andado durante días enteros; pero, como salía muy de mañana, casi siempre al alba, cuando el sol comenzaba a calentar, al galope regresaba a casa. Me daba cuenta de que el pobre Andrés estaba cansadísimo; yo me extrañaba de verlo así, pues nunca mis fuerzas se han agotado andando a caballo y creo que las mujeres, por su forma peculiar de montar o por la flexibilidad de sus miembros, pueden cabalgar más tiempo que los hombres.

Gracias a este ejercicio saludable sentí una necesidad imperiosa de instruirme. Primero bajo el peso de la pena y de la inquietud había tratado de acortar las largas horas que pasaba al lado de mi abuela leyendo novelas de Florián, de madame de Genlis y de Van der Welde. Estas últimas me parecieron encantadoras; pero estas lecturas interrumpidas por los cuidados que me imponía mi situación de enfermera no dejaron ninguna huella en mi espíritu, y a medida que el temor de la muerte se alejaba volví a lecturas más serias que muy pronto me apasionaron.

Mi confesor, el cura de La Chatre, me había prestado *El genio del Cristianismo.* Devoré el libro. Me gustó apasionadamente en fondo y forma. Sentí renovarse en mí la devoción que había disminuido un poco a consecuencia de mi aislamiento y de la tristeza de mi situación. Mi fe no fue ya una pasión ciega sino una luz brillante.

Ya Juan Gerson me había tenido durante mucho tiempo bajo la influencia de la humildad espiritual, del aniquilamiento de toda reflexión y del desprecio de la ciencia humana. *La imitación de Jesucristo* ya no era mi guía. Chateaubriand, el hombre sentimental y entusiasta, se erigía como mi sacerdote y mi iniciador. No veía en él al poeta escéptico, ni al hombre de la gloria mundana. Debía bajar al abismo del examen; pero no como Dante, en la edad madura, sino en la flor de los años y en toda la claridad de mi primer despertar.

La imitación es el libro del claustro por excelencia; es el código del tonsurado. Es mortal para el alma de quien no ha roto con la sociedad de los hombres y los deberes de la vida humana. De modo que yo había roto, en mi alma y en mi voluntad, con los deberes de hija, de hermana, de esposa y de madre; yo me había dedicado a la eterna soledad al beber en esta fuente de beatitud personal.

Al releerlo después de *El genio del Cristianismo* me pareció enteramente nuevo y vi todas las consecuencias terribles de su aplicación en la práctica de la vida. Me ordenaba olvidar todo afecto terrestre… Comenzaba a estar asustada y arrepentida de haber andado entre la familia y el claustro sin tomar una determinación decisiva. Demasiado sensible a la pena de mis familiares o a la necesidad que podían tener de mí, había sido irresoluta y temerosa, había hecho numerosas concesiones a mi abuela, que quería verme instruida.

Había repudiado su doctrina, a partir del día en que, cediendo a las imposiciones de mi director espiritual, me había vuelto alegre, afectuosa y amable con mis compañeras, y sumisa y abnegada con mis familiares. Todo era criminal en mi conciencia y en mi conducta, o el libro, el divino libro, había mentido.

Para mi existencia futura, debía elegir entre el cielo y la tierra; o el ascetismo con el cual me había alimentado a medias, era un alimento pernicioso del que debía desligarme para siempre, o bien el libro tenía razón, y debía rechazar el arte y la ciencia, la poesía y el razonamiento y la amistad y la familia; y pasar los días y las noches en éxtasis y en oraciones al lado de mi abuela moribunda y luego apartarme de todas estas cosas y encerrarme en un lugar santo para no tener más tratos con la humanidad.

¿A quién creer? ¿Cuál de esos dos libros era el herético? Ambos

me habían sido dados por los directores de mi conciencia. ¿Había dos verdades contradictorias en el seno de la iglesia? Chateaubriand proclamaba la verdad relativa. *La imitación de Jesucristo,* de Gerson, la declaraba absoluta.

Yo estaba muy perpleja. Mientras galopaba, creía en Chateaubriand. A la luz de mi lámpara, creía en Gerson, y por la noche me reprochaba mis pensamientos de la mañana.

Una circunstancia exterior dio el triunfo al neo cristianismo. Mi abuela había estado, nuevamente durante algunos días, en peligro de muerte. Yo me había atormentado cruelmente con la idea de que no se reconciliaría con la religión y que moriría sin sacramentos; y no me había atrevido siquiera a decirle una palabra sobre mis deseos. Mi fe me ordenaba imperiosamente que hiciera esa tentativa; mi corazón me lo impedía con más energía. Sufrí gran angustia por este motivo. Por fin escribí al abate Premord, para pedirle consejo. Lejos de condenar mi conducta, el excelente hombre la aprobó:

«Ha hecho muy bien, hija mía, al guardar silencio. Decir a su abuela que estaba en peligro, hubiera sido matarla. Tomar la iniciativa en ese asunto delicado de su conversión sería contrario al respeto que usted le debe. Tal inconveniencia hubiera sido vivamente sentida por ella. Ha estado bien inspirada callándose y pidiendo a Dios su inspiración. *Siga siempre los consejos de su corazón; el corazón no se equivoca.* Rece siempre y espere, y sea cual fuere el fin de su pobre abuela, tenga fe en la sabiduría y la misericordia divinas. Su deber, con respecto a ella, es continua rodeándola de los más tiernos cuidados, Al ver su amor, su modestia, la humildad y la discreción de su fe, querrá, tal vez, para recompensarla, responder al secreto deseo de usted y reconciliarla con la Iglesia».

De este modo, el amable y virtuoso anciano, transigía también con los afectos humanos. Me daba lugar a esperar la salvación de mi abuela; aunque muriera sin reconciliarse oficialmente con la Iglesia, y tal vez sin haber pensado en ello. Este hombre era un santo, un verdadero cristiano. ¿A pesar de ser un jesuíta, o por ser jesuíta?

Seamos equitativos. Desde el punto de vista político, como republicanos, odiamos o tememos a esta secta enamorada del poder y deseosa de dominación. Digo secta al hablar de los discípulos de

Loyola, porque forman una secta, lo sostengo; una importante modificación en la ortodoxia romana; una herejía bien condicionada. Lo que pasa es que nunca se ha declarado tal. Ha conquistado y minado al Papado sin hacerle una guerra aparente; pero se ha reído de su infalibilidad declarándola soberana. En eso ha sido más hábil que las otras herejías y sin embargo más poderosa y más durable.

Sí, el abate de Premord era más cristiano que la Iglesia intolerante; y era hereje porque era jesuíta. La doctrina de Loyola es la caja de Pandora. Contiene todos los males y todos los bienes. Es la base del progreso y el abismo de destrucción, una ley de vida y de muerte. Como doctrina oficial, mata; como doctrina oculta, resucita lo que ha matado.

Doctrina, espíritu o tendencia de institución, cuyo espíritu dominante y activo consiste en abrir a cada uno el camino que le corresponde. Para ella la verdad es soberanamente relativa y una vez que este principio está admitido en el secreto de las conciencias, significa la caída de la Iglesia católica.

Esta doctrina tan discutida, tan criticada, tan señalada al horror de los hombres progresistas, es la última arca de la fe cristiana. Tras ella no hay otra cosa más que el ciego absolutismo del papado. Es la única religión practicable para los que no quieren romper con Jesucristo Dios. La Iglesia Romana es un gran claustro donde los deberes del hombre en sociedad son inconciliables con la ley de la salvación. Que se suprima el amor y el matrimonio, la herencia y la familia. Entonces, la ley del renunciamiento católico es perfecta. Su código es la obra del genio de la destrucción; en cuanto admite otra sociedad que la comunidad monástica, es un laberinto de contradicciones y de inconsecuencias. Se ve en la obligación de mentirse a sí misma y de permitir a cada uno lo que a todos prohíbe. Entonces la fe está vacilante; llega el jesuíta, que dice al alma turbada e insegura:

—Sigue como puedas y de acuerdo con tus fuerzas. La palabra de Jesús es eternamente accesible a la interpretación de la conciencia lúcida. Entre la Iglesia y tú, nos ha enviado para ligar y desligar. Cree en nosotros; entrégate a nosotros, que somos una nueva iglesia, dentro de la Iglesia; una iglesia tolerada y tolerante, una tabla de salvación entre la regla y el hecho. Lo que está mal

puede estar bien, y recíprocamente, según el fin que se persiga. La intención es todo; el hecho, nada.

De este modo habló Jesús a sus discípulos cuando les había dicho: «*El espíritu vivifica, la letra mata.* No hagáis como esos hipócritas cuya religión consiste en el ayuno y la penitencia exterior. Lavad vuestras manos y arrepentíos en vuestros corazones.»

Pero Jesús había dicho palabras de vida, de una extensión inmensa. El día en que el Papado y los Concilios se declaren infalibles en la interpretación de ellas, mataron, sustituyeron a Jesús, como al miedoso a quien se dice: esto no es nada. Mira y toca. Y en efecto, el mejor modo de fortificar el corazón y de reanimar el espíritu es enseñándole el desprecio del peligro.

Pero este procedimiento, tan seguro en el dominio de la realidad, ¿es aplicable a las cosas abstractas? ¿Puede someterse así de golpe la fe de un neófito a grandes pruebas?

Me veía capaz de entusiasmo intelectual, pero tratada por una rigidez de conciencia que podía arrojarme al terreno estrecho del catolicismo antiguo. Luego, en la mano de un jesuíta, todo ser pensante es un instrumento que hay que hacer vibrar. El espíritu de la institución sugiere a sus mejores miembros un gran fondo de proselitismo. Un jesuíta que, encontrando un alma dotada de cierta vitalidad, la dejara aniquilarse en una quietud estéril, hubiera faltado a su deber y a su regla. De este modo Chateaubrian procedía, tal vez con intención, tal vez sin saberlo, de acuerdo con los jesuítas, llamando *los goces del espíritu y los intereses del corazón* en socorro del cristianismo. Ese hereje, era innovador y mundano; era confiado y audaz como ellos o según el ejemplo de los mismos.

Después de haberlo leído con entusiasmo saboreé *El genio del Cristianismo,* tranquilizada por mi buen confesor. Y luego comprendí la lectura de Mably, Locke, Condillac, Montesquieu, Bacon, Bossuet, Aristóteles, Leibnitz, Pascal y Montaigne, de los cuales mi abuela me había marcado los capítulos que debía leer. Después vinieron los poetas y los moralistas: La Bruyère, Pope, Milton, Dante, Virgilio, Shakespeare, etcétera. Sin orden y sin método, tal como cayeron en mis manos, y con una intuición que no volví a encontrar jamás, y que era superior a mi lenta comprensión. El cerebro era joven, la memoria huidiza, el sentimiento rápido y la voluntad amplia.

Leía en los primeros tiempos con la audacia que me había sugerido mi buen abate. Y luego, no teniendo plan, entremezclando en mis lecturas los creyentes con los incrédulos, encontraba en los primeros el medio para contestar a los otros. Yo era sentimental y el sentimiento era el único que decidía las cuestiones que se presentaban a mi vista. Saludé respetuosamente a los metafísicos; y todo lo que puedo decir en alabanza mía, a propósito de ellos, es que me abstuve de considerar como vana y ridícula una ciencia que fatigaba demasiado mis facultades. Más tarde cuando la estudié con más detenimiento me reconcilié un poco más con ella.

En resumen, digo hoy que la búsqueda de la verdad en manos de grandes espíritus, es el objeto de la metafísica; mas como yo no pertenezco a esa categoría, no he necesitado de esa ciencia. Pero llegué a Rousseau, el hombre apasionado y sentimental por excelencia, y entonces quedé confundida.

¿Era aún católica cuando iba a empezar la lectura de Juan Jacobo? Creo que no. A pesar de practicar esta religión creo que, sin darme cuenta, me había apartado del estrecho sendero de su doctrina. El espíritu de la Iglesia no esta ya en mí; tal vez no había estado jamás.

Las ideas estaban en gran fermentación en esa época. Italia y Grecia combatían por su libertad nacional. La Iglesia y la monarquía eran contrarias a esas generosas tentativas. Los diarios realistas de mi abuela gritaban contra la insurrección; y el espíritu religioso, que hubiera debido estar de parte de los cristianos de Oriente, se empeñaban en probar los derechos del Imperio turco. Esa monstruosa inconsecuencia, ese sacrificio de la religión al interés político me rebelaban. El espíritu liberal se hacía para mí sinónimo de sentimiento religioso. Jamás podré olvidar que el impulso cristiano me empujó resueltamente al campo del progreso, del que ya no debía volver a salir.

Me indignaba con Deschartres, al ver que no era devoto ni religioso, combatía a la religión en la cuestión de los griegos y la filosofía en el progreso. El pedagogo no tenía más que una idea, una ley, una necesidad, un instinto: la autoridad absoluta frente a la sumisión ciega. Hacer obedecer a los que *deben* obedecer, lal era su sueño; pero ¿por qué unos *deben* mandar a otros? A esto, él, que tenía saber e inteligencia práctica, contestaba con sentencias vacías

y lugares comunes.

Sosteníamos discusiones cómicas. No podía yo tomarlas en serio con un espíritu tan extravagante y obstinado como el suyo en ciertas cuestiones. Él me trataba con bondad paternal y se atribuía la gloria de *mis estudios*, que se imaginaba dirigir porque discutía el efecto de los mismos.

Cuando encontraba en Leibnitz o en Descartes argumentos matemáticos, letra muerta para mí mezclados a la teología y a la filosofía, iba a su encuentro, para que con analogías me explicara esos puntos inabordables. Lo hacía con gran habilidad, gran claridad y con verdadera inteligencia de profesor.

En política me encontraba fuera del seno de la Iglesia y no me atormentaba por ello, pues las religiosas de mi convento no tenían opiniones determinadas sobre las cuestiones de Francia y no me habían dichos que la religión ordenara alistarse en pro o en contra de alguien. No había oído, leído ni escuchado en la enseñanza religiosa algo que me prescribiera pedir a la autoridad espiritual la apreciación de lo temporal. Yo me había extrañado al ver que la señora Pontcarré identificaba la religión con la monarquía absoluta. Chateaubriand identificaba también el trono con el altar; mas eso no me interesaba. Chateaubriand era para mí un literato y no desde el punto de vista cristiano. Su obra me bastaba como iniciación a la poesía de las obras de Dios y de los grandes hombres.

Mably me había dejado disconforme. Me habían decepcionado sus impulsos de franqueza y de generosidad, detenidos sin cesar por el descorazonamiento frente a la aplicación de los mismos.

Leibnitz me parecía más grande que todos; ¡pero qué difícil era interpretarlo cuando se elevaba treinta atmósferas sobre mí!

Me reía en grande de mi presuntuosidad al querer aprender lo que no entendía. Sin embargo, el prefacio de la *Teodicea,* que resumía tan bien las ideas de Chateaubriand y los sentimientos del abate de Premord sobre la utilidad y hasta sobre la necesidad del saber, me deleitaron.

«La verdadera idea y la verdadera felicidad, decía Leibnitz, consisten en el amor de Dios; pero en un amor inteligente, cuyo ardor esté acompañado por la luz del saber. Esta especie de amor es fuente de ese placer en la buenas acciones, quienes relacionando todo a Dios, como el centro propiamente dicho, transportan lo

humano a lo divino.»

Deschartres comenzó a darme clases. Y cuando habíamos trabajado algunas horas, le decía:

—Gran hombre —siempre lo llamaba así—: esto me aniquila. Este estudio es demasiado largo y el objeto está demasiado lejos. Estoy impaciente por amar a Dios y si debo trabajar durante toda la vida para llegar a saber en mis últimos días, por qué y cómo debo amarlo, me consumiré esperando ese momento, y mi corazón habrá quedado destruido a expensas de mi cerebro.

Terminaba la clase, no con la mente cansada sino con el corazón abrumado y salía a buscar al aire libre la vida que yo necesitaba. Yo quería instruirme por medio de la emoción y encontraba en la poesía de los libros de imaginación y en la naturaleza el alimento que mi alma necesitaba. Debo decir que los poetas y los moralistas elocuentes han tenido más influencia para la conservación de mi fe religiosa que los metafísicos y los filósofos.

Estas pobres migajas de instrucción, que Deschartres encontraba sorprendentes, realizaban perfectamente la predicción del abate Premord, cuando me dijo que al estudiar un poco me daría cuenta de que no sabía nada. Como en el transcurso de mi vida nunca llegué a saber mucho más, el orgullo no se adueñó de mí, como temía, y cada vez que alguien me cumplimentaba por mi saber y mi capacidad, yo me reía interiormente.

Lo poco que había arrancado al *reino de las tinieblas* había fortificado mi fe religiosa en general, y mi fe en la cristianismo en particular. ¿Y en cuanto a la fe católica? No había pensado en ella.

Asistía a misa y no analizaba el culto. Sin embargo, recuerdo que éste ya me parecía pesado y malsano. Sentía la disminución de mi piedad. En las iglesias públicas no rezaba con el fervor con que lo hacía en la capilla de mi convento. Añoraba las flores, los cuadros, la limpieza, los dulces cantos, los profundos silencios de la noche y el edificante espectáculo de las religiosas prosternadas en sus reclinatorios. En mi parroquia mi sensibilidad se resentía al mirar las imágenes de santos y santas que parecían fetiches apropiados para atemorizar a hordas salvajes; me impresionaban los bramidos de los cantores aficionados que hacían juegos de palabras en latín con la mejor buena fe del mundo; las viejas beatas que se dormían y roncaban con sus rosarios en la mano; el viejo cura que

protestaba en medio del sermón contra la indecencia de los perros introducidos en la iglesia; los vestidos provincianos de las señoras, sus cuchicheos y sus murmuraciones, como si se tratara de un lugar destinado para difamarse unas a otras… Todos estos incidentes burlescos y la falta de recogimiento de cada uno al rezar me eran odiosos.

Tal era la situación de mi espíritu cuando leí el *Emilio, La profesión de fe del vicario saboyano, Las cartas de la montaña, El contrato social* y los *Discursos.*

El decir de Juan Jacobo y la forma de sus deducciones penetraron en mí como una música maravillosa iluminada por un sol resplandeciente. Lo comparé con Mozart. Comprendía todas sus ideas. ¡Que alegría para un escolar incipiente y tenaz comprender todo lo que se presenta a sus ojos, sin nubes que oscurezcan su entendimiento! Me hice discípula ardiente de tal maestro y lo fui durante mucho tiempo sin ninguna restricción. En cuanto a religión me pareció el más cristiano de todos los escritores de su época y le perdoné haber abjurado del catolicismo por la forma forzada y antirreligiosa con que le habían hecho profesar el mismo. Su condición de protestante, su conversión y su vuelta al protestantismo por circunstancias justificables, acaso inevitables, no me incomodó como no me había incomodado la de Leibnitz. Aún más; tenía gran simpatía por los protestantes. Recordaba que el abate Premord no condenaba a nadie.

No leí a Voltaire. Mi abuela me hizo prometer que no lo leería hasta llegar a los treinta años. Cumplí mi promesa. Como para ella era lo que Juan Jacobo fue para mí durante mucho tiempo, es decir, el motivo de toda su admiración, pensaba que debía estar en todo el dominio de mi razón para interpretarlo. Cuando más tarde lo leí, me impresionó vivamente, pero no tuvo ninguna influencia sobre mí. Hay naturalezas que no se apoderan de otras naturalezas, por superiores que sean.

Capítulo XLVII

En los hermosos días del verano, mi abuela experimentó una mejoría muy sensible y quiso reanudar su correspondencia y sus relaciones de familia y amistad. Bajo su dictado escribí cartas encantadoras de buen tono, como eran todas las suyas. Recibió la visita de sus amigos, quienes no podían comprender que hubiese estado tan enferma como afirmábamos. Tenía momentos en que conversaba tan bien, que su salud parecía normal.

Pero cuando llegaba la noche, poco a poco, la luz se debilitaba en esa lámpara agotada. Sus ideas se nublaban y a veces estaba atacada de inquietante delirio, melancólico e infantil. Yo no pensaba ya en pedirle que se reconciliara con la Iglesia. Sin embargo, esa reconciliación se produjo de un modo completamente imprevisto. El arzobispo de Arles escribió a mi abuela y anunció su llegada a Nohant.

M. L. de B., arzobispo de Arles, era hermano de mi abuela por parte de padre, fruto de los amores muy apasionados y muy divulgados entre mi abuelo Francueil y la célebre madame d'Epinay.

Este romance fue revelado por la publicación muy indiscreta e inconveniente de la encantadora correspondencia de ambos amantes. El bastardo fue dedicado a la iglesia desde temprana edad. Mi abuela lo conoció cuando era muy joven y al casarse con Francueil le sirvió de madre. A pesar de su escasa inteligencia era muy bondadoso. Tenía gran parecido con su madre, la cual, como dijo Juan Jacobo y como proclamó ella misma, «no se destacaba por su belleza aunque si por sus bellas formas». Poseo todavía uno de sus retratos, que ella dedicó a mi abuelo. Era encantadora y obtuvo muchos homenajes galantes. El arzobispo era feo como su madre y tenía la expresión de una rana. Además era de gordura excesiva, glotón, demasiado alegre, intolerante al hablar y demasiado

indulgente al obrar; le agradaban los chistes; y sentía vanidad de sus trajes y de sus privilegios eclesiásticos. Siempre tenía deseos de comer, beber, dormir o reír para ahuyentar el aburrimiento. Cristiano sincero, pero poco indicado para hacer prosélitos, era el único sacerdote capaz de hacer cumplir a mi abuela las normalidades católicas, porque sabía dejarla hablar sin rebatirla.

—Querida mamá —le dijo sin preámbulos en la primera hora que pasó a su lado—: usted sabe por qué estoy aquí. No andaré con rodeos para hablarle. Quiero salvar su alma. Sé que esta afirmación mía le causará gracia; usted no cree que será condenada si no hace lo que le pido; en cambio, yo si lo creo, y como usted, gracias a Dios está sana, puede proporcionarme este placer sin que su espíritu se atemorice. Le ruego, pues, a usted, que siempre me ha tratado con cariño maternal, que sea gentil y complaciente con este su hijo gordo. Usted sabe que la respeto demasiado para discutirle. Su preparación es muy superior a la mía; pero aquí no se trata de eso; debe darme usted una prueba de cariño y estoy dispuesto a pedírsela de rodillas. Como no puedo hacer esto, porque mi abdomen no me lo permite, su nieta lo hará en mi lugar.

Quedé estupefacta ante semejante discurso y mi abuela se echó a reír. El arzobispo me puso a sus pies, diciéndome:

—Creo que te haces rogar para ayudarme.

Entonces mi abuela, pasando repentinamente de la risa a la emoción, dijo besándome:

—¿Me creerás condenada si rehuso?

—¡No —exclamé impetuosamente, llevada por la fuerza de una verdad interior que estaba por encima de todos los prejuicios religiosos—, no, no! Estoy de rodillas para bendecirla y no para predicarle.

El arzobispo, tomándome por un brazo, quiso hacerme salir de la habitación, pero mi abuela me retuvo.

—¡Déjela, mi gordo Juan el blanco —exclamó ella—; predica mucho mejor que usted! Te doy las gracias, hija mía —añadió, volviéndose a mí—. Estoy contenta de ti y para probártelo, como sé que en el fondo de tu corazón deseas que acceda al pedido de *monseñor,* diré que sí.

Monseñor le besó las manos llorando. Estaba verdaderamente emocionado al ver tanta dulzura y cariño. Luego, frotándose las

manos y golpeando con ellas sobre el abdomen, dijo:

—¡Vamos; hay que machacar el hierro cuando está caliente! Mañana a la mañana vuestro viejo cura vendrá a administrarle los sacramentos. Me he permitido invitarle para que almuerce con nosotros…

Mi abuela quedó contenta durante el resto del día y el arzobispo aún más que ella, pues pasó el tiempo bromeando, jugando con los perros y amonestándome cariñosamente por haberle ayudado tan mal.

El cariz que tomaban las cosas me afligía. Me parecía que administrar así los sacramentos a una persona que no creía en ellos y que lo hacía por condescendencia hacia mí, era un sacrilegio. Estaba dispuesta a tener una explicación sobre este asunto con mi abuela. Ésta, a la mañana siguiente, parecía resucitada moralmente. Su razonamiento era nítido:

—Déjame hacer —me habló— creo, en efecto, que voy a morir. Adivino tus escrúpulos. Sé que si muero sin reconciliarme con la Iglesia me lo reprocharás o te lo reprocharán. No quiero poner tu corazón frente a tu conciencia, ni permitir que tus amigos te juzguen. Estoy segura de no cometer una cobardía ni una falsedad al cumplir con esas prácticas que no son de mal ejemplo, en momentos de alejarme de los que uno ama. Quédate tranquila, yo sé lo que hago.

Deschartres comprobó que tenía mucha fiebre y se enfureció contra el arzobispo. Quiso echarlo de la casa porque, tal vez con razón, le atribuía la causa de esa nueva crisis en aquella existencia tambaleante.

Mi abuela lo apaciguó:

—Quiero que usted se quede tranquilo, Deschartres.

Llegó el viejo cura. Quise salir de la habitación de mi abuela pero ésta ordenó que me quedase. Luego, dirigiéndose al eclesiástico:

—Siéntate ahí mi viejo amigo. Quiero que mi nieta asista a la confesión.

—Está bien, está bien, mi querida señora —contestó el aludido, tembloroso y turbado.

—Ponte de rodillas por mí, hija mía —ordenó mi abuela— y, con tus manos en las mías, reza por mí. Haré mi confesión. Ya he

pensado en ella. No es malo hacer examen de conciencia antes de dejar este mundo. Por temor de ir contra la costumbre no he hecho comparecer aquí a mis amigos y criados. Después de todo la presencia de mi nieta me basta…

Mi abuela, después de escuchar las palabras iniciales de la confesión pronunciadas por el sacerdote, exclamó:

—Nunca he hecho ni deseado mal a nadie. Hice todo el bien que pude. No tengo que acusarme de mentira, de dureza ni de ninguna clase de impiedad. Siempre creí en Dios. Pero escucha esto, hija mía —prosiguió mirándome—, no lo he amado suficientemente. Me ha faltado valor; ése es mi pecado y desde el día en que perdí a mi hijo, no he vuelto a bendecirle ni invocarle para nada. Me pareció demasiado cruel al herirme con un golpe superior a mis fuerzas. Hoy que me llama a Él, le doy las gracias y le ruego me perdone mi debilidad. Él me había dado ese niño. Él me lo quitó. Que me reúna con él y rezaré con toda mi alma.

Hablaba con una voz tan dulce y con tal acento de ternura y resignación que quedé ahogada por las lágrimas y volví a sentir el fervor de mis mejores días para rezar con ella.

El viejo cura, profundamente enternecido, se levantó y le dijo con gran unción:

—Mi querida hermana; todos seremos perdonados, porque el buen Dios nos ama y sabe bien que cuando nos arrepentimos es porque lo amamos. Yo también lloré muchos a su hijo y le aseguro que ha de estar al lado de Dios y que usted se reunirá con él. Diga conmigo el acto de contrición y le daré la absolución.

El arzobispo, Deschartres y todos los criados de la casa asistieron a su extremaunción; ella misma dirigió la ceremonia; me hizo colocar a su lado. Estaba atenta a todo y conservando la admirable lucidez de su espíritu y la elevada rectitud de sus carácter, no quería comprar su reconciliación oficial con la Iglesia Católica al precio de la menor hipocresía.

Deschartres estaba agitado y colérico, porque temía ver agravarse el estado de la enferma. Yo no perdía una sola de las palabras de mi abuela ni ninguna de las expresiones de su rostro; la vi con admiración resolver el problema de someterse a la religión sin abandonar un instante sus convicciones íntimas y sin perder por eso, su dignidad individual.

Antes de recibir la comunión proclamó en alta voz:

—Quiero morir en paz con todo el mundo. Si he dañado a alguien, que lo diga, porque quiero reparar el mal, si lo he apenado que me lo perdone, que yo lamento *haberlo hecho.*

Un sollozo de afecto le respondió por todos lados. Después de haber recibido a Dios quiso descansar y se quedó a solas conmigo. Estaba extenuada y durmió algunas horas. Durante algunos días tuvo fiebre. Luego se repuso y pasamos algunas semanas tranquilos.

Pocos días después, el arzobispo partió de Nohant muy contento porque creía que había cumplido con su obligación. La víspera de su partida cometió una gran torpeza. Entró en la biblioteca, quemó algunos libros e inutilizó otros que eran contrarios a la Iglesia. Dechartres llegó a tiempo para evitar que el desastre fuera mayor y lo amenazó con delatarlo ante mi abuela. Añadió que como responsable de la biblioteca y como alcalde de la comuna estaba autorizado para acusarlo y condenarlo por ese delito. Yo llegué a tiempo para establecer la paz entre ellos.

Poco tiempo después fui a confesarme con el cura de La Chatre, un religioso de buenos modales, bastante instruido y al parecer inteligente. Me dirigió unas preguntas que no hirieron mi castidad, pero imprudentes y poco delicadas. No sé qué habladuría del pueblo había llegado hasta él. Creyó que yo tenía una simpatía y quería saber de quién se trataba. Por ello me levanté del confesionario sin escuchar más y no recibí en consecuencia la absolución.

Aun ahora no sé si hice bien o mal al romper de ese modo con ese sacerdote. Ya que era cristiana y creía deber practicar el catolicismo, hubiera debido, puede ser, aceptar con espíritu de humildad la sospecha que él expresaba. Toda la pureza de mi ser se rebelaba contra una pregunta indiscreta, imprudente y, según mi parecer, extraña a la religión. Si en realidad hubiera tenido que hacer alguna confidencia, no me hubiera dirigido a él, puesto que no era mi director espiritual. Yo pensaba que él había confundido la curiosidad del hombre con la misión del sacerdote. Además, el abate Premord, escrupuloso guardián de la santa ignorancia de las jóvenes me había dicho:

—No se deben hacer preguntas; yo no las hago nunca.

De este modo mis prácticas religiosas quedaron reducidas a mis

oraciones. Y, sin embargo, nunca me sentí más fervorosa. Nuevos horizontes se abrían ante mí. Lo que Leibnitz me había anunciado, el amor divino redoblado y reavivado por la fe, iluminada por el entendimiento, Juan Jacobo me lo había hecho comprender y yo lo había experimentado al recobrar mi libertad de espíritu, después de mi ruptura con el cura de La Chatre. Desde ese día las bases esenciales de la fe quedaron firmes en mi alma. Mis simpatías políticas o, más bien dicho, mis aspiraciones fraternales, me hicieron admitir, sin titubeos y sin escrúpulos, que el espíritu de la Iglesia estaba desviado del buen camino y que no debía seguirlo sin riesgo de extraviarme. También me pareció que ninguna iglesia cristiana tenía el derecho de afirmar: «Fuera de mí no hay salvación.»

Llamaré Claudio al joven que me habían atribuido como simpatía. Claudio es un nombre supuesto. Su familia era una de las más nobles de la región y había tenido fortuna. La educación de diez hijos había terminado por arruinarla. Claudio era apuesto, inteligente e instruido. Se dedicaba al estudio de las ciencias y quería llegar a ser médico. Deschartres, que había sido muy amigo de su padre, se interesaba por este joven estudiante; me lo había presentado y le había alentado para que diera algunas lecciones de física. En esa época yo estudiaba también osteología, porque quería saber algo de cirugía y de anatomía para estar en condiciones de ayudar a Deschartres en las operaciones que él realizaba y para reemplazarlo en caso necesario. Ya lo había ayudado en algunos casos en que él tuvo que cortar brazos o dedos y poner muñecas y tobillos en su lugar o coser heridas.

Según él, yo era bastante hábil y lista y sabía vencer la repugnancia y el miedo cuando era necesario. Desde temprana edad, él me había acostumbrado a retener mis lágrimas y sobreponerme a mis desfallecimientos. Me hizo un gran favor enseñándome a ser capaz de ayudar a otros.

Claudio apartó cabezas, brazos, piernas, que Deschartres necesitaba para las explicaciones que debía darme. Bajo su dirección yo debía dibujarlos. Un médico de La Chatre nos prestó el esqueleto de una niñita, el cual quedó durante bastante tiempo

sobre mi cómoda. A este respecto, relataré algo que me sucedió. Una noche soñé que el esqueleto se levantaba y hacía correr las cortinas de mi cama. Me desperté y viéndolo muy tranquilo en el lugar donde yo lo había puesto, volví a conciliar el sueño. La pesadilla se repitió y esta pobre chica disecada hizo tantas extravagancias, que no pudiendo soportarla más me levanté y la saqué del cuarto, después de lo cual dormí perfectamente bien.

Mis conversaciones con Claudio fueron puramente pedagógicas. Cuando regresó a París, le encargué que me mandara un ciento de libros. Él me escribió varias veces para consultarme sobre los mismos. No sé si buscó pretextos para escribirme. Yo no me di cuenta hasta que llegó una carta suya un poco pedante y sin embargo, bastante bella, que empezaba así: «Alma verdaderamente filosófica: usted tiene razón, pero usted es la verdad que mata.»

No recuerdo el resto, mas sé que como su estilo me extrañó, se la mostré a Deschartres preguntándole, con entera ingenuidad, por qué esos grandes elogios sobre mi lógica estaban mezclados con una especie de reproche desesperado.

Deschartres no era mucho más experto que yo en esos asuntos. Él quedó también extrañado, leyó, releyó y me dijo candorosamente:

—Creo que esto quiere ser una declaración de amor. ¿Qué es lo que ha escrito usted a este joven?

—Ya no recuerdo —le contesté—; tal vez algunas líneas sobre La Bruyère, con el cual estoy encantad por ahora. Eso le sirve de pretexto para volver, como usted ve, a la conversación que sostuvimos los tres cuando él estuvo aquí por última vez.

—Si, sí, ya recuerdo —dijo Deschartres—. Usted, por boca de sus moralistas, lanzó tantos anatemas contra la sociedad, que yo exclamé: «Cuando se ven las cosas de ese color tan negro, lo mejor en entrar en un convento.» Claudio se asustó. Usted habló de la vida monástica y de renunciamiento de un modo tan capcioso, que aquél cree que usted ama únicamente las cosas abstractas y que él se morirá de pena.

—Creo que usted se equivoca. Me parece que dice que mi desinterés por el mundo es contagioso, y que él también se está haciendo escéptico.

Después de haber leído nuevamente la carta, nos convencimos

de que ésta no era una declaración de amor, sino una adhesión a mi modo de ver las cosas.

En efecto, Claudio me escribió otras cartas en las cuales explicó netamente la resolución que había tomado desde que me conocía. Yo era a sus ojos un ser superior y con pocas palabras había roto sus irresoluciones. Quería entregarse a la ciencia, de ella elevarse a las ideas trascendentes y poder llegar al objeto de la creación.

Nuestra correspondencia continuó. Deschartres la consideró muy natural. Nunca hubo nada entre nosotros. Claudio era demasiado presuntuoso y tal vez encontraba cierta satisfacción en no enamorarse, a pesar de habérsele presentado la ocasión de hacerlo. En cuanto a mí, no tenía el menor sentimiento de coquetería, ni la menor noción de lo que era el amor, de modo que en él no vi en realidad más que un profesor.

En lo que se refiere a este sentimiento y en muchos otros problemas de la vida social, yo procedía de un modo distinto a lo común, y Deschartres, lejos de hacerme ver la verdad, me empujaba hacia lo que se llama excentricidad, sin que ni uno ni otro nos percatáramos de esto. Un día volvió a casa muy entusiasmado, porque había visto a una joven hija del conde… vestida como un varón. Según sus palabras oídas al propio padre de la niña, esa indumentaria era comodísima para andar y saltar por el campo y especial para ayudar al desarrollo de las fuerzas. Deschartres se adhirió a la opinión de este señor. Además, creo que estaba deseoso de verme vestida de hombre, para poder persuadirse que yo pertenecía a ese sexo, ya que él se encontraba así más cómodo, puesto que siempre había educado varones. Mis faldas eran un estorbo para su gravedad; y cuando seguí su consejo y adopté el traje masculino, se hizo más *magister* que nunca, y me cansó con su latín, imaginándose tal vez que yo con esa ropa lo comprendía mejor que antes.

En cuanto a mí, estuve muy satisfecha vestida de ese modo, porque pude correr con más soltura y facilidad.

Deschartres tenía la pasión de la caza y después de rogarme mucho obtenía que algunas veces lo acompañara. Eso me aburría bastante. Me entretenía únicamente con la caza de las codornices, con la red. Me hacia levantar al alba. Íbamos al campo; yo me acostaba en el suelo y atraía a las perdices imitando el grito de las

mismas, mientras él las esperaba con la red. Todos los días llevábamos a mi abuela ocho o diez piezas, que eran su única comida. Al estar durante largo rato echada sobre los pastos mojados por el rocío de la mañana, experimenté nuevamente dolores agudos en todo el cuerpo, como los había tenido ya en el convento. Deschartres vio un día que yo no podía subir al caballo y que los primeros movimientos en el mismo me arrancaban gritos de dolor. Comprobó entonces que estaba atacada de reumatismo. Para curarme de esta enfermedad, opinó que debía entregarme con más método y continuidad a los ejercicios violentos y que, para hacerlo, lo más conveniente era seguir con la ropa de varón. Mi abuela, recordando a su hijo, lloró al verme vestida de ese modo.

—Te pareces demasiado a tu padre —me dijo—; vístete de ese modo para correr por el campo, pero al volver a casa, ponte las ropas de mujer, porque si no sufro muchísimo; hay momentos en que mi entendimiento se turba y no sé en qué época de mi ya intensa vida me encuentro.

Mi modo de ser, tan distinto al de las demás jóvenes, fue la consecuencia del ambiente en que vivía. Me juzgaron extravagante y rara, caprichosa y versátil.

Relataré cómo sin darme cuenta llegué a escandalizar por mi modo de ser a todos los habitantes de La Chatre. En esa época ninguna mujer de la región montaba sola a caballo; lo hacían únicamente a la grupa de un criado. El traje de amazona era abominable; el estudio de los huesos se consideraba como una profanación; la caza como una destrucción y mi amistad con algunos jóvenes, hijos de amigos de mi padre con quienes conversaba de vez en cuando y a quienes estrechaba la mano sin enrojecer y sin turbarme, era considerada como sinvergüenza. Mi actuación religiosa fue también calumniada. ¿Podía ser yo piadosa al permitirme modales tan extravagantes? Eso era posible. Se dijo que yo había entrado a caballo en la iglesia y que el cura me había echado. Andrés, mi pobre acompañante, era considerado como mi amante por muchas de aquellas pobres gentes.

De noche —seguían los comentarios—, iba con Deschartres a desenterrar cadáveres al cementerio. Mi ferocidad era bien conocida. Tenía placer al ver brazos y cabezas heridas y cada vez que la sangre corría, Deschartres me llamaba para que yo gozara

con ese espectáculo. Estos comentarios parecen exagerados; yo misma no los hubiera creído de no haberlos visto después escritos.

No hay nada más estúpidamente perverso que el habitante de los pueblos chicos. Cuando yo oía estos comentarios, me reía sin saber que más tarde los chismes y las habladurías mal intencionadas me acarrearían grandes disgustos.

Capítulo XLVIII

Al acercarse el otoño, mi abuela perdió las pocas fuerzas que había recobrado. Dormitaba siempre. Dos mujeres la acompañaban día y noche. Deschartres, Julia y yo nos turnábamos para vigilarlas y ayudarlas.

Yo había tomado la costumbre de dormir noche por medio, porque me era más saludable tomar el sueño por un número considerable de horas y no hacerlo en menor cantidad, aunque a intervalos más cortos.

A veces la enferma me reclamaba en cuanto yo me había entregado al reposo. Entonces me ponía a leer a su lado y renunciaba a mi descanso.

Ese régimen penoso debilitó mi mente y poco a poco fui presa de una gran melancolía interior.

Leí mucho —Byron, Shakespeare, Rousseau, La Bruyère, Molière, etc.…— y había tomado la resolución de retirarme a la vida solitaria; no a un convento, sino en medio de la soledad campestre. Si Claudio con su talento, su saber y su escepticismo con respecto a las cosas humanas, hubiera tenido, como yo, un ideal religioso, tal vez hubiera pensado en él; pero al negar él a Dios se abría un abismo entre nosotros. Lo perdoné con el pensamiento creyendo que al instruirse se iluminaría su mente. Tal cosa no sucedió. Y a pesar de que más tarde estuvimos ligados bastante íntimamente, nunca se disipó el dolor que me provocaba su ateísmo, aunque mi espíritu no estuviera ya preocupado por esas ideas tan serias. Ese ateísmo le produjo en su edad madura teorías muy perversas, y uno se preguntaba si él, al exponerlas, creía en ellas o se burlaba de quienes le escuchábamos.

A los diecisiete años me aislé, pues, por mi propia voluntad, de la humanidad. Las leyes de la propiedad, de la herencia, etc.; los prejuicios del rango y de la intolerancia moral, los privilegios de la

fortuna y de la educación, la pueril ociosidad de la clase privilegiada, todo lo que era institución o costumbre pagana en una sociedad que se decía cristiana me sublevaba profundamente. Yo protestaba, en mi interior, contra toda la obra humana. No tenía noción de lo que era el progreso, cosa que no era popular entonces y que aún no había llegado a mí por la lectura.

Mi melancolía degeneró en tristeza y ésta en dolor. De ahí al hastío de la vida o al deseo de la muerte no hay más que un paso. Mi existencia doméstica era tan sombría, tan llena de dolores; mi organismo estaba tan irritado por la lucha continua que sostenía contra el extenuamiento; mi cerebro estaba tan cansado por pensamientos profundos demasiado precoces y lecturas muy avanzadas para mi edad, que me sentí atacada por una enfermedad moral muy grave; la idea del suicidio. No atribuyo este resultado a los libros que había leído. Sé que en otra situación de familia y con mejor salud, esos escritos no me hubieran impresionado tanto.

La oración me dio fuerzas para resistir a la idea del suicidio.

Esta tentación fue algunas veces tan fuerte, tan repentina y tan extraña que me sentía atacada de cierta locura. Esa tentación tomaba la forma de una idea fija. El agua sobre todo me atraía con encanto misterioso. Cuando me paseaba por la orilla del arroyo seguía automáticamente hasta encontrar un lugar profundo. Entonces, detenida en ese lugar como atraída por un imán, sentía que la alegría se apoderaba de mí diciéndome: «¡Que fácil es! ¡Me bastaría dar un paso!» Primeramente esta manía me pareció revestida de cierto encanto, y creyéndome segura de mí misma, no la combatí; luego cobró una intensidad que me asustó. No podía apartarme de la orilla como me lo proponía. Por último, pude vencer esta amenaza del delirio. Me abstuve de acercarme al agua.

Me creía ya libre de esa morbosa atracción un día que llegué a caballo, con Deschartres, hasta la orilla del Indre: «¡Tenga cuidado, me advirtió; camine detrás de mí; el paso del río es peligroso. A dos metros de aquí, a la derecha, hay mucha profundidad!» Yo, repentinamente, desconfié de mí misma. Le dije que no me animaba a pasar y que prefería dar un rodeo y encontrarme con él, después de haber atravesado el puente que estaba más lejos. Como Deschartres se burlara de mí, porque yo nunca había dado muestras de miedo, me sentí en ridículo y le seguí. Mas, en medio de la

travesía el vértigo de la muerte se apoderó de mí. Mi corazón late violentamente, oigo el sí fatal en mis oídos, empujo bruscamente mi caballo hacia la derecha y heme ahí en el agua profunda, riéndome nerviosamente y sintiendo una satisfacción interior. Si «Colette» no hubiera sido el mejor animal del mundo, yo, inocentemente esta vez, hubiera perdido la vida; pero «Colette», en lugar de ahogarse, se puso a nadar y a llevarme en dirección a la orilla; Deschartres daba gritos espantosos. Se lanzó tras de mí. Vi cómo corre peligro de ahogarse un caballo que nada. El agua lo levanta y vuestro peso sumerge al animal a cada instante; por suerte yo pesaba poco y «Colette» tenía un valor y un vigor poco comunes. Lo más difícil era abordar con felicidad. La orilla era demasiado escarpada. El pobre Deschartres experimentó gran ansiedad; me gritaba que me agarrara a un sauce que estaba a mi alcance y que dejara ahogar al animal. Conseguí ponerme a salvo y separarme de «Colette», que tuvo el tino de dirigirse al vado donde había quedado el otro caballo. Con la pena y la inquietud, Deschartres se había puesto furioso. Me trató de *animal,* de *bestia bruta* y muchas otras cosas más. Como estaba mortalmente pálido y como lloraba mientras me insultaba, le besé sin contradecirle; mas como la escena continuaba mientras regresábamos, resolví confiarle mi angustia y consultarle como a un médico por esa inexplicable monomanía que me perseguía. Me contó entonces que mi padre también había tenido esa crisis, y me aconsejó combatirlas con un buen método de vida y con la *religión,* palabra que nunca había escuchado antes salir de sus labios.

Desde mi inmersión en el arroyo perdí la obsesión de morir ahogada; pero a pesar de los cuidados médicos e intelectuales de Deschartres, el suicido me atrajo en otra forma. A veces me perturbaba al cargar las armas para ir a cazar, o me atraían los frascos de láudano para preparar calmantes a mi desdichada abuela.

Me libré de esa obsesión poco a poco, cuando mi espíritu y mi cuerpo lograron descansar. Deschartres, para que yo durmiera tranquila, se quedó más de una vez al lado de mi abuela durante la noche. Creo que mi mejoría espiritual se logró mucho con la lectura de los clásicos griegos y latinos dirigida por Deschartres. La historia nos transporta lejos de nosotros mismos, sobre todo la de las civilizaciones antiguas. Logré serenarme leyendo a Plutarco, Tito Livio, Herodoto y tantos otros más no menos célebres. Gustaba

apasionadamente de Virgilio, leyéndolo en francés, y de Tácito, en latín. Horacio y Cicerón eran los ídolos de Deschartres. Me los explicaba palabra por palabra con inusitada paciencia porque yo me empecinaba en no estudiar el latín.

También me distraía escribiendo cartas: a mi hermano, a la madre Alicia, a la señora Pontcarré, y a muchas compañeras que aún estaban en el convento y a otras que ya habían salido de él. Al principio no daba abasto para contestar todas las cartas que recibía, pero, en poco tiempo, muchas personas se olvidaron de mí. Mi correspondencia siguió con las personas que más me apreciaban. He conservado casi todas esas cartas, que son para mí dulces recuerdos. Las de la madre Alicia son sencillas y siempre muy cariñosas. Están fechadas desde 1820 a 1830. Están impregnadas de la dulce monotonía de la vida religiosa y escritas en un tono jocoso que atestigua la constante serenidad de su hermosa alma. Me llama siempre su hija querida o su *querido tormento* como en la época en que iba a su celda. En las cartas de mis amigas había alegría y gracia.

Junto a esas peculiaridades me llegaba alguna que otra vez un argumento filosófico materialista de Claudio y alguna exhortación llena de unción religiosa y de suavidad del abate Premord. Mi vida intelectual era, pues, bien variada, y si a veces estaba triste, por lo menos nunca me aburría. Por el contrario, aun en medio de mis grandes accesos de desapego por la vida, me quejaba de que el tiempo no me bastaba para todo lo que quería hacer. Amaba siempre la música. En mi cuarto tenía un piano, un arpa y una guitarra. No tenía tiempo para estudiar, pero interpretaba piezas a primera vista. Deseaba aprender teología y mineralogía. Deschartres llenaba mi cuarto de piedras.

Hacia fines del otoño noté a mi abuela más serena, cosa que me pareció de buen augurio. En cambio, Deschartres consideró esta nueva faz como un nuevo paso hacia el fin. Nuestra enferma había cumplido setenta y cinco años y había estado enferma una sola vez en toda su vida.

El mes de diciembre fue muy triste. No se levantó y habló pocas veces. Con todo, como estábamos acostumbrados a este ambiente,

no temíamos un próximo desenlace. Deschartres pensaba que podía vivir mucho tiempo así, en ese adormecimiento entre la muerte y la vida. El 22 de diciembre me llamó para darme un cuchillo de nácar, sin poder explicar por qué había pensado en ese pequeño objeto y porqué quería verlo en mis manos. Sus ideas ya no eran nítidas. Con todo, se despertó una vez para decirme:

—Pierdes tu mejor amiga.

Fueron sus últimas palabras. Un sueño pesado cayó sobre su rostro sereno, siempre fresco y hermoso. No volvió a despertar y se extinguió sin ningún sufrimiento, con las primeras luces del día y al son de las campanas de Navidad.

Ni Deschartres ni yo pudimos llorar. Cuando sus corazón dejó de latir, hacía tres días que la llorábamos definitivamente, y, en ese momento supremo, experimentábamos la satisfacción de pensar que había franqueado sin sufrimientos físicos y sin angustias morales el umbral de una existencia mejor. Julia la arregló por última vez, con el mismo cuidado de todos los días. Le puso su gorro de puntillas, sus cintas, sus anillos. Acostumbramos a enterrar los muertos con un crucifijo y un libro piadoso. Yo puse a su lado los que había preferido en el convento. Cuando quedó arreglada para la tumba, estaba aún hermosa. Ninguna contracción había alterado esos rasgos nobles y puros. La expresión de los mismos era sublime y tranquila.

Durante la noche, Deschartres me llamó aparte con gesto misterioso; estaba muy exaltado y me dijo con voz breve:

—¿Tiene usted valor, no cree que es necesario rendir a los muertos un culto más cariñoso que el de las oraciones y las lágrimas? ¿No cree usted que desde allá arriba nos ven y se conmueven por nuestro fiel recuerdo? Si usted piensa como yo, acompáñeme.

Era alrededor de la una de la mañana. La noche estaba clara y fría. La escarcha formada sobre la nieve dificultaba el caminar, y al atravesar el patio y entrar en el cementerio caímos al suelo varias veces.

—Quédese tranquila —me dijo Deschartres, siempre exaltado bajo una apariencia de serenidad forzada—. Va usted a ver al que fue su padre.

Nos acercamos a la fosa preparada para sepultar los despojos de

mi abuela. En el fondo de la misma había otro ataúd.

—Quise ver esto —dijo Deschartres—, y vigilar a los obreros que abrieron la fosa en el día. El ataúd de su padre está intacto; únicamente le faltan algunos clavos. Cuando estuve solo levanté la tapa. Vi el esqueleto. La cabeza se había separado del mismo. La levanté y la besé. Al hacerlo experimenté un alivio grande, yo que no pude recibir su último beso, que pensé que tal vez usted quería hacer lo mismo que yo. Será un recuerdo para toda su vida. Algún día escribirá la historia de su padre, aunque no sea más que para hacerle amar por sus hijos que no lo habrán conocido. Déle ahora a él, que tanto la arriaba, una prueba de amor y de respeto. Le aseguro que desde donde está ahora, la verá y la bendecirá.

Estaba bastante emocionada y nerviosa, y encontré muy natural lo que me decía mi pobre preceptor. No experimenté ninguna repugnancia al hacerlo; no me pareció ninguna extravagancia.

—No digamos nada de esto a nadie —me dijo, siempre sereno en apariencia, después de haber vuelto a cerrar el ataúd—. Creerán que estamos locos y, sin embargo, no lo estamos. ¿No es cierto?

Desde ese momento observé que las creencias de Deschartres habían cambiado completamente. Siempre había sido materialista. Mi abuela era deísta, según se decía en su época, y le había prohibido inculcarme sus ateísmos. Sufrió un cambio repentino y fundamental, ya que poco tiempo después le escuché defender con entusiasmo la autoridad de la iglesia. Su conversión había sido obra del corazón, como la mía. En presencia de los huesos de un ser querido, no había podido aceptar el horror de la nada. La muerte de mi abuela había reavivado el recuerdo de la de mi padre. Ante esa doble tumba se había encontrado bajo el peso de los dos más grandes dolores de su vida y su alma ardiente había protestado, en contra de su razón por su eterna y dolorosa separación.

Al día siguiente colocamos los despojos de la madre al lado de los del hijo. A la ceremonia asistieron nuestros amigos y todos los habitantes del pueblo, sin distinción de categorías. Las caras atontadas, las peleas de los mendigos para apoderarse de la limosna que es costumbre dar en ese momento, las condolencias recibidas, los aires compasivos de los concurrentes, los sollozos chillones y las exclamaciones apesadumbradas de algunos criados bien intencionados, todo lo que constituye la forma exterior del dolor,

me resultó desagradable y me pareció irreligioso.

Por la noche, toda la casa se entregó temprano al descanso. Yo no me sentí extenuada. Había quedado profundamente conmovida por la majestad de la muerte. Mis emociones, en conformidad con mis creencias, habían sido más bien apacibles. Quise ver el cuarto de mi abuela y velar esa última noche su recuerdo. Bajé y me encerré en su cuarto. No habían tocado nada. La cama estaba abierta y en ella había quedado la marca del cuerpo de mi abuela. Al apoyar allí mis labios, sentí aún el frío de la muerte. La atmósfera estaba impregnada de los perfumes que habían quemado al lado del cadáver. Era benjuí, preferido por ella durante su vida. Como aún había más, quemé de él nuevamente. Arreglé los frascos sobre la mesa, como ella quería; arreglé las cortinas de la cama de acuerdo con sus deseos, encendí el velador, reanimé el fuego de la chimenea, me acosté en el gran sillón y me imagine que ella aún vivía y que tal vez me volvería a llamar. Me pareció oír su respiración… El viento silbaba fuera; también se oía el grillo, al que mi abuela no había dejado perseguir por Deschartres. Sonó el reloj. Acabé por quedar profundamente dormida.

Al despertarme, al cabo de algunas horas, no recordaba nada de lo sucedido y me incorporé para ver si mi abuela dormía tranquila. Entonces el recuerdo acudió junto con las lágrimas, que me aliviaron, y con las cuales humedecí la almohada de su cama.

Capítulo XLIX

Mi primo René de Villeneuve y luego mi madre, con mi tío y mi tía Marechal, llegaron pocos días después. Venían para asistir a la apertura del testamento y al levantamiento de los sellos que habían sido puestos en el cuarto de mi abuela. Del valor de ese testamento dependería mi nueva existencia; no hablo de esto refiriéndome a la cuestión dinero, que mi abuela había previsto muy bien; sino respecto a la persona a quien me dejaba confiada.

Había deseado, sobre todas las cosas, que no fuera confiada a mi madre, y el modo con el cual me lo había expresado, en la época de la plena lucidez, cuando había redactado sus últimas voluntades, me había provocado una gran sacudida.

—Tu madre —me había dicho—, es más rara de lo que tú crees y no la conoces bastante. Es tan inculta que ama a sus hijos como lo hacen los pájaros, con grandes cuidados y con gran amor durante la primera infancia; en cambio, cuando tienen alas, cuando se trata de razonar y de utilizar la ternura instintiva, vuela sobre otro árbol y los aleja de sí a picotazos. No podrías vivir tres días a su lado sin sentirte terriblemente desgraciada. Su carácter, su educación, sus gestos, sus ideas y sus costumbres te chocarán enormemente, cuando mi autoridad no se encuentre como un freno entre ustedes dos. No te expongas a ese dolor; consiente en ir a vivir con la familia de tu padre, que quiere velar por ti después de mi muerte.

Tu madre consentirá en ello, como ya puedes presentirlo, y así podrán ustedes quedar amigas, cosa que no ocurriría si llegan a vivir juntas. Me aseguran que por una cláusula de mi testamento puedo nombrar como tutor tuyo a René de Villeneuve; mas quiero tu asentimiento previo, pues la señora de Villeneuve no querrá encargarse de una persona que no desea vivir con ella.

En estos momentos de corta, pero viva lucidez, mi abuela había logrado gran dominio sobre mí. Algo que contribuía a dar más peso

a su autoridad, era la actitud rara y hasta hiriente de mi madre, su negativa para acompañarme durante la enfermedad de mi abuela, la poca piedad que el estado de ésta le inspiraba y ese especie de amargura burlona, que emanada de las pocas cartas que me escribía. Sabía que mi hermana Carolina no era feliz con ella, ya que mi misma madre me lo había escrito: «Carolina está por casarse. Está cansada de vivir conmigo. Después de todo estaré más libre y seré más feliz cuando viva sola.»

Poco tiempo después mi primo vino a pasar quince días con nosotros. Creo que antes de decidirse a aceptar mi tutela, había querido conocerme mejor.

Por mi parte, yo deseaba también conocer ese futuro padre adoptivo que no había visto desde mi infancia. Comprobé que era alegre, de un carácter siempre igual, de espíritu amable y culto, tan educado que las personas de toda condición que trataban con él quedaban encantadas. Sabía mucha literatura, y como su memoria era brillante, recordaba numerosas poesías. Me interrogaba sobre mis lecturas, y en cuanto le nombraba a un poeta, me recitaba los más hermosos versos de un modo natural y con una voz y una pronunciación encantadoras. Gustaba del campo y de los paseos campestres. En esa época tenía cuarenta y cinco años, y como no representaba más de treinta, en La Chatre, al vernos andar juntos a caballo, dijeron que era mi pretendiente y que era una nueva falta de respeto de parte mía, al andar sola con él a la vista de todo el mundo. Como él había vivido siempre en medio de la mejor sociedad, no le chocaron *mis excentricidades.* Por consejo suyo, había tratado de escribir otra novela; que tampoco resultó mejor que las que escribí en el convento.

Al encontrar a mi tutor tan conciliador y de trato tan agradable, no pensé que algún día pudiéramos tener diferencias de opinión.

Mi primo René me hacía ciertas recomendaciones respecto al trato que debía tener con su esposa, cosa que me hacía pensar que él no era dueño y señor en su casa. Como a mí me preocupaba mi rusticidad, él me aseguró que cuando yo quería no se notaba.

—Además —me dijo—, si algunas veces tu prima te parece un poco severa, quédate callada e inmediatamente ella, al ver tu buena voluntad, manifestará su espíritu de justicia y su generosidad. Chenonceaux te parecerá un paraíso terrenal, y si alguna vez te

encuentras mortificada, yo trataré de hacerte olvidar tus penas. Presiento que serás para mí una compañía encantadora…

Me habló también de mi madre en términos muy convenientes, confirmando todo lo que mi abuela había dicho sobre el poco deseo suyo de que yo viviera a su lado. Lejos de aconsejarme una ruptura absoluta con ella, me alentaba para que continuara manteniendo el vínculo que nos unía.

—Únicamente —añadió—, ya que el lazo entre ustedes parece distenderse, no trates de acercarte nuevamente a ella y no te quejes por la frialdad que la misma parece manifestarle. Esto sería un bien para ti.

Estas palabras me causaron mala impresión. A pesar de que esta actitud me parecía conveniente y hasta necesaria para la misma dicha de mi madre, no me sentía apasionadamente atraída hacia ella. No pensaba que no me quería; sentía que estaba celosa del cariño que yo profesaba a mi abuela; pero sí me atemorizaba la forma de demostrar sus celos.

Cuando al día siguiente de la muerte de mi abuela, llegó mi primo René con la intención de llevarme con él, yo estaba muy decidida a seguirle. Sin embargo, la llegada de mi madre desbarató mi decisión. Sus primeras caricias fueron tan sinceras, y yo estaba tan contenta de volver a ver a mi tía Lucía, que por un momento creí haber realizado el sueño de mi infancia; es decir, poder vivir con la familia de mi madre.

Un rato después, mi madre, muy irritada por la fatiga del viaje, por la presencia de René de Villeneuve, por el aspecto adusto de Deschartres y, sobre todo, por los dolorosos recuerdos que la despertaba Nohant, exhaló todas las amarguras que encerraba en su corazón contra mi abuela. Incapaz de contenerse, a pesar de los esfuerzos que hacía mi tía para calmarla, me hizo ver que un abismo se había abierto entre nosotras y que el fantasma de la muerta se interpondría entre ambas durante mucho tiempo. Sus invectivas me consternaron. Ya las había escuchado otras veces, pero no siempre las había comprendido. Ahora acusaba a aquella santa mujer de hipócrita y egoísta. Mi pobre madre decía cosas tremendas cuando montaba en cólera. Mi resistencia fría y serena la sacaban de quicio. Yo estaba muy emocionada interiormente, pero al verla tan exaltada pensé que debía contenerme y demostrarle mi

voluntad inquebrantable de respetar el recuerdo de mi bienhechora.

Sin embargo, ésa no era la actitud más conveniente para atemperar sus excesos de carácter. Como luego me aconsejó mi tía, yo hubiera debido gritar como ella, atemorizarla y hacerle creer que tenía un carácter tan violento como el suyo. Pero yo no debía olvidar que era la hija y que por encima de todo le debía respeto.

La apertura del testamento provocó nuevos disgustos. Mi madre, prevenida por alguien que traicionaba todos los secretos de mi abuela (nunca pude saber quién), conocía desde hacía mucho tiempo la cláusula que me separaba de ella. Sabía también que yo había aceptado esa cláusula. De ahí su cólera anticipada. Declaró que no se dejaría proclamar indigna de tener a su hija consigo, que era mi tutora natural y legítima, y que ni ruegos ni amenazas la harían renunciar a sus derechos.

¡Quién me hubiera dicho cinco años antes que esta reunión tan deseada iba a ser un dolor para mí! Me recordó mi pasión por ella en otra época.

—¡Ah, pobre madre mía! —exclamé—. ¿Por qué no cumplió usted su promesa en aquel entonces? ¿Por qué defraudó mis esperanzas y me abandonó por completo? Confieso que hasta dudé de su ternura y ahora hiere usted mi corazón en lugar de acercarlo al suyo. Sabrá que mi abuela necesitó cuatro años para que yo me olvidara de lo dura que había estado con usted.

Además, como yo me sometí a su deseo de quedarme con ella, pareció calmarse. La cortesía extrema de mi primo, por otra parte, la desarmaba por momentos. Pareció estar de acuerdo en que yo volviera nuevamente al convento en calidad de pensionista. Mi madre no quería quedarse conmigo en Nohant y menos dejarme allí con Deschartres y Julia; ésta seguiría viviendo en la casa por decisión expresa de mi abuela y Deschartres tenía todavía un contrato por un año, en calidad de administrador. Mi madre no sabía vivir más que en París y, sin embargo, intuitivamente gustaba de la verdadera poesía del campo; pero llegaba a la edad en que las costumbres son imperiosas. Necesitaba el ruido de la calle y el movimiento de los bulevares. Mi hermana estaba recién casada y mi madre y yo debíamos vivir en el departamento de mi abuela en la calle Neuve-des-Mathurins.

Dejé Nohant con el corazón encogido, como cuando salí del

convento de Las Inglesas. Allí quedaban todos mis hábitos de estudio, todos los recuerdos del corazón y mi pobre Deschartres solo, como embrutecido por la tristeza. Solamente pude llevar algunos de mis libros predilectos. Mi madre tenía un absoluto desprecio por lo que ella llamaba mi originalidad; es decir, mi amor por los libros. En cambio, consintió que me acompañara mi criada Sofía, con la cual estaba muy unida, y que llevara a mi perro.

No sé por qué circunstancias no pudimos instalarnos directamente en el departamento de mi abuela y permanecimos durante quince días en la casa de mi tía, en la calle Bourgogne. Fue un gran consuelo para mí volver a encontrarme con mi prima Clotilde, alma buena y bella, recta, valiente, discreta, fiel a los afectos, de carácter encantador, alegre, inteligente y afectuosa. Siempre me entendí muy bien con ella. Su espontánea alegría era un bálsamo para mí. A los diecisiete años se necesita reír. De haber tenido esa compañera tan adorable en Nohant, tal vez no hubiera leído tantas cosas hermosas; pero, en cambio, habría amado la vida.

En esa época ocurrió un hecho que me impresionó muchísimo. Deschartres tuvo que comparecer ante una asamblea de familia para rendir cuentas de su administración. Mi tío, que era el consejero de mi madre, había encontrado fallas por valor de 18.000 francos en sus libros de contabilidad. No sé por qué habían hecho concurrir a un letrado a esta conferencia. En efecto, hacía mucho tiempo que Deschartres debía esa suma a mi abuela. Sé que ella había reconocido como pagada una parte de la misma, pero los comprobante de este pago no aparecían por parte alguna.

El pobre gran hombre había comprado hacía tiempo unas tierras áridas, cerca de Nohant. Como en sus empresas ponía más imaginación que sentido práctico, creyó que eso le significaría más tarde una fortuna; no porque amara el dinero, sino porque su amor propio se había empeñado en transformar aquellas tierras áridas en suelo apto para el cultivo. Se había embarcado en esa aventura con la fe y la precipitación propias de su infalibilidad. Las cosas habían andado mal y su mayordomo le había robado. En suma, su propiedad no le había reportado ningún beneficio. Yo estaba enterada de todo eso, porque mi abuela me lo había contado; por ella también supe que en Nohant vivíamos con la renta que daba la casa de la calle de Harpe y algunos títulos del Estado. Este dinero

no bastaba para el tren de vida de mi abuela. Su enfermedad había ocasionado también grandes gastos. La escasez era visible dentro de la casa. Yo llegaba a París con un equipaje muy reducido y tenía sólo un vestido para ponerme.

Deschartres se presentó en la reunión muy abatido. Hubiera querido estar a solas un momento con él para reanimarlo, pero mi madre no me dejaba mover. El interrogatorio empezó alrededor de una mesa llena de papeles. Mi madre estaba mal dispuesta contra mi pobre pedagogo y deseaba vengarse de todo lo que él la había hecho sufrir. Quería convencerme de que Deschartres era un hombre deshonesto, y hasta había dejado escapar algunas amenazas de «prisión por deudas». Yo comprendí entonces que debía tomar alguna participación en el asunto. Me apenaba la expresión del pobre gran hombre, y pensaba que si se veía herido en su honor sería muy capaz de suicidarse. No le dejé hablar. Dije que él había puesto esa suma que aparecía debiendo en mis propias manos, y que a causa de los trastornos provocados por la enfermedad de mi abuela no habíamos pensado en la formalidad de los recibos.

Mi madre se levantó con el gesto airado, y con voz cortada me dijo:

—¿Así que usted ha recibido 18.000 francos? ¿Dónde están?

—Si no los tengo es porque los he gastado.

—¡Debe usted probar en qué ha empleado ese dinero!

Yo me dirigí al letrado preguntándole si como única heredera estaba en la obligación de rendir cuentas a mi madre del dinero que había recibido, a lo que éste me repuso que no; pero como era menor de edad se me podía exigir la certeza de que había recibido ese dinero, toda vez que yo, por mi propia cuenta, no podía perdonar una deuda. Esa contestación me devolvió las fuerzas que estaba por perder. Comprendí que debía continuar asegurando haber recibido ese dinero para salvar al viejo maestro. Sin duda, le hubiera dado el tiempo necesario para que vendiera su propiedad y aún en el caso de hacer esa venta a bajo precio, siempre le habría quedado la pensión asignada por mi abuela en su testamento. (Mi abuela había dispuesto que fuera esta pensión de 1.500 francos, pero él había insistido para que la redujera a 1.000). Mi madre exigió que diera mi palabra de honor de que había recibido ese dinero.

—La doy —contesté muy emocionada— y Dios está conmigo y contra ustedes en este asunto…

Conseguí que la deuda de Deschartres fuera tachada. Logré quedarme luego un instante a solas con mi pobre preceptor.

—¡Aurora! —me dijo con lágrimas en los ojos—, ¡usted no dudará de que yo le voy a pagar!

—Claro que no dudo —repuse yo observando su humillación—; dentro de dos o tres años su propiedad estará produciendo mucho.

—Eso sí —contestó él volviendo alegremente a sus ilusiones—. Dentro de tres años me darán mil libras de renta o la venderé por cincuenta mil francos, pero le confieso que por ahora no me dan más de doce mil. ¡Gracias, Aurora; usted me ha salvado!

Mientras permanecíamos en casa de mi tía, mi existencia, a pesar de algunos disgustos, me pareció tolerable; pero en cuanto nos instalamos en la calle Neuve-des-Mathurins no fue así. Mi madre, irritada contra todo lo que yo creía, me declaró que no iría al convento. Despachó a mi criada porque no le era simpática y hasta se deshizo de mi perro. Lo lloré, porque ésta era la gota de agua que colmaba el vaso.

René de Villeneuve vino un día a solicitar permiso para que yo comiera en su casa. Mi madre le contestó que hubiera debido ser su esposa la que llegara a nuestra casa para hacer esa invitación. Tal vez tenía derecho de decir tal cosa; pero como habló con tono tan agrio, mi primo perdió la paciencia y le contestó que jamás su mujer pondría los pies en nuestra casa, y salió para no volver nunca más. Lo volví a ver veinte años después.

Así como mi buen primo me perdonó y me perdona todavía no estar de acuerdo con todas sus ideas, le perdono por haberme abandonado así a mi triste suerte. ¿Podría acaso haber procedido en otra forma? No lo sé.

Sin embargo, necesité muchos años para olvidar el modo con que se alejó de mí, sin decirme una sola palabra de consuelo.

Yo no hice tentativa alguna de reconciliación por temor a no ser recibida en el seno de mi familia paterna. No sé si mi orgullo fue exagerado.

Mi otro primo, Augusto de Villeneuve, hermano de René, vino también a verme por última vez. Mi trato con él era muy familiar, era bueno, pero le faltaba un poco de tacto. Como yo me quejara a

él por el abandono de René, me dijo:

—No has procedido como te recomendaron. Querían que entraras en el convento y no lo has hecho; sales con tu madre, con su hija y con el marido de ésta. Te han visto en la calle con toda esa gente. Ésta es una compañía desagradable, no para mí, que me es indiferente, sino para mi hermana política y para todas las mujeres de familia honorable con las cuales te hubieras podido vincular con un buen casamiento. Lo que consideramos un buen casamiento para ti, es que puedas unirte con algún hombre de buena cuna y de cierta fortuna. Te aseguro que ninguno de esos señores vendrá a buscarte aquí y que dentro de tres años, cuando seas mayor de edad, tampoco podrás encontrar un partido con esas condiciones. A mí no me interesa que te cases con un plebeyo. Si es honrado continuaré viéndote y te querré como ahora.

No le guardaré rencor; su franqueza me dejó tranquila y me alegré al ver que me reiteraba su amistad. Sin embargo, esta ruptura momentánea de parte suya y absoluta en cuanto al resto de la familia me dejó preocupada.

¿Cómo debía proceder para que mi conducta fuera aprobada por mis tíos y demás familia? ¿Huir de casa de mi madre, dar a conocer que no era feliz con ella y hacer suponer que hasta mi honor corría peligro a su lado?

¿Debía yo revelarme abiertamente contra mi madre, injuriarla, amenazarla? ¿Qué querían de mí? Todo lo que hubiera podido hacer era tan imposible y tan odioso, que aún no lo comprendo.

Creo que de haber podido tolerar mi vida al lado de mi madre, hasta llegar a mi mayoría de edad, me hubiera hecho religiosa. Pero nuestra vida en común se hacía cada vez más imposible. Mi madre se irritaba con mi resignación. Creía ver en mí una enemiga secretamente irreconocible. Desconfiada en exceso y casi enfermiza para recriminar lo que no comprendía, promovía, por cualquier motivo disputas increíbles. Me arrancaba los libros de las manos, diciendo que había tratado de leerlos y que, como no los comprendía, su lectura debía ser perniciosa. ¿Creía realmente que yo estaba perdida o enviciada, o bien necesitaba encontrar un pretexto para poder denigrar *la hermosa educación* que había recibido?

Todos los días descubría algo nuevo sobre mi *perversidad.*

Cuando yo le preguntaba quién la había informado sobre mi modo de ser, me contestaba que alguien de La Chatre le había comunicado día por día y hora por hora todos los pasos que yo daba. Como yo no podía creerlo, me afligía pensando que mi pobre madre estaba loca. Adivinó lo que yo pensaba, un día en que mi silencio era la respuestas a sus invectivas.

—Ya veo —dijo—, que me crees loca. Te probaré que veo claro y que mi paso es firme.

Me mostró entonces, de lejos, unas cartas de las cuales leyó páginas enteras. Al oírla pude darme cuenta de que nada improvisaba. Allí estaban escritas todas las calumnias monstruosas de que tanto me había reído en Nohant. Todos esos horrores habían hecho pie en la imaginación débil de mi madre. No salieron de allí sino al cabo de unos años; cuando aprendió a conocerme.

Capítulo L

Para soportar semejante existencia tenía que haber sido yo una santa. No lo era, a pesar de mis deseos de llegar a ese estado. Mi voluntad era más fuerte que mi organismo. Mi sistema nervioso estaba tan alterado, que dormía muy poco y, a pesar de sentir apetito, me repugnaba la sola vista de los alimentos. Mi ánimo estaba tan enfermo como mi cuerpo. No podía rezar y quise cumplir con el precepto pascual. Como mi madre no me permitió ir a ver al abate de Premond, quien me hubiera alentado y consolado, tuve que confesarme con un viejo sacerdote malhumorado que no comprendía nada de las rebeliones interiores contra el respeto filial de las cuales me acusaba. Al día siguiente comulgué, y por más que me esforcé, no pude rezar con fervor.

Las personas que rodeaban a mi madre eran excelentes conmigo, pero no sabían o no podían protegerme. Mi buena tía opinaba que yo debía tomar a broma las rarezas de mi madre. Pierret, más justo y más indulgente que mi madre habitualmente, se mostraba algunas veces susceptible y caprichoso, confundía mi tristeza con frialdad y me lo reprochaba con su manera brusca y cómica, que ya no me causaba gracia. Mi hermana se había hecho retraída y hasta parecía desconfiada, como si temiera algún mal proceder de parte mía.

Su marido era un hombre excelente, si bien no tenía ninguna influencia en nuestra familia. De parte de mi tío Beaumont no recibí ninguna demostración de cariño. Siempre había sido egoísta y no podía soportar en su mesa un rostro pálido y triste, sin molestarlo con sus pullas. Empezaba a inclinarse hacia los chismes y creo que mi madre le había contado algunos de los que corrían en La Chatre sobre mi persona.

Mi madre, sin embargo, tenía buenos momentos, en los que afloraba su antigua candidez y su ternura hacia mí. Estos cambios en ella me perjudicaban. De haber podido llegar a la indiferencia

me hubiera hecho estoica; en cambio, en cuanto la veía derramar una lágrima o me prodigaba el menor cuidado maternal, sentía renacer mi amor por ella y esperaba mejores días. Esas rarezas en el carácter de mi madre se debían en gran parte a que estaba atravesando una crisis que fue excepcionalmente larga y dolorosa para ella. Era pura por naturaleza, a pesar de todo lo que se dijo y se pensó de ella, y sus costumbres irreprochables. A su alrededor debía haber siempre agitación; cambiar de alojamiento, enemistarse con alguien, ir a pasar algunas horas al campo y apresurarse luego para volver a la ciudad; comer en un restaurante y luego en otro… A pesar de su frivolidad infantil, era muy laboriosa y tenía gran cuidado de su casa. También se entretenía leyendo y tenía especial predilección por
d'Arlincourt.
Cuando leía una de sus novelas se quedaba despierta hasta la madrugada, cosa que no impedía que a las seis ya estuviera de pie.

Cuando estaba de buen humor era verdaderamente encantadora y resultaba imposible no dejarse llevar por su alegría y su hablar gracioso y pintoresco. Desgraciadamente, tan buenas disposiciones no duraban un día entero y en el momento más imprevisto estallaba en cólera. Sin embargo, me quería, o por lo menos amaba en mí el recuerdo de mi padre y el de mi niñez; pero también odiaba en mí el recuerdo de mi abuela y de Deschartres. Había amasado tanto resentimiento y sufrido tantas humillaciones, que tenía necesidad de deshacerse de todo ese rencor como la erupción larga, terrible y completa de un volcán.

Una vez creí que toda amargura quedaría borrada entre nosotras y que llegaríamos a entendernos definitivamente bien. Durante el día se había mostrado extremadamente violenta y, como de costumbre, al apaciguarse estaba muy razonable; se acostó y me pidió que permaneciera a su lado hasta que se durmiera, porque se sentía triste. No sé como la induje a que me abriera su corazón y me enteré entonces de toda la desgracia de su vida. Me contó más de lo que yo quería saber; sin embargo, debo decir que lo hizo con simplicidad y grandeza singulares. Con el recuerdo de sus emociones, lloró, rió, acusó y hasta razonó con ingenio, sensibilidad y fuerza de convicción.

—Me parece —me dijo—, que nunca he cometido a sabiendas

una mala acción; he sido arrastrada, empujada, y a menudo obligada a ver y obrar. Todo mi crimen consiste en haber amado. ¡Ah, si no hubiera amado a tu padre, sería rica, libre, despreocupada, y no tendría nada que reprocharme!… En cuanto me enamoré de tu padre, empezaron para mí las desgracias y los tormentos. Me dijeron que yo era indigna de amar. Yo no comprendía eso. Sentía mi corazón más amante y mi amor más verdadero que los de aquellas grandes señoras que me despreciaban.

Llegué a sentirme humillada y me detesté a mi misma, y cuando no, humillé a los demás y los detesté con toda mi alma, al verlos tan hipócritas. Te juro que desde mi viudez he vivido correctamente, no para complacer a la sociedad, sino porque no podía proceder en otra forma. He amado únicamente a tu padre y después de haberlo perdido, ya no me importaba nada ni nadie.

Lloró torrentes de lágrimas al recordar a mi padre.

—¡Ah, qué feliz hubiera sido si hubiéramos podido envejecer juntos! Pero Dios me separó de él en medio de mi dicha. No maldigo a Dios, puesto que Él es nuestro señor, mas detesto y maldigo a la humanidad…

Escuchaba y recibía de este modo la respuesta a la confesión de mi abuela. El dolor había provocado reacciones muy distintas en la madre y en la esposa. Mi madre, no sabiendo qué hacer con su pasión y no sabiendo sobre quién volcarla, aceptó la disposición divina; pero sintió que su energía se convertía en odio contra el género humano. Mi abuela, no sabiendo qué hacer con su ternura, se había indispuesto con Dios; pero había volcado sobre sus semejantes tesoros de caridad.

Mi madre añadió bruscamente:

—He hablado demasiado, lo veo, y ahora me desprecias y me condenas con conocimiento de causa. Prefiero eso. Prefiero arrancarte de mi corazón y no amar a nadie después de tu padre; ni a ti.

—Usted se equivoca mucho —le contesté temblorosa tomándola en mis brazos—. Yo desprecio al mundo. Desde hoy estoy, con usted, contra él. Para mí su pasado es sagrado, no únicamente porque es usted mi madre, sino que por razonamiento he comprobado que usted no ha sido nunca culpable.

—¡Ah, Dios mío! —exclamó mi madre que me escuchaba ávidamente—; entonces, ¿qué es lo que condenas en mí?

—Su aversión y sus rencores contra ese mundo, ese género humano sobre quien usted quiere vengar su sufrimiento. El amor la había hecho feliz y generosa; el odio la hace injusta y desgraciada.

—Es cierto; muy cierto. Mas, ¿cómo debo proceder entonces?

—Por lo menos, perdóneme por caridad.

—La caridad, sí, la comprendo para los pobres infelices. La siento para las pobres muchachas perdidas que mueren en la vergüenza, porque nunca han podido ser amadas. A todos los que sufren, sin tener culpa de ese sufrimiento, les daría todo lo que tengo. Pero, ¿caridad para *las condesas,* para una señora tal que deshonra a su marido; por un señor cual que condenó el amor de tu padre porque yo no accedí a sus galanteos? Todas esas personas son infames; hacen el mal, aman el mal y llenan su boca con las palabras religión y virtud.

—Usted ve que, demás de la ley divina, hay una ley fatal que prescribe el perdón de las injurias y el olvido de los sufrimientos personales, y esta ley nos castiga cuando la desconocemos.

—Explícate con más claridad.

—De tanto tender nuestro espíritu y prevenirnos contra las personas malas y culpables, criticamos también a los inocentes y aplastamos con nuestras sospechas a personas que nos respetan y nos quieren.

—Dices eso por ti.

—Sí; lo digo por mí. Pero podría decirlo por mí hermana, por mi tío, por Pierret. ¿Acaso no lo cree usted, no lo dice usted misma cuando está serena?

—Sí, es cierto, yo produzco enfado a todo el mundo cuando me lo propongo; pero no sé proceder en otra forma. Mi cabeza trabaja demasiado…

Se durmió bendiciéndome y agradeciéndome el bien que le había hecho; declaró también que en adelante siempre sería justa conmigo. Esas buenas determinaciones duraron tres días; tiempo demasiado largo para mi pobre madre. La primavera había llegado y el carácter de mi madre se agriaba en esta época.

Me llevó al campo, a la casa de unas personas que había visto tres días antes, durante una comida en casa de mi tío Beaumont. Al

día siguiente de nuestra llegada, determinó dejarme allí diciéndome que volvería a buscarme una semana después. Me dejó allí cuatro o cinco meses.

Me encontré entre nuevos personajes, en un ambiente al que el azar me llevó repentinamente y donde la providencia quiso que encontrara seres excelentes, amigos generosos; que esa temporada fuera un intervalo en mis sufrimientos y que conociera allí un nuevo aspecto de la vida.

La señora Roettiers du Plessis, la dueña de casa, era franca y generosa. Siendo una rica heredera, había estado enamorada, desde su infancia, de su tío James Roettiers, capitán de cazadores, que fue el mejor de los esposos y de los padres. Tenían diez años de casados y cinco hijos cuando yo los conocí. Se amaban como el primer día de casados y continuaron en la misma forma durante toda la vida.

Sus hijos eran cinco niñas; que corrían todo el día vestidas como varones y eran sumamente buenas y alegres.

El castillo era una gran construcción de la época de Luis XVI, situado a dos leguas de Melun. El parque era muy amplio y estaba cubierto de hermosa vegetación. La señora Roettiers du Plessis y yo simpatizábamos a primera vista. Ambas éramos francas y desde el primer momento sentimos que jamas seríamos, por causa de nadie, rivales una de otra.

Ella pidió a mi madre que me dejara en su casa.

Como al cabo de la semana yo me inquietaba porque no me venían a buscar, no porque me encontrara mal en ese ambiente, sino porque creía ser una carga, les dije a James y Ángela —éste era el nombre de ella— lo que pensaba. Entonces James me llevó aparte y me dijo:

Conocemos la historia de su familia. He conocido antes a su papá en el ejército. Comprendo que usted no pueda tolerar que su mamá tenga recuerdos agrios para su abuela. Comprendí que usted sería una compañera ideal para mi mujer. Hablé francamente con su mamá y como ella se quejara del aspecto triste de usted y dijera que deseaba verla casada pronto, le contesté que era muy fácil casar a una niña que tiene dote, pero que es necesario colocarla en un ambiente donde pueda elegir marido. Por eso estoy contento de que usted se encuentre aquí, donde recibimos muchos amigos y camaradas míos a quienes conozco muy bien. Ya que su mamá no

ha querido quedarse, creo que consentirá usted en permanecer una temporada con nosotros. ¿Querrá usted hacerlo? Si se queda, seremos muy felices. Yo ya la considero como a una de mis hijas, y mi mujer está encantada con usted. No la molestaremos por la cuestión casamiento, porque si lo hacemos usted podrá creer que está de más aquí; pero si entre los jóvenes que frecuentan esta casa hay alguno que le agrade, háganoslo saber y le diremos si le conviene o no.

Ángela se unió a las instancias de su marido. Yo debía rendirme ante su sinceridad y simpatía. Quería ser mi padre y mi madre y tomé la costumbre que he conservado siempre, de llamarlos en esa forma. En la casa, hasta los criados me consideraron como de la familia. Ángela me vistió y me calzó, pues estaba de lo más desprovista de ropa. Tuve a mi disposición la biblioteca, el piano y un caballo excelente.

Primeramente me cortejó un simpático oficial en retiro. Como no tenía más que la mitad de su sueldo y era hijo de un campesino, aunque no me gustaba, no me atrevía a decírselo, porque temía que se sintiera humillado. Le confié mis escrúpulos a James y él se encargó con toda amabilidad de alejar a este joven sin que me guardara rencor.

Tuve otros ofrecimientos de casamiento. El tío Marechal, el tío Beaumont, Pierret, etc., presentaron sus candidatos. Algunos eran muy buenos en cuanto a fortuna y nacimiento, contra las predicciones de mi primo Augusto. Con mucha serenidad, para no encaprichar a mi madre, rechacé a todos, porque no podía aceptar la idea de casarme con una persona que no me conocía y que se dirigía a mí por conveniencia.

Mis buenos amigos du Plessis me probaron que tampoco ellos tenían prisa por verme casada. Por lo tanto, mi vida al lado de ellos se deslizó conforme a mis gustos y fue saludable para mi alma y mi organismo.

Creía que no podría amar a ningún otro lugar más que Nohant. Sin embargo, Plessis se apoderó de mí como un edén. Ese enorme parque era encantador. Los cervatillos saltaban por los matorrales espesos, por los claros del bosque, alrededor de las aguas dormidas, bajo los viejos sauces. Ciertos rincones eran tan poéticos como los de un bosque virgen. Un bosque es siempre y en toda época algo

admirable. Había también hermosas flores y naranjos perfumados al lado de la casa, y, además, un huerto exuberante. Siempre he gustado de los huertos. Además, en la casa había huéspedes jóvenes, rostros siempre sonrientes, niñas traviesas y muy buenas. Durante todo el día se oían gritos, risas y se jugaba continuamente. Yo me di cuenta que aún era una criatura. Volví a disfrutar con los juegos que tanto me habían gustado cuando estaba en el convento. Aquí no se repitieron mis accesos de melancolía de Nohant, supe divertirme plenamente y me entregué sin reticencias a la vida de familia hacia la cual me llevaron mis inclinaciones, aun sin darme cuenta de ello. Nunca he podido soportar otra vida sin ponerme melancólica. En Plessis renuncié por última vez a mi deseo de entrar al convento. Comprendí que nunca podría vivir fácilmente sin estar en contacto con el aire libre y el espacio amplio. Allí también comprendí cuán hermosa era la unión conyugal y la verdadera amistad, al ver la armonía que reinaba en ese hogar. Siempre había adorado a los míos. Tanto en Nohant como en el convento había buscado la compañía de criaturas más jóvenes que yo. Las hijitas de mi mamá Ángela fueron *mis queridos tormentos.*

James lamentaba no tener un hijo varón. Para hacerse esa ilusión vestía a sus hijitas como varones. Las visitaban con frecuencia primos y amigos de su misma edad y cuando todo ese pequeño mundo estaba reunido, yo era la mayor del grupo y dirigía los juegos. Allí aprendí a vivir de acuerdo con mi edad. Después de las cabalgatas y de los juegos de día, dormía tranquilamente durante toda la noche. Allí no experimentaba el deseo de entablar ninguna discusión, puesto que mis ideas no eran contradichas por nadie.

En política, James y Ángela eran bonapartistas, contrarios a la restauración monárquica. No veían en la burguesía, de la cual formaban parte, una traición más grande que la que habían hecho los grandes generales del Imperio. Eso no se percibía aún entonces, y la caída del Emperador no era bien comprendida por nadie. Los restos del gran ejército no pensaban en atribuirla al liberalismo doctrinario que, sin embargo, había tenido bastante participación en ella. En las épocas de opresión, todos los partidos opuestos llegan pronto a ponerse de acuerdo contra el enemigo común. La idea republicana se personificaba entonces en Carnot, y los

bonapartistas lo apoyaban porque este hombre había respetado a Napoleón en desgracia. Podía, pues, yo continuar siendo republicana con J. J. Rousseau y bonapartista con mis amigos du Plessis, pues conocía bastante en esa época el momento histórico en que me tocaba vivir. Mis amigos, como la mayoría de los franceses de ese entonces, tampoco tenían una noción evidente del panorama político de esa época.

El hermano mayor de James y algunos de sus amigos de más edad se habían unido entusiastamente a la monarquía y detestaban el recuerdo de las guerras ruinosas del Imperio. James combatía contra ellos como verdadero caballero de Francia, no viendo otra cosa más que el honor de la bandera, la vergüenza de la derrota, el dolor de la traición y el horror al extranjero. Después de siete años de restauración, recordaba con lágrimas en los ojos a los héroes del pasado. Yo le escuchaba siempre porque descubría en él cierto talento de novelista histórico y algunas páginas de mi novela *Jacques* me han sido sugeridas por vagos recuerdos de los relatos de mi papá James.

En la casa había un personaje bastante raro que se llamaba Stanislas Hue. Era un solterón cuyos rasgos duros tenían cierta semejanza con los de Deschartres; pero en su fisonomía no se leía la belleza de alma que había en la de mi pedagogo. Stanislas no era bueno ni abnegado. A ratos amable, preparado e ingenioso; pero pensaba y decía complacientemente el mal de todo el mundo.

Sus manías divertían a la familia du Plessis, aun cuando no se atrevían a comentarlas jocosamente en presencia suya. Como yo tenía la costumbre de reírme de Deschartres y de hacerlo reír de sí mismo, procedí en la misma forma con Stanislas. Éste se enojó y se reconcilió conmigo muchas veces. En ciertas ocasiones él mismo provocaba mis bromas y generalmente era amable conmigo.

«Fígaro», el hermoso caballo que yo montaba, era suyo. Algunas veces, si lo había puesto de mal humor, me lo negaba. Escribía su diario y anotaba en él, día por día, hora por hora, todo lo que se decía y hacía a su alrededor; de modo que tenía una montaña de cuadernos y necesitaba un coche especialmente para transportarlos cuando cambiaba de residencia. Otra manía suya consistía en guardar todo lo que estaba fuera de su lugar correspondiente. Juntaba en los rincones de la casa o en el jardín, los objetos

olvidados y abandonados y llevaba todo eso a su habitación, que se había convertido en un museo de cosas viejas. Se puede presumir que esta fantasía tenía un fondo de malicia y de crítica, para que las personas poco cuidadosas buscaran sus objetos perdidos. Experimentaban una alegría secreta cuando los criados, los niños y los huéspedes de la casa buscaban infructuosamente algún objeto. Uno no podía dejar un libro sobre el piano o sobre la mesa de la sala, el sombrero enganchado en la rama de un árbol, un rastrillo contra una pared, un candelero sobre la escalera sin que al regresar, aunque fuera al cabo de cinco minutos, el objeto hubiera desaparecido, mientras él observaba riéndose y frotándose el mentón.

—No busque, decía mamá Ángela; si puede, entre en el cuarto de Stanislas.

Esto era imposible, porque él estaba encerrado en su cuarto y si salía de allí, dejaba la puerta cerrada con llave. Éste viejo zorro tenía, según se decía, doce mil libras de renta. Había sido administrador en tiempos de guerra. No queriendo gastar su pequeña fortuna, estaba en pensión en las casas de sus amigos, pagando lo menos posible, y acumulaba rentas. A la larga, resultaba un pensionista insoportable, que rezongaba por cualquier motivo. Era el padrino de la hija menor de James; parecía quererla mucho y daba a entender que se encargaría de su dote, cosa que no hizo, y después de haber fastidiado a todo el mundo murió sin pensar en nadie.

Mi madre, mi hermana y Pierret fueron raramente a pasar un día o dos en Plessis, para ver cómo me encontraba yo. A fines de la primavera, James y Ángela fueron a pasar unos días a París y yo volví al lado de mi madre. Todos los días me buscaban para pasear con ellos. Comíamos en algún «cabaret» y luego íbamos al teatro. Casi siempre comíamos en el café de París o en «Les Frères Provenceaux». Mi madre estaba también invitada para esas diversiones y, sin embargo, aunque le gustaba la alegría, casi nunca nos acompañaba. Parecía querer delegar sus derechos y sus funciones maternales en mamá Ángela.

Una de esas noches, después del espectáculo, estábamos tomando helados «chez Tortoni», cuando mamá Ángela dijo a su marido:

—Mira; ahí está Casimiro.

Un joven alto, bastante elegante, de aspecto alegre y porte militar vino a saludarnos. Se sentó al lado de mamá Ángela y en voz baja le preguntó quien era yo.

—Es mi hija —contestó en voz alta.

—Entonces —respondió en voz baja—, ¿es mi mujer? Recuerde usted que me ha prometido la mano de su hija mayor. Creía que era Wilfrid, pero como la edad de ésta parece andar más de acuerdo con la mía, la acepto si usted me la quiere dar.

Mamá Ángela se puso a reír. Sin embargo, esta broma resultó una predicción.

Algunos días después Casimiro Dudevant fue a Plessis y tomó parte en nuestros juegos con un entusiasmo y una alegría que auguraban en él un muy buen carácter. No me festejó, cosa que hubiera entorpecido la naturalidad de nuestro trato y ni siquiera pensó en hacerlo. Entre nosotros se estableció una camaradería tranquila y a mamá Ángela, que tenía la costumbre de llamarle su yerno desde hacía tiempo, le decía:

—Su hija es un buen muchacho.

Yo no sé quién generalizó la broma. Stanislas, cuando jugábamos en el jardín, me gritaba:

—¡Corra a su marido!

Casimiro, entusiasmado con el juego, gritaba por su lado:

—Libren a mi mujer.

Llegamos a tratarnos de marido y mujer sin ningún esfuerzo. Un día que Stanislas me dijo algo desagradable con respecto a este asunto, le pregunté por qué daba un cariz amargo a las cosas más insignificantes.

—Porque usted está loca al imaginarse —contestó—, que ese muchacho se casará con usted. Tendrá setenta u ochenta mil libras de renta y seguramente no la querrá para esposa.

Tales palabras me causaron mal efecto y resolví pedir a mi *padre y a mi madre* que se terminara con esa broma. Papá James, al enterarse de las palabras de Stanislas, me dijo:

—No tenga en cuenta los epigramas de ese viejo chino, porque no se puede levantar un dedo sin que él haga una crítica. Pero con todo, hablamos seriamente. El coronel Dudevant, padre de Casimiro, tiene una buena fortuna mas su hijo, que es hijo natural,

tiene derecho únicamente a la mitad de ésta. Probablemente heredará todo, porque su padre lo quiere mucho y no tiene otros hijos; con todo, su fortuna no excederá nunca de la vuestra. De modo que no hay ningún obstáculo para que ustedes lleguen a ser marido y mujer y ese casamiento sería aún más ventajoso para él que para usted. Quédese tranquila. Si la broma le molesta rechácela, y si le es indiferente no le preste atención.

Las cosas quedaron en eso. Casimiro partió y regresó al cabo de un tiempo. A su regreso estuvo más serio y me expresó sus deseos de casarse conmigo.

—Lo que yo hago no será muy correcto —me dijo—, mas procedo en esta forma porque quiero que usted me dé su respuesta sin consultar con nadie. Si yo no le soy antipático y usted no puede decidirse tan pronto, le ruego que me preste un poco más de atención y me diga dentro de algunos días o dentro de algún tiempo o cuando usted quiera, si mi padre puede hablar a su madre.

Ese proceder me resultó cómodo. El señor y la señora du Plessis estimaban tanto a Casimiro y a su familia, que yo no tenía motivos para rehusarle la atención que él había solicitado de mí. Le encontré sincero en sus palabras y en su modo de ser. No me hablaba de amor y se confesó poco dispuesto a la pasión ardiente y al entusiasmo, e inhábil para expresar esos estados de espíritu de un modo elegante. Hablaba de una amistad sincera entre nosotros, y creía poder brindarme una dicha doméstica comparable a la de nuestros amigos, los dueños de casa.

—Para probarle que estoy muy seguro de mí mismo —decía—, quiero confesarle que, en cuanto la vi, me gustó su aspecto bueno y razonable. No la encontré hermosa ni linda; no sabía quién era usted y, sin embargo, cuando dije riéndome a la señora Ángela que usted sería mi mujer, sentí que si tal cosa sucedía, yo sería muy feliz. Esta idea fue tomando cuerpo en mí y cuando me puse a jugar con usted me pareció que la conocía desde mucho tiempo atrás y que éramos viejos amigos.

Creo que en la época de mi vida en que me encontraba y al salir de los grandes irresoluciones entre la vida del convento y la de familia, una pasión me hubiera atemorizado. Tal vez no le hubiera comprendido, me hubiera parecido ridícula, como sucedió en las del primer pretendiente que se me presentó en Plessis. En cambio me

resultó agradable al hablar de Casimiro, y después de haber consultado con mis padres adoptivos, quedamos ambos ligados por una camaradería que parecía haber adquirido derechos de existencia. No me había sentido nunca objeto de cuidados exclusivos, no me había visto rodeada por esa sumisión voluntaria y feliz que conmueve a un corazón joven. Por eso, pronto me pareció que Casimiro era el mejor de mis amigos. Concertamos, con mamá Ángela, una entrevista con el coronel Dudevant y mi madre, y hasta entonces no hicimos proyectos, porque el porvenir dependía del capricho de mi madre. Si ella hubiera rehusado, no debíamos pensar más en nuestra unión y quedaríamos como buenos amigos.

Mi madre llegó a Plessis y quedó impresionada, como yo, por la hermosa figura, los cabellos plateados y el aspecto distinguido y bondadoso del anciano coronel. Mi madre me dijo luego:

—He dicho que sí; pero puedo echarme para atrás. No sé todavía si el hijo me gusta. No es buen mozo. Hubiera deseado un yerno hermoso para lucirme con él.

El coronel me tomó del brazo para ir a visitar un prado artificial, situado detrás de la casa, mientras conversaba de la agricultura con James. Cuando quedamos solos me habló con gran afecto, me dijo que yo le gustaba extraordinariamente y que sería para él una gran felicidad considerarme como su hija. Mi madre se quedó algunos días con nosotros, estuvo amable y alegre, hizo bromas a su futuro yerno para probar su carácter, encontró que era un buen muchacho y se fue dejándonos juntos, bajo la vigilancia de mamá Ángela.

Quedó convenido que para fijar la fecha del casamiento se esperaría el regreso de la señora Dudevant a París, ya que ella se encontraba pasando una temporada con su familia en Mens. Entonces las familias darían a conocer sus recíprocas fortunas y el coronel debía determinar que renta aseguraría a su hijo mientras él viviera.

Al cabo de unos quince días mi madre cayó como una bomba en Plessis. Había descubierto que Casimiro, en medio de una existencia desordenada, había sido durante algún tiempo mozo de café. No sé de dónde había sacado este cuento. Creo que lo había soñado la noche anterior y que al despertar lo había tomado como real. Se encolerizó al ver que sus palabras eran recibidas con carcajadas. Por más que le dijeron los du Plessis que eso no podía ser cierto, porque

hacía años que se trataban continuamente con la familia Dudevant, no lo quiso creer. Casimiro mismo le dijo que, aun cuando no le parecía humillante haber sido mozo de café, negaba haber tenido tal ocupación, puesto que de la escuela militar había salido para hacer su campaña como subteniente, y que, después del licenciamiento del ejército, había iniciado en París sus estudios de derecho; que siempre había vivido en casa de su padre, que había gozado de una buena pensión y que nunca había tenido deseos de servir en un café. Con todo, mi madre no quiso convencerse. Pretendió que se burlaban de ella y llevándome aparte, se deshizo en invectivas contra mamá Ángela, sobre las costumbres de la casa y las intrigas de esa familia que pretendía sacar alguna ventaja al sacar a una rica heredera con un aventurero. Para calmarla le dije que podría acompañarla a París y que allí tomaríamos los informes necesarios. Primero aceptó mi proposición, y luego me dijo:

—Me voy; aquí no estoy a gusto. El cambio, tú lo estás; quédate. Yo tomaré informes y te haré saber lo que me digan.

Esa misma noche se fue. Aun volvió algunas veces para hacer escenas semejantes y, por último, me dejó en Plessis hasta la llegada de la señora Dudevant a París. Viendo entonces que no se había opuesto al casamiento, me reuní con ella en un departamento bastante chico y bastante feo, que había alquilado en la calle Saint-Lazare.

Hipólito se había retirado del ejército. Se había desilusionado al no hacer la rápida carrera que mi primo Villenueve le había hecho entrever. Encontraba que ese oficio de cuartel maestre sin esperanzas de guerra y de honores embrutecía la inteligencia y no reportaba ningún provecho para el porvenir. Opinaba que podía vivir con su pequeña pensión y yo le ofrecí entonces que se quedara en mi casa, sin que mi madre se opusiera a ello, hasta que encontrara un nuevo empleo. Su intervención entre mi madre y yo fue muy oportuna. La comprendía y sabía llevarla mejor que yo. Se reía de sus impulsos, la halagaba o se burlaba de ella. A veces hasta la reñía y ella le soportaba todo. Su *cuerpo* de húsar era menos sensible que mi susceptibilidad y su despreocupación ante las griterías de mi madre era tan evidente que ella terminaba por calmarse. Trataba de alentarme en toda forma y quería probarme que yo me afligía demasiado por esos vaivenes del carácter de mi

madre.

La señora Dudevant hizo la visita oficial a mi madre. No la igualaba por el corazón y la inteligencia, pero tenía modales distinguidos y exteriormente parecía un ángel lleno de dulzura. Yo simpaticé inmediatamente con su aspecto dolorido, su voz suave y su lindo rostro. Mi madre quedó halagada por su amabilidad. El casamiento quedó decidido. Luego fue postergado. Después quedó roto el compromiso. Más tardece volvió a formalizar; y estos caprichos, que duraron hasta el otoño, se enfermaron más de una vez. A pesar de que con mi hermano reconocía el afecto que mi madre me profesaba, no podía acostumbrarse a sus alternativas entre la alegría y la cólera, entre la ternura expansiva y la indiferencia aparente y hasta la aversión. No se conformaba con Casimiro. La nariz de éste no le gustaba; aceptaba sus atenciones y se divertía en probar su paciencia, que no era muy grande, pero que sostuvo con la ayuda de Hipólito y de Pierret. Por último se decidió y nos casamos en septiembre de 1822.

Capítulo LI

Después de nuestro viaje de bodas, de las visitas que hicimos a nuestro regreso y de haber pasado unos días en la casa de nuestros queridos amigos de Plessis, salimos mi marido, mi hermano y yo para Nohant, donde fuimos recibidos con alegría por el buen Deschartres. Pasé allí el invierno de
1822-1823,
bastante enferma, pero absorta por el sentimiento del amor maternal, que se revelaba en mí con los pensamientos más dulces y las más hermosas inspiraciones. La transformación que se realiza en ese momento en la vida y en los pensamientos de la mujer, es en general completa y repentina. Mi amor por el estudio, la inquietud de los pensamientos, mi complacencia por la observación; todo, desapareció en cuanto la dulce carga se dejó sentir y aun antes de que los primeros estremecimientos me hubieran manifestado su existencia. La providencia quiere que durante esta faz de espera y de esperanza predominen la vida física y la vida sentimental.

El invierno fue crudo. Una espesa capa de nieve cubrió durante muchos tiempo la tierra, ya endurecida por grandes heladas. Mi marido gustaba también mucho del campo y apasionado por la caza me dejaba durante largas horas, que yo dedicaba a la confección del ajuar de mi hijo. Nunca había sabido coser. Mi abuela, aunque consideraba que debía saberlo, nunca me había dirigido en ese sentido y yo me creía muy inhábil para esta tarea. Sin embargo, cuando se trató de vestir al pequeño ser que yo veía en todos mis sueños, me inicié en esa actividad con todo entusiasmo. Mi buena Úrsula me dio las primeras indicaciones. Quedé admirada al ver cuán fácil era; pero también comprendí que en eso, como en todo, habría personas más hábiles que yo. Desde entonces me han gustado siempre los trabajos de aguja y constituyen para mí un esparcimiento al que me entrego a veces con pasión febril.

He oído decir a mujeres de talento, que los quehaceres domésticos y los trabajos de aguja particularmente, eran embrutecedores e insípidos y formaban parte de la esclavitud a la cual se ha condenado a nuestro sexo. No soy partidaria de la teoría de la esclavitud, pero niego que esos trabajos sean una consecuencia de la misma. Me ha parecido siempre que esas tareas tienen para nosotras un atractivo natural, invencible, y han conseguido calmar, en algunas ocasiones en mí, grandes agitaciones espirituales.

El invierno transcurrió rápidamente, salvo seis semanas que debí pasar en la cama en completa inacción. Esta prescripción de Deschartres me pareció demasiado severa, mas, ¿qué es lo que no hubiera hecho para conservar la esperanza de ser mamá? Era la primera vez que me veía prisionera por motivos de salud.

En esta temporada la nieve era tan espesa y tan tenaz que los pájaros se morían de hambre y se dejaban coger con la mano. Cubrieron mi cama con una tela verde. En cada una de las esquinas de la misma pusieron ramas de abetos y trajeron muchos pinzones, pechos colorados, verderones y gorriones que, domesticados repentinamente por el calor y la alimentación, venían a comer en mis manos y entraban en calor sobre mis faldas. Cuando reaccionaban de su adormecimiento volaban, primero alegremente, por el cuarto, después lo hacían muy inquietos. Entonces hacía abrir la ventana para que se fueran. Luego me traían otros pájaros, que lo mismo que los anteriores, después que habían reaccionado, reclamaban su libertad.

Sucedió que habiendo marcado a algunos, los vi volver al cabo de unos días. Parecían reconocerme y tomar posesión de su sanatorio, después de una recaída. Únicamente un pecho, colorado se obstinó en quedarse conmigo. La ventana fue abierta veinte veces, veinte veces llegó hasta el alféizar, miró la nieve, ensayó sus alas al aire libre, hizo algunas piruetas y regresó con la expresión de una persona que permanece en el lugar donde se encuentra bien.

Se quedó así hasta mediados de la primavera, durante días enteros, aun cuando las ventanas estuvieran abiertas. Este pajarito era el huésped más espiritual y más amable. Tenía una petulencia, una audacia y una alegría inusitadas. En los días de frío, encaramado en un leño y sobre mi pie, a la vista de las llamas tenía

verdaderos accesos de locura; atravesaba las llamas con vuelo rápido y volvía a su lugar sin que se le chamuscara ni una sola pluma. Tenía gustos tan extravagantes como sus ejercicios; comía velas y pasta de almendras. En una palabra, la domesticidad voluntaria lo había transformado de tal modo que le costó acostumbrarse a la vida rústica cuando se decidió a instalarse en el jardín. Mucho tiempo lo vimos saltar de rama en rama alrededor nuestro, y siempre que yo me paseaba venía a piar y revolotear al lado mío.

Mi marido hizo buenas migas con Deschartres, que terminaba su contrato de mayordomo en Nohant. Prevenido por mí, aquél me prometió tratar de contemporizar con el carácter absoluto e irascible del viejo maestro. Mantuvo su palabra aunque deseaba, naturalmente, ejercitar su autoridad en nuestras propiedades. Deschartres, por su parte, deseaba dedicarse exclusivamente a la atención de sus intereses, le ofrecimos que se quedara en Nohant por todo el resto de su vida. Me parecía que no podía vivir en ninguna otra parte más que allí; pero él rehusó y me dijo la razón.

—Hace veinticinco años que soy el dueño absoluto en esta casa —me dijo— y me han controlado únicamente mujeres, pues su padre no intervino nunca para nada. Su marido, hasta ahora no me ha molestado en nada; pero cuando él tome posesión de la administración yo lo molestaré a pesar mío con mis críticas y mis contradicciones. Me aburriré al no tener nada que hacer y me exasperará que no tengan en cuenta mis opiniones; además, quiero trabajar por mi cuenta. Usted sabe que siempre he esperado hacer fortuna y presiento que el momento ha llegado.

La ilusión de mi pobre pedagogo era más difícil de combatir por su afán de dominación. Quedó decidido que dejaría Nohant el 24 de junio, al terminar su contrato. Partimos antes que él hacia París, donde alquilamos un pequeño departamento amueblado en la calle Neuve-des-Mathurins, en el hotel de un antiguo jefe de cocina del emperador. Este hombre, que se llamaba Gaillot, había contraído al servicio del emperador una extraña costumbre, la de no acostarse. El emperador gustaba tener siempre listo un pollo asado para cualquier hora del día o de la noche. La existencia de Gaillot había sido, de este modo, consagrada a la vigilancia de ese pollo. Durante diez años había dormido sobre una silla, siempre en condiciones de

estar en pie en cualquier momento. Ese régimen riguroso no lo había librado de la obesidad. En ese hotel, en un departamento del segundo patio, frente a un jardín, fue donde vino al mundo mi hijo Mauricio, el 30 de junio de 1823. Experimenté el placer más grande de mi vida cuando, después de unos instantes de postración que sucedieron a los dolores tan terribles de esta crisis, vi a ese pequeño ser dormido sobre mi almohada. Había soñado tanto con él interiormente y estaba tan débil que temí que aquello no fuese realidad. Trataba de no moverme para evitar que esta visión se disipara, como había sucedido otras veces.

Fui el ama de mi hijo como más tarde lo fui de su hermana. Mi madre fue la madrina y mi suegro el padrino.

Deschartres llegó a Nohant muy entusiasmado con sus proyectos de fortuna y muy tieso dentro de su anticuado traje azul con botones dorados. Tenía un aspecto tan provinciano con esa indumentaria que la gente se volvía en la calle para mirarlo; pero él no se inmutaba y continuaba su camino muy solemne. Examinó a Mauricio por todos lados para asegurarse de que no tenía defectos. No lo acarició. (Yo no recuerdo haber visto a Deschartres besar ni acariciar a nadie.) Pero lo tuvo dormido sobre sus rodillas y se quedó contemplándolo durante mucho tiempo.

Pasé el otoño y el invierno siguiente en Nohant, exclusivamente dedicada a Mauricio. En la primavera de 1824 me sentí melancólica. Estaba en todo y en nada. Nohant se había embellecido, pero todo había cambiado en él; la casa no conservaba las costumbres de antes y el jardín tenía otro aspecto. Todo estaba mejor organizado y en orden, había menos abusos entre la servidumbre, los árboles secos habían sido talados y quemados, los perros viejos y enfermos habían sido muertos, los caballos inútiles vendidos; en una palabra, todo fue renovado. Por supuesto, esto era mejor y satisfacía a mi marido. Sin embargo, el espíritu tiene sus rarezas. Cuando observé esa transformación, cuando no vi a Fedor con sus patas embarradas al lado de la chimenea, cuando me dijeron que el viejo pavo real que buscaba el alimento en las manos de mi abuela no comería más las frutillas del jardín, cuando no encontré los rincones sombríos y abandonados en que había jugado cuando niña y había soñado cuando adolescente, cuando en resumen, me di cuenta de que nada de lo pasado me acompañaría,

me turbé y sin conciencia de ningún mal presente, me sentí invadida por una nueva sensación de disgusto que adquirió caracteres enfermizos.

Una mañana, sin tener ningún motivo, al desayunarme me encontré ahogada por las lágrimas. Mi marido no comprendía. Le expliqué que ya había tenido otras crisis de desesperación sin causa y que probablemente mi cerebro estaba débil. Él estuvo de acuerdo con ello y atribuyó mi aburrimiento a diversas causas. Él mismo confesó que no se hallaba a gusto en el Berry y que deseaba vivir en otra parte. Así lo hicimos y fuimos a Plessis.

Pasamos allí el verano. La vida en ese lugar era encantadora y en él encontré la distracción y la irreflexión necesarias a la juventud. Representábamos obras, paseábamos por el parque, hacíamos grandes excursiones y nos visitaba tanta gente que cada uno podía elegir las personas que más le agradaban para hacer sociedad. Mi grupo estaba formado por la juventud del castillo. Como yo era la única casada del grupo, los dirigía a todos. Organizábamos partidas y juegos de toda clase y hasta el pequeño Mauricio, que aun gateaba, pudo tomar parte en ellos.

Mi marido se admiraba al verme nuevamente tan vivaz y tan alegre, en ese ambiente que parecía tan contrario a mis costumbres melancólicas.

A los cincuenta años soy exactamente como era entonces; amo el ensueño, la meditación y el trabajo. Pero después de cierto límite empiezo a sentirme triste, y mis reflexiones son amargas, necesito alegría sana y verdadera. Me gusta escuchar una conversación brillante cuando estoy dispuesta a prestar atención; pero no puedo soportar durante largo tiempo ninguna clase de conversación, porque me canso. En una hora se ha agotado cualquier tema y después de eso lo que se dice sobre el mismo es pura repetición. ¿Qué se puede hacer, entonces, para pasar agradablemente las horas de la vida común en una intimidad diaria? Los hombres en general hablan de política y las mujeres de modas. Yo no soy ni hombre ni mujer con respecto a esas conversaciones; soy una criatura. Criticar, sospechar, maldecir o condenar, es la conclusión de toda charla política o literaria, por cuanto la simpatía, la confianza y la admiración tienen para expresarse, desgraciadamente, fórmulas más concisas que la aversión y la

chismografía. No soy santa por naturaleza, mas para existir necesito lo poético, pues todo lo que mata con crueldad lo bueno, lo simple y lo verdadero, es una tortura de la que huyo cuando me es posible.

Debido a estos contrastes, algunas personas me consideraron extravagante. Mi marido, más indulgente, me juzgó idiota. Al aproximarse el invierno, nos consultamos mi marido y yo sobre el lugar donde residiríamos; no podíamos vivir en París, porque nuestros medios no nos lo permitían y tampoco nos gustaba esa ciudad. Nos gustaba el campo, pero temíamos a Nohant; teníamos miedo de encontrarnos otra vez frente a frente, con caracteres completamente opuestos. Sin querer engañarnos, no sabíamos explicarnos recíprocamente; nunca discutíamos. Tengo demasiado odio a la discusión para querer influir en el ánimo de otra persona. Yo realizaba grandes esfuerzos para ver por los ojos de mi marido, para pensar como él y obrar como él, me sentía en desacuerdo conmigo misma y, por consecuencia, me sentía terriblemente triste. Tal vez él experimentaba algo análogo sin darse cuenta y por eso se adhería con entusiasmo a mi parecer cuando le decía que debíamos distraernos y rodearnos de amigos. Si yo hubiera tenido el arte de formar un ambiente alegre y animado en nuestro hogar, nuestra vida en común hubiera sido más llevadera. Pero yo no era la esposa que Casimiro necesitaba. Era demasiado exclusiva, demasiado concentrada, demasiado fuera de lo común. De haber sabido de dónde venía el mal, de haber tenido mi espíritu más experiencia y penetración, hubiera encontrado el remedio para nuestra dicha. Tal vez hubiera conseguido transformarme.

Buscamos una casita en los alrededores de París y lo único que pudimos encontrar, de acuerdo con nuestros recursos, fue un pabellón pobre y pequeño en Ormesson, en un hermoso jardín y en un centro social muy agradable. El lugar era feo y triste, con caminos espantosos, con montículos llenos de viñedos que interceptaban el horizonte. Pero, a dos pasos de allí, el estanque de Enghien y el hermoso parque de Saint-Gratien ofrecían paseos maravillosos. Nuestro pabellón formaba parte de la residencia de una persona muy distinguida, la señora Richardot, quien tenía unos hijos encantadores. En otra casa cercana vivía la familia Malus, y todas las tardes nuestras tres familias se reunían formando tertulias agradables en la casa de la señora Richardot.

Aquel otoño fue una de las épocas agradables de mi vida.

Mi marido salía mucho; lo reclamaban a menudo en París, no sé ya en qué asuntos, regresaba por la noche y tomaba parte de nuestras diversiones. Este programa de vida era bastante normal: los hombres ocupados fuera de casa todo el día, las mujeres y los niños en el hogar y por la noche toda la familia agradablemente reunida.

En esa época se desarrolló una solemnidad magnífica, la última de esa especie que vio Francia. Fue la ceremonia de los funerales de Luis XVIII, en Saint Denis. Luis XVIII murió y la restauración borbónica quedó en pie, pues le sucedió Carlos X. El partido liberal recibió a éste con benevolencia natural o simulada. La nación entera llevó luto por la muerte del monarca. Cosa extraña: ese luto fue usado espontáneamente como una moda y, después de haber luchado yo contra lo que me parecía una hipocresía o una adulación, me plegué a él para no quedar como una mancha de color en medio de las otras mujeres vestidas de negro. Las que me rodeaban pertenecían todas a la oposición bonapartista o liberal y, sin embargo, riéndose llevaban esas ropas fúnebres diciendo que el negro sentaba bien y que de no usarlo pareceríamos provincianas o almaceneras.

Ninguno de nosotros había tomado la precaución de conseguir entradas para la ceremonia. No deseábamos soportar la espera y el cansancio propios de estas grandes solemnidades. Pero la víspera de tal día por la noche a la señora Richardot se le ocurrió que podríamos ver el espectáculo. Todos nos decidimos y a las siete de la mañana siguiente partimos en grupo. La señora Richardot se presentó resueltamente a los oficiales de la guardia y pidió un lugar para ella y sus acompañantes. Tuvimos la suerte de que al oficial le causara gracia el ver nuestro grupo y que nos colocara.

El espectáculo era terrible. Las paredes estaban tapizadas de negro y sobre este color se destacaban infinitas velas encendidas. En la nave central del templo un haz luminoso enorme cegaba la vista. La hermosa arquitectura de la basílica estaba completamente perdida bajo los drapeados; las profusión de luces deslumbraba. Se necesitaban dos horas por lo menos para acostumbrarse a la oscilación de las luces sobre el terciopelo opaco. Una persona dijo a mi lado: «Esto no es hermoso, es horrible. Parece el infierno o un

templo de brujos.»

Una música admirable se oía como en sordina. La ceremonia era inacabable. La oración fúnebre, pronunciada en voz muy tenue, no fue oída por nadie. No sé qué antífona, cantada alrededor de un prelado sentido a quien dos levitas sacaban y ponían su mitra a cada versículo, duró dos horas y me pareció la broma más pesada a que una persona podía resignarse. Luego llegaron todos los príncipes de la familia real con trajes de luto en color violeta que recordaban a los de los últimos Valois. Dejaron sus lugares, volvieron a ellos, hicieron grandes reverencias, pusieron una rodilla sobre almohadones y saludaron al rey muerto y al nuevo rey. Pero todo eso en una pantomima tan enigmática que hubiéramos necesitado un cicerone que explicara el sentido de cada uno de esos movimientos. Ese día vi por primera vez a Luis Felipe, entonces duque de Orleans. Aún tenía aspecto joven, y parecía más porque los demás principes eran viejos, de andar inseguro y parecían incómodos dentro de sus uniformes. El duque de Orleans se movía con soltura. Parecía haber ensayado sus movimientos, pues se desenvolvió con elegancia. A mi alrededor algunas personas lo ponderaron y otras criticaban su aspecto audaz y burlón. Por último, llegó el momento verdaderamente dramático; es decir cuando el enorme ataúd de plomo fue bajado a la bóveda abierta. Las cuerdas se rompieron y los guardias de corps que lo llevaban casi fueron arrastrados y aplastados. Por fin a las cuatro de la tarde pudimos salir de la iglesia, en la que habíamos entrado a las ocho de la mañana. Nunca me pareció más hermosa la luz del día y la sensación de aire puro.

Al promediar el invierno, quedamos solos en Ormesson, porque las demás familias se habían ido a París. A pesar de la soledad yo me quedé muy conforme.

Mauricio se desarrollaba muy bien y corría a mi alrededor. Allí leí los *Ensayos* de Montaigne, cuyo excepticismo no me pareció peligroso ni amargo. Enseña siempre. Da sin predicar el amor de la sabiduría, la razón de la indulgencia para los demás. Su cinismo inspira afición a la castidad y sus dudas despiertan la necesidad de la fe. Su obra, como todo producto que sale de una hermosa inteligencia, provoca una reflexión sana y serena.

Dejé este lugar con pena cuando mi marido resolvió que nos

instaláramos en París. Tomamos un departamento pequeño, pero agradable, cerca de los jardines, en la calle Faubourg-Saint-Honoré. Allí recibimos a nuestros amigos y nuestro ambiente fue bastante agradable. Con todo, volví a sentirme triste de una tristeza tal vez enfermiza. Estaba muy cansada y debilitada después de haber alimentado a mi hijo. Me dije que tal vez el enfriamiento de mi fe religiosa causaba esa tristeza. Fui a visitar al abate Premord.

Conversamos largo tiempo. Me aconsejó que pasara algunos días en mi convento. Mi marido y la madre Eugenia me lo permitieron y entré en Las Inglesas.

Dudevant no era piadoso; pero estaba de acuerdo en que yo lo fuera.

En mi convento, y como realmente estaba algo enferma, me rodearon de cuidados maternales. Esa bondad, esas delicadas atenciones me recordaban una dicha pasada y me hacían parecer el presente vacío y el porvenir espantoso. Vagaba por los claustros, con el corazón deshecho. Me preguntaba si no había luchado contra mi vocación cuando dejé ese asilo de silencio. Entré en la iglesia donde había experimentado mis primeras emociones religiosas. Trataba también de ver el lado sombrío de la vida monástica para que, por contraste, se presentaran a mi espíritu los halagos de la libertad. Con todo me parecía que extrañaba esa vida de comunidad.

Mi querida madre Alicia trató de disipar mis lúgubres ideas: «Tiene usted un hijo encantador, decía; es todo lo que usted necesita para su dicha en este mundo. La vida es corta.»

Sí, la vida apacible es corta. Cincuenta años pasan como un día para el sueño del alma; pero la vida de emociones y de acontecimientos reúne en un día siglos de malestar y de dolor.

Durante varios días llevé al niño al convento. La madre Alicia lo llamaba orgullosamente su nieto. Hubiera querido pasar en el convento toda la cuarentena; pero una palabra de sor Elena me hizo salir de allí. Esta querida monja estaba mucho más vigorosa, tanto física como moralmente, que las otras. Se había tornado bastante ruda y su afán de proselitismo se manifestaba con brusquedad. Me reprochó mi dicha terrestre y como yo le mostrara a mi hijo para contestarle, lo miró desdeñosamente y me dijo en inglés, con estilo bíblico: «Todo es decepción y vanidad, fuera del amor de Dios. Este

niño tan precioso no tiene más que un soplo de vida. Poner su corazón en él es escribir sobre la arena.»

Le hice observar que mi niño tenía aspecto de salud. Entonces me contestó: «¡Bah, está demasiado rosado, seguramente está tísico!»

En ese momento el niño tosió un poco, me impresionaron las palabras de Sor Elena y sentí contra ella, después de haberla admirado tanto, una súbita repulsión. Llevé a mi hijo a casa y pasé la noche velando su sueño, escuchando su respiración y atormentándome por sus lindos colores.

A la mañana siguiente llegó el médico, lo encontró muy sano y me dijo que no debía cuidarlo tanto. Sin embargo, el miedo que había experimentado me quitó el deseo de volver al convento. Regresé allí para despedirme y agradecer la hospitalidad que me habían brindado.

Capítulo LII

En París me vi con Clotilde y con varias amigas mías del convento. Las que más frecuentaba eran Aimée y Jane. Estaban muy tristes, porque acababan de perder a su hermana Chérie. Aimée estaba bastante enferma. Jane, mi amiga predilecta, suave, seria y austera, era para mí el prototipo de la verdadera santa. Como debían ir a los Pirineos en junio y nosotros nos trasladaríamos hasta la casa de mi suegro en Nerac, convinimos en que pasarían unos días en Nohant. El coronel Dudevant estaba en París con su mujer. Mi suegro era el mejor de los hombres. Comíamos a menudo en su casa, con Deschartres, a quien el viejo coronel gustaba dar bromas. Lo trataba de «jesuíta», mientras Deschartres lo apodaba «jacobino», epítetos éstos tan poco merecidos de uno como de otro.

Deschartres tenía un departamento en la plaza Royal. Parecía disfrutar de cierto bienestar. Nos hablaba de ciertos pequeños negocios que le habían fracasado, pero en provecho de uno más grande cuyo éxito era infalible. Estaba cansado de los trabajos agrícolas. Quería comprar y vender. Había trabado relaciones con personas muy hábiles, según él. Hacía proyectos, cálculos y, cosa rara, él, que no aceptaba opiniones ajenas, había otorgado su confianza y prestaba su dinero a desconocidos. Mi suegro le decía a menudo:

—Señor Deschartres: usted es un soñador; tenga cuidado porque lo engañarán.

Deschartres amaba mucho a Mauricio, que era muy mimado por el coronel.

En la primavera de 1825 regresamos a Nohant. Tres meses transcurrieron sin que Deschartres me diera noticias suyas. Asombrada ante este silencio pedí informes en la plaza Royal.

El pobre Deschartres había muerto. Toda su fortuna había desaparecido en malos negocios. Había guardado completo silencio

hasta su última hora. Nadie sabía nada de él y nadie lo había visto desde hacía mucho tiempo. Había legado sus muebles y demás efectos a una planchadora que lo había cuidado con abnegación. No dejó un recuerdo, ni una queja, ni un adiós a nadie. Desapareció llevando el secreto de su ambición defraudada o de su confianza traicionada.

Su muerte me afectó más de lo que puedo decir. Mi hermano, que lo había odiado como a un tirano, lamentó su muerte, pero no lo lloró. Mi madre no lo perdonó, ni al saber que estaba en la tumba.

En fin, con excepción de dos o tres campesinos, a quienes había salvado generosamente la vida, únicamente yo lloré la muerte del *gran hombre.* Con él se iba una buena porción de mi vida, todos los recuerdos de mi infancia, agradables o tristes; todo el estimulante, ya enojoso, ya amable, de mi desarrollo intelectual. Después de su muerte me sentí más huérfana que antes.

Es hora de que hable de mi hermano, quien ya me tenía muy preocupada y que vivía por temporadas en mi casa, en La Chatre y en París. Se había casado poco tiempo después que yo, con Emilie de Villeneuve, persona excelente y relativamente rica, quien poseía una casa en París y debía heredar pronto tierras vecinas a las nuestras. No administraba muy bien su fortuna, porque se había enviciado con la bebida. Ese vicio provocó la anulación de una inteligencia noble, de un corazón bueno y de un carácter amable, virtudes que se destacaban en mi hermano. Se parecía, moral y físicamente, mucho a nuestro padre; pero a la edad de treinta años ese parecido se fue esfumando a consecuencia de su vicio.

Mi hermano y su mujer tenían una hijita más o menos de la edad de Mauricio. La dejaban a mi cargo durante largas temporadas, cuando ellos debían estar, por cuestiones de negocios en París. Leontina, éste era el nombre de la niña, se crió casi con Mauricio.

A mediados de 1825 partimos en viaje para el Mediodía. He conservado fragmentos del diario que escribí en esa época y que sirve de guía para mis recuerdos. Algunas páginas del mismo demuestran cuál era mi estado de espíritu en ese entonces.

«5 de julio 1825. Viaje a los Pirineos.

»Dentro de diez minutos habré dejado Nohant. Lo único que me apena realmente es dejar aquí a mi hermano. ¡Cómo se ha enfriado nuestra antigua amistad!

»¡Se ríe; está alegre a la hora de mi partida! ¡Adiós; Nohant, tal vez no te volveré a ver!…»

«Chalus.

»… He tomado buenas resoluciones para el viaje: no me impacientaré por los gritos de Mauricio, ni por lo largo del viaje, ni por el malhumor de *mi amigo.»*

«Perigueux.

»… Esta ciudad me parece agradable aunque estoy tristísima. He llorado mucho mientras caminaba; mas, ¿de qué sirven las lágrimas? Debo acostumbrarme a tener la muerte en el alma y la risa en los labios…»

«… Hermoso cielo, aguas vivas, construcciones raras hechas con enormes guijarros.»

«Tarbes es muy lindo, pero mi marido está siempre de mal talante. Se aburre en viaje, ya quisiera haber llegado.

»Por fin, entramos en los Pirineos. Me sentí ahogada por la sorpresa y la admiración. He soñado siempre con las altas montañas. Había guardado de éstas un recuerdo confuso. No concebía la altura de estas masas enormes que tocan las nubes y la variedad adorable de los detalles que presentan. Unas son fértiles y cultivadas hasta su cima; otras están desprovistas de vegetación, pero en cambio cubiertas de rocas formidables, colocadas en desorden como después de un cataclismo universal.

»Al llegar a Cauterets divisé a Jane y Aimée en una ventana. Un instante después nos abrazábamos efusivamente. Nos reservaron un cuarto al lado del suyo. Los departamentos son de una simplicidad

primitiva.

»El pueblo está todo construido en mármol bruto y los arroyos son cristalinos.

»… El señor caza con pasión, mata gamuzas y águilas, se levanta a las dos de la mañana y regresa a la noche. Su mujer se queja; no prevé que puede llegar la época en que ella se alegrará de estas salidas…»

«Creo que la ausencia forzosa debe ser un estimulante para el afecto, pero que la ausencia buscada apasionadamente por uno de los cónyuges significa una gran lección de filosofía y de modestia para el otro. Hermosa lección sin duda pero ¡cuánto aleja a uno de otro!

»El casamiento es hermoso para los amantes y útil para los santos. Fuera de los santos y de los amantes hay una cantidad de personas normales y de corazones apacibles que no conocen el amor y que no pueden llegar a la santidad.

»El casamiento es el objeto supremo del amor. Cuando el amor desaparece, queda el sacrificio. Muy bien para quien comprende el sacrificio. Eso supone ciertos sentimientos y cierta inteligencia que no se encuentran por doquier.

»Tal vez no hay término medio entre la santidad y la insensibilidad. Sí, existe un término medio: la desesperación.

»Mauricio está enfermo y yo me siento enferma. No puedo divertirme.»

«Mauricio ha sanado, vuelvo a estar contenta. Mi marido arregla una excursión hasta Gavarnie con la familia Levoy. Deseo tomar parte en ella; luego no. Por último sí.»

«Me han criticado porque salgo sin mi marido. Creo que no tienen razón, puesto que él ha tomado esa iniciativa y yo voy donde él quiere.»

«De Cauterets a Luz, el trayecto es hermoso. El paisaje es más sombrío, más desgarrador y más aterrador que otros lugares que ya he visto. El precipicio del puente del Enfer da vértigos. Es un torrente espantoso que al precipitarse rueda sobre sí mismo con loca alegría.

»El Marborée es algo indescriptible. Una muralla de hielo, de nieve, de rocas enormes rodean una planicie donde una cascada cae con enorme fuerza. Se ven puentes de nieve sobre los cuales pasan caravanas de pastores y de rebaños. Mi marido es de los más intrépidos. Va por todos lados y yo lo sigo. Se da la vuelta y me regaña. Dice que quiero hacerme la interesante. Ni he pensado en ello.

»No hay refugio y debemos hacer siete leguas sobre una cornisa, de dos o tres pies de ancho, donde los caballos deben andar con todo cuidado, porque es de noche. En cuanto el sol baja se deja sentir un frío mortal. Yo quería volver a Cauterets esa misma noche. No quería dejar a Mauricio convaleciente, dos noches seguidas con su niñera. Había alquilado por la mañana un caballo de repuesto en Luz. Con otra señorita de la caravana inicié el regreso. Dejamos a los guías y a los demás atrás. Franqueamos al galope pasos peligrosísimos. Llegamos al lugar llamado Chaos media hora antes que los demás. Salimos nuevamente al galope cuando oímos llegar la caravana. Cambié de caballo en Saint-Sauveur, y llegué a Cauterets a la noche, después de haber recorrido treinta y seis leguas. Mauricio dormía como un ángel.»

«Nos visitamos con algunas personas. Es absurdo, puesto que no nos volveremos a ver con ellas. Nos visitó la princesa de Condé, viuda del duque de Enghien.»

«El general Foy está aquí. Se encuentra muy enfermo. Lo he encontrado solo, pálido, triste, abatido, Dicen que morirá pronto.»

«Un sabio, Magendie, acaba de explotar las montañas por el lado de Mallet. Casi se ha muerto de frío en el camino.

»El puente de España, la caída de Cerizey, el lago de Gaube, el glaciar de Vignemale, ¡qué hermosuras! Deberíamos poder estar un mes en cada uno de estos lugares. Todo esto es tan hermoso, tan atrayente, conmueve tanto, que uno se queda como loco o mareado al contemplar uno de esos paisajes por primera vez.»

Dejamos Cauterets a fines de agosto. Algunos bañistas se iban ya. Otros turistas, al igual que yo, se encantaban al ver que la naturaleza se oscurecía y se velaba cuando todavía podían saborearla. Los habitantes del lugar bajaban de las altas cimas con sus rebaños y retornaban al llano.

Asistíamos a un espectáculo pintoresco viendo pasar continuamente esos hombres y esos animales salvajes. Los robustos pastores, bronceados por el sol y más parecidos a los árabes que a los franceses, caminaban por grupos dentro de sus pintorescos trajes, acompañados por caballos pequeños o mulos que llevaban sus enseres, es decir, frazadas, cuerdas, cadenas y esas grandes vasijas de cobre brillante donde trabajaban la leche. Detrás de ellos seguían los rebaños en los cuales se mezclaban vacas, corderos, cabras y burros. Un buen número de animales había nacido durante esa temporada en la montaña y se asustaban al atravesar los caseríos. Era peligroso encontrarse al paso de los mismos por una de esas calles estrechas. En los flancos de las caravanas corrían grandes perros de los Pirineos, tipos primitivos, dicen, de la raza canina, animales espléndidos, que, a semejanza de los toros de raza, tienen la cabeza, el cogote y las espaldas desproporcionadas con respecto a la parte posterior, que parece hecha para correr carreras.

Quisimos ver Bagneres-de-Bigorre antes de dejar las montañas. Al salir de las quebradas y de las cimas medianas de la cadena pirenaica nos encontramos con el verano ardiente de las faldas de las montañas y de los amplios valles. El calor era insoportable en Bagneres, ciudad de placer. Muchos ingleses, residencias opulentas, exhibiciones de caballos y de carruajes de lujo; fiestas, espectáculos y mucho ruido. Allí ya no me encontraba a gusto. Pasamos pocos días, aunque Mauricio estaba muy contento con ese hermoso sol y con tanto movimiento. Antes de tomar el camino de Nerac, hicimos una excursión muy interesante mi marido, yo y uno de nuestros

amigos, que había oído hablar de los espeluncas o «spelonques» de Lourdes.

Era un aventura difícil y decidimos realizarla. Llegamos a Lourdes a caballo, almorzamos allí luego tomamos un guía y nos internamos en el laberinto de las cavernas de este lugar tan justamente renombrado.

La entrada no era atrayente. Debíamos arrastrarnos uno tras otro bajo las rocas y este encierro de un instante en las tinieblas tenía algo de aterrador para el espíritu. Sin embargo, un paseo de varias horas por ese mundo subterráneo fue encantador. Galerías ya estrechas, asfixiantes, ya enormes a la luz de las antorchas, torrentes invisibles que rugían dentro de las profundas entrañas de la tierra, salas caprichosamente superpuestas, pozos sin fondo, es decir, abismos perdidos en precipicios impenetrables, era todo lo que nos rodeaba.

Era éste un viaje para la imaginación, terrible para el cuerpo; pero no pensábamos en eso. Queríamos penetrar por todos lados, descubrir siempre.

Estábamos un poco inconscientes y el guía amenazaba abandonarnos. Caminábamos sobre cornisas situadas sobre abismos, que hacían pensar en el infierno de Dante y quisimos bajar a uno de ellos.

Mis compañeros se hundieron resueltamente en él, caminando sobre las salientes de las rocas. Los seguí atada con una cuerda que hicimos con nuestros pañuelos anudados. Pronto debimos detenernos porque no encontrábamos apoyo para nuestros pies y las sogas que llevábamos no eran suficientes.

De Bagneres pasamos a Nerac. No recuerdo nada de este viaje porque atravesé esta región con el recuerdo de los Pirineos. Estas montañas me habían exaltado y mareado enormemente y debía tener sus paisajes en mi mente durante muchos años.

Capítulo LIII

Guillery, el castillo de mi suegro, era bastante parecido a una de las hosterías de los alrededores de París; estaba muy modestamente amueblado, como ocurre con todas las quintas del Mediodía. Con todo, la casa era agradable y bastante cómoda. La región me pareció primeramente desprovista de atractivos, mas pronto me acostumbré a ella. A la llegada del invierno, que es la época más agradable de esta región de arenas ardientes, los bosques de pinos y de robles tomaron bajo los líquenes un aspecto druídico mientras que el suelo endurecido y refrescado de las lluvias, se cubría de una vegetación temprana que debía desaparecer con la primavera. Las retamas espinosas florecieron, las violetas se extendieron por los montes, los lobos aullaron, las liebres saltaron, «Colette» llegó de Nohant y los cuernos de caza resonaron por el bosque. Las cacerías me atrajeron mucho. Se realizaban sin lujo, sin vanidosa exhibición de caballos y de trajes. Los amigos y vecinos llegaban la víspera; pronto se mandaba tapar el mayor número de madrigueras; salíamos con el día, montados sobre caballos que eran buenos corredores. Las caídas eran inevitables en esos terrenos atravesados por raíces ocultas por la arena. La caza se iniciaba con cualquier clase de tiempo. Buenos campesinos de los alrededores, excelentes cazadores, traían sus jaurías. Los cazadores éramos muy numerosos, pero como los bosques son enormes, yo podía desligarme de los demás y alejarme de ellos sin temor de perderme; trataba siempre de estar a una distancia conveniente para escuchar la fanfarra que Peyrounine, uno de los campesinos, soplaba a sus perros.

Mi suegro estaba siempre alegre y bien dispuesto. Con gusto hubiera pasado mi vida al lado de este amable anciano y estoy segura de que ningún disgusto doméstico hubiera ocurrido en esas condiciones. Desgraciadamente estaba condenada a perder a todos mis protectores y ése debía desaparecer pronto.

Los gascones son personas excelentes. Tienen ingenio, poca instrucción, mucha pereza, bondad, liberalidad, buenos sentimientos y valor.

Los campesinos, cuyo idioma empecé a entender a fines de mi permanencia allí, me parecieron más felices y más independientes que los de mi región. Casi todos disfrutan de cierto desahogo pecuniario.

La casa de mi suegro, pobre aparentemente, en cuestión cocinera era una abadía de Theleme de donde nadie salía, fuera noble o villano, sin haber aumentado bastante en peso. A mí, sin embargo, ese régimen no me sentaba. Las salsas con grasa que se comían allí me envenenaban y más de una vez al volver de las cacerías con un apetito terrible, debía abstenerme de comer. Adelgazaba y desmejoraba muchísimo. En el otoño, fuimos mi marido y yo hasta Burdeos y de allí pasamos a La Brede, donde la familia de Zoé (con quien me había hecho amiga en Cauterets) tenía una casa de campo. Allí experimenté un disgusto muy grande, del cual me salvó esta inapreciable amiga con su elocuencia y su valor. Sus palabras tuvieron influencia durante varios años en mi conciencia, tanto que disfruté de un equilibrio mental que en vano había buscado durante largo tiempo. Regresé a Guillery cansadísima, pero serena, después de haber paseado bajo los robles plantados por Montesquieu.

Habíamos ido a Burdeos por el Garona. A la vuelta hicimos el trayecto de un modo más rápido, porque yo no soportaba estar varios días separada de Mauricio. Me acometían terrores inmotivados y presentimientos absurdos. Recuerdo que una noche, luego de haber comido en la casa de unos amigos, en La Chatre, imaginé que Nohant ardía y veía a Mauricio en medio de las llamas. Para que no se rieran de mi ridiculez no dije nada, pero pedí mi caballo, partí rápidamente y llegué a Nohant tan convencida de mi sueño, que no me parecía posible que la casa estuviera en las condiciones en que yo la había dejado.

Regresamos, pues, de Burdeos por tierra. Llegamos a Castel-Jaloux a medianoche; allí nuestro criado nos esperaba con los caballos. Debíamos hacer cuatro leguas por un camino detestable, en una noche oscurísima y a través de un enorme bosque de pinos. Los lobos nos seguían tranquilamente en las tinieblas. Mi marido, que se había dado cuenta de su presencia, me dijo que sujetara bien

a «Colette» para que no se asustara y que tuviera cuidado de no dormirme. En la oscuridad vi brillar los ojos de los lobos a mi derecha y a mi izquierda. Llegamos a casa a las cuatro de la mañana, felizmente sin tropiezo.

Ese invierno fue muy crudo en Guillery, el Garona se desbordó. Algunos días quedamos bloqueados; los lobos hambrientos se hicieron muy audaces y hubo noches que aullaron bajo las ventanas de nuestra casa. Uno de ellos, una vez se pasó la noche royendo la puerta de nuestro departamento, que estaba a nivel del suelo. Las personas del lugar están acostumbradas a estos casos, pues permanecen muy tranquilas. Mi marido, que los oyó, se durmió muy tranquilo y yo leí mientras el lobo se entretenía con la puerta.

A pesar de los lobos, nuestra permanencia en ese lugar fue muy agradable. Lo único que me asustaba en estos bosques eran los rebaños innumerables de cerdos que vagaban gruñendo en busca de bellotas.

Terminamos el invierno en Burdeos, donde nos encontramos con nuestros agradables amigos de Cauterets y donde trabé relación con mis tíos, tías, primos y primas por parte de mi marido. Estas personas me recibieron con mucho afecto. Todos los días me veía con mi querida Zoé. Un día que había ido a su casa sin Mauricio, mi marido, muy pálido, entró bruscamente diciendo:

—¡Ha muerto!

Creía que era Mauricio y caí de rodillas. Zoé, que comprendió y oyó lo que mi marido decía, me gritó pronto:

—No; es su suegro.

Las entrañas maternales son terribles; experimenté por un segundo gran alegría. Sin embargo, amaba sinceramente a mi viejo papá y lloré con amargura.

El mismo día salimos para Guillery y pasamos una temporada al lado de la señora Dudevant. La encontramos en la habitación donde dos días antes había muerto su marido. Abracé con verdadera efusión de la señora Dudevant y lloré tanto todo el día a su lado, que no llegué a darme cuenta de que ella tenía los ojos secos y aspecto tranquilo. Esta señora era una persona demasiado fría. Había amado a su marido y lamentaba su pérdida, pero era de la misma naturaleza que el corcho; su piel era demasiado dura y la preservaba del contacto con las cosas exteriores. A primera vista

parecía amable, pero no tenía cariño por nadie y se interesaba únicamente por ella misma.

Esta pobre mujer me hizo todo el mal que pudo; sin embargo, la compadecí siempre. Me parece digna de toda compasión la existencia de una persona rica, sin descendientes, que se cree atendida y rodeada por interés.

Cierto tiempo después nos instalamos en Nohant, y desde entonces hasta 1831 salí muy poco de allí.

Esta actitud parecía la más conveniente: vivir modestamente en casa, de acuerdo con nuestra situación pecuniaria. Sin embargo, para la dicha de mi hogar hubiéramos debido continuar nuestra vida nómada y estar siempre rodeados de numerosas relaciones.

Nohant es un retiro austero en sí mismo. Su aspecto es más alegre y elegante que el de Guillery; pero, en realidad, es más solitario y está más impregnado de melancolía. El berrichón es por naturaleza tranquilo. Cuando por excepción es de temperamento vivaz sale de su tierra, porque ve que es imposible agitar el ambiente a su alrededor; y si permanece en ella, se dedica a la bebida y al libertinaje, pero de un modo triste, como los ingleses, cuya sangre se ha mezclado más de lo que se cree con la de los habitantes del Berry. El ambiente de este lugar era tan lúgubre, que mi marido quedó sorprendido y asustado por el silencio que reina en los campos en cuanto el sol declina. Mi marido no había nacido para el estudio y la meditación. Su madre era española y su padre descendía del escocés Law. La reflexión lo irritaba.

El buen James y su excelente mujer, mi querida mamá Ángela, pasaron dos o tres meses con nosotros. Luego llegó la señora Saint-Angnan, con sus hijas. Vinieron también los Malus.

En 1827 pasamos quince días en las aguas de
Mont-d'Or.
Mauricio vino con nosotros. Estaba bastante grandecito y empezaba a gustar de la naturaleza. Auvernia me pareció un lugar adorable. Tenía la frescura, las hermosas aguas y los rincones encantadores de los Pirineos. Las cascadas son más dulces y armoniosas que en los Pirineos y el suelo está cubierto de hermosas flores.

Úrsula estuvo en mi casa en calidad de ama de llaves. Esa situación no pudo durar por la incompatibilidad de caracteres entre ella y mi marido. Quedó un poco resentida conmigo, porque no me

puse manifiestamente de parte suya. Pronto reconoció que yo no había podido obrar en otra forma y reanudamos nuestra amistad que no volvió a enfriarse nunca más. Se casó en La Chatre con un hombre excelente y es ahora la única persona con quien puedo recordar toda mi vida, desde mi primera infancia hasta el medio siglo.

Las elecciones de 1827 destacaron un movimiento de oposición muy notable y muy general en Francia. El odio despertado por el ministerio Villele produjo una fusión definitiva entre los liberales y los bonapartistas.

Mi primo Augusto de Villeneuve vino a votar a La Chatre, y sus opiniones estuvieron de acuerdo con las de mi marido y los amigos de éste y todos votaron a Duris-Dufresne.

Este señor Duris-Defresne, cuñado del general Bertrand, era republicano del antiguo cuño. Era un hombre recto, de buenos sentimientos y amable. Yo simpatizaba con este personaje de otra época, representante de la elegancia del Directorio, con ideas y costumbres laconianas. Era un *jacobino* muy sociable.

Como mi marido se ocupaba mucho de política, en esta época estaba casi siempre en La Chatre. Deseaba que tuviéramos una casa allí y alquilamos una, donde dimos bailes y reuniones que continuaron después del nombramiento del señor Duris-Dufresne. Estas reuniones dieron lugar a un escándalo muy cómico. En La Chatre había dos o tres clases sociales que jamás habían estado mezcladas en las fiestas. Las distinciones entre ellas eran muy arbitrarias y sus límites muy difíciles de percibir para quien no conocía la ciudad a fondo. Yo estaba muy ligada con el joven matrimonio de Perigny. Ellos también debieron abrir sus salones y convinimos simplificar los detalles de las invitaciones sirviéndonos de la misma lista. Les pasé la mía, donde había inscrito gran número de personas a quienes no conocía mucho y que pertenecían a las tres clases de la sociedad de La Chatre. Cuando se vieron todos juntos en la fiesta, se produjeron violentos incidentes y los personajes de la alta sociedad se sintieron indignados al encontrarse en presencia de sus inferiores.

Las personas más distinguidas del lugar juraron no concurrir mas a mis reuniones. Perigny se abstuvo de dar fiestas. Yo, en cambio, aumenté para otra fiesta el número de las invitaciones de la

segunda sociedad. Daba así una buena lección a los que me habían despreciado. Hubo tanta concurrencia y la confusión fue tal, que las señoras de las dos clases sociales que estaban allí debieron darse la mano para la figura de la contradanza que se llama molinete. Yo me burlé de las personas más distinguidas, agradeciéndoles que hubieran venido a mi casa siendo yo de la tercera sociedad.

Mis palabras no agradaron, pero no por eso dejaron de comer los bocados que había ni dejaron de beber el champaña de la insurrección.

En el mes de septiembre de 1828 nació, en Nohant, mi hija Solange. El médico llegó cuando yo ya dormía y mi hija estaba muy bien arreglada dentro de sus atavíos de recién nacida. Yo había deseado mucho tener una hija, y, sin embargo, estaba intranquila porque la niñita había nacido antes de tiempo a consecuencia de un susto que experimenté la noche antes. Mi sobrinita Leontina había tenido una pesadilla y gritó tanto llamando a su madre, que yo creí que se había matado al caer por la escalera.

Mi hermano tuvo gran alegría cuando vio que mi hija había nacido sin inconvenientes, pues había estado muy preocupado por mi susto del día anterior. Pasé el invierno siguiente en Nohant. En la primavera de 1829 fuimos a Burdeos con mi marido y mis dos hijos. Hasta 1831 viví casi continuamente en Nohant. Hice algunas escapadas a París y realicé un viaje a Perigueux. Hasta entonces, a pesar de algunos disgustos serios, mi salud moral había estado bastante bien. Desde ese momento quedó destruido el equilibrio entre las penas y las satisfacciones. Sentí la necesidad de tomar una determinación. Mi marido consintió en ella y me fui a vivir a París con mi hija, mediante un convenio que me permitía dividir mi tiempo cada tres meses entre París y Nohant. Mauricio quedó una temporada en Nohant bajo la vigilancia de un preceptor, que hacía ya dos años que estaba con nosotros y que fue desde entonces uno de mis amigos más seguros y más perfectos. No era únicamente el preceptor de mi hijo; era un compañero, un hermano mayor, casi una madre. Con todo me era imposible estar separada largo tiempo de Mauricio; por eso la mitad del año la pasaba a su lado. He esbozado rápidamente estos años de retiro y de aparente inacción. No es que los recuerde, siendo que mi personalidad estuvo tan anulada y mi voluntad vivió tan interiormente, que tan sólo podría

contar la historia de los que me rodeaban, cosa que no me creo autorizada a hacer, sobre todo con respecto a ciertas personas. Para resumir el resultado de esos años, sobre mi vida posterior diré cómo era yo, en el invierno de 1831, cuando llegué a París con la intención de escribir.

Capítulo LIV

Había vivido enormemente durante estos pocos años. Me parecía haber vivido cien años bajo la obsesión de una misma idea, de tan cansada que me sentía, por mi hogar sin intimidad y por mi soledad tan absoluta, a pesar del ruido que me rodeaba. Sin duda no tenía por qué quejarme de ningún mal proceder directo contra mí. Aun me respetaban mi pobre hermano y aquellos que se dejaron llevar por él al vicio de la bebida. Yo, por mi parte, había tratado de tolerarlos lo más posible.

Mi soledad moral era profunda, absoluta.

Un ser ausente, con el cual me entretenía sin cesar, fue mi sostén y mi consuelo durante esta época de confinamiento del mundo y de la realidad. Este ser que era el centro de todas mis reflexiones, de todos mis sueños, de todo mi platónico entusiasmo, era un hombre, en fin, a quien veía algunos días, algunas horas a veces, en el transcurso de un año; era un ser excelente en realidad, pero a quien yo adornaba con perfecciones que no existen en la naturaleza humana.

Mi religión continuó siendo la misma; nunca cambió en el fondo. Algunos santurrones me juzgaron en otra forma y me declararon sin principios religiosos, en cuanto empecé mi carrera literaria, porque me permití mirar de frente instituciones puramente humanas en las cuales les convenía hacer intervenir la divinidad. Ciertos políticos me han tildado de atea, con respecto a sus dogmas estrechos y variables.

No es indispensable, además, para la salvación de la humanidad, que yo haya encontrado o perdido el camino de la verdad. Entrar en la discusión de las formas religiosas, es un asunto de culto interior que no corresponde a este relato. No tengo por qué decir cómo me aparté día a día de las formas religiosas, cómo traté de admitirlas para satisfacer mi lógica natural y cómo las abandoné franca y

definitivamente el día en que mi misma lógica me ordenó hacerlo. Lo que me preocupaba era la búsqueda entusiasta o melancólica de las relaciones que deben existir entre el alma individual y el alma universal que llamamos Dios.

Durante largo tiempo me incomodó la costumbre de rezar. Cuando la idea de Dios se agrandó y se completó en mi alma, cuando comprendí qué era lo que tenía que decir a Dios, qué debía agradecerle, qué debía pedirle, encontré nuevamente mi efusión, mis lágrimas, mi entusiasmo y mi confianza. Entonces encerré mi fe religiosa dentro de mí, como un misterio, y no queriendo discutirla, la dejé discutir por los demás sin escuchar, sin tomar parte jamás en esas discusiones.

Llegaba, pues, a París con ideas muy determinadas sobre las cosas abstractas, pero con una gran indiferencia y una completa ignorancia de las cosas de la vida práctica y de la realidad.

El ser ausente, casi podría decir el *invisible,* del que había hecho el tercer término de mi existencia (Dios, él y yo), estaba cansado de esta aspiración sobrehumana al amor sublime. Siendo un ser de gran generosidad y ternura, sus cartas se hacían más espaciadas. Sus pasiones necesitaban otro alimento, además de la amistad entusiasta y la vida epistolar. Me había hecho un juramento, que había cumplido al pie de la letra y sin el cual yo hubiese roto con él; pero no me había jurado nada restrictivo con respecto a las alegrías o a los goces que podía encontrar fuera de mí. Me di cuenta de que me transformaba para él en una cadena terrible o que no le servía más que de expansión espiritual. Me inclinaba a creer demasiado en esto último y supe más tarde que me había equivocado. Con todo me alegré siempre de haber dejado de violentar su corazón y de no ser más una molestia en su vida. Durante mucho tiempo lo amé en silencio. Luego pensé en él con serenidad, con agradecimiento, y continúo recordándolo con gran efecto. No hubo explicaciones ni reproches en cuanto tomé mi determinación. ¿De qué me hubiera quejado? ¿Qué podía yo exigir? ¿Por qué tenía yo que atormentar esa alma buena y hermosa, malograr esa vida llena de provenir?

No se debe disputar la posesión de un alma. Se debe dar al hombre su libertad, al alma su impulso y a Dios la luz que emana de Él. Cuando ese renunciamiento tranquilo, irrevocable, ocurrió, traté

de continuar mi régimen de vida, que exteriormente no había sido modificado por nada; pero fue imposible.

En esa época yo ocupaba en Nohant el antiguo cuarto de vestir de mi abuela, porque no tenía más que una puerta y porque nadie tenía pretextos para pasar por allí. Mis dos hijos ocupaban el cuarto contiguo. Yo los oía respirar y podía quedar levantada hasta tarde sin molestar su sueño. Esta habitación era tan pequeña, que, con mis libros, mis herbarios, mis mariposas y mis piedras (me ocupaba siempre de historia natural, aunque no aprendía nada) no me quedaba lugar para una cama. La reemplacé por una hamaca. Allí también tenía una mesita en la que rondaba siempre un grillo, el cual se había acostumbrado tanto a mi presencia que vivía a mi lado. Comía sobre mi papel cuando yo escribía; otras veces caminaba tan al lado de mi pluma, que debía empujarlo para que no probara la tinta fresca. Luego se instalaba en uno de los cajones y desde allí cantaba. Una noche, al no verlo ni oírlo, lo busqué por todos lados. No encontré de él más que las dos patitas de atrás, entre la ventana y el marco de la misma. La sirviente lo aplastó al cerrar la ventana. Puse estos restos dentro de los pétalos de una flor y los guardé como reliquia durante mucho tiempo. Ese pueril incidente me impresionó por su coincidencia con el fin de mis poéticos amores.

La muerte del grillo marcó de un modo simbólico el fin de mi permanencia en Nohant. Traté de cambiar de modo de vivir; salí y realicé muchos paseos durante el otoño. Proyecté una novela que nunca vio la luz; porque me convencí de que nada valía, pero que podía hacer otras mejores y que no era peor que muchas otras que daban de comer a sus autores. Reconocí que escribía con facilidad, sin cansarme; que las ideas adormecidas en mi cerebro se despertaban y se encadenaban, por deducción, al correr de la pluma; que durante mi vida de recogimiento había observado y comprendido bien los caracteres que el azar había hecho pasar ante mí, y que, por consiguiente, conocía bastante la naturaleza humana para describirla; finalmente, que de todos los trabajos a los cuales podía dedicarme, la literatura era la que me ofrecía más perspectivas de éxito si la tomaba como profesión para ganarme la vida. Desde antes de mi casamiento había sentido que mi situación en la vida, mi pequeña fortuna, el no tener obligación de hacer

nada, mi pretendido derecho de mandar a cierto número de seres humanos, campesinos y criados, era contrario a mi gusto, a mi lógica y a mi modo de ser.

Esas ideas románticas fueron reemplazadas en los comienzos de mi vida de casada, por la voluntad de complacer a mi marido y ser la buena ama de casa que él deseaba. Mi marido no era inhumano, pero, cuando a fin de mes revisaba mis cuentas, salía de quicio y me aturdía diciéndome que mi renta no estaba de acuerdo con mi liberalidad y que era imposible seguir viviendo en Nohant en la forma en que lo hacíamos. Tenía razón; pero yo no podía reducir a lo estrictamente necesario la comodidad de los que yo gobernaba, y no podía rehusar lo indispensable a quienes pedían mi ayuda porque la necesitaban. Yo quería seguir los consejos que me daba, mas no sabía practicarlos. Era demasiado indulgente. Los que me conocían abusaban a menudo de mí.

Mi administración duró un año. Me habían dicho que no debía pasar de los diez mil francos; gasté catorce mil y me quedé tan mortificada como una criatura que ha cometido una falta. Ofrecí dejar la administración y mi ofrecimiento fue aceptado.

Renuncié también a una pensión de mil quinientos francos, asegurada por contrato de casamiento, para mis gastos de vestir. Desde esa época hasta 1831 no tuve ni un céntimo; no hacía el gasto más mínimo sin comunicárselo a mi marido, y cuando al cabo de nueve años le pedí que pagara mis deudas personales, éstas sumaban quinientos francos.

En medio de esta vida de religiosa que llevaba en Nohant, en la cual no faltaba ni la celda ni el voto de obediencia, ni el de silencio, ni el de pobreza, se hizo sentir, por fin, el deseo de existir por mí misma. Sufría al verme inútil. Como no podía ayudar de otro modo a los necesitados, me hice médico de campo y mi clientela gratuita había aumentado tanto que, después de atenderla, quedaba extenuada de cansancio. Por economía también me había hecho un poco farmacéutica y cuando regresaba de mis visitas a los enfermos, me dedicaba a preparar ungüentos y jarabes. Ese trabajo no me aburría. Total ¿qué diferencia tenía soñar mientras hacía eso u otra cosa? Pero comprendía que con un poco de dinero mío, mis enfermos estarían mejor cuidados.

Más de una vez había pensado de qué modo podría obtener yo

otros recursos, para destinarlos a una limosna, comprar un hermoso libro, realizar un viaje de una semana, comprar un regalo a una amiga pobre, y para tantas otras cosas de las cuales uno puede privarse, pero sin las cuales no se es ni hombre ni mujer, sino más bien ángel o tonto.

Había pensado que llegaría el momento en que no podría continuar en Nohant. Eso era debido a causas que yo veía agravarse de una manera amenazadora. Hubiera debido echar de allí a mi hermano, quien habiéndose empobrecido por mala administración de su fortuna, había venido a vivir a nuestra casa por razones de economía. Mi hermano poseía sentimientos generosos que se manifestaban cuando no se dejaba tentar por Baco.

No hay peor cosa que encontrarse ante ebrios ingeniosos y buenos. Uno no puede enojarse con ellos. A mi hermano el vino lo ponía sentimental y entonces debía yo encerrarme en mi cuarto para que no viniera a llorar a mi lado toda la noche. Eso las veces en que no había pasado de ciertas dosis, porque más allá de éstas se le despertaban impulsos asesinos, y deseaba ahorcar a sus mejores amigos. ¡Pobre Hipólito! ¡Qué encantador era en sus días buenos y qué insoportable en los malos! A pesar de todo yo prefería salir de mi casa antes de decirle que se fuera. Además, su pobre y excelente mujer vivía también con nosotros; tenía la suerte de poseer una salud tan delicada que pasaba más tiempo en la cama que levantada y tenía un sueño tan profundo que no se daba cuenta de lo que sucedía a su alrededor.

Pensando que algún día vería salir de allí y sustraer mis hijos a esas influencias perniciosas, segura de que me dejarían alejarme con tal de que no pidiera el reparto de los bienes que me correspondían, traté de ensayarme en algún oficio. Hice algunas traducciones; era tarea muy larga y ponía en ella demasiado escrúpulo y conciencia. También hice retratos al lápiz o a la acuarela en algunas horas; reflejaba en ellos bastante bien los parecidos, pero no tenían originalidad. Pensé en vivir con el producto de la costura y desistí de este proyecto cuando supe que ganaría sólo diez centavos por día; en cuanto a modas, ya sabía por mi madre que para instalarse se necesitaba un pequeño capital. Durante cuatro años anduve a tientas y trabajando como una negra para descubrir cierta aptitud especial en mí. En cierto momento creí haberla encontrado, pinté

flores y pájaros microscópicos sobre tabaqueras y petacas en madera de Spa. Llevé esos objetos a París en uno de mis viajes y un barnizador me los tomó en consignación. Al cabo de unos días me dijo que le habían ofrecido 80 francos por la petaca, pero que no la había vendido porque yo le había fijado un precio de 100 francos.

En la casa Giroux me aconsejaron que ensayara esas pinturas en distintos objetos: abanicos costureros, cajas de té, etc. y me aseguraron de allí los venderían. Regresé a Nohant con gran cantidad de materiales y perdí mucho tiempo ensayando distintos procedimientos para que las pinturas se fijaran en las distintas maderas que había llevado. Me di cuenta de que con esa tarea podría ganar dinero cuando pasó la moda de estos objetos, a tiempo para evitarme un fracaso.

En una de mis cortas visitas a París, entré un día al museo de pintura. Anteriormente había estado allí, pero siempre había mirado sin ver, convencida de que no entendía y desconociendo cuanto se puede apreciar y sentir aún sin conocer pintura. Me emocioné mucho, luego regresé durante varios días seguidos; y en mi siguiente viaje fui observando una por una todas las obras de arte para darme cuenta de las diferencias existentes entre las diversas escuelas. Quedé como mareada, como clavada ante los cuadros de Ticiano, de Tintoretto, de Rubens, etc. Primero me atrajo la escuela flamenca, y poco a poco me entusiasmé con la escuela italiana. En la pintura uno descubre lo que es la vida; es como un resumen espléndido de la forma y de la expresión de los seres y de las cosas, a menudo veladas por la apreciación del que las contempla; es el espectáculo de la naturaleza y de la humanidad visto a través del sentimiento, del genio que los ha compuesto. El universo se me revelaba.

Estaba bastante experimentada en el análisis de sentimientos, en la pintura de cierta clase de caracteres, en el amor de la naturaleza y sabía que podría describir bien escenas y costumbres del campo. Todo esto me parecía suficiente para empezar. A medida que siguiera viviendo, pensaba yo, veré más personas y cosas y conoceré más escenarios naturales; y si debo circunscribirme a la novela histórica, estudiaré los detalles en la historia y deduciré el pensamiento de los hombres que ya no existen.

Cuando resolví tentar fortuna, es decir, conseguir los mil

escudos de renta que siempre había soñado, me puse a la obra inmediatamente.

Mi marido me debía una pensión de quinientos francos. Le pedí autorización para llevar a mi hija a París y pasar con ella dos veces, tres meses en el año, llevando doscientos cincuenta francos para cada una de esas temporadas. Accedió inmediatamente. Pensó que era un capricho mío del cual me cansaría pronto.

Mi hermano fue el único que trató de combatir mi resolución. Su mujer me comprendía y me aprobaba. Mi hija no comprendía nada todavía. Mauricio se hubiera quedado conforme a pesar de mi partida, si mi hermano no le hubiese dicho que yo no volvería más, esperando que el dolor de mi hijo me haría quedar en Nohant. En efecto, sus lágrimas me destrozaron, mas conseguí tranquilizarle e inspirarle confianza al prometerle volver a Nohant.

Capítulo LV

Como no pienso desfigurar la verdad al relatar lo que me concierne, debo empezar por decir declaramente que quiero *callar* y no *arreglar* ni *disfrazar* varias circunstancias de mi vida. Nunca he creído deber guardar secretos míos frente a mis amigos, pero no me atribuyo el derecho de disponer del pasado de todas las personas cuya existencia ha estado relacionada con la mía.

Mi silencio será indulgencia o respeto, olvido o deferencia, no tengo por que explicar estas causas. Todos mis afectos han sido grandes. No obstante, he roto algunos de ellos a sabiendas y voluntariamente.

En ciertos momentos de mi vida he visto nacer la perversidad y verla agrandarse de hora en hora; la conozco pues la he observado, y sin embargo, no la he destacado en mis novelas. Se ha criticado esta benignidad de mi imaginación. Si esto es un defecto de mi cerebro, es de creer que está también en mi corazón. Yo perdono y si hay almas que me han perjudicado mucho y se rehabilitan bajo otras influencias, estoy dispuesta a bendecirlas.

El mundo condena y lapida. No quiero librar mis enemigos (si es que puedo servirme de una palabra que no tiene mucho sentido para mí) a jueces sin entrañas y sin luces y a una opinión sin piedad y sin caridad.

Por eso intitulé este trabajo *Historia de mi vida,* para hacer notar que no pensaba relatar la de los demás.

Después de haber dejado establecidas estas cosas, continúo mi relato.

Busqué un alojamiento en París y me establecí en el muelle Saint-Michel en la buhardilla de una gran casa, situada en la esquina de la plaza, en el extremo del puente. Mi departamento constaba de tres pequeñas habitaciones, muy limpias, que daban sobre un balcón desde donde dominaba gran parte del curso del

Sena y contemplaba los monumentos gigantescos de Notre Dame, Saint-Jacques-la-Boucherie, la Sainte Chapalle, y otros. Disfrutaba con la contemplación del cielo, del agua, del aire, de las golondrinas y del verdor sobre los techos; no me sentía demasiado en el París civilizado, que no hubiera convenido a mis gustos ni a mis recursos, sino más bien en el país pintoresco y poético de Víctor Hugo, en la ciudad del pasado.

Debía pagar trescientos francos de alquiler por año. Los cinco pisos que debía subir para llegar a mi alojamiento me molestaban bastante; sin embargo los subí a menudo con mi pesada hija en brazos. No tenía criada.

La portera, muy fiel, muy limpia y muy buena, por quince francos al mes me ayudaba en los quehaceres domésticos. Por dos francos al día me traían la comida. Yo lavaba y planchaba ciertas prendas de vestir.

Lo que me resultó más difícil fue la adquisición de muebles. Obtuve crédito y poco a poco pude pagar mis deudas. Salíamos de día a pasear por el Luxemburgo y pasaba mis noches escribiendo. La Providencia vino en mi ayuda. Al cultivar una planta de resedá en mi balcón, trabé relación con mi vecina, que cultivaba un naranjo en el suyo.

Era la señora Badoureau, quien vivía allí con su marido, maestro de primeras letras, y una encantadora hija de quince años, la que tomó gran cariño a Solange. Esta excelente familia me ofreció hacerla jugar con otros niños que tomaban allí lecciones particulares. Eso hizo más agradable la existencia de la niña. Aquellas buenas personas le prodigaron en profusión ternuras y cuidados, por los cuales no quisieron ser nunca indemnizadas.

No quería salirme de mi presupuesto. No quería pedir prestado. Me atormentaba muchísimo la única deuda de mi vida, quinientos francos que más tarde mi marido pagó con buena voluntad. Buscaba trabajo y no encontraba. Había hecho un retrato de mi portera y lo tenía como muestra en el café del muelle Saint-Michel. Como el parecido no era muy grande corría el riesgo de no tener mucho éxito con esta profesión.

Deseaba leer, pero como no tenía muchos libros y estábamos en invierno y yo debía economizar la leña, traté de instalarme en la biblioteca Mazarino. Yo que soy muy friolenta no podía trabajar

allí; más me hubiera valido leer sobre las torres de Notre Dame, pues el frío en aquel local era intensísimo.

También quería perder mi porte de provinciana y ponerme al corriente de las cosas de mi época. Excepto las obras más notables, no conocía nada del arte moderno. Sobre todo tenía sed de teatro.

Sabía muy bien que una mujer pobre no puede disfrutar de esos goces. Balzac decía: «No se puede ser mujer en París si no se tienen veinticinco mil francos de renta.»

Sin embargo, veía que mis amigos del Berry, mis compañeros de infancia, vivían en París con muy poco dinero y estaban al corriente de todo lo que interesa a la juventud inteligente. En las calles de París andaba yo como un barco sobre el hielo. No sabía caminar con gracia. Estaba siempre embarrada, cansada, resfriada y veía que mi calzado y mis vestidos se destruían con una rapidez espantosa. Conversando con mi madre, que vivía muy elegantemente con tres mil quinientos francos de renta, le preguntaba cómo podría hacer yo para andar decentemente vestida y poder salir todos los días a la calle. Ella me contestó:

—Cuando yo era joven y tu padre no tenía dinero, determinó hacerme vestir de hombre. Mi hermana hizo otro tanto y salíamos con nuestros maridos e íbamos a todos los espectáculos con esa vestimenta. En esa forma logramos hacer una gran economía.

Esta idea me pareció primero divertida y luego muy ingeniosa. Como yo había estado vestida de varón durante mi infancia y luego había tenido también un traje masculino para cazar con Deschartres, no me pareció raro vestirme nuevamente en esa forma. La moda masculina era muy cómoda. Los hombres llevaban largas levitas que caían casi hasta los pantalones; y marcaban tan poco el talle, que mi hermano al ponerse la suya en Nohant, me había dicho riéndose:

—Está de moda y es muy fácil de llevar. El sastre toma la medida sobre una garita y luego puede cortar el mismo modelo para todo un regimiento.

Me hice hacer una *levita-garita* de genero gris con pantalón y chaleco iguales. Con un sombrero del mismo color, y una gran corbata de lana parecía un estudiante de primer año. Tuve gran placer al calzar mis botas; hubiera dormido con ellas, como lo hizo mi hermano cuando las tuvo por primera vez. Con esos tacones me

sentía muy firme. Andaba por todo París. Además mi traje no temía las inclemencias del tiempo. Pude ir a las galerías de todos los teatros. Nadie reparaba en mí ni se daba cuenta de que estaba disfrazada. Mi falta de coquetería desechaba toda sospecha. Hablaba con voz baja y sorda, de modo que mi timbre de mujer quedaba disimulado. Para no llamar la atención como hombre tenía la costumbre de pasar inadvertida como mujer. Aquella fue una época muy pasajera y accidental de mi vida, a pesar de que se ha sostenido que viví muchos años en esa forma; diez años más tarde, mi hijo fue muchas veces confundido conmigo, cosa que lo divirtió mucho.

Comía «chez Pinson», hotelero de la calle Ancienne-Comedie. Mis amigos se divertían con los sofocones que pasaba este buen hombre al verme vestida ya como mujer o ya como hombre. Recuerdo con cariño a este buen Pinson, que era el amigo de sus clientes, que les otorgaba crédito y hasta les ofrecía dinero. Yo, a pesar de deberle muy pocos favores, estoy muy agradecida por todos los ofrecimientos que me hizo.

Mis amigos del Berry habían formado un pequeño club en el cual, por una módica contribución mensual, podíamos leer los diarios y trabajar en un ambiente bastante confortable. Allí también mi traje de muchacho provocaba equivocaciones cómicas.

Un día Emilio Paultre conversó conmigo cuando yo estaba con mi traje gris. Al día siguiente, mientras comíamos en «chez Pinson» y estando yo vestida de mujer, llegó Paultre y creyó que el muchacho de la víspera era mi hermano. Opinó que mi hermano parecía demasiado razonable por su edad y que daba la impresión de ser un poco pedante. Cuando más tarde se enteró de que el hermano y la hermana eran una sola persona, no quiso creerlo. Desde entonces somos muy amigos.

En el estreno teatral de *La reina de España,* de Delatouche, me presentaron a un señor Rollinat, de La Chatre, con quien conversé de muchas cosas. Se extrañó de no conocerme, por no haberme visto antes en La Chatre. Encontró que yo era notable por mi modo de ser teniendo en cuenta mi edad, pero que estaba un poco flojo en estudios clásicos. Por mi modo de conversar me auguró éxito como escritor y me instó a que completara mis estudios clásicos para poder triunfar en alguna profesión por si fracasaba en el arte.

Poco tiempo después nos pusieron otra vez frente a frente y el señor Rollinat me reconoció, a pesar de mis ropas de mujer. Al verme, saltó sobre sus piernas débiles, aunque todavía ágiles y exclamó:

—¡Oh, qué tonto he sido!

Ese día nos hicimos grandes amigos.

Hablaré especialmente de Francisco Rollinat, hijo de este señor, quien a los veintidós años se instaló como abogado en Chateauroux. Su padre le cedió su estudio, creyendo poner en sus manos una fortuna y no dudando que podría proveer holgadamente a todas las necesidades de la familia con su gran talento y una buena clientela. El buen señor dejó al morir más deudas que fortuna y a su numerosa familia a medio educarse. Francisco llevó esta carga con la paciencia de un buey del Berry. Siendo hombre de imaginación y de sentimientos dedicó su vida, su voluntad y sus fuerzas a su ímprobo trabajo, para cumplir con los compromisos de familia y subvenir a las necesidades de su madre y de sus once hermanos. Nadie ha sabido comprender cuánto sufrió su abnegación con esa profesión que nunca amó y donde su talento debió sepultarse en medio de las triquiñuelas del oficio y las inquietudes del presente y del porvenir.

Entre nosotros se estableció una perfecta amistad. Eramos dos naturalezas afines. Es muy raro que entre un hombre y una mujer la amistad no se vea turbada por otro sentimiento vivo. En general, he tenido mucha suerte en cuanto a mis amistades masculinas y, a pesar de haber merecido muchas burlas, he sabido descubrir almas exquisitas y he conservado su afecto. Debo decir también que como yo no era coqueta y tenía horror a este modo de provocar de las mujeres, del que no se libran algunas de las más honradas, tuve que luchar muy pocas veces contra el amor en la amistad. Además, cuando lo he descubierto, no lo he encontrado ofensivo, porque era serio y respetuoso. Rollinat me hizo el honor de considerarme como un hermano. Yo tenía una preferencia inexplicable por él. Otros como él me han dado muchísimas pruebas de abnegación. Prefiero a Rollinat porque nuestra amistad tiene veinticinco años de vida, es decir, que puedo considerarla como más fundada en la elección que en la costumbre. Con él y por él hice el código de la verdadera y sana amistad, de una amistad a lo Montaigne, una amistad perfecta.

Eso pareció primero un convenio romántico y ha durado veinticinco años sin que una sola duda haya turbado nuestra absoluta fe. Otros lazos se han adueñado de la vida entera de cada uno de nosotros. Surgieron afectos más completos, sin que ellos debilitaran para nada la unión inmaterial de nuestros corazones. El ser preferido por uno de nosotros se hacía sagrado para el otro y entraba a formar parte de su amistad. Esta amistad es digna de los más hermosos romances de caballería.

Al hablar de la amistad quiero llegar a esta conclusión: el amor ideal (aún no he hablado de él, porque no le ha llegado su turno) resumiría los más divinos sentimientos que podemos concebir y nada quitaría a la amistad ideal. El amor será siempre un doble egoísmo. Porque trae consigo satisfacciones infinitas. La amistad es más desinteresada, comparte todas las penas y no todos los placeres. Tiene menos raíces en realidad, en los intereses, en los goces de la vida. Por eso es más rara que el amor.

Se puede y se debe amar a todos los amigos que se saben buenos y estimables. El corazón es bastante amplio para poder alojar muchos afectos, y cuanto más sinceros y abnegados sean éstos, sentiréis que crecen con más fuerza e intensidad. La amistad ideal prepara admirablemente el corazón para recibir el beneficio del amor ideal.

Capítulo LVI

Personas mal intencionadas dijeron que en esa época yo había contraído vicios. Mintieron cobardemente: eso es todo lo que puedo contestarles. El poeta no mancha voluntariamente su ser, su pensamiento, su mirada. Sobre todo cuando ese poeta lo es doblemente por su condición de mujer. Aun cuando yo supiera que esta existencia extravagante no tuviera nada de malo, supe que al adoptarla me acarrearía efectos inmediatos con respecto a las personas de mi amistad.

Mis marido no me dio su aprobación ni se interpuso para que yo abandonara este modo de vivir. Mi tía y mi madre procedieron en la misma forma. Las demás personas que conocía debían seguramente reprobar mi actitud. No quise exponerme a ese reproche. Estudié qué amistades me serían fieles y cuáles se escandalizarían. Aparté un buen número de personas cuya opinión me era completamente indiferente. En cuanto a las que yo amaba realmente y de quienes debía esperar alguna reprimenda, me decidí a romper con ellas sin decirles nada.

Nunca había dicho a nadie lo que yo pensaba hacer ni aun yo misma lo sabía bien; y cuando hablaba de escribir, lo hacía riéndome y burlándome de mis proyectos. Sin embargo, parecía que el destino me empujaba. Sentía ese empuje invencible, quería llegar a una situación de libertad moral y de aislamiento poético en medio de una sociedad a la cual pedía que me olvidara y me dejara ganar mi pan cotidiano sin sumirme en la esclavitud.

Quise ver por última vez a mis queridas amigas de París. Fui a mi convento. Estaban allí muy preocupadas por los efectos de la revolución de Julio, por la ausencia de alumnas y por la perturbación general a causa de la cual se sufrían consecuencias materiales. Vi unos instantes a mi buena madre Alicia. Estaba muy atareada. Sor Elena hacía ejercicios en retiro. Poulette me paseó por

los claustros, por las clases vacías, por los dormitorios sin camas, repitiendo a cada rato: «Esto anda muy mal; esto anda muy mal.» La única que me recibió con más cordialidad fue la buena María Josefa. Comprendí que las monjas no pueden y no deben amar con el corazón.

Mi ideal ya no estaba en el convento, sino que lo llevaba por la calle, con los pies sobre la escarcha, con las espaldas cubiertas de nieve, con las manos en los bolsillos, con el estómago un poco vacío algunas veces y con la cabeza completamente llena de sueños, de melodías, de colores, de formas y de fantasmas. Ya no era *una señora;* no era tampoco un señor.

Después que hube mirado bien y saboreado todos los rincones de mi convento y que hube revivido mis queridos recuerdos, salí de allí diciéndome que nunca más volvería a transponer esa reja, detrás de la cual dejaba mis divinidades sin enojos y mis astros sin nubes; una segunda visita hubiera provocado preguntas sobre mi modo de vivir, sobre mis proyectos y sobre mis disposiciones religiosas. No quería discutir. Hay seres a los cuales se respeta demasiado para contradecirlos y de los cuales uno quiere solamente recibir una tranquila bendición.

Después del convento debía romper también con otro afecto en mi vida. Fui a visitar a mis queridas amigas Jane y Aimée. Ambas se habían casado. Jane era mamá de un chicuelo a quien contemplaba con inmensa ternura. Compartí su felicidad; después de besarla y de besar a su hijo, me separé de ella prometiéndole una pronta visita, pero resuelta a no volver más. Cumplí con mi propósito y me encuentro muy satisfecha. Ambas se habían transformado en condesas y pertenecían a un mundo en el que no hubiera encontrado más que burlas para mi modo de ser y reproches para la independencia de mi espíritu. Yo sabía que mi actitud chocaba con las reglas del mundo. Por eso me apartaba de él, y encontraba bien que él se apartara de mí en cuanto supiera mis excentricidades. Claro que esto no ocurría aún entonces, porque yo era completamente desconocida.

Regresé con tristeza a mi buhardilla y a mi utopía segura de dejar cariños en ese mundo que abandonaba y buenos recuerdos de mí, y satisfecha porque ya no me quedaba ningún otro ser querido con quien romper. Mi rompimiento con la baronesa Dudevant fue

pronto. A pesar de que yo le dije que mi marido había consentido en mi permanencia en París, estuvo en desacuerdo con esto. Y habiéndose enterado de que yo deseaba escribir, me prohibió poner su nombre sobre la *tapa de libros impresos.* Entre nosotros no hubo otra explicación. Poco tiempo después salió para el Mediodía y nunca más la volví a ver. El nombre que debía poner sobre las *tapas impresas* no me preocupaba. Había resuelto permanecer anónima. Una primera obra esbozada por mí, fue rehecha enteramente por Jules Sandeau. Delatouche, buen consejero, por cierto, la hizo firmar con el nombre de Jules Sand. La obra atrajo a otro editor, que quiso otra novela con el mismo seudónimo. Yo había escrito *Indiana* en Nohant y quise firmarla con el mismo seudónimo; pero Jules Sandeau, por modestia, no quiso aceptar la paternidad de un libro con el cual no tenía nada que ver. Delatouche arregló de este modo la cuestión. Sand, quedaría intacto y yo tomaría otro nombre para mis trabajos. Tomé el de Jorge porque me pareció sinónimo de *Berrichón.* Julio y Jorge serían para el público como hermanos o primos.

Quedé, pues, en posesión de mi seudónimo y Jules Sandeau volvió a tomar el suyo al escribir su nombre con todas las letras, porque dijo que no quería adornarse con mis laureles. En esa época era muy joven y estaba muy bien de su parte demostrarse tan modesto. Desde entonces ha dado pruebas de su talento y ha llegado a ser conocido con su verdadero nombre.

Yo conservé, pues, el del asesino de Kotzebue, llegando pronto a ser conocida en Alemania. Tanto que recibí cartas de ese país, de donde me pedían que diera a conocer mi parentesco con Karl Sand. A pesar de la veneración de la juventud alemana por el joven fanático, cuya muerte fue tan hermosa, confieso que no me hubiera gustado elegir como seudónimo ese símbolo del puñal del iluminismo. Las personas que han creído ver en mí, al seguir firmando Sand, una simpatía en favor del asesinato político, se han equivocado. Nunca he aceptado el asesinato en mis principios religiosos ni en mis instintos revolucionaros. Las sociedades secretas no me han parecido aplicables a nuestra época y a nuestro país. Siempre he creído que de ellas podía salir únicamente una dictadura y nunca he aceptado el principio dictatorial en si mismo.

Es probable que hubiera cambiado ese seudónimo, de haberlo

creído destinado a adquirir cierta celebridad; pero hasta el momento en que la crítica se desencadenó contra mí a causa de mi novela *Lelia,* ya me enorgullecía de pasar inadvertida entre la multitud de escritores, aun entre los más humildes. En cambio, cuando vi que, a pesar mío, la crítica se ocupaba de mí y atacaba violentamente toda mi obra, hasta el nombre con el cual estaba firmada, mantuve mi nombre y continué la obra.

Lo contrario hubiera sido una cobardía. Ahora tengo cariño a ese nombre, aunque sea como se ha dicho, la mitad del nombre de otro escritor conocido. Éste, lo repito, tiene bastante talento para que cuatro letras de su nombre no echen a perder ninguna *tapa impresa.* Me enorgullezco de que este poeta, este amigo, sea mi padrino.

Me bautizaron, oscura y despreocupada como era, entre el manuscrito de *Indiana,* que era entonces todo mi porvenir, y un billete de mil francos que era en ese momento toda mi fortuna. Fue un contrato, un nuevo casamiento entre el pobre aprendiz de poeta que yo era y la humilde musa que me había consolado en mis penas. ¿Qué es un nombre dentro de nuestro mundo revolucionado y revolucionario? Un número para aquellos que no hacen nada, una insignia o una divisa para los que trabajan o combaten. El que me dieron, lo hice yo sola con mi trabajo. Nunca exploté el trabajo ajeno, nunca tomé ni compré una línea a nadie. De los setecientos u ochocientos mil francos que he ganado en veinte años, nada me queda y hoy, como hace veinte años, vivo día a día, con ese nombre que protege mi trabajo; y de ese trabajo no me he reservado un óbolo. Siento que nadie puede reprocharme nada y, sin estar orgullosa (no he hecho más que cumplir con mi deber) mi conciencia tranquila no cree que tenga nada para cambiar en el nombre que la designa y la personifica. Mas antes de relatar estas cosas literarias, debo resumir ciertas circunstancias que las precedieron.

Mi marido venía verme a París. No vivíamos juntos, pero él comía en mi casa y juntos asistíamos a los espectáculos. Parecía satisfecho con este arreglo, que sin discusiones, ni disgustos, nos había puesto en posesión de nuestra libertad. No me pareció que encontrara tan agradable mi retorno a Nohant. Con todo, hice soportable allí mi presencia al no criticar, ni cambiar ninguna de las disposiciones que él había tomado durante mi ausencia. En efecto,

yo ya no estaba en la casa. El cuarto de mis hijos y mi celda contigua a aquél eran terreno neutro, donde podía acampar, y si muchas cosas me disgustaban fuera de allí, nada decía. Algunos amigos pensaron que yo no hubiera debido tomar tal determinación. No sé luchar en favor de un interés personal. Todas mis dificultades y todas mis fuerzas se ponen al servicio de un sentimiento o de una idea; pero en cambio cuando se trata únicamente de mí, abandono la partida. Para contrariar y perseguir a alguien se debe tener un motivo más grave que el ejercicio de sus propios derechos. En mi casa no ocurría, aparentemente, nada que pudiera hacer sufrir a mis hijos. Solange se iría conmigo. Mauricio, durante mi ausencia, vivía con su preceptor. Julio Bencoiran. Nada me hacía sospechar que este estado de cosas no podría durar y si no duró no fue por causa mía. Cuando me establecí con Solange en el muelle Saint-Michel, además de experimentar el deseo de volver a mis costumbres naturales, que son sedentarias, la vida en general se hizo tan trágica y sombría que debí experimentar su contragolpe.

El cólera se propagó entre los barrios que nos rodeaban. Llegó rápidamente hasta nosotros, subió de piso en piso, por la casa que habitábamos hasta que se estuvo en la puerta de nuestra buhardilla como si hubiera desdeñado tan débil presa.

Con mis compatriotas y amigos del Berry convinimos encontrarnos todos los días en el jardín de Luxemburgo y cuando uno faltara a la cita había que acudir inmediatamente en su busca. Era un espectáculo horrible ese convoy continuo que pasaba bajo mi ventana y atravesaba el puente Saint-Michel. En ciertos días los carros de mudanzas, transformados en coches fúnebres para los pobres, se sucedían sin interrupción y lo más espantoso no era el ver esa cantidad de muertos, unos sobre otros, sino la ausencia absoluta de amigos y parientes detrás de los carros; los conductores apresurando el paso, jurando y castigando a los caballos; los transeúntes alejándose espantados de ese trágico cortejo… Yo había pensado en escapar a Nohant, a causa de mi hija; pero todo el mundo decía que el traslado era muy peligroso y también yo pensaba que si el contagio ya había llegado hasta nosotros, era mejor no llevarlo a Nohant.

En medio de esta crisis siniestra ocurrió el drama desgarrador del claustro Saint-Merry. Estaba, al caer la tarde, en el jardín de

Luxemburgo con Solange. Yo sabía que en París reinaba gran agitación; pero no pensaba que tan pronto se corriera hasta mi barrio; no me di cuenta de que todos los paseantes habían desaparecido rápidamente. Oí descargas y alzando a mi hija, me encontré sola en medio del jardín, y observé tropas que lo atravesaban de un extremo a otro. Tomé el camino de mi buhardilla, por entre las callejuelas, para no ser arrastrada por la multitud de curiosos que, después de haberse agrupado en el puente, se precipitaban huyendo presas del pánico. Solange, asustada, gritaba. Cuando llegué al muelle, entré rápidamente en mi casa, sin ver qué ocurría y sin tener miedo, porque no sabía aún lo que era la guerra en las calles. No relataré el acontecimiento que se desarrollaba entonces. Yo escribo únicamente mi historia particular. Lo único que me preocupaba era consolar a mi pobre hijita, enferma de miedo. Le dije que la gente estaba matando murciélagos, como lo había visto hacer a su padre y a Hipólito en Nohant y conseguí calmarla. Se durmió al son de las descargas. Puse un colchón de mi cama contra la ventana de su cuarto para impedir el paso de alguna bala perdida que pudiera llegar hasta allí y pasé parte de la noche en el balcón, tratando de comprender lo que ocurría a través de las tinieblas. Se sabe lo que ocurrió en ese lugar: diecisiete insurrectos se habían apoderado del puesto del puente del Hotel-Dieu. Una columna de guardias nacionales los sorprendió durante la noche. «Quince de esos desgraciados, dice Luis Blanc (en *Historia de diez años*), fueron despedazados y arrojados al Sena. Dos fueron apresados en las calles vecinas y ahorcados.»

No vi esta escena atroz, que se desarrolló en las sombras de la noche, pero escuché los clamores furiosos y los estertores formidables; luego, por toda la ciudad se extendió un silencio de muerte. Ruidos alejados atestiguaban que aún duraba la resistencia por algún otro lado. Por la mañana se pudo circular e ir en busca de los alimentos para el día. Al ver la cantidad de fuerzas desplegadas por el gobierno, uno no podía convencerse de que se trataba tan sólo de reducir a un puñado de hombres decididos a morir. Es cierto que una nueva revolución podía surgir de este acto de heroísmo desesperado; el Imperio para el duque de Reichstadt y la monarquía para el duque de Burdeos o si no la República para todo el pueblo. Como sucede en estos casos, todos los partidos habían preparado

este acontecimiento y codiciaban el resultado del mismo; mas cuando se demostró que la ventaja que se obtendría del mismo era la muerte en las barricadas, los partidos se eclipsaron y el martirio de los héroes se realizó ante un París consternado por tal victoria.

Pasé el otoño en Nohant; allí escribí *Valentina*.

El invierno fue tan frío en mi buhardilla, que reconocí la imposibilidad de escribir en ella si no quemaba más leña de la que mis finanzas me permitían. Delatouche dejaba su buhardilla, que estaba también sobre los muelles, con la diferencia de que ésta se encontraba en el tercer piso, daba al Mediodía, sobre unos jardines. Era más amplia, más confortablemente arreglada y tenía lo que yo codiciaba desde hacía tiempo: una chimenea a la prusiana. Me cedió su contrato y me instalé en mi nuevo alojamiento. Al poco tiempo llegó Mauricio, a quien su padre acababa de poner en el colegio.

Me encuentro ya en la época de mis primeros pasos por el mundo de las letras. Ha llegado el momento de hablar de las relaciones que había entablado y de las esperanzas que me habían sostenido.

Capítulo LVII

Estábamos tres berrichones en París: Félix Pyat, Jules Sandeau y yo, en calidad de aprendices literarios, bajo la dirección del cuarto berrichón: Delatouche. Este maestro hubiera sabido ser y hubiera debido ser, seguramente, un lazo entre nosotros, pero su carácter agriado y susceptible traicionó sus buenas intenciones y los dictados de su corazón bueno, cariñoso y generoso. Se enojó, por turno, con cada uno de nosotros tres después de habernos enemistado recíprocamente.

En un artículo necrológico bastante detallado dije todo el bien y todo el mal que había en Delatouche.

Diré ahora cómo se estableció la amistad entre nosotros, cuando yo publiqué *Indiana y Valentina.* Mi viejo amigo Duris-Dufresne, que fue uno de los primeros en conocer mi proyecto de escribir y a quien había leído en secreto algunas páginas sobre la emigración de los nobles en 1789, me consideraba de gran talento; mas yo desconfiaba mucho de su parcialidad y de su galantería. Yo necesitaba un consejero literario que me dijera si en realidad tenía cierto talento, porque temía equivocarme y tomar por una aptitud definida lo que podía ser nada más que cierta inclinación. Por lo tanto pedí a este viejo amigo que me pusiera en contacto con alguien que pudiera darme un buen consejo. Me propuso, para tal fin, a uno de sus colegas en la cámara, al señor de Kératri, que escribía novelas y a quien consideraba como un juez inteligente y severo. Yo había leído una de las novelas de este señor llamada *El último de los Beaumeir,* y me había parecido bastante mediocre; tanto que dije al señor Duris-Dufresne:

—Creo que yo podría escribir algo mejor que esto. Sin embargo, esta persona puede ser buen juez y mal escritor; por lo tanto, como usted me ha dicho que es viejo y casado, es preferible que yo vaya a su casa y que no se moleste él en venir a la mía.

La entrevista me fue concedida para el día siguiente a las ocho de la mañana. El señor de Kératri era una personas respetable, que representaba más edad de la que tenía. Este señor me dijo que Duris-Dufresne ya le había hablado de mí y de lo que yo deseaba; pero que en dos palabras quería darme su opinión: según él una mujer no debía escribir.

—Si ésa es su opinión —contesté—, no tenemos nada que conversar.

Me puse de pie y salí sin enojarme, porque la opinión del señor de Kératri me había causado más gracia que fastidio. Dicho señor me siguió hasta la puerta. Como yo no le replicara, terminó diciendo:

—Créame, no haga libros; haga niños.

—Muy bien, señor —le conteste, soltando la ira—; guarde ese precepto para usted, si le parece bien.

Duris-Dufresne se río muchísimo al saber el resultado de esta entrevista y no combatió entonces mis deseos de ver a Delatouche.

Éste me recibió paternalmente. Como ya sabía mi coloquio con el señor de Kératri, por mi coterráneo Félix Pyat, puso toda su habilidad espiritual para sostener la tesis contraria.

—Pero no se haga usted ilusiones, sin embargo —me dijo—. La literatura es un recurso ilusorio y yo, a pesar de mi experiencia, no obtengo con la pluma más de mil quinientos francos por año.

Esa cantidad me pareció magnífica; así se lo dije. Leyó una de mis novelas. Con mucha razón la encontró detestable.

—Usted es una naturaleza de artista —me dijo—; pero ignora la realidad, vive demasiado de sueños. Tenga paciencia, el tiempo y la experiencia la aconsejarán pronto y trate de seguir siendo poeta.

Como me vio en apuros pecuniarios me ofreció hacerme ganar cuarenta o cincuenta francos por mes en la redacción de su diario, *El Fígaro,* donde ya estaban empleados Pyat y Sandeau. Quedé, pues, incorporada a la redacción de este diario.

Mi mesa y mi alfombra estaban al lado de la chimenea, pero este trabajo no me entusiasmaba mucho porque no lo entendía bien. Delatouche me daba un tema y un pedazo de papel en el cual debía desarrollarlo. Escribía diez páginas que luego arrojaba al fuego porque no había dicho una palabra adecuada. Allí se charlaba y se reía. Yo escuchaba, me divertía mucho y no hacía nada de valor, y a

fin de mes recibía unos francos por mi colaboración que yo consideraba muy bien pagada. Delatouche era adorable por el trato amable y alegre que nos dispensaba. Siempre recordaré una comida que le dimos en el restaurante de Pinson y una fantástica excursión que hicimos luego a la luz de la luna, con él, por el barrio latino.

Es la única vez que vi a Delatouche verdaderamente bien dispuesto, pues su espíritu habitualmente satírico tenía un fondo que tornaba triste su jovialidad. Delatouche tenía terror de envejecer. No se resignaba a esto, por eso siempre decía:

—Nunca se tienen cincuenta años, se tienen dos veces veinticinco años.

Por las mañanas, a menudo, estaba de un humor tan irascible que yo lo esquivaba sin decir nada. Entonces él me buscaba con mil atenciones y bromas tratando de disipar la pena que me había causado. Cuando más tarde indagué la causa de su súbita antipatía, me dijeron que había estado enamorado de mí, celoso sin haber querido reconocerlo y herido en su amor propio, porque yo no lo había comprendido. Yo creo que esa no fue la causa. Constaté pronto que los celos de nuestro patrón, lo llamábamos así, eran exclusivamente intelectuales. Era un amigo y un maestro celoso por naturaleza. Como el viejo Porpora, que describí en una de mis novelas, cuando había protegido a alguien y había ayudado a desarrollar un talento no podía soportar que otra inspiración reemplazara la suya.

Uno de mis amigos me presentó a Balzac, no como a una musa sino como a una buena provinciana enamorada de su talento. Ésta era la verdad. Aunque Balzac no hubiera escrito todavía sus obras de arte, en esa época yo estaba vivamente impresionada por su modo original de escribir y lo consideraba como a un maestro digno de ser estudiado. Balzac fue muy amable conmigo. Todo el mundo sabe cómo desbordaba en él la satisfacción que de sí mismo tenía; se complacía en hablar de sus obras, las relataba de antemano y las leía cuando estaban en borrador o en las primeras pruebas. Pedía opiniones a todos los que estaban a su lado, no escuchaba ninguna o si no las combatía con la obstinación que le daba su superioridad. Siempre hablaba de él. Una sola vez se olvidó de hacerlo y nos habló de Rabelais a quien aún yo no conocía. Esa vez estuvo tan maravilloso, tan brillante y tan lúcido que al dejarlo decíamos:

—Sí, sí; decididamente alcanzará todo el éxito que sueña.

Vivía entonces Balzac en un pequeño entresuelo muy alegre en la calle Cassini, al lado del observatorio. Allí conocí a Emanuel Arago, que entonces era un niño y con quien más tarde nos debía unir un cariño de hermanos. Ya había escrito un libro de versos y una obra de teatro muy espiritual.

Un buen día Balzac vendió a buen precio *La piel de Zapa;* despreció su entresuelo y quiso dejarlo, mas después de haber reflexionado bien, se contentó con transformar su ambiente de poeta en uno más lujoso; y poco tiempo después nos invitó a tomar helados en su casa tapizada de seda y encajes. Esta decoración me causó mucha gracia; creí que para él sería esto un halago pasajero. Me equivocaba; estas necesidades de coquetería se hicieron una necesidad en su vida y para satisfacerlas sacrificó hasta el bienestar más elemental. Desde entonces vivió, privándose si era necesario de sopa y de café, antes que de platería y de porcelana de China. Pueril y poderoso, siempre estuvo deseoso de obtener un «bibelot» y nunca le interesó la gloria. Balzac, siendo aún joven era sincero hasta la modestia, jactancioso hasta la charlatanería y confiado en sí mismo y en los demás. Muy expansivo, muy bueno y muy loco, positivo y romántico, crédulo y escéptico, lleno de contrastes y de misterios. En esa época muchos jueces competentes negaban el genio de Balzac o por lo menos no lo creían destinado a tan gloriosa actuación en las letras. Delatouche era de los más recalcitrantes. Balzac había sido su discípulo y la ruptura entre ellos era reciente. Delatouche no daba explicaciones sobre la misma y Balzac me decía a menudo:

—Tenga cuidado; verá usted que el día menos pensado será su enemigo mortal.

A mi juicio Delatouche procedió mal al denigrar a Balzac; éste, a pesar de lamentar la pérdida de esa amistad, creyó que se trataba de una separación irremediable. Delatouche se indignó conmigo cuando supo que yo había visto a Balzac. Creí que me iba a arrojar por la ventana. Luego se serenó, se quedó algo malhumorado y, por último, me toleró esta simpatía porque se dio cuenta que no impedía mi afecto hacia él. Estos accesos de impaciencia se repitieron cada vez que yo trataba una nueva relación literaria.

Hablaba muy poco de mis proyectos literarios a Balzac. No creyó

en ellos y ni siquiera pensó en examinar qué era yo capaz de hacer.

Su alma estaba siempre serena y nunca lo vi mal dispuesto. A pesar de su gran obesidad, subía todos los pisos de mi casa y llegaba jadeante, riéndose y conversando sin tomar aliento. Tomaba los papeles que estaban sobre mi mesa, ponía sus ojos en ellos con la intención de enterarse de lo que decían; mas en seguida, pensando en la obra que estaba haciendo, se ponía a relatarla y se olvidada de lo que tenía en la mano. Una noche que habíamos comido extravagantemente en su casa, en el momento en que nos retirábamos, nos mostró una hermosa bata que acababa de comprar. Luego se la puso y con esa indumentaria y llevando un candelero en la mano nos acompañó hasta la reja del Luxemburgo. Como era tarde y el lugar estaba desierto yo temía que lo asesinaran al regresar a su casa.

—Nada de eso —me dijo—; si encuentro ladrones me tomarán por un loco y me respetarán.

Nos hubiera acompañado en esa forma hasta el otro extremo de París.

Conversé, una vez por aquel entonces, con Jules Janin. Me acerqué a este gran crítico, sin escrúpulos, porque no iba a pedirle nada para mí. Encontré en él un buen muchacho sin afectación y sin vanidad, que hablaba con más cariño de su perro que de sus escritos.

En esa época se hacían cosas rarísimas en literatura. Las excentricidades del genio del Víctor Hugo joven habían mareado a la juventud, que estaba cansada de los viejos moldes de la restauración.

Ya no se consideraba a Chateaubriand bastante romántico; apenas lo era suficientemente el nuevo maestro que había excitado en esa forma nuevos apetitos. Sus discípulos más jóvenes querían sobrepasarlo. Se buscaban títulos rarísimos, temas repugnantes, y en esta carrera sorprendente se plegaban a la moda hasta personas de talento. Yo también estuve tentada de embarcarme en esa escuela y buscaba temas raros que nunca hubiera podido desarrollar. Entre los críticos que se resistían a ese cataclismo se encontraba Delatouche, con evidente discernimiento. Me retenía al borde de esa pendiente peligrosa con burlas cómicas y consejos sabios:

—Lea en su vida —me decía—, en su corazón y vuelque en el

papel sus impresiones.

Empecé *Indiana* sin ningún proyecto y sin esperanzas, sin ningún plan, alejado de mi recuerdo todo precepto o ejemplo; y no buscando en el modo de los demás, ni dentro de lo que yo conocía, el tema y los personajes. Alguien dijo que *Indiana* era mi historia. Tal afirmación es inexacta. En mis novelas he pintado muchos tipos de mujeres y se puede ver que jamás me he representado con rasgos femeninos. Soy demasiado romántica para haber visto una heroína de novela en mí misma. Nunca me consideré bastante hermosa, amable y lógica, en el conjunto de mi carácter y de mis acciones, para interesar a la poesía o a la novela; y nunca hubiera podido embellecer mi persona o dramatizar mi vida para lograr ese propósito. Estoy lejos de afirmar que una artista no debe describirse. Por el contrario, hará muy bien el que pueda coronarse de flores para mostrarse bajo los velos de la poesía al público, si es bastante hábil para que no se le reconozca bajo ese disfraz, o si es bastante hermoso para que tal disfraz no lo ponga en ridículo.

Cuando empecé a escribir no tenía ningún conocimiento teórico sobre la novela y creo que jamás lo tuve, cuando el deseo de escribir me hizo tomar la pluma en la mano.

La novela es una obra poética de análisis. Se necesitan situaciones verdaderas y tipos verdaderos, hasta reales, que se agrupen alrededor de un personaje, que debe ser el que encarna el sentimiento o la idea principal del libro.

Este personaje representa generalmente la pasión del amor, ya que todas las novelas son historias de amor. Según esta teoría este amor debe ser idealizado y no se debe temer dar a ese personaje todas las facultades que uno desea tener, o todos los dolores que se han experimentado. Pero, en ningún caso se le debe envilecer por la fuerza de las circunstancias; debe morir triunfante, se le debe dar una importancia excepcional en la vida, formas superiores a las corrientes, encantos y sufrimientos que sobrepasen a los de la vida común.

¿Esta teoría está en lo cierto? Creo que sí, pero me parece que no debe ser absoluta. Balzac, con el tiempo, me hizo comprender por la variedad y la fuerza de sus concepciones, que se puede sacrificar la idealización del tema a la veracidad de la pintura y a la crítica de la sociedad y aun de la misma humanidad. Balzac me

hablaba de este modo: «Usted busca el hombre tal cual debía ser; yo lo tomo tal cual es. Créame, ambos tenemos razón. Estos dos caminos llevan al mismo fin. Gusto de los seres excepcionales; yo soy uno de ésos. Necesito los seres excepcionales para hacer resaltar a los vulgares y nunca los critico sin necesidad. Sin embargo, los seres vulgares me interesan más a mí que a usted. Yo los agrando, los idealizo en el sentido inverso, en su fealdad o en su estupidez. Doy a esas deformidades proporciones aterradoras o grotescas. Usted hace el bien al forjar seres y cosas que provocarían pesadilla. Idealice dentro de lo hermoso; ésa es la tarea de la mujer.»

Balzac era sincero en su sentimiento fraternal y siempre ha idealizado a la mujer.

Balzac, espíritu amplio, el más completo que se haya producido en la novela de nuestros tiempos, maestro sin rival en el arte de describir la sociedad moderna y la humanidad actual, tenía razón al no admitir un sistema absoluto. Vio y probó que todo sistema es bueno y todo tema fecundo para un genio como el suyo.

Ha desarrollado lo que había en él de más poderoso, y se ha burlado de ese error de la crítica que quiere imponer un plan, temas y procedimientos a los artistas.

La inspiración es algo muy difícil de defender y debe ser reconocido como un hecho sobrehumano, como una intervención casi divina. La inspiración es para los artistas lo que la gracia es para los cristianos. Esa palabra, inspiración, creo que debe ser aplicada únicamente a los genios de primer orden. No me atrevería nunca a servirme de ella para mí misma. Sin embargo, hasta el más humilde trabajador tiene su hora de inspiración, y puede ser que este licor celestial sea igualmente precioso en un vaso de arcilla como en un vaso de oro. Únicamente que uno lo conserva puro y el otro lo altera.

Tomemos pues la palabra tal como es y que no implique nada de presuntuoso en mi pluma. Al empezar a escribir *Indiana* experimenté una emoción muy viva y muy particular, que no se parecía a nada de lo que había sentido en mis ensayos precedentes. Pero esta emoción fue más penosa que agradable. Escribí sin interrumpirme, sin plan y literalmente sin saber a dónde iba, sin haberme dado cuenta a dónde iba, sin haberme dado cuenta siquiera del problema social que abordaba. Yo no era sansimoniana;

nunca lo fui, aunque me haya sentido atraída por algunas ideas de personas de esa secta.

Tenía un sentimiento bien preciso y ardiente: el horror por la esclavitud brutal y estúpida. Yo no la había soportado, no la soportaba. Se ve por la libertad que yo disfrutaba y que no me había costado conseguir.

Por lo tanto, *Indiana* no era la revelación de mi historia. Era una protesta contra la tiranía en general, y si personificaba esta tiranía en un hombre, si encerraba la lucha en el cuadro de mi existencia doméstica, es que no ambicionaba ser más que una novela de costumbres. Por eso en un prefacio escrito después del libro, aclaré que no era mi propósito atentar contra las instituciones. Yo era sincera y no pretendía saber más de lo que en realidad sabía. La crítica me instruyó luego y me hizo examinar mejor esta cuestión.

Escribí este libro bajo el imperio de una emoción y no de un sistema.

Mi pobre Corambé se disipó para siempre desde que me sentí capaz de perseverar sobre un tema dado. Él era de una esencia demasiado sutil para plegarse a las exigencias de la forma. Apenas terminé mi libro, quise volver a mis ensueños de antes. ¡Fue imposible! Corambé no quiso aparecer. Tampoco aparecieron esos millares de seres que junto con él me acunaban todos los días con sus agradables divagaciones. Esas visiones no eran más que las precursoras de la inspiración.

Se escondieron cruelmente en el fondo del tintero, hasta que yo con audacia fui más tarde a buscarlas.

Las personas que no son artistas, tienen la curiosidad de saber en general bajo qué influencias exteriores o en qué condiciones los artistas producen sus obras. Esta curiosidad es un poco pueril y por mi parte muy pocas veces he podido satisfacerla.

Una inglesa me preguntó una vez, mirándome con sus grandes ojos de lechuza:

—¿En qué piensa usted cuando escribe una novela?

—Pues —le contesté—; trato de pensar en mi novela.

—¡Oh; piensa siempre usted mientras escribe; qué penoso debe ser eso!

Muchos artistas célebres tienen rarezas cuando trabajan. Balzac confesó que no tenía ninguna y sin embargo se las atribuyeron. Yo

lo he visto más de una vez trabajando como todo el mundo, en pleno día, sin excitantes de ninguna clase, sin ninguna señal que revelara que le costaba crear, siempre sonriente y con la mirada límpida.

Se dice que hay artistas que necesitan el uso inmoderado de café, de licores o de opio para producir. No creo mucho en todo eso. El trabajo de la imaginación es bastante excitante por sí solo. Confieso que yo nunca he podido regarlo más que con leche o con limonada, cosa que no ocurría a Byron.

Tampoco creo que este poeta hiciera sus versos estando ebrio. La inspiración pude presentarse al alma tanto en medio de una orgía como en el silencio de los bosques; pero cuando se trata de dar forma al pensamiento, que sea en la soledad de un cuarto de trabajo o sobre el escenario de un teatro, el autor debe estar en completa posesión de sí mismo.

Capítulo LVIII

Vivía aún en el muelle de Saint Michel con mi hija cuando apareció *Indiana.*

Creo que fue en mayo de 1832. En el intervalo entre su impresión y su apareción escribí *Valentina* y empecé *Lelia. Valentina* apareció dos o tres meses después de *Indiana* y fue escrita también en Nohant, donde con toda regularidad pasaba tres meses cada seis.

Delatouche subió a mi buhardilla y encontró el primer ejemplar de *Indiana,* que el editor Ernesto Dupuy acababa de enviarme y que precisamente en ese momento se lo estaba dedicando. Lo tomó, lo hojeó y le dio vueltas, curioso, inquieto; burlón sobre todo. Leía y a cada página exclamaba:

—¡Vamos, esto es pastiche! ¡Escuela de Balzac!

Trató de demostrarme que había copiado el estilo de Balzac y que con eso no era ni Balzac ni yo misma. Como yo no había buscado ni escrito esa imitación me pareció que su reproche era injusto. No contesté y esperé que mi juez hubiera leído completamente el ejemplar antes de condenarme a mí misma. A la mañana siguiente, al despertarme, recibí este billete:

«Jorge, le pido perdón. Olvide mis críticas de anoche, olvide todas las que le he hecho durante estos seis meses. Pasé la noche leyéndola. ¡Hija mía, qué satisfecho estoy con usted!»

Creí que todo mi éxito se limitaría a esta felicitación y me extrañé al recibir la visita de mí editor, que me pedía escribiera pronto *Valentina.*

Los diarios hablaron de Jorge Sand elogiosamente, insinuando que la mano de una mujer debía haberse deslizado en la obra para revelar al autor ciertas delicadezas del corazón y del espíritu; pero que el estilo debía pertenecer a un hombre, porque era muy viril.

Esta opinión hizo sufrir a Jules Sandeau en su modestia. Ya dije que este éxito lo determinó a recobrar su nombre íntegramente y a

renunciar a proyectos de colaboración, que por otra parte ya habíamos considerado imposibles de realizar.

La colaboración es un arte que requiere, además de confianza mutua, cierta habilidad particular y costumbre de trabajar en esa forma.

Ambos éramos muy poco expertos para repartirnos el trabajo. Cuando habíamos tratado de hacerlo, sucedía que cada uno tenía que rehacer enteramente el trabajo del otro, y que ese hacer y deshacer transformaba nuestra obra en la labor de Penélope.

Al vender *Indiana y Valentina,* me encontré con tres mil francos, que me permitieron pagar mis deudas, tener una criada, y vivir con un poco más de desahogo.

El señor Buloz acababa de comprar la *Revue des Deux Mondes* y solicitó mi colaboración. Allí publiqué *La Marquesa, La Viña* y no sé qué otra cosa. En esta revista colaboraban los mejores escritores de esa época.

Buloz era un hombre inteligente, muy fino, bajo su apariencia torpe. Él mismo dejaba que le gastasen bromas cuando estaba bien dispuesto, pero lo que no resultaba fácil era librarse de su dominación. Durante diez años tuvo mis finanzas en sus manos.

En esta larga asociación de intereses tuve con él mil disgustos. Pero a pesar de sus exigencias, de sus durezas y de sus disimulos, este déspota tenía momentos de sinceridad y de verdadera sensibilidad, como todos los hoscos. Al tener ciertos parecidos con mi pobre Deschartres, soporté sus tristezas entremezcladas con arranques de amistad. Me disgusté con él, llegamos a pleitear. Reconquisté mi libertad sin perjuicios para uno ni para otro; a este resultado hubiéramos podido llegar también sin necesidad de proceso, siempre que él se hubiera despojado de su testarudez.

En esta amistad, por más incompleta que haya sido, hay lazos más fuertes y más duraderos que nuestras luchas de interés material y nuestras disputas de un día. Creemos detestar a personas que en realidad amamos. Montañas de rencores nos separan de ellas; y, sin embargo, bastan unas palabras para deshacerlas. Cuando oí que Beloz me decía: «¡Ah, Jorge, qué desgraciado soy!», el día de la muerte de su hijo, olvidé todos los disgustos que había tenido con él.

Me afectó mucho el repentino odio que Delatouche me manifestó. La crisis anunciada por Balzac explotó un día sin motivo aparente. Tenía él profunda antipatía por Gustavo Planchet, el cual fue a verme llevándome un artículo suyo recientemente publicado en la *Revue des Deux Mondes,* muy elogioso para mí. Ese homenaje me halago más porque era desinteresado, puesto que yo aún trabajaba en esa revista. ¿Fue ese elogio lo que disgustó a Delatouche? No me lo dijo. Vivía él en Aulnay, a donde yo pensaba ir a verlo cuando el señor de la Rochefoucauld, que era su vecino, me dijo que se expresaba en términos muy descorteses hacia mí y que me acusaba de estar mareada por el éxito y de despreciar a mis antiguos amigos y consejeros. Como sus reproches no tenían asidero, creía que se trataba de uno de sus arrebatos de costumbre y le dediqué *Lelia,* que estaba por aparecer. Interpretó mal ese gesto mío y declaró que al hacerlo yo me había querido vengar de él. ¿Qué motivo tenía yo para vengarme de Delatouche? Como siguiera creyendo yo que Gustavo Planchet era el causante de nuestro malentendido, rogué a éste que pidiera disculpas a Delatouche por un artículo suyo donde hablaba mal del que fue mi maestro. Planchet accedió a mi ruego, pero Delatouche no se dignó contestarle. Continuó difamándome y consiguió enemistarme con algunos amigos míos que lo frecuentaban.

Dos años más tarde trató de congraciarse conmigo, por intermedio de su prima, la señora Duvernet. Me dedicó una de sus novelas. No depuse mi resentimiento ante sus elogios, porque éstos no cicatrizaban la herida hecha a mi amistad. Nunca me conmovieron los elogios; no los necesito. Nunca he pedido a los amigos que me consideren un genio, pero sí deseo que me tengan por un ser leal. Me reconcilié con Delatouche en el año 1844, cuando él tuvo que pedirme un favor. Tal ruego fue la retracción más honorable que yo podía haber exigido.

La entrada de mi hijo en el colegio constituyó otra gran pena para mí. Impacientemente había esperado el momento de tenerlo a mi lado; y ni él ni yo sabíamos qué cosa era el colegio. No quiero hablar mal de la educación en común pero sé que hay niños cuyo carácter no se aviene con el reglamento militar de los liceos, con la

disciplina rigurosa, con la ausencia de los cuidados maternales, de la poesía exterior, del recogimiento para el espíritu y con la falta de libertad para pensar. Mi pobre Mauricio había nacido artista; a mi lado había hecho suyas todas las costumbres propias del artista y, aun sin saberlo, hasta llevaba en sí el sentimiento innato de la independencia en el arte. Él estaba muy contento con la idea de entrar en el colegio y, como todos los niños, encontraba un placer en este cambio de ambiente y de modo de vivir. El día que lo llevé al colegio Enrique IV, estaba alegre como un pájaro y yo me conformaba al verlo tan bien dispuesto.

Saint-Beuve, amigo del provisor de aquel establecimiento, me prometió que mi hijo sería tratado con toda deferencia. El censor era un hombre excelente; un padre de familia, que lo recibió como a uno de sus hijos.

Acompañados por él visitamos el colegio. Esos grandes patios sin árboles, esos claustros uniformes de fría arquitectura moderna, esos fríos clamores del recreo, voces discordantes y como furiosas de los niños prisioneros; los taciturnos rostros de los maestros, jóvenes, casi todos fuera de su esfera, que están allí como esclavos de la miseria y que son forzosamente víctimas o tiranos; todo, hasta el tambor, instrumento guerrero, magnífico para sacudir el ánimo de los hombres que van a la guerra, pero estúpidamente rudo para llamar a los niños al recogimiento del trabajo, me desgarró el corazón y me causó cierto temor. Disimuladamente miré a Mauricio, y en sus ojos vi que compartía mi angustia. Sin embargo se hacía el fuerte, porque temía las burlas de su padre, mas, cuando llego el momento de separarnos, me besó con los ojos llenos de lágrimas. El censor, viendo que la tormenta iba a estallar en su corazón, lo abrazó paternalmente. En el momento en que yo me iba tratando de ocultar mi mala impresión, el niño se escapó de los brazos que lo retenían y agarrándose de mí, gritó, con sollozos desesperados que no quería quedar allí.

Creía morir. Era la primera vez que veía sufrir a Mauricio, y deseaba llevarlo de vuelta conmigo. Mi marido fue más firme y debo convenir en que procedió bien al serlo. Yo, obligada a escapar ante las caricias y súplicas de mi pobre hijo, oyendo sus gritos hasta que llegué al pie de la escalera, regresé a mi casa llorando y gritando casi tanto como él.

Dos días después volví a visitarlo. Le encontré metido dentro de un horrible y desaseado uniforme. No sé si aún perdura la costumbre de hacer usar a los alumnos recién llegados los uniformes dejados por los que acaban de salir. Eso constituía una villana especulación, puesto que se pagaba al ingresar cierta suma de dinero para el ajuar del alumno. En vano protesté de ese abuso, diciendo que esa costumbre era malsana, puesto que los niños podían contagiarse al ponerse ropa usada.

De esta segunda visita al colegio salí tristísima; mis amigos me reprochan mi debilidad de carácter. Confieso que no me sentía romana, ni espartana ante el dolor de mi querido hijo, que debía soportar el régimen severo que imperaba en aquella casa. Esa noche me llevaron al conservatorio creyendo que Beethoven disiparía mi dolor. Había llorado tanto al regresar del colegio, que tenía los ojos inyectados en sangre. Esta actitud mía no parecía muy razonable y reconozco que no lo era. Mas la razón no llora nunca, y las entrañas no razonan; esa no es su misión. Siempre recordaré los esfuerzos que debí realizar para llorar silenciosamente. Mauricio se resignó ante el temor de ver aumentar mi dolor, que para él no había pasado inadvertido. Sus días de salida terminaban con nuevas crisis de dolor. Por la mañana, llegaba a casa alegre, bullicioso, ebrio por su libertad. Pasaba más de un ahora aseándole, porque su higiene dejaba mucho que desear. No quería salir a pasear; su mayor satisfacción consistía en quedarse en casa con su hermana y conmigo; dibujaba hombrecillos y miraba o recortaba láminas. Jamás he visto un niño y más tarde un hombre que como él supiera entretenerse tanto con una tarea tan sedentaria. A cada rato miraba el reloj y decía: «Tengo tantas horas para pasar contigo.» Su mirada se estremecía a medida que el tiempo transcurría. Cuando llegaba la hora de comer no probaba bocado, porque las lágrimas le ahogaban, y cuando llegaba la hora de la partida, el llanto era tan copioso que con frecuencia debía mandar unas líneas al colegio diciendo que estaba enfermo; y era cierto. Los niños no saben luchar contra el dolor, y el dolor de Mauricio era una verdadera nostalgia.

Cuando lo prepararon para su primera comunión, vi que con todo candor aceptaba la enseñanza religiosa. Yo no quería que empezara su vida con un acto de hipocresía o de ateísmo; y si lo

hubiera visto dispuesto a burlarse, como hacían otros, le hubiera revelado los motivos serios que me decidieron en mi infancia a protestar contra una institución de la cual yo aceptaba más el espíritu que la letra; mas al observar que él no analizaba, me guardé muy bien de hacer nacer la menor duda en su alma. La discusión de esas prácticas no era cosa de su edad y su inteligencia estaba de acuerdo con su edad. Tomó su primera comunión, pues, con mucha inocencia y mucho fervor.

Capítulo LIX

El año 1833 inició para mí una serie de amarguras profundas, de las que yo creía haberme librado para siempre y que, por el contrario, no hacían más que empezar. Había querido ser artista; por fin lo era. Me imaginaba haber logrado lo que tanto había deseado; es decir, mi independencia material y espiritual. En cambio, acababa de encadenarme a algo que no había previsto.

Por gusto no hubiera elegido la profesión literaria, y menos aún la gloría. De haber obtenido suficiente ganancia, me hubiera dedicado a algún trabajo manual, ya que mi renta era demasiado escasa para permitirme vivir fuera del hogar conyugal, en el cual reinaban condiciones inaceptables. La única objeción que se hacía ante mi deseo de salir de allí era que no había dinero parar darme. Yo necesitaba ese dinero. Lo tenía, por fin. Por ese lado ya no habría reproches ni disconformidad.

Hubiera deseado permanecer ignorada para el público, y como después de la publicación de *Indiana* y de *Valentina* todavía los diarios afirmaban que el autor de esas obras era un hombre, creí que podría conservar mi incógnito, y que no tendría por que alterar mis costumbres sedentarias ni la agradable intimidad que me unía a personas tan desconocidas como yo. Lo única que deseaba era tener una escalera más corta para llegar a mi hogar y un poco más de leña para la chimenea.

Cuando me instalé en la buhardilla del muelle Malaquais, me creí en un palacio. Desgraciadamente, allí como en todas partes, pronto añoraría mi tranquilidad perdida; y, en vano, como Rousseau, correría pronto en busca de soledad.

No supe cerrar mi puerta a los curiosos, a los desocupados y a los mendigos de toda especie que llamaron a ella; y no tardé en

darme cuenta que ni mi tiempo ni mi dinero de un año bastarían para atender a las continuas peticiones que recibía. En París hay una mendicidad organizada alrededor de los artistas, por la que estos son continuamente explotados. Son presuntos artistas de edad que se encuentran en la miseria y que van mendigando, de puerta en puerta, con listas y firmas fraguadas por ellos mismos; o bien artistas sin trabajo que solicitan una ayuda, madres que piden pan para sus hijos, damas de caridad, etcétera.

Cuando se ha tenido la simplicidad de creer en uno de esos relatos de miseria, todo ese conjunto de simuladores nos señala como una fuente de recursos y uno se ve acosado a toda hora por peticiones.

Sin embargo, como en medio de esa gentuza encontraba, a veces, verdaderos infortunados, no pude rechazar de un modo definitivo a todos esos mendigos. Durante algún tiempo remuneré a ciertas personas para que averiguaran bien los antecedentes de los que más lástima me inspiraban. Las engañaron un poco menos que a mí, eso es todo; y, desde que no vivo en París, recibo cartas de mendigos desde todos los rincones de Francia.

Hay, además, una cantidad de poetas y de autores que solicitan protecciones, como si la protección pudiera suplir al talento. A esto hay que agregar los pedidos de las personas que quieren trabajar en el teatro, o de quienes solicitan cualquier empleo. También los artistas son requeridos para que presten dinero. O es un obrero demócrata que ha resuelto el problema social y que haría desaparecer la miseria de la sociedad si se le dan medios para publicar su sistema. Asimismo aparecen los pequeños comerciantes arruinados que necesitan unos miles de francos para levantar su negocio, etc. Tengo en mi casa miles de cartas absurdas, manuscritos extravagantes, romanzas u óperas magníficas, según sus autores… Todo eso llega acompañado de peticiones de dinero la primera vez; con injurias al segundo requerimiento, y con amenazas en el tercero. Tengo la paciencia de leer todas esas cartas, siempre que no sean jeroglíficos o que no consten de muchas hojas escritas con letra microscópica. Cuando en una de ellas veo un indicio de talento, la pongo aparte y luego la contesto. Si el talento es manifiesto, me ocupo en forma del autor de la carta.

Aún no he hablado de los simples curiosos, conjunto muy

variado en el que para librarse de ociosos inoportunos uno puede negarse a ver a algunas personas honorables y simpáticas. Entre esos ociosos se encuentran ios turistas ingleses, que quieren veros nada más que para anotar ese detalle en su libro de viaje. Como yo he olvidado demasiado el inglés, los que no saben hablar francés me hablan en su idioma y yo les contesto en el mío. No comprenden nada, contestan «¡Oh!» y se van. Existe también otra clase de curiosos: los malévolos, que vienen con la intención de confesaros y que se van furiosos cuando de la conversación no han podido obtener más que «si» o «no».

Como ya dije, en cuanto creía haber llegado al resultado que tanto había deseado, me encontré ante una doble decepción. Creía haber logrado una doble independencia para el empleo de mi tiempo y para disponer de mis recursos como deseaba. Eso es lo que yo creía haber conseguido, y que, en cambio, se transformó en una esclavitud irritante y continua. Viendo cómo con el producto de mi trabajo no podía socorrer toda la miseria que me rodeaba, doblé, tripliqué y hasta cuadrupliqué mis horas de labor. En ciertos momentos me reproché mis horas de reposo y de distracción como una satisfacción egoísta. Como me dejo llevar íntegramente por mis convicciones, durante cierto tiempo me entregué al trabajo forzado y a la limosna sin límites, como había hecho con el fervor católico en la época en que me privaba de los juegos y de la alegría de la adolescencia para dedicarme a la oración y a la contemplación.

Más tarde me consolé de la impotencia de mi abnegación y de los pocos recursos que poseía para distribuir entre los pobres, soñando con una gran reforma social. Había pensado, como tantos otros, que ciertas bases sociales son indestructibles y que el único remedio contra los excesos de la desigualdad estaban en el sacrificio individual y voluntario. Claro que esta teoría de la limosna particular es una puerta abierta para los egoístas y para los generosos. Nadie vive para comprobar quién da y quién no da. Hay una ley religiosa que ordena dar, no únicamente lo superfluo, sino hasta lo necesario; pero no hay poder constituido que pueda controlar qué cantidad destina cada persona a la caridad. Claro que con esto no quiero decir que la limosna obligatoria sea una solución social. Si la caridad depende de la conciencia de cada individuo, mientras unos son generosos con exceso, otros espíritus fríos y

positivos se abstienen de socorrer y dejan a los primeros un peso imposible de llevar.

Sí, imposible; pues si un puñado de hombres pudiera salvar el mundo por medio de un trabajo forzado y de una abnegación sin límites, podrían ellos considerarse orgullosos y felices de esa misión. Pero el abismo de la miseria no tiene fin y se necesita que una sociedad entera vuelque sus ofrendas en él para colmarlo por un instante. En el estado en que se encuentran las cosas actualmente parece que estos actos de caridad parciales ahondan y agrandan ese abismo, puesto que la limosna envilece toda vez que quien cuenta con ella se abandona a sí mismo.

Se ha despojado al clero y a las comunidades religiosas de los enormes bienes que poseían, y se ha intentado, en una gran revolución social, crear una clase de pequeños propietarios activos y laboriosos que sustituya a esa casta de mendigos inertes y nocivos. Esto significa que la limosna no bastaba para salvar la sociedad, aun cuando estuviera a cargo de una entidad bien constituida y de considerables proporciones. Sí; desgraciadamente, la caridad es impotente y la limosna inútil. Ha sucedido y volverá a suceder, que crisis violentas obligarán a las dictaduras, sean populares o monárquicas, a tallar en carne viva y a exigir sacrificios considerables de las clases acomodadas. Pero ese será el derecho de un momento, nunca un derecho absoluto, si un nuevo principio no lo consagra de un modo eterno en la libre creencia de los hombres. Los gobiernos tampoco pueden remediar este problema. En vano intentarían conseguir la salvación universal bajo una forma cualquiera. La resistencia de las masas desbaratará la voluntad de los individuos por más ardiente y milagrosa que ésta pueda ser.

Entonces, ¿qué debemos hacer nosotros, los individuos bien intencionados? Mil veces me he planteado este problema y no he podido resolverlo. La ley de Cristo: «Vended todo, dad el dinero a los pobres y seguirme», está prohibida, hoy, por la ley de los hombres, pues aunque no existieran esas leyes particulares sobre la propiedad, me lo prohíbe la ley moral de la herencia de los bienes, que trae consigo la de la educación, la de la dignidad y la de la independencia, puesto que faltando a ellas no cumplimos con los deberes de familia. No tenemos libertad para legar miseria a nuestros hijos. La miseria es degradante, puesto que humilla al que

la padece; y el único modo de escapar de ella es la muerte. Nadie puede legítimamente arrojar a sus hijos a un abismo para salvar de él a los ajenos. Si todos son hijos de Dios, tenemos la obligación con aquellos que él nos ha dado. De modo que todo lo que encadena la libertad futura de un niño es un acto de tiranía, aun cuando se haya hecho en nombre de la virtud. Si algún día, en el porvenir, la sociedad nos pide el sacrificio de nuestros bienes, será sin duda porque ha de proveer a la existencia de nuestros hijos, y los hará honrados y libres en el seno de un mundo donde el trabajo constituirá el derecho de vivir. Lo único que puede hacer la sociedad es tomar los bienes particulares para repartirlos entre todo el pueblo. Esperando el reinado de esta idea, que actualmente no es más que una utopía, obligados a debatirnos entre los lazos de la familia, que serán siempre sagrados, y las terribles dificultades de la existencia por el trabajo mientras nos conformamos con las leyes constituidas, ¿cuál es el *deber* de los que quieren ayudar al prójimo contra el sufrimiento y la miseria? Éste es un problema insoluble, si uno no decide vivir en medio de una contradicción flagrante entre los principios del porvenir y las necesidades del presente.

Los socialistas abordan esta cuestión francamente diciendo; «No den limosnas; al dar al que pide, se le envilece.» Pero los mismos que hablan en esa forma en momentos de convicción apasionada, dan limosna un rato después, incapaces de resistir a la piedad que escapa al razonamiento; y como al ayudar a alguien se es más humano y más útil que reduciéndose uno mismo a la necesidad de recibirlo, creo que tienen razón al contravenir su propia lógica y resignarse, como me sucede a mí, al no estar de acuerdo con ellos.

Para mí fue una cuestión de conciencia transmitir a mis hijos, intacta, la pequeña herencia que recibí para ellos y he creído conciliar lo mejor posible el amor de la familia con el amor de la humanidad, al disponer para los pobres únicamente del dinero obtenido con mi trabajo. No sé si he obrado mal, pero al hacerlo creí obrar bien. Tengo la certeza de haberme abstenido desde hace años de toda satisfacción personal y de no haber gastado nada por vanidad, por lujo o por pereza. El único sacrificio que me ha costado un poco, es renunciar a los viajes, que me gustan con pasión y que me hubieran desarrollado como artista. También me ha sido perjudicial renunciar a mi vida en París; pero me he creído

en la obligación de hacerlo, y ese sacrificio lo he visto compensado con el amor encontrado en la vida de familia y el amor del campo.

He tratado de dejar a mis hijos en completa libertad moral. Les he hablado de mis convicciones religiosas y los he dejado en libertad de adoptarlas o rechazarlas. Les he predicado siempre la necesidad del trabajo. He tratado de que mi hijo fuera educado como artista y como propietario, porque temía que fuera únicamente lo último y tampoco quería obligarlo a ser artista despojándolo de su propiedad. He creído cumplir escrupulosamente todas las obligaciones que los contratos relativos al dinero imponen a todo el mundo.

Mientras viví en Nohant, antes de instalarme en París, había sufrido muchísimo con preocupaciones de índole personal. En ese ambiente en que vivía me pareció que las demás personas no pensaban ni sufrían como yo, puesto que lo único que veía a mi alrededor eran preocupaciones de índole material. Cuando mi horizonte se extendió, cuando conocí todas las tristezas, todas las necesidades, todos los vicios de un gran ambiente social como es París; cuando mis reflexiones pasaron más allá de lo relativo a mí misma para posarse sobre el mundo del cual yo no era más que un átomo, mi desilusión personal se extendió a todos los seres, y la ley de la fatalidad se levantó ante mí en una forma tan poderosa que mi razón quedó atormentada.

Este momento en que se abrieron mis ojos, era solemne en la historia. La República soñada en julio desembocaba en las matanzas de Varsovia y en el holocausto del claustro Saint-Merry. El cólera acababa de diezmar al mundo. El Sansimonismo, que había dado cierto impulso a la imaginación, era perseguido y anulado sin haber decidido el gran problema del amor y aun, según mi opinión, después de haberlo mancillado un poco. El arte también había manchado por aberraciones deplorables la cuna de su reforma romántica.

En ese momento reinaba el espanto y la ironía, la consternación y la impudicia; unos lloraban la ruina de sus generosas ilusiones; otros reían sobre los meros peldaños de un triunfo impuro; nadie creía en nada, unos por descorazamiento, otros por el ateísmo. Nada, en mis antiguas creencias, era bastante fuerte en mí, desde el punto de vista social, para ayudarme a luchar contra ese cataclismo

con que se inauguraba el reinado de la materia; y en las ideas republicanas y socialistas del momento no encontraba luz suficiente para combatir las tinieblas que Mammon echaba sobre el mundo. Me quedaba, pues, sola con mi sueño de la Divinidad Todopoderosa, pero no Todoamorosa, puesto que abandonaba la raza humana a su propia perversidad o a su propia locura. Bajo la impresión de este abatimiento escribí *Lelia,* sin orden y sin plan preconcebido de hacer una obra para publicarla. Sin embargo, cuando escribí bastantes fragmentos alrededor de un romance, se los leí a Sainte-Beuve, quien me alentó para que continuara esta obra y aconsejó a Baluz que publicara un capítulo de ella en la *Revue des Deux Mondes.* A pesar de este precedente, no me había decidido aún a que esta fantasía fuera un libro para el público. Tenía excesivo carácter de sueño. Se parecía demasiado a *Corambé* para que pudiera ser gustado por numerosos lectores. Este manuscrito anduvo más de un año en mis manos. Es, creo, un libro que no tiene sentido común desde el punto de vista del arte, pero que por eso ha llamado más la atención de los artistas, como una obra de inspiración espontánea. Escribí dos prefacios para ese libro y dije en ellos todo lo que debía sobre ese asunto. El éxito de su estilo fue muy grande. El fondo del asunto fue amargamente criticado. Se quiso ver retratos en todos los personajes, y revelaciones personales en todas las situaciones; se llegó hasta dar un sentido morboso a ciertas partes escritas con el mayor candor, y recuerdo que, para comprender de qué me acusaban, me vi obligada a hacerme explicar algunas cosas que no sabía. No me afligí mucho por las innobles calumnias que ocasionó esta crítica. Lo que es completamente falso no duele. Me sentí, sí, extraña por las enemistades personales que origina la emisión de las ideas. Nunca he podido comprender que uno se sienta enemigo de un artista que piensa y crea en un sentido opuesto al que uno ha elegido. Concibo que se disputa y combata el objeto de su obra, pero que se altere deliberadamente este sentimiento para hacerlo condenable es algo que no puedo comprender, como tampoco comprendo que se calumnie la vida de un autor para injuriar a su persona.

Vi todos estos horrores con tristeza, pero con cierta tranquilidad. De algo me había servido acumular en mi soledad gran cantidad de desdén para todo lo que no es verdadero. De haber gustado de la

opinión del mundo, probablemente me hubiera atormentado la calumnia, que podía momentáneamente cerrarme las puertas del mismo; pero como lo único que me preocupaba era la amistad sincera, y como a ésta nada puede alterarla, nunca me di realmente cuenta de los efectos que causa la maldad. Además, no tengo en cuenta para nada las penas que me afectan a mí sola. Algunas que me hicieron sufrir. Pero aprecio los sufrimientos morales, como creo que debe apreciarlos la razón en seguida que vuelve a entrar en posesión de un dominio. Nadie lamenta verse libre de sus males y nadie lamenta haberlo experimentado. Todos sabemos que es necesario vivir cuando uno está en pleno dominio de sus emociones, porque se debe haber vivido cuando se está en pleno dominio de la reflexión. De los disgustos de la vida hay que lamentar únicamente aquellos que nos hicieron un mal real y perdurable.

¿Cuál es ese mal real y perdurable? Lo explicaré. Todo dolor lento o fugaz que debilita nuestras fuerzas y nos deja disminuidos, es un verdadero infortunio del cual es muy difícil llegar a consolarse. Un vicio, un crimen moral, una cobardía, son desgracias que envejecen de repente y por las cuales uno merece ser compadecido y puede compadecerse a sí mismo. Hay en el orden moral enfermedades análogas a las de la vida física, que nos dejan inválidos para siempre.

Pero hay un dolor más difícil de soportar que todos los que soportamos individualmente. Tiene una parte tan grande en mis reflexiones y hasta ha envenenado tanto algunas fases de mi dicha personal, que debo decir en qué consiste ese dolor. Es el sufrimiento general; es el sufrimiento de la raza humana entera; es la observación, el conocimiento y la meditación sobre el destino del hombre en la tierra.

Llegamos a comprendernos y a sentirnos nosotros mismos tan sólo olvidándonos; es decir, perdiéndonos dentro de la gran conciencia de la humanidad. Entonces, al lado de ciertas alegrías y de ciertas glorias, cuyo reflejo nos engrandece y nos trasfigura, nos invade de repente un temor invencible y un remordimiento lacerante al contemplar los males, los crímenes, las locuras, las injusticias, las estupideces, las vergüenzas, en fin, del hombre en general. No hay orgullo, no hay egoísmo que nos consuele cuando examinamos esta idea. Diréis en vano: «Soy un ser razonable en

medio de millones que no lo son; yo no sufro de los males que ellos mismos se han provocado.» Desgraciadamente, no quedaréis más tranquilos al decir estas palabras, puesto que no podéis hacer nada para que vuestros semejantes se os asemejen.

Os espantaréis aún más por vuestro aislamiento, porque os creeréis mejor que los otros y más feliz que ellos. Vuestra inocencia misma, la conciencia de vuestra probidad, la serenidad de vuestro propio corazón, no serán un refugio contra la tristeza profunda que os rodea.

Ésta es la ley de la vida; pero de todas las leyes de la vida es la más cruel. Ésta no es una recriminación política. La política actual, por más interesante que pueda ser, no es más que un horizonte. La ley de dolor que planea sobre nuestro mundo y la queja que ella exhala nace en las íntimas convulsiones de su misma esencia; y ninguna revolución posible podría ahogar ni destruir sus causas profundas. Cuando una se entrega con ahinco a esta búsqueda, se llega a comprobar la acción del bien y del mal en la humanidad, se llega a dilucidar el mecanismo de los efectos y de la resistencia, se llega a saber, por fin, *cómo* se realiza este eterno combate.

¡Nada más! El *por qué,* Dios únicamente podría decirlo, él, que hizo al hombre tan lentamente progresivo y que hubiera podido hacerlo más inteligente y más poderoso para el bien que para el mal.

Ante esta pregunta que el alma puede dirigir a la suprema sabiduría, confieso que el terrible mutismo de la divinidad consterna el entendimiento. Ahí sentimos nuestra voluntad quebrarse contra la puerta de bronce de los misterios impenetrables.

Convertirse en ateo y suponer que una ley sin inteligencia preside la ley del destino del universo, es admitir algo más extraordinario y más increíble que confesarse uno mismo, razón limitada, sobrepasada por motivos de una razón infinita. La fe triunfa de sus propias dudas; pero el alma desconsolada siente los límites de su poder, ajustarse estrechamente sobre ella y encadenar su abnegación en tan pequeño espacio que el orgullo desaparece para siempre mientras queda la tristeza.

He ahí bajo el imperio de qué preocupaciones secretas había escrito *Lelia.* De ellas no hablé a nadie, pues sabía que nadie a mi alrededor podría tranquilizarme; y, además, porque gustaba en

cierto modo del secreto de mi ensueño. He sido siempre amante de alimentarme yo sola con una idea lentamente saboreada, por roedora y devorante que pueda ser. Es cierto que al callarme así ante mis amigos, exhalaba, al publicar mi libro, una queja que tendría mayor repercusión.

Primero no pensé en esto. Me dije que mi libro sería poco leído y sería más bien un motivo de burla contra mí, porque lo considerarían como un montón de sueños vacíos y que no influiría en la búsqueda de la solución de los problemas sobre la duda y la creencia. Cuando vi que con él empezaban a reflexionar algunas almas inquietas, pensé y pienso aún que el efecto de estos libros es más bueno que malo y que en una época de materialismo esas obras son más beneficiosas que los cuentos *droláticos,* aunque diviertan mucho menos que éstos.

A propósito de los cuentos *droláticos* que aparecieron en esa misma época, tuve una discusión bastante fuerte con Balzac, y como él, a pesar mío, quisiera leerme unos fragmentos de aquellos, le arrojé su libro a la cara. Recuerdo que como yo lo trataba de gordo indecente, me replicó que yo era una mojigata y salió gritándome desde la escalera: «Usted no es más que una tonta.» Con todo, seguimos siendo muy buenos amigos, porque Balzac era verdaderamente simple y bueno.

Después de algunos días pasados en el bosque de Fontainebleau, tuve deseos de visitar Italia, y esa visita me satisfizo en un sentido opuesto al que yo esperaba.

Me cansé pronto de ver cuadros y monumentos. El frío me enfermó; luego el calor me anuló, y su hermoso cielo terminó por aburrirme.

Mas, el encontrarme sola, me hallé a gusto en Venecia y me hubiera quedado mucho tiempo allí de haber tenido a mis hijos conmigo.

Capítulo LX

En el vapor que me llevaba desde Lyon a Avignon encontré a uno de los escritores más notables de esta época. Su seudónimo era Stendhal. Era cónsul en Civita-Vechia y regresaba a su puesto después de una corta permanencia en París. Era de espíritu brillante y su conversación recordaba la de Delatouche, aunque era más profunda. En todo momento se mostraba satírico y burlón. Conversé con él y se mostró muy amable conmigo. Se burló de mis ilusiones sobre Italia, asegurando que pronto estaría aburrida y que los artistas que buscan lo bello en ese país eran tontos. No creí lo que decía, porque me di cuenta de que estaba cansado de su confinamiento y que regresaba a él muy a pesar suyo. Con mucha gracia se burló del tipo italiano, al que no podía soportar y para el cual era muy injusto. Me predijo algo que por suerte no experimenté: la privación de charlas agradables y de todo lo que formaba la vida intelectual: libros, diarios, noticias, etc.

Comprendí que esto era lo que él extrañaba lejos de las relaciones que podían apreciarlo.

Todo lo que me predijo sobre el aburrimiento y el vacío intelectual en Italia, me atraía en lugar de espantarme, pues yo deseaba huir de lo que él lamentaba. Con él y otros viajeros cenamos en una pésima posada del pueblo, porque el piloto del barco no quería atravesar el puente Saint-Esprit antes de que empezara el día. Allí se manifestó muy alegre, bebió un poco más de lo debido y bailaba alrededor de la mesa con sus botas forradas, ofreciendo un espectáculo grotesco.

En Avignon, nos llevó a ver la gran iglesia, en donde un viejo Cristo de madera pintada, de tamaño natural y verdaderamente feo fue objeto, por su parte, de apostrofes increíbles. Tenía profunda antipatía por esas imágenes que consideraba simulacros y a las cuales tanto quieren los meridionales.

Yo vi con placer que Beyle tomaba el camino de tierra para llegar a Génova. Nos separamos después de varios días de haber estado juntos, pero a mí me disgustaba su debilidad por los temas obscenos; y si él hubiera continuado el viaje por mar, yo hubiera tomado la montaña. Reconozco que era un hombre notable, de sagacidad ingeniosa, de talento original y verdadero; que escribía mal, pero que con todo interesaba a sus lectores. En Génova tuve fiebre, que atribuí al frío que había soportado en el trayecto por el Ródano y que, sin embargo, era provocada por el clima de Italia, al cual me ha sido difícil acostumbrarme. Aunque me encontraba mal, continué mi viaje. Pero no pude saborearlo, porque los escalofríos, los desfallecimientos y la somnolencia me tenían aletargada.

Estuve en Pisa, y en el Campo Santo; y luego seguí a Florencia y de allí a Venecia.

En Florencia estuve otra vez enferma. Vi todas las cosas bellas que allí hay, a través de un velo que me las transformó en fantásticas. El tiempo era hermoso, pero yo estaba helada y mientras miraba el Perseo de Cellini y la capilla de Miguel Ángel, me pareció que yo también era estatua. Atravesé el Apenino en una noche fría y serena del mes de enero, en una calesa bastante confortable que hacía el servicio de correo. Nunca he visto camino más desierto y gendarmes más inútiles, pues los dos que viajaban con nosotros estaban siempre a una legua delante o detrás de nuestro coche. Por suerte, no tuvimos ningún mal encuentro y lo único que llamó mi atención fue un pequeño volcán que creía que era una linterna que alumbraba cerca del camino. Al pasar por Ferrara y Bolonia nada pude ver; tan indispuesta me encontraba. Me animé un poco al pasar por el Po, cuyo aspecto es muy triste y desolado, porque atraviesa llanuras arenosas. Luego me volví a dormir hasta llegar a Venecia; y no me extrañé al sentirme deslizar en góndola mirando como a través de una neblina las luces de la plaza San Marcos reflejarse en el agua, y las grandes construcciones de arquitectura bizantina destacarse en el cielo iluminado por la luna, en ese momento inmensa y más fantástica que todo lo demás.

Venecia era la ciudad de mis sueños. Todo lo que yo me había imaginado de ella era inferior a lo que me pareció en la realidad. Me gustaba esa ciudad por sí misma y es la única en el mundo que me ha gustado de ese modo, pues una ciudad me parece siempre

una prisión que soporto a causa de mis compañeros de cautividad. En Venecia se podría vivir mucho tiempo solo; y se comprende que, en su época de esplendor y de libertad, sus hijos la hayan personificado y la hayan querido no como a una cosa, sino como a un ser. A mi fiebre siguieron un gran malestar y dolores de cabeza atroces, que yo no conocía y que se instalaron desde entonces en mi cabeza en forma de jaquecas frecuentes y a menudo insoportables. Había dispuesto quedarme en esa ciudad pocos días y en Italia pocas semanas; pero acontecimientos imprevistos me retuvieron más tiempo.

Alfredo de Musset estuvo más atacado que yo por el clima de Venecia, que mata a muchos extranjeros, cosa que no se sabe bastante. Geraldy, el cantor, que estaba también allí, se enfermó tan gravemente como Musset; y Leopoldo Robert se suicidó poco tiempo después de mi partida. Venecia, demasiado excitante para ciertos organismos, había, sin duda, contribuidos a desarrollar el espíritu trágico que de él se apoderó. Musset estuvo gravemente enfermo de fiebre tifus. Lo cuidé solícitamente, a pesar de mi malestar, no únicamente por el respeto que me inspiraba su genio, sino porque me atraían los matices encantadores de su carácter y los sufrimientos morales que experimentaba por las luchas entabladas entre su corazón y su imaginación de poeta. Pasé más de diecisiete días a su lado descansando únicamente una hora por día. Su convalecencia duró casi tanto tiempo como su enfermedad, y recuerdo que, cuando él partió, el cansancio produjo en mi un fenómeno raro. Muy de mañana lo había acompañado en góndola hasta Mestre y regresaba a mi alojamiento por los pequeños canales del interior de la ciudad. Todo estos, más bien estrechos, están atravesados por puentes de un solo arco para el paso de los transeúntes. Mi vista estaba tan cansada por las noches que había pasado sin dormir, que veía todos los objetos dados vuelta y en esa forma principalmente veía los puentes.

Llegaba la primavera, la primavera del norte de Italia, la más hermosa posiblemente del universo. Grandes paseos por los Alpes tiroleses y por el archipiélago veneciano, sembrado de islas encantadoras, me devolvieron pronto las fuerzas y me puse en condiciones de escribir. Necesitaba hacerlo, porque mis recursos pecuniarios estaban exhaustos y no tenía con qué regresar a París.

Allí, sola toda la tarde, saliendo únicamente a la noche para tomar aire y trabajando luego hasta altas horas, oyendo el canto de los ruiseñores enjaulados que adornan todos los balcones de Venecia, escribí *André, Jacques, Matea* y las primeras *Lettres voyageur.*
d'un

Mandé a Buloz varias notas para obtener con qué pagar mis gastos y poder regresar al lado de mis hijos a quienes extrañaba tanto. Pero la mala suerte me perseguía en esta querida Venecia, el dinero no llegaba. Las semanas se sucedían y cada día mi existencia se hacia más problemática. Se vive con muy poco dinero, es cierto, en este país, si uno se alimenta con sardinas y mariscos, cosas sanas y que son suficientes a causa del extremo calor, que quita el apetito. En cambio el café se hace indispensable en Venecia. Los extranjeros se enferman principalmente porque no se animan a tomar las seis dosis de café necesarias por día, para aclimatarse en Venecia. Este excitante inofensivo para los nervios, es indispensable como tónico mientras se vive en la atmósfera debilitante de las lagunas, pero se vuelve peligroso en cuanto uno pone los pies en tierra firme.

El café era algo costoso, que había que reducir. El aceite para la lámpara durante largas veladas, se consumía demasiado pronto.

Conservaba aún la góndola de alquiler de siete a diez de la noche pagando quince francos por mes. El gondolero era tan viejo y estaba tan lisiado que no me hubiera atrevido a despedirlo por miedo a que se muriera de hambre. Yo llegué a comer por seis centavos a fin de tener con qué pagarle y él encontraba el modo de embriagarse todas las noches.

En esa época los venecianos soportaban vejaciones de toda índole, porque se encontraban oprimidos por los austríacos.

Polichinela era el único que luchaba contra el yugo opresor. Sirviéndose del idioma veneciano, que los alemanes no entendían, les decía las más graciosas invectivas; y cuando aparecía un personaje extranjero sospechoso, en medio del auditorio que se reía de lo que él decía, los pilluelos del lugar, con cierto grito, le indicaban que frenara su lengua.

En todos los sainetes de títeres un personaje estúpido estaba invariablemente encargado del papel de Tudesco. En todos ellos, este Tudesco recibía lecciones de italiano de parte de Polichinela, disfrazado de maestro de idiomas. El alemán se esforzaba en

pronunciar algunas palabras y constantemente Polichinela lo molía a palos ante las risas y el entusiasmo del auditorio.

Esta complicidad en el odio contra el extranjero había unido a la población. En parte alguna he visto mejor trato entre el pueblo. Se estaba seguro de apaciguar a dos contrincantes diciéndoles que se portaban como alemanes. La ocupación austríaca era odiosa e indignante. Los venecianos, buenos, amables y espirituales y sin relaciones con los esclavos y los judíos, en manos de quienes está todo el comercio de la ciudad, serían tan honrados como los turcos, quienes encuentran allí la estimación que merecen. A pesar de la simpatía que experimentaba por esta ciudad y sus habitantes, por la hermosura del ambiente que me encantaba, me inquietaba y asustaba la miseria en que me encontraría pronto, y viendo que me sería imposible partir. Todos los días iba, en vano, al correo. No recibía ninguna respuesta a la cantidad de volúmenes que había enviado a la *Revue des Deux Mondes.* Un día, cuando ya no me quedaba ni un céntimo, y aún me paseaba en mi góngola, porque la tenía pagada por adelantado, mientras reflexionaba en mi situación, preguntándome si me atrevería a pedir ayuda a algunas de las personas que conocía en Venecia, sentí de repente gran tranquilidad, porque se me había ocurrido la idea absurda de que ese día encontraría una persona conocida que me sacaría de apuros.

Fui hasta el jardín público y miraba a todos los paseantes, contra mi costumbre, para ver si encontraba la persona con quien había soñado. De repente mi mirada se cruzó con la mirada de un hombre muy bueno y muy honrado a quien había conocido en
Mont-Doré,
una vez que me encontraba allí con mi marido, y que nos había visitado luego en Nohant. Era rico e independiente. Acudió a mí, muy sorprendido de encontrarme en ese lugar. Le conté mi aventura y al momento me ofreció su ayuda pecuniaria asegurando que en el momento que me había visto pensaba en mí, en Nohant y en el Berry sin poderse explicar por qué ese recuerdo se presentaba con tanta nitidez a su espíritu en ese instante.

Le acepté doscientos francos. Debía quedarse unos días más y de allí se iría a Rusia, de modo que yo me quedé tranquila pensando que podría devolverle el dinero antes de su partida. Mi esperanza se realizó. Un empleado del correo obligado a realizar una búsqueda

en las oficinas, descubrió en un lugar que no había sido revisado, las cartas y el dinero mandado por Buloz, que se encontraban allí desde hacía dos meses, a pesar de todas las diligencias que yo había hecho para dar con ello.

Arreglé mis cosas y partí a fines de agosto con un calor espantoso. Siempre he odiado las diligencias. Preferí tomar un coche que viajaba por etapas cortas y que me permitía recorrer todas las hermosas regiones por donde pasara, mientras me servía de protección en los altos del camino. El conductor era un buen hombre que no temía a los bandoleros; cosa muy agradable, porque en esa época era un trastorno tener que discutir en Italia con los conductores y posaderos que temían a los bandidos.

Este conductor era apodado Carlone. La terminación «one» expresa gran tamaño y gordura. Para el viaje vestí un pantalón de tela, una gorra y una blusa azul; y me pude resarcir de mis largos momentos de inmovilidad mientras escribía y andaba en góndola, haciendo gran parte de mi viaje a pie. Vi todos los grandes lagos. El que me pareció más hermosa fue el de Garda. Atravesé el Simplón, pasando en un día del calor tórrido de la vertiente italiana al frío glacial de la cima alpina y encontrando al atardecer, en el valle del Ródano, una frescura primaveral. Todo ese viaje fue para mí un continuo deleite. El tiempo estuvo admirable hasta el paso de la Tête Noire, entre Martigny y Chamonix. Allí, una tormenta me hizo ver el espectáculo más maravilloso del mundo.

En el trayecto me encontré con Antonino, un pequeño peluquero que era mi criado en Venecia y que había dado por acompañante a Musset hasta que éste llegara a París. Habíamos quedado en que si a él no le convenía, yo lo tomaría a mi servicio al llegar a París. Pero Antonino, con la nostalgia de su país, no había podido quedarse en el extranjero y regresaba a pie atravesando los Alpes, cuando nos encontramos frente a frente. Cuando me reconoció sintió gran alegría. Me besó la mano, según la costumbre de los criados italianos y pensé que debía ser un espectáculo bastante raro al ver a ese señor de aspecto pobre con guantes y cadena de oro, besando galantemente la mano de un muchacho, estando los dos blancos de polvo desde la cabeza hasta los pies.

El pobre Antonino estaba en la mayor miseria. Como había dejado París por su propia voluntad, no podía pretender que le

pagaran el viaje y volvía más pobre de lo que había ido; pero siempre peluquero, pues de él emanaba un perfume que se sentía a gran distancia; y siempre veneciano, ya que prefería pedir limosna antes que quedarse lejos de su querida ciudad.

Le ayudé en algo para que prosiguiera su viaje y me costó mucho trabajo lograr que lo aceptara, pues creía que mi vestimenta y mi condición de peatón respondía al mal estado de mi fortuna.

Llegué a París y encontré a Mauricio muy crecido y casi resignado con su vida del colegio. Tenía calificaciones muy buenas. Pero mi retorno, que para nosotros dos significaba tan grande alegría, debía hacer renacer en él su aversión por todo lo que significaba no estar a mi lado. Juntos partimos para Nohant para encontrarnos con Solange, que había estado al cuidado de una criada en quien yo tenía gran confianza. Esta mujer me parecía abnegada. Encontré a mi niña limpia, fresca, vigorosa; pero tan sumisa a su criada que me inquieté. Esto me hizo pensar en Rosa, aquella que me castigaba y me adoraba. Observé, sin decir nada, que las varas desempeñaban un papel importante en esta educación modelo. Las quemé y llevé la niña a mi cuarto. Este gesto mío mortificó el orgullo de Julia, que se hizo agria e insolente. Se inclinó hacia mi marido, lo aduló y él tuvo la debilidad de escuchar sus calumnias estúpidas y odiosas. La despedí sin darle explicaciones. Se fue proyectando vengarse. Mi marido mantuvo correspondencia con ella, lo que le permitió encontrarla más tarde. Yo no me preocupé por esta circunstancia y no previ que mis tranquilas relaciones con mi marido terminarían en disgustos. Entre nosotros habían ocurrido muy pocos. No habían vuelto a producirse desde que vivíamos independientes uno del otro. Mientras estuve en Venecia, Dudevant me escribió siempre en tono amistoso, dándome noticias de los niños y alentándome a proseguir el viaje, que sería beneficioso para mi instrucción y mi salud. Estas cartas fueron reproducidas y leídas más tarde por el abogado general, cuando el de mi marido se quejaba de los dolores y angustias que su cliente había experimentado mientras estaba solo.

Como no preveía nada malo para el provenir, me encontré muy feliz nuevamente en Nohant con mis amigos y mis hijos.

Fleury se había casado con Laura Decerfz, mi querida amiga de la infancia. Me encontré nuevamente con Duvernet, su mujer, la

señora Duteuil, Jules Néraud, Gustavo Papet, otro camarada de la niñez, un amigo más tarde, el excelente Planet, cuya sincera y cariñosa abnegación se revelaron desde el primer momento; y, en fin, Duteuil, uno de los hombres más encantadores, cuando no estaba mareado por la bebida, y mi querido Rollinat. Todas estas personas estaban muy unidas a mí por sinceros vínculos de amistad.

Fleury, Planet y Duvernet habían sido huéspedes de mi buhardilla del muelle Saint-Michel y más tarde de la del muelle Malaquais. Las ocho o diez personas que formaban esta vida íntima y fraternal soñaban un porvenir de libertad para Francia, sin pensar que cada una de ellas desempeñaría un papel más o menos activo en los acontecimientos políticos y literarios de nuestra patria. Del grupo formaba parte también un niño, un hermoso niño de doce a trece años, unido a nosotros por casualidad, y adoptado por todos nosotros. Inteligente, ocurrente, simpático y de lo más divertido, este muchacho, que debía ser un día uno de los actores más amados del público, se llamaba Próspero Bressant.

Con varios de estos amigos realicé un paseo a Valencay. Al regresar de allí escribí bajo la emoción provocada por una conversación con Rollinat, un artículo titulado *El Príncipe,* el cual supe que había disgustado mucho al señor de Talleyrand. Cuando me lo dijeron lamenté haber escrito esa ocurrencia. Como no conocía a Talleyrand no sentía ninguna antipatía personal hacia él. Sin embargo, él me había servido como tipo y como pretexto para una crítica contra las ideas de esa escuela de falsa política y de vergonzosa diplomacia que él representaba. Pero aunque sus ancianidad me fuese sagrada, bien porque ese hombre estuviese a medias en la tumba y perteneciese ya a la historia, experimenté cierto arrepentimiento, fundado o no, por no haber disfrazado o encubierto mejor su personalidad en mi crítica.

Yo hubiera tenido en ciertos momentos alguna facilidad para la polémica. Me daba cuenta de ello cuando me indignada contra la mentira, y muchas veces me llamaron para que interviniera en los debates diarios sobre política. Me negué siempre, aun en los días en que mis amigos me empujaban hacia ella como al cumplimiento de un deber. De haber querido escribir conmigo un diario que generalizara el combate de partido a partido, de idea a idea, me hubiera dado a esta tarea con valor y hubiera sido más atrevida que

los demás. Pero, en cambio, restringir esta guerra a las proporciones de un duelo diario, era contrario a mi modo de ser y me hubiera resultado imposible hacer ese trabajo. No habría podido sostener durante veinticuatro horas el resentimiento y el fastidio. Me ha costado trabajo a veces continuar en un diario o una revista, donde mi nombre parecía aceptar la solidaridad con las ejecuciones políticas o literarias. Ciertas personas me han dicho que yo no tenía carácter y que mis sentimientos eran débiles.

El primer reproche puede que sea justo, pero el segundo es falso. Recuerdo que varios de los que criticaban mi apatía política en 1847 me incitaban a la acción, fueron en 1848 más apáticos de lo que yo nunca lo fuera.

Capítulo LXI

Antes de entrar en el año 1835, durante el cual, por primera vez en mi vida, me sentí interesada por los acontecimientos de actualidad, hablaré de ciertas personas con las cuales mantuve amistad.

Trabé amistad con la señora Dorval después de haber discutido con varios amigos míos, que estaban injustamente prevenidos contra ella.

Nacida en un teatro de provincia y educada en medio del trabajo y de la miseria, María Dorval había crecido sufrida y fuerte; linda y marchita, alegre como un niño, triste y buena como un ángel condenado a caminar por los caminos más duros de la vida. Su madre era una de esas naturaleza exaltadas que excitaban desde temprana edad la sensibilidad de su hijos. Al menor yerro de María le decía: «¡Me matas; me matas de pena!»

La pobre chica, tomando en serio esos reproches exagerados, pasaba noches enteras llorando, rezando y pidiendo a Dios, con profundo arrepentimiento, que le conservara a su madre. Como resultado de haber experimentado tantas conmociones, su vida emotiva se desarrolló en ella intensamente.

Como esas plantas delicadas a las cuales se ve crecer, florecer, marchitar y brotar de nuevo, esta alma exquisita, agobiada bajo el peso de violentos dolores, florencía con el menor rayo de sol y buscaba ávidamente un soplo de vida alrededor de ella. Enemiga de toda previsión, encontraba en la fuerza de su imaginación y de su alma las alegrías de un día, las ilusiones de una hora, que debían suceder a los dolores amargos.

Por ser generosa, olvidaba y perdonaba pronto las ofensas y recibiendo nuevos golpes dolorosos con frecuencia, seguía viviendo, amando y sufriendo.

Todo era pasión en ella. La maternidad, el arte, la amistad, la abnegación y la aspiración religiosa. Es raro que yo me haya ligado

tanto a esta naturaleza doliente que me comunicaba sus desalientos, sin hacerme reaccionar como ella lo hacía. He buscado siempre las almas serenas, porque necesitaba la paciencia de éstas y deseaba el apoyo de su equilibrio. Con respecto a María Dorval, mi papel era completamente opuesto. Debía calmarla y convencerla, cosa muy difícil para mí, sobre todo en la época en que, turbaba y atemorizaba de la vida hasta la desesperación, no encontraba nada consolador para decirle que no estuviera desmentido en mí por sufrimiento menos expansivo, pero tan profundo. No escuchaba sus quejas apasionadas únicamente por deber y por abnegación, sino porque encontraba un encanto extraño en sus palabras; y en mi piedad había un respeto profundo por ese dolor que lejos de extinguirse se renovaba continuamente. Con raras excepciones no soporto durante mucho tiempo la compañía de las mujeres; no porque las considere inferiores a mí en cuanto a inteligencia, sino porque la mujer en general es un ser nervioso e inquieto que, a pesar mío, me comunica su misma inquietud. Otras mujeres son tontas en cuanto hablan de asuntos serios, y las que no son artistas de profesión llegan a tener un orgullo desproporcionado en cuanto se apartan de los chismes y del comentario de las pequeñas cosas de todos los días. Esto es resultado de la educación incompleta que reciben las mujeres.

Prefiero el trato de los hombres al de las mujeres y digo esto sin malicia alguna, bien convencida de que los fines de la naturaleza son lógicos y completos, que la satisfacción de las pasiones no es más que un aspecto limitado y accidental de la atracción de un sexo hacia el otro y que, fuera de todo trato físico, las almas se buscan siempre en una especie de unión intelectual y moral en que cada sexo aporta lo que constituye el complemento del otro. Si esto no ocurriera así, los hombres huirían de las mujeres y viceversa cuando termina la edad de las pasiones, mientras que por el contrario el principal elemento de la civilización humana está en sus relaciones serenas y delicadas. Confieso que conozco y he conocido varias mujeres verdaderamente femeninas por su sensibilidad y su gracia que me han gustado mucho y me ha complacido su trato.

Cuando conocí a María Dorval se encontraba en todo el brillo de su talento y de su gloria.

Antes de llegar a esa gloria, había pasado por todas las

necesidades de la vida nómada. Había formado parte de muchos conjuntos ambulantes. A los catorce años protagonizaba Fanchette en el *Mariage de Figaro,* y no sé qué otro papel en otra obra. Su único ajuar consistía en un vestido blanco, que debía lucir en ambas obras. Para dar a Fanchette el aire español, cosía una banda de género rojo en el borde de la falda que descosía rápidamente en cuanto debía representar la otra obra. Se casó joven. Cantaba en la Opera Cómica, en Nancy, cuando su hijita se rompió una cadera durante la representación. La pobre madre corría de la escena a atender a su hija, sin haberse interrumpido la representación. Madre de tres hijos y teniendo a su cargo a su pobre madre inválida, trabajaba con valor infatigable para el sostenimiento de su familia.

Como era una persona honesta vegetó durante años en medio de la mayor fatiga y de privaciones. Por fin se hizo conocer como eminente actriz dramática, al desempeñar el papel de la Meuniére, en el melodrama muy en boga en esa época denominado *Duex Forats.* Desde entonces sus éxitos fueron brillantes y rápidos. Creó la protagonista del drama moderno, la heroína del drama romántico. Creó también un tipo original en el papel de Jeanne Veubernier (*Madame Dubarry*) donde con su gracia exquisita y su encanto trivial resolvió una dificultad que parecía insalvable.

Debió luchar contra defectos naturales. Su voz era desagradable; era un poco tartamuda y a primera vista su aspecto era más bien vulgar. Ella misma se daba cuenta de que había locuciones teatrales que no podían salir naturalmente de su boca, porque le era muy difícil decir expresiones que no usaba comúnmente. Confesaba que había trozos en que hubiera deseado improvisar y no repetir la letra del texto.

En las primeras escenas de las representaciones, sus defectos resaltaban más que sus cualidades; pero en cuanto la obra empezaba a cobrar interés se insinuaba su gracia flexible, y en cuanto la acción de la obra se iba perfilando, la actriz ahondaba las emociones hasta el terror, y cuando la pasión culminaba, los espectadores más fríos llegaban a entusiasmarse.

Acababa yo de publicar *Indiana* cuando, atraída hacia la señora Dorval por una simpatía profunda, le escribí para pedirle una entrevista. Yo no era célebre y creo que ella no había oído hablar de

mi libro, pero mi carta la conmovió por su sinceridad. El mismo día que la recibió, mientras yo hablaba de esa carta a Jules Sandeau, la puerta de mi buhardilla se abrió y una mujer se abraza a mí gritando:

—¡Aquí estoy; soy yo!

La había visto únicamente en las tablas; mas como su voz había quedado tanto en mis oídos, la reconocí al momento. Era, más que linda, encantadora.

No era un rostro; era una fisonomía, un alma. Era delgada y su talle tan flexible que parecía una caña balanceada por algún soplo misterioso.

Pregunté a la señora Dorval por qué mi carta la había convencido tan pronto. Me contestó que esa declaración de amistad y de simpatía le había recordado la que ella escribió a la señorita Mars después de haberla visto representar:

«Al leer su carta, recordé que al escribir la mía yo me había sentido artista por primera vez. Me dije que usted también debía ser artista, y también recordé que la señorita Mars, en lugar de comprender mis palabras había sido altanera conmigo y yo no quise proceder así.»

Estoy convencida de que una artista vale según el entusiasmo que le inspira el talento de los demás. Nos invitó a comer el domingo siguiente, pues trabajaba en el teatro todas las noches y pasaba el día de descanso con su familia.

Estaba casada con el señor Merle, escritor distinguido, que había escrito «vodeviles» muy agradables y que dirigía el boletín del teatro de la *Quotidienne* con ingenio, gusto e imparcialidad.

No se sabe cuán conmovedora es la vida de los artistas de teatro, cuando viven rodeados por sus familia. Actualmente son numerosos los que viven en perfecto estado de normalidad doméstica. Sería tiempo de terminar con lo que se prejuzga de ellos. Los hombres de teatro son más morales que las mujeres y la causa de esta situación reside en que ellas, mientras son jóvenes y hermosas, viven acosadas pro toda clase de seducciones.

Sin embargo, aunque las actrices no lleven una vida regular de acuerdo con las leyes civiles, son casi todas, madres excelentes y heroicas. Sus hijos son generalmente más felices que los de otras mujeres del mundo; puesto que algunas de estas, no queriendo

confesar sus deslices, esconden y alejan el fruto del amor y si por obra del casamiento, estos niños entran a formar parte de la familia, la menor duda del cónyuge se manifiesta en una aversión terrible por estos desgraciados niños. En el teatro, las madres solteras se ocupan de sus hijos y son reprobadas las que los abandonan.

En este ambiente, los hijos legítimos o los bastardos son considerados en la misma forma, y si la madre tiene talento, quedan de hecho ennoblecidos y considerados como pequeños príncipes. En ninguna parte los lazos de la sangre son más estrechos que entre los artistas teatrales.

Cuando la madre debe trabajar cinco horas por día en los ensayos y otras cinco en las representaciones, sus mejores momentos son los pocos en que puede acariciar a sus hijos; y los días de descanso constituyen verdaderas fiestas.

Por más moderado que sea un actor, su sueldo nunca es suficiente pues no puede vivir con la economía del pequeño comerciante o el artesano humilde. El artista necesita vivir en cierto ambiente de elegancia y de confort. Sabe apreciar lo bello. Necesita un poco de sol, algo de aire puro que cada día se hace más caro en las ciudades populosas. Se quiere para los suyos lo mismo que uno posee o más. El artista sabe cuánto ha sufrido y, como se ha visto en el riesgo de fracasar por circunstancias que desea evitar a sus hijos, trata de educarlos como a niños ricos y lo hace con mucho sacrificio, porque en general los sueldos de estas personas no pasan de cinco mil francos por año.

Para llegar a ganar ocho o diez mil francos, se necesita tener talento notable y un éxito extraordinario.

El artista resuelve sus problemas pasando penas y amarguras infinitas. El amor propio excesivo y los celos pueriles que se les reprochan esconden mucha veces cuestiones de vida o de muerte.

Ésta era la situación de la señora Dorval. Ganaba cuanto más quince mil francos. No descansaba nunca y vivía del modo más sencillo, sabiendo dar a su casa un aspecto elegante y lujoso por el gusto y la habilidad con que la adornaba.

Pero, como era generosa, pagaba a menudo deudas ajenas y, como no sabía rechazar a los parásitos que la rodeaban, vivía continuamente en apuros. La he visto más de una vez vender alhajas que consideraba como reliquias para poder vestir a sus hijas

o para salvar a ciertos amigos que no merecían ese sacrificio.

Una de sus hijas, Gabriela, le causó un gran disgusto. Estaba celosa de su madre y deseaba ser libre. La madre no quería que sus hijas actuaran en el teatro. «Yo sé demasiado lo que es eso», decía, y en ese grito se encerraba todo el terror y toda la ternura de una madre. Gabriela dijo que su madre temía, en la escena, la vecindad de su juventud y de su belleza. Yo me sorprendí de ver tanta amargura y maldad escondida bajo su rostro angelical. Poco tiempo después se enamoró de un escritor de talento, F., que escribía en la *Revue des Deux Mondes.* F. era pobre y estaba enfermo de los bronquios. María Dorval, dándose cuenta de que su hija sufriría con esos amores, quiso apartarla de F., y la puso en un convento. Un buen día, Gabriela desapareció de allí raptada por F. Éste era un hombre honrado, pero poco enérgico y poco hábil para manejarse en la vida. Los enamorados se fueron a España y trataron de casarse sin el consentimiento de la madre; y como no pudieron hacerlo se vieron obligados a pedirlo a la señora Dorval. El casamiento se realizó y los jóvenes esposos se trasladaron a Inglaterra. Fracasaron en sus actividades teatrales y Gabriela, contagiada por su marido, murió poco tiempo después. F., regresó moribundo a París y sólo tuvo fuerzas para calumniar injustamente a su suegra.

Los enemigos de María Doval recibieron con alegría estos comentarios.

Esta pobre mujer doblegada por las penas, pudo reaccionar gracias a su trabajo, al afecto que les prodigaban los suyos y sobre todo por los cuidados que dedicó a su hija más joven, Carolina, cuya salud quebrantada le había inspirado durante muchos tiempo serios temores.

Carolina era buena, amaba a su madre; merecería ser feliz y lo fue.

Se casó con René Luguet, un joven actor en quien se perfilaba un verdadero talento, un alma generosa y un carácter noble. En los primeros tiempos de este casamiento vi a la señora Dorval triste y abatida. Un día me dijo:

—Sin embargo, soy feliz (mientras lloraba amargamente). Sufro y no sé por qué los afectos intensos me han envejecido prematuramente. Me encuentro cansada, necesito reposar y no sé hacerlo. Quiero olvidarme de mí misma. Quisiera también sentirme

atraída por el arte; pero me es imposible: ¡Ah, si tuviera rentas, me dedicaría a descansar!

Convino en que se aburría muchísimo desde que no tenía por qué inquietarse puesto que las dos hijas que le quedaban, Luisa y Carolina, estaban bien casadas y su marido, el señor Merle, era la serenidad personificada; amable y encantador dentro de su egoísmo.

Pero se aburría y no conocía la causa de ese aburrimiento.

—Cuando pienso que este aburrimiento es ocasionado por la ausencia de pasiones, me asusto tanto al pensar en que podría volver a empezar mi vida, que prefiero mil veces permanecer en este estado de lasitud. Pero sueño demasiado y sueño mal. Quisiera ver el cielo o el infierno, creer en Dios o en el diablo de mi infancia, sentirme victoriosa después de un combate cualquiera y descubrir una recompensa. Me esfuerzo en ciertos momentos por ser piadosa. Necesito a Dios y no lo comprendo bajo la forma en que la religión me lo da. Me parece que la iglesia es también un teatro y que, en él, ciertos hombres están representando.

Y agregó mostrándome una reproducción en mármol blanco de la *Magdalena* de Canova:

—Miro a esta mujer que llora y me pregunto por qué lo hace; si es de arrepentimiento por la forma en que ha vivido o porque añora no seguir en esa forma. ¿Qué es una abstracción?, me pregunto de repente. Leo esa palabra en los libros y cuanto más me la explican, menos la comprendo. Una idea abstracta no significa nada para mí. Puedo comprender a Dios como ser abstracto y contemplar un instante la idea de la perfección a través de una especie de velo. Siento la necesidad de amar a Dios, pero no puedo amar a una abstracción… Y, además, ese Dios que vuestros filósofos y vuestros sacerdotes dan a conocer, los unos como una idea, los otros bajo la forma de Cristo, ¿quién me asegura que no es únicamente fruto de la imaginación? Yo quiero verlo. Si me ama un poco, que me lo diga y que me consuele. ¡Lo amaría tanto yo! ¿Dónde se puede encontrar a ese divino Jesús?… Si yo hubiera conocido a ese ser perfecto, no habría sido pecadora. ¿Son los sentidos los que llevan al mal? No; es la sed de algo muy distinto; es el deseo de encontrar el amor verdadero, que llama y que hay siempre…

Tal era esta alma turbada y ardiente. Aquel abatimiento fue

pasajero. Carolina tuvo un hijo, a quien su madre llamó Jorge; y este niño fue la alegría y el supremo amor de María. Este corazón abnegado necesitaba un ser a quien entregarse día y noche sin reposo y sin restricciones:

—Yo necesito olvidar mi sueño, mi reposo, mi vida por alguien —me decía—. Únicamente los niños son dignos de ser mimados y cuidados a toda hora. Estos queridos inocentes necesitan de nosotros y nos pertenecen por entero. Soportamos todo de parte de ellos y para ellos, y como no les pedimos otra cosa que vivan y sean felices, les agradecemos infinitamente cuando se dignan sonreímos… Mira; yo necesitaba un santo, un ángel, un Dios visible para mí: Dios me lo mandó… El amor divino está en una de sus caricias, y veo el cielo en sus ojos azules.

Esta ternura inmensa que se despertaba en ella dio nuevos bríos a sus talento. Hizo el papel de Marie Jeanne y encontró en él gritos que parten el alma, acentos de dolor y de pasión que no se oirán más en el teatro, porque únicamente podían salir de su corazón y de su organismo y que tan sólo una personalidad como la suya podía hacerlos terroríficos y sublimes.

Ensayó la tragedia clásica en el Odeón. Estudió *Phédre* con un cuidado infinito buscando concienzudamente una nueva interpretación para su papel. No quería ser una copia de Raquel. Hizo, en efecto, prodigios de inteligencia y de pasión en esa interpretación.

En 1848 vi a María Dorval muy asustada por la revolución que acababa de estallar. El señor Merle pertenecía al partido legitimista y su mujer se imaginaba que podía ser perseguida. Ya se veía en la proscripción o en el cadalso. Sus alarmas no eran tan fundadas. Pero ella, que debía luchar contra la edad, la fatiga y su propio temor, tenía muy pocas probabilidades de resistir a esta perturbación política que perjudicaba a los artesanos y artistas que viven al día. Yo también me encontraba en situación bastante precaria; la crisis me sorprendía endeudada a causa del casamiento de mi hija. Por una parte, me amenazaban con embargar mi mobiliario. Por otra, la retribución por mis trabajos se había reducido en tres cuartas partes y terminé por no recibir dinero alguno durante algunos meses.

No me preocupaba mucho por los inconvenientes de esta

situación. Sufría por no poder pagar inmediatamente a mis acreedores y por no poder ayudar a los que sufrían a mi alrededor. Pero cuando uno está alentado por una creencia social, por una esperanza impersonal, disminuyen las ansiedades personales por intensas que sean. María Dorval, que hubiera podido comprender muy bien las ideas generales, no quería ni examinarlas, porque ya sufría demasiado por su propia cuenta, según decía, y no veía más que desastres y catástrofes sangrientas dentro de esta revolución de febrero.

¡Pobre mujer; presentía la horrible desgracia que iba a caer sobre su familia!

En el mes de junio de 1848, después de esos terribles días en que se acababa de matar a la República, armando a sus hijos unos contra otros y cavando entre el pueblo y la burguesía un abismo que necesitaría veinte siglos para ser tapado, estaba yo en Nohant muy amenazada por los odios cobardes y los imbéciles terrores de la provincia.

No me preocupaba por esto. Mi alma había muerto y mi esperanza había quedado aplastada bajo las barricadas.

Allí me llegó una carta desgarradora de María Dorval, en la cual me anunciaba la muerte de su querido nieto. Después de contarme en qué forma se había ido esa tierna criatura, me pedía: «… Escríbeme una carta que levante un poco mi espíritu. Pido tu auxilio una vez más. Escríbeme como tú sabes hacerlo. Tu corazón sabrá aliviar al mío. Adiós, mi querida Georges, mi amiga y mi nombre querido.»

Aunque no tengo costumbre de transcribir los elogios que he recibido, lo hago con éste, porque es sagrado para mí. Es la última bendición que recibí de esta alma amante y creyente, a pesar de todo.

Los consuelos que se le dirigían no caían en el vacío. Realizó un nuevo esfuerzo para aturdirse con el trabajo y para darse nuevamente a su abnegada tarea.

Desgraciadamente, sus fuerzas estaban agotadas y ya no debía volverla a ver. Poco tiempo después recibí una carta tristísima, en la cual Carolina me anunciaba la muerte de su madre. También me escribió René Luguet, que veneraba a María, dándome los detalles de su muerte.

Ambas cartas son una prueba de cómo fue amada y lloraba María Dorval. Si fue traicionada y mancillada esta víctima del arte y del destino, fue también muy querida y muy lamentada su desaparición.

Yo aún no he podido acostumbrarme a la idea de que ya no existe, de que ya no podré consolarla y socorrerla; no he podido relatar su historia y transcurrir estos detalles sin sentirme ahogada por las lágrimas; tengo la convicción de que la volveré a encontrar en un mundo mejor, pura y santa como el día en que su alma dejó el seno de Dios para venir a este mundo insensato y caer más tarde exánime en estos caminos malditos.

Capítulo LXII

Eugenio Delacroix fue uno de mis primeros amigos del ambiente artístico. Y es ahora uno de los más antiguos. Digo antiguo al referirme al tiempo desde el cual data nuestra amistad y no a la persona. Delacroix no tiene y no tendrá vejez. Es un genio y un hombre joven. Aunque por una contradicción muy original critica continuamente el presente y se burla del porvenir, a pesar de que se complazca en conocer, sentir y querer exclusivamente las obras y a menudo las ideas del pasado, dentro de su arte es innovador por excelencia. Lo considero el maestro de estos tiempos y comparándolo con los del pasado, quedará como una de las mejores figuras en la historia de la pintura.

Como este arte no ha progresado desde el Renacimiento, y como parece poco comprendido relativamente por las masas, es natural que un artista como Delacroix, combatido durante mucho tiempo por esta decadencia del arte y por esta perversión del gusto en general, haya reaccionado con toda la fuerza de sus instintos contra el mundo moderno.

En todos los obstáculos que lo rodeaban ha creído ver monstruos que debía derribar; y muchas veces esos monstruos se encontraban, para él, en las ideas del progreso, de las cuales no ha sentido o no ha querido ver más que el lado incompleto o excesivo.

La suya es una voluntad demasiado exclusiva y ardiente para conformarse con cosas abstractas. En la apreciación de las cosas sociales, es él como era María Dorval en cuanto a las ideas religiosas.

Las imaginaciones poderosas necesitan un tercero sólido para edificar el mundo de sus ideas. No se les debe hablar de espera, hasta que la luz se haga. Aborrecen lo vago, quieren la luz del día. Esto es muy simple, porque ellos son luz y día al mismo tiempo.

No se puede esperar que se calmen diciéndoles que la verdad

está y estará siempre fuera del mundo en que se vive, y que la fe en el porvenir no debe cortarse con el espectáculo de las cosas presentes. Tienen una agudeza visual tan poderosa, que ven a menudo retrocesos de los hombres en una época futura, y creen que la filosofía del siglo está también en retroceso.

En el arte no hay más que una verdad, lo bello; en la moral, esa verdad es el bien y en la política, lo es la justicia.

Cuando se quiera excluir todo los que nos parece justo, bueno y hermoso, se reduce tanto el ideal individual que cada persona llega a tener un ideal distinto a los demás. Sin embargo, el cuadro de la verdad es más amplio de lo que cada uno se imagina. La noción de lo infinito es la única que puede ampliar un poco al ser finito que somos, y esta noción es la que más difícilmente entre en nuestros espíritus.

El infinito no se demuestra; se busca, y lo hermoso se siente más en el alma de lo que se puede expresar por medio de reglas.

Los manuales de arte y de política dan a conocer una y otra cosa de un modo completamente infantil.

Dejemos que la gente discuta, puesto que esta enseñanza penosa, irritante y pueril se necesita en nuestra época; pero que los que sienten un impulso verdadero dentro de sí mismos no se dejen turbar por lo que oyen; que hagan sus obra apartándose del ruido que los rodea.

Luego, cuando nuestra tarea del día esté terminada, miremos la de los demás y no nos apresuremos en decir que no es buena, porque es diferente de la de los otros. Aprovechar es mejor que contradecir. A menudo no se saca provecho de nada, porque se quiere criticar demasiado.

Exigimos demasiada lógica en los otros y demostramos no poseer la necesaria. Queremos que se vea por nuestros ojos en todas las cosas y cuanto más nos llama la atención un individuo por sus grandes facultades, más queremos asimilarle a las nuestras, que, si no son inferiores a las suyas, son por lo menos muy diferentes.

Si somos filósofos, queremos que un músico se deleite con Spinoza; si somos músicos, quisiéramos que un filósofo interpretara una ópera y cuando el artista, audaz innovador dentro de sus facultades, retrocede ante la novedad de una tentativa artística, lo consideramos inconsciente y débil de voluntad.

«—Artista, condeno tus obras de arte, porque no piensas como yo, porque no perteneces a mi partido o a mi escuela. Filósofo: niego tu sabiduría, porque tú no entiendes nada de la mía.»

Es así como se juzga a menudo y como la crítica llega a dar la última mano a ese sistema de intolerancia, tan perfectamente fuera de razón.

Eso era muy sensible hace algunos años cuando muchos diarios y revistas representaban diversos matices y opiniones. Se hubiera podido decir entonces: «Dime en qué diario escribes, y te diré a qué artista alabarás o censurarás.» A menudo me han dicho:

—¿Cómo puede usted ser amiga de tal persona, pensando ambos de un modo tan distinto? ¿Qué concesiones mutuas se ven en la obligación de hacerse?

Nunca hice ni pedí la menor concesión, y si algunas veces he discutido, ha sido para instruirme haciendo hablar a los demás.

Delacroix es melancólico y taciturno en sus teorías; y alegre, encantador y de trato fácil en la vida diaria.

Sus burlas son sin amargura, felizmente para aquellos a quienes critica, pues tiene tanto ingenio como talento, cosa que uno no cree al mirar su pintura, donde la gracia cede el lugar a la grandeza y donde la *maestría* no admite la gentileza y la coquetería.

Sus personajes son austeros; agrada mirarlos de frente, llevan a una región más elevada que aquella en que uno vive. Dioses, guerreros, poetas o sabios, estas grandes figuras de la alegoría o de la historia, impresionan por su aspecto formidable o por su serenidad olímpica.

Al contemplarlos no se puede pensar en los pobres modelos de estudio que se encuentran en casi todas las pinturas modernas. Parece que Delacroix ha hecho posar a hombres y a mujeres, y ha entornado los ojos para no verlos demasiado reales.

Y, sin embargo, sus personajes son verdaderos, aunque idealizados en cuanto a su movimiento dramático o a su majestad soñadora. Son hombres; pero no simples como desea verlos el vulgo para poder comprenderlos. Viven; pero con esa vida grandiosa, sublime o terrible, de la cual únicamente el genio puede encontrar el soplo.

No hablo del color de Delacroix. Él únicamente sabría y tendría el derecho de demostrar esta parte de su arte que sus adversarios

más obstinados no han podido discutir. Mas hablar de color en pintura, es como querer hacer sentir y adivinar la música con la palabra.

¿Se puede describir el *Réquiem* de Mozart? Se podría escribir un poema al escucharlo, pero sería un poema y no una traducción; las artes no se traducen unas por otras. Se unen estrechamente en las profundidades del alma; pero no hablan la misma lengua y se explican mutuamente sólo por misteriosas analogías.

El único medio de analizar el pensamiento en cualquier arte, es a través de un pensamiento de la misma naturaleza.

Las únicas obras de arte sobre arte que tienen importancia y que pueden ser útiles, son las que tratan de desarrollar las cualidades del entendimiento de las grandes cosas, y que de ese modo elevan y ensanchan el sentimiento de los lectores.

Desde ese punto de vista, Diderot ha sido un gran crítico, y en nuestros días, más de un crítico ha escrito hermosas páginas. Tengo ante mis ojos un modelo superior de apreciación. Estas líneas están firmadas por Eugenio Delacroix:

«No se puede negar la impresión, sin cesar decreciente, de las obras que se dirigen a la parte más entusiasta del espíritu; es una especie de enfriamiento mortal que se apodera de nosotros poco a poco, antes de helar enteramente las fuentes de toda veneración de toda poesía… ¿Debe uno pensar que las obras hermosas no están hechas para el público en general; que no son apreciadas por él y que guarda su admiración únicamente para objetos sin importancia? ¿Será que siente una especie de antipatía para todo lo que sea una producción extraordinaria que su instinto lo lleva naturalmente hacia lo que es vulgar y de poca duración?…»

Después de este grito de dolor y de asombro, Delacroix nos habla del *Juicio final* y, sin emplear término técnico alguno, sin incitarnos en procedimientos que no necesitamos conocer, preocupado únicamente de comunicarnos su entusiasmo, arroja en nuestro cerebro el propio pensamiento de Miguel Ángel. Dice:

«El estilo de Miguel Ángel parece que fuera el único perfectamente apropiado al tema que él ha elegido. Esa especie de convencionalismo, particular en este estilo, de huir de toda trivialidad, a riesgo de caer en formas demasiado grandes y de llegar hasta lo imposible, es adecuada en la pintura de una escena

que nos transporta a un medio completamente ideal. Es tan cierto que nuestro espíritu va siempre más allá de lo que el arte puede expresar en ese género, que aun la misma poesía, que parece tan inmaterial en sus medios de expresión, no da siempre una idea demasiado definida de lo que quiere expresar. Cuando el *Apocalipsis* de San Juan nos pinta las últimas convulsiones de la naturaleza, las montañas que se derriban, las estrellas que caen de la bóveda celeste, la imaginación más poética y más amplia encierra, dentro de un campo limitado, el cuadro que se ofrece a su imaginación. Las comparaciones empleadas por el poeta son sacadas de objetos materiales que detienen el pensamiento en su vuelo. Miguel Ángel, por el contrario, con diez o doce grupos de figuras dispuestas simétricamente y sobre una superficie que la mirada domina sin esfuerzo, nos da una idea incomparablemente más terrible de la catástrofe suprema que lleva al género humano a los pies de su juez; y la influencia enorme que tiene sobre la imaginación del que observa su cuadro, no la debe a ninguno de los recursos que pueden emplear los pintores vulgares; es únicamente lo que le sostiene en las regiones de lo sublime y nos arrastra allí, junto con él.

»El Cristo de Miguel Ángel no es un filósofo ni un héroe de novela. Es Dios mismo cuyo brazo reducirá el universo a polvo. Miguel Ángel, el pintor de las formas, necesita contrastes, sombras, luces sobre cuerpos musculosos y en movimiento. El *Juicio final* es la fiesta de la carne en el momento que, al son de la trompeta, se entreabren las tumbas y las gentes se despiertan de su sueño secular…»

¿Quién ha escrito esas hermosas palabras? ¿No parece que fuera Miguel Ángel el que habla de su obra y explica el pensamiento de la misma? ¡No! Esas palabras están escritas por un maestro moderno que no se dedica a escribir y que tampoco tiene tiempo para hacerlo. Fueron volcadas sobre el papel en un día de intensa indignación contra la indiferencia del público y de la crítica, en presencia de una hermosa copia del *Juicio final,* debida a Sigalon. Estas palabras, como dije, pertenecen a Delacroix.

Transcribiré la conclusión a que llega Delacroix y por la cual se verá cómo él ha llegado a ser un pintor de la misma categoría de Miguel Ángel:

«No se ha temido afirmar que la observación de una obra de arte

de Miguel Ángel dañaría el gusto de los alumnos y los podría inducir al amaneramiento, como si pudiera haber algo más funesto que el mismo amaneramiento de las escuelas. Claro que modelos tan sorprendentes no pueden ser interpretados por todos los temperamentos…

»Después de todas las grandes desviaciones a que el arte podrá verse arrastrado por el capricho y la necesidad de variar, el gran estilo del florentino será como un polo hacia el cual habrá que volverse para encontrar nuevamente el camino de la grandeza y de la belleza.»

¡He ahí el procedimiento! Primero admirar lo bello, luego comprenderlo y hacerlo surgir de sí mismo.

Delacroix ha recorrido varias fases de su desarrollo imprimiendo a cada una de las series de sus obras el sentimiento profundo propio de cada una de las mismas.

Se inspiró en Dante, en Shakespeare, en Goethe; y los románticos, al haber encontrado en él la más alta expresión del romanticismo, creyeron que pertenecía exclusivamente a esa escuela. Pero tal ímpetu creador no podía encerrarse en un círculo tan definido. Pidió al cielo y a los hombres espacio, luz, artesonados suficientemente amplios para contener sus composiciones, y lanzándose entonces al mundo de su ideal completo, sacó del olvido a que habían sido relegadas, las alegorías del Olimpo, a las cuales, como gran historiador de la poesía, mezcló con las interpretaciones de los demás siglos. Autor de personificaciones sobrehumanas, ha creado un mundo de luces y de efectos; la palabra color no es suficiente para expresar lo que el público siente al contemplar esas obras, cuando el temor, el deslumbramiento y el sobrecogimiento se apoderan de él. Ahí surge la personalidad del sentir de ese maestro, enriquecido con el sentimiento colectivo de los tiempos modernos, que, escondida en el fondo de los temperamentos superiores, aumenta siempre a través de las edades. El talento de Delacroix es severo, y quien no sea capaz de elevarse, no podrá comprenderlo enteramente. Delacroix no ha sido grande únicamente en su arte, sino también en su vida de artista. No hablo de sus virtudes privadas, de su culto por su familia, de su ternura hacia los amigos en desgracia; esos son méritos individuales que la amistad no propala por todos lados. Las expansiones de su corazón volcadas en

sus cartas admirables, lo pintarían mejor de lo que yo puedo hacerlo; mas ¿es correcto dar a conocer, así, el modo de ser de amigos que viven, aunque sólo sea para glorificarlos? Me parece que no. La amistad, como el amor, tiene su pudor. Pero hay prendas morales que en Delacroix pertenecen a la apreciación pública como un noble ejemplo; es la integridad de su conducta; es su desinterés, la vida modesta que ha preferido llevar antes que hacer concesión alguna a principios que no eran los suyos. Es la perseverancia heroica con que prosiguió su carrera artística no obstante hallarse enfermo, riéndose de los desdenes, no devolviendo jamás el mal por el mal; respetándose él mismo en las menores cosas, no resintiéndose jamás con el público exponiendo sus trabajos anualmente, aun en medio de las grandes invectivas que recibía, no descansando nunca, sacrificando sus placeres más puros, pues ama y comprende perfectamente las otras artes. No tengo por qué hacer la historia de nuestras relaciones. Cabe en estas pocas palabras: amistad sincera. Le debo las mejores horas que he pasado como artista. Si otras inteligencias grandes me han iniciado en los secretos de su arte, en sus descubrimientos, en sus éxtasis, en la esfera de un ideal común, ninguna me ha sido más simpática y más inteligible en su expansión vivificante que la de este pintor.

No puedo hablar al lector de todos mis amigos. Un capítulo consagrado a cada uno de ellos, además de herir su modestia, tendría interés únicamente para mí y para un núcleo reducido de lectores. Si he hablado mucho de Rollinat, es porque esta amistad tipo ha sido para mí la ocasión de levantar un altar a esa religión del alma, que cada uno de nosotros lleva más o menos pura dentro de sí.

En cuanto a los personajes célebres, no me atribuyo el derecho de abrir el santuario de su vida íntima; pero considero un deber apreciar su vida en conjunto con relación a la misión que desempeñan.

Que aquellos amigos míos que no encuentren sus nombres en las páginas de esta historia, no crean que los he olvidado. Más de uno, obligado a alejarse por las circunstancias del círculo en que yo vivo, ha dejado su recuerdo en mi corazón. Entre ellos, nombraré, sin embargo, a David Richard, hombre noble y bueno, alma pura como pocas… La caridad le hizo olvidarse de sí mismo, y sus pacientes

estudios y los impulsos generosos de su corazón lo arrojaron a una vida de apóstol hasta la que yo lo he seguido siempre venerando. Escuchaba, consolaba y calmaba siempre, no sé por medio de qué influencia misteriosa, sobre la cual diría algo, si me atreviera, a propósito de un hombre tan serio, a hablar de cosas que se relacionan con el más allá. Pero, ¿por qué no he de atreverme? No siento ninguna desviación de mi buen sentido hacia las ilusiones antojadizas o raras. No he encontrado nada de extraño en lo que David Richard me ha dicho sobre la frenología y el magnetismo. Él se ocupaba seriamente de este sistema de observaciones que le llevaban a buscar la parte de fatalidad que existe en los destinos humanos pero sus tendencias espiritualistas lo retenían en el clima racional y religioso que debe hacernos rechazar la idea de una fatalidad invencible.

Esta noble inteligencia, después de haberse entregado con ardor a la persecución de esa fatalidad, se detuvo en el punto en que un ateísmo desesperante hubiera conmovido una creencia menos reflexiva y un carácter menos amante que el suyo.

Estudió el mal para buscar en él un remedio. Se compadeció de enfermo y puso toda su inteligencia en buscar la curación del mismo. Recordó que la esperanza es una de las tres virtudes celestiales y cuando se encontró frente al abismo de la duda, levantó sus ojos al cielo y rezó.

Sus amigos se atemorizaron ante su entusiasmo tranquilo y profundo. Me rogaron que, si me era posible, le preservara de sus tendencias al misticismo. Uno de los que me habló en esta forma fue el doctor Gaubert, de quien más tarde fui tan amiga como de David Richard. Este médico se asemejaba a Richard por su virtud y su bondad; pero su entusiasmo era expansivo y su temperamento más absoluto. Yo nunca traté de cambiar las convicciones de Richard, porque no me creía capaz de hacerlo y porque nunca me pareció que su espíritu estaba en peligro al estudiar esas cuestiones arduas. Creo, si es que he comprendido bien a Gaubert, que la discusión esencial entre ellos residía en esto: saber si la fatalidad en el ser humano era absoluta o accidental; si la voluntad divina había trazado a cada criatura la invencible ley de su salvación o de su condenación en este mundo; o si ella había permitido que la voluntad humana fuese sacudida por trastornos interiores más o

menos graves, pero siempre posibles de vencer.

Se ha visto al empezar esta obra, que yo me inclino hacia esta última opinión. Me encontraba, pues, más de acuerdo con Richard que con Gaubert, quien creía únicamente en ciertas modificaciones frenológicas aportadas por el régimen de vida y la educación. No soy bastante instruida para dar mi opinión en un sentido o en otro, ante hombres que han dedicado su vida a esta especialidad. Mis creencias se basan en los sentimientos ante todo, y para mi gobierno personal eso me ha bastado.

Mis dos amigos estaban de acuerdo al reconocer causas fatales del bien y del mal en la esencia misma de cada ser. Diferían sobre la mayor o menor eficacia del remedio que se debía aplicar al mal. Richard consideraba a Dios como el remedio supremo, pero no se detenía ante el dogma católico, tanto como lo hubiera deseado Gaubert, enemigo como yo del dogma de las penas eternas más allá de la vida y de las penas absolutas aquí en la tierra.

Me parecía que ambos tendían hacia una verdad útil. Uno, queriendo indulgencia en las leyes para el miserable privado de la conciencia de sus actos. El otro, queriendo hacer la virtud y la fe sobre el alma extraviada o perversa. Si la muerte no hubiera arrebatado a Gaubert en medio de su carrera, hubiera llegado a alguna noble consagración de sus principios. Richard completó la suya dedicándose a la curación de la locura. No sé a qué conclusión ha llegado sobre el magnetismo, fenómeno en el que Gaubert creía absolutamente.

Yo no soy una creyente sincera del magnetismo. Confieso que esa conclusión me es muy difícil de ser admitida. La ciencia es a ese respecto nada más que una búsqueda sobre las causas y la naturaleza de ciertos hechos insólitos. ¿De que la atracción se opera sobre ciertas cosas materiales, puede resultar que el pensamiento se aisle de las funciones del organismo y pueda entrar en el dominio de las voluntades? He pensado mucho en eso sin la menor prevención y aun con el violento deseo, tan natural a la imaginación poética, de salir del mundo positivo y de entrar en un terreno desconocido. Me parece que los sabios proceden mal al desdeñar el examen atento de los fenómenos magnéticos. Me han parecido insustanciales las razones que dan para dispensarse de este examen. Por mi parte, tampoco tengo convicciones firmes para

alistarme en favor del magnetismo. Reconozco que el ser humano tiene cierta influencia magnética, así como ciertos animales atraen a otros y los someten fascinándolos. Los grandes oradores, los grandes artistas, aun personas vulgares dotadas de una voluntad tenaz e irreflexiva, ejercen ese dominio sobre ciertas personas que se prestan especialmente para recibir esas influencias.

Es éste un poder limitado que, para desarrollarse, necesita el consentimiento de la otra parte; es decir, una disposición especial de ese organismo.

Creo, pues, en las influencias. No sé calificar de otro modo ciertas disposiciones repentinas en que nos colocan, contra nuestra voluntad y aun contra la suya, aquellos a quienes amamos o los que nos disgustan. Que sea una impresión recibida en una existencia anterior y de la cual hemos perdido el recuerdo, o un fluido que emana de ellas, lo cierto es que el encuentro con estas personas nos resulta o beneficioso o nocivo. Si lo que digo es una superstición, confieso sentirla. Por experiencia he llegado a la conclusión de que se sigue amando durante toda la vida a personas que gustaron desde que se las vio por vez primera. Esto me sucedió con David Richard, a quien veo desde hace más de diez años y con mi pobre Gaubert, a quien no volveré a ver en esta vida. Verlos, constituía para mí un verdadero bienestar moral, que acompañaba con cierto bienestar físico; me parecía respirar mejor, como si ellos hubieran saneado la atmósfera que se encontraba a mi alrededor.

Hay almas, no diré hechas una para otra, pero sí almas que se convienen por algún rasgo esencial o dominante. Cuando esas almas se encuentran, se adivinan y se aceptan mutuamente sin titubear, como si se encontraran después de una larga separación.

La mujer admirable e infortunada de que hablé en las páginas precedentes, pedía al cielo que mandara santos y ángeles a la tierra. Recuerdo haberle dicho que ya había algunos de ellos cerca de nosotros, pero que no siempre sabíamos reconocerlos bajo las humildes formas y los pobres hábitos que muchas veces los cubren.

La belleza, el ingenio y la gracia nos marean y corremos tras engañosos meteoros, sin pensar que muchas veces los verdaderos santos están escondidos entre la multitud y no colocados sobre un pedestal.

¡Santos y ángeles! Según mi opinión, Gaubert era un santo y

Richard un ángel; éste, sereno, viviendo dentro de su fulgor interior, y aquél, más agitado, más impaciente, exhalando ardientes indignaciones contra la locura o la perversidad que menos comprendía cuanto más las estudiaba.

Gaubert me inspiraba un cariño verdadero porque él lo experimentaba por mí. Aunque sólo tenía diez años más que yo, era el tipo virtuoso y cariñosamente paternal, severo y absoluto en sus teorías e indulgente en sus afectos. En él veía un refugio contra mis descorazonamientos, una ley viviente del deber y en él hallaba los consuelos que uno encuentra en el cariño paternal.

En cuanto a Richard, unas cuantas veces experimenté la influencia de sus fluido curativo. Me ocurrió que, al encontrarme en su presencia, dejaba de padecer las fuertes jaquecas y ataques de hígado que me han hecho sufrir muchísimo. Aseguro esto porque estoy convencida de que ciertos individuos pueden obrar sobre otros por algo más que el sentimiento, la imaginación o los sentidos.

No podemos llegar a conclusiones precisas sobre el magnetismo, porque la ciencia necesita aún mucho tiempo para poder hacerlo. No debemos, pues, avergonzarnos porque en nuestra época no se ha llegado al estudio definitivo de esta cuestión. Cada siglo tiene sus problemas y debe detenerse en el camino del progreso, para que en los siglos siguientes se continúe el estudio de los mismos.

Capítulo LXIII

No creo interrumpir mi relato al seguir consagrando ciertas páginas a mis amigos. El mundo de sentimientos y de ideas en el cual estos amigos me hicieron penetrar es una parte esencial de mi verdadera historia: la de mi desarrollo moral e intelectual. Tengo la convicción de que debo a los demás todo lo que mi alma ha adquirido y ha conservado de bueno.

Nací con el gusto y la necesidad de la verdad; pero mi personalidad no era bastante poderosa para que no necesitase una educación conforme a mis instintos o para encontrarla en los libros. Mi sensibilidad tenía necesidad, sobre todo, de ser dirigida. Los amigos sensatos, los sabios consejos, llegaron un poco más tarde para mí y cuando el fuego había permanecido demasiado tiempo bajo las cenizas y podía ser fácilmente ahogado. Pero esta sensibilidad dolorosa fue a menudo calmada y siempre consolada por efectos prudentes y bienhechores. Mi espíritu semi cultivado era en ciertos aspectos una tabla rasa, y en otros una especie de caos.

Mi costumbre de escuchar, que considero una gracia especial, me hizo recibir de todos aquellos que me rodearon cierta cantidad de luz y muchos temas para reflexionar.

Entre los hombres de talento que he conocido se encuentra Saint-Beuve, cuyos abundantes y preciosos recursos de conversación me fueron muy saludables, al mismo tiempo que su amistad, un poco susceptible, un poco caprichosa, me dio a veces la fuerza que me faltaba a mí misma. En cambio, me afligió mucho por sus ataques contra personas a las cuales yo admiraba y respetaba; pero como no tengo el derecho ni el poder de modificar sus opiniones y como siempre fue para mí generoso y afectuoso, considero un deber colocarlo entre los que fueron mis educadores y bienhechores intelectuales.

Como poeta y como crítico, Saint-Beuve era un maestro. Su

pensamiento fue a menudo complejo, cosa que lo hizo un poco oscuro a primera vista; pero como las cosas buenas deben ser releídas, se nota que la claridad se encuentra en el fondo de esta aparente oscuridad. El defecto de este escritor era un exceso de cualidades. Sabía tanto, comprendía todo tan bien, su talento era tan amplio, que el idioma debió parecerle insuficiente para expresar sus ideas y el cuadro al cual se ciñó debió resultarle siempre demasiado estrecho. Saint-Beuve enseñaba lo que era la prudencia con una elocuencia que convencía y, sin embargo, llevaba en sí la turbación de las almas generosas insatisfechas. Veía la dicha en la ausencia de ilusiones y de entusiasmos; y luego, al momento notaba el tedio, el disgusto y el fastidio que acarreaba el empleo de la lógica pura. Creo que estaba dominado por una contradicción nociva para su propia dicha. Llamo dicha a una especie de fuente de fe y de serenidad interior que, aunque parezca intermitente y se vea entorpecida por el contacto de las cosas exteriores, continúa siempre inagotable dentro del alma. Necesitaba las grandes emociones; pero quería gobernar y razonar las pasiones mientras las sentía. Quería que se perdonara a las ilusiones, puesto que no pueden ser completas, olvidando que si no son completas, ya no existen, y que los amantes, los amigos y los filósofos, que ven en su ideal algo que perdonar no se encuentran ya en posesión de la fe completa, la que hallan sencillamente empleando la virtud y la prudencia en su vida afectiva.

Creer o amar por deber me ha rebelado siempre, porque lo considero una paradoja. Se puede obrar como si se creyera o como si se amara: ése es, en ciertos casos, el deber. Pero desde el momento en que se deja de creer en una idea o en que se deja de amar a un ser, es al deber a quien se ama o a quien se sigue.

En resumen: me explico la naturaleza de Saint-Beuve como teniendo demasiado corazón para su espíritu y demasiado espíritu para su corazón; y sin atreverme a afirmar que lo he comprendido bien, me imagino que este resumen es la clave de su talento original y misterioso.

Conocí al hábil grabador Luiggi Calamatta al hacer grabar un retrato que Buloz quería poner al frente de una de mis ediciones.

Vivía pobremente y dignamente con otro grabador italiano, Mercuri, a quien se debe, entre otras cosas, el precioso grabado de Moissonneurs de Leopold Robert. Estos dos artistas estaban ligados por una noble amistad. Calamatta me fue pronto muy simpático y entre nosotros se inició una amistad que duró toda la vida. He encontrado pocas veces amigos tan fieles, tan delicados y tan solícitos como él. Es un agradable compañero para la vida alegre de un artista y al mismo tiempo un espíritu serio, justo, que sabe apreciar siempre los asuntos sentimentales. Nadie más que él merece la confianza que yo le brindé.

Calamatta sabía que para poder copiar bien es necesario ser artista en el dibujo y que el que no sabe este arte no comprende lo que ve y no pude reproducirlo por más esfuerzos de atención y de voluntad que haga. Estudió, pues, dibujo y se ejercitó en dibujos del natural, al mismo tiempo que continuaba sus trabajos como grabador, a los cuales dedicó varios años. Dedicó siete años para grabar el *Deseo de Luis XIII* de Ingres. Hizo algunos retratos notables, dados a conocer por sus grabados después de haberlos dibujado él mismo Entre otros se encuentra el de Lamennais, cuyo parecido es sorprendente. Pero el talento de Calamatta se revela en la copia minuciosa y concienzuda de los maestros antiguos. En el momento en que esto escribo está consagrando lo mejor de su voluntad para reproducir la *Gioconda* de Leonardo de Vinci.

Calamatta es uno de los amigos que me han enseñado, con su ejemplo, que es necesario estudiar, buscar y querer; amar al trabajo más que a sí mismo y que el fin de cada uno de nosotros debe ser dejar en una obra lo mejor de nuestra propia vida.

Debo también un reconocimiento particular, como artista, a Gustavo Planche, talento crítico de gran elevación.

Melancólico por naturaleza no es, sin embargo, un espíritu frío; sino que una tensión contemplativa, muy poco accesible a las emociones variadas de lo imprevisto en el arte, concentró el fulgor de su pensamiento sobre un solo aspecto. Durante mucho tiempo admitió y comprendió lo bello únicamente dentro de lo grande y lo severo. En cambio, lo lindo, lo fino y lo agradable le fueron antipáticos. Por esto se produjo una injusticia real en ciertas apreciaciones suyas, que le fueron atribuidas al mal humor, a una actitud deliberada, a pesar de que su crítica haya sido siempre

íntegra y sincera. Por ese modo de ser nadie suscitó más cóleras y más venganzas personales que él. Soportó todo con paciencia y aun con aparente impasibilidad, pero esta hostilidad, que él había provocado, lo hacía sufrir, pues el fondo de su carácter era más benevolente que su pluma. Una discusión moderada lo hacía reaccionar a los excesos de su propia lógica.

De haber aceptado como justos y concluyentes los puntos de vista que sostenía como crítico, yo hubiera aceptado completamente ese modo de ser con todos los inconvenientes y los peligros que traía aparejados. Pero lo que no aprobaba era el tono altanero y desdeñoso con el cual daba a conocer sus conclusiones escritas. Al hablar, lo hacía con gran serenidad y los autores que él examinaba eran tratados verbalmente con más justicia que la que demostraba al escribir.

Este sistema de crítica podía ser respetable, pero su resultado no era bienhechor. Si la crítica es lo que debe ser, es decir, una enseñanza, debe mostrarse generosa y suave para ser persuasiva. Debe tener contemplaciones, sobre todo para el amor propio, que si queda duramente herido ante el público se revela con ese insulto.

Una crítica elevada, desinteresada, noble por los sentimientos y la forma, debe ser siempre útil, aunque contradiga abiertamente al autor que analiza. Provoca en él un examen introspectivo que puede ser saludable. Ésa era seguramente la finalidad de Gustavo Planche, pero no conocía el medio para llegar a ello, puesto que hería la personalidad del artista. Por otra parte, admiro su juicio certero en pintura y en música particularmente. No le encuentro tan justo en literatura. No ha reconocido talentos consagrados con razón por el público. De cualquier modo ha demostrado siempre gran valor moral; tan grande es ese valor que en él hay suficiente causa para defender al hombre, su talento y su rectitud contra las enemistades atraídas por el tono amargo de su critica.

Él mismo, desde sus primeros pasos en la carrera, dio a conocer su doctrina con todo rigor:

«—El arte está enfermo —escribió en 1831—. Hay que tratarlo como a tal, consolarlo y atenderlo como lo hace un médico hábil. Debemos esperar la curación del arte. Pero para lograrlo se necesita un régimen severo para el enfermo, un trabajo de tesón y una critica concienzuda. Es necesario ayudar con todas las fuerzas y con

todos los medios que estén en disposición de la inteligencia, la educación del gusto del público… He querido hacer sobre el arte observaciones que pudieran ser provechosas para los artistas. ¿Es esto locura o vanidad? Puede ser que sea lo uno y lo otro. Decid a los pintores y a los escultores que escriban sobre las obras de sus contemporáneos. No lo harían por temor de ser acusados como celosos o envidiosos y porque perderían inevitablemente sus amistades… No puedo defenderme de la amarga tristeza que me envuelve. ¿De qué servirán los miles de palabras que desde hace tres meses arreglo y distribuyo de acuerdo con mi habilidad, y que trato de retener y modelar sobre mis pensamientos tan ciertos y evidentes para mi cuando nacen y tan falsos y exagerados cuando bajan de mis labios el papel?»

Estas páginas son muy originales y parecen ser la crítica del critico hecha por el mismo. Se nota en ella una gran nobleza en la intención unida a cierta emoción dolorosa; una resolución valiente, unida a cierta compasión…

La crítica de Planche me fue muy útil; no únicamente porque me obligó con sus burlas sinceras a estudiar un poco mi idioma, que escribía con negligencia, sino también porque su conversación, poco variada pero muy sustanciosa y muy clara, me instruyó en una cantidad de cosas que debía aprender para progresar.

Después de algunos meses de trato muy interesante para mi, debí dejar de verlo por razones personales, que no deben hacer prejuzgar contra su carácter, del cual nunca he tenido motivos para quejarme. Su intimidad me acarreaba graves inconvenientes. Me rodeaba de enemistades y amarguras violentas. Mis amigos me creían solidaria con su crítica severa y les era violento encontrarse con él en mi casa. Estuve titubeando mucho antes de decidir apartarme de él. Me pareció cobarde hacerlo en vista de los odios literarios que sus elogios me habían provocado.

Además, su humor melancólico, su aversión por las cosas fáciles y agradables en el arte, y la persistencia en el análisis durante sus conversaciones me provocaban un hastío al cual ya estaba muy predispuesta en la época en que le conocí.

Veía en él una inteligencia eminente que quería instruirme con sus conocimientos, que los había logrado al precio de su dicha, y yo estaba aún en la edad en que se necesita más alegría que saber.

Hubiera sido injusto y cruel de mi parte haberme alejado de su lado a causa de su tristeza misteriosa, de la cual nunca supe la causa, pero que debe ser orgánica. No quise tampoco entrar en discusiones profundas que acaban por destruir moralmente. No me sentía yo, además, con disposiciones apostólicas. Me encontraba bastante abatida, pues era la época en que yo escribía *Lelia* y trataba de evitar decir a Planche el fondo de mi propio problema, porque temía que lo resolviera con demasiada amargura.

Yo sentía que no podría salir de mi duda religiosa sino por una revelación imprevista del sentimiento o de la imaginación; de modo que me daba cuenta que la psicología de Planche no era aplicable a mi situación intelectual. En esa época experimentaba yo accesos de piedad, que callaban a mis amigos y sobre todo a Planche; los decía únicamente a María Corval, que era la única que podía comprenderme. Recuerdo haber entrado varias veces, entonces, al atardecer, en las iglesias sombrías y silenciosas, para sumirme en la contemplación de la idea de Cristo y para rezar aún con lágrimas místicas, como en mis jóvenes años de creencia exaltada. Entonces ya no podía meditar sin caer en mis angustias sobre la justicia y la bondad divina, conociendo el mal y el dolor que reinaban sobre la tierra. Me calmaba algo recordando lo poco que había podido comprender y retener de la *Teodicea* de Leibnitz. Este filósofo era la última esperanza de mi salvación. Yo pensaba que el día en que le comprendiera bien, estaría al abrigo de todo desfallecimiento espiritual. Recuerdo que un día Planche me preguntó si yo conocía a Leibnitz y me apresuré a contestarle que no; no tanto por modestia, sino por temor a oír dicutirle y derrumbarle.

Como ya dije, no hubiera tenido valor para apartarme de Planche si no hubiera sido por circunstancias particulares que comprendió con gran lealtad y desinterés. Le acusaron de haberme calumniado. Tuve con él una explicación. Negó tales testimonios con sinceridad convincente, pero desde ese momento nuestros encuentros fueron pocos. Le vi, por última vez en casa de la señora Dorval, hace ya unos diez años.

Otra personalidad melancólica, otro espíritu eminente era Carlos Didier. Fue uno de mis mejores amigos y luego nos alejamos y nos

perdimos de vista. Era un espíritu preocupado, tanto como yo entonces, por la búsqueda de ideas sociales y religiosas.

Terminaré esta galería de personas amigas, para iniciar más tarde una nueva serie a medida que otras figuras interesantes aparezcan en mis recuerdos. He dicho que mi reserva hacia algunas de ellas no responde a falta de estimación sino a ciertos motivos que explicaré.

Ciertas personas de las cuales estaba dispuesta a hablar con toda la conveniencia que exige el buen gusto, con todo el respeto debido a sus grandes facultades y con todas las contemplaciones que merece un contemporáneo, han expresado a terceros sus aprensiones con respecto a lo que yo podría decir de ellas en mis memorias. Mi respuesta a esas personas es prometerles que no les destinaré parte alguna en mis recuerdos, ya que no tienen fe en mi discernimiento y en mi saber decir como escritora.

Capítulo LXIV

Dije precedentemente que, después de mi regreso de Italia en 1834, experimenté gran felicidad al reunirme con mis hijos y mis amigos y encontrarme en mi casa; pero esa felicidad duró poco. Ni mis hijos, ni mi casa me pertenecían moralmente. Mi marido y yo no estábamos de acuerdo con respecto a la educación de estos tesoros. Mauricio estaba disconforme con el colegio, porque la dirección que recibía allí era contraria a sus instintos, a sus facultades y a su salud. El hogar doméstico soportaba influencias anormales y peligrosas. Yo era la culpable de esta situación sin poder encontrar en mi voluntad, enemiga de las luchas diarias y conyugales, fuerza para dominar esta situación. Uno de mis amigos, Dutheuil, decía que yo podía restablecer el equilibrio y volver a ser dueña de casa si me convertía en amante de mi marido. Esto no podía convenirme de ningún modo. Las reconciliaciones sin amor son innobles. Una mujer que se acerca a su marido para apoderarse de su voluntad procede en forma análoga a la de las cortesanas cuando buscan el lujo. Estas reconciliaciones transforman al marido en un juguete despreciable y en una víctima ridícula del engaño.

Dutheuil, al querer convencerme, trataba de idealizar mi actitud, invocando el amor por mis hijos y mi interés por el porvenir de los mismos. A esa consideración sagrada, no podía oponer más que un instinto de repugnancia; pero un instinto tan profundo, tan absoluto, que debí reflexionar, para darme cuenta del valor que debía asignarle en mi conciencia.

Una excusa física sería comúnmente aceptada como suficiente; yo no la consideraba como tal. El deber obliga a aceptar esas repugnancias, puesto que se tocan heridas infectas para aliviar a un enfermo, aun cuando ese enfermo no sea querido ni conocido.

Además, mi marido no me inspiraba desagrado instintivo ni moral. Lo único que deseaba era quererle fraternalmente, como me

había sentido dispuesta a hacerlo cuando me ofreció casarse conmigo.

Pero, sin embargo, cuando una niña pura se decide al casamiento, no sabe en qué consiste éste y puede confundir el amor con lo que no lo es. A los treinta años, una mujer no se engaña de esa forma, y por menos corazón e inteligencia que tenga sabe el precio, no digo de su persona (la persona podría resignarse a la humildad si pudiera darse ella sola, como una cosa), sino de su ser completo e indivisible.

He ahí lo que no hubiera podido hacer comprender a mi marido, que pensaba en otra forma y que, en cambio, hice comprender a Dutheuil, cuyo cerebro llegaba fácilmente a la comprensión de lo que él trataba en la práctica de sutilezas románticas y refinadas.

—El amor no es un cálculo de la voluntad —le decía yo—; los casamientos de conveniencia son una equivocación o una mentira que uno se hace a sí mismo. No somos únicamente cuerpo o espíritu; somos cuerpo y espíritu indivisible… Dios, que ha hecho agradable la unión de las criaturas, aun la de las plantas, ¿no ha dado a esas criaturas discernimiento proporcional al grado de la perfección que ocupan en la escala de los seres? El hombre, siendo el más completo de todos los seres, ¿no posee el sentimiento de esta unión necesaria de lo físico, lo moral y lo intelectual, de acuerdo con la posesión o la aspiración de sus goces?

Al hablar así decía un lugar común de los más acertados. Sin embargo, esta verdad indiscutible es tan poco observada en la práctica que las criaturas humanas se unen y los hijos de los hombres nacen por millares, sin que el amor, el verdadero amor, haya estado presente una vez sobre mil casos en los actos sagrados de la reproducción.

Se dice, en broma, que la procreación no es difícil; se necesita un representante de cada sexo. No, digo yo, deben ser tres; un hombre, una mujer y Dios entre ellos. Si el pensamiento de Dios es ajeno a ese éxtasis ha de nacer un niño, pero nunca un hombre. El hombre es fruto del amor completo. Dos cuerpos pueden asociarse para producir un cuerpo, pero únicamente el pensamiento da vida al pensamiento.

¿Qué somos nosotros? Hombres que aspiramos a ser hombres y nada más hasta ahora; seres pasivos, incapaces e indignos de la

libertad y de la igualdad, porque la mayor parte hemos nacido de un acto pasivo y ciego de la voluntad.

Y todavía honro demasiado este acto diciendo que es de la voluntad. Allí donde el corazón y el espíritu no se manifiestan no hay voluntad verdadera. El amor es, entonces, un acto de esclavitud de dos seres dominados por la materia.

Cuando una criatura humana, sea hombre o mujer, ha conocido el amor completo, ya no le es posible, y digamos mejor, no le es permitido volver sobre sus pasos y cumplir con un acto puramente animal. Sea cual fuere su intención o su objeto, su conciencia debe decir no, aun cuando su deseo diga sí.

El hombre comete, a toda hora sobre la tierra, un sacrilegio que no comprende y del cual la divina sabiduría puede absolverlo en vista de su ignorancia; mas no ha de absolver en la misma forma al que ha comprendido el ideal y luego lo pisotea. No hay poder humano personal o social bastante fuerte para autorizar al hombre a transgredir una ley divina, cuando esa ley ha sido claramente revelada a su razón, a su sentimiento y a sus mismos sentidos. Cuando MariOn Delorme se entrega a Laffemas, a quien aborrece, lo hace para salvar la vida de su amante, y lo sublime de su abnegación lo es relativamente. El poeta ha comprendido muy bien que una cortesana, es decir, una mujer acostumbrada en el pasado a venderse fácilmente, podía aceptar por amor la última de las afrentas. Pero cuando Balzac en *La cousine bette* nos pinta una mujer pura y respetable ofreciéndose temblorosa a un innoble seductor para salvar a su familia de la ruina, traza con arte infinito una situación posible; pero que nos resulta odiosa y en la que la heroína se hace desagradable. ¿Por qué, en cambio, Marion Delorme conserva su atractivo a costa de su humillación? Es porque no comprende lo que hace; es porque no tiene, como la esposa legítima y la madre de familia, la conciencia del crimen que comete. Balzac, que buscaba y se atrevía a todo, ha ido más lejos; nos describe en otra novela a una mujer que seduce a su marido, a quien no ama, para preservarlo de las redes de otra mujer. El autor ha querido disimular la bajeza de esta acción, dando a la heroína una hija para la cual quiere conservar la fortuna. Por lo tanto, es el amor material lo que, sobre todo, empuja a engañar a su marido con algo peor tal vez que la infidelidad, por una mentira de la boca, del corazón y de

los sentidos. No he ocultado a Balzac, que esta historia, de la cual decía que era real en su fondo, me indignaba hasta tal punto que no reconocía el talento que había desplegado para relatarla. La encontraba inmoral, yo que he sido reprochada de haber escrito libros inmorales.

Y a medida que he interrogado mi corazón, mi conciencia y mi religión, me he ido haciendo más rígida en mi modo de ver las cosas. No solamente considero como un pecado mortal (me complazco en emplear esta palabra que expresa tan adecuadamente mi pensamiento porque, según él, ciertas faltas matan nuestra alma) la mentira de los sentidos en el amor, sino también la ilusión que los sentidos tratarían de hacerse en los amores incompletos. Digo y creo que se debe amar con todo su ser, o vivir, suceda lo que suceda, en completa castidad.

Los hombres no harán nada de esto, lo sé; pero las mujeres, que están ayudadas por el pudor y por la opinión, pueden muy bien, sea cual fuere la situación que ocupan en la vida, aceptar esta doctrina cuando sienten que vale la pena observarla.

Para aquellas que no tienen el menor orgullo no sabré encontrar nada que decirles. Esta palabra, orgullo que usé mucho en aquella época, al escribir ahora se me presenta en su verdadero significado.

Olvido tan perfectamente lo que escribo y me cuesta tanto trabajo volver a leer mis páginas, que he tenido necesidad de recibir estos días una carta en que alguien me ha dado el trabajo de transcribirme una cantidad de aforismos que me pertenecen extrayéndolos de las *Cartas de un viajero,* dirigiéndome sobre este tema una cantidad de preguntas, para decidirme a releer mi libro, que, de acuerdo con mi costumbre había olvidado.

Acabo de leer, pues, las *Cartas de un viajero,* de septiembre de 1834 y de enero de 1835, y encuentro en ellas el plan de una obra que había pensado continuar más tarde.

Lamento mucho no haberlo hecho. Este plan consistía en dar a conocer las disposiciones sucesivas de mi espíritu de un modo simple y conveniente al mismo tiempo.

Tenía muchas cosas que decir y deseaba decirlas para mí y para los demás. Mi personalidad estaba formándose; yo la creía formada, y por el contrario, apenas había empezado a esbozarse; y a pesar de ese cansancio que me inspiraba, ya estaba vivamente preocupada

por ella, que tenía necesidad de examinarla y de atormentarla, por así decirlo, como un metal en fusión arrojado por mí dentro de un molde.

Pero como yo sentía que una personalidad aislada no tiene el derecho de confesarse sin tener como pretexto una buena conclusión útil para las demás, y como yo no tenía ese pretexto, quería generalizar mi propio personaje modificándolo.

Yo, que aún no tenía treinta años y que hasta entonces había vivido únicamente de mi vida interior; yo, que no había hecho más que arrojar una mirada asustadiza sobre los abismos de las pasiones y los problemas de la vida; yo, en fin, que me encontraba aún en el vértigo de los primeros descubrimientos, no me sentía realmente con autoridad para hablar de mí misma. Esto hubiera tenido muy poca importancia para mis reflexiones sobre las ideas generales. Me era permitido filosofar a mi modo sobre las penas de la vida y hablar de ellas como si hubiera apurado hasta la última gota, pero no exhibirme yo, mujer joven aún y bastante criatura en ciertos aspectos, como un pensador experimentado o como una víctima del destino. Describir mi yo real hubiera sido además una ocupación demasiado fría para mi espíritu exaltado. Creé, pues, dejándome llevar por mi fantasía, un yo muy viejo, muy experimentado y, sin embargo, muy desesperado. Con estas tres fases de mi yo supuesto, pude ponerme en la situación del viejo tío, del viajero anciano, protagonista de mis «cartas». En cuanto al medio en que éste actúa no podía encontrar otro mejor que aquel donde yo vivía, puesto que mi objeto era describir la impresión provocada por ese ambiente en mí misma. En una palabra, quería escribir la novela de mi propia vida, sin ser su protagonista, sino el personaje que piensa y analiza en ella.

Previ que la ficción no impediría al público querer buscar y definir mi yo real, a través de la máscara del anciano. Ciertos lectores lo pensarán así, y un abogado *demasiado inteligente* quiso, durante mi proceso de separación, hacerme responsable de todo lo que había dicho el viajero. ¿No era acaso evidente que yo tenía vicios, que había cometido crímenes? El viejo tío, ¿no presentaba su vida pasada como un abismo de disipación y su vida presenta carcomida por el remordimiento? En realidad, si en menos de cuatro años (intervalo transcurrido desde que yo había abandonado

mi hogar, en el cual era fácil constatar la rigidez de mi vida) hubiera podido adquirir toda la experiencia que se atribuía al viajero, sería un ser extraordinario, y no habría vivido en una buhardilla como lo hice, rodeada por cinco o seis personas, poéticas como yo.

Poco me interesa lo que me atribuyeron como personal en las *Cartas de un viajero.* En esas cartas mi desilusión de la vida era real. Se ha visto que era un mal crónico experimentado y combatido desde mi primera juventud, olvidado una temporada y vuelto a encontrar como a un compañero que se ha dejado lejos y que de repente se encuentra nuevamente junto a uno. Buscaba yo el secreto de esa tristeza que no me había abandonado desde Venecia y sentía más amargura que nunca. La verdadera causa la veo muy nítida hoy. Era física y moral, como todas las causas del sufrimiento humano, en que el alma no puede sufrir sola mucho tiempo sin que el cuerpo también se resienta. Empezaba a estar atacada de un principio de hepatitis, que se manifestó claramente luego y pudo ser combatido a tiempo.

Yo creo que este mal es el hastío de los ingleses, provocado por el mal funcionamiento del hígado. Yo llevaba en mí el germen o la predisposición para esa enfermedad sin saberlo; mi madre murió a consecuencia de lo mismo, y yo seguramente moriré como ella.

Sea que la bilis me haya puesto melancólica o que la melancolía me haya hecho hepática, lo cierto es que los dolores de hígado traen aparejados una tristeza profunda y deseos de morir.

Si el mal físico repercute sobre el ánimo, éste reacciona después, no diré por su voluntad inmediata, que muchas veces queda aletargada a consecuencia del mismo mal, sino por reflexión, por obra de las creencias adquiridas. Desde que estoy libre de esas dudas espantosas en que el pensamiento de nada llega a ser una voluptuosidad irresistible, desde que sé que ese eterno reposo es ilusorio, desde que creo en una actividad eterna más allá de nuestra vida, el deseo del suicidio vuelve a mí en forma esporádica, pero es vencido por la reflexión.

En cuanto a la causa moral independiente de la física, la volveré a repetir, porque escribo para los que sufren como yo he sufrido. Vivía demasiado en mí misma, para mí misma y por mí misma. Yo no me sabía egoísta, creía que no lo era y podía ser considerada

como tal en cuanto a mis ideas y en mi filosofía. Este modo de ser está muy visible en las *Cartas de un viajero.* En ellas se revela la personalidad ardiente de la juventud inquieta, tenaz, suspicaz, orgullosa, en una palabra.

Sí; era orgullosa y lo fui durante algún tiempo más. Tuve razón de serlo en muchas ocasiones, pues esta estimación de mí misma no era vanidad. Poseo un buen sentido y la vanidad es una locura que siempre me ha atemorizado. No me amaba a mí misma como persona, sino como criatura humana; es decir, obra divina, semejante a las demás, pero que no quería dejarse destrozar moralmente por aquellos que negaban y se burlaban de su propia divinidad. Ese orgullo aún lo poseo. No permito que me aconsejen y que quieran persuadirme sobre lo que yo considero malo e indigno de la condición humana. Para resistir a esta influencia opongo mis creencias, porque mi carácter no tiene ninguna energía. La creencia es buena para algo. Aporta lo que falta al carácter.

Pero hay un orgullo que nace y crece dentro de uno mismo y que va del hombre a Dios. A medida que nos sentimos más inteligentes, nos creemos más cerca de él, cosa que es cierta, pero cierta de un modo tan relativo a nuestra miseria, que nuestra misión no se conforma con esa certeza.

Queremos comprender a Dios y le pedimos firmemente que nos haga conocer sus secretos. Las creencias ciegas de las religiones aprendidas no nos bastan, y cuando queremos llegar a la fe por las propias fuerzas de nuestro entendimiento, cosa que es un derecho y un deber, andamos demasiado rápidamente. Nosotros, ardientes y apresurados, vamos a la conquista del cielo como a la de una fortaleza, no sabemos planear lentamente y poco a poco subir en alas de una filosofía paciente, estudiada sin prisa. Pedimos la gracia divina sin humildad; es decir, la luz, la serenidad, una certeza que no se turbe con nada y cuando nuestra debilidad encuentra el menor razonamiento, algunos obstáculos imprevistos, nos irritamos y nos desesperamos.

Ésta es la historia de mi vida, mi verdadera historia. El resto no ha sido más que un accidente de la misma. Una mujer muy superior de la cual hablaré más tarde (Hortense Allart), me escribía últimamente hablando de Sainte-Beuve:

«Siempre estuvo atormentado por los problemas de la

divinidad.»

Esas palabras resumen mi propio tormento. Sí; es un calvario esta búsqueda de la verdad abstracta, pero ha sido menos doloroso en Sainte-Beuve que para mí, estoy segura de ello, pues él era sabio y yo nunca pude serlo por no tener tiempo, memoria ni facilidad para comprender como otras personas. La sabiduría humana es un hilo conductor para llegar a la luz divina y yo no podré adquirirla mientras me vea obligada a vivir de mi trabajo diario y no pueda consagrar algunos años a la reflexión y a la lectura. Si no puedo hacerlo, moriré dentro de la nube espesa que me rodea y me oprime. Esa nube la he rasgado únicamente en ciertos momentos; y lo hice en horas de inspiración más que de estudio. Divisé entonces el amor divino como los astrónomos ven al sol a través de los fluidos ardientes que lo velan y que si se apartan un momento es para volver a estrecharse nuevamente a su alrededor. Esto es suficiente, tal vez, no en cuanto a la verdad general, pero sí para lo que yo necesito saber, para lograr la satisfacción de mi pobre corazón; es insuficiente para que ame a Dios de quien adivino la presencia tras los fulgores de lo desconocido y a quien ofrezco la aspiración que me ha dado conocer el infinito y que es una emanación de él mismo. Sea cual fuere el camino de mi pensamiento; clarividencia, razonamiento, poesía o sentimiento, él terminará por llegar a Dios.

¿Qué mas podré deciros, corazones amigos que me interrogáis? Amo; por lo tanto, creo. Siento que amo a Dios con ese amor desinteresado que Leibnitz da como único verdadero; que no puede saciarse en la tierra, puesto que amamos a los seres de nuestra predilección por la necesidad que tenemos de ser felices, y amamos a nuestros semejantes como a nuestros hijos por la necesidad que experimentamos de hacerlos felices, cosa que en el fondo es igual, puesto que la dicha de los demás es necesaria para la nuestra. Estas alegrías secretas las he sentido únicamente en dos épocas de mi vida; en la adolescencia, a través del prisma de la fe católica, y en la edad madura cuando mi personalidad se ha desligado de sí misma para entregarse a Dios. Esto no me impide que continúe tratando de comprenderlo. Aunque mi ser haya experimentado modificaciones y haya pasado por fases de acción y de reacción como todos los seres pensantes, en el fondo es siempre el mismo; tiene necesidad de

creer, sed de conocer, y experimenta el placer de amar. Los católicos, y he conocido algunos muy sinceros, me han dicho que la sed de conocer es la enemiga y la destructora implacable de la necesidad de creer y del placer de amar.

Estos buenos católicos tienen razón algunas veces. En cuanto se abre la puerta a las curiosidades del espíritu, se turban las alegrías del corazón.

Pero diré que la sed de conocer es inherente a la inteligencia humana. Ésta es una facultad divina que nos ha sido dada y rehusarse a la aplicación de esta facultad significa esforzarse en destruirla dentro de nosotros; es transgredir una ley divina. Hay corazones simples que no sienten los movimientos de su inteligencia y que aman a Dios únicamente con su corazón, como los amantes no aman más que con los sentidos. El amor de éstos es incompleto, no son todavía hombres perfectos. Los católicos dirán que lo que yo digo son sugestiones del demonio del orgullo. Sí, hay un demonio del orgullo. Consiento en hablar con vuestro lenguaje poético. Este demonio se encuentra en vosotros y en mí. En vosotros para persuadirlos que vuestro sentimiento es tan grande y tan hermoso que Dios lo acepta sin preocuparse del culto que podría rendirle vuestro razonamiento.

Sois unos perezosos que no queréis sufrir arriesgando el encontrar la duda en una búsqueda profunda, y tenéis la vanidad de creer que Dios os dispensa de sufrir, por tal que le adoréis como un fetiche.

Me aproximo al momento en que mi vida se abre sobre una nueva perspectiva: la política.

A ella me llevó una influencia sentimental. Es, pues, una historia sentimental la de los tres años de mi vida que relataré ahora.

Habiendo vuelto a Nohant en septiembre, regresé a París al terminar las vacaciones, con mis hijos, y regresé en enero de 1835, para pasar algunos días en mi vieja casa. Allí escribí la segunda parte de las *Cartas de un viajero* y lo hice en una disposición de espíritu menos sombría que la primera parte, pero, con todo, bastante triste. Pasé luego febrero y marzo en París, y en abril estaba de regreso en Nohant. Estas idas y venidas cansaban mi

cuerpo y mi alma. No me encontraba bien en ninguna parte. Sin embargo, había algo de bueno en mi alma; lo reconozco al leer hoy esas cartas desoladas, pero queriendo retornar a mi amada vida de Nohant, encontraba en ella tantos disgustos y mi corazón se encontraba al mismo tiempo tan desgarrado por secretas penas, que de repente experimentaba el deseo de irme. ¿Dónde? No lo sabía y no quería saberlo. Necesitaba irme lejos, lo más lejos posible, para que me olvidaran mientras yo también olvidaba.

Me sentía enferma, mortalmente enferma. Había confiado poder tener a mi hija junto a mí; mas debía renunciar a esta esperanza por el momento. Tenía ella una naturaleza completamente distinta a la de su hermano; se cansaba tanto de la vida sedentaria como Mauricio se complacía en ella y sentía la necesidad de distracciones propias de su edad y necesarias a la energía muy pronunciada de su organismo. La llevé a Nohant para que se desarrollara sin contratiempos, pero en cuanto debíamos volver a nuestra buhardilla y se encontraba separada de sus compañeros de juego de Nohant, su vigor físico se transformaba en franca rebeldía. Era una niña terrible, rara, a la que mis amigos mimaban muchísimo y a la que yo misma, incapaz de mantenerme severa, no podía dominar. Tenía la ilusión de que llegaría a calmarse y vivir más feliz al lado de otros niños y en un ambiente en que la disciplina general parece más fácil de soportar a las naturalezas independientes. La interné en una encantadora casa de educación del barrio Beaujon, en medio de tranquilos y alegres jardines que parecen destinados a ser pisados únicamente por hermosas niñitas. Las directoras de esta casa eran dos buenas hermanas inglesas, las señoritas Martin, verdaderas madres para sus alumnas, quienes estaban allí en número de ocho, condición excelente para que fuesen educadas con todo cuidado.

Mi hija se encontró muy bien en ese nuevo ambiente. Empezó a estilizarse y a civilizarse al lado de sus compañeras. Pero continuó siendo salvaje con las personas de afuera, con mis amigos sobre todo, que se complacían en transformarse en esclavos suyos. Era tan original y tan cómica en su trato con ellos que los divertía muchísimo. Emanuel Arago, sobre todo, ese buen hermano mayor, a quien ella manejaba más fácilmente que a Mauricio, fue su víctima preferida. Un día, que se había portado muy bien con él y mientras éste la acompañaba hasta la puerta de su pensionado, le preguntó:

—Solange ¿qué quieres que te traiga cuando venga a visitarte?

—Nada —contestó—, pero puedes causarme un gran placer, si es que quieres.

—¿Cuál?

—Lo mejor que puedes hacer es no venir a verme más.

Otra vez que el médico había recomendado que debía salir a pasear, se fue con Emanuel hasta el jardín de Luxemburgo y en el camino se le ocurrió no continuar el paseo caminando. Su compañero, prevenido por mí, no le dio el gusto, pero de repente se la encontró sin zapatos. Los había tirado a la calle sin que él se diera cuenta:

—Ahora —le dijo—, prueba a hacerme caminar con los pies desnudos.

A menudo, cuando se encontraba en la calle conmigo, se le ocurría detenerse y no quería caminar ni subir a un coche; entonces la gente se agrupaba alrededor nuestro. Tenía aún siete u ocho años y seguía con esos caprichos.

Debía yo tomarla en mis brazos y llevarla alzada hasta mi buhardilla, cosa que era bastante difícil. Lo triste es que estos caprichos no tenían ninguna causa que yo pudiera prever de antemano o adivinar.

Actualmente, ella misma no se da cuanta tampoco de esos exabruptos; eran como una imposibilidad natural de obedecer al impulso ajeno y yo no me resignaba a ser rigurosa para combatir esa resistencia incomprensible.

Sufrí mucho cuando la vi aceptar el ambiente del colegio, porque vi que su dicha de niña no era obra mía.

Por su lado, Mauricio procedía de un modo completamente distinto. Quería estar siempre a mi lado. Mi buhardilla era el paraíso de sus sueños y lloraba amargamente cada vez que debíamos separarnos. Mis amigos criticaban mi debilidad de carácter con respecto a mis hijos y yo me daba cuenta de que ella era extremada. ¿Qué debía hacer para vencerla? Planet me aconsejó tomar una gran resolución y dejar Francia por lo menos un año.

—Su permanencia en Venecia fue buena para sus hijos —me decía—; Mauricio trabajará mucho mejor en el colegio si sabe que usted está lejos de él. Solange sufre una crisis de desarrollo, por lo cual usted se atormenta demasiado. Usted es una víctima de ella y

ella toma la mala costumbre de verla sufrir. Usted no es feliz; su vida en Nohant es posible únicamente cuando usted se encuentra allí como de visita. A su marido le irrita su presencia y eso irá en aumento con el tiempo. Usted se aflige tanto por sus penas exteriores que hasta llega a crearse otras imaginarias. Usted está rodeada de circunstancias desagradables, es cierto; pero no son tan excepcionales como para que su voluntad no las pueda sobrellevar. Con el tiempo podrá hacerlo; pero antes debe recobrar la salud moral y física que está perdiendo. Debe alejarse del espectáculo y de las causas de sus sufrimientos. Vaya a escribir a algún hermoso rincón, donde nadie la conozca. Usted ama la soledad y aquí será imposible encontrarla. La soledad es perniciosa a la larga, pero necesaria en ciertos momentos. Usted está en uno de esos momentos. Váyase. La conozco, en cuanto usted haya soñado sola algunos días regresará más fuerte física y moralmente.

Planet ha sido siempre para sus amigos un excelente médico moral. Ingenioso en el arte de consolar, interrogaba minuciosamente y cuando había comprendido bien la situación de sus amigos, daba su opinión con gran decisión y gran claridad. Ninguno de nosotros, hablo del grupo berrichón que no se dividió nunca y del cual yo formaba parte, dejó de experimentar varias veces en su vida la influencia extraordinaria de Planet.

Por fin me decidí y una mañana, después de haber arreglado mis asuntos para asegurarme ciertos recursos, dejé París sin despedirme de nadie y sin dar a conocer mi proyecto a Mauricio. Vine a Nohant para despedirme de mis amigos y confiarles a mis hijos en el caso de que por accidente muriera yo en viaje, ya que deseaba irme lejos, por el camino de Oriente. Sabía bien que mis amigos no tendrían autoridad sobre mis hijos mientras fueran niños. Pero cuando salieran de esa edad podrían ejercer sobre ellos beneficiosas influencias. Esperaba que la señora Decerfz llegara a ser una verdadera madre para mi hija y deseaba yo vender mi propiedad literaria para formarle con ella una pequeña renta que le permitiera completar su educación en el caso en que mi marido consintiera en ello. Llegué a Nohant con el proyecto de llevar a cabo este arreglo.

Estaba aún en mi casa cuando Fleury, que partía para Bourges, donde Planet se había establecido (redactaba allí un diario opositor) me propuso ir allí, para conversar seriamente de mi situación y de

mis proyectos, no únicamente con este fiel amigo, sino también con el célebre abogado y común amigo de todos, Michel.

En esta época se dejó sentir sobre mí cierta influencia de una clase excepcional en la vida de las mujeres, y que, sin embargo, terminó repentinamente sin destrozar la amistad que nos unía.

Capítulo LXV

Lo que me impresionó al ver a Michel por primera vez, a mí que tenía frescos los estudios frenológicos, fue la forma extraordinaria de su cabeza. Parecía tener dos cráneos soldados uno a otro; los signos de las altas facultades del alma se acentuaban tanto en la proa de ese poderoso navío como los de los instintos generosos en la popa. Inteligencia, veneración, entusiasmo, sutileza y amplitud de espíritu estaban equilibrados por el amor filial, la amistad, la ternura doméstica y el valor físico. Everard (le conservaré en este relato el seudónimo que le di en las *Cartas de un viajero;* me ha gustado siempre bautizar a mis amigos con nombres de mi elección, aunque de ellos no recuerdo siempre el origen) era una personalidad admirable. Pero estaba enfermo, no debía vivir, no podía vivir. A pesar de llevar una vida sobria y austera, sus órganos estaban desgastados. Fue precisamente esta pobreza de vida física lo que me conmovió profundamente. Es imposible no experimentar interés por una hermosa alma que lucha contra las causas de una inevitable destrucción. Everard no tenía más que treinta y siete años y su aspecto era el de un anciano bajo, delgado, calvo y agotado. A primera vista parecía tener sesenta años; pero su juventud se manifestaba en él cuando uno observaba mejor su hermoso rostro pálido, sus dientes magníficos y sus ojos miopes de mirada tan dulce y tan pura a través de sus lentes. Ofrecía la particularidad de parecer y de ser realmente joven y viejo a un mismo tiempo.

Este estado problemático debía ser y fue la causa de grandes sucesos imprevistos y de grandes contradicciones en su ser moral. Tal cual era no se parecía a nadie ni a nada. Muriéndose en cualquier momento, la vida desbordaba en él también en cualquier momento, y a veces con tal intensidad de expansión, que abrumaba al espíritu que más ha maravillado y encantado, es decir, el mío. Su manera de ser exterior respondía a ese contraste por otro no menos

evidente. Habiendo nacido campesino conservaba el deseo de vestir con comodidad. Se cubría siempre con una capa gruesa y calzada burdos zuecos. Siempre tenía frío, pero por buena educación no conservaba su gorra o su sombrero en las habitaciones. En cambio, pedía permisos para cubrir su cabeza con un pañuelo y sacaba de su bolsillo tres o cuatro de éstos, que anudaba al azar uno en otro y con los cuales cubría de un modo fantástico y pintoresco. Bajo su vestimenta se veía siempre una camisa fina, siempre blanca, signo de la secreta exquisitez de este campesino del Danubio. Ciertos demócratas de provincia criticaban ese cuidado extremo de su persona. Estaban muy equivocados. El aseo es una prueba de sociabilidad y de deferencia hacia nuestros semejantes. Creo que la negligencia en el aseo debe corresponder a alguna negligencia del espíritu, de la cual deberían desconfiar los observadores de las personas desaseadas.

Los modales bruscos, la franqueza áspera de Everard, no eran más que aparentes y era una afectación suya ante las personas que le resultaban antipáticas a primera vista. En cambio, era por naturaleza suave, atento y agradable. En el fondo de su carácter era autoritario y esto no restaba valor a su bondad. Quería esclavos a su alrededor, pero para contribuir a la felicidad de los mismos. Cuando llegué a Bourges, Everard, avisado por Planet de mi llegada, acudió a verme. Acababa de leer *Lelia* y estaba encantado con esa obra. Le conté todas mis penurias y todas mis tristezas y le consulte menos sobre mis asuntos que sobre mis ideas. Estaba muy bien dispuesto y desde las siete de la tarde hasta las cuatro de la mañana, mis dos amigos y yo estuvimos admirándolo.

Nos separamos, pero como la noche de luna estaba tan hermosa, nos propuso realizar un paseo por esta hermosa, austera y muda ciudad, que parecía estar hecha para ser visitada a esa hora. Nueve veces fuimos desde su casa hasta nuestro alojamiento. ¿Qué nos dijo durante esta larga conversación? Todo y nada. Se había dejado llevar por nuestros decires, que tenían por único objeto provocar en él la réplica, por la avidez que teníamos de escucharlo. Había subido de idea en idea con los más sublimes impulsos hasta la divinidad, y cuando llegó a este punto estaba verdaderamente transfigurado. Creo que nunca palabra más elocuente salió de boca humana y su hablar grandioso era siempre sencillo. Era como una

música llena de ideas que lleva el alma hasta las contemplaciones celestiales y que luego, sin esfuerzo y sin contraste en dulce modulación, nos hace regresar a las cosas de la tierra.

La sexta parte de las *Cartas de un viajero* es algo así como las respuestas a su prédica de ese día. Yo era el sujeto pasivo de su declamación apasionada; Planet y Fleury me habían colocado ante ese tribunal para que confesara mi escepticismo por las cosas de la tierra, y ese orgullo por el cual quería elevarme a la adoración de una perfección abstracta, olvidando a mis semejantes, los pobres seres humanos.

—Nunca lo he visto en esta forma —dijo Planet—. Hace un año que vivo a su lado y hasta esta noche no lo he conocido. Acaba de revelarse a sí mismo por primera vez en su vida, o ha vivido entre nosotros replegándose sobre sí mismo.

Desde ese momento Planet considero a Everard como a un Dios, y esto ocurrió a varios otros que hasta entonces habían dudado de su corazón, y que creyeron en él cuando lo vieron abrir su espíritu ante mí. Fue esta una notable modificación que realicé, sin saberlo, en la existencia moral de Everard y en algunas de sus relaciones.

¿Le hice con esto un bien? Para nadie es beneficioso ser tan ciegamente amado.

Al día siguiente partimos con Fleury nuevamente hacía Nohant. En el camino comentamos cada una de las palabras del maestro y hablamos de política y de filosofía, mientras recorríamos las dieciocho leguas que nos separaban de Nohant.

Everard no me dejó respirar. Cuando me desperté, recibí una carta suya inflamada con el proselitismo que parecía haber agotado durante nuestro paseo nocturno a través de la ciudad. Su escritura era indescifrable a primera vista, y como atormentada por la fiebre de la impaciencia para expresarse; pero en cuanto uno había leído la primera palabra, se comprendía rápidamente todo lo demás. Su estilo era tan conciso que su palabra resultaba abundante, y como escribía cartas muy largas, estaban tan llenas de cosas no desarrolladas que en ellas se encontraba tema para reflexionar un día entero después de haberlas leído. Esas cartas se sucedieron rápidamente sin esperar mi respuesta. Este espíritu poderoso había resuelto apoderarse del mío; todas sus facultades estaban tendidas hacia ese fin. La decisión brusca y la persuasión delicada, que eran

los dos elementos de su talento extraordinario, se ayudaban una a otra para franquear todos los obstáculos de mi desconfianza. De modo que esta manera imperiosa e inusitada de elegirse en dominador del alma y en apóstol inspirado de una creencia, no dejaba lugar para la burla y no caía un instante en el ridículo por la modestia personal, la humildad religiosa y la respetuosa ternura que había tanto en sus gritos de dolor como en sus gritos de cólera.

—Sé bien —me decía, en transportes líricos en los cuales el tuteo era espontáneo—, que el mal de tu inteligencia proviene de una gran pena de amor. El amor es una pasión egoísta. Reparte este amor ardiente y abnegado, que no recibirá su recompensa en este mundo, a toda la humanidad que sufre. ¡No tanta solicitud por una sola criatura! Ninguna la merece por sí sola, pero, en cambio, todas juntas la exigen en nombre del Autor de la creación.

Tal fue, en resumen, el tema que desarrolló en esta serie de cartas a las cuales contesté primero con cierta desconfianza y luego con entera fe.

Una gran agitación reinaba entonces en Francia. La monarquía y la República se jugarían por completo en ese gran proceso que se llamó, con razón, el proceso monstruo, por haber sido violada la legalidad. El poder impidió que llegara a las proporciones y que tuviera las consecuencias que debía haber tenido. No era posible permanecer neutral en este amplio debate que tenía el carácter de una protesta general, donde todos los espíritus despertaban para arrojarse a un campo o a otro. La causa de este proceso (los acontecimientos de Lyon) había tenido un carácter más socialista y un fin más determinado que los de París, que lo habían precedido.

En estos últimos se trataba aparentemente de cambiar la forma de gobierno. En el otro, el problema de la organización del trabajo había sido puesto sobre el tapete con la cuestión del salario. El pueblo, un poco arrastrado por los jefes políticos, había llevado en Lyon a esos jefes a un lucha profunda y terrible. Después de las matanzas de Lyon, la guerra civil no podía dar soluciones favorables a la democracia. El gobierno poseía las armas. La conciencia y la razón aconsejaban otras luchas, las del razonamiento y la discusión. Debía dejarse oír la voz de los oradores para sacudir a la opinión pública. Tan sólo por unánime deseo de Francia podía caer ese poder pérfido, ese sistema de provocación inaugurado por la

política de Luis Felipe. A primera vista, parecía que esa reunión de talentos llamados desde todos los rincones del país, y que representaban todos los tipos de la inteligencia de las provincias, debía producir una resistencia vigorosa. Se confiaba que formarían una «elite», un batallón sagrado imposible de vencer porque era perfectamente homogéneo. Se trataba de hablar y protestar y casi todos los combatientes de la democracia llamados a la lid eran oradores brillantes y argumentistas hábiles.

Pero se olvidaba que los abogados, aun los más serios, son ante todo artistas, y que los artistas existen si se entienden sobre ciertas reglas de forma y difieren esencialmente los unos de los otros por el fondo del pensamiento, por la iluminación interior y por la inspiración.

Se creía primero en un acuerdo sobre la conclusión política. En cambio, cada uno contaba con sus propios medios. Es que es difícil obligar a los artistas a la disciplina. Se perfilaba el momento en que las ideas puramente políticas y las ideas puramente socialistas debían cavar abismos entre los partidarios de la democracia. Sin embargo, había un acuerdo entre ellos contra el enemigo común. La falange de abogados se reunió sobre un pie de igualdad, pero venerando a un pléyade de celebridades elegida entre los mejores nombres democráticos de la justicia, de la política, de la filosofía, de la ciencia y del arte literario: Dupont, Marie, Garnier-Pages, Ledru-Rollin, Armand Carrel, Buonarotti,
Voyer-d'Argenson,
Pierre Leroux, Jean Reynaud, Raspail, Carnot y tantos otros cuyas vidas se han destacado más tarde por su abnegación o por su talento. Al lado de esos nombres ya ilustres uno, todavía oscuro, el de Barbés, da a esta reunión elegida un carácter no menos sagrado para la historia que los de Lamennais, Jean Reynaud y Pierre Leroux.

Yo me creía de acuerdo con Everard y suponía que sus amigos lo estaban con él. En cambio, no ocurría esto. La mayor parte de los que había traído de las provincias eran girondinos, aunque se creyesen montañeses. Mientras tanto, Everard no había confiado a nadie su doctrina esotérica.

En cuanto a ideas, Everard era a veces astuto. Se creía en posesión de una verdad y dándose cuenta que sobrepasaba el

alcance revolucionario de sus adeptos, insinuaba el espíritu de ésta y no revelaba la letra de la misma.

Sin embargo, ciertas reticencias suyas, ciertas contradicciones, me habían llamado la atención y veía en él lagunas y reservas que escapaban a los demás y que me atormentaban. Hablé de esto a Planet, quien, atormentado también por su cuenta, tenía la costumbre de decir en cualquier momento:

—Amigos míos, ha llegado la hora de plantear la cuestión social.

Decía esto de un modo tan original que su proposición era siempre recibida con risas. Su palabra era considerada entre nosotros como un proverbio. Decíamos: «Vamos a plantear la cuestión social», para decir vamos a comer y cuando algún charlatán nos cansaba demasiado, proponíamos plantearle la cuestión social para que dejara de hablar.

Planet, sin embargo, tenía razón; aun en medio de sus alegrías excéntricas, su buen sentido le llevaba al hecho. Por fin, una noche que habíamos estado en el teatro francés y que con una noche magnífica acompañábamos a Everard a su alojamiento, vecino del mío, la cuestión social fue seriamente planteada. Había admitido siempre lo que se llamaba entonces el reparto de los bienes. Aún no se había adoptado la palabra asociación, que se hizo popular más tarde. Yo entendía ese reparto de los bienes terrenales de un modo metafórico; entendía que todos los hombres debían disfrutar de la dicha. Y no podía imaginar un despedazamiento de la propiedad, que hubiera hechos felices a los hombres con la condición de que volvieran a la barbarie. ¡Cuál fue mi estupefacción cuando Everard nos expuso su sistema! Yo me había quedado contemplando el espectáculo que presentaban las luces del castillo de los Saints-Pères, sobre los árboles del jardín de las Tullerías. Fui arrancada de mi contemplación por la voz de Planet, que decía a mi lado:

—Así que, mi buena amiga, ¿usted se inspira en Buonarotti?

—¿Qué? —pregunté yo, muy extrañada—. ¿Quiere hacer revivir usted esa vejez? Esos medios empíricos podían entrar en el corazón desesperado de los hombres al día siguiente de la caída de Robespierre. Hoy serían insensatos y por esos caminos no se puede andar en una época civilizada.

—¡La civilización! —exclamó Everard, enojado—; sí, he ahí la gran palabra de los artistas. ¡La civilización! Yo les digo que para

rejuvenecer y renovar nuestra sociedad corrompida, es necesario que este hermoso río quede rojo de sangre y que esta vasta ciudad quede convertida en un arenal desnudo, en el que la familia del pobre arrastre la carretilla y levante su casucha.

En ese punto, Planet nos dejó y como yo me riera con incredulidad, Everard continuó su declamación horrible y magnífica contra la corrupción de las grandes ciudades, la acción disolvente del arte, del lujo, y de la industria y de la civilización, en una palabra. Fue una invocación al puñal y a la antorcha; fue una maldición sobre la impura Jerusalén, mientras realizaba predicciones apocalípticas. Luego evocó el mundo del porvenir como lo soñaba en ese momento, el ideal de la vida campestre, las costumbres de la edad de oro, el paraíso terrestre floreciendo sobre las ruinas humeantes del viejo mundo.

Como yo le escuchaba sin contradecirle, se interrumpió para interrogarme. El reloj del castillo daba las dos de la mañana.

—Llevas dos horas defendiendo la causa de la muerte —le dije—, y he creído escuchar al viejo Dante al regreso del infierno. Ahora me deleito con tu sinfonía pastoral, ¿por qué la interrumpes tan pronto?

—¡Así —exclamó indignado—, que te ocupas en admirar mi pobre elocuencia! Te complaces en las frases, en las palabras, en las imágenes. Me escuchas como un poema, como a una orquesta; eso es todo, no estás convencida.

Defendía la causa de la civilización, la causa del arte sobre todo, y luego, empujada por sus desdenes injustos, quise defender también la de la humanidad; quise invocar la inteligencia de mi hosco pedagogo, la ternura de su corazón, que conocía ya tan amante y tan impresionable. Todo fue inútil. Estaba fuera de sí. Quería tratar de convencerme. Llegamos hasta la puerta de mi casa y me suplicó que le escuchara; me amenazó con no volverme a ver si le dejaba en esa forma. Si alguien nos hubiera visto, habría creído que se trataba de un disgusto amoroso, cuando no era más que una discusión sobre la doctrina de Babeuf.

Ahora que las ideas han dejado atrás esta doctrina, los hombres sonríen al oírla nombrar; pero tuvo su importancia en el mundo; dominó a menudo el ideal de J. J. Rousseau. Trastornó las inteligencias a través de las tempestades de la revolución del último

ciclo y se fundó en parte en el espíritu de ciertas asociaciones durante las agitaciones intelectuales de 1848. En ella como en toda doctrina de renovación, hay grandes destellos de verdad y conmovedoras aspiraciones hacia el ideal. Emanuel Arago, al defender a Barbés en 1839, dijo:

«Barbés es babuvista.»

Con todo, al hablar más tarde con Barbés, no me pareció que fuera babuvista en el sentido que lo era Everard, en 1835. Uno se equivoca cuando para explicar la ideología de un hombre o para definirla, se la asimila a la de otro que le ha precedido.

Toda doctrina se transforma rápidamente en el espíritu de los adeptos, y, además, porque los adeptos superan, luego, al maestro. No quiero analizar ni criticar aquí la doctrina de Babeuf. Quiero mostrarla en sus posibles resultados; y mostrar cómo Everard, el más ilógico de los hombres de genio en el conjunto de su vida, era el más implacable lógico del universo en cada parte de su ciencia y en cada faz de su convicción. Es conveniente comprobar que en la época de la cual me ocupo, esa doctrina le sumía en secretas aberraciones y en un sueño de destrucción colosal.

Había tratado yo de construir en mí el edificio de su creencia, para intentar asimilarla con provecho. Al escuchar a este hombre verdaderamente inspirado en ciertos momentos, había experimentado emociones que no creía que me pudieran ser ocasionadas por la política. Desde que le vi seguidamente unos días en París, mi vida había cambiado por completo de aspecto. No sé si la agitación que reinaba en el ambiente hubiera entrado sin él en mi buhardilla; pero en cambio, con él había entrado a torrentes. Me había presentado a su íntimo amigo Girerd (de Nevers), y a los otros defensores de los acusados de abril, elegidos entre las provincias vecinas a la nuestra. Otro de sus amigos, Degeorges (de Arras), quien lo fue luego también mío; Planet, Arago, y dos o tres amigos comunes más completaban la escuela de Everard.

Everard venía a buscarme a las seis para cenar en un pequeño y tranquilo restaurante, con nuestros amigos. Por la noche nos paseábamos, todos juntos, a veces, en barco por la Sena, y otra veces a lo largo de los bulevares, hasta la Bastilla. Para que la gente no comentara al ver una sola mujer entre todos esos hombres me vestía algunas veces con mi ropa de hombre, y así pude entrar

inadvertida a la sesión famosa del 20 de mayo en el Palacio de Luxemburgo.

Durante estos paseos Everard caminaba y hablaba con animación febril, sin que ninguno de nosotros lográramos calmarle y obligarle a medirse. A la vuelta se encontraba enfermo y más de una vez, Planet y yo pasamos parte de la noche tratando de hacerle reaccionar de una especie de agonía espantosa. Le asaltaban visiones lúgubres, y a pesar de ser valiente, con respecto a su mal, se manifestaba débil frente a las imágenes que éste despertaba en él, y nos suplicaba que no le dejáramos solo con los espectros. Nos retirábamos a nuestros respectivos domicilios cuando lo veíamos dormir tranquilo. Al cabo de tres o cuatro horas se despertaba más activo, más enérgico que nunca. Tantos contrastes me emocionaban muchísimo. Mi corazón se sentía atraído hacia ese ser tan diferente a todos y que quedaba tan agradecido ante las menores demostraciones de solicitud y de afecto. Su palabra me retenía encantada a su lado durante largas horas, a mí, que no tolero las conversaciones prolongadas. También sentía deseos de compartir esa pasión política, esa fe en la salvación del mundo, esas vivificantes esperanzas en una próxima reforma social, que parecía podría transformar en apóstoles aun a los más humildes de nuestro grupo. Con todo, confieso que después de nuestra discusión nocturna frente al jardín de las Tullerias, sobre el puente de los Saint-Pères, me había desilusionado con la declamación antisocial y antihumana que le escuché allí, y al despertarme resolví salir de viaje en dirección a Egipto o a Persia.

Sin reflexionar demasiado fui a buscar mi pasaporte para el extranjero, y al regresar me encontré con Everard que me esperaba en casa.

—¿Qué ocurre? —me preguntó—; usted no tiene la expresión serena de costumbre.

—Tengo —le dije— la cara de un viajero; y decididamente me voy. Ya estoy cansada de las repúblicas de ustedes. Cada uno de ustedes tienen la suya, distinta de la mía. Esta vez tampoco podrá llegarse a ningún resultado. Volveré para aplaudirlos cuando hayáis puesto en práctica vuestras utopías y cuando manejéis ideas sanas.

La explicación entre ambos fue tormentosa. Me reprochó mi frivolidad y mi egoísmo. Fuera de mí, por los reproches que me

hacía, le pregunté por qué creía que podría él dominar mis convicciones e imponerme las ajenas. ¿Por qué había interpretado en esa forma el homenaje que mi inteligencia había rendido a la suya, al escucharle sin discutirle y al admitirle sin reserva? Dicho homenaje había sido completo y sincero, pero su consecuencia no era el abandono de mis ideas, de mis instintos y de las facultades de mi ser. Después de todo, no nos conocíamos enteramente uno y otro, y tal vez no estábamos destinados a entendernos, habiendo venido desde tan lejos uno hacia otro para discutir ciertos artículos de fe, de los cuales él creía tener la solución, pero que no la había encontrado.

Cuando hube terminado de hablar, Everard, que con gran trabajo había conseguido calmarse para escucharme, volvió a recuperar su energía y su fuerza de convicción. Me dio razones ante las cuales quedé convencida. He ahí el resumen de las mismas:

«Nadie puede encontrar la verdad por sí mismo. Para hallarla en determinado momento, es necesario reunirse, escuchar todas las opiniones, reflexionar sobre las mismas discutir, consultarse unos a otros; para llegar a una fórmula que no puede saber la verdad absoluta, que Dios únicamente posee, pero que es la mejor expresión posible de la aspiración de los hombres, para llegar a la verdad… En cuanto a ti, te encuentro injusta, escolar sin cabeza. Confiesas que no sabes nada y no quieres aprender nada. Luego, la fiebre del saber se apoderó de ti y quisiste ser sabia de un día para otro; tener en tus manos la verdad absoluta… Yo he descubierto que las almas tienen sexo y que tú eres mujer. ¿Creías que no había pensado en eso? Al leer *Lelia* y en las primeras *Cartas de un viajero* te vi bajo el aspecto de una joven, de un poeta niño a quien consideraba como a mi hijo, yo que tanto sufro por no tener hijos y que educo a mis hijastros con ternura mezclada con la desesperación. Cuando te vi por primera vez quise conservar mi sueño; por eso te llamé Jorge, a secas, y te tuteé como ocurre en los poemas virgilianos, y te miré únicamente un poco cada día para saber únicamente cómo andaba tu espíritu. Te he hablado siempre como a un muchacho que ha hecho su filosofía y que ha leído su historia. Ahora, en cambio, bien veo que tienes la ambición de los espíritus incultos, de los seres puro sentimiento y pura imaginación; de una mujer, en una palabra. Tú quieres que la filosofía responda a

todas tus inquietudes; pero la lógica del sentimiento puro no es suficiente en política y pretendes un acuerdo imposible entre las necesidades de la acción y los impulsos de la sensibilidad. Ése es el ideal; pero es todavía irrealizable sobre la tierra, y tú llegas a la conclusión de que hay que cruzarse de brazos mientras el ideal llega por sí solo. Cruza, pues, los brazos y vete.

»Estás libre, pero tu conciencia no se consideraría tal si se conociera bien a sí misma. No tengo el derecho de pedirte tu afecto. Quise darte el mío. Tú no me lo habías pedido, no lo necesitas; peor para mí. No te hablaré de mí, pero sí de ti misma, y de algo más importante que tú misma: el deber.

»Sueñas con una libertad individual que no puede conciliarse con el deber general. Has trabajado mucho para conquistar esa libertad para ti misma. La perdiste al abandonar tu corazón en medio de afectos terrestres que no te han satisfecho, y ahora vuelves a encontrarte contigo misma en una vida austera que apruebo, pero a la cual extiendes equivocadamente todos los actos de tu voluntad y de tu inteligencia. Dices que tu persona y tu alma te pertenecen. He ahí un sofisma peor y más peligroso que todos los que tú me reprochas, puesto que puedes hacer con ellos la ley de tu propia vida, mientras que para que los míos se realicen se necesita un milagro. Piensa en esto: que si todos los amantes de la verdad absoluta dijeran, como tú, adiós a su país, a sus hermanos, a su tarea, no ya la verdad absoluta, sino la verdad relativa no tendría ni un solo adepto. Pues la verdad no anda en ancas de los que huyen y no galopa con ellos. No se encuentra en la soledad. No habla en las plantas, en los pájaros, y si lo hace allí es con una voz tan misteriosa que los hombres no la comprenden. El divino filósofo, a quién tú quieres, lo sabía bien cuando decía a sus discípulos: “Allí donde estuviéreis únicamente tres reunidos en mi nombre, mi espíritu estará con vosotros.”

»Con los demás es con quienes se debe buscar y rezar, Por lo menos, que se consiga encontrar la unión con otros; eso es algo real. En cambio, lo que uno encuentra solo no existe más que para uno solo; por lo tanto, no existe…»

Habiendo dicho esto salió sin que yo reparara en él, pues me había quedado absorbida por mis propias reflexiones sobre todo lo que él acababa de decir. Cuando quise contestarle, me di cuenta de

que se había ido y me había dejado encerrada con llave en mi buhardilla. Atribuí mi cautividad a una distracción suya. Al cabo de tres horas regresó y como le hiciera notar su distracción, me contestó que lo había hecho a propósito, porque tenía una cita importante a esa hora y temía no haberme dejado convencida.

—Pensaba que pudieras ceder a un impulso —agregó—, y que dejaras París hoy mismo. Ahora que has tenido tiempo de reflexionar te vuelvo tu llave. ¿Debo decirte adiós e irme a comer solo?

—No —le contesté—, reconozco que estaba equivocada; me quedo. Vamos a comer y busquemos algo mejor que Babeuf para nuestro alimento intelectual.

He relatado esta larga conversación, porque en ella está reflejada la vida de cierto número de revolucionarios. Durante esta faz del proceso de abril, el trabajo de lucubración estaba por todos lados en nuestras filas, a veces sabio y profundo; otras, ingenuo y salvaje. Cuando uno vuelve a esa época por el recuerdo, se extraña del progreso que han hecho las ideas en tan poco tiempo y se extraña menos, por consiguiente, al considerar el progreso que debe hacerse aún.

El verdadero centro de esta lucubración social y filosófica estaba en las prisiones del Estado.

«Entonces —dice Luis Blanc, este admirable historiador de nuestras emociones— se vio a esos hombres sobre quienes pesaba la amenaza de una sentencia terrible, elevarse sobre el peligro y apartando sus pasiones, dedicarse al estudio de los más áridos problemas. El comité de defensa de París había empezado por distribuir entre los miembros más capaces del partido, las principales ramas de la ciencia de gobernar, asignando a uno la parte filosófica y religiosa, a otro la parte administrativa, a éste la economía política; al de más allá, las artes. Todos se entregaron apasionadamente al estudio, a la meditación. Entre ellos se produjeron disidencias teóricas y entraron en discusiones violentas. Desde el fondo de sus calabozos se inquietaban por el porvenir de los pueblos y camino del cadalso se exaltaban y se embriagaban de esperanza, como si hubiesen marchado a la conquista del mundo…»

Si se quiere juzgar el proceso de abril y todos los hechos que se relacionan con él de un modo justo, elevado y verdaderamente

filosófico, se debe leer todo ese capítulo de la *Historia de diez años.* Esos acontecimientos están descritos por Luis Blanc de un modo tan de acuerdo con mis sentimientos, con mi recuerdo, con mi conciencia y con mi propia experiencia, que no sabría agregarles nada nuevo.

Actor perdido e ignorado, aunque viviente y palpitante en ese drama, soy aquí únicamente el biógrafo de un hombre que desempeñó allí un papel activo y, ¿debo decirlo?, problemático en apariencia, porque este hombre era inseguro, impresionable y menos político que artista.

Se sabe que un gran debate se había suscitado entre los defensores; debate ardiente, insoluble bajo la presión de los actos precipitados por los pares. Parte de los acusados se arreglaban con los defensores para no ser defendidos. No se trataba de ganar el pleito judicial y de hacerse absolver por el poder; se trataba de hacer triunfar la causa general dentro de la opinión pública, defendiendo con energía el derecho sagrado del pueblo ante el poder de hecho. El derecho del más fuerte. Otra categoría de acusado, la de Lyon, quería ser defendida, no para proclamar su no participación en el hecho por el que le acusaba, sino para que Francia supiera qué era lo que había ocurrido en Lyon y de qué modo la autoridad había provocado al pueblo, cómo había tratado a los vencidos y de qué modo los mismos acusados habían hecho lo humanamente posible para prevenir la guerra civil y para ennoblecer y dulcificar los crueles resultados de la misma…

Yo estaba de acuerdo con las ideas de Jules Favre, que era adversario de Everard durante los conciliábulos. No conocía yo a Jules Favre; nunca lo había visto ni oído; mas cuando Everard, después de haber combatido sus argumentos, me los daba a conocer, yo me encontraba de acuerdo con ellos. Everard se daba cuenta de que yo no hablaba de ese modo por afán de contradecirle; pero, con todo, se afligía adivinando que yo temía la exposición pública de sus utopías…

Capítulo LXVI

Se trataba sobre todo de sostener el valor de ciertos acusados, que amenazaban debilitarse. Everard me hizo redactar la carta, la famosa carta que debía dar una nueva extensión al proceso. Él tenía la tarea de hacer que el sistema de acusación resultara difícil de desenredar. Con esta idea, en ciertos momentos estaba de acuerdo con Armand Carrel. En otros, en cambio, su prudencia se alarmaba. Everard encontró mi redacción demasiado sentimental.

—La fe tambaleante de los otros —me dijo— no puede ser sostenida con homilías. Se les reanima por medio de la indignación y de la cólera. Quiero atacar violentamente a los nobles para exaltar a los acusados. Quiero además, poner en tela de juicio a todos los abogados republicanos.

Le dije que estos firmarían la carta redactada por mí y que retrocederían ante la suya.

—Tendrán que firmar todos —contestó—, y, si no lo hacen, no nos ocuparemos de ellos.

En efecto, buena parte de los diputados republicanos no quisieron firmar. El provocar estas defecciones constituyó un gran error. Todos no eran tan culpables como los creyó Everard. Algunos habían llegado a esto sin querer una revolución de hecho, esperando contribuir únicamente a una revolución de las ideas, no soñando con provecho ni gloria, pero sí con el cumplimiento de un deber, cuyas consecuencias no les habían hecho ver. A muchos de ellos no los pude censurar cuando me explicaron los motivos que habían tenido para abstenerse de firmar.

Se sabe qué consecuencias tuvo esa carta. Fue fatal para el partido, que provocó el desorden en él y fue fatal para Everard, porque provocó un debate que propició la escisión de su partido.

Por un movimiento generoso había asumido toda la responsabilidad de esta carta recriminada por la corte de los pares.

Hubiera hecho este sacrificio, aun cuando Trelat no hubiera dado el ejemplo. Dejemos hablar a Luis Blanc. «Michel (de Bourges) no fue tan audaz ni tan terrible como Trelat. Se defendió, cosa que Trelat no se había dignado hacer, y los ataques que dirigió contra los pares no estuvieron del todo exentos de miramientos…»

Debo replicar una sola palabra a esta excelente apreciación. Según mi opinión. Everard no se defendió. Me permití decirle que la principal torpeza de su parte había consistido en la rudeza de su lenguaje y en el tono áspero de sus discusiones. Admiraba yo la originalidad de la palabra de Everard, porque daba color y nueva fisonomía al lenguaje usado en los tiempos de la revolución.

Bien se daba cuenta de que en eso residía su poder, y se reía con toda el alma de las viejas fórmulas y de las declaraciones vacías. Pero al escribir, caía a veces inconscientemente en ellas. Al ver censurados sus discursos había sentido asco de los mismos. El artista hubiera querido que sus escritos fueran una obra de arte, de gusto y de elocuencia. Es cierto que de haber reunido esas condiciones, no lo hubieran declarado culpable y no hubiera llegado al fin que se proponía. No escuché ese discurso. Sea lo que fuere, al terminarlo fue llevado a su casa con una bronquitis aguda. Después de haberlo escuchado, del grupo de sus mismo correligionarios salió un buen número de detractores. Everard había herido creencias y dignidades durante las discusiones tumultuosas habidas dentro del mismo partido. Contra él se levantaron rencores amargos.

—¿Valía la pena —decían— haber combatido con tanta aspereza a los que querían adoptar el sistema de la defensa, para llegar a defenderse a sí mismo completamente solo de un acto del cual la intención era colectiva?

El decreto que condenaba a Trelat a tres años de prisión y a Michel a un mes solamente provocó comentarios hostiles Michel estuvo celoso de la condena de Trelat y no del honor que la misma le otorgaba.

—Trelat es un santo —decía Everard—; yo no valgo tanto como él.

Everard estuvo gravemente enfermo. La prueba de que no había sido tan agradable con la cámara de los pares como algunos adversarios lo pretendían, es que fue conminado a presentarse en la

cárcel, muerto o vivo.

Reclamé la intervención de un médico judicial para que comprobara las condiciones en que se encontraba mi amigo. No sé por qué se determinó más tarde que Everard cumpliera su condena en el próximo mes de noviembre. En cuanto él se encontró restablecido, partí para Nohant con mi hija.

La permanencia en mi casa me resultó desagradable y aun difícil. Tuve que dominar mi voluntad para no empeorar la situación. Mi presencia, allí resultaba molesta. Mis amigos lo pudieron comprobar, lo mismo que mi hermano. Pensaron ellos en aconsejar algún arreglo.

Yo recibí tres mil francos de pensión para mi hija y para mí. Esta cantidad era demasiado reducida, porque mi trabajo resultaba poco lucrativo y dependía en gran parte de circunstancias ajenas a mi voluntad. Con todo, yo podía vivir más o menos desahogadamente si hubiera podido estar en Nohant durante seis meses al año, puesto que así podía reservar quinientos francos para la educación de mi hija. Si me cerraban esa puerta, mi vida se hacía precaria; y la conciencia de mi marido no podía, no debía quedar satisfecha conociendo esa situación. Mi hermano le aconsejaba que me diera seis mil francos por año; de ese modo él hubiera quedado en posesión de diez mil, contando dentro de esta suma su propia renta. Con eso podía él vivir en Nohant, y vivir solo, puesto que tal era su deseo. Mi marido accedió entonces a duplicar mi pensión. Pero luego declaró que le era imposible vivir en Nohant con lo que le quedaba. Debíamos entrar en explicaciones y tuve que acceder a darle mi firma para ayudarlo a salir de complicaciones pecunarias que se habían creado. Había perdido parte de su herencia en malos negocios. Cuando hube firmado, las cosas, según él, no mejoraron, porque sus gastos excedían a nuestras rentas. La bodega, por sí sola, insumía buena parte de ellas y, por otra parte, sus criados lo robaban. Puse en evidencia varias malas acciones de estos y en lugar de agradecerlo me lo recriminó. Como le sucedía a Federico el Grande, deseaba estar servido por pillos. Me prohibió mezclarme en sus asuntos criticar su administración y dar órdenes a la servidumbre. Esta medida me pareció injusta, ya que todo aquello también me pertenecía; sin embargo, me resigné a guardar silencio y esperar a que abriera los ojos. Tal cosa no tardó en ocurrir. Un

buen día que se encontraba cansado de todo cuanto lo rodeaba, me dijo que Nohant lo arruinaba, que personalmente sufría mucho allí y que estaba dispuesto a dejarme la posesión y la administración de esa propiedad. Estaba dispuesto a irse a vivir a París o al Mediodía con el resto de nuestras rentas. Redactó nuestro convenio, que firmé sin discusión alguna. Al día siguiente se manifestó tan contrariado por haber llegado a ese arreglo que me fui a París, después de haberlo destruido y poniendo nuevamente mi suerte en manos de la providencia de los artistas.

Esto había ocurrido en abril. Mi viaje a Nohant en junio no mejoró la situación. Mi marido persistía en su idea de dejar la posesión, mas cuando él hablaba se mostraba despechado y me iba nuevamente de Nohant sin exigir nada.

Viví en París completamente aislada durante una temporada. Debía escribir una novela y como me asfixiaba por el calor en mi buhardilla del muelle Malaquais, hube de instalarme en una casa bastante rara. El departamento de la planta baja estaba en reparaciones, que habían sido suspendidas no sé por qué motivo; las amplias habitaciones del mismo estaban llenas de piedras y de madera y las puertas que daban sobre el jardín habían sido sacadas. El portero de la casa me permitió instalarme allí. De ese modo disfruté de completa soledad, de sombra, aire y frescura. Un banco de carpintero me sirvió de escritorio y pasé allí días de absoluta tranquilidad, pues nadie conocía mi refugio. Salía de mi cueva únicamente para ver a mis hijos en sus respectivos colegios. Solange estaba nuevamente en el pensionado de las señoritas Martin. Todo me pertenecía dentro de esas paredes vacías y deterioradas, que pronto se cubrirían con dorados y sedas, pero donde jamás nadie gozaría como yo de ese ambiente. Pensaba que los futuros habitantes de ese departamento no disfrutarían del bienestar y del ensueño completo que yo disfrutaba allí desde la mañana hasta la noche. Cuando terminé mi obra, abrí de nuevo las puertas de mi casa al pequeño grupo de mis amigos. Creo que fue entonces cuando trabé amistad con Carlos de Aragón, un ser excelente, de noble carácter, y luego con Artaud, hombre muy sabio y muy amable. Un día, una mujer de gran corazón que me era muy querida, la señora Julia Beaune, vino a verme.

—¡Hay gran agitación en París —me dijo—; acaban de atentar

contra Luis Felipe!

Se trataba del caso Fieschi. Quedé muy inquieta, porque Mauricio había salido con Carlos de Aragón, quien lo había llevado precisamente a ver el paso del rey cuando iba a casa de la condesa de Montijo. Pensaba dirigirme allí cuando mi hijo regresó sano y salvo. Mientras interrogaba a Aragón sobre el acontecimiento, Mauricio me hablaba de una encantadora niñita con la cual pretendía haber hablado de política. Esta niña era la futura emperatriz de los franceses.

Durante ese año pude tratar de cerca a dos de las más grandes inteligencias de nuestro siglo: Lamennais y Pierre Leroux. Me limitaré a esbozar algunos trazos de estas notables figuras y a decir la impresión que causaron en mí.

En ese entonces, yo buscaba la verdad religiosa y la verdad social dentro de una sola verdad. Gracias a Everard había comprendido que ambas cosas son indivisibles y que deben completarse una con otra; pero no veía todavía más que una espesa neblina débilmente iluminada por la luz que ella me impedía ver. Un día, en medio de las peripecias del monstruoso proceso, Listz, que era bondadosamente recibido por Lamennais, consiguió traer a éste a mi buhardilla.

Lamennais, pequeño, delgado y enfermizo, parecía tener muy poca vida física, pero mucha luz en su cabeza.

Toda su persona, sus modales simples, sus movimientos bruscos, sus actitudes torpes, su alegría franca, sus obstinaciones arrebatadas, sus súbitos buenos impulsos; todo en él, hasta su vestimenta pobre, pero limpia, y sus medias azules, revelaban su origen bretón. Rápidamente uno se sentía lleno de respeto y de afecto por esta alma valiente y cándida. Cuando yo lo vi, llegaba a París y se reiniciaba en el mundo político, después de haber soportado gran cantidad de vicisitudes dolorosas con todas las ilusiones de un niño sobre el porvenir de Francia. Después de una vida de estudio, de polémica y de discusión, dejaba definitivamente Bretaña para morir en la brecha, en el tumulto de los acontecimientos, y empezaba su campaña de gloriosa miseria, con la aceptación del título de defensor de los acusados de abril.

Estaba lleno de fe y la daba a conocer con nitidez, claridad y convicción. Su palabra era hermosa, sus deducciones vivas, sus

imágenes radiantes… Aquellos que, habiéndolo visto entregado a sus ensueños, no vieron de él más que su mirada a veces extraviada y su nariz acerada como una espada, lo temieron y declararon que tenía aspecto diabólico. Si lo hubieran observado algo más, si hubieran cruzado con él unas palabras, habrían comprendido que era preciso reconocer esa bondad, aun temblando ante su poder y que en él todo se daba en grandes dosis: la cólera y la dulzura, el dolor y la alegría, la indignación y la mansedumbre… Al día siguiente de su muerte los espíritus rectos y justos supieron apreciar esta ilustre carrera llena de trabajos y de sufrimientos. La posteridad lo dirá siempre, y será una gloria haberlo reconocido y proclamado así sobre la tumba recientemente abierta de Lamennais. Este gran pensador fue admirablemente lógico en todas las fases de su desarrollo.

Lo que algunos críticos llamaron en él las evoluciones del genio, no fue más que el progreso divino de una inteligencia florecida en los lazos de las creencias del pasado y condenada por la Providencia a ensanchar y romper esos lazos, a través de mil angustias, bajo la presión de una lógica más poderosa que la de las escuelas, la lógica del sentimiento.

Esto es lo que más me admiró y penetró en mí, sobre todo cuando lo oí explicarse en ese cuarto de hora de cándida y sublime conversación. Saint-Beuve había tratado en vano de ponerme en guardia, en sus encantadoras cartas y durante nuestras conversaciones, contra la consecuencia del autor del *Ensayo sobre la indiferencia.* Sainte-Beuve no tenía entonces aparentemente en su intelecto la síntesis de su siglo. Sin embargo, había seguido la marcha de la misma y había admirado el vuelo de Lamennais hasta las protestas del *Avenir.* Al verlo entrar en la política de acción, se sintió disgustado de ver ese nombre, Augusto, mezclado con otros que parecían ir contra su fe y sus doctrinas.

Mezcla de dogmatismo absoluto y de sensibilidad impetuosa, Lamennais salía del mundo explorado por un impulso supremo de ternura herida, de piedad y de caridad.

Este gran corazón y esta generosa razón constituían juntos una nueva iglesia, hermosa, sabia, apuntalada de acuerdo con todas las reglas de la filosofía, y era maravilloso ver cómo el inspirado arquitecto inclinaba la letra de sus antiguas creencias ante el

espíritu de su nueva revelación.

Yo sentía como cierta debilidad maternal por este anciano en quien reconocía a uno de los padres de mi iglesia y a una de las figuras más veneradas por mi alma. Por su genio y su virtud estaba colocado muy alto en mi estima. Por las debilidades de su carácter, por sus despechos y por sus susceptibilidades era a mis ojos como un niño generoso.

La gran personalidad de Lamennais chocó contra mi tendencia socialista. Se dignó, en entrevistas cortas pero intensas, abrir ante mis ojos un método de filosofía religiosa, método que me hizo gran impresión y mucho bien. Al mismo tiempo, sus admirables escritos reavivaron la llama que parecía próxima a extinguirse en mi esperanza.

Algunas semanas, antes o después del proceso de abril, estando Planet en París, continuaba muy preocupado por *la cuestión social.* Quería juzgar nuestra época, sus acontecimientos y sus hombres. Como ambos reconocíamos que no sabíamos encontrar el lazo de unión entre la revolución ya hecha y la que queríamos hacer, tuve una idea luminosa. Recordé que Sainte-Beuve había nombrado dos hombres que con su inteligencia superior habían ahondado e iluminado particularmente ese problema con una tendencia que respondía a mis aspiraciones y que calmaría mis dudas y mis inquietudes. Estos dos hombres eran Pierre Leroux y Jean Reynaud. Mientras yo me encontraba atormentada con las desesperanzas de *Lelia*, Sainte-Beuve me había aconsejado ir a buscar junto a ellos la luz que necesitaba. Yo no me había atrevido a hacerlo.

—Yo me encargo de eso —dijo Planet—. Escriba usted a Pierre Leroux y pídale para mí, un pobre molinero amigo suyo, buen campesino, una entrevista porque deseo enterarme del catecismo del republicano.

Pierre Leroux accedió a mi deseo y vino a comer con nosotros dos en mi buhardilla. Era demasiado perspicaz para no darse cuenta de que le habíamos tendido una inocente celada. Pero los modales sencillos de Planet, sus preguntas directas, la atención con que lo escuchaba y la facilidad con que lo comprendía hicieron que pronto se hallase a gusto.

Era ya el mejor crítico de la filosofía de la historia y si no nos daba a conocer netamente el objeto de su filosofía personal, por lo

menos nos describía el pasado con una luz tan viva que uno se sentía arrancar la venda de los ojos. No comprendí mucho cuando nos habló de la *propiedad de los instrumentos de trabajo,* cuestión que estaba en su cerebro como un problema en solución y que más tarde aclaró en sus escritos. El vocabulario filosófico me era entonces desconocido y no percibía la extensión de los asuntos que trataba Leroux; pero la lógica de la Providencia se me manifestó en sus discursos y esto era ya mucho. Era una base para mis reflexiones. Me prometí estudiar la historia de los hombres, pero no lo hice. Más tarde, gracias a este noble espíritu, pude llegar a algunos conocimientos definidos.

Cuando se produjo ese encuentro yo estaba consagrada enteramente a mi tarea de escritora frívola, pero mi cerebro experimentaba necesidad de dedicarse a estudios más serios. Tomaba aversión a mi profesión oyendo hablar de obras que hubiera querido leer y de cosas que hubiera deseado saber por mí misma. Entonces lamenté estar lejos de Nohant, donde mi vida hubiera podido transcurrir con menos trabajo. ¿Por qué había yo roto el contrato que me aseguraba la mitad de mi renta? Por lo menos hubiera podido alquilar una casita no lejos de la mía y pasar allí con mis hijos las vacaciones. Hubiera descansado, así, frente a mis horizontes queridos, en medio de los amigos de mi infancia; hubiera podido ver las chimeneas humeantes de Nohant y los árboles plantados por mi abuela, quedando bastante lejos como para no molestar a los que ahora se encontraban allí y bastante cerca como para figurarme que podía llegar hasta ese lugar querido.

Everard, a quien yo contaba mi nostalgia y el deseo que tenía de alejarme de París, me aconsejó establecerme en Bourges o en sus alrededores. Realicé un viaje hasta allí y uno de sus amigos que se ausentaba me prestó su casa, donde pasé sola algunos días. Esta soledad en medio de una ciudad muerta, en una casa desierta llena de poesía, me pareció deliciosa. Por la noche trabajaba sola en un patio lleno de flores bajo la luna brillante, mientras saboreaba los exquisitos perfumes del verano y la serenidad saludable que me rodeaba. De un restaurante vecino me traían la comida en un canasto. Pero ese dulce retiro no podía continuar mucho tiempo. No podía apoderarme de esta encantadora casa, la única tal vez que me convenía de toda la ciudad, por su aislamiento en un barrio

silencioso. Además necesitaba estar al lado de mis hijos y a ellos no les hubiera convenido el ambiente de esta ciudad. Además yo tampoco aceptaba la idea de la vida social que, indefectiblemente, debía llevar en una ciudad de provincia. A pesar de la insistencia de Everard, abandoné el proyecto de instalarme allí.

La región me parecía espantosa; una llanura baja, sembrada de pantanos y desprovista de árboles rodea la ciudad. Además el trato frente a frente con Everard, me cansaba. Era demasiado brillante para mí. Necesitaba un interlocutor que le replicara. Yo no sabía más que escucharlo. Cuando estábamos solos, mi silencio lo irritaba y veía en él una prueba de desconfianza o de indiferencia hacia sus ideas y sus pasiones políticas.

Capítulo LXVII

No sabía bien qué resolución tomar. Me era ocioso pensar en regresar a París y, por otra parte, me resultaba imposible quedarme alejada de mis hijos. Desde que había renunciado al proyecto de dejarlos para realizar un viaje largo, cosa rara, no deseaba separarme de ellos ni por un día.

Mi cariño maternal, adormecido por la pena, se había despertado al mismo tiempo que mi intelecto se abrió a las ideas socialistas. Al sentirme más fuerte moralmente, percibía cuáles eran las verdaderas necesidades de mi corazón. Pero en París no podía trabajar; los obreros habían reanudado sus trabajos en el departamento donde yo había escrito el año anterior; los inoportunos y los curiosos me robaban demasiado tiempo. La política, en ebullición nuevamente a causa del atentado Fieschi, constituía una fuente amarga para la reflexión. Armand Carrel fue detenido. Era éste uno de los hombres más puros de nuestra época. Se marchaba así, a grandes pasos, hacia las leyes de septiembre. El pueblo dejaba hacer.

En la atmósfera había no sé qué soplo de vida que caía bajo un soplo de muerte. La República se perdía en el horizonte por un nuevo largo período.

Lamennais me había invitado a pasar algunos días en su casa de La Chenaie; salí para allá y me detuve en camino, preguntándome qué haría yo allá siendo tan torpe, tan muda y tan aburrida. Estuve equivocada; no conocía a Lamennais en toda su bondad, en toda su llaneza, como lo conocí más tarde. Temía la tensión sostenida de un gran espíritu al cual ya no podía seguir para sostener un diálogo serio. No sabía que en la intimidad gustaba reposar de los trabajos arduos de la inteligencia. Nadie como él conversaba con tanto entusiasmo y gusto de los temas que están al alcance de todo el mundo. Se divertía con nada. Una broma cualquiera, una niñería le

hacía muchísima gracia. Escribió en alguna parte «que las lágrimas son propiedad de los ángeles y la risa de Satán». Esa idea es hermosa, pero en la vida humana la risa de un hombre de bien es como el canto de su conciencia. Las personas verdaderamente alegres son siempre buenas, y Lamennais era una prueba de esa aseveración.

No fui, pues, a La Chenaie. Volví sobre mis pasos. Regresé a París y me encontré con una carta de mi hermano en la cual me pedía que fuera a Nohant. Tomaba entonces mi defensa y creía que había decidido a mi marido para que dejara la casa y la renta que proporcionaba la misma. Creí mi deber seguir su consejo y encontré, en efecto, que Dudevant se disponía a dejar Berry. Al mismo tiempo que tomaba esta resolución se mostraba tan alterado que yo volvía a irme porque no tenía decisión para iniciar una lucha por dinero. Pero esa lucha se hizo necesaria e inevitable algunas semanas más tarde. Tuve el deber de iniciarla pensando en mis hijos primero, luego en mis amigos y en todos los que me rodeaban y también en memoria de mi abuela, cuyas últimas voluntades habían sido profanadas en el lugar mismo donde las había dictado para dar seguridad de mi vida.

El 19 de octubre de 1835 estaba en Nohant determinando las vacaciones de Mauricio. Después de un disgusto con él que nada había provocado, ni una palabra o una sonrisa mía, fui a encerrarme en mi cuarto. Mauricio me siguió allí llorando. Lo calmé diciéndole que eso no volvería a ocurrir. Se conformó, como se conforman los niños, con palabras vagas; en cambio en mi pensamiento había adoptado una determinación definida y definitiva. No quería que mis hijos se dieran cuenta de la falta de entendimiento que existía entre sus padres, cosa que habían ignorado hasta entonces. No quería que esos disgustos les hicieran olvidar el respeto que nos debían a su padre y a mi.

Unos días antes, mi marido había firmado un documento en el cual aceptaba que me hiciera cargo de la casa de Nohant y de la tutela de mi hija. Con esto yo no había quedado asegurada, porque temía que cambiara de opinión. Su manera de ser me había probado que consideraba nulas las promesas hechas y firmadas. Estaba en su derecho; en nuestra legislación el marido es el amo.

Cuando Mauricio se hubo dormido, Duteil vino a enterarse de

cuál era mi disposición de espíritu. Censuraba abiertamente la actitud de mi marido. Quería que nos reconciliáramos. Le agradecí su intervención sin darle a conocer la resolución que yo había tomado. Necesitaba saber la opinión de Rollinat sobre ella. Pasé la noche reflexionando. En el momento en que me daba cuenta de mis derechos, mis deberes aparecían ante mí con todo su rigor. Había sido muy débil y muy descuidada con respecto a mi suerte. Mientras se había tratado de una cuestión personal, que no molestaba la educación moral de mis hijos, había creído poder sacrificarme y permitirme la satisfacción interior de dejar tranquilo a un hombre a quien yo no podía hacer feliz. Durante trece años él había disfrutado del bienestar que me pertenecía y del cual yo me había abstenido para complacerlo. Se lo hubiera dejado para siempre. Todavía la víspera, viéndolo preocupado, le dije:

—Usted extrañará Nohant; lo veo bien, a pesar de lo cansado que está de ser administrador. Y bien, ya que esta tarea me corresponde a mí, ahora puede usted estar tranquilo. Puede usted despreocuparse y regresar a París cuando lo desee.

—¡No volveré a poner los pies en una casa de la cual no seré el único dueño! —me contestó.

Al día siguiente quería ser nuevamente el amo de todo. Ya no podía creer en él. No le guardaba ningún rencor; lo veía víctima de su modo de ser. Debía separar mi suerte de la suya, o sacrificar mi dignidad frente a mis hijos, o mi vida, que no me importaba mucho, pero que debía conservar para ellos.

Por la mañana, Dudevant partió a La Chatre. Dejaba entonces la casa durante días y semanas enteras. Por los criados supe que al día siguiente saldría para París para llevar a los niños a sus respectivos colegios. Tal cosa había quedado convenida entre nosotros de antemano y yo debía reunirme con mis hijos algunos días después. Cambié de idea; decidí no volver a ver a mi marido en París, ni en Nohant. Tampoco lo vería antes de su partida. Como quería pasar con Mauricio el último día de sus vacaciones, tomé un cabriolé y un caballo, y mis hijo y yo, en este modesto vehículo, nos trasladamos al bosque de Vavray, lugar encantador desde el cual, sentados sobre el musgo a la sombra de viejos robles, se abarcaban los horizontes melancólicos y profundos del valle Negro. El tiempo estaba hermoso. Un suave sol de otoño hacía resplandecer los matorrales.

Armados de cuchillos, recolectábamos musgos y plantas que mi amigo Neraud, el Malgache, como yo le decía, me había pedido que le llevara. Mis hijos corrían, gritaban y reían habiéndose olvidado del disgusto doméstico de la víspera. Esta alegría, este entusiasmo en la búsqueda, me hacía recordar aquella época feliz en que yo corría al lado de mi madre buscando lo necesario para embellecer nuestra gruta. ¡Ay; veinte años más tarde tuve a mi lado a otro niño radiante de vigor, de dicha y de belleza que saltaba sobre el musgo y que lo recogía como lo había hecho su madre, como lo había hecho yo en los mismos lugares, en los mismos juegos y en los mismos sueños de oro y de hadas! Y ese niño descansa ahora entre mi abuela y mi padre. Ese recuerdo me ahoga y me oprime; apenas tengo fuerzas para escribir.

Merendamos sobre el pasto. Regresamos a casa cuando era de noche. Al día siguiente, los niños partieron con su padre, quien había pasado la noche en La Chatre y no había preguntado por mí.

Estaba decidida a no tener ninguna explicación con él; sin embargo, no sabía cómo podía evitar esa necesidad doméstica. Mi amigo de la infancia Gustavo Papet vino a verme; le conté lo que me sucedía y juntos partimos para Chateauroux, para ver a Rollinat.

Como único remedio a esta situación, —me dijo éste—, debe hacerse la separación entre ustedes, pero por medio de la justicia. Temo que no tengas la fuerza suficiente para soportar los trámites judiciales que son muy rudos y, débil como eres, te veo retrocediendo ante la necesidad de herir y de ofender a tu adversario.

Rollinat quiso consultar a Everard, quien se encontraba en prisión en Bourges pagando la deuda que tenía con los pares. Ese mismo día regresamos a Nohant y de allí, después de haber comido, salimos para Bourges. Everard se encontraba preso en el antiguo castillo de los duques de Bourgogne. Convencimos a uno de los carceleros, quien nos hizo pasar por una brecha y en las tinieblas nos condujo a través de galerías y de escaleras fantásticas. En cierto momento, creyendo oír el paso de un guardia me empujó dentro de una puerta abierta que cerró tras de mí, mientras escondía a Rollinat no sé dónde y se presentaba solo al paso de su superior.

Con uno de los fósforos con que encendía mis cigarrillos iluminé el lugar donde me encontraba. Era un calabozo lúgubre situado al

pie de una torrecilla. A dos pasos de mí una escalera subterránea bajaba hasta las profundidades de la prisión. Permanecí inmóvil para no exponerme al peligro que entrañaba el caminar en este lugar tan inseguro. Allí me quedé como un cuarto de hora que me pareció larguísimo. Por fin nuestro guía me abrió la puerta y nos llevó al lugar donde se encontraba Everard. Eran las dos de la mañana. Le pareció bien que hubiéramos hecho esa diligencia rápidamente y con toda reserva. Me aconsejó que guardara silencio ante mis amigos, que también lo eran de mi marido, para que no se enteraran de nada. Y enterándose de todos los cambios de su modo de ser que yo había debido soportar, estuvo de acuerdo con Rollinat en que debía realizarse la separación judicial, y después de mucho deliberar, quedó trazado mi futuro plan de conducta. Debía yo presentar una demanda ante el presidente del tribunal, sorprendiendo así a mi adversario, quien ante el hecho consumado debía aceptar las consecuencias del mismo. Mis amigos no dudaban que él aceptaría los términos de mi demanda para evitar que se supieran las causas de mi determinación. No contábamos con los malos consejeros que Dudevant tuvo durante el desarrollo del proceso. Para conservar mis derechos como demandante no debía reintegrarme al domicilio conyugal y permanecer en casa de uno de mis amigos de La Chatre hasta que el presidente del tribunal determinara cuál debía ser mi domicilio temporal. El mayor de mis amigos era Duteil, amigo de mi marido. ¿Se avendría a recibirme en tal circunstancia?

El carcelero vino a avisarnos que nacía el día y que debíamos salir sin ser vistos, tal cual habíamos entrado, porque el reglamento de la prisión se oponía a esas consultas nocturnas. Salimos sin inconvenientes. Inmediatamente nos encaminamos a La Chatre. En treinta y cuatro horas habíamos recorrido cincuenta y cuatro lenguas en un cabriolé arruinado.

—Heme aquí —dije a Duteil—; me quedaré en tu casa, a menos que tú me eches de ella. No te pido consejo contra mi marido, que es tu amigo. Tampoco te pido que declares contra él. Te autorizo para que en seguida que yo haya ganado el juicio, le asegures de mi parte las mejores condiciones de existencia posibles. Tu misión, pues, es honorable y fácil; si quieres puedes hacérsela conocer desde ahora.

Duteil quedó muy reconocido por la preferencia que yo hacía entre él y mis demás amigos y me aseguró que podía contar con su amistad para siempre. Reconoció que él había sido el compañero alegre de mi marido y de mi hermano, pero que nunca se había olvidado de mi carácter de dueña de casa y que siempre me había respetado ampliamente. Sabía que me había molestado muchas veces con su desorden, pero me afirmaba que una sola palabra mía bastaba para hacerlo volver en sí como por milagro. Más de una vez se había reprochado su actitud. Después de su mujer y sus hijos, era yo la persona a quien más quería en la tierra.

Me instalé, pues, en su casa durante algunas semanas; sabía que debía vivir allí como en una casa de vidrio para que en La Chatre reconocieran el poco fundamento que tenía todo lo que se contara sobre las extravagancias de mi modo de ser. Algunos fanáticos de la autoridad marital me manifestaron su antipatía, pero en general fueron deponiéndose todas las prevenciones contra mí y de haber estado mis hijos conmigo, esa temporada que pasé en La Chatre hubiera sido una de las más agradables de mi vida.

Pronto consideré a la familia de Duteil como propia. Con ellos y otros cuantos amigos organizábamos agradables tertulias y nos preocupábamos en divertir a los niños. ¡Es tan hermoso provocar la alegría de las criaturas! Una vez más me sentía niña yo también, *atrayendo todos esos corazones infantiles a mi lado.* ¡Si, ésa era mi vocación; hubiera debido ser niñera o maestra de escuela!

A las diez de la noche los niños se acostaban, a las once, el resto de la familia se separaba. Felicie, cuñada de Duteil, quien fue conmigo tan buena como un ángel, preparaba entonces para mí la mesa de trabajo y una cena frugal. A las doce me ponía yo a escribir hasta las primeras luces del día.

El 16 de febrero de 1836, el tribunal pronunció en mi favor la sentencia de separación. Como Dudevant no se presentó, creíamos que aceptaba esa solución. Pude tomar posesión de mi domicilio legal en Nohant. La justicia me había confiado la tenencia y la educación de mis hijos.

Me creí dispensada de llevar más lejos las cosas. Una carta que mi marido escribió a Duteil me hizo creer que estaba conforme con ese arreglo. Pasé algunas semanas en Nohant esperando que él llegara para concluir nuestra liquidación y nuestros arreglos. Duteil

se encargaba de obtener para mí todas las concesiones posibles, y yo debía, para evitar encuentros desagradables, ir a París en cuanto Duvevant llegara a La Chatre.

Disfruté en Nohant algunos hermosos días de invierno y pude saborear allí, por primera vez desde la muerte de mi abuela, la dulzura de un recogimiento que ya no era turbado por nota alguna discordante. Había despedido, tanto por economía, como por justicia a todos los sirvientes. Quedaba únicamente el viejo jardinero de mi abuela, quien ocupaba con su mujer un pabellón situado en el fondo del patio. Estaba, pues, absolutamente sola en esta gran casa silenciosa. No recibía ni a mis amigos de La Chatre para no provocar comentarios. No quería que se creyera que estaba festejando alegremente mi victoria.

Disfruté de una soledad absoluta y por primera vez en mi vida habité Nohant en su calidad de *casa desierta.* Siempre había soñado con una casa desierta. Hasta que llegó el día en que pude vivir tranquilamente rodeada por las dulzuras de la vida familiar, deseaba poseer en algún rincón ignorado, una casa, fuese ella una ruina o una casucha, en la cual pudiera encerrarme de tiempo en tiempo para trabajar sin ser molestada por el sonido de la voz humana.

Nohant fue en esa época, es decir, en ese momento, que fue muy corto, como todos los pequeños reposos de mi vida, un ideal para mi fantasía. Me entretuve arreglándolo según mi gusto. Hice desaparecer todo lo que me recordaba momentos desagradables y arreglaba los viejos muebles como los había visto colocados durante mi infancia. Después de comer, cuando me encontraba completamente sola, encendía muchas velas y me paseaba por la larga fila de cuartos, desde el pequeño donde yo dormía hasta el gran salón iluminado por un gran fuego. Luego apagaba todo y caminando al resplandor de la lumbre que moría en el hogar, saboreaba la emoción de esta oscuridad misteriosa llena de pensamientos melancólicos. Me entretenía pasando como un fantasma frente a los espejos empañados por el tiempo. El ruido de mis pasos, que resonaban en las habitaciones vacías, me hacía estremecer como si la sombra de Deschartes anduviera detrás de mí.

En el mes de marzo me fui a París; según lo que recuerdo, Dudevant llegó a La Chatre y aceptó una transacción mucho más

favorable para él que la determinada por el juez. Pero en cuanto hubo firmado, se arrepintió y entabló pleito contra mí. Al hacerlo procedió muy mal; estaba agriado por los consejos de mi pobre hermano, quien voluble como una ola, o más bien como el vino, se había puesto en contra de mí después de haberme provisto de todas las armas posibles para el combate. Por otra parte, la madrastra de mi marido, la señora Dudevant, obligaba a éste a que prosiguiera la lucha. Me detestaba enormemente sin que yo haya sabido jamás el motivo. Me dijeron que había puesto como condición para que Dudevant la heredase, que se opusiera a una conciliación conmigo.

Mi marido presentó una contrademanda, que parecía dictada por dos sirvientas a quienes había yo despedido y a las que un célebre abogado le había aconsejado que tomara como testigos.

Los consejos de este abogado fueron funestos. Su intervención iluminó más de lo que era necesario la conciencia de los jueces. No comprendieron cómo siendo yo tan culpable hacia él y hacia mí misma, mi marido quisiera reanudar nuestra unión. Encontraron que la injuria que me había sido inferida era suficiente y renovaron la sentencia en los mismos términos en que habían dictado la primera. Ya había vuelto a La Chatre, a casa de Duteil; toda la noche hice proyectos y preparativos de partida. Había obtenido diez mil francos prestados y con ellos pensaba huir a América, con mis hijos, si la contrademanda era tomada en consideración. Confieso sin escrúpulos mi intención formal de resistir a la ley y me atrevo a decir que la que reglamenta las separaciones judiciales es una ley contra la que protesta la conciencia del presente y que será una de las primeras que ha de reformarse en el porvenir. El primer defecto de esta ley es la publicidad que da a los debates. Obliga a uno de los cónyuges, al más disconforme, al más herido de los dos, a soportar una existencia imposible o a exhibir a la luz del día las llagas de su alma.

Si el adversario opone resistencia hay que llegar a los debates violentos y a las notas en los diarios. ¿Si es el esposo el que pide la separación, su deber no se le presenta acaso en una forma terrible? Una mujer puede alegar causas de incompatibilidad suficientes para la separación sin deshonrar al hombre cuyo nombre lleva, puesto que al quejarse de la vida desordenada de su marido, de sus infidelidades, no le reprocha algo que no pueda ser perdonado por

la opinión pública. En nuestra sociedad y en nuestras costumbres un hombre es tanto más afortunado en el amor, cuantos más atractivos tiene socialmente. Se le censura un poco por haber humillado a su mujer legítima, pero se le disculpa fácilmente. Tal consideración no la merece la mujer acusada de adulterio. En ese caso se la humilla, se la envilece, se la deshonra ante los ojos de sus hijos y se la condena a la cárcel. Eso es lo que un marido ultrajado, que quiere sustraer a sus hijos del mal ejemplo, está obligado a hacer cuando pide la separación judicial. Para conseguirla no puede quejarse de injurias ni de malos tratos. Como él es considerado el más fuerte tiene el derecho de mandar en su casa y provocaría burlas si se quejara de haber sido maltratado. Debe invocar el adulterio y matar moralmente a la mujer que lleva su nombre. Para evitarle la necesidad de esta muerte moral, la ley le concede el derecho de muerte real sobre su persona.

El hombre está investido de muchos otros derechos. Puede deshonrar a su esposa, hacerla encarcelar y condenarla luego a volver a colocarse bajo su dependencia, y a soportar su perdón y sus caricias. Si la exime de este último ultraje, el más humillante de todos, puede hacerle llevar una vida de infierno y de amargura; reprocharle su falta todas las horas de su vida y tenerla eternamente soportando el desdén de la servidumbre y el terror de las amenazas.

¡Imaginad una madre de familia bajo el peso del ultraje inferido por semejante misericordia! ¡Ved la actitud de esos hijos condenados a avergonzarse de ella o a absolverla detestando al autor de su castigo!

Suponed un esposo implacable, una esposa vengativa; tendréis un hogar trágico. Suponed un esposo inconsecuente, una esposa sin memoria y sin dignidad; tendréis un hogar ridículo. Pero no supongáis jamás un esposo verdaderamente generoso capaz de perdonar en nombre de la religión y de castigar en nombre del honor. Tal hombre puede ejercer sus rigor y su clemencia en el secreto de su hogar y no invocará jamás la acción de la ley para castigar públicamente una vergüenza que no está en su poder borrar. Recuerdo que pleiteando en nombre de la religión, de la autoridad y de la ortodoxia de principios, y queriendo invocar el tipo de la caridad evangélica en la imagen de Cristo, trató a éste de filósofo y profeta, no pudiendo elevarse hasta hacer de él un Dios.

Creo que procedió bien, porque «*invocar a Dios para la venganza que precede al perdón hubiera sido un sacrilegio*»

No, el lazo conyugal que se ha despedazado en los corazones no puede ser reanudado por la mano de los hombres. El amor y la fe, la estima y el perdón son cosas demasiado íntimas y demasiado santas; Dios únicamente puede ser testigo de ellas y el misterio su garantía. El lazo conyugal está destruido cuando resulta odioso a uno de sus cónyuges. Sería preciso que un consejo de familia y varios magistrados fuesen llamados a conocer no digo los motivos de queja, pero sí la realidad, la fuerza y la persistencia del descontento. Que fuesen impuestas pruebas de tiempo, que una prudente lentitud estuviese en guardia contra los caprichos culpables o los despechos pasajeros, ciertamente obraría con infinita prudencia antes de dictaminar los destinos de una familia. Pero sería necesario que la sentencia por incompatibilidades reconocidas como muy graves por los jueces, se diera a conocer en forma muy vaga por las fórmulas judiciales y permanecieran desconocidas para el público. De este modo no se pleitaría por odio ni por venganza y se pleitaría mucho menos. Cuanto más se faciliten los caminos para obtener la separación conyugal, más esfuerzos realizarán los náufragos del matrimonio para salvar el barco antes de abandonarlo. Si éste es un arca santa, como lo proclama el espíritu de la ley, tratad de que no se hunda en las tempestades, tratad de que sus conductores cansados no la dejen caer en el barro; tratad de que dos esposos obligados por dignidad a separarse, puedan respetar el lazo que los une y enseñar a sus hijos a respetar a sus padres.

He aquí las reflexiones que se debatían en mi espíritu la víspera del día que debía decidir mi suerte. Mi marido, irritado por los motivos enunciados en el juicio e impacientándose contra mí y contra mis consejeros jurídicos, por lo que las formas legales tienen de duro y de poco delicado, no pensaba más que en vengarse. Ciego, no se daba cuenta de que yo había dado a conocer nada más que los hechos absolutamente necesarios y que había proporcionado las pruebas estrictamente exigidas por la ley. Conocía, sin embargo, el código mucho mejor que yo, puesto que era abogado, pero jamás su pensamiento se sentía enamorado del estatismo en la autoridad. No había querido elevarse a la crítica moral de las leyes y, por consiguiente, prever sus funestas consecuencias. Respondía a una

encuesta en la cual se habían traicionado hechos de los cuales le gustaba ponderarse, y por imputación de los que yo me hubiera estremecido con sólo haber cometido la cien milésima parte de esos hechos. Su defensor se negó a leer un libelo que se encontraba en el expediente como prueba en mi contra. Por otra parte, los jueces se hubieran rehusado a escucharlo.

Iba, pues, más allá del espíritu de la ley, que permite al esposo ofendido explicar los motivos de los procedimientos acervos de que se le acusa. Pero la ley que admite ese medio de defensa en un proceso en el que el esposo pide la separación a su favor, no podría admitirlo como un acto de venganza en quien rechaza la separación… Además, admite la queja de parte de la mujer que se ha declarado ofendida, ya que en ese medio es la peor de las ofensas, y eso ocurrió en mi caso.

Yo no esperaba tranquila el resultado de ese debate. En el primer momento de indignación, yo hubiera querido que mi marido fuese autorizado a presentar la prueba de los agravios que mencionaba. Everard, que era quien me defendía, rechazaba la idea de semejante debate. Tenía él razón, lo confieso, pero mi orgullo sufría por la posibilidad de una sospecha por parte de los jueces. Esa sospecha, decía yo, puede tomar bastante consistencia como para que al comunicar la sentencia los jueces me retiren el derecho de educar a mi hijo.

Cuando hube reflexionado, reconocí que mi situación no presentaba ningún peligro, cualquiera que fuese el resultado del proceso. La sospecha no podía rozar el espíritu de mis jueces: las acusaciones llevaban demasiado alto el sello de la demencia.

Me dormí entonces profundamente. Estaba cansada por mis propios pensamientos, que por primera vez habían encarado la cuestión del matrimonio de un modo bastante lúcido. Jamás me había dado cuenta, lo juro, de la santidad que encierra el pacto conyugal y las causas de su fragilidad en nuestras costumbres como en esta crisis en que me veía envuelta a causa de mí misma. Experimentaba, por fin, una calma soberana; estaba segura de la rectitud de mi conciencia y de la pureza de mi ideal. Daba gracias a Dios de que, en medio de mis sufrimientos personales, me había permitido conservar la noción y el amor de la verdad.

A la una de la tarde, Felicie entró en mi habitación.

—¿Cómo puede usted dormir? —exclamó—. Sepa que la audiencia ha terminado y ha ganado usted el pleito. Mauricio y Solange se quedan con usted. Levántese para dar las gracias a Everard, que ha hecho llorar a toda la ciudad.

Se realizó aún otro intento de transacción con Dudevant, mientras yo regresaba a París, pero sus consejeros no le dejaban entender razones. Apeló ante la corte de Bourges. Yo volví a vivir nuevamente en La Chatre. Aunque fuese muy mimada por la familia Duteil y me encontrara muy feliz en ese ambiente, sufría un poco por el ruido de los niños que se levantaban a la hora en que yo empezaba a conciliar el sueño y por el calor que la estrechez de la calle y la pequeñez de la casa hacían abrumador. Pasar el verano en una ciudad es para mí una cosa cruel. No tenía siquiera una pobre ramita verde que mirar. Rozane Bourgoing me ofreció una habitación en su casa, y se convino en que las dos familias se reunirían por la noche.

El señor y la señora Bourgoing, con una hermanita de Rozane, a quien trataban como una hija y que era casi tan hermosa como ella, ocupaban una linda casa con jardín y terraza emplazada al borde de un precipicio, que había sido la antigua muralla de la ciudad. Desde ella se veía el campo y se estaba en él. El Indre corría sombrío y apacible bajo cortinas de árboles magníficos y a lo largo de un valle encantador hasta perderse entre la vegetación. Delante de mí, en la otra orilla, se levantaba la Rochaille, una colina sembrada de bloques diluvianos y sombreada por nogales seculares…

Mis noches eran deliciosas. Tenía un gran dormitorio en la planta baja, amueblado con una cama de hierro, una silla y una mesa. Cuando los amigos se habían ido y las puertas estaban cerradas, yo podía, sin turbar el sueño de nadie, pasearme en el jardín escarpado como una ciudadela, trabajar una hora, salir y volver, contar las estrellas, saludar el sol que se levantaba, abarcar a la vez con la mirada un extenso horizonte y un amplio campo y no oír más que el canto de los pájaros o el grito de las lechuzas. Me creía, en fin, en la casa desierta de mis sueños. Allí rehice la última parte de *Lelia* y la aumenté en un volumen. Es ése el lugar, donde con razón o sin ella me sentí más poeta.

Iba de tiempo en tiempo a La Chatre o bien Everard venía una que otra vez a la casa de Bourgoing. El objeto de nuestras

entrevistas era consultarnos sobre el pleito; sin embargo, eso era de lo que menos hablábamos. Yo tenía la cabeza llena de arte, Everard de política, Planet de socialismo y Duteil y el Malgache hacían de todo eso un todo revuelto de imaginación, espíritu de divagación y alegría. Fleury discutía con esa mezcla de buen sentido y de entusiasmo que caracterizan a la vez su cerebro, puesto que a ratos se muestra positivo y en otros romántico. Nos queríamos demasiado unos a otros y por lo tanto discutíamos con violencia.

Por fin mi insoportable pleito fue iniciado en Bourges y allí me dirigí a principios de julio, después de haber ido a buscar a Solange a París. Quería tener todo preparado para poder llevarla en caso de que perdiera el pleito. En cuanto a Mauricio ya había tomado mis precauciones para llevarlo un poco más tarde. Estaba siempre secretamente sublevada contra la ley. Mi actitud era muy ilógica, pero la ley lo era más que yo; ella, para quitarme o devolverme mis derechos de madre, me forzaba a vencer todo recuerdo de amistad conyugal o a ver esos recuerdos ultrajados y desconocidos en el corazón de mi marido. La sociedad puede anular esos derechos maternos y hacer prevalecer sobre ellos los del marido. La naturaleza no acepta tales decisiones y jamás se persuadirá a un madre que sus hijos no son más suyos que del padre. Los hijos tampoco se equivocan en esto.

Yo sabía que los jueces de Bourges estaban prevenidos contra mí por habladurías que habían llegado hasta ellos. De modo que el día que me presenté en la ciudad vestida como todo el mundo, los burgueses que no me reconocieron preguntaban si era cierto que yo usaba pantalones rojos y pistolas en la cintura.

Dudevant veía que con su demanda había errado el camino. Se le aconsejó colocarse en la posición de un marido perdido por el amor y los celos. Era un poco tarde y yo pienso que desempeñó mal su papel, que desmentía su lealtad natural, Lo indujeron para que viniera de noche hasta mis ventanas para solicitar una entrevista misteriosa; pero mi conciencia se sublevó contra semejante comedia, y pude verlo caminar de largo por la calle y alejarse luego, riéndose y levantando los hombros. Tenía mucha razón.

Yo había recibido hospitalidad de la familia Tourangin, una de las más honorables de la ciudad. Felix Tourangin, rico industrial y pariente de la familia Duteil, tenía dos hijas, una casada, la otra

soltera, y cuatro hijos varones pequeños. Ágata y su marido me habían acompañado. Rollinat Planet y Papet nos había seguido. Los demás amigos se reunirían pronto con nosotros; todo mi querido Berry estaba, pues, alrededor mío. El señor Tourangin me llamaba su hija; Elisa, un ángel de bondad y una mujer de gran mérito y de la más adorable virtud, me llamaba su hermana. Junto a ella me sentía madre de sus hermanitos más pequeños. Sus parientes venían a verlos a menudo y me demostraban gran afecto; hasta el señor Mater, primer presidente del tribunal, que me visitó cuando el proceso de mi separación con Dudevant estuvo terminado. El día de la audiencia vi llegar también a Emile Regnault, a quien yo había querido como a un hermano y que estaba disgustado conmigo no sé por qué causa. Vino a pedirme disculpas por cosas que yo ya tenía olvidadas.

El abogado de mi marido defendió, como ya he dicho, el amor que éste sentía por mí y a la par que prometía presentar la prueba de mis culpas, ofrecía generosamente el perdón después del ultraje. Everard, con maravillosa elocuencia, hizo resaltar el contraste odioso de semejante filosofía conyugal. Si yo era culpable, había que empezar por repudiarme, y si no lo era, no debía hacerse el indulgente. En todos los casos la generosidad era difícil de aceptar después de la venganza. Todo el edificio de amor cayó, además, ante las pruebas. Everard leyó una carta del año 1831 en que Dudevant me decía: «Iré a París. No me alojaré en su casa porque no quiero molestarla como tampoco quiero ser molestado por usted.» El abogado general leyó otras en las cuales la satisfacción provocada por mi ausencia estaba tan claramente demostrada que no se podía tener en cuenta esa ternura postuma que me salió ofreciendo. Proclamar a la vez este afecto y las pretendidas causas que me hacían aparecer indigna era arrojar en los espíritus la sospecha de un cálculo interesado que él sin duda, no quiso merecer. Tanto es así que sin esperar el resultado del juicio, desistió de su demanda y como la Corte lo hizo conocer después, haciendo suyo el juicio de La Chatre, esto tuvo pleno efecto sobre el resto de mi vida.

Resolvimos respetar el convenio que me había ofrecido en Nohant y que sus irresoluciones habían impedido poner en práctica, obligándonos a perder un año en trámites ingratos, que hubieran

podido evitarse de no haber cambiado él de parecer. De acuerdo con este convenio, Dudevant se encargaría de proveer la educación de Mauricio y éste debía permanecer en el colegio. Yo temía que volviera a manifestarse la aversión de Mauricio por el Colegio y que su padre pretendiera llevarlo con él. Mis amigos Everard, Duteil y Rollinat trataron de tranquilizarme haciéndome ver que Mauricio parecía adaptado al régimen universitario; que ya tenía doce años, y que, en poco tiempo, él tendría derecho a decidir más que su padre sobre la elección de su carrera; que además su cariño por mí no se alteraría y por lo tanto no debía abrigar ningún temor en cuanto a la influencia que la baronesa Dudevant podía ejercer en ese sentido. A pesar de escuchar tan buenas razones yo tenía el presentimiento de que ocurrirían nuevos contratiempos. Dudevant prometió enviar a Mauricio a mi lado en cuanto empezaran sus vacaciones y cumplió con su palabra. Salí para Nohant con Solange y llegamos allí el día de Santa Ana, patrona del pueblo. La gente bailaba bajo los grandes olmos, y el son ronco y vocinglero de la gaita, tan caro a mis oídos, me pareció muy feliz augurio traído al compás de mis recuerdos.

Capítulo LXVIII

Al recuperar la posesión de mi casa no me encontraba en situación desahogada. Por el contrario, me veía frente a grandes compromisos a consecuencia de un sistema de administración que debería reformar. Me conformaba porque por lo menos disfrutaba de la casa de mis recuerdos, y en ella podría albergar los futuros recuerdos de mis hijos. ¿Hay motivo para querer tanto esas casas llenas de recuerdos dulces y crueles, historia de nuestra propia vida, escrita en todas las paredes con caracteres misteriosos e indelebles, que a cada sacudida de alma os rodean de emociones profundas y de pueriles supersticiones? No lo sé; pero todos pensamos del mismo modo. La vida es tan corta que, por tomarla en serio, sentimos la necesidad de triplicar la noción de la misma en nosotros mismos; es decir, debemos relacionar nuestra existencia por el pensamiento con la de los padres que nos han precedido y con la de los hijos que nos sobrevivirán. Además, no entraba en Nohant con la ilusión de encontrar allí un oasis final. Me daba cuenta de que llevaba allí mi corazón agitado y mi inteligencia en acción.

Liszt estaba en Suiza y me alentaba para que fuera a pasar allí una temporada al lado de la condesa de Agoult, con quien me había hecho trabar amistad y que estaba en Ginebra por una temporada. Esta señora era una inteligencia superior y además, hermosa, gentil y espiritual. Ella también me llamaba con mucha insistencia y yo consideraba que ese viaje me sería útil como una distracción después de los disgustos que había soportado. Era, además, un buen paseo para mis hijos y un medio de distraerlos de la extrañeza que les provocaba nuestra nueva situación; además, los alejaba de comentarios que podían herir sus oídos.

En cuanto llegó Mauricio, para disfrutar de sus vacaciones, partimos con él, Solange y Úrsula para Ginebra.

Después de dos meses, durante los cuales realizamos paseos

interesantes no sin haber pasado, además, momentos encantadores con mis amigos de Ginebra, regresamos a París. Allí no pude habitar mi querida buhardilla del muelle Malaquais, porque como se encontraba en estado ruinoso, su propietario había decidido reconstruirla. Lamenté aún más no poder instalarme allí porque en la planta baja, ya poblada por mis sueños y mis profundas tristezas, había estado habitada, antes de mi partida de París, por la bella duquesa de Caylus, que estaba casada en segundas nupcias con el señor Luis de Rochemur y yo había trabado cordial amistad con ellos. Tenían dos hijitas adorables, y allí donde hay niños es fácil atraerme. Los veía muy frecuentemente porque esa vecindad era un encanto más para mis hábitos sedentarios. En esa casa vi por primera vez al señor de Lamartine.

En el hotel de Francia, donde la señora de Agoult me había hecho instalar para que estuviera cerca de ella, la existencia era muy placentera. Recibía dicha señora a muchos literatos, artistas y algunos hombres de mundo inteligentes. En su casa o por intermedio de ella conocí a Eugenio Sué, al barón d'Ekstein, o Chopin, Mickiewics, Nourrit, Víctor Schölcher, etc. Mis amigos, por otra parte, también fueron los suyos. Ella ya conocía a Lamennais, Pierre Leroux, Enrique Heine, etc. Su salón era una reunión escogida que ella presidía, con gracia exquisita, y donde se encontraba a la altura de todas las eminencias que la frecuentaban, por su espíritu cultísimo y por la variedad de sus aptitudes artísticas.

No tenía ni medios de vida suficientes para vivir en París, ni era de mi gusto una vida tan agitada; pero me vi obligada a pasar el invierno allí, porque Mauricio cayó enfermo. El régimen del colegio, al cual parecía haberse habituado, se le hizo nuevamente nocivo y, después de soportar varias indisposiciones a las que los médicos no atribuyeron gravedad, estos me dieron cuenta de que padecía de hipertrofia de corazón. Me apresuré a llevarlo a casa, deseaba trasladarlo a Nohant; Dudevant, que se encontraba en ese entonces en París, se opuso a ello. No quise luchar contra la autoridad paterna, aunque tuviese derechos para hacerlo. Debía, antes que nada, enseñar a mi hijo a no ser rebelde. Confiaba en convencer a su padre con dulzura y haciéndole constatar la evidencia. Esto fue

muy difícil para él y terriblemente doloroso para mí. Las personas que gozan de salud excelente no creen en los males de los demás. Escribí a Dudevant, le recibí luego en mi alojamiento, fui al suyo, le confié a Mauricio de tiempo en tiempo para que se diera cuenta de que en realidad estaba enfermo, porque creía que se trataba de una conspiración entre mi debilidad maternal y la debilidad y pereza de Mauricio. Se equivocaba cruelmente. Me había esforzado en mostrarme fuerte frente los llantos de mi hijo y contra mis propios temores. Pero veía bien que, al someterse a ese rigor, el niño desmejoraba. Además, el regente del colegio no quería asumir la responsabilidad de castigarlo. La desconfianza de su padre exasperaba a Mauricio. A él, que nunca había mentido, le dolía ser considerado mentiroso. Cada reproche sobre su pusilanimidad, cada duda sobre la realidad de su mal, hería profundamente ese pobre corazón enfermo. Empeoraba visiblemente, padecía de insomnio. A veces estaba tan débil que yo debía tomarlo en mis brazos para acostarlo. Una consulta firmada por los médicos Levrault, médico del colegio Enrique IV, Gaubert, Marjolin y Guersant (estos dos últimos me eran completamente desconocidos) no convenció a Dudevant. En fin, después de algunas semanas de terrores y de lágrimas quedamos reunidos para siempre mi hijo y yo. Como su padre no se había rendido aún a la evidencia del mal quiso tenerlo una noche con él para convencerse de que en realidad tenía fiebre y delirio. Así comprobó la seriedad de la afección que padecía el niño; tanto que a la mañana bien temprano me escribió diciéndome que lo fuera a buscar. Mauricio, al verme, pegó un grito, saltó de la cama con los pies desnudos y se agarró a mí; quería irse de allí al momento.

En cuanto la fiebre bajó un poco salimos para Nohant. Yo temía alejarlo de los cuidados de Gaubert, que lo visitaba tres veces por día; pero éste me aconsejaba volver a Nohant porque mi hijo lo añoraba. En sus sueños agitados gritaba «¡Nohant, Nohant!» con voz desgarradora. Era como una idea fija; creía que mientras él no estuviese allí, su padre volvería a buscarle.

—Este chico no ve más que para sus ojos —me decía Gauvert—. Usted es la razón de su vida; usted es el médico que necesita.

Realizamos el viaje en diligencia, en cortas etapas: Mauricio recobró pronto un poco de sueño y apetito, pero siguió molesto con

dolores de cabeza y reumáticos por todo el cuerpo. Pasé el resto del invierno en mi cuarto y durante seis meses no nos separamos ni por una hora. Debimos interrumpir sus estudios porque se encontraba muy débil.

La señora Agoult pasó en Nohant parte del año. También pasaron allí una temporada Liszt, Carlos Didier, Alejandro Rey y Bocagne. El verano fue magnífico y el gran artista nos deleitó con su piano. Pero a esa temporada de sol espléndido, consagrada a un trabajo apacible y a dulces entretenimientos, sucedieron días muy dolorosos.

Un día, en la mitad de la comida, recibí una carta de Pierret en la cual me decía; «Su madre está gravemente enferma. Se da cuenta de su mal y con el temor que le tiene a la muerte se agrava aún mas. No venga en seguida. Necesitamos unos días para prepararla para su llegada. Escríbale como si usted ignorara todo e invente un pretexto para venir a París.» Al día siguiente recibí otra carta: «Demore unos días su viaje, porque ella desconfía. Aún no hemos perdido la esperanza de salvarla.» Confié el cuidado de Mauricio a Gustavo Papet, que vivía a media legua de Nohant, dejé a Solange al cuidado de la señorita Rollinat, que dirigía su educación en Nohant y me fui a París.

Desde mi casamiento no había tenido grandes disgustos con mi madre, pero su carácter versátil continuaba habiéndome sufrir. Había estado en Nohant y se había mostrado involuntariamente injusta y susceptible contra personas de lo más inofensivas. Sin embargo, desde esa época, después de explicaciones enérgicas, había empezado yo a tomar ascendiente sobre ella. Además, continuaba yo amándola con pasión instintiva que no podía destruirse, a pesar de las quejas que me provocaba. Mi renombre literario producía en ella las más extrañas alternativas de alegría y de fastidio. Empezaba por leer las críticas malévolas de algunos diarios y sus pérfidas insinuaciones sobre mis principios y mis costumbres. Convencida de que todo eso era merecido me escribía o acudía a mi casa para acribillarme con reproches. Le preguntaba entonces si había leído la obra que había sido criticada en esa forma. Por lo general nunca leyó antes de condenar. Lo hacía luego, después de haber asegurado que no leería. Entonces, se entusiasmaba tanto con la obra, que declaraba que era lo más

sublime que había leído y que las críticas eran infames. Esto ocurría con cada nuevo trabajo que yo hacía. En la misma forma procedía con todas las cosas y todas las personas que se relacionaban conmigo. Todo en mí le provocaba una crítica desfavorable, me mortificaba incesantemente y al fin, las discusiones terminaban con reproches violentos si no le prometía proceder al gusto de ella. Al hacerlo, yo no me arriesgaba porque al día siguiente se había olvidado del motivo de su disgusto.

Claro que se necesitaba mucha paciencia para afrontar en cada entrevista una nueva tempestad imposible de prever. Yo era paciente, pero me afligía muchísimo al no poder encontrar nunca su buena disposición y los impulsos de ternura de su juventud. Vivía desde hacía varios años en el bulevar Poissonnière. N.º 6. Estaba casi siempre sola, porque ninguna sirvienta le duraba más de ocho días. Su departamento estaba siempre muy bien arreglado por ella, adornado de flores y ampliamente iluminado por el sol y la luz del día. En verano, la ventana de su dormitorio estaba siempre abierta a pesar del calor, del polvo y del ruido del bulevar. Necesitaba sentir París hasta allí.

—Soy parisiense de alma —decía—. Todo lo que aleja a los otros de París me gusta y me es necesario. Nunca tengo demasiado calor ni demasiado frío. Prefiero los árboles polvorientos del bulevar y los negros arroyuelos que los riegan a vuestros bosques, donde uno se asusta, y a vuestros ríos, donde uno puede ahogarse. Ya no me gustan los jardines; me recuerdan los cementerios. El silencio del campo me espanta y me aburre. En París creo siempre estar de fiesta, y este movimiento que me parece alegre me arranca de mí misma. Ya saben ustedes que me moriré el día que tenga que reflexionar.

¡Pobre madre; reflexionaba mucho en sus últimos días!

Muchos de mis amigos, testigos de sus arranques y de sus injusticias contra mí, me reprochaban mi debilidad de carácter con respecto a ella. Y, sin embargo, yo no podía ahogar la viva emoción que experimentaba cada vez que iba a verla. A veces pasaba frente a su casa y ardía en deseos de entrar; luego me detenía cohibida por el escándalo que tal vez me esperaba allí; casi siempre sucumbía a esa tentación y cuando había tenido la firmeza de quedarme una semana sin visitarla, me dirigía a su casa impaciente por verla.

Observaba ella en mí la fuerza de este instinto al comprobar la extraña opresión que experimentaba al ver la puerta de su casa. Para entrar a ella había una pequeña reja que daba sobre una escalera, por la cual había que bajar. En el subsuelo estaba el portero, que al mismo tiempo tenía un pequeño comercio. Desde allí alguna voz me decía:

—Su mamá está; puede subir.

Atravesaba un patio, subía un piso, luego atravesaba un corredor y subía tres pisos más. Durante todo este camino tenía tiempo de reflexionar y mientras me acercaba al departamento de mi madre, yo me decía: «Veamos: ¿qué cara me espera hoy? ¿Será buena o mala? ¿Qué inventará para enojarse?»

Recordaba la buena acogida que me hacía en los momentos en que estaba bien dispuesta. ¡Que dulces gritos de alegría, qué mirada brillante, qué beso maternal más tierno! Por todo eso podía yo soportar bien dos horas de amargura. Mi corazón latía violentamente mientras llamaba a la puerta. Escuchaba a través de ella y ya sabía cuál iba a ser el recibimiento, porque, cuando estaba de buen humor, reconocía mi modo de llamar y gritaba al abrir la puerta: «¡Ah, es mi Aurora!» En cambio si estaba mal dispuesta, no reconocía mi llamado, o no quería decir que lo había reconocido y gritaba: «¿Quién es?»

Ese «quién es» caía como piedra en mi pecho y ella necesitaba bastante tiempo para que se calmara o para que se explicara sobre el motivo que la tenía impaciente. Por fin, cuando podía arrancarle una sonrisa, o cuando Pierret llegaba dispuesto a ponerse a mi favor, desaparecía la violencia, se ponía alegre y yo la invitaba a comer en un restaurante y a ver luego un espectáculo. En ese programa se divertía tanto como en su juventud. En ese momento estaba tan encantadora que uno se olvidaba todos los malos ratos. En cambio otras veces era imposible entenderse con ella; eso ocurría sobre todo cuando el recibimiento había sido más amable. Empezaba a fastidiarse y como presentía la tormenta, me fingía cansada o resentida y bajaba la escalera con tanta impaciencia como cuando había subido.

Cuando resolví hacer intervenir la justicia para separarme de mi marido, antes que nadie comuniqué a mi madre esa noticia. Su impulso hacia mí fue espontáneo, completo y no se desmintió nunca

más.

En los viajes que realicé a París durante ese proceso, la encontré siempre bien. Hacía por lo tanto más o menos dos años que mi pobre madre había vuelto a ser para mí lo que era durante mi infancia. Dirigía sus bromas, en cambio, hacia Mauricio, a quien hubiera querido dirigir a su modo; pero éste era con su abuela más rebelde de lo que hubiera querido. Ese cambio tan grande con respecto a mí me inquietaba un poco. Había momentos en que yo decia a Pierret:

—Mi madre está adorable ahora; me parece encontrarla menos movediza y alegre. ¿No será que está enferma?

Pierret opinaba que no; que al fin había pasado para ella esa crisis que la había tenido tan nerviosa y que ahora se encontraba tan fuerte, amable y casi tan hermosa como en su juventud. Ésa era la verdad; cuando se arreglaba bien, la miraban todavía en la calle porque su edad parecía incierta y sus rasgos eran siempre perfectos.

Cuando llegué a París llamada por Pierret, acudí a su casa y al subir la escalera me encontré con el portero, que me dijo:

—¡La señora Dupín no está aquí!

Creí que era su modo de anunciarme su muerte.

—Tranquilícese —me dijo este hombre— no está peor. Quiso hacerse atender en un sanatorio para tener menos ruido y disfrutar con la vista de un jardín.

Corrí a la dirección que me indicaron, imaginando encontrar a mi madre en convalecencia, puesto que se preocupaba por un jardín. Pero la encontré en un espantoso cuartucho sin ventilación y tan cambiada que tardé en reconocerla. Parecía tener cien años. Puso sus brazos alrededor de mi cuello diciendo:

—¡Ah, estoy salvada, tú me traes la vida!

Mi hermana, que estaba a su lado, me explicó que ese espantoso alojamiento había sido elegido por capricho de la enferma. Nuestra pobre madre se imaginaba, en sus horas de fiebre, que estaba rodeada por ladrones, y como escondía dinero bajo su almohada no quería tener una habitación mejor para que sus ladrones imaginarios no sospecharan que poseía recursos. Primeramente me plegué a su fantasía, pero luego poco a poco, logré convencerla para que cambiara de habitación. El sanatorio donde se encontraba era hermoso y amplio.

Alquilé para ella el mejor departamento, que daba sobre el jardín, y al día siguiente consintió en ser trasladada allí. La hice ver por mi querido Gaubert, cuya dulce y simpática fisonomía le agradó, y el cual consiguió persuadirla para que siguiera todas sus indicaciones. Desgraciadamente Gaubert me dijo luego:

—No se ilusione; no puede sanar, el hígado está demasiado atacado. Los dolores atroces ya han pasado. Morirá sin sufrir. Denle el gusto en todo lo que ella quiera. Es impresionable como un niño. Alimenten en ella la esperanza de una pronta curación. Debe irse dulcemente, sin darse cuenta de nada. Luego, con su serenidad habitual, él, que también ya estaba herido de muerte y lo sabía muy bien, aunque lo disimulara piadosamente ante sus amigos, agregó:

—Morir no es una desgracia.

Previne a mi hermana de lo que el médico me había dicho y ambas nos dedicamos a distraer y complacer a nuestra pobre enferma. Quiso levantarse y salir.

—Es peligroso —nos dijo Gaubert—, puede morir en vuestros brazos; sin embargo, aún es más peligroso retener su cuerpo en una inacción que su espíritu no puede aceptar. Hagan lo que ella desea.

Vestimos a nuestra pobre madre y la llevamos a los Campos Elíseos. Allí se reanimó un instante por el sentimiento de vida que se agitaba a su alrededor.

—¡Que hermoso está todo esto! —nos decía—, ¡los ruidos de los coches, de los caballos que corren; esas mujeres elegantes, este sol, este polvo de oro! Uno puede morirse en medio de todo esto; no, en París uno no se muere. —Su mirada estaba aún brillante y sus voz segura, más al acercarse al Arco de Triunfo, nos dijo poniéndose mortalmente pálida:

—No podré llegar hasta allí; ya no puedo más.

Nos asustamos muchísimo; parecía pronta a exhalar su último suspiro. Hice detener el coche. La enferma se reanimó.

—Regresemos —dijo—, otro día iremos hasta el bosque de Bolonia.

Pudo salir varias veces más. Se debilitaba visiblemente, pero el temor de la muerte desaparecía. De noche sufría mucho con la fiebre y el delirio y de día parecía renacer. Manifestaba deseos de comer de todo; mi hermana se preocupaba por estos caprichos y me censuraba, porque yo le traía lo que me pedía. Yo le hacía

comprender que era mejor no contradecirla ya que se contentaba con mirar todos los manjares que tenía a su alrededor y apenas los probaba.

La bajábamos al jardín y allí, sobre un sillón, al sol, soñaba y hasta meditaba. Cuando estaba sola conmigo, me decía:

—Tu hermana es devota, y yo ya no lo soy desde que pienso que me voy a morir. No quiero ver a un sacerdote. Si es que debo morir, quiero que todo esté alegre a mi alrededor. Después de todo, ¿por qué voy a temer de encontrarme ante Dios? Siempre lo he amado.

Y con ingenuidad agregaba:

—Podrá reprocharme todo lo que quiera, pero no podrá decirme que no lo he amado.

No pude cuidar y consolar a mi madre tranquilamente. Mi hermano, que obraba del modo más raro y más contradictorio del mundo, me escribió:

«Te advierto que tu marido piensa ir a Nohant para apoderarse de Mauricio. No me delates porque no quiero enemistarme con él. Te escribo porque me parece que debo ponerte en guardia contra esos proyectos. Tú sabrás si tu hijo está demasiado débil para entrar en el colegio.»

Realmente Mauricio no estaba todavía en condiciones de regresar al colegio y temí que la sorpresa dolorosa provocada por la aparición de mi padre fuera nociva para sus nervios debilitados.

No podía dejar a mi madre. Uno de mis amigos se trasladó a Ars y de allí llevó a Mauricio a Fontainebleau, adonde fui yo, bajo nombre supuesto, para instalarlo en una posada. El amigo que se había encargado de llevarlo hasta allí se quedó con él, acompañándolo.

Llegaba yo al sanatorio a las siete de la mañana. Había viajado de noche para ganar tiempo. Vi la ventana del cuarto de mi madre abierta y presentí que todo había terminado. La antivíspera, cuando me besó, me dijo:

—Me siento muy bien y ahora pienso en cosas agradables. Me gusta el campo, que antes no podía soportar… Cuando cierro los ojos veo paisajes hermosos que no te puedes ni imaginar y que no podrías describir… Tengo que ir a Nohant para hacer grutas y cascadas en el bosquecillo. Ahora que Nohant es tuyo únicamente me encontraré mejor en él. Volverás allí dentro de una semana, ¿no

es cierto? Bueno, cuando te vayas, me iré contigo.

Al día siguiente estaba perfectamente tranquila. A las cinco de la tarde dijo a mi hermana:

—Péiname; quiero estar bien peinada.

Se había mirado al espejo y había sonreído. Su mano dejó caer el espejo mientras su alma se liberaba. Gaubert me escribió al momento, pero yo me había cruzado con su carta. Llegaba para encontrarla *sana,* restablecida, sí, de la fatiga espantosa y de la cruel tarea de vivir en este mundo.

Pierret no lloró. Como Deschartres al lado de la cama de mi abuela, parecía no comprender que uno pudiera separarse para siempre. La acompañó al día siguiente al cementerio y regresó riéndose a carcajadas. Luego bruscamente dejó de reír y se deshizo en lágrimas.

¡Pobre y excelente Pierret! Nunca se consoló. Volvió a sus antiguas costumbres, a su cerveza y a su pipa. Fue siempre alegre, brusco, alocado y revoltoso.

Al año siguiente vino a verme a Nohant. Había recobrado en apariencia su antiguo carácter.

Después de la muerte de mi madre fui a Fontainebleau, donde pasé algunos días sola con Mauricio. Mi hijo se encontraba bien, el calor había disipado sus dolores reumáticos. Sin embargo, cuando lo vio Gaubert no lo encontró del todo bien. Su corazón latía irregularmente. Debía seguir con el mismos régimen, con el ejercicio continuado y sin ninguna clase de fatiga mental. Nos levantábamos muy temprano y hacíamos largos paseos a caballo por este admirable bosque lleno de paisajes imprevistos, con árboles de todas clases, flores maravillosas y mariposas de las especies más variadas, cosas éstas que deleitaban a mi pobre naturalista, quien podía dedicarse a la observación y a la caza, ya que no podía estudiar.

Apenas acababa de reponerme del dolor provocado por la muerte de mi madre, experimenté una nueva angustia. Me comunicaron que Dudevant había estado en Berry y al no encontrar a Mauricio se había llevado a Solange. ¿Cómo pudo imaginarse que había querido jugarle una mala pasada alejando a Mauricio de allí? Lo único que yo quería hacer era escondérselo el tiempo necesario para que se le pasaran las malas disposiciones que mí hermano me

había dado a conocer. Esperaba llegar a lo que conseguí más tarde; es decir, a entenderme con él sobre lo que era más ventajoso y necesario para la educación y la salud de nuestro hijo. Si en lugar de ir misteriosamente a buscarlo durante mi ausencia, lo hubiese reclamado abiertamente, el niño hubiera sido examinado por los médicos elegidos por él y se habría convencido de que Mauricio no podía regresar al colegio.

De cualquier modo, se vengó de mí, porque creyó que yo había querido herirlo.

Nunca Dudevant había manifestado deseos de tener a Solange a su lado. Tenía la costumbre de decir:

—No quiero intervenir en la educación de la niña; no entiendo nada de eso.

¿Entendía algo más de la educación de los varones? No; su voluntad era demasiado rígida para soportar las inconsecuencias, la pereza y los caprichos de la niñez. Nunca soportó la contradicción, y, ¿qué es la niñez, sino la contradicción viviente de todas las previsiones e intenciones paternales?

Lo único que deseaba con respecto a Mauricio era convertirlo en un buen estudiante, y más tarde en un buen militar, y al apoderarse de Solange, confesó él mismo más tarde que su única intención había sido provocarme un disgusto y obligarme a ir a buscarla.

Esto debí adivinarlo y tranquilizarme; sin embargo, las circunstancias de este rapto se presentaron a mi espíritu de un modo cruel y, en realidad, habían sido más dramáticas de lo necesario. La gobernanta había sido maltratada y mi pobre hijita, espantada, había sido llevada con violencia mientras gritaba con todas sus fuerzas. Solange no estaba prevenida por mí contra su padre, como éste se imaginaba. Cuando él pretendió apoderarse de ella, la niña se arrojó a sus pies, gritando:

—¡Te quiero, papá, te quiero; no me lleves!

La pobre Solange no comprendía lo que ocurría.

Después de haber leído las cartas en las cuales me narraban esta aventura, tuve fiebre. Corrí a París, dejé a Mauricio al cuidado de mi amigo Luis Viardot. Fui a ver al ministro; puse todo en regla; me hice acompañar por otro amigo y por el pasante de mi abogado, el señor Vincent, excelente joven, todo corazón y celo, que es hoy abogado. En diligencia fuimos corriendo día y noche hacia Guillery.

La señora Dudevant había muerto un mes antes. No había podido privar a mi marido de la herencia de su padre. Que Dios tenga en su gloria a esta desgraciada mujer. Se había portado muy mal conmigo, más de lo que yo quiero decir.

Llegué a Nerac, corrí a ver al subprefecto, señor Haussmann, actual prefecto del Sena. Fui a pedirle ayuda y protección. En el acto subió a mi coche, corrió a Guilelry y sin ningún escándalo me hizo devolver a mi hija. Volvió con nosotros hasta la prefectura y nos hizo quedar dos días para descansar y pasearnos por aquellos encantadores lugares, a lo largo del arroyo de Beise. Invitó a comer a antiguos amigos míos, a quienes me alegré mucho de volver a ver. Durante la comida se habló mucho de filosofía, terreno neutral en comparación con la política, en el cual el joven funcionario hubiera estado en desacuerdo con nosotros. Recuerdo que en esa época sabía yo tan poco de la filosofía que escuché la conversación sin decir una palabra y que, mientras regresábamos, dije a mi compañero de viaje:

—Habéis discutido con el señor Haussmann asuntos de los cuales no entiendo. La ciencia de las nuevas ideas tiene fórmulas que me son completamente desconocidas y que no podré aprender jamás. Es demasiado tarde. Pertenezco a una generación que ya ha pasado de época.

Aseguró que me equivocaba y que cuando me hubiera iniciado en esos conocimientos no podría apartarme de ellos. En realidad fue así. Pronto me interesé vivamente por la filosofía. Sin embargo, pasaron ocho meses antes de que me encontrara suficientemente tranquila para iniciar esos estudios.

Como mi marido había heredado una renta que él confesaba ser de mil doscientos francos y que pronto debía duplicarse no me pareció justo que continuara disfrutando de la mitad de la mía. Él opinó lo contrario y tuvimos que discutir nuevamente. De haber estado segura de poder proveer con mi dinero a la educación de mis hijos, no hubiera discutido nuevamente por asuntos de dinero. Mas como la tarea literaria es tan eventual, no deseaba que mis hijos fueran víctimas de los vaivenes de mi profesión. Quería obtener que mi marido no se ocupara más de Mauricio, cosa a la cual estaba dispuesto él a ceder. Como le parecía demasiado gravosa la educación de éste sin mi ayuda, le propuse encargarme yo de todo y

aceptó finalmente esta solución, por un contrato definitivo, en 1838.

Me pidió cincuenta mil francos, a cambio de los cuales me devolvió la posesión del palacio de Narbona, patrimonio de mi padre, y consintió en que yo me encargara de la educación de mis hijos como quisiera. Después entonces hemos permanecido siempre en buenos términos. Vino a Nohant para el casamiento de mi hija. En cuanto a dinero, yo no salí muy favorecida. El palacio de Narbona, casa histórica muy antigua, estaba tan deteriorado, que debí gastar cerca de cien mil francos en repararlo. Trabajé diez años para pagar esa suma y hacer de ella la dote de mi hija. En medio de las grandes preocupaciones que me provocaron mis propiedades, no perdí el valor. Me había transformado en padre y madre de familia a la vez. Esto tiene sus dificultades cuando el dinero no basta, y es necesario ayudarse con una profesión tan absorbente como la de escribir para el público. No sé qué hubiera sido de mí de no haber tenido, junto con la facilidad de trasnochar, el amor de mi arte que me reanimaba a todas horas. Empecé a amarlo el día en que se hizo para mí, no una necesidad personal, sino un deber austero. Él me ha arrancado de muchas preocupaciones y me distrajo de muchas penas. ¡Qué cortos son los días y cuánto hay que velar para que el desorden no entre en la familia, en la casa, o en el cerebro! Durante varios años no dormí más de cuatro horas por día, y durante una larga temporada tuve que luchar contra espantosas jaquecas.

El casamiento debe ser indisoluble cuanto más se pueda, pues para guiar un barco tan frágil como es la seguridad de una familia se necesita un hombre y una mujer, un padre y una madre que se repartan la tarea, cada uno según su capacidad. Pero la indisolubilidad del matrimonio es posible con la condición de ser voluntaria; y para que sea voluntaria, debe hacérsela posible.

Si para salir de ese círculo vicioso encontráis algo más que la religión de la igualdad de derechos entre el hombre y la mujer, habréis hecho un hermoso descubrimiento.

Capítulo LXIX

Dos circunstancias me llevan a ocuparme, en esta parte de mi relato, de dos hombres notables de nuestra época: Carrel y Girardin. Armand Carrel murió el mismo día que se realizaba mi proceso en Bourges. Ambos fueron dos grandes periodistas. Por una misteriosa y cruel fatalidad uno mató al otro y, cosa más rara todavía, el vencedor de ese deplorable combate, joven entonces y en apariencia inferior al vencido en talento, llegó a sobrepasarle en erudición.

Sin decir una enormidad, ni buscar una paradoja, se podría entrever un incomprensible designio de la Providencia, no en el hecho doloroso y siempre lamentable de la muerte de Carrel, sino en la herencia de su genio recogida precisamente por su consternado adversario.

No quiero establecer un paralelo entre estos dos caracteres tan opuestos en su sentir y dos talentos tan diferentes en el modo de manifestarse. Quiero acercarlos, porque me parece que la fatalidad ha promovido ese acercamiento. Carrel, bajo la República, tal vez hubiera sido presidente. Girardin hubiera sostenido probablemente otro candidato, pero ambos hubieran estado de acuerdo en cuanto a la institución.

No he conocido personalmente a Carrel, pero recordaré siempre una hora de conversación suya con Everard, a la cual asistí sin que el mismo me viera. Yo leía junto al marco de una ventana y el cortinaje me tapaba cuando él entró. Hablaron del pueblo. Carrel no tenía noción del progreso. No estuvieron de acuerdo, Everard logró influir sobre él y, luego, a su vez, quedó influido por Carrel. El más débil arrastra al más fuerte, como sucede a menudo. Después de haber recorrido mucho camino desde ese día. Everard, en 1847, había vuelto a encerrarse en el horizonte limitado en Carrel.

Al ver las fluctuaciones de los grandes talentos, los partidarios se alarman, se extrañan o se indignan. Los más impacientes creen que

son abandonados o traicionados. Los últimos días de Carrel fueron envenenados por estas injusticias. Everard reaccionó y luchó hasta el fin contra sospechas amargas. Girardin, más acusado, más insultado y más odiado aún por los matices de los partidos es el único que quedó en pie. Es hoy, en Francia, el campeón de las teorías más audaces y más generosas sobre la libertad. Así lo quería el destino al dotarlo mejor que a sus adversarios.

Se tendrían que arrancar de nuestras costumbres políticas la prevención, la impaciencia y la cólera. Las ideas que perseguimos triunfarán únicamente en conciencias justas y generosas. Ningún partido gobernará mucho tiempo por medio del odio, de la violencia y del insulto. Rechacemos la posibilidad de que las repúblicas deban ser desconfiadas y las dictaduras vengativas. No soñemos con el progreso a condición de encaminarnos hacia él, sospechando unos de otros e hiriéndonos. Dejemos al pasado sus tinieblas, sus arrebatos y sus groserías. Admitamos que los hombres que han realizado cosas grandes o que han tenido grandes ideas o grandes sentimientos, no deben ser acusados a la ligera. Seamos bastante inteligentes para apreciar a esos hombres desde el punto de vista del conjunto de la historia. Cuando las luchas por la popularidad no tengan por armas la injuria, la ingratitud y la calumnia, no veremos defecciones importantes dentro de los partidos. Las defecciones son casi siempre reacciones del orgullo herido y actos de despecho. Si hubiéramos sido justos, si hubiéramos reconocido que Girardin no podía rehusar batirse con Carrel; si después de haber tildado a Carrel de cobarde no se hubiera tratado a su adversario de espadachín y de asesino, no habríamos necesitado veinte años para lograr nuestro bien legítimo, el gran auxilio que significa esa gran potencia, ese gran luz, que Emilio Girardin llevaba en sí y que debía llevar por el camino que conduce a nuestro objetivo común.

¡Cuántas desconfianzas y prevenciones contra él! Yo también las sentí como todos.

En cuanto a la causa del duelo, es imposible que los testigos hubieran podido encontrarla justa, si Carrel no le hubiera obligado a ello por su obstinación. Sin duda, Carrel estaba agriado y quería obtener una humillación más que una reparación. Los resultados del duelo fueron desoladores y honorables para Girardin. Fue insultado

por los amigos de Carrel y por toda venganza aquél hizo público su dolor por la muerte de su adversario.

Carrel fue un gran periodista, es decir, uno de esos hombres que hacen día a día la historia de su época relacionándola con el pasado y con el porvenir. Su antorcha fue recogida por Girardin. La luz vaciló durante largo tiempo en sus manos temblorosas. El soplo de las pasiones pudo oscurecerla o hacerla desviar; pero debía vivir y hubiéramos debido agruparnos a su alrededor antes de lo que lo hicimos. Lo mismo vivió. La misión del heredero de Carrel se ennobleció en la tempestad.

Volvamos a Everard. Tres años habían transcurrido desde que Everard adquirió gran influencia sobre mi espíritu. La perdió por causas que ya he olvidado, aunque recuerdo que fueron ellas de distinta naturaleza: por un lado, sus veleidades ambiciosas; por otro, los arrebatos reiterados de su carácter. Su primera intervención en la cámara lo reveló como un razonador hábil más que como orador político. Su papel no fue de los más destacados. Quedamos meses enteros sin vernos y sin escribirnos. De tiempo en tiempo iba a Nohant, hasta que ocurrió la revolución de febrero. Ya no estábamos de acuerdo sobre el fondo de las cosas. Yo ya había estudiado y meditado un poco mi ideal; él parecía haber retrocedido con el suyo hasta un siglo antes de la revolución. Se burlaba de mi socialismo con un poco de amargura. Entonces yo le predecía que un día habría de volver al socialismo; cosa que hubiera ocurrido de haber él vivido.

Me han dicho que nunca me había perdonado mi sinceridad. Yo creo que su corazón ha sido justo y su razón lúcida en un momento determinado que él solo conoció. Hoy que veo su alma frente a frente estoy bien tranquila.

Hay otra alma no menos hermosa y pura en su esencia, no menos enferma y turbada en este mundo, a quien encuentro con la misma placidez en mis conversaciones con los muertos y mientras espero ese mundo mejor donde nos encontraremos todos, bajo los rayos de una luz más viva y más divina que la de la tierra.

Hablo de Federico Chopin, que fue el huésped de los ocho últimos años de mi vida, en Nohant, bajo la monarquía.

En 1838, en cuanto Mauricio me fue definitivamente confiado, me decidí a buscar para él un invierno más benigno que el nuestro.

De ese modo pensaba preservarlo del reumatismo, que tanto le había hecho padecer el año anterior. Deseaba encontrar un lugar tranquilo donde él y su hermana pudieran estudiar un poco yo poder trabajar algo, sin cansarme demasiado. Se gana mucho tiempo cuando no se ve a nadie; hay más horas para trabajar.

Cuando hacía mis preparativos de viaje, Chopin, a quien veía todos los días y del cual admiraba el genio y amaba su modo de ser, su carácter, me dijo repetidas veces que si él estuviera en lugar de Mauricio, también se sanaría pronto. Creí en su palabra y me equivoqué. No lo puse, en el viaje, en lugar de Mauricio, pero sí al lado de Mauricio. Desde hacía tiempo sus amigos lo instaban para que pasara algún tiempo en el sur de Europa. Lo creían tuberculoso. Gaubert lo examinó y me juró que no lo estaba:

—Usted lo salvará si le da aire, paseos y reposo —me dijo.

Los demás, sabiendo que Chopin no se decidiría nunca a dejar el mundo y la vida de París sin que una persona amada por él lo llevara, me pidieron que no rechazara el deseo que manifestara tan oportunamente y de un modo tan inesperado. Me equivoqué al acceder a esa esperanza. Ya era suficiente irme sola al extranjero con dos niños, uno enfermo y la otra exuberante de salud y de vivacidad, sin tomar sobre mí una responsabilidad de médico. Pero Chopin estaba en un momento en el que su salud parecía muy buena. Excepto Grzymala, que nunca tuvo muchas esperanzas, todos estábamos convencidos de su restablecimiento. Rogué a Chopin que reflexionara bien antes de emprender el viaje, ya que hacía años que no había podido pensar en abandonar París, su médico, sus relaciones, su departamento y su piano. Era el hombre de las costumbres imperiosas y todo cambio, por pequeño que fuera, era un acontecimiento en su vida.

Partí con mis niños diciéndole que pasaría unos días en Perpignan, y que si al cabo de un tiempo fijado entre nosotros de antemano, él no llegaba, pasaríamos a España. Había elegido como lugar de residencia Mallorca, basándome en personas que creían conocer bien el clima y los recursos de ese lugar y que en realidad no lo conocían absolutamente.

Mendizábal, nuestro amigo común, un hombre tan excelente como célebre, debía ir a Madrid y acompañaría a Chopin hasta la frontera en el caso en que éste se decidiera a realizar el viaje.

Me fui, pues, con mis hijos y una criada a mediados de noviembre. Me detuve la primera noche en Plessis, donde con alegría abracé a mi madre Angela y a toda esa buena y querida familia que me había abierto sus brazos quince años antes. Las chicas ya estaban casadas. Tonine, mi preferida, estaba hermosa y encantadora y mi pobre papá James sufría de gota y caminaba con muletas. Besé al padre y a la hija por última vez. Tonine murió luego de dar a luz y su padre la siguió al poco tiempo.

Dimos un gran rodeo por el placer de viajar. En Lyon volvimos a ver a nuestra amiga la eminente artista señora Montgolfier y a Teodoro de Seynes. Bajamos luego por el Ródano hasta Avignon, de donde pasamos a Vaucluse, uno de los lugares más hermosos del mundo, que bien merece el amor de Petrarca y la inmortalidad que él le dio con sus versos. De allí, atravesando el mediodía, nos detuvimos algunos días en Nimes para abrazar a nuestro querido preceptor y amigo Boucoiran y para trabar relación con la señora de Oribeau, mujer encantadora que debía continuar siendo mi amiga. Llegamos a Perpignan, donde al día siguiente nos encontramos con Chopin. Éste había soportado muy bien el viaje.

No sufrió mucho durante la navegación hasta Barcelona, ni de Barcelona hasta Palma. El tiempo estaba sereno, el mar excelente; sentíamos que el calor aumentaba de hora en hora. Mauricio soportaba el mar casi tan bien como yo; Solange menos, pero a la vista de las costas escarpadas de la isla recortada al sol de la mañana por los áloes y las palmeras, se puso a correr por el puente, alegre y fresca como la mañana.

Tengo poco que decir aquí sobre Mallorca, pues ya escribí un gran volumen sobre ese viaje.

Relataré mis angustias con respecto al enfermo que acompañaba. En cuanto el invierno se declaró, y lo hizo de repente con lluvias torrenciales, Chopin presentó súbitamente también, todas las características de la enfermedad pulmonar. No sé qué hubiera sido de mí de haberse vuelto a enfermar también Mauricio. No teníamos ningún médico allí que nos inspirara confianza y era casi imposible procurarse remedios, hasta de los más simples. Aun el azúcar era de mala calidad y nocivo.

Gracias al cielo, Mauricio, que afrontaba desde la mañana hasta la noche la lluvia y el viento con su hermana, logró una salud

perfecta. Ni Solange ni yo temíamos los caminos y los chaparrones.

En una cartuja semiabandonada y deteriorada encontramos un alojamiento sano, de lo más pintoresco. Por la mañana hacía estudiar a mis hijos. Corrían ellos durante el resto del día, mientras yo trabajaba. Por la noche corríamos juntos por los claustros, a la luz de la luna o leíamos en las celdas.

Nuestra existencia hubiera sido muy agradable en esta soledad romántica, a pesar de lo salvaje de la región y de los robos que cometían sus habitantes, de no haber tenido el triste espectáculo de los sufrimientos de nuestro compañero y del temor que nos inspiró su vida en ciertos días. El pobre gran artista era un enfermo detestable. Lo que yo había temido, no lo suficientemente, ocurrió. Se desmoralizó completamente. Soportaba el sufrimiento con bastante valor. En cambio, no podía vencer la inquietud de su imaginación. El claustro estaba para él poblado de terrores y de fantasmas, aun cuando su salud reaccionaba. No me lo decía, yo lo adivinaba. De regreso de mis exploraciones nocturnas por las ruinas con mis niños, lo encontraba a las diez de la noche pálido, con la mirada extraviada y con los cabellos erizados ante su piano. Necesitaba algunos instantes para reconocernos. Realizaba luego un esfuerzo y reía y ejecutaba cosas sublimes que acababa de componer o, para decir mejor, ideas terribles o desgarradoras que acababan de apoderarse de él, a pesar suyo, en esta hora de soledad de adorarse de él, a pesar suyo, en esta hora de soledad, de tristeza y de temor.

Allí compuso las más hermosas de sus páginas cortas, que intituló modestamente *Preludios.* Son obras de arte. Varios de ellos presentan visiones de monjes muertos y expresan los cantos fúnebres que acudían a su mente; otros son melancólicos y suaves. Éstos se le ocurrían en las horas de sol y cuando se encontraba bien de salud, mientras mis hijos se reían bajo su ventana, cuando oía el sonido lejano de las guitarras o el canto de los pájaros, bajo el follaje húmedo y a la vista de las pequeñas rosas salidas que florecían sobre la nieve.

Otros son de una tristeza sombría, que mientras encantan el oído destrozan el corazón. Uno de ellos se le ocurrió una tarde de lluvia lúgubre en que se abate enormemente el alma. Ese día lo habíamos dejado muy bien, Mauricio y yo, cuando salimos para ir a Palma a

comprar objetos necesarios para nuestro campamento. La lluvia se había desatado, los torrentes de desbordaron; recorrimos tres leguas en seis horas en medio de la inundación y llegamos en plena noche a la cartuja, sin calzado, abandonados por nuestro cochero y en medio de peligros enormes. Nos apresurábamos más en vista de la inquietud de nuestro huésped. En efecto, él se había afligido violentamente y luego quedó como extático por la misma fuerza de la desesperación y ejecutaba su admirable preludio mientras lloraba. Al vernos entrar, se levantó lanzando un gran grito, luego con la mirada vaga y con tono extraño nos dijo:

—¡Ah; ya sabía que ustedes estaban muertos!

Cuando volvió en sí y advirtió el estado en que nos encontrábamos, se descompuso con el espectáculo retrospectivo de nuestro peligro; después me confesó que mientras nos esperaba había visto todo eso en un sueño y que, no distinguiendo ya ese sueño de la realidad, se había calmado y como adormecido tocando el piano, persuadido de que él también se había muerto. Se veía ahogado en un lago; gotas de agua heladas y pesadas le caían sobre el pecho, y cuando le hice escuchar el ruido de esas gotas de agua que caían, efectivamente, sobre el techo, negó haberlas oído y hasta se enojó conmigo porque yo le quería hacer palpar la realidad. Protestó con todas sus fuerzas, y tenía razón, contra la puerilidad de sus imitaciones para el oído. Su genio estaba lleno de las misteriosas armonías de la naturaleza, traducidas por equivalentes sublimes en su pensamiento musical y no por una repetición servil de sonidos exteriores. La composición suya de esa noche estaba llena de gotas de lluvia que resonaban sobre las teclas sonoras de la cartuja, que se habían traducido en su imaginación y en su canto en lágrimas que caían desde el cielo sobre su corazón.

El genio de Chopin es el más profundo y el más lleno de sentimientos y emociones que ha existido. Ha hecho hablar a un solo instrumento el lenguaje del infinito; ha podido resumir, en diez líneas que un niño podría ejecutar, poemas de una elevación inmensa y dramas de una energía sin igual. Nunca necesitó grandes medios materiales para dar la pauta de su genio. Tampoco tuvo necesidad de saxofones ni oficleidos para llenar el alma de terror; ni órganos de iglesia, ni voces humanas para llenarla de fe y de entusiasmo. No ha sido conocido, ni lo es todavía, por la multitud.

Se necesitan grandes progresos en el gusto y en la comprensión del arte para que sus obras lleguen a ser populares. Llegará el día en que se orquestará su música sin cambiar nada a sus partituras de piano, y en que todo el mundo sabrá que ese genio tan vasto, tan completo y tan sabio como el de los más grandes maestros que él había asimilado, ha conservado una personalidad aún más exquisita que la de Sebastian Bach, más poderosa que la de Beethoven y más dramática que la de Weber. Mozart únicamente es superior, porque Mozart posee, además, la serenidad que proviene de la salud y, por consecuencia, la plenitud de la vida.

Chopin se daba cuenta perfecta de su poder y de su debilidad. Su debilidad residía en el mismo exceso de ese poder que no podía reglamentar. No podía hacer, como Mozart, una obra de arte con un tema trivial (Mozart es el único que ha podido hacerlo). Su música estaba llena de matices y de imprevistos. Algunas veces, raramente, era extraña, misteriosa y atormentada. Aunque tuviera horror de lo que no se comprende, sus emociones excesivas lo llevaron, a pesar suyo, a regiones conocidas por él solo. Tal vez era yo para él un mal juez (pues me consultaba como Molière a su sirvienta), por que, a fuerza de conocerlo, había llegado a identificarme con todos las fibras de su personalidad. Durante ocho años, iniciándome diariamente en el secreto de su inspiración de su meditación musical, su piano me revelaba los arrebatos, las alternativas y las torturas de su pensamiento. Yo lo comprendía como se comprendía él a sí mismo.

En su juventud había compuesto trozos alegres. Hizo canciones polacas y romances inéditos de adorable dulzura. Algunas de esas composiciones ulteriores son aún como fuentes de cristal donde se refleja un sol claro. ¡Pero qué raros y breves son esos tranquilos éxtasis de su contemplación! El canto de la alondra en el cielo y el suave flotar del cisne sobre las aguas inmóviles son para él como relámpagos de la belleza en la serenidad. El grito del águila quejosa y hambrienta sobre las rocas de Mallorca, el silbido del cierzo y la taciturna desolación de las tejas cubiertas de nieve, le entristecían más tiempo y más vivamente de lo que le alegraban el aroma de los naranjos, la gracia de los pámpanos y la cantilena morisca de los labradores.

Lo mismo ocurría con su carácter en todas las cosas. Sensible un

instante a las dulzuras del afecto y a la sonrisa del destino, quedaba resentido durante días y semanas enteras por la torpeza de un indiferente o por las menudas contrariedades de la vida real. Y, cosa extraña, un verdadero dolor no le hacía padecer tanto como uno pequeño. Parecía que no tenía la fuerza suficiente para comprenderlo primero y luego para sentirlo. La profundidad de sus emociones no estaba, pues, de ningún modo en relación con sus causas. En cuanto a su deplorable salud, la aceptaba heroicamente en los peligros reales y se atormentaba miserablemente en las alteraciones insignificantes. Esta historia se repite en todos los seres en que el sistema nervioso está excesivamente desarrollado.

Con el sentimiento exagerado que tenía de los detalles, el horror a la miseria y la necesidad de un bienestar refinado, al cabo de unos pocos días de enfermedad tomó antipatía, naturalmente, a Mallorca. Era imposible, sin embargo, pensar en ponerse en viaje, porque estaba demasiado débil. Cuando se mejoró, los vientos adversos soplaron sobre la costa y durante tres semanas el barco no pudo salir del puerto.

Nuestra permanencia en la cartuja de Valldemosa fue un suplicio para él y un tormento para mí. Dulce, alegre, encantador en el mundo, Chopin, enfermo, era desesperante en la intimidad. No había ningún alma más noble, más delicada y más desinteresada que la suya; ningún trato más leal y más sincero y espíritu más brillante en la alegría, ninguna inteligencia más seria y más perfecta en lo que era de su dominio; pero, en cambio, ¡ay!, ningún carácter más desigual, ninguna imaginación más sombría y más delirante; ninguna susceptibilidad más fácil de irritar y ninguna exigencia de corazón más imposible de satisfacer. De nada de todo eso, él tenía la culpa. La enfermedad lo ponía así. Su espíritu estaba como desollado en vida; el caer de un pétalo de rosa, la sombra de una mosca, lo hacían sangrar. Excepto mis hijos y yo, todo le era desagradable e irritante bajo el cielo de España. Estaba impaciente por irse.

Por fin pudimos llegar a Barcelona, y de allí, por mar otra vez, a Marsella a fines del invierno. Dejé la cartuja con mezcla de alegría y de dolor. Allí hubiera pasado yo dos o tres años sola con mis hijos. Tenía un baúl lleno de buenos libros elementales para enseñarles. El cielo de Mallorca era cada día más hermoso y la isla un lugar

encantado. Nuestra instalación romántica nos encantaba; Mauricio se fortalecía rápidamente y a los tres nos causaban mucha gracia nuestras privaciones. Yo hubiera tenido allí muchos tiempo para trabajar sin distraerme; leía buenas obras de filosofía y de historia cuando no estaba de enfermera. De haber podido sanar el enfermo, Mallorca hubiera sido ideal. ¡De cuánta poesía llenaba su música ese santuario, aun en medio de sus más dolorosas agitaciones! ¡Y la cartuja era tan hermosa bajo la piedra, las flores tan espléndidas en el valle, el aire tan puro en la montaña, y el mar tan azul en el horizonte! Es el lugar más hermoso que yo he habitado. ¡Y apenas había podido disfrutar de él! Como no me atrevía a dejar al enfermo, salía únicamente un rato con mis hijos cada día cuando su estado me lo permitía. Estaba yo bastante enferma de cansancio y encierro.

En Marsella debimos detenernos. Chopin fue examinado por el célebre médico Cauvieres, quien lo encontró muy grave; pero recobró la esperanza al verlo restablecerse pronto. Auguró que Chopin podía vivir mucho tiempo con grandes cuidados. Este hombre amable y digno, uno de los primeros médicos de Francia, el más encantador, el más seguro y el más abnegado de los amigos, es, en Marsella, la providencia de los felices y de los desventurados. Fue para nosotros como un padre. Se preocupó, sin cesar, de hacernos la vida cómoda. Cuidaba al enfermo, paseaba y mimaba a los niños, llenaba mis horas de esperanza, de confianza y de bienestar espiritual. Observando que Chopin renacía con la primavera y que reaccionaba con sus medicamentos, aprobó nuestro proyecto de pasar unos días en Génova. Fue un gran placer para mí volver a ver con Mauricio todos los hermosos edificios y todos los magníficos cuadros que posee esta encantadora ciudad.

De regreso soportamos una gran tempestad en el mar. Chopin estuvo bastante enfermo, y para que se repusiera descansamos unos días en Marsella, en casa de nuestro excelente médico.

Marsella es una ciudad magnífica, que causa mala impresión a primera vista por la rudeza de su clima y de sus habitantes. Después, uno se encuentra a gusto en ella, pues el clima es sano y buenos sus habitantes en el fondo. Se comprende que uno pueda acostumbrarse a la brutalidad del viento mistral, a las violencias del mar y a los árboles de un sol implacable cuando una encuentra en

esta ciudad opulenta todos los recursos que la civilización puede procurar, y cuando se recorre esta Provenza tan extraña y tan hermosa que en muchos lugares lo es tanto como los paisajes más afamados de Italia.

Llegué a Nohant con Mauricio sano y Chopin convaleciente. Al cabo de algunos días, Mauricio cayó enfermo nuevamente. Mi amigo Papet, médico excelente, le cambió por completo el régimen y los medicamentos. Desde hacía dos años no comía más que carnes blancas. Papet juzgó que el rápido crecimiento del niño exigía tónicos, y después de haberle hecho una sangría lo fortifico por un régimen completamente opuesto. Me felicito de haber tenido confianza en él, pues desde ese momento Mauricio quedó completamente sano y su salud continuó siendo vigorosa.

En cuanto a Chopin, Papet no le encontró ningún síntoma de afección pulmonar. Y únicamente una sensible afección crónica de laringe de la cual creyó que no había por qué alarmarse.

Antes de continuar mi relato, debo hablar de un acontecimiento político que tuvo lugar en Francia el 12 de mayo de 1839 y de un hombre al que coloco entre los primeros de mis contemporáneos y que es Armando Barbes. Sus primeros impulsos fueron de un heroísmo irreflexivo y no titubeó en censurar, con Luis Blanc, la tentativa del 12 de mayo. Me atrevería a agregar que la frase «el fin justifica los medios» encierra algo más serio de lo que el mismo aforismo parece significar. Tiene un sentido muy cierto, si se considera que la vida de un número de hombres puede ser sacrificada a un principio beneficioso para la humanidad, pero con la condición de adelantar realmente el reinado de ese principio en el mundo. Si el esfuerzo de valor y de abnegación debe permanecer estéril; y si hasta en ciertas condiciones y bajo el imperio de ciertas circunstancias, al fracasar retarda la hora de la salvación, por más que sea puro en invención, se hace culpable en el hecho. Da fuerzas al partido vencedor y hace tambalear la fe de los vencidos. Hace derramar sangre inocente y la sangre de los conjurados, que es preciosa, en provecho de la mala causa. Tal fue el error de los jefes de la «Societé des saisons». Confiaron demasiado en el milagro de la fe y desconocieron el estado de los espíritus y los medios de resistencia; se precipitaron en el abismo, como Curtius, sin pensar que el pueblo se encontraba en uno de esos momentos de cansancio

y de incredulidad en el cual, por respeto a su porvenir, es mejor no exponerlo a realizar actos de heroísmo o de cobardía.

El éxito no justifica todo, pero sí sanciona las grandes causas e impone hasta cierto punto las malas a la razón humana. La fiebre generosa de las almas nobles indignadas debe saberse contener en ciertos momentos de la historia, y reservarse para la hora en que puede convertir la chispa sagrada en un vasto incendio.

No es mi intención acusar a Barbés, a Martín Bernard y a los demás mártires generosos de esta serie, de haberse sacrificado ciegamente por audacia natural, por menosprecio de la vida y a un deseo egoísta de gloria.

¡No; eran espíritus reflexivos, estudiosos y modestos; pero eran jóvenes, estaban exaltados por la idea del deber y esperaban que su muerte fuera fecunda!

La verdadera grandeza de Barbés se manifestó en su actitud ante los jueces y se completó en el largo martirio de la prisión. Allí su alma se elevó hasta la santidad. Del silencio de esta alma profundamente humilde y piadosamente resignada, salió la más elocuente y la más pura enseñanza de virtud que se haya dado en este siglo. Las cartas de Barbés a sus amigos son dignas de las mejores épocas de la fe. Habiendo madurado su reflexión, se elevó a la apreciación de las más altas verdades filosóficas; y superior a la mayoría de los que instruyen y predican, se manifestó con la fuerza de un estoico unida a la humilde dulzura de un verdadero cristiano. Por eso, sin ser creador en la esfera de las ideas, alcanzó el nivel de los más grandes pensadores de su época. La palabra y el pensamiento de otros germinaron y crecieron en su corazón puro y fervoroso, convirtiéndose así en un espejo de la verdad, en un extraño y verdadero tema de consolación para todos los que lamentan la corrupción del tiempo, la injusticia de los partidos y el decaimiento de los espíritus en los días de prueba y de persecución.

Capítulo LXX

Después del viaje a Mallorca quería arreglar mi vida de modo que se resolviera el difícil problema de hacer estudiar a Mauricio sin privarle de aire y de movimiento. En Nohant eso era posible y nuestras lecturas podían bastar para reemplazar, con nociones de historia y de literatura, el griego y el latín del colegio. Pero Mauricio amaba la pintura y yo no podía enseñársela. Además me llevaba mucho tiempo preparar en la víspera los conocimientos que debía enseñarle al día siguiente, pues no sabía nada con método. Tenía que inventar yo un método y otro método adecuado para Solange, cuyo modo de ser era tan distinto al de su hermano. Esta tarea era superior a mis fuerzas, a menos que renunciara a escribir. Pensé seriamente en eso. Encerrándome en la campiña durante todo el año, esperaba poder vivir con las rentas que me producía Nohanl y dedicarme a instruir a mis hijos.

Pronto me di cuenta de que el profesorado no me convencía o más bien dicho, yo no sabía desempeñar esa tarea con eficiencia.

No podía expresarme de un modo preciso y concreto y además la voz me fallaba al cabo de un cuarto de hora. Tampoco era muy paciente con mis hijos; hubiera enseñado mejor a otros niños. Tal vez sea preferible no interesarse apasionadamente por sus alumnos. Me extenuaba al esforzar mi voluntad y me desesperaba la resistencia de ellos.

Una madre joven no tiene suficiente experiencia en cuanto a la pereza y a las preocupaciones de la infancia. Sin embargo, recordaba mis disposiciones físicas y mentales en esa edad y pensaba que si tal vez, a pesar de que lo hicieron contra mi voluntad, no me hubieran dominado, yo hubiera sido una inútil o habría enloquecido; de modo que trataba de vencer esa resistencia de mis hijos sin conseguirlo.

Más tarde he enseñado a leer a mi nieta y tuve suficiente

paciencia para conseguir lo que quería, aunque la amaba apasionadamente también; pero entonces tenía muchos años más.

Otra cuestión seria se debatió también por entonces en mi conciencia. Me preguntaba si debía aceptar el proyecto de Chopin de fijar su existencia al lado de la mía. De haber sabido cuán poco convenían a su salud moral y física la vida retirada y la solemnidad del campo no hubiera dudado en decirle que no. Atribuía yo su desesperación y horror por Mallorca a la exaltación de la fiebre y a las características de aquella residencia. Nohant era un retiro menos austero, nos rodeaban personas simpáticas y había recursos para caso de enfermedad. Papet era para él un médico hábil y afectuoso. Fleury, Deteil, Duvernet y sus respectivas familias, Planet y Rollinat, sobre todo, le fueron simpáticos de primera intención. Todos lo quisieron y se sintieron dispuestos a mimarlo conmigo.

Mi hermano había regresado al Berry. Se había establecido en Montgivray, posesión heredada por su mujer, que quedaba a media legua de nosotros. Como mi pobre Hipólito se había portado tan mal conmigo, hubiera sido muy conveniente que me mostrara un poco severa con él; pero no lo hice por su mujer que siempre había sido correcta conmigo y por su hija a quien quería como si fuese mía, ya que la había educado con los mismo cuidados que tuve para Mauricio. Además, mi hermano, cuando reconocía sus culpas, se acusaba de ellas con tanto dolor y tanta humildad que mi resentimiento tenía que desaparecer inmediatamente. Por otra parte, aunque su pasado fuera inexcusable y sabiendo que el porvenir no tardaría en ser nuevamente intolerable, ¿qué es lo que podía hacer? Nada. Era el compañero de mis primeros años, el bastardo feliz, el niño mimado por todos los de la casa. Su entusiasmo, su alegría inagotable, la originalidad de sus ocurrencias, sus efusiones entusiastas y simples por el genio de Chopin, su deferencia constantemente respetuosa hacia éste, aun en los momentos en que había bebido, le resultaron agradables al artista eminentemente aristocrático. Todo anduvo, pues, muy bien al principio y admití la idea de que Chopin podría descansar y restablecerse a nuestro lado durante el verano, ya que su trabajo lo reclamaba necesariamente en París durante el invierno.

La perspectiva de esta especie de alianza de familia con un amigo nuevo en mi vida me daba mucho que pensar. Me asusté

pensando en la tarea que iba a aceptar y que creía se hubiera limitado al viaje a España. Si Mauricio volvía a caer enfermo, debería dejar las lecciones y las alegrías de mi tarea literaria y, ¿qué horas de mi vida podría consagrar a un segundo enfermo más difícil de cuidar y consolar que Mauricio?

Una especie de miedo se apoderó de mi corazón en presencia de ese nuevo deber que estaba por imponerme. No estaba ilusionada por una pasión. Experimentaba por el artista una especie de adoración maternal muy viva, muy verdadera, pero que no podía compararse un instante con el amor de las entrañas, el único sentimiento puro que puede ser apasionado.

Yo era todavía bastante joven y podía verme en la situación de luchar contra el amor, contra la pasión propiamente dicha. Esa eventualidad de mi edad, de mi situación y de destino de las mujeres artistas, sobre todo cuando odian distracciones pasajeras, me asustaba mucho, y resuelta a no soportar influencias que pudieran distraerme de mis hijos, veía cierto peligro en la tierna amistad que me inspiraba Chopin.

Después de haber reflexionado, ese peligro desapareció de mis ojos y hasta adquirió un carácter opuesto; el de guardarme contra emociones que yo no quería volver a conocer. Un deber más en mi vida ya tan llena de obligaciones, me pareció una oportunidad más para vivir en medio de la austeridad, hacia la que me sentía atraída por una especie de entusiasmo religiosa. De haber cumplido con mi proyecto de encerrarme en Nohant durante todo el año, renunciando al arte y convirtiéndome en la preceptora de mis hijos, Chopin se hubiera salvado del peligro que lo amenazaba, es decir, de atarse a mí de un modo absoluto. No me amaba todavía de un modo exclusivo, como para no poder apartarse de mí. Me hablaba de un amor romántico que había tenido en Polonia, de dulces afectos que había encontrado luego en París y que podía reanudar nuevamente, y sobre todo de su madre, que era la única pasión de su vida y lejos de la cual, sin embargo, se había acostumbrado a vivir.

Como estaba obligado a alejarse de Nohant, a causa de su profesión, puesto que vivía de su trabajo, seis meses en París, después de algunos días de malestar y de lágrimas, le hubieran hecho sentirse otra vez a gusto en el ambiente elegantemente

exquisito y de coquetería intelectual en el que él actuaba.

Pero el destino nos empujaba a una larga asociación y llegamos ambos a ella sin darnos cuenta.

Viendo que había fracasado en mi labor de profesora, determiné poner a mis hijos bajo la dirección de personas hábiles y con ese fin me radiqué cada año por una temporada en París. Alquilé en la calle Pigalle un departamento compuesto de dos pabellones, situado al fondo de un jardín. Chopin se instaló en la calle Tronchet; su departamento era húmedo y frió. Empezó a toser nuevamente y tuve que resignarme a dimitir como enfermera o a dedicarme a pasar mi vida en idas y venidas. Él, para ahorrármelas, venía diariamente a decirme que se encontraba muy bien, aunque tenía un aspecto cada vez más enfermizo. Comía con nosotros y luego de noche, tiritando, se retiraba a su casa. Viendo cómo desmejoraba con aquella forma de vivir, le ofrecí alquilarle uno de los pabellones. Aceptó el ofrecimiento con alegría. Tuvo allí su departamento, recibió a sus amigos y dio sus lecciones sin molestarme. Mauricio se alojaba en el departamento que quedaba sobre el de Chopin y yo ocupaba el otro pabellón con mi hija. El jardín era lindo y amplio y nos permitía divertirnos en él alegremente.

Varios profesores de ambos sexos se ocupaban de la educación de mis hijos. Veía muy poca gente, dedicándome a mis amigos, a mi joven y encantadora pariente Agustina; Oscar, el hijo de mi hermana, de quien me había hecho cargo y había puesto en pensión, y los dos hijos de la señora de Oribeau. Toda esta juventud formaba un grupo que, reunido con mis hijos, daban gran alegría a la casa.

Pasamos cerca de un año probando la educación a domicilio. Mauricio se encontraba muy a gusto. No adelantó mucho más que mi padre en los estudios clásicos, pero con sus profesores Eugenio Pelletan, M. Loyson y M. Zirardini, aprendió a leer y comprender lo que leía, y estuvo pronto en condiciones de instruirse él mismo y de descubrir los horizontes hacia los cuales su naturaleza lo llevaba. Pudo así empezar a recibir nociones de dibujo, que era lo que más le agradaba.

Otra cosa ocurrió con Solange. A pesar de la excelente enseñanza que recibió de parte de la señorita Suez, una genovesa

muy instruida y muy buena, su espíritu impaciente no podía fijarse en nada, cosa desesperante, puesto que su inteligencia, su memoria y su compresión eran magníficas. Debía internarla nuevamente en el colegio, porque la educación en común la estimulaba más y como tenía allí menos distracciones, le era más fácil encauzarse. La instalé en Chaillot, en la casa de la señora Bascans, donde convino que se encontraba mejor que en mi casa. Instalada en una casa encantadora y en un lugar magnífico, siendo objeto de los más tiernos cuidados y favorecida por lecciones particulares, se dignó por fin, comprender que el cultivo de la inteligencia era algo más que una vejación caprichosa. Pues pretendía que se habían inventado los conocimientos humanos para mortificar a las niñas.

Después de haberme separado de Solange (cosa que hice con más esfuerzo y pena de lo que le demostré), viví en Nohant en verano y en París en invierno, sin separarme de Mauricio, quien sabía estar entretenido siempre y por todos lados. Chopin pasaba tres o cuatro meses por año en Nohant. Yo prolonga allí mi permanencia hasta muy adelantado el invierno, y luego encontraba en París a *mi enfermo de siempre.* Así se apodaba él mismo, mientras deseaba mi retorno, pero sin añorar el campo, en el cual sólo se complacía algunos días y al que soportaba más tiempo para estar cerca de mí. Habíamos dejado el alojamiento de la calle Pigalle, porque no era del agrado de Chopin, y nos instalamos en el jardín de Orleans, donde la buena y activa Marliani nos había preparado una vida de familia. Ocupaba ella un lindo departamento, entre los dos nuestros. Había un gran patio arbolado y cubierto de arena, siempre muy limpio, que atravesábamos para reunirnos en su casa, en la mía o en la de Chopin cuando éste disponía que escucháramos su música. Comíamos todos juntos en casa de la Marliani y repartíamos los gastos entre todos. Era ésta una asociación muy buena, económica, y que permitía trabajar en las horas que eran de agrado. Chopin también estaba muy satisfecho de tener una hermosa sala aislada, donde podía componer y soñar. Sin embargo, como él gustaba del mundo, aprovechaba ese santuario únicamente para dar lecciones. En Nohant creaba y escribía.

Mauricio tenía su departamento y su estudio sobre el mío. Solange tenía cerca de mi un lindo cuartito en el cual gustaba de hacerse *la señora* con respecto a Agustina, los días de salida, y del

que echaba imperiosamente a su hermano y a Oscar, diciendo que los varones tenían malos modales y olor a cigarro; cosa que no le impedía subir al estudio un rato después, para fastidiarlos, tanto que pasaban todo su tiempo echándose de sus domicilios respectivos y llamando a la puerta para volver a empezar.

Otro niño, primero tímido y luego bromista y burlón, se agregaba también a estas idas y venidas, a los gritos y a las risas que desesperaban al vecindario. Era Eugenio Lambert camarada de Mauricio en el estudio de pintura de Delacroix, muchacho inteligente, despierto, bueno, a quien quise casi tanto como a mis hijos, y que habiendo ido por un mes a Nohant ha pasado desde entonces allí una docena de veranos sin contar varios inviernos.

Más tarde hice que Agustina se quedara enteramente con nosotros, puesto que la vida de familia se me hacía cada vez más agradable y más necesaria. Esta niña hermosa y buena fue siempre un ángel de consuelo para mí. Pero, a pesar de sus virtudes y de su ternura, fue la causa de grandes disgustos. Sus tutores me la disputaban y yo tenía serias razones para imponerme el deber de protegerla. Al llegar a su mayoría de edad no quería apartarse de mí. Esto fue la causa de una lucha innoble e infame de parte de personas a quienes no quiero nombrar.

No puedo hablar aquí de los ilustres y queridos amigos que me rodearon durante esos ocho años. Pero quiero nombrar a Luis Blanc, Godefroy Cavaignac, Enrique Martin y el más hermoso genio femenino de nuestra época, unido a un corazón noble, Paulina García, hija de un artista, hermana de la Malibran, y casada con mi amigo Luis Vardot, sabio modesto, hombre de gusto artístico y hombre de bien.

Me relacionaba con todas las clases sociales, con la opulencia y miseria, y frecuentaba ambientes de ideas completamente contrarias, absolutistas y revolucionarias. Me agradaba conocer y comprender los diversos resortes que hacen mover la humanidad y que deciden sus vicisitudes.

Después de las desesperanzas de mi juventud me dejé llevar por demasiadas ilusiones. Al escepticismo enfermizo sucedió una excesiva e ingenua credulidad por todo. Mil veces creí equivocadamente en la fusión arcangélica de las fuerzas opuestas en el gran combate de las ideas. A veces todavía soy capaz de creer esa

simpleza, resultado de tener un corazón demasiado amplio; sin embargo, ya debía de estar curada de espanto, pues mi corazón ha sufrido mucho.

La vida que describo era muy buena aparentemente. Estaba satisfecha con respecto a mis hijos, a mis amigos y a mi trabajo. No cuento la otra faz de mi vida que estaba velada por amarguras espantosas. Recuerdo que un día, indignada por las injusticias sin nombre que ocurrían en mi vida íntima, me fui a llorar al bosquecillo de mi jardín de Nohant, en el lugar donde mi madre hacía para mí y conmigo lindas grutas. Tenía alrededor de cuarenta años y aunque padecía de neuralgias terribles, me sentía físicamente mucho más fuerte que en mi juventud. Se me ocurrió, no sé en medio de qué ideas sombrías, levantar una gruesa piedra. Lo hice sin esfuerzo, y la dejé caer con desesperación.

¡Dios mío! —me dije—, ¡tal vez tenga que vivir otros cuarenta años!

El horror a la vida, la sed de reposo que rechazaba desde hacia tiempo, volvieron a mí esta vez de un modo terrible. Me senté y lloré amargamente. Sin embargo, en ese momento se produjo una gran revolución en mí. Después de dos horas en que me sentí completamente desesperada, medité un buen rato y luego me serené de un modo tan preciso que lo recuerdo como algo decisivo en mi vida.

No sé resignarme. La resignación es para mí un estado de tristeza sombría, mezclado a lejanas esperanzas que yo no conozco. Parece que mi organismo la rechaza. Necesito estar completamente desesperada para reaccionar luego valientemente. Tengo que hacer dicho «todo está perdido» para que me decida a aceptar todo. Hasta la palabra resignación me irrita. Me parece que las personas resignadas desprecian al género humano. No se esfuerzan en levantar las rocas que las oprimen, creen que a sus alrededor todo es roca y que únicamente ellas son hijas de Dios.

Otra solución se abrió en mi espíritu: soportar todo sin odio y sin resentimiento y combatir siempre por la fe; ninguna ambición, ningún sueño de dicha personal para mí misma en este mundo, y, en cambio, tener mucha esperanza y realizar grandes esfuerzos para la felicidad de todos los demás. Esto me pareció una conclusión magnífica de la lógica aplicada a mi naturaleza. Podía vivir sin

dicha personal, ya que no tenía pasiones personales. Pero sentía mi ternura y una necesidad imperiosa de aplicarla a alguien. Debía querer o morir. Es muy desgraciado querer cuando uno es poco querido. Lo que impide vivir, es vivir de un modo contrario al que uno desea. Frente a esta resolución me pregunté si tendría fuerzas para ponerla en práctica; no tenía gran aprecio de mí misma para confiar demasiado en ello. La virtud es una luz que se produce en el alma. En mi creencia, la virtud se hace con la ayuda de Dios. Pero se acepte o se rechace el socorro divino, la razón nos demuestra que la virtud es un resultado brillante de la aparición de la verdad en la conciencia, una certidumbre, por consecuencia, que dirige al corazón y a la voluntad. Después de haber calculado mil posibilidades con gran ardor religioso y con verdadero impulso del corazón hacia Dios, me sentí muy tranquila. Conservé esa tranquilidad interior durante todo el resto de mi vida; la conservé a pesar de las sacudidas que sufrí sin interrupción y sin desfallecimiento. Hubo veces en que mi equilibrio físico sucumbió bajo el rigor de esa voluntad; con todo, la encontré siempre en el fondo de mi pensamiento y en las costumbres de mi vida. La volvía a encontrar sobre todo por la oración. No llamo oración al conjunto de palabras arregladas de antemano y lanzadas hacia el cielo, sino a un entretenimiento del pensamiento con el ideal de luz y de perfecciones infinitas. De todas las amarguras que debía combatir, las que me proporcionaban los sufrimientos de *mi enfermo de siempre* no eran las menos considerables.

Chopin quería a Nohant y no soportaba Nohant. Era hombre de mundo por excelencia, no de un mundo demasiado numeroso, sino del mundo íntimo, de los salones de veinte personas, de la hora en que el gentío se va y los concurrentes habituales se agrupan alrededor del artista para arrancarle, con amables inoportunidades, lo más puro de su inspiración. En ese momento daba todo su genio y todo su talento. Entonces, después de haber sumido a su auditorio en un profundo recogimiento y en una tristeza dolorosa (pues su música ocasionaba en el alma abatimientos atroces, sobre todo cuando improvisaba) como para hacer desaparecer la impresión y el recuerdo de su dolor a los demás y a sí mismo, se miraba en un espejo con disimulo arreglaba su cabello y su corbata y se mostraba súbitamente transformado, en inglés flemático, en anciano

impertinente, en francés sentimental y ridículo y en judío sórdido. Siempre imitaba a modelos tristes, por cómicos que fueran; pero estaban tan perfectamente comprendidos y tan delicadamente traducidos que uno no se cansaba de admirarlo.

Esas cosas sublimes, encantadoras, raras y espontáneas le convertían en el alma de las reuniones escogidas. Era disputado por todos. Su carácter noble, su desinterés; su orgullo bien entendido, enemigo de toda vanidad de mal gusto y de todo reclamo insolente; la delicadeza de su trato y de su saber vivir hacían de él un amigo tan serio como agradable.

Arrancar a Chopin de todos estos halagos, asociarlo a una vida sencilla, uniforme y constantemente estudiosa, él, que había sido educado en faldas de princesas, era privarle de aquello que la hacía vivir; de una vida ficticia, es cierto, pues, tal como una mujer estucada, dejaba por la noche, al regresar a su casa, su brillo y su poder para pasar la noche con fiebre y en insomnio, pero de una vida que fue más corta y más brillante que la que hubiera vivido en el alejamiento y en la intimidad uniforme, regular, de una sola familia.

Chopin no admitía la exclusividad de sus afectos; sólo era exclusivista con aquellos que quería; su alma, impresionable a toda belleza, a toda gracia y a toda sonrisa, se entregaba con una facilidad y una espontaneidad únicas. Se apartaba en la misma forma; una palabra torpe, una sonrisa equivocada le desencantaban. Amaba apasionadamente a tres mujeres en una misma fiesta, y por último salía solo, no pensando en ninguna de ellas y dejando a las tres convencidas de haberle encantado. En amistad procedía en la misma forma.

Un hecho que me contó él mismo prueba qué poco medía la parte que daba de su corazón y lo que exigía del de los demás.

Se había enamorado intensamente de la nieta de un maestro célebre; pensó pedir su mano al mismo tiempo que pensaba casarse con una señorita polaca; su lealtad no se había comprometido con ninguna de ellas, pero su alma flotaba de una pasión a la otra. La joven parisiense parecía encantada con él; cuando un día fue a su casa con un músico más célebre que él, esta niña ofreció a éste un asiento antes que a Chopin. No la volvió a ver y la olvidó en seguida.

No es que sus alma fuera indiferente y fría. Por el contrario, era ardiente y abnegada, pero no lo era exclusiva y continuamente hacia tal o cual persona; se entregaba alternativamente a cinco o seis afectos. Este artista no estaba hecho para vivir mucho tiempo en este mundo. Se sentía devorado por un sueño de ideal que no estaba contrarrestado por ninguna tolerancia filosófica o misericordiosa.

No quería transigir con la naturaleza humana. No aceptaba la realidad. En eso residía su juicio y su virtud, su grandeza y su miseria. Implacable con respecto a la menor mancha, se entusiasmaba enormemente con la más ínfima luz, ya que su imaginación exaltada la trasformaba en un sol. Ser objeto de su preferencia era a la vez agradable y cruel.

Se ha pretendido afirmar que yo había descrito su modo de ser con gran exactitud en una de mis novelas. Esto es una equivocación. En el príncipe Karol tracé el carácter de un hombre exclusivo en sus sentimientos y en sus exigencias. Chopin no era así. La naturaleza no se define con el arte, por más realista que ésta sea. La naturaleza tiene caprichos e inconsecuencias sumamente misteriosas.

El arte rectifica esas inconsecuencias, porque no puede revelarlas tales como son. Chopin era un resumen de esas inconsecuencias magníficas que Dios únicamente puede permitirse crear y que tiene su lógica particular. Era modesto por principio y suave por costumbre; pero imperioso por instinto y lleno de un orgullo legítimo que él mismo se desconocía. De ahí sus sufrimientos que no razonaban y que no se fijaban sobre un objeto determinado. Además, el príncipe Karol no es un artista. Es un soñador y nada más; no siendo genial no tiene los derechos de un genio. Es un personaje más real que amable. Y tanto no es el retrato del gran artista, que Chopin —que era tan desconfiado— al leer el manuscrito que estaba sobre mi escritorio no se reconoció ni por un momento, Más tarde, por reacción, se lo imaginó, según me han dicho. Enemigos (que estaban a sus lado y que se decían sus amigos, como si agriar un corazón que sufre no fuera un crimen), lo hicieron creer que esa novela era la revelación de su carácter. Seguramente que su memoria estaba en ese momento debilitada. ¡Por qué no habrá vuelto a leer el libro! ¡Esta historia se parecía tan poco a la nuestra! Era el reverso de aquélla.

Entre nosotros no había esos transportes ni aquellos sufrimientos. Nuestra historia no tenía nada de novelesco. En el fondo era demasiado sencilla y demasiado seria para que hubiéramos tenido motivo de un disgusto a propósito de uno de nosotros. Yo aceptaba toda la vida de Chopin tal cual seguía siendo fuera de la mía. Como yo no tenía sus gustos ni sus ideas fuera del arte, ni sus principios políticos, ni su apreciación de las cosas, no intenté modificación alguna en su ser. Respeté su personalidad como respeté la de Delacroix y la de mis otros amigos encaminados por una senda distinta de la mía. Por otra parte, Chopin me honraba con una clase de amistad que era una excepción en su vida. Era siempre el mismo para mí. Tenía sin duda pocas ilusiones con respecto a mí, puesto que siempre me estimó en la misma forma. Por eso duró tanto nuestra buena armonía. Sin ocuparse de mis estudios, de mis búsquedas y, por consiguiente de mis convicciones, encerrado como estaba en el dogma católico, decía de mí, como la madre Alicia en los últimos días de su vida: «¡Bah, estoy bien segura de que ama a Dios!»

Nunca nos hicimos mutuos reproches, es decir, nos los hicimos una sola vez; fue la primera y la última. Un afecto tan delicado debía romperse y no enfriarse en choques indignos de él.

Si bien Chopin era conmigo la abnegación, la amabilidad, la gracia y la deferencia en persona, no había abjurado por eso de sus asperezas de carácter respecto a los que me rodeaban. Con ellos se manifestaba desigual; a veces generoso y caprichoso, pasaba de la alegría a la tristeza, de la simpatía a la aversión recíprocamente. Ellos nunca se dieron cuenta del sufrimiento que había en su vida interior, y que expresaba en sus obras de arte. Durante siete años fue tan reservado respeto a eso que únicamente yo pude adivinarlos, dulcificarlos y retardar siempre su explosión.

¡Por qué no se combinaron los acontecimientos de modo que hubiéramos podido alejarnos uno de otro antes del octavo año!

Yo había contribuido a que se calmara y se alegrara un poco, porque Dios consintió en que conservara un poco de salud. Con todo, declinaba visiblemente y ya no sabía qué remedio emplear para combatir la creciente irritación de sus nervios. La muerte de su amigo el doctor Mathuzinski y luego la de su padre le provocaron dos grandes disgustos. El dogma católico arroja sobre la muerte

terrores atroces. Chopin, en vez de soñar para esas almas puras un mundo mejor, tuvo visiones espantosas y me vi obligada a pasar muchas noches en una habitación vecina a la suya, siempre lista para interrumpir cien veces mi trabajo y espantar los espectros de su sueño y de su insomnio. La idea de su propia muerte se le aparecía escoltada por todas las supersticiones de la poesía eslava. Como polaco, vivía en una pesadilla de leyendas. Los fantasmas lo llamaban, lo abrazaban y en vez de ver a su padre y a su amigo sonreírle desde el otro mundo, rechazaba sus rostros descarnados y quería librarse del abrazo de sus manos heladas.

Nohant se le había hecho antipático. A su regreso, en primavera, se entusiasmó nuevamente. Pero en cuanto se ponía a trabajar todo se ensombrecía a su alrededor. Su creación era espontánea, milagrosa; la encontraba sin buscarla, sin preverla. Aparecía sobre su piano repentinamente completa y sublime; o se producía en su cabeza durante un paseo y estaba ansioso de escucharla él mismo interpretándola en el piano.

Entonces empezaba la tarea más conmovedora que he visto. Se producía una serie de esfuerzos, de irresoluciones y de impaciencias para captar ciertos detalles del tema que se le había ocurrido; lo que había concebido de una sola vez, lo analizaba demasiado al querer escribirlo y se desesperaba en su cuarto durante días enteros, llorando, caminando, rompiendo sus plumas, repitiendo y cambiando cien veces un compás, escribiéndolo y borrándolo igual número de veces y volviendo a empezar al día siguiente con una perseverancia minuciosa y desesperada. Pasaba seis semanas sobre una página para escribirla por último tal cual la había trazado de primera intención. Durante largo tiempo había conseguido convencerlo para que se fiara de su primera inspiración. Pero cuando ya no estaba dispuesto a creer en mí me reprochaba dulcemente por haberlo mimado y no haber sido bastante severa con él. Trataba de distraerlo, de hacerlo pasear. A veces, llevado a toda mi familia en un carro de campo con bancos, lo arrancaba, a pesar suyo, de esa agonía, lo llevaba a orillas del Creuse y durante dos o tres días, perdidos bajo el sol y la lluvia por caminos espantosos, llegábamos alegres y hambrientos a algún lugar magnífico donde parecía renacer. El primer día quedaba extenuado de fatiga, pero ¡dormía!; el último día estaba reanimado,

rejuvenecido y, al regresar a Nohant, solucionaba su trabajo sin demasiado esfuerzo. No era siempre posible determinarlo a dejar su piano, que más a menudo era su tormento y no su alegría; y poco a poco fue manifestando desagrado cuando yo intentaba arrancarlo de allí.

No me atrevía a insistir. Chopin, asustado, asustaba, y como conmigo se contenía siempre, parecía ahogarse y estar próximo a morir.

Mi vida, siempre activa y alegre, se había hecho interiormente más dolorosa que nunca. Me desesperaba al no poder dar a los otros esa dicha a la cual yo había renunciado, puesto que tenía más de un motivo de pena contra las cuales trataba de reaccionar. La amistad de Chopin no había sido nunca un refugio para mí en la tristeza; para él eran suficientes sus propios males. Los míos lo hubieran matado, de modo que no los conocía más que vagamente y no los comprendía en absoluto. Hubiera apreciado las cosas desde un punto de vista muy distinto del mío.

Mi verdadero sostén moral era mi hijo, que estaba en edad de compartir conmigo las cuestiones más serias de la vida y que me sostenía con la serenidad de su carácter, su razón precoz y su inalterable buen humor. Ambos concebíamos algunas cosas en forma muy distinta, pero nuestro organismo era muy parecido en muchos aspectos; teníamos gustos y necesidades iguales. Además, nos unía un afecto tan grande que ningún desacuerdo entre nosotros pudo durar más de un día y desaparecía en cuanto podíamos explicarnos frente a frente. Como consecuencia de las últimas recaídas del enfermo, su carácter se había ensombrecido extremadamente, y Mauricio, que hasta entonces lo había amado mucho, se sintió herido de repente por él por una cuestión sin importancia. Un momento después se besaron; sin embargo, el grano de arena ya había caído en el lago tranquilo y poco a poco cayeron los guijarros uno tras otro. Chopin se irritaba a menudo sin ningún motivo y algunas veces injustamente contra buenas intenciones. Vi que el mal se agravaba y se extendía a mis otros niños, rara vez a Solange, a la que Chopin prefería porque era la única que no lo había mimado, pero sí a Agustina con una amargura que aterraba y a Lambert, que no supo adivinar nunca por qué. Agustina, la más dulce, la más inofensiva de todos, estaba

apenadísima. ¡Había sido tan bueno con ella primeramente! Todo eso fue soportado. Por fin, un día, Mauricio, cansado de los alfilerazos que recibía, habló de alejarse. Eso no podía y no debía ser. Chopin no soportó mi intervención legítima y necesaria. Bajó la cabeza y dijo que yo ya no lo amaba. ¡Qué basfemia, después de ocho años de abnegación maternal! El pobre corazón herido no tenía conciencia de su delirio. Pensé que algunos meses pasados en el alejamiento y el silencio cerrarían esa herida y aparecería nuevamente la amistad serena y la equidad en el pensar.

Sin embargo, se produjo la revolución de febrero y París se hizo momentáneamente odioso a este espíritu incapaz de plegarse a cualquier transformación de las formas sociales. Libre de volver a Polonia, o seguro de ser allí bien recibido, había preferido languidecer diez años, lejos de su familia a la cual adoraba, antes de soportar el dolor de ver a su país transformado. Había huido de la tiranía como ahora huía de la libertad. Lo volví a ver un instante en marzo de 1848. Estreché su mano temblorosa y helada, quise hablarle y se escapó. Me tocaba el turno de decirle que ya no me amaba. Le evité ese sufrimiento y puse todo en manos de la providencia y del provenir.

Ya no debía volverlo a ver. Personas de malos sentimientos se habían interpuesto entre nosotros. Había también algunas buenas, pero éstas no supieron proceder. Otros más frívolos prefirieron no mezclarse en asuntos complicados. Gutmann no estaba presente. Gutmann, su alumno más perfecto, hoy un verdadero maestro, un corazón noble siempre, se vio obligado a ausentarse durante la última enfermedad de Chopin y regresó a tiempo para recibir su último suspiro.

Me dijeron que me llamó, que me extrañó, que me amó filialmente hasta el fin. Hasta entonces creyeron que era un deber ocultármelo. También creyeron que debía ignorar que yo estaba pronta para acudir a su lado. Procedieron bien si esta emoción de verme hubiera abreviado su vida un día o solamente una hora. No soy de las que creen que las cosas se resuelven en este mundo. Tal vez no hacen más que empezar y, con seguridad, no terminan aquí. Esta vida terrena es un velo que el sufrimiento y la enfermedad hacen más espeso a ciertas almas, que se levanta por algunos momentos para los organismos más sólidos y que la muerte

desgarra para todos. Siendo su enfermera, puesto que tal fue mi misión durante una buena parte de mi vida, debía aceptar sin extrañarme demasiado y, sobre todo, sin enojarme, los transportes y los abatimientos de su alma presa de la fiebre. En la cabecera de los enfermos aprendí a respetar lo que es en ellos manifestación de su voluntad sana y libre y a perdonar lo que es producto de la turbación y del delirio propio de la enfermedad.

Los años en que he velado y he estado angustiada han sido pagados por otros de ternura, de confianza y de gratitud que no han sido anulados ante Dios por una hora de injusticia o de extravío. Dios no castigó, ni siquiera advirtió este mal momento del cual no quiero recordar el sufrimiento. Lo soporté, no con frío estoicismo, sino con lágrimas de dolor en el secreto de mis preces. Porque he dicho a los ausentes, en la vida o en la muerte: «Benditos seáis», y espero encontrar en el corazón de los que me cierren los ojos esta misma bendición en mi última hora.

En la época en que perdí a Chopin, perdí también a mi hermano en una forma más triste todavía. Había perdido la razón desde hacía algún tiempo; la bebida había destruido su hermoso organismo y le hacía flotar desde entonces entre la idiotez y la locura. Había pasado sus últimos años enojándose y reconciliándose por turno, conmigo, con mis hijos, con toda su familia y con sus amigos. Mientras vino a mi casa, prolongaba su vida, agregando agua al vino que le servían. Tenía ya el gusto tan alterado que no se daba cuenta; suplía la calidad por la cantidad y por lo menos su ebriedad era menos pesada y menos irritable. No hacía yo más que retardar el instante fatal en que la naturaleza, no pudiendo reaccionar, perdería para siempre su lucidez. Pasó sus últimos meses resentido conmigo y escribiéndome cartas inimaginables. La revolución de febrero, que no podía comprender, había herido sus facultades tambaleantes. Habiendo sido primero republicano apasionado, tuvo luego miedo y se imaginó que el pueblo quería su vida. ¡El pueblo, el pueblo de donde él había salido como yo por su madre y con el cual vivía en las tabernas más de lo que se necesitaba para fraternizar, se convirtió en un fantasma para él y me escribió *que sabía de buena fuente que mis amigos políticos querían matarlo*!

¡Pobre hermano! Después de esta alucinación, otras se sucedieron sin interrupción hasta que la imaginación se apagó y entró en una inconsciencia que duró hasta su muerte. Su yerno le sobrevivió pocos años. Su hija, madre de tres hermosos niños, todavía joven y linda, vive cerca de mí en La Chatre. Tiene ella un alma dulce y valiente y ha sufrido ya mucho para faltar a sus deberes. Mi cuñada Emilia vive aún más cerca de mí en el campo. Después de haber sido víctima de los extravíos de un ser amado, descansa ahora de sus largas fatigas. Es una amiga perfecta y severa, un alma recta y un espíritu cultivado por buenas lecturas.

Mi buena Úrsula continúa en esa pequeña ciudad donde cultivé durante tanto tiempo tan dulces y durables afectos, Mas, ¡ay!, la muerte o el exilio han sesgado a mi alrededor… Duteil, Planet y Neraud ya no están en este mundo. Fleury ha sido deportado, como tantos otros, a causa de sus opiniones a pesar de que no estuvo en situación de obrar contra el actual gobierno. No hablo de todos mis amigos de París y del resto de Francia. Los que por casualidad han escapado de ese sistema de proscripciones, decretadas a menudo por la reacción apasionada y los rencores personales de la provincias, viven como yo, de añoranzas y de aspiraciones.

La familia Duvernet vive siempre en el lugar encantador donde la vi desde mi infancia. Mi excelente mamá, la señora Decerfz, está también en La Chatre llorando a sus hijos confinados.

Rollinat vive siempre en Chatearoux y viene a nuestra casa en cuanto tiene un día libre. Es natural que, después de haber vivido medio siglo, uno se vea privado de parte de aquellos con quienes se ha vivido unido por el afecto. Además, atravesamos una época en la que violentas sacudidas morales se han ensañado contra todos y han llevado el luto a todas las familias.

Desde hace algunos años las revoluciones acarrean espantosos días de guerra civil, sacuden los intereses e irritan las pasiones, provocan fatalmente grandes enfermedades endémicas después de las crisis de cólera y del dolor, y originan las proscripciones de unos y las lágrimas y el terror de otros; las revoluciones provocan las guerras, y sucediéndose, destruyen el alma de unos y siegan la de los otros y han hecho que la mitad de Francia se vista de luto por otra mitad.

Yo cuento por cientos las desapariciones de seres queridos

durante estos últimos años. Mi corazón es un cementerio, y si no me siento arrastrada a la tumba, donde ha desaparecido la mitad de mi vida, es porque la otra vida está poblada para mí de tantos seres queridos, que se confunden a veces con mi vida presente hasta el punto de ilusionarme. Esta ilusión tiene cierto encanto austero, y mi pensamiento se entretiene a menudo con los muertos tanto como con los vivos. ¡Santas promesas de los cielos donde uno se vuelve a encontrar y a reconocerse, no sois un sueño vano!

Durante los años de que he esbozado mis principales emociones, padecía dentro de mí misma otros dolores aún más desgarradores, cuya revelación no sería de ninguna utilidad en este libro. Fueron dolores, para así decirlo, extraños a mi vida, puesto que ninguna influencia mía pudo desviarlos. En cierto aspecto, somos los arquitectos de nuestro propio destino; en otros aspectos soportamos lo que nos imponen los demás. He relatado todo lo que ha entrado en mi vida por mi propia voluntad, o todo lo que fue atraído a ella por mi instinto. Dije cómo había atravesado y soportado las diversas fatalidades de mi propio organismo. Es todo lo que podía y debía decir. En cuanto a los pesares mortales que he padecido o que otras personas me han hecho sufrir, forman la secreta historia que todos tenemos y que debemos soportar en silencio.

Las cosas que no digo son las que no puedo excusar, porque todavía no me las puedo explicar yo misma. En cualquier persona querida en la que haya cometido algún error por pequeño que parezca a mi amor propio, me basta para comprender los que se han cometido con respecto a mí. Pero en los casos en que mi abnegación sin límites se ha visto pagada repentinamente con ingratitud, cuando mis más tiernos desvelos se han estrellado impotentes ante una fatalidad implacable, no comprendiendo esos temibles accidentes de la vida, no queriendo acusar de ello a Dios, y sintiendo que el extravío del siglo y del escepticismo social son sus primeras causas, vuelvo a aceptar los designios del cielo, porque si así no lo hiciéramos deberíamos desconocerlo y maldecirlo.

Aquí vuelve a plantearse el terrible problema: ¿Por qué Dios, que hizo al hombre perfeccionable y capaz de comprender lo hermoso y lo bueno, lo hizo tan lentamente perfeccionable y tan difícilmente atado al bien y a lo hermoso?

La sabiduría nos responde por boca de todos los filósofos:

«Esa lentitud que os hace sufrir no es perceptible en la inmensa duración de las leyes del conjunto. El que vive en la eternidad no cuenta el tiempo, y vosotros, que tenéis una noción tan débil de la eternidad, os dejáis aplastar por la sensación dolorosa del tiempo.»

Verdaderamente la sucesión de nuestros días amargos y variables nos oprime y aparta, a pesar nuestro, el espíritu de la contemplación serena de la eternidad. No nos avergoncemos demasiado por esta debilidad. Ella encuentra su fuerza en las entrañas de nuestra sensibilidad; esta debilidad es, tal vez, la mejor de nuestras fuerzas. Constituye el desgarramiento de nuestros corazones y el aliento moral de nuestra vida. Suframos, pues, y quejémonos cuando nuestra queja pueda ser útil; en cambio, cuando no lo sea, callemos y lloremos en secreto. Dios, que ve nuestras lágrimas, y que, en su inmutable serenidad, parece no tenerlas en cuenta, nos ha dado la facultad de sufrir para enseñarnos a no hacer sufrir a los demás por principio de caridad.

Sostenida por estas nociones tan simples y tan lentamente adquiridas como convicción, el exceso de mi sensibilidad interior oscurecía el esfuerzo de mi juicio. Atravesé la vida sin lamentarme demasiado por la inmolación que había hecho de mi personalidad. Si la notaba disconforme en mí misma, inquieta por pequeñas cosas y demasiado ávida de reposo, sabía por lo menos sacrificarla sin grandes esfuerzos en cuanto se presentaba una ocasión para sacrificarla útilmente. De este modo, si no estaba en posesión de la virtud, por lo menos estaba, estoy aún, así lo creo, en el camino que lleva a ella.

Como no soy una naturaleza diamantina no escribo para los santos. En cambio los que son débiles como yo y enamorados también como yo de un dulce ideal y quieran atravesar las espinas de la vida sin dejar en ellas todo su pellejo, encontrarán en mi humilde experiencia una ayuda y un consuelo al ver que sus penas son las de alguien que las siente, que las resume, que las relata y que les dice: «Ayudémonos unos a otros para no desesperar.»

Este siglo, grande y triste siglo en el que vivimos, se va; nos lleva a la deriva. ¿Adónde iremos? ¿Llegaremos a la tierra prometida o nos hundiremos en los abismos del caos inescrutable?

No puedo contestar. No tengo el don de la profecía, y los más hábiles razonamientos, los que se apoyan matemáticamente en

causas políticas, culturales y comerciales, se encuentran defraudados por los imprevistos, porque lo imprevisto es el genio bienhechor o destructor de la humanidad, que suele sacrificar sus intereses materiales a su grandeza moral, o ésta a aquéllos. Es cierto que los cuidados de los intereses materiales dominan la situación presente. Después de las grandes crisis, esas preocupaciones son naturales y ese «sálvese quien pueda» del individualismo amenazado, si no es glorioso, por menos es legítimo. Es evidente que el obrero que dice: «Trabajo ante todo y a pesar de todo», es porque padece las necesidades del momento y porque no ve más allá del momento en que vive; pero con el esfuerzo del trabajo marcha con la noción de la dignidad a la conquista de la independencia. El industrialismo tiende a librarse de toda especie de esclavitud y a constituirse en potencia activa, que podría moralizarse más tarde y constituirse en potencia legítima para la asociación fraternal.

Cuando nos preguntamos si, después del brillo efímero de los últimos tronos, las civilizaciones de Europa se constituirán en repúblicas aristocráticas o democráticas, aparece el abismo: una conflagración general o luchas parciales por todos lados. Cuando se ha respirado, aunque sea por una hora, la atmósfera de Roma, se ve la bóveda del gran edificio del viejo mundo tan próxima a desprenderse, que uno cree sentir temblar la tierra de los volcanes y de igual manera la tierra de los hombres.

¿Pero cuál será la solución? ¿Sobre qué lavas ardientes o sobre qué impuro limo tendremos que pasar? ¿De qué os atormentáis? La humanidad tiene a nivelarse; lo quiere, lo debe, lo hará. Dios la ayuda y la ayudará por una acción invisible resultante de las propiedades de la fuerza humana y del ideal divino que le es permitido entrever. ¿Qué accidentes formidables trabarán sus esfuerzos? ¡Ay! Esto debe preverse y aceptarse de antemano. ¿Por qué no encaran la vida colectiva como encaramos nuestra vida individual? Muchas fatigas y dolores, un poco de bien y de esperanza. ¿La vida de un siglo no resume acaso la de un hombre? ¿Quién de entre nosotros ha podido llegar una vez por todas a la realización de sus buenos deseos o de sus desordenados apetitos?

No busquemos, como imponentes augurios, la llave de los destinos humanos en un orden cualquiera de hechos. Esas

inquietudes son vanas, nuestros comentarios son inútiles. No creo que la adivinación sea el objeto del hombre prudente de nuestra época. Lo que debe buscar, es iluminar sus razón, estudiar el problema social y vivificarse con su estudio, haciendo que éste sea dominado por algún sentimiento piadoso y sublime.

¡Vosotros, Henri, Martin, Edgard Quinet y Jules Michelet, eleváis nuestros corazones en cuanto colocáis los hechos de la historia bajo nuestros ojos! Al estudiar el pasado hacéis surgir en nosotros los pensamientos que deben guiarnos en el porvenir.

Prepararse cada uno para el porvenir es, pues, la obra individual de los hombres que están imposibilitados en el presente de hacerlo en común. Sin duda, la iniciación de discusiones en los clubes y el intercambio inofensivo o agresivo de las emociones del foro iluminan rápidamente a las masas, salvo cuando algunas veces las extravían; con todo, las naciones no están perdidas porque se recogen y meditan, y la educación de los sociedades continúa bajo cualquier forma que revista la política de todos los tiempos.

En resumen, el siglo es grande, aunque esté enfermo, y los hombres de hoy, si no hacen las grandes cosas de fines del siglo pasado, las conciben en cambio, las suenan y pueden preparar otras que las superen. Se dan cuenta ya profundamente de que así deberán y deben hacerlo.

También nosotros tenemos nuestros momentos de abatimiento y de desesperación, en los que nos parece que el mundo marcha locamente hacia el culto de los dioses de la decadencia romana. Sin embargo, si auscultamos nuestro corazón, lo encontramos enamorado de la inocencia y de la caridad, como en los primeros días de nuestra infancia. Reflexionemos y digámonos unos a otros que no debemos conformarnos con sorprender los secretos del cielo en el calendario de las épocas, sino impedirles que aquéllos mueran infecundos en nuestras almas.

Conclusión

No había sido feliz en esta faz de mi existencia. Nadie consigue la dicha. Este mundo no ha sido hecho para que se perpetúen las satisfacciones, cualquiera que ellas sean. He tenido alegrías en el amor maternal, en la amistad, en la reflexión y en el sueño. Esto basta para dar gracias al cielo. He gustado las dulzuras de que tenía sed.

Cuando empecé a escribir el relato que termino aquí, acababa de experimentar sufrimientos más profundos que los que he podido narrar. Sin embargo, estaba serena y dueña de mi voluntad. Mis recuerdos se agrupaban delante de mi bajo mil facetas, sintiendo que mi conciencia estaba bastante sana y mi religión bastante equilibrada para ayudarme a interpretar la verdad dentro de ellos. Ahora que voy a cerrar la historia de mi vida en esta página, es decir a los siete años de haber comenzado a escribirla, estoy aún bajo el golpe de un espantoso dolor personal. Mi vida, dos veces sacudida profundamente, en 1847 y 1855, se ha librado de la atracción de la tumba; y mi corazón, destruido dos veces, cien veces atormentado, se ha defendido del horror de la duda.

¿Podré atribuir esas victorias de la fe a mi propia razón y a mi propia voluntad? No. Lo único fuerte en mí es la necesidad de amar.

Es que yo he recibido socorro y no lo he desconocido ni rechazado.

Dios me lo envió sin que se haya manifestado por medio de milagros. Nosotros, los pobres humanos, no somos dignos de ellos. No seríamos capaces de soportarlos. Pero la gracia me llegó como llega a todas las almas, por la enseñanza de la verdad. Primero Leibnitz, luego Lamennais, más tarde Lessing, Herder, Pierre Leroux, Reynaud y, por fin, Leibnitz otra vez.

De esas grandes luces, yo no absorbí todo en dosis iguales, y tampoco he conservado todo lo que había absorbido. La prueba de

esto es la amalgama que aún a cierta distancia de esas diversas fases de mi vida interior, he podido hacer en mi alma de esas grandes fuentes de verdad, buscando sin cesar, e imaginando mil veces encontrar el lazo que las une, a pesar de las lagunas que las separan. Una doctrina idealista y de sentimientos sublimes, la doctrina de Jesús, las resume todas, en cuanto a los puntos esenciales, sobre el abismo de los siglos. Cuanto más se examinan las grandes revelaciones del genio, más se agranda en el espíritu la celeste revelación del corazón con el examen de la doctrina evangélica.

¡«Tierra» de Pierre Leroux, «Cielo» de Jean Reynaud, «Universo» de Leibnitz, «Caridad» de Lamennais: juntas vais hacia el Dios de Jesús; y cualquiera que os lea sin atarse demasiado a las sutilezas de las metafísica y sin acorazarse en las armaduras de la discusión, saldrá después de haberos leído más lúcido, más sensible, más amante y más prudente!

Toda ayuda aportada por la sabiduría de los maestros es oportuna en este mundo donde no hay conclusión absoluta y definitiva.

Cuando, con la juventud de mi época, sacudía la bóveda de plomo de los misterios, Lamennais llegó oportunamente para apuntalar las partes sagradas del templo. Cuando, indignados, después de las leyes de septiembre, estábamos dispuestos a derrumbar el santuario reservado, Leroux vino elocuente, ingenioso y sublime a prometernos el reinado del cielo sobre esta misma tierra que maldecíamos. Y, en nuestros días, cuando aún desesperábamos, Reynaud, que era grande, se elevó más para abrirnos el infinito de los mundos como una patria que nos reclama, en nombre de la ciencia y de la fe, de Leibnitz y de Jesús.

He dicho que el socorro de Dios, su ayuda divina, me llegó por intermedio de las enseñanzas de los genios; en la misma forma llegó hasta mí por los efectos del corazón.

¡Bendita seas, amistad filial, que supiste responder a todas las fibras de mi ternura maternal; benditos seáis, corazones amigos y probados en comunes sufrimientos, que me habéis hecho más agradable la misión de vivir para vosotros y con vosotros!

¡Bendito seas también, pobre ángel arrancado de mi seno y arrebatado por la muerte a mi ternura sin límites! ¡Niño adorado,

has ido a reunirte en el cielo del amor con el Jorge adorado por Marie Dorval! Marie Dorval murió a consecuencia de su dolor y yo, en cambio, he podido permanecer de pie.

¡Gracias, Dios mío! ¡Ya que el dolor es el crisol donde el amor se purifica, puedo, al ser verdaderamente amada por algunos, no caer vencida aún en el camino que nos has ordenado recorrer para practicar la caridad!

14 de junio de 1855.

Notas

[1] No se equivocaba, mas no lo supo nunca. < <

[2] Carolina, yo y un varón nacido en 1806 y que no vivió. No recuerdo nada de él. < <

[3] *Historia de Napoleón.* M. E. Regnault. < <